JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA



BIBLIOTECA AYACUCHO

BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana nacidas en el siglo XX. Creada en 1974, en el momento del auge de una literatura innovadora y exitosa, ha estado llamando constantemente la atención acerca de la necesidad de entablar un contacto dinámico entre lo contemporáneo y el pasado a fin de revalorarlo críticamente desde la perspectiva de nuestros días.
El resultado ha sido una nueva forma de enciclopedia que hemos llamado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente entendido como conjunto apto para la transformación social y cultural. Sus ediciones, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas, y los apoyos de cronologías y bibliografías básicas sirven para que los autores clásicos, desde los tiempos precolombinos hasta el presente, estén de manera permanente al servicio de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diversas temáticas latinoamericanas, a fin de proporcionar los fundamentos de nuestra integración cultural.


BIBLIOTECA
AYACUCHO

HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA

José de Oviedo y Baños

HISTORIA DE LA CONQUISTA Y POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE VENEZUELA

175

EDICIÓN
Tomás Eloy Martínez

PRÓLOGO
Tomás Eloy Martínez y Susana Rotker

NOTAS
Alicia Ríos

CRONOLOGÍA
Tomás Eloy Martínez

BIBLIOGRAFÍA
Tomás Eloy Martínez y Alicia Ríos



Primera edición Biblioteca Ayacucho: 1992
Segunda edición: 2004

Colección Clásica, Nº 175
Hecho Depósito de Ley
Depósito Legal lf 50120049003220 (rústica)
Depósito Legal lf 50120049003219 (empastada)
ISBN 980-276-376-4 (rústica)
ISBN 980-276-377-2 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010
www.bibliotecaayacucho.com

Dirección Editorial: Julio Bolívar
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistencia Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Producción: Elizabeth Coronado
Asistencia de Producción: Henry Arrayago
Corrección: Antonio Bastardo Casañas y Silvia Dioverti

Concepto Gráfico de Colección: Juan Fresán
Diseño de Colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Luisa Silva
Fotolito Electrónico: Desarrollos Compumedia
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

OVIEDO Y BAÑOS: LA FUNDACIÓN LITERARIA DE LA NACIONALIDAD VENEZOLANA

¿DÓNDE encontrar los límites de este libro, que se postula a sí mismo como una domesticación del tiempo y cuyas páginas, sin embargo, van revelando una infatigable *cacería del espacio*, una desesperada voluntad por marcar como algo diferente el espacio americano donde esta *Historia* se escribe? ¿Acaso será posible encontrar esos límites en lo que se entendía como "historia" durante la época de producción del texto (*circa* 1705-1723)? ¿O habrá que buscarlos más bien en esa otra zona imprecisa donde historia y fábula se juntan para reconstruir una realidad y para imponer a esa realidad un lenguaje *reconocible*? Lo que parece evidente es que José de Oviedo y Baños *crea* una historia; es decir, teje sobre los bastidores de los documentos un pasado que sólo a través de su escritura existe. Y a medida que escribe el pasado, crea también un mundo. Lo que procura con denuedo es que ese mundo (el Nuevo Mundo) se inserte dentro de una cultura ajena: la europea, la cultura del "mundo válido". Lo que le importa, en fin, es que su escritura dote de lenguaje a un espacio en el que todavía no hay lenguaje.

Para abarcar la estatura de esa operación ambiciosa hay que entender primero el tiempo en el que la operación se ejecuta, el extraño movimiento del tiempo que convierte a Oviedo y Baños, hombre del siglo XVII, en un precursor de los discursos fundacionales de la Independencia.

¿Qué significaba el tiempo entonces? ¿Y cuáles eran los sutiles vínculos –o desentendimientos– entre tiempo y espacio? Fernand Braudel dice que el hombre del siglo XVI (el mismo hombre narrado por Oviedo y Baños) no había domesticado al tiempo. Las distancias eran tales que los

movimientos del tiempo dependían del azar, de un golpe de viento en el mar, de una lluvia súbita en el camino. "Esta incertidumbre en las velocidades indica cómo el hombre no era dueño de las distancias. Desde el punto de vista humano, el espacio no tenía una sola extensión: había diez, cien medidas distintas, y nadie estaba seguro de antemano de los retrasos con que tropezaría al avanzar, al desplazarse, al obrar o querer obrar"[1]. El propio Braudel apunta que, "...de hecho, los hombres estaban resignados a todas las lentitudes"[2].

Para *cazar* el espacio e imponerle un cerco, para organizar el espacio desconocido –*su* espacio, el territorio que demarcará con el celo de un gato–, Oviedo y Baños decide re-aprender esa lentitud. El examen de los documentos y la escritura misma de su *Historia* adoptan la parsimonia, el tanteo de los personajes. Oviedo convierte la lentitud en un estilo, y para que a nadie se le escape ese rasgo, ve dos veces cada elemento de la realidad, a todo impone dos atributos, describe las acciones en parejas, les dibuja una doble línea de fuga. El lector no tiene otro remedio que detenerse ante signos que jamás son uno. Y este prólogo, para no ser infiel a ese dibujo, hará lo mismo: volverá una y otra vez sobre las parejas y los dobles del texto.

El Descubrimiento, el paisaje, las desdichas, todo es alcanzado por un doble atributo: "Descubierto este nuevo mundo por el Almirante D. Cristóbal Colón [...] *para inmortal gloria de la nación española y envidiosa emulación de las extrañas*", escribe Oviedo en la página 23. Y luego: los que nacieron en Trujillo "*...ni saben lo que es litigio, ni conocen la discordia*" [p. 183]*. Cuando Villegas y Losada salen de Coro, ambos al mando de la misma escuadra, todo los une y los separa: el poder, la voluntad de emulación, los "sentimientos secretos". La enemistad que conciben les dura la vida entera y extiende la discordia entre sus amigos: "...como por haber procu-

1. Fernand Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, trads. México: Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 1976, tomo I, p. 476.

2. *Ibidem*, p. 486.

* Todas las citas de *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* corresponden a la presente edición.

rado *cada uno de los dos abatir por todos medios la parte de su contrario*" [p. 117, cursivas agregadas]. Y así, a cada paso.

La realidad es pasible de dos lecturas; el tiempo y el espacio también. Las conquistas del hombre, avanzando por ese laberinto, se valorizan. La lentitud lo impregna todo, porque Oviedo y Baños narra como si estuviese inmerso en un gran plano inmóvil, simultáneo, abigarrado y repetido, en el que las desgracias, estratagemas y victorias son en esencia las mismas: un plano donde las ciudades deben ser fundadas muchas veces para acceder a lo real, y donde la Tierra Prometida, el Paraíso, jamás se alcanza, aun cuando esté a la vista. Es lo que sucede con Alfinger, con Spira, con Fedreman: la infinita postergación de la conquista de El Dorado, en lo que pareciera una insólita prefiguración de las pesadillas de Kafka.

1. Lo otro y lo propio: dos culturas en pugna

Es un hecho conocido que, aún trescientos años después del Descubrimiento, a casi nadie le interesaba en Occidente reflexionar sobre lo que representaba América para el género humano[3].

La convicción contemporánea de que el Descubrimiento modificó de modo definitivo la civilización europea, introduciéndola de pleno en la modernidad y la secularización, es una mera interpretación retrospectiva. Nadie entendió así los hechos en el momento en que sucedían. Como los procesos geológicos, los hallazgos de nuevas tierras y la colonización fueron produciendo fracturas profundas pero lentísimas en la conciencia cultural de los imperios que regían "el mundo conocido". Las ordenadas jerarquías del Medioevo no habían preparado a los hombres para enfrentarse con culturas inimaginadas y en las que, sobre todo, había otros

3. Cf. J.H. Elliot. *El Viejo Mundo y el Nuevo 1492-1650*, Rafael Sánchez Montero, trad. Madrid: Alianza, 1984, pp. 13-14. Elliot recuerda allí un concurso de ensayos convocado por la Academia Francesa, a fines del siglo XVIII, para evaluar "la utilidad o perjuicio" del Descubrimiento. El nivel de los trabajos fue tan pobre que no se concedió premio alguno. Para la definición de naturalización, ver Jonathan Culler, *La poética estructuralista. El estructuralismo, la lingüística y el estudio de la literatura*. Carlos Manzano, trad. Barcelona: Anagrama, 1978, p. 226.

dioses y formas impensadas de relacionarse con ellos. Y aún el Renacimiento no sabía cómo asimilar este choque con la Otredad. En una sociedad tan avanzada como la isabelina, donde las teorías de Copérnico se difundían a través de manuales populares, la mayoría de los hombres cultos seguía pensando que el universo era geocéntrico.

Esa dificultad extrema para entender "lo Otro" impregna todos los textos que darán origen a las literaturas latinoamericanas, al menos hasta las primeras victorias independentistas. La extrañeza está siempre allí, como referencia y como pauta, aún en obras que se escriben *desde* la mirada del diferente. ¿Acaso los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, la *Nueva corónica y buen gobierno* de Felipe Guamán Poma de Ayala y la *Historia de la nación chichimeca* de Fernando de Alva Ixtlilxochitl –por citar sólo tres clásicos– no son laboriosos, conmovedores intentos para exponer ante el Imperio la historia y las razones del "Otro"?

Consideremos primero la gran marea de los textos escritos por españoles, en los que están marcadas la cultura y los límites del "mundo conocido". Esos textos imponen preceptivas a las que nadie se sustrae. Todos los primeros "españoles de América" escriben sus crónicas e historias de acuerdo con esas marcas; es decir, repiten, miman, se pliegan a la escritura de España. Y no sólo se pliegan a las órdenes retóricas; también a las cadencias, al lenguaje, a lo que podríamos llamar "el estilo" de los textos que esa retórica había producido en España. Además de preceptistas como Juan Luis Vives y Antonio de Herrera, el modelo mayor fue, ciertamente, la *Historia* (1601) de Juan de Mariana, pero también la más remota *Tercera crónica general* (1541) de Florián de Ocampo y aún retratos biográficos como la *Crónica de don Álvaro de Luna* (atribuida a Gonzalo Chacón, quien murió en 1517) o la magistral *Generaciones y semblanzas* (*circa* 1450) de Fernán Pérez de Guzmán. Los ecos de las *Generaciones* persistirán en Hernán Cortés, en López de Gómara, en Cieza de León y hasta en dos de los primeros –aunque tímidos, encubiertos– transgresores de esa corriente retórica: Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Bernal Díaz del Castillo.

Aquellas copias americanas ya arrastraban, sin duda, el germen de la transculturación: entre líneas se lee –o se vislumbra– el choque de las dos culturas. No podía ser menos. Los signos de experiencias que eran nuevas

o de una educación recibida en ciudades inmersas dentro de una naturaleza casi desconocida se infiltraban, por fuerza, en la escritura. Se trataba de copias que ya estaban mostrando desplazamientos con relación al eje original, aunque no fuera esa la voluntad de los autores. América era una gran página en blanco que debía ser escrita y descripta por primera vez. Y no hubo casi norma retórica que sobreviviese a la travesía del océano o a las violencias de la nueva realidad. Sin embargo, nadie –o casi nadie– lo sentía así. Los cronistas de Indias, los historiadores, los poetas líricos, los panfletistas, los moralistas y los autores de epopeyas que escribían en las colonias, se asumían como españoles, escribían –o creían hacerlo– como españoles, publicaban sus obras en España.

Y, sin embargo, a pesar de que España confirió, desde el principio, estatuto de provincias a las nuevas tierras (un estatuto político que las incorporaba como extensiones del territorio metropolitano y no una fórmula meramente comercial), ni el rey ni los hombres más ilustrados del Imperio supieron evaluar las consecuencias de la Conquista. Así, mientras América se veía a sí misma como parte activa del Imperio, España seguía erigiendo poemas épicos a las glorias de sus soldados en Italia y África. La extraordinaria materia que brindaba la aventura de sus hombres en las Indias era despreciada o ignorada. Hasta que Lope de Vega formuló un primer intento de comprensión en la comedia *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* (1599), las hazañas de la Conquista no tuvieron cabida en los textos españoles de imaginación.

Los primeros cronistas e historiadores de Indias debieron sentir el peso de ese desdén. A partir del sentimiento de rechazo, de la necesidad de abrir un espacio y ser oído, se comenzó a conformar otra estética. Observada desde esa perspectiva, no es ya tan clara la afirmación de que Europa inventó a América a su imagen y semejanza, llenando con su realidad los inmensos espacios vacíos[4]. Porque, si bien es cierto que el asombro de los

4. Edmundo O'Gorman, en *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente* (México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1958), expone las siguientes ideas:

> Heredera y albacea de la tradición grecolatina [la cultura europea], poseedora de la verdad revelada del cristianismo más tarde transmitida en la verdad del racionalismo

primeros cronistas los indujo a describir ruiseñores donde no los había (como los amarillos y rubíes que González de Oviedo exalta en su *Historia general y natural de las Indias*, declarando superiores "...a todos los que en España e Italia y en otros reinos y provincias muchas yo he visto"); si bien los pintores y grabadores, obedientes a las convenciones renacentistas, atribuyeron a los indígenas americanos la musculatura de los dioses clásicos, es también verdad que, para ajustarse de algún modo a la nueva realidad, para que América pudiera introducirse en el imaginario europeo, los cronistas y los historiadores tuvieron que revelar que la naturaleza conocida estaba sujeta, en América, a una inesperada metamorfosis. Si alguna imagen tuvo por fin Europa del Nuevo Mundo no fue exactamente la imagen que ella había soñado o "inventado": fue la que construyeron, de modo interesado, los viajeros y los colonizadores. Entre todos tejieron versiones y discursos que tendían a ir abriendo brechas en la ignorancia y la indiferencia de la cultura española.

> inmanentista, esa cultura se ha venido explicando a sí misma como la entelequia del devenir histórico, representante y encarnación de la historia universal y por consiguiente el foco de donde irradia la significación de ese devenir, la dispensadora del ser de todas las otras culturas (p. 87).
>
> ...América, identificada por algún signo de la barbarie o por el cuerno de la abundancia cuyos productos pone al pie del trono de la soberana, no muestra sino su desnudez que indica su ser natural vacío de toda significación, una muda promesa, una mera posibilidad en el orden de la cultura (p. 88).

De las dos afirmaciones anteriores se desprende que:

> ...América fue concebida por Europa a su imagen y semejanza, y en circunstancia tan radical estriba la significación de eso que hemos querido llamar la invención de América (p. 88).
>
> La peculiar concepción del ser americano aclara también la razón por la cual el europeo hubo de estimar a las culturas autóctonas bajo el signo de negatividad histórica, independientemente de la repulsión o admiración que despertaron. Automáticamente quedaban situadas al margen de la historia universal, porque carecían de significación propia dentro de su ámbito al no quedar incluidas como elemento constitutivo del ser de "Nuevo Mundo", de modo que hasta sus más acalorados defensores no podían ver en ellas sino una prueba polémica en favor de la capacidad natural del indígena para incorporarse a la cultura cristiana, es decir, aptitud para convertirse en ciudadano de esa nueva Europa que, como brote providencial, le había salido a la historia (p. 89).

J.H. Elliot atribuye el desdén español por esta franja de su historia nacional a que, tal vez, "...ni los conquistadores, de origen relativamente humilde, ni sus salvajes oponentes tuviesen la talla requerida por los héroes épicos"[5]. Si la propia cultura imperial no descubría rasgos épicos en sus capitanes de ultramar, ¿desde qué lugar de enunciación, desde qué desesperado rincón del silencio debieron construir sus primeros relatos aquellos hombres perdidos en la vastedad americana, los herederos del desprecio, cuyas voces rara vez llegaban a los umbrales de la Corte? Las voces que soltaban al viento eran voces tan remotas, tan apagadas por la distancia, que no alcanzaban a disipar la indiferencia de nadie. Si aun para pagar el entierro de Cristóbal Colón, su hijo don Diego golpeó en vano a la puerta del rey, en Valladolid: en vano, porque el rey sólo tenía oídos para los conflictos dinásticos, ¿cómo suponer que quienes lo sucedieron atenderían con mayor celo las desventuras de la Conquista? La editora de los documentos de Colón, Consuelo Varela, ha descripto la situación en términos más correctos: "Imaginen al Rey, con tantos problemas alrededor: ¿qué atención le podría prestar a un hombre cuyo único mérito era el descubrimiento de unas tierras remotas, con las que nadie sabía qué hacer?"[6].

Tal reflexión abre otra cadena de preguntas: si el Imperio no podía o no sabía entender el alcance histórico de su propia empresa, ¿quién, entonces, debía *contar la historia*, reconstruir la gesta y dibujar el rostro en el cual los americanos podrían reconocerse? ¿Con qué lenguaje hablar de una dignidad que nadie veía?

Parece pertinente tomar en cuenta, además, la reflexión de Antonello Gerbi: desde los primeros decenios de la administración española en las Indias había surgido, como consecuencia de la espontánea escisión del bando de los vencedores, un grave conflicto interno: el que oponía a los criollos contra los españoles peninsulares (a los que se llamaba *chapetones*, *gachupines o godos*); una pugna social y aun económica entre blancos nacidos en las Indias de padres españoles –quienes solían tener "... muchísimo más dinero que los hidalgos y funcionarios regios"–, y los blancos llegados

5. Elliot, p. 26.

6. Consuelo Varela, entrevista personal con T.E.M., Sevilla, España, septiembre 25, 1989.

desde España. Fue un "...largo conflicto, del cual saltaron continuamente chispas y que al final acabó por incendiar la decrépita armazón del imperio hispanoamericano"[7]. Apunta Gerbi:

> Quien había nacido en las Indias, por esta sola circunstancia se veía opuesto y subordinado a unos compatriotas con quienes tenía todo lo demás en común: el color de la piel, la religión, la historia, la lengua. Si era funcionario, sus probabilidades de llegar a los grados más altos de la administración eran apenas un dos por ciento de las de los peninsulares. Si era eclesiástico, podía llegar a cura o prebendado, pero la mayor parte de los obispos y arzobispos desembarcaban ya mitrados de España.[8]

Apartados del poder y de un lugar legítimo en la historia de la propia tierra, privados de linaje, a los criollos no les quedaba otro recurso que crear por sí mismos esos dones: linaje, historia, y a falta de poder, memoriales de hazañas. La Corte los desoía. La única caja de resonancia que les quedaba, entonces, era el lenguaje.

Es obvio que las puertas cerradas a los criollos fueron las semillas de un antagonismo que salió a luz y se exacerbó durante la segunda mitad del siglo XVIII. Puesto que no había razones de raza para justificar la "inferioridad" de los blancos nacidos en América, se recurrió a los argumentos que Buffon declaraba inspirados en los principios de Aristóteles: la calidad del ambiente, del clima, de la leche de las nodrizas indígenas. Muchas de las "calumnias" que pesan sobre el continente nuevo tienen su origen en el papel excluyente que pretenden jugar los españoles: para mantenerse únicos y *por encima de*, no se conceden tregua en la denigración de los criollos. La tierra que los ha engendrado termina siendo para éstos una inapelable condena, que cancela todo privilegio, aún los conquistados o heredados. El "clima" resulta así un valor más fuerte que el de la "raza" o, como se dirá en el siglo XIX, la geografía se antepone a la historia.

---

7. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. Antonio Alatorre, trad. México: Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. corregida, 1982, p. 227.

8. *Ibidem*, pp. 227-228.

2. La escritura como poder

Es preciso repetir aquí un lugar común: la epopeya americana se escribió por primera vez en el propio territorio del Nuevo Mundo. Y si bien allí, en esa fundación épica compuesta por Alonso de Ercilla y Zúñiga (*La Araucana*, 1569) se preserva la visión caballeresca y humanista que se podía esperar de la cultura del autor, es significativo que Ercilla condescienda a incorporar ya, tan temprano, el punto de vista de los caciques indígenas.

Pocas veces el poder de la palabra escrituraria asoma con tanta nitidez como cuando se leen las crónicas de Indias, las primeras historias del Nuevo Mundo. Es en el orden del discurso y no en el orden de lo real donde todo se nombra por primera vez. El discurso escriturario construye (o reconstruye, o crea) los documentos sobre los que se erigirá la historia legitimadora. La narración fija las marcas de lo real, establece los códigos, los límites, los linajes. Los hechos del Descubrimiento y de la Conquista, y hasta la nueva naturaleza, al ser narrados, encontraban su propia forma de representación[9].

Poder mitificador, ordenador, casi demiúrgico el de los primeros letrados que dan cuenta del Nuevo Mundo: al principio fue el Verbo. Gabriel Mably dijo aún más: "Los relatos cambiaron el rostro de las naciones". Al principio fue el Verbo, sí, pero el Verbo creador. Lo "que dice, produce lo que dice", explicaba Michelet; "enunciar significa producir", acotaba Mallarmé. La escritura de la historia en América producía historia. Todo "...discurso de un hecho histórico –explica Jean-Pierre Faye– pertenece también a lo que 'produce' ese hecho, en la medida en que recopila los re-

9. Dice Hayden White, en "The Value of Narrativity" (*On Narrative*, W.J.T. Mitchell, ed. Chicago-London: The University of Chicago Press, 1981 [La traducción es nuestra]: "La idea de narrativa debe ser considerada menos como una *forma de representación* que como un *modo de hablar* de los acontecimientos" (p. 3). Y agrega Gérard Genette, en "Boundaries of Narrative" (*New Literary History* 8, Nº 1, Autumn 1976), que ese *modo de hablar* está caracterizado por "un cierto número de exclusiones y condiciones restrictivas" (p. 11). [Aquí entra no sólo lo que las exigencias de la retórica y el buen gusto, la moral cristiana y la censura española consideraban que debía quedar fuera, sino el recorte particular que los propios cronistas de Indias imponen a los hechos que narran u omiten.]

latos que, de antemano, han dibujado sus polos de sentido y de acción, el campo de posibilidad a la vez que la aceptabilidad"[10].

Este poder de la escritura no es, por cierto, exclusivo de América. Los relatos de Marco Polo, de Ibn Battuta, así como los de expedicionarios ingleses y alemanes de los siglos XVII y XVIII, "espoleaban la curiosidad de sus compatriotas" y, al poner esa curiosidad en movimiento, "cambiaron el rostro de las naciones". El efecto de tales relatos no era muy distinto del que produjeron los relatos de los viajeros que regresaban a España. José de Oviedo y Baños es uno de los que con mayor intensidad toma conciencia de ese *efecto* histórico. Su texto deja las fechas en suspenso: lo que sucede no ha sucedido nunca en un día u hora precisos, y por lo tanto podría suceder una vez más, indefinidamente. Esos rastros del tiempo que podrían desaparecer súbitamente o volver suelen ser uno de los estímulos para que el lector no se detenga; o, como diría Barthes, uno de los *shifters* que organizan la curiosidad del lector. Es frecuente que Oviedo deje a un personaje en un descampado, "donde lo buscaremos después", o que lo retome varios capítulos más adelante advirtiendo: "Allí donde dejamos a Juan Rodríguez Suárez", etcétera. Para acentuar la indefinición temporal, el tiempo de la *Historia* se mide sólo por el tránsito de los años (que se consignan hasta en las notas al pie). Y las raras veces en que Oviedo subraya una cronología logra un efecto tan marcado como cuando ignora una fecha significativa (la fundación de Caracas, por ejemplo). De ahí que sea en extremo curioso el cuidado que se toma para fijar en el tiempo el regreso a España de Cristóbal Guerra, uno de los primeros conquistadores.

Cuenta Oviedo y Baños que Guerra sale de Venezuela "...dejando llenas sus costas de admiración y riquezas" [p. 26]. En el capítulo III del mismo Libro I atribuye, tanto a las noticias esparcidas por Guerra como a un permiso del emperador Carlos V, la responsabilidad de que los mercaderes buscaran fáciles ganancias en América y lo hicieran también a través de

10. Jean-Pierre Faye, "Teoría del relato. Introducción a los lenguajes totalitarios", en *Los lenguajes totalitarios*. M.A. Abad, trad. Madrid: Taurus, 1974, p. 10.

la esclavitud [pp. 17-18][11]. El episodio de Guerra pareciera revelar hasta qué punto los relatos intervienen en la historia y su efecto es la producción de una acción suplementaria y discontinua de la historia. Si los relatos de los conquistadores "espoleaban la curiosidad de sus compatriotas" y cambiaban así "el rostro de las naciones", como dice Faye, lo mismo ocurre con la narración de esos relatos, es decir, con la historia que se escribe. Faye se explaya sobre el punto:

> Es esa simple forma, sin peso ni materialidad, de la narración, pero es a la vez lo que relata: la misma realidad, en su materialidad. Es el simple lenguaje, y es la 'primera significación' de lo Verdadero y de lo Falso en su origen, que se refiere, fuera del texto, a la materialidad del hecho, o a la coherencia de las reglas del pensamiento.[12]

Un relato de ficción puede ser asumido, durante siglos, como realidad o historia. Y cuando sucede así, la creencia suele ser compartida tanto por letrados como por legos.

3. Construcción y legalización de lo real

Al estudiar cómo se forman las versiones y las historias de un hemisferio, es interesante observar hasta qué punto una quimera histórica y el uso de ciertas palabras (como serán en otra época *patria o soberanía del pueblo*, y durante la Colonia las tempranas apropiaciones orgullosas de una cierta identidad regional y geográfica), contribuyen a crear una conciencia nacional, a preparar el orden social, a determinar que los americanos vayan siendo lo que finalmente son.

11. Interesado en construir a su manera el discurso historiográfico, Oviedo y Baños omite el dato de que, al regresar a España, Guerra fue "apresado y procesado por su comportamiento, obligándosele a reintegrar a sus lugares de origen los indios esclavos que llevó a la Península", tal como lo consigna Guillermo Morón en su *Historia de Venezuela*, Caracas: Revista *Bohemia*, tomo I, p. 69. Para Oviedo, lo importante es dar cuenta del poder para "producir" historia que tiene el relato de Guerra: poder para suscitar codicia y devastación.

12. Faye, pp. 15-16.

Son los criollos –españoles de América– quienes asumen la misión de construir una historia y una mitología donde los conquistadores pueden lavar la supuesta humildad de sus orígenes; de ellos depende el imaginario, la incorporación a la cultura, la inserción de una realidad *otra* dentro del conocimiento humano. ¿Literatura e historia al mismo tiempo? Será preciso entonces elaborar un discurso coherente que enuncie con detalles las "acciones" que el Poder es capaz de realizar: pero ya no el Poder convencional, el Poder que impone la mirada europea, sino aquel que los criollos admiten como tal; el Poder al que ellos confieren valor canónico. Sin embargo, todo discurso se construye con los elementos que impone el ambiente, con las exigencias de la retórica, con el sistema de producción de significados que impone una determinada experiencia histórica. Si Roland Barthes hubiera leído las primeras crónicas de Indias –y acaso leyó algunas–, hubiera confirmado su tesis de que la narrativa no imita ni representa, sino que constituye un espectáculo.

Narrar era conquistar. Narrar era escribir la ley, la legalidad y la legitimidad. Era encontrar un discurso que ordenaba lo real, y al ordenarlo, establecía las fuentes de la autoridad que lo regía. Foucault lo explica admirablemente: "...el poder no es una institución, y no es una estructura, no es cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación estratégica compleja en una sociedad dada"[13]. Ante el silencio y el desdén español, es América –¿por qué no subrayarlo?– la que procura, a través de la palabra escrita, dar un orden a la vastedad del espacio y a las revelaciones de la naturaleza recién descubierta; es la que funda su propia genealogía, establece sus linajes, y expone ante Europa las dimensiones históricas del Descubrimiento y la Conquista.

Los primeros españoles de América declaraban *siempre* su adhesión a criterios de objetividad, aunque a menudo esa adhesión era una estrategia retórica, un *argumentum baculinum.* Testigos directos de los hechos, y por eso mismo, fuentes de primera mano, los criollos trataron de persuadir a la Corona de que su versión de los hechos era imparcial, verdadera y, por lo tanto, la única digna de aceptación. Durante casi dos siglos construyeron

13. Michel Foucault. *El discurso del poder*, México: Folios, 1983, p. 175.

una historia de la que habían sido protagonistas o testigos. Unos a otros se contestaron, se ratificaron, se desmintieron; fueron tejiendo la historia por acumulación, por erosión, como si se tratara de una operación geológica. Haber visto, haber estado allí, recordar lo que vieron, era –pensaban ellos– lo que teñía de verdad sus versiones. El hecho de que sus cuerpos hubieran coincidido con el cuerpo de la historia fue, desde su perspectiva, lo que confirmaba y legitimaba sus relatos.

Pero entre los propios cronistas hubo quienes desconfiaron de la neutralidad de los testimonios directos y sugirieron verificar a través de la propia experiencia todas las historias que se leían. Había que estar dispuesto, por lo tanto, a corregir perpetuamente el testimonio ajeno: autobiografía sobre autobiografía, ajuste continuo de la mirada. En sus *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1627), fray Pedro Simón previene a los historiadores contra la indiscriminada utilización de memoriales, libelos y crónicas, sobre todo aquellos que se presentaban al Consejo de Indias arrogándose la calidad de "fuentes verídicas", porque consideraba a los autores como personas interesadas en justificar sus acciones o pedir favores. No era una advertencia excesiva, porque casi no hay texto de la época, desde los de Cortés, Alvar Núñez hasta los de Oviedo y Baños y Fernández de Piedrahita que no pueda –también– ser leído bajo esa lente.

Sir Walter Raleigh refiere la curiosidad que le suscitó el mapa de un prisionero español, don Pedro de Sarmiento[14], en el que aparecían las Islas Pintadas para Esposas ("Painters Wives Islands"): territorios inventados para complacer a las consortes abandonadas y para mitigar sus esperas, convenciéndolas de que cada una de ellas poseía una isla. No era infrecuente que esas islas imaginarias fueran de veras encontradas. Con tal argumento, Raleigh defiende el derecho del historiador a cubrir los vacíos históricos con imaginaciones y conjeturas, a condición de que esas conjeturas no puedan luego ser desmentidas. El postulado es extravagante, porque ¿cómo puede adivinar el historiador si no lo desmentirán las exploraciones de un siglo después? Raleigh, una de las figuras más lúcidas de la corte isabe-

14. En *The History of the World*, parte I, libro II, capítulo XXIII, sec. 4, London, 1687.

lina, prevé la objeción y la refuta. A la verdad –pareciera decir– debe anteponerse la osadía. "Cuando se llenan los vacíos en las viejas historias no hace falta ser tan escrupuloso", escribe. "No hay por qué temer, en esos casos, que el tiempo vuelva atrás y restituya las cosas tal como eran para el conocimiento y haga que nuestras conjeturas resulten ridículas"[15]. El azar, sin embargo, ratificó algunos de los accidentes dibujados en esos mapas/pinturas, y muchos historiadores terminaron aceptándolos desde su origen mismo como verdaderos.

La frágil línea divisoria entre lo auténtico y lo imaginado, entre la voluntad de ser objetivo y la escritura *pro domo sua*, ha sido observada con inteligencia por Noé Jitrik en un texto donde también asoman algunos de los problemas planteados por la lectura de Oviedo y Baños:

> No cabe duda que [las crónicas del Descubrimiento y la Conquista], pese a su a veces notoria parcialidad, son documentos históricos, como tampoco se puede negar que estén llenos de situaciones que en sí mismas son novelescas y que ulteriormente pudieron ser elaboradas literariamente; pero, justamente, en razón de que su narratividad carece de distancia, la reconstrucción de una trama histórica posible cede el paso a una reivindicación que se considera necesaria o a la apología de una causa o de un prestigio; en ese caso, lo histórico predomina absolutamente y, en consecuencia, no se puede hablar de novela. No obstante, hay ciertos casos problemáticos, como el de Bernal Díaz del Castillo que, por escribir muchos años después de los hechos presenciados, recupera la distancia pero no la objetividad narrativa, o el de José Oviedo y Baños que parece haber roto esa barrera no sólo porque no ofrece testimonio sino porque, a partir de documentos, reconstruye un movimiento tan complejo que, quizás involuntariamente, se ficcionaliza: si Bernal, pese a todo, sigue siendo cronista, Oviedo y Baños *parece* cronista, lo que permite suponer que mistifica la historia 'avant la lettre', e inaugura una fórmula en América que necesitó del romanticismo europeo para tener conciencia de su poder.[16]

---

15. *Ibidem.*

16. "De la historia a la escritura: predominios, disimetrías, acuerdos en la novela histórica latinoamericana", en *The Historical Novel in Latin America. A Symposium*, Daniel Balders-

¿Es más verídica la *Historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara, quien desde la capellanía de Hernán Cortés, en Valladolid, atribuye a su señor el mérito excluyente de la conquista de México, que la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, del memorioso Bernal Díaz del Castillo, quien trató de corregir la historia oficial de Gómara y descubrir la dimensión épica de los soldados del común, o aun que la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún, quien centró su relato en los informes que los indígenas daban sobre su propia cultura? ¿La *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León es más verídica que la *Relación de la conquista del Perú* de Titu Cusi Yupanqui, cuyo propósito manifiesto es plantear la legitimidad dinástica de los Vilcabamba Incas; o que los relatos del Inca Garcilaso de la Vega, quien se esmera por demostrar a los españoles la nobleza de su cultura natal; o que las amargas denuncias emitidas por el mestizo Guamán Poma de Ayala en su *Nueva corónica y buen gobierno*? ¿Eran más verídicos los diarios de Colón, las cuentas de los Welser o Belzares, los informes de virreyes y gobernadores que los lamentos de Las Casas o las desventuras de soldados como el bachiller Francisco Vázquez?

Ese enfrentamiento de versiones, de genealogías, de descripciones, de intereses y fantasías, de ignorancias y comparaciones imposibles, de luchas por el poder: ese mapa de letras demiúrgicas y contradictorias es el mapa de la fundación de América Latina. La historia se construye también, entonces, con los silencios y las exclusiones, con los recortes. Historia, ficción y realidad se recrean sin cesar a través de la escritura, allí donde el discurso de lo real, de lo imaginario y del deseo no ocupan las categorías separadas que les da la historiografía, sino el lugar del poder y el origen de la nacionalidad.

---

ton, ed. Gaithersburg, Maryland: Hispamérica, 1986, p. 25. En el mismo artículo, Jitrik analiza con cierto recelo el intento reciente de ver en esas ficcionalizaciones “antecedentes locales y propios de la novela histórica latinoamericana”, y califica esos intentos como “adjetivos”.

4. El hueco en la biblioteca

Walter Mignolo ha marcado escrupulosamente, en un estudio ya clásico[17], el campo epistemológico en el que se movió Oviedo y Baños al emprender la escritura de su *Historia.* Concediendo una importancia cada vez mayor a las fuentes y estableciendo a menudo con ellas un debate franco, para plantear problemas de preceptiva tan cruciales como la verosimilitud, la pertinencia o impropiedad de los discursos directos, el adorno o la desnudez del lenguaje, los historiadores de la época de Oviedo advierten que la brecha abierta entre historia y ficción es cada vez más ancha, más difícil de franquear. Oviedo se esfuerza para que esa brecha sea más aparente que verdadera, y a la vez que proclama la necesidad de suprimir todo elemento inverosímil, instaura la narración como "estructura verbal básica del discurso historiográfico". Así, la ficción sale por la puerta, pero entra nuevamente por la ventana. Un ejemplo clarísimo de ese desencuentro entre lo que se pregona y lo que se hace es la profesión de fe estilística que Oviedo formula en el "Prólogo" de su *Historia*, para desmentirla luego en el texto. Escribe:

> El estilo he procurado salga arreglado a lo corriente, sin que llegue a rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no rehusaron usar de impropiedades, que no son permitidas en la historia, pues introducen en persona de algunos indios y caciques oraciones tan

---

17. Walter Mignolo. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista", en *Historia de la literatura hispanoamericana*, *tomo I. Época colonial*, Luis Íñigo-Madrigal (Ed.), Madrid: Cátedra, 1982, pp. 57-116. En la exhaustiva "periodización" con que finaliza el estudio, la *Historia* de Oviedo y Baños aparece situada en el período 1684-1727, al que se caracteriza de este modo: "1) Reacción contra la fábula que desde el siglo XV impregnaba la historiografía; 2) Se reanudan las historias generales; 3) Aparece un tono polémico corno marca de la transición del período; 4) En la historiografía indiana se editan pocos escritos y predomina la historia civil y eclesiástica". El preceptista de la época es Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán; los otros historiadores citados son Pedro Fernández del Pulgar, el mismo Fuentes y Guzmán con su *Recordación florida* y Lucas Fernández de Piedrahita, cuya *Historia de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (escrita en 1666 y publicada en 1688) fue uno de los antecedentes directos del libro de Oviedo.

colocadas y elegantes, como pudiera hacerlas Cicerón: elocuencia que no cabe en la incapacidad de una nación tan bárbara [pp. 17-18].

Tal propósito es desandado no bien comienza el libro tercero, en el que se consigna un extenso e inverosímil discurso directo del hijo del cacique Macatoa, sembrado de cultismos como "señores confinantes" o "érades hombres crueles". Y es traicionado muchas otras veces: casi en cada ocasión en que los grandes caciques (Paramaconi, Guaicaipuro, Parayauta) entonan la alabanza de sus propias virtudes antes de entrar en combate con los conquistadores. Pero esos desencuentros del texto con las normas fijadas en el prólogo podrían pasar inadvertidos al lector, porque están respondiendo siempre a imperiosas necesidades narrativas: a exigencias de verosimilitud, a la búsqueda de efectos dramáticos y, sobre todo, a la voluntad de caracterizar a los personajes, de conferirles una voz que los identifique.

Cuando Oviedo y Baños comenzó a trabajar en su *Historia*, ya el género se había consolidado como historia moral, cada vez más distanciado de la historia natural. Y acaso por eso mismo, quienes escribían no eran los soldados y descubridores del siglo XVI sino los letrados de las nuevas ciudades. ¿Quién podría dudar que Oviedo era un letrado cabal, tanto por su formación como por sus apetitos? Como dos de sus precursores más notables, el colombiano Juan Rodríguez Freile y el mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora, Oviedo era un "español de América" cuya realidad escrituraria se complicaba a medida que iba afianzándose el proceso de colonización. La imagen del Imperio que todos ellos habían recibido a través de la educación, la visión clásica del mundo que les fue instilada a través de los estudios de latín, retórica, gramática, elocuencia y filosofía, se les desdibujaba cada vez más ante el peso creciente de la realidad que los envolvía: una realidad en estado de magma, de ebullición, de transformación casi cotidiana; una realidad inestable, donde las únicas referencias fijas (la Corona, la Iglesia) tenían un centro demasiado lejano.

¿Qué vínculo les quedaba, entonces, con las instituciones, con *la fijeza*? El único vínculo real eran los libros, el punto de encuentro de la cultura aprendida, el lugar donde los valores estaban cristalizados. Y sin embargo,

también esa ancla era insuficiente. ¿Cuántos libros podían caber en la biblioteca de un letrado americano? ¿Cuántos atravesaban el filtro de la censura inquisitorial, del arbitrio y juicio de los proveedores remotos; cuántos desembarcaban indemnes de la travesía oceánica? Y sobre todo, ¿qué libros podían sobrevivir en aldeas de unos pocos cientos de habitantes, en las que el conocimiento práctico era siempre más perentorio que el conocimiento especulativo? Es a partir de esas preguntas que deben leerse textos como el de Oviedo y Baños. Es, sobre todo, a partir de la pregunta básica: ¿con qué palabras sobrevivir? Porque debía de haber un momento en el que la ordenada realidad europea que exhibían los libros entraba en colisión con la aluvional realidad de América; un momento en que los deseos y jerarquías expuestos por los libros debían quedar reducidos al estado de ficción pura, desamparados de su utilidad por el enorme peso de la distancia. La distancia convertía esos libros en otra cosa, imponía a sus revelaciones otro sentido.

Las bibliotecas, entonces, eran el lugar de lo irreal, o si se prefiere, el lugar de *lo ideal*; eran el reino que preservaba lo que debía ser, no lo que era. El escrutinio de la biblioteca de Oviedo y Baños es en ese sentido revelador, porque si bien la biblioteca es el espacio donde su *Historia* fue escrita, no están allí los libros en los que esa *Historia* abreva: los libros sin los cuales la *Historia* no existiría. Al menos, Oviedo o los herederos de Oviedo no los registran en los protocolos testamentarios, de acuerdo con lo que apunta Guillermo Morón[18]. En el censo póstumo de la biblioteca del autor aparecen los inevitables clásicos: Virgilio, Séneca, Homero, Cicerón; algunos europeos: Rapin, Commines, Marcardi, y los autores maestros de su lengua: Nebrija, Cervantes, Góngora, Gracián, Calderón, Lope, Quevedo, incluyendo algunos americanos como sor Juana Inés de la Cruz, y hasta contemporáneos como Feijoo. Pero no hay casi historiadores allí. No se consignan los autores con los cuales su *Historia* se enzarza en impugna-

18. "Estudio preliminar" de Guillermo Morón a José de Oviedo y Baños, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Fray Antonio Caulín, *Historia corográfica, natural y evangélica de la Nueva Andalucía*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, tomo CVII, Historiadores de Indias III. Venezuela, Atlas 1965, p. XXV.

ciones y debates; los precursores seguros de su texto: Juan de Castellanos, Antonio de Herrera, Francisco Vázquez, fray Pedro Aguado, Lucas Fernández de Piedrahita y, sobre todo, fray Pedro Simón, cuyas *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* siguió Oviedo y Baños con tanta minucia como para que algunos historiógrafos románticos descerrajaran sobre él acusaciones de plagio.

Si lo que no está es a menudo el signo de lo real, bien vale la pena examinar esas *Noticias* claves que Oviedo no incluye en el escrutinio final de su biblioteca: el libro que oculta, no como fuente –puesto que Simón es el incesante y explícito contendor de la *Historia*– sino como guía. Simón es el Virgilio excluido de la travesía que Oviedo emprende por el infierno y el purgatorio de las Indias.

Es verdad que los cuatro primeros libros de la *Historia* incluyen episodios ya narrados por Simón, del mismo modo que las *Noticias* copian profusamente datos de Castellanos, Aguado y el bachiller Vázquez, con la diferencia de que allí donde Oviedo menciona sus fuentes, Simón las omite. Pero en uno y otro caso, ambos autores se atienen a las normas retóricas de la época: para construir las historias, era preciso apropiarse de todas las fuentes accesibles, y la mera apropiación constituía ya una transfiguración. La idea de propiedad de un texto pasaba por otro lado: por el equilibrio entre las partes, por la armonía interna de lo que se narra; es decir, pasaba por lo que ahora llamaríamos, en términos narrativos, *estructura y escritura.*

Las afinidades y las diferencias entre Simón y Oviedo se miden más por la actitud que ambos tenían ante el mundo y ante la materia con la cual trabajaban que por la apropiación de datos históricos ajenos; sus *roces*, en el doble sentido del vocablo, eran más intensos que el mero calco de anécdotas. Oviedo y Baños era, como se ha dicho, un letrado, un historiador para quien los hechos eran inseparables de la manera de contarlos: un narrador con clara conciencia del *estilo*, como él mismo advierte en el prólogo. Simón era un fraile franciscano, que había hecho frecuentes viajes exploratorios como observador de su Orden; un historiador clandestino, porque a comienzos del siglo XVII, no estaba bien visto en América que un religioso descuidara el trabajo de evangelización para internarse en un campo de

letrados. Sus *Noticias* son, así, pese a los tres millares de páginas que ocupan, un trabajo accidental, de *amateur*, casi de turista.

Como Oviedo, Simón abogaba por un castellano "claro y casto", y criticaba a los historiadores antiguos, que componían sus tratados como si fueran tragedias, sembrándolos de fábulas; es decir, de literatura. Pero a diferencia de lo que sucedería un siglo después, el poder inquisitorial estaba extremadamente alerta cuando Simón escribió sus *Noticias.* Si bien los censores dejaron pasar sus relatos sobre el fracaso colonizador de los Welser, a los que Simón tildó de "odiados herejes alemanes", y sobre las rebeliones del Tirano Aguirre contra la Corona, no le permitieron que imprimiera las historias de enojo y desesperanza de los residentes españoles, desde 1623 en adelante, ni el asesinato de uno de los legítimos gobernadores, ni los pormenores sobre la organización política y las costumbres de los indígenas. Es el mismo veto que había alcanzado ya a la *Historia general de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, confiscada en 1578 por orden de Felipe II, a la *Recopilación historial* de Aguado y a extensos fragmentos de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León.

Cuando Oviedo escribió su *Historia*, las fronteras entre la cultura que prevalecerá y la cultura derrotada ya habían sido establecidas. Mientras que Simón vacilaba cada vez que debía designar a los indígenas como "bárbaros" y dejaba entrever su temblor cuando llamaba a un español "traidor" o "tirano"; mientras en sus asomos de piedad con los vencidos se oyen todavía los ecos de Bartolomé de las Casas, en Oviedo y Baños no había piedad sino verificación de que el combate se libraba entre adversarios iguales –lo que subrayaba el mérito del vencedor–, en tanto que sus historias de traición eran un sesgado modo de poner en evidencia las razones que explicaban esa traición. El fraile franciscano seguía creyendo, como Las Casas, en el destino mesiánico de España, en la función redentora que debía cumplir en América. Para Simón, no había duda de que el Nuevo Mundo era parte inseparable del Imperio. En 1723, cuando Oviedo y Baños publicó su *Historia*, la ilusión mesiánica ya se había disipado, y sólo quedaban las instituciones: el liso y llano juego del poder. Entre las fisuras que dejó abiertas el poder español brotó en Oviedo la conciencia de pertenecer a otra cosa, a una identidad en formación: a un ser colectivo en perpetuo

movimiento. Su lenguaje, su visión de la historia, su reflexión sobre los hombres; todo estará marcado por esa región de lo impreciso donde él mismo se sitúa: demasiado lejos de un horizonte de autonomía, que jamás podrá ver, y demasiado cerca de las instituciones coloniales como para no sentir que se le desdibujan. Las historias cristalizadas del pasado le habían servido para construir su propia *Historia*, pero no para comprender la que estaba surgiendo a su alrededor; ya no le servían para alimentar su instintiva necesidad de crítica. Los libros que preservaba eran los que le permitían *repensar* la realidad, no los que le imponían una realidad ya pensada. Eso, tal vez, explica los claros que aparecen en el escrutinio último de su biblioteca.

5. Los "mixed romances"

La historia que los americanos escribieron en los siglos XVI, XVII y XVIII fue una perpetua transgresión de las normas que la preceptiva de la época impuso a las *res gestae*, es decir, a la narración desnuda, casi magnetofónica, de los hechos. Introdujo libremente los discursos directos, se apropió de recursos clásicos y litúrgicos para la descripción de batallas, se adentró tan libremente en la ficcionalización de ciertos acontecimientos (fundación y traslación de ciudades, combates de un héroe solitario contra ejércitos furibundos, resurrecciones y apariciones milagrosas), que cuando Roger Bayle debió clasificar esos textos optó por llamarlos "mixed romances"[19]. Y así en verdad, como "mixed romances", hay que leer ciertos fragmentos de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de Bernal Díaz del Castillo, de Oviedo y Baños y hasta de autores con tanto empeño de veracidad como el Inca Garcilaso y Cieza de León.

Esas transgresiones americanas se apoyaban –es verdad– sobre transgresiones españolas previas o sobre fenómenos populares de largo arraigo. ¿Cómo no tomar en cuenta la caudalosa difusión de las novelas de caballerías durante el siglo XVI: fábulas pobladas de naturalezas fantásticas y de

19. Cf. William Nelson, *Fact or Fiction: The Dilemma of the Renaissance Storyteller*, Mass.: Harvard University Press, 1973, p. 93.

riquezas escondidas como las que América prometía? La confusión se acentúa porque, durante la misma época, se publican numerosas novelas que incluyen en su título las palabras *crónica o historia.* Irving A. Leonard cita como ejemplo la *Crónica de don Florisel de Niquea*[20], pero también podrían mencionarse narraciones aún más remotas como *La historia del rey Canamor y del infante Turián, su hijo* o la *Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarbe*, que describen resurrecciones y acciones sobrenaturales, invocando veracidad desde las primeras líneas. "Para cimentar su autoridad", explica Leonard, "los autores de la nueva generación no limitaban su audacia a copiar los procedimientos de los tratados históricos: hasta pretendían con frecuencia haber traducido o enmendado algún manuscrito árabe, griego, o aún escrito en alguna rara lengua del Asia del Cercano Oriente"[21]. Es el rasgo de audacia que Cervantes habrá de parodiar en el *Quijote.*

William Nelson apunta con justeza que, para la época, la verosimilitud era más importante que la verdad. Verosímil era todo aquello que, como postulaba Aristóteles en su *Poética*, se ajustaba a la opinión del público. O, tal como ahora lo define Gérard Genette, "...lo verosímil constituye un mecanismo de relativización de lo absoluto del texto"[22]. Al comentar las discusiones sobre la *vraisemblance* que ocupan al siglo XVII, Genette inserta su definición en el código de la época y concluye que lo verosímil era entonces "...un corpus de máximas y prejuicios que constituye tanto una visión del mundo como un sistema de valores"[23].

Al juzgar la *Historia* de Oviedo y Baños, los censores convalidarán ese criterio. Antonio Dongo, bibliotecario de su Majestad, sentencia que nada ofende allí las convenciones: "...en él no he hallado cosa en que se desvíe de lo que enseña la santa Iglesia Romana, ni cosa opuesta a las regalías y bue-

---

20. En *Los libros del conquistador*. Mario Monteforte Toledo, trad. México: Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., 1979, p. 47.

21. *Ibidem.*

22. Cf. Metz, Genette, Kristeva, Barthes y otros en *Lo verosímil*, Beatriz Dorriots, trad. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970, p. 49.

23. Gérard Genette, *Figures II*. Paris: Editions du Seuil, col. Tel Quel, 1970, pp. 205 y ss.

nas leyes de estos Reinos". En el acatamiento a esos principios se funda la legitimidad (y la verosimilitud) del texto. Oviedo se impone como misión la escritura de una historia creíble: una historia que fundará los linajes nacionales. Su mayor argumento de verosimilitud es, precisamente, el propio linaje: Oviedo era uno de los notables de la ciudad [Caracas], lo cual basta para conferir al relato calidad de verdadero y serio. La fuente de veracidad no son los documentos, a los que casi nunca cita pero sobre los cuales va reconstruyendo la trama de lo que no vio ni experimentó. Tampoco son las historias previas: las de Simón, Herrera o Piedrahita, por más que se sirva de ellas discrecionalmente. Cuando las menciona es, en general, para señalar sus errores. No puede, como fray Pedro Simón, legitimar su historia con el argumento del testigo. Su método es el encierro, la compulsa de papeles, la reconstrucción de la realidad a partir de las huellas ajenas. No condesciende a viajar ni a entrevistar a eventuales sobrevivientes. A veces, sin embargo, no le queda otra salida que subrayar su yo de narrador, cuando se apresta a contar algo que es a todas luces increíble. En unas pocas ocasiones, se presenta como testigo directo: así sucede cuando la narración roza cuestiones de linaje o cuando se trata de justificar algunos prodigios, como la transmutación de las casas de madera en piedra, a orillas del lago de Maracaibo: casas de las que saldrá el nombre de la provincia entera:

> [...] Venezuela, por la similitud que tenía su planta con la ciudad de Venecia; nombre que se extendió después a toda la provincia, aunque al presente sólo han quedado cuatro pueblos, que mantienen la memoria de lo que dio fundamento a la causa de su origen, y esos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendría treinta casas el año de seiscientos ochenta y seis, *que estuve en él* [p. 34, cursivas agregadas].

Oviedo, por lo tanto, *naturaliza* los documentos; es decir, los torna inteligibles en relación con los diferentes modelos de coherencia cultural[24]. Cada vez que dibuja una cronología es para subrayar el nacimiento de un linaje; cada vez que un héroe o un antihéroe muere, lo despide con un canto fúnebre que es a la vez un esbozo biográfico: un verdadero obituario. A

24. Cf. Jonathan Culler, *op. cit.*

poco de que el lector se adentra en la obra va advirtiendo que las hazañas del muerto tienen poca importancia como hazañas personales, como pautas de vida. Sirven más bien como contribuciones a la escritura de una historia mayor, una Historia que los abraza a todos. Lo que Oviedo y Baños quiere, nítidamente, es escribir la Historia Oficial, la dadora de sentido, la ordenadora de la realidad. En el caso de los linajes procede a la inversa: no se detiene en alabanzas sino en la detallada enumeración de nombres a secas, nombres desnudos de empresas y de glorias. Es decir que, *desde el presente de la escritura*, Oviedo establece que esos nombres son dignos de reconocimiento y tienen, para ese presente, un valor fundacional. La nobleza provincial es creada, entonces, desde la simple y llana enunciación, desde el principio de autoridad implícito en la facultad de nombrar.

Para legitimar su relato, no sólo apela Oviedo a su posición encumbrada en la comunidad, a los documentos e historias previos, a las exhaustivas listas de nombres y lugares. Apela, sobre todo, al patrón de coherencia de la época, a la experiencia histórica y cultural de sus contemporáneos; es decir, a la cosmovisión común. Ese patrón de coherencia determina que es verdadero todo lo que se ajusta a los dictámenes de la Iglesia y a las convenciones del conocimiento. Por lo tanto, no es preciso justificar la invariable superioridad española en las batallas, ni las visiones de tesoros entrevistos pero jamás encontrados, ni la intervención de la Providencia en el castigo de los injustos, ni la barbarie de los indígenas o la naturalidad con que éstos, según el relato, entregaban sus bienes y su apoyo a los conquistadores.

La historia y el mito operan de un mismo modo en estos textos: explican la naturaleza de la fundación nacional a través de un recuento de hechos que no necesitan ser probados. Los mitos presentan historias extraordinarias y no tratan de demostrarlas o justificarlas: su lenguaje está más orientado hacia lo autoritario que hacia el *logos* (porque la validez o verdad del *logos* está siempre sujeta a cuestionamientos). El mandato de Oviedo es construir un relato "creíble" y, por lo tanto, no le es posible mitificar abiertamente. Pero aún así, se vale de prejuicios y modos que no son sino construcciones culturales. Lo hace de manera inconsciente, y acaso no podría

soslayar esas construcciones, puesto que, como autor, participa inevitablemente del imaginario colectivo de su época.

6. Fundación de los linajes

Hayden White sostiene que la historiografía opera del mismo modo que la literatura: con frecuencia recoge acontecimientos que en su origen son ficciones culturales y crea también patrones de acontecimientos que sólo cuando son retomados por la literatura son llamados "imaginarios"[25]. También por eso, episodios como los del negro Miguel y el Tirano Aguirre son narrados desde la farsa y desde la locura sanguinaria: no sería creíble (ni tampoco admisible para los censores, quienes hubieran podido vetar todo relato sobre las sublevaciones de colonos en América si la narración de esas sublevaciones no llevara implícita una condena) que se creara un *reino paralelo* al de España, y menos bajo la majestad de un esclavo o de un hereje.

La construcción de esos dos episodios –sobre los que habremos de

25. Hayden White, en *Tropics of Discourse* (Baltimore: Johns Hopkins, 1978): "¿No es posible que la cuestión de la narrativa en cualquier discusión de teoría histórica sea siempre, finalmente, una discusión sobre la función de la imaginación en la producción de una verdad humana específica?" (p. 57. La traducción es nuestra). [De ese modo operan los relatos de Oviedo y Baños: estableciendo *temas* o melodías de imaginación para deducir y afirmar, a partir de ellos, ciertas verdades generales: el contacto con los Omegua *afirma* la existencia de El Dorado; las victorias de 15 soldados españoles contra miles de indígenas *afirma* el heroísmo de aquéllos y la protección de la Providencia; las curaciones por interpósita persona, como sucede con la de Felipe de Utre, subrayan el derecho de vida o muerte que los españoles se arrogan sobre los indios; los mitos de tesoros escondidos, los milagros o animales fantásticos, la muerte con olor de miel de Martín Tinajero, son siempre signos platónicos de una evidencia que está por encima del hecho mismo y que refleja una verdad superior. Los encuentros entre el mito y la historia son incesantes en todo el libro. Así, es pertinente preguntarse por qué los mitos legalizados (o historizados) habrían de ser menos verdaderos que las listas de nombres. Tales listas tienden, en verdad, a otra forma de invención: *inventan* un linaje, una genealogía que no avanza en varias generaciones. Son sólo nombres/palabras que fundan realidades y derechos.] White distingue también allí entre los procedimientos de la crónica y los de la historia: "La crónica suma fechas; la historia reconstruye acontecimientos narrándolos. Es muy distinto entonces el código producido por una cronicalización que por una narrativización: ésta produce un sentido más próximo a la *poiesis* que a la *noiesis*", p. 42.

volver– permite ver en detalle toda la trama de intereses históricos a la que Oviedo y Baños estaba sometido y su estrategia para conciliar los intereses del rey con los de su grupo de pertenencia. Oviedo debía, por un lado, demostrar que los criollos blancos provenían de los mejores linajes peninsulares y legitimar el derecho de aquéllos a gozar de privilegios no inferiores a los de los españoles recién llegados. Los excesos referidos en la primera parte de su *Historia* se atribuyen a los banqueros alemanes Welser (los Bélzares), a quienes Su Majestad "beneficia [...] por las cantidades de dinero que en diferentes ocasiones le habían prestado [los Welser] para sus expediciones militares". Se trata, pues, de un préstamo o de una compra, no de un derecho conquistado o heredado. Como el origen es espurio, el fin no puede ser sino la destrucción: los alemanes que llegan a la provincia de Venezuela no hacen "asiento en parte alguna" y se entregan al pillaje. Desembarcan, saquean y se marchan, "...sin que los detuviese la piedad ni los atajase la compasión". Es decir: arrebatan sin poblar, marcando el origen de la provincia con la señal del extranjero, del nómade, del que no ama.

En lo que resta de la obra, toda ignominia en que incurre algún criollo es sancionada por la Providencia, y la estirpe del culpable queda sin continuidad. Los demás criollos, por lo tanto, se mantienen incontaminados. Oviedo debía demostrar que, bajo la responsabilidad de los criollos, el esquema jerárquico impuesto por el rey no podía ser quebrado ni sustituido. Para los criollos, la autoridad del rey era incontestable, y era preciso poner énfasis en la ignominiosa muerte de transgresores como el Tirano Aguirre y el negro Miguel, para que sus alzamientos no se convirtieran en indicios de la incapacidad criolla para defender la autoridad real. Las ideas de independencia o autonomía estaban, por cierto, fuera de cuestión: a nadie se le cruzaban por la cabeza. Lo que importaba a Oviedo y Baños y a los de su clase era más bien reivindicar el derecho de los criollos a ejercer, a través de los Cabildos, la autoridad política y militar en caso de acefalía del gobernador, a probar que también ellos tenían temple para el mando. Ese derecho ya había sido concedido por una cédula del 18 de septiembre de 1676, pero abundaban los maestres de campo y jefes de guardia que esgrimían otras cartas de privilegio cada vez que se presentaba un conflicto.

Uno de los más agudos (y aún irresueltos) enigmas de Oviedo es la exis-

tencia de una segunda parte de su *Historia*, a la cual él alude muchas veces en el libro que publicó (aunque siempre a través de verbos en tiempo futuro). La controversia sobre si esa segunda parte se escribió en parte o por completo, si fue editada y guardada, o si el manuscrito fue quemado por los herederos, ha sido exhaustivamente analizada por Guillermo Morón en su "Estudio Preliminar" a la edición de la Biblioteca de Autores Españoles[26]. No hay nada que añadir a sus investigaciones, excepto –acaso– que los autores de este prólogo no las dieron por concluidas y emprendieron, sin éxito, una búsqueda personal en bibliotecas de Madrid y Sevilla, y en los Archivos de Indias y Archivos de Protocolos (septiembre-octubre 1989).

Ante la imposibilidad de resolver el problema, sólo es posible conjeturar que Oviedo y Baños escribió algunos fragmentos de la segunda parte, cuya materia era el asentamiento de las ciudades, el desarrollo del comercio y los conflictos de los poderes políticos y eclesiásticos durante el siglo XVII. En algún momento de la escritura debió de tropezar con la escandalosa historia del obispo Mauro de Tovar (quien ocupó la sede apostólica de Caracas en 1640), cuyas excomuniones arbitrarias, disputas con el gobernador y acciones escabrosas no podían ser narradas sin entrar en contradicción con el plan entero de la *Historia.* ¿Cómo descubrir las flaquezas del Obispo sin poner también al descubierto las flaquezas de los linajes a los que Oviedo y Baños postulaba como fundadores de una nacionalidad nueva? ¿Cómo describir los desgobiernos de un criollo notable sin cuestionar a la vez la responsabilidad de toda la casta? Este conflicto de principios, esta razón ideológica debió de pesar más sobre el ánimo de Oviedo y Baños que las consideraciones domésticas que suelen esgrimirse, porque el obispo Tovar era un antepasado de la familia de su esposa.

Pero, a la vez, esta ausencia de la segunda parte, este ocultamiento, exclusión u omisión, debe también leerse como un conflicto epistemológico: el tabú que Oviedo (o su casta) imponen a la historia del obispo Tovar marca también un momento de ruptura de los españoles de América con la cultura europea. Se trata ya no de seguir una tradición, un rastro, sino de

26. Edición citada, pp. XXVII-XXXIII.

verificar el momento en que esa tradición encontrará su recorte, su límite. El hecho de que un solo episodio oscuro, el del obispo Tovar, haga desaparecer el relato (y al mismo tiempo, la legitimación histórica) de un siglo entero, marca el punto en que los hombres designados por Oviedo y Baños como “los nuestros”, “los españoles”, ya no son más esa imprecisa fusión (o confusión) de blancos nacidos en América y de españoles de ultramar, sino que asumen definitivamente su identidad de criollos. Los “nuestros” son los que preservan su historia de toda erosión o contaminación.

Ese momento de recorte y límite es algo que Foucault estudió muy bien en *La arqueología del saber.* Escribe allí:

> Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas de un espíritu o de una mentalidad colectiva, por debajo del terco devenir de una ciencia que se encarniza en existir y en rematarse desde el comienzo, por debajo de la persistencia de un género, de la forma de una disciplina, de una actividad teórica, se trata ahora de detectar la incidencia de *las interrupciones*.[27]

La interrupción de la segunda parte, el vacío creado por un texto que se anuncia muchas veces y que finalmente se desvanece en la nada, es en Oviedo *y* Baños un *lleno*, un modo de confirmar (o de no anular y desbaratar) la historia ya construida: una puesta a salvo de nombres, linajes, noblezas y hazañas narradas. Oviedo advierte que la historia (y en cierto modo, la nacionalidad) que debió crear *ya ha sido creada*, que no hace falta ir más allá. La historia del obispo Tovar marca la frontera imposible de traspasar; pero cualquier otra oscuridad hubiera dado lo mismo; ante cualquier otro obstáculo –aun menor que ése– el autor se hubiera detenido.

27. Michel Foucault. *La arqueología del saber*. Aurelio Garzón del Camino, trad. México: Siglo Veintiuno, 7ª ed., 1979, p. 5.

7. Largo puente entre dos épocas

Aún en los umbrales del Iluminismo, el pensamiento de Oviedo y Baños sigue en parte uncido a las grandes estructuras jerárquicas de la Edad Media. El orden de la tierra es un calco del orden del cielo. Agraviar al rey o desconocerlo equivale a desconocer a Dios y a la Iglesia. El hombre de Oviedo está sometido a los designios de la Providencia y a los movimientos de la Fortuna. A tal punto todo parece predeterminado que las pocas descripciones físicas de personajes que hay en la *Historia* anticipan ya comportamientos y destinos.

También los vientos de la Contrarreforma dejan su marca en cada página: el libre albedrío está condicionado siempre por la voluntad de la Providencia. En la *Historia*, el hombre puede elegir y equivocarse: una sola acción errada le basta para perder el paraíso. Es lo que, de hecho, le sucede cada vez que "lee" mal los signos que le hubieran permitido entrar en El Dorado de los Omeguas: tiene El Dorado ante los ojos, como Moisés, y en ese instante lo pierde. Sólo Dios concede la gracia, como lo muestra el bello episodio del cadáver de Martín Tinajero, a quien sus compañeros de armas entierran en un hoyo natural, "...un hoyo de los que con el invierno había hecho el agua en una de las ramblas por donde corría", reconociéndole el leve mérito de haber vivido "sin agraviar a nadie". Dios lo entiende de otro modo y proclama la beatitud del muerto. Tiempo después, cuando los compañeros de Martín Tinajero regresan a la cañada que le sirvió de sepultura, son envueltos por una fragancia suave, y descubren que del "yerto cadáver" se han enamorado "diferentes enjambres de abejas" [pp. 73-74]. Los hombres jamás ven los signos que luego la Providencia descubre.

Pero a pesar de los residuos medievales, el pensamiento de Oviedo y Baños no puede sustraerse a las ráfagas de la crítica iluminista que aparece en el horizonte. Esas vacilaciones epistemológicas son las que acrecientan el peso testimonial de su *Historia*: el cruce incesante de las épocas, el acatamiento a las estructuras jerárquicas por un lado y, por el otro, la imperiosa necesidad de observar esas estructuras críticamente. Es curioso que, mientras el paso del tiempo está puntuado por la entrada y salida de los Obispos (tanto, que el libro termina con la muerte de uno de ellos, en 1600), y mien-

tras son incesantes las invocaciones a Dios y a sus favores, Oviedo y Baños no eluda la mención de excesos por parte de algunos sectores del clero, permitiendo que el Tirano Aguirre sea quien lleve la voz cantante en ese tema.

La *Historia* anticipa (aunque encubriéndolas bajo la voz de los transgresores y disidentes) las críticas a las instituciones que luego aparecerán en los trabajos periodísticos de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (Quito, 1747-1795), en *El lazarillo de ciegos caminantes* de Alonso Carrió de la Vandera (*circa* 1715-1778) y sobre todo en la original autobiografía de fray Servando Teresa de Mier (1763-1827). Aunque, a diferencia de estos autores, Oviedo y Baños no basa su crítica sobre la observación directa sino más bien sobre citas de autoridades, a las que se cuestiona o niega de manera sesgada o directa, es indudable que su *Historia* es precursora de los esfuerzos criollos para exigir mejoras en la administración española y para denunciar los abusos y la corrupción de los advenedizos enviados del rey.

Uno de los lugares comunes de la crítica de la cultura hispanoamericana es afirmar que los primeros rasgos de una escritura original y autónoma aparecen en los textos populares: en los poemas líricos quechuas, en los cielitos y décimas de los primeros gauchescos, en las canciones del Caribe y en el periodismo de combate que se leía en México, Lima, Bogotá y Buenos Aires a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Eso es verdad, si se piensa en términos de "cultura de residencias". Pero como "cultura de reivindicación", como acto de afirmación de una identidad *diferente*, la *Historia* de Oviedo y Baños es un texto fundador de importancia capital, en el mismo sentido de la autobiografía de fray Servando o *El lazarillo* de Carrió de la Vandera.

8. La escritura como fundación

La *Historia* de Oviedo y Baños funda, de hecho, lo que habrá de ser Venezuela: describe los pillajes, el desamor y el olvido que seguirán estimulando la reflexión de los historiadores sociales contemporáneos, exalta la importancia de la escritura como ordenadora de la memoria por sobre el efímero peso de toda oralidad, y establece con tanto celo los límites físicos

de la región, que hasta cuando narra la búsqueda de El Dorado (que en América fue como un mapa de nervaduras infinitas, sembrado de afluentes y falsos pasos), se detiene en los umbrales del "nuevo Reino", del Mal-País o de las infranqueables serranías del sur: a las puertas mismas de lo *que no será* Venezuela.

Olvidar la historia es, para Oviedo, establecer o elegir la propia desdicha. Tal como R.G. Collingwood advertirá dos siglos más tarde en su *Idea of History*, Oviedo decide que lo que no se escribe no existe históricamente; que sólo la escritura puede salvar a la historia. Ya en la primera página del relato apunta que el olvido es una "fatalidad común de este hemisferio", y que no puede haber identidad allí donde no hay recuerdo.

La *Historia* se construye en tres partes, cada una de las cuales irá marcando con sus cadencias diversas la incipiente fundación de la nacionalidad: al principio la codicia, la infatigable persecución de El Dorado, el vaivén de los tesoros esquivos o escondidos; en el centro, la rebelión de Aguirre, que indirectamente impugna al rey por su desinterés en aquellas distantes posesiones y por recurrir a intermediarios incapaces; al fin, la colonización épica, la fundación de las ciudades, el asentamiento de las instituciones.

Es notable el hecho de que, acaso para subrayar la distancia que las nuevas tierras guardan con el poder imperial, para insinuar la *diferencia*, Oviedo y Baños deje hablar al Tirano Aguirre con más profusión que cualquier otro narrador. Eso constituye sin duda un acto de conciencia dramática, una deliberación narrativa, pero tiene también una intención política que no puede soslayarse. De hecho, los únicos documentos que la *Historia* transcribe son la primera cédula real [del 8 de diciembre de 1560] que deja el mando en manos de los alcaldes en caso de muerte del gobernador y que constituye un antecedente directo de la cédula de 1676; y las cartas de Lope de Aguirre al Provincial dominico de la isla Española, al gobernador y al rey. Aunque el relato se detiene una y otra vez en las dobleces, traiciones y crueldades de Aguirre, Oviedo y Baños encuentra la manera de justificar narrativamente la transcripción completa de las cartas; es decir, de ceder la voz *a la otra voz*, al disidente. Sobre todo la carta al rey fluye como el clímax de toda la *Historia*, como el centro de un espejo en el que las otras partes

del texto (la búsqueda de riquezas y la colonización) se reflejan y encuentran nuevos sentidos. Ni el "desastrado fin" de Aguirre (cuyo cuerpo, partido en cuartos, se exhibe en jaulas o picas durante "muchos años") logra desdibujar el peso dramático de la carta al rey, cuyas denuncias no son desmentidas por Oviedo.

No puede afirmarse que la *Historia* sea la única contribución de la época a la forja de una identidad criolla. Cabe recordar que los periódicos y panfletos empezaban a aparecer con cierta regularidad en el siglo XVIII, y que también ellos abonaron el terreno para construir una conciencia autónoma. Pero las marcas que deja la *Historia* de Oviedo y Baños en esa dirección son por demás nítidas. La dedicatoria del libro es un ejemplo: no está dirigida a un benefactor de la nobleza española ni a autoridad alguna, sino al hermano del autor. Si bien el libro fue –por supuesto– impreso en España, la dedicatoria induce a pensar que los interlocutores/lectores naturales del texto no eran ya los europeos (a los que seguía siendo preciso convencer de las virtudes criollas) o el rey, a quien se debía pedir indulgencia y rendir cuentas. La *Historia* fue escrita para aquellos que compartían la mirada del autor: aquellos que podían reconocerse a sí mismos en la narración y a partir de ese reconocimiento, crearse como un *Otro.*

Ya esta parte de América no es –al menos no lo es por completo– aquello que creía O'Gorman: no es "un *ens ab alio*", un ente que tiene su razón de ser "...en Europa, pero no por ella misma, sino sólo en cuanto la civilización que representa la forma más plenaria que se ha logrado del ser de la humanidad"[28]. Es un ente que adhiere al sistema, pero que fundamenta su orgullo en el marco geográfico donde vive, en la naturaleza que lo impregna, y no en su dependencia del distante poder imperial. Oviedo y Baños es, por supuesto, "un hombre del sistema", como se diría ahora, no un marginal ni un rebelde: un notable de la sociedad caraqueña que pasó buena parte de la vida batallando infructuosamente por alcanzar un favor real (el hábito de la Orden de Santiago). Pero es también un vecino que se vanagloria de la región donde vive y a la que está dotando de una historia.

Uno de los capítulos más elocuentes de su libro es aquel donde, tras

28. Edmundo O'Gorman, p. 93.

dibujar el rastro de horror dejado por el Tirano Aguirre, pondera las bellezas de Caracas, la de "un temperamento" tan afín con el del cielo que no le faltan "circunstancias para acreditarla paraíso". Como no podía ser de otro modo, son excelencias que cantan la grandeza de Dios y la majestad del Reino, a cuyo enriquecimiento contribuyen, pero hay en esas ponderaciones una tan profunda conciencia de propiedad, una certeza tal de que "el ente" tiene también su razón de ser en sí mismo, que el capítulo de alabanzas (el séptimo de la parte V) concluye con la única afirmación rotunda de identidad que Oviedo y Baños deja en todo el libro: una especie de firma, de señal de autoría. Allí, luego de trazar el elogio de su tío –el obispo Diego de Baños y Sotomayor–, se define a sí mismo como guardián y patrono de las obras instituidas por "aquel prelado venerable": Yo, "el autor de esta historia, como sobrino suyo" [p. 310].

Desgajada de su contexto, la afirmación de identidad pierde sin embargo buena parte de su fuerza. Es, en realidad, el punto final de todo un movimiento ascendente de exaltación valorativa, que comienza con los portentos de la naturaleza, continúa con la caracterización de la sociedad (hombres de "agudos y prontos ingenios", cultos y hospitalarios, mujeres honestas y recatadas), y se detiene luego en la descripción de las iglesias y conventos erigidos en Caracas, "vergel de perfecciones y cigarral de virtudes", hasta culminar con la alabanza de la iglesia de Santa Rosalía. Situado el *yo* en ese punto, se convierte en el vértice, en la conclusión del largo viaje apologético. El *yo* es aquí el signo del linaje, la afirmación del hombre –o de la familia, de la casta– como depositario final de todos los otros dones: naturaleza, heroísmo, gracia de Dios.

9. El reino de la antítesis

Con la escritura como ariete, Oviedo y Baños domestica el tiempo y, a la vez, avanza en el espacio. Sus ardides de domesticador son casi transparentes, y por eso mismo, misteriosos: los epígrafes de cada capítulo proponen en tiempo presente lo que el texto empezará de inmediato a referir en pasado. Los epígrafes articulan el pasado desde el *ahora* de la escritura a través de una cadena de verbos que convierten la historia en una realidad perpe-

tua: una historia que vuelve a hacerse en el momento en que se escribe. "Capitulan los Bélzares", "Entra Felipe de Utre en Macuto", "Vuelve Fajardo a intentar la conquista": primero la acción, el verbo, y luego el nombre del héroe que la ejecuta. Es, como querría la física moderna, una suerte de líquido que se desplaza de uno a otro comienzo de capítulo: el tiempo como líquido, como envoltura amniótica cuya electricidad sirve de enlace a las respiraciones de los hechos.

Desde el principio también, descubrir es avanzar en el espacio. El primer movimiento es de tanteo, de verificación. ¿Adónde hemos llegado? Se trata de movimiento, porque no hay pasividad en el examen; por lo contrario, hay cierta voracidad de la vista, cierta gula por afirmar las realidades que se van reconociendo, ya no con asombro: no se trata ya de realidades nuevas, no hace falta explicarlas. Se nombra lo que se ve sólo para que no se pierda. El primer capítulo de la *Historia* es, así, una letanía de nombres, una insaciable enumeración de pájaros, granos, climas, árboles, minerales, animales feroces. Los sustantivos son un acto de apropiación pero también un recuento de lo perdido: han bastado veinte años, dice con un tono admonitorio que trae los ecos de Las Casas, para que ochenta y dos pueblos indios "de corta vecindad" se hayan consumido. Ahora, "...apenas mantienen entre las cenizas de su destrucción la memoria de lo que fueron" [p. 22].

A pesar de que, desde allí en adelante, el texto precisa los años en que transcurren los acontecimientos, la descripción de la temporalidad es plana. Se siente el espacio, pero no la vorágine que la distancia impone a los tiempos. El pasado es una pintura prerrenacentista, sin progresión ni profundidad, al punto de que los episodios podrían suceder antes o después de lo que suceden, sin modificar el gran fresco de la conquista.

Descubrir es avanzar; avanzar es demarcar la tierra y dar noticia. Pero es curiosa la idea de que la conquista sea sólo un movimiento, una fuga: poseer un lugar es pasar por él, y al pasar, delinearlo. La geografía es así una marcha, no una contemplación. Se deja lo que se ve. Pasar tan sólo es ya una afirmación de poder. Luego del paso, América –la tierra– seguirá siendo infinita, desconocida, conquistada pero inapresable. ¿Cuántas veces el texto se afana en establecer que "dejar descubierta" una tierra es sólo pasar

por ella? ¿Y cuántas veces, también, el mero paso, la vislumbre de la riqueza, es suficiente para establecer propiedad sobre ella? El capítulo II del primer libro abunda en señales de esta índole: allí los conquistadores sienten "ansia de dar fin" a sus descubrimientos, y se dan prisa en navegar hacia otra parte. Así, "...acordaron volver la costa arriba, por el mismo camino que habían hecho, hasta dar fondo en Araya, donde *dejaron descubierta* aquella célebre salina, que tan apetecida ha sido de las naciones del Norte..." [p. 26]. Les basta con que sus naves anclen ante una costa para que todo lo que se ve desde la mar, hasta el fondo del horizonte, sea descubierto y poseído. El ánimo que mueve a los conquistadores no es la curiosidad, y menos aún el asombro. Lo que se posee es un bien, una mercancía para quitar o negociar.

Esta cadencia histórica que al mismo tiempo afirma la quietud y el movimiento –el acto nómade de *pasar* se convierte en el acto sedentario de *poseer* la tierra, apropiándose de lo que está allí y de lo que se queda–, se desliza sobre un texto donde casi todo son tropos de antítesis, como en la razón barroca. El olvido que en las primeras líneas de la historia aparece como "fatalidad común de este hemisferio" está hecho de la misma naturaleza que la gloria: porque "...los mármoles que separó la fama para materia de sus trofeos, en las Indias sólo sirven de losa para el sepulcro donde se sepultan las hazañas". A partir de allí, el texto es una fulguración de incesantes antítesis. ¿O habrá que decir más bien de vacilaciones?: el texto se torna un péndulo que va del bien al mal, de la exaltación a la condena, sin posarse sobre ninguna pradera moral, como si Oviedo no pudiera elegir entre lo que cree justo y lo que sabe conveniente. La codicia española, por ejemplo, es para él tanto codicia como impulso heroico. Los indios son cándida y sincera gente, que se deja engañar con alegría, como cuando, junto a las playas de Coriana, los treinta y tres hombres de Cristóbal Guerra truecan las "perlas y chagualas de oro" que los "bárbaros" llevan para su adorno por "cuchillos, alfileres y otras niñerías de Europa" [p. 25] o son "...gente cruel, bárbara y traidora, que hasta el día de hoy [el presente del narrador] se mantiene con su fiereza incontrastable ocupando la costa que corre desde Maracaibo al río de la Hacha" [p. 26].

Uno de los episodios más ilustrativos de que las antítesis actúan dentro

del texto como un juego de espejos deformantes, de inversiones y transfiguraciones de la realidad, es el de Francisco Martín, que ocupa los extensos capítulos VII y IX del primer libro. Los epígrafes que anuncian el relato son ascéticos y sutilmente inexactos: en vez de anticipar al lector la extraña aventura de Martín y sus compañeros, consignan sólo las órdenes de los gobernadores y jefes militares; los mandatos que pesan sobre los hombres en vez de las transgresiones a esos mandatos. "Despacha Alfinger al capitán Bascona con veinte y cinco hombres a buscar gente a Coro, y mueren todos de hambre en el camino", reza el epígrafe del capítulo VII; y el del IX: "Gobierna el Ejército Pedro de San Martín [...]; gobierna la provincia Juan Alemán". El episodio está contado con las mismas cadencias (y a menudo con las mismas palabras) por fray Pedro Simón en los capítulos V a IX de su Segunda Noticia, pero los epígrafes difieren: a Simón le interesan más los desvíos morales de los hombres pequeños que los desvíos que la fortuna impone al poder. El epígrafe de su capítulo V empieza casi de modo idéntico al del capítulo VII en Oviedo y Baños: "Despacha Alfinger a Coro al capitán Bascona...", pero lo que sigue es más explícito, más apegado al destino de los personajes: "2. Parte el capitán Bascona por otro camino del que habían llevado, que fue su total perdición" "–3. Fue tanto el hambre que tuvieron en este camino, que les obligó a ir matando y comiéndose los indios que llevaban".

En las *Noticias* de Simón, el incidente de Francisco Martín es sólo un trastorno moral de la conquista: permite al autor internarse en un largo sermón contra la antropofagia, que incluye eruditas citas de Eliano y del Libro de los Reyes, y discurrir luego sobre la capacidad de adaptación del hombre a toda fortuna adversa. En Oviedo y Baños, en cambio, las desventuras de Francisco Martín reflejan las desventuras del poder.

El incidente es complejo, pero merece ser contado. Una compañía de veinticinco hombres y algunos indios cargadores se pierde en una montaña llena de anegadizos y pantanos. Como el hambre los atormenta, los soldados deciden ir "...matando uno por uno los pocos indios que les habían quedado de servicio, y sin despreciar los intestinos, ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos" [p. 39]. Tras la antropofagia sobreviene el recelo. Separados, sólo cuatro se salvan. A orillas del río Chama, espe-

ran un milagro. De pronto, ven "...una canoa con cuatro indios, que no les parecieron sino ángeles a aquellos derrotados peregrinos" [p. 40]. Los indios los socorren con maíz, yucas y batatas, pero no bien reciben ese "bastimento", los soldados intentan sujetarlos y comérselos. Están débiles, y sólo pueden atrapar a uno. Luego de saciarse, vuelve a perturbarlos el mutuo recelo. Tres regresan a la montaña, y se esfuman para siempre. El cuarto, Francisco Martín, afligido por una llaga que le impide caminar, se aferra a un madero y se deja llevar por la corriente. A las pocas horas encuentra una población indígena, donde lo socorren. El cacique lo adopta, y Martín se convierte en un indio pleno: desnudo, idólatra, sin pudor.

En este punto Oviedo (como un siglo antes lo ha hecho fray Pedro Simón en sus *Noticias*) impone al relato una pausa y vuelve su atención hacia las fatalidades del poder. Cuando regresa, en el capítulo IX, describe el extraño reencuentro de Martín –"...tan convertido ya en indio, y bien hallado en sus groseras costumbres, que ni aún señas aparentes de español le habían quedado" [p. 46]– con sus antiguos compañeros de milicia. Es el propio Martín quien se adelanta a los contingentes indios, en vísperas de una batalla. Los españoles no logran persuadirse de que es uno de ellos hasta que el compañero perdido, narrándoles "su infortunio", logra que lo identifiquen. Los abrazos que le prodigan no impiden que, meses más tarde, sienta melancolía de su mujer y de sus hijos y se fugue de Coro. Rescatado de nuevo, vuelve a su tribu, hasta que, cuando lo atrapan por tercera vez, es enviado al "...Nuevo Reino de Granada, para que quitada la ocasión con la distancia, olvidase la aflicción que tanto lo enajenaba" [p. 48].

Cada paso del relato es un oxímoron, una visión al revés de la realidad, una construcción que navega contra la corriente: los indios que salvan a Martín y a sus compañeros de perecer por hambre son vistos como *ángeles*, lo que no impide que uno de esos *ángeles* sea devorado; la piedad de los indios no es un sentimiento natural, sino un hecho que sobreviene de pronto, sin preparación, como los rayos: "*Tuvo lugar la piedad en el bruto corazón de aquellos bárbaros*" [p. 40, cursivas agregadas]. Francisco Martín, de vuelta entre los españoles –a cuyo encuentro ha ido voluntariamente–, siente una y otra vez melancolía de su mujer y de sus hijos indios, y una y otra vez los abandona. La fuerza de su deseo (de su *apetito*, como dice el

texto) es tenaz, inagotable: "... hubiera cometido el mismo yerro otras cien veces", lo cual no impide que sienta el deseo como un "despeño" y se precipite en incesantes arrepentimientos.

El regreso de los hombres perdidos que se alejan a perpetuidad de la civilización no es infrecuente en las crónicas de Indias. Juan Gil, que recoge algunas historias de perdidos en su estudio sobre El Dorado[29], las compara con el mito de las diez tribus de Israel, y señala que "la mayoría de los detalles" tiene, al parecer, "origen venezolano". Sin embargo, ¿cómo no establecer similitudes entre la historia de Francisco Martín y las de los dos soldados españoles vasallos del cacique Cozumel, que refieren tanto López de Gómara como Bernal Díaz del Castillo, y en las que también hay antropofagias, melancolías por la mujer y los hijos indios, y reconocimiento de la condición española por el lenguaje? ¿Es que las historias se repiten, o acaso los cronistas se detenían a narrar, ante todo, las historias extrañas que se contaban, o bien –hipótesis no descartable– un hecho asumía verosimilitud cuando un hecho semejante ya había sido relatado, casi de la misma manera, por otro?

Para entender los sutiles movimientos, las cadencias, las respiraciones secretas del texto, es preciso seguirlo paso a paso: examinar su orden, registrar la lumbre de sus pisadas. A veces, pareciera faltar un mapa de viaje, una brújula que permita entender las sutiles licencias de Oviedo. Ciertas huellas son claras de seguir: por ejemplo, la huella ya citada de los linajes, que asoman en las puertas mismas del libro, tanto que el primer personaje que aparece es un Oviedo: "Don Alonso de Oviedo, vecino de Barquisimeto, quien descubre unas minas de cobre 'de grande opulencia y rendimiento' [p. 21]. Otra huella es de lo que podríamos llamar "pausa geográfica": cada vez que alguna ciudad es fundada, o algún paraje de importancia es descubierto, el espacio se congela, el tiempo de la narración se detiene, salta del pasado al presente y se enzarza en una descripción sembrada de pesos, medidas, latitudes, números, nombres, como si el deslumbramiento por lo que se ha conquistado encontrara en esas enumeraciones su vero-

29. Juan Gil. *Mitos y utopías del Descubrimiento*, tomo 3: El Dorado. Madrid: Alianza 1989, pp. 78-80.

similitud. Como ya lo hemos visto, enumerar es, en Oviedo y Baños, un acto permanente de apropiación, de fundación, de afirmación y credibilidad. Menos nítida, en cambio, y más misteriosa, es la ley de organización de los personajes. Vale la pena detenerse en ella.

La *Historia* consta de siete libros. Los tres primeros se estructuran sobre la duplicación de los personajes: la misma duplicación que aparece en la administración militar de la conquista y en la administración social de la colonia. Siempre hay un gobernador y un teniente general, que desfilan en parejas, en una suerte de contradanza donde la realidad es al mismo tiempo la imagen reflejada. Los dobles aparecen a partir del capítulo IV del primer libro, y no se eclipsan hasta el final del tercer libro, de manera rítmica: Ampúes/Alfinger, y luego Alfinger/Sailler, Spira/Fedreman, Reinoso/Losada, Villegas/Losada, Marcio/Bonilla, Utre/Carvajal, Losada/Carvajal, Tolosa/Carvajal y Fajardo/Collado. No sólo el poder se divide por dos y se comparte: también los viajes a un mismo lugar se emprenden de dos maneras, a través de dos caminos, y las curaciones se consuman a menudo merced a la acción de un doble. La más notable es la de Felipe de Utre, a quien un soldado que "no entendía de cirugía" salva de una "herida entre las costillas" infligiendo a un indio la misma rotura, con una lanza semejante, para reconocer "la anatomía" [p. 129].

En los últimos cuatro libros, por el contrario, no hay pareados sino tres personajes dominantes: Aguirre, Diego de Losada y Garci-González de Silva. Ninguno de los tres pertenece a la capa superior del poder. Aguirre encarna un poder alternativo, como se ha visto: un contrapoder; Losada es su opuesto: el pacificador, el legitimador de la conquista, el defensor procesal de los derechos de la Corona contra "las demasías" de los indios. El destino de Losada es una metáfora del destino de los criollos: fundador de Caracas, el poder español lo expulsa de su propia ciudad, admite su linaje pero le niega la fortuna.

El tercero de los personajes dominantes, Garci-González de Silva, es también el más complejo: epígono de los héroes de caballerías, héroe popular a su vez, se mueve como un imán que arrastra consigo todas las inverosimilitudes. A tal punto es así, que al iniciar el capítulo XII del sexto

libro, y luego de haber referido ya algunas de sus victorias imposibles, Oviedo se cura en salud antes de internarse en la más increíble de todas.

Escribe, apelando por primera vez a un verbo del todo contundente:

> *Confieso*, que temeroso (y aun puedo decir que desconfiado) entro a tratar de la materia, que ha de servir de asunto a este capítulo; por ser punto muy sensible, para quien se precia de verdadero, verse obligado por la puntualidad que pide la historia, a referir algunos sucesos, que por lo raro de sus circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando del piadoso consentimiento del lector para su asenso... [p. 384, cursivas agregadas].

Este sermón sobre la verosimilitud convierte a la historia en un artículo de fe: el lector debe suspender su incredulidad por un instante, y entrar con los ojos cegados en un relato que, de antemano, se califica de increíble y que no obstante, para que la historia retenga su razón de ser, debe ser creído, porque así lo acreditan la antigüedad y la tradición: "...de más de un siglo aseguran su relación por evidente" [p. 384]. El preludio es imprescindible para explicar luego el triunfo que Garci-González, con un leño encendido como arma única, y con el apagado auxilio de tres soldados, arrebata a dos mil doscientos indios bravíos que, para colmo, lo atacan mientras duerme.

Bien sea para ponderar la desmesura de la empresa, bien para contrastar didácticamente la pequeñez del hombre con los secretos de una naturaleza donde todos los prodigios están latentes –El Dorado, la fuente de la inmortalidad, el reino de las amazonas, el asiento del paraíso terrenal–, lo cierto es que Oviedo y Baños deja siempre a sus héroes en las orillas de la tierra prometida sin permitirles entrar jamás. Juan Gil, que ha recopilado otras versiones de este "tantálico suplicio"[30], supone que los héroes persisten en la búsqueda de la quimera porque "llevavan nueba que muy en brebe darían en la tierra rica": es decir, navegaban de una ilusión en otra, los alimentaba la certeza de que la fortuna estaba allí, en alguna parte, y que no había sido encontrada aún por falta de tenacidad e insuficiencia de los sufrimientos.

30. *Ibidem*, pp. 46-47.

Ninguno de los oxímoron en los que abunda la *Historia* supera en intensidad y sutileza al que componen estos héroes fracasados, estos excluidos del paraíso a los que Oviedo presenta como fundadores de nacionalidad y creadores de linajes. La desventura es el precio de toda creación, pareciera insinuar Oviedo. El único que escapa a ese designio es Garci-González, por la mera razón de que la *Historia* no registra su fin. Y sin embargo, Garci-González, fértil en victorias, resulta estéril como fundador de ciudades. Mientras a su alrededor prosperan los asentamientos nuevos, y Caracas, Caraballeda y Maracaibo aseguran la inmortalidad de sus primeros pobladores, Garci-González gasta su empeño en una ciudad fugaz, a la que llama del Espíritu Santo. No bien la funda, se aleja de ella, y al desampararla, da pie a discordias y desavenencias de los vecinos, hasta que todos "la abandonaron de una vez, dejándola desierta" [p. 406].

Y a la inversa, soldados ignotos o capitanes sin ventura en las batallas son beneficiados por prodigios que les permiten ser fuente de linajes nuevos: tal es el destino de García Calvete, a quien una flecha le atraviesa el ojo sin dejarle rastro de herida ni lesión alguna en la vista, luego de lo cual se establece como "vecino encomendero de la ciudad de Vélez, donde dejó sucesión" [p. 75]. O el destino de Sebastián Díaz de Alfaro, a quien el gobernador encomienda la expedición que había estado reservada a Garci-González, y que culmina con la fundación no de una sino de dos ciudades, San Juan de la Paz y San Sebastián de los Reyes, sin otros méritos que el de su buena fortuna (porque los indios, en vez de oponérsele, lo reciben con agasajos) y sin otro acierto que el de su carácter sedentario. Oviedo se desvía aquí de su glorificación del heroísmo para ensalzar el recurso de la sumisión. El éxito de Sebastián Díaz se debe, ya no a su coraje, sino a su habilidad administrativa, al punto que la ciudad de San Juan lleva *de la Paz* como apelativo porque el fundador quiso "dejar vinculada en este nombre la memoria de haber logrado su intento sin desenvainar la espada" [p. 412].

Mientras Garci-González se entretiene en Caracas disfrutando "en aplausos el premio que merecían sus fatigas" [p. 411], Sebastián Díaz se interna en los llanos en busca de tierras fértiles y convenientes: "...el fin principal de su jornada era sólo a poblar" [p. 412]. El fin de Garci-González,

en cambio, es desplazarse, combatir, suscitar el aplauso. En este sutil combate por la gloria, los sedentarios triunfan sobre los nómades, los moderados sobre los ambiciosos. Oviedo y Baños llegará a preguntarse si ésa no es, acaso, la lección última de la historia: ser hechura de los héroes, pero disfrute de los administradores.

10. La naturaleza, las ciudades

La naturaleza nunca es pasiva en la *Historia*, salvo cuando el movimiento de la conquista y población se detiene para entonar su alabanza. Ya en el epígrafe del primer capítulo se revela esa voluntad de reconocimiento y encomio, esa voz de alto para saber dónde se está: "Del sitio y calidades de la provincia". Hay también remansos en el relato cada vez que se anuncia la fundación de una ciudad y que el autor, mirando en torno, mide y sopesa el valor del nuevo asentamiento. Pero en esos casos, la narración se tensa lentamente hacia adelante, sigue el dibujo que la naturaleza ha ido trazando en el tiempo. Los ejemplos más cabales son los que aluden a Caracas y a Señora de la Concepción del Tocuyo. De la primera hay un registro minucioso de las mudanzas del clima, las variaciones demográficas, las rentas episcopales y los templos y ermitas. Los templos actúan como conjuros y escudos contra las plagas y pestes: signo de que la ciudad segrega sus propias defensas contra los descontroles de la naturaleza. En el caso del Tocuyo, la calidad del sitio confirma la calidad de los linajes: "...sus pastos son muy adecuados para ganado cabrío, en que es imponderable el multiplico, de cuyas pieles benefician muchos y buenos cordovanes, que sirven de mercancía a sus moradores; la ciudad al presente es habitada de ciento y treinta vecinos, y entre ellos algunos de familias muy ilustres..." [p. 141].

Pero cuando, el relato está en movimiento, la naturaleza/espacio actúa como un elemento que modifica el curso de la acción, ya porque se impone como accidente u obstáculo, ya porque entrar en ella es entrar en la muerte.

Al principio, cuando la naturaleza es la mera vastedad del trópico –parajes donde todo es húmedo, monstruoso y rápidamente perecedero–, los españoles deciden que el único medio de domesticar a la naturaleza es pasar por ella. Los hombres urden ingenios para atravesarla y derrotarla, co-

mo si se tratase de una guerra. Rara vez tienen éxito. Una de las excepciones es la expedición de Pedro de Limpias, un capitán de Fedreman que se adelanta a los ejércitos de su jefe para reconocer los pasos de una cordillera. Limpias tropieza con

> peñascos tan peinados que le era preciso en muchas partes, a fuerza de picos, y de barras, abrir huellas donde pudiesen hacer firme los caballos para conseguir el paso; y en otras, que aun no permitía la fragosidad de este recurso, amarrarlos con sogas, y suspenderlos con ellas hasta donde pudiesen hacer pie para librarlos del despeño [p. 98].

Muchos de los intentos de domesticación fracasan porque los hombres ignoran el real poder de la naturaleza, desconocen el punto donde la naturaleza impone, como límite, la destrucción o la muerte. Cuando Felipe de Utre y sus hombres quedan cercados por inundaciones en su camino hacia El Dorado, el hambre los amenaza. Para conjurarlo, ponen bollos de maíz "...a la boca de un hormiguero, hasta que se cubría de hormigas". Luego amasaban los bollos

> repetidas veces, hasta que llegaba a componerse de más hormigas que masa; teniendo este grosero alimento por el único remedio para mantener la vida. Y como aun esto no llegaban a conseguirlo todos, hubo muchos, que apretados de la hambre no dejaron asquerosa sabandija de cuantas produce la tierra con que no procurasen remediarla; de que resultó hincharse algunos, caérseles a otros los cabellos, barbas y sejas; y finalmente todos llenos de pestíferos tumores, y úlceras venenosas, convertirse aquel afligido escuadrón en un teatro de miserias y un hospital de desdichas [p. 113].

Poco a poco aprenden a distinguir las hormigas comestibles de las tóxicas, a reconocer las hierbas medicinales de las inocuas y a aprovechar las fragosidades del terreno para construir sus casas y fortalezas. Hacia el fin del primer siglo, los españoles saben ya que la naturaleza tropical, aun la ingobernable, puede ser movida en una u otra dirección por el designio del hombre. Lo húmedo, lo monstruoso: todo puede ser domesticado y civilizado. Garci-González de Silva ejemplifica esa mudanza en la inverosímil victoria con el leño encendido que ya hemos relatado.

Poco antes de la hazaña, el propio cuñado de Garci-González ha sido beneficiario de un prodigio de la naturaleza. Extraviado en Lagunillas, se encomienda a la Virgen. Sucede entonces que "...o socorrido del milagro, o ayudado de la casualidad, se le puso por delante, como a distancia de quince pasos, una ave de la hechura y similitud de un pato grande, que esparciendo de sí una luz resplandeciente como una hacha, le manifestó la vereda que ignoraba guiándolo hasta sacarlo fuera del riesgo de la montaña" [pp. 330-331].

Oviedo considera el prodigio con desdeñosa naturalidad, "...a mí no me hace dificultad alguna el creerlo", y compara los destellos de los pájaros con la fosforescencia de las luciérnagas. Es como si las insensateces del trópico lo hubieran embriagado ya, porque no se admira de que las señales luminosas tengan inteligencia y sentido, de que los pájaros "manifiesten" un camino y "guíen" al hombre perdido hacia la salida.

La naturaleza se mueve, casi con la misma cadencia de la escritura. Las ciudades, fundadas para que los conquistadores se conviertan a la vida sedentaria, también están aquejadas de nomadismo. Cuando Oviedo y Baños define la función institucional y jurídica de las ciudades es para condicionar o matizar esa función. Las ciudades nacen –escribe en la página 158– para que en su vecindad se afiance "el lustre y permanencia de la tierra". Juan de Villegas, por ejemplo, advierte con tardía sensatez que las fundaciones son "más convenientes" que la persecución sin tino de utopías como El Dorado. ¿Pero cómo habrá de retener a los pobladores sin ofrecerles algo a cambio? Supone que las minas de oro son un cebo irresistible, y se lanza a buscarlas, para que las ciudades crezcan a su vera. Así, sustituye una utopía por otra. Porque cuando las vetas de mineral se agotan, las ciudades se esfuman: son apenas un punto de espera, de vigilia, que está subordinado a lo que más importa, la travesía.

El español es nómade en el sentido en que Gilles Deleuze y Félix Guattari definen el nomadismo. Mientras la función de lo sedentario, escriben, es "...*distribuir a los hombres en un espacio cerrado*, asignando a cada uno su parte y estableciendo la comunicación de las partes, lo nómade hace lo contrario: *distribuye a los hombres* (*o los animales*) *en un espacio*

abierto, indefinido, no comunicante"[31]. Cuando el español se asienta y se convierte en criollo, instaura un linaje, afianza "el lustre" de la tierra. Nueva Segovia de Barquisimeto, la ciudad que Villegas funda en 1552, es un ejemplo de esa metamorfosis. Nacida en el paraje del Tejar, junto a las minas de San Felipe, sólo al mudarse doce leguas al este encuentra su identidad. Y los linajes brotan entonces, a raudales: cada vecino es la simiente de un nuevo árbol de nobleza [pp. 158-159].

En su notable estudio sobre las ciudades de Latinoamérica[32], José Luis Romero distingue siete características de nacimiento: las que comienzan como un fuerte (Veracruz, Asunción, Recife); las que sirven como puerto de enlace y bastiones mercantiles (Santo Domingo, La Habana, Cartagena); las que no son sino un perecedero punto de reagrupamiento de personas y cosas, un alto en la travesía, y terminan por permanecer y crecer (Puebla, Salta, Córdoba); las que se levantan sobre las antiguas ciudades indígenas, como las catedrales sobre las mezquitas (México, Cuzco); las que nacen a la vera de las minas (Guanajuato, Villa Rica, Potosí); los antiguos poblados indígenas incorporados al sistema colonial (las misiones y reducciones de las órdenes religiosas); y las que son, desde su origen mismo, una institución legal que afirma los derechos del colonizador sobre el territorio que le han adjudicado (Santo Domingo, Santa Fe de Bogotá). Las ciudades que describe Oviedo y Baños, como expresión de una voluntad que está siempre en movimiento, rara vez se ajustan –al menos durante el siglo XVI– a alguno de esos modelos.

Abundan en la *Historia* las ciudades que se fundan dos y aun tres veces, como Nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera, que nació como Villarica y luego se llamó Nueva Jerez [p. 173], pero esas mudanzas de sitio y de nombre no fueron infrecuentes en América, porque –como apunta Romero– las ciudades se instalaban "...generalmente sobre territorio mal conocido, sin que existiera experiencia suficiente como para pre-

31. Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Capitalisme et Schizophrénie. Mille Plateaux*, París: Les Editions de Minuit, 1980, pp. 471-472. La traducción es nuestra.

32. José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI, 4ª ed., 1986, pp. 47-68.

ver inconvenientes diversos que luego se presentarían. Quizá estuvo en la mente de los fundadores la idea de que la fundación no tenía por qué ser definitiva"[33].

Las dobles o triples fundaciones no fueron raras en América; las fundaciones interminables, en las que abunda la *Historia*, constituyen en cambio una extravagancia. Romero cita el ejemplo de Londres, en el noroeste de Argentina: "...la casi portátil ciudad, que no acaba de arraigarse en lugar alguno". La aventura de Trujillo, sin embargo, es aún más impresionante.

Trujillo fue fundada en 1556 por Diego García de Paredes, quien se marchó luego de repartir las encomiendas de indios. Algunos de los vecinos, faltos de autoridad, convirtieron la aldea en una Gomorra de lascivias y violaciones que desataron la ira de las tribus. Alzados, los indios arrasaron el lugar y obligaron a los españoles a desampararlo. Meses más tarde, un vecino del Tocuyo la volvió a poblar con el nombre de Miravel, hasta que las protestas de Paredes lo desplazaron; éste restituyó a Trujillo su primer nombre y la mudó de sitio, espantado por las "...continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos y relámpagos, y la mucha humedad de aquel contorno" [p. 182]. Aquella tercera fundación fue, en verdad, el principio de la desgracia. Los pobladores se acostumbraron a llevarla de un lado a otro, y así "...anduvo muchos años, como ciudad portátil, experimentando mil mudanzas". Los vecinos se dividieron en bandos que se desgarraban en la elección de un sitio u otro, hasta que al fin, cuando concertaron instalarla en la sabana de los Truenos, no pudieron

> conseguir logro de las sementeras, por la gran plaga de hormigas que las destruía, ni multiplico de los ganados, por el menoscabo que ocasionaban los tigres, no les fue posible permanecer muchos días, y de su propia autoridad, sin consentimiento ni permiso del Gobernador, cargaron con la ciudad a otro lugar más incomodado, cuatro leguas más abajo del mismo río, en el centro de una montaña tan áspera, húmeda, y poblada de mosquitos, hormigas, tigres y otras sabandijas, que perseguidos de tanta calamidad, blasfemaban de sus discordias, por haber sido la causa para padecer desdichas; sien-

33. *Ibídem*, p. 63.

> do lo más sensible entre la multitud de sus trabajos haber dado en un temperamento tan nocibo, que perdiendo la salud, descoloridos y hipatos, representaban a la vista más forma de hospital que de república [pp. 182-183].

Otro caso singular de mudanza es el de Caraballeda, cuyos vecinos, agraviados por un proceso a sus cuatro Regidores, se mudaron a Valencia: "...transmigraciones que con facilidad se hacían en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda unos bujíos de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas" [p. 419].

Casi nada queda inmóvil en esta *Historia* impregnada de nomadismo: ni la infelicidad, ni las utopías, ni siquiera lo que es sedentario por definición, como las ciudades. La relación de los hombres nómades con la tierra está dada, como dirían Deleuze y Guattari, por la *desterritorialización*, mientras que para el sedentario, esa relación está "... mediatizada por otra cosa: el régimen de propiedad, el aparato del Estado..."[34]. Para el nómade, la "...tierra cesa de ser tierra, y tiende a convertirse en mero suelo o soporte". Esa temprana visión de la tierra como algo que se explota o se saquea y luego se abandona, esa negación del hombre a pertenecer y formar parte de un lugar –por el prejuicio de que el lugar es lo que debe pertenecer al hombre y no a la inversa– influyeron a tal punto sobre el imaginario de la nación venezolana, que aun en el siglo XX algunos pensadores lúcidos han recogido el eco de aquella *desterritorialización* original, aplicándola a fenómenos nuevos como la explotación salvaje del petróleo y el hábito de importar alimentos en vez de cultivarlos[35].

11. La fiesta de los opuestos

Hay momentos centrales en la *Historia* que postulan una modificación barroca a la plenitud de la "gran forma" clásica, a la plenitud de una verdad como sistema y de un Sujeto como identidad y como centro. El espejo deformante, los desplazamientos y la inversión alteran las leyes de la razón

34. *Mille Plateaux*, p. 473.

35. Cf. "El tema de la historia viva", "El festín de Baltasar" y "La otra erosión" en Arturo Úslar Pietri. *De una a otra Venezuela.* Caracas: Monte Ávila, 3ª ed., 1972, pp. 17-31.

realista, como se ha visto ya en el relato de Francisco Martín; la Verdad de la Historia se organiza en torno a la increíble lógica de los pareados o a la repetición épica de lo inverificable.

Si todo se mueve en el texto de Oviedo y Baños, es lógico que también la forma sea inestable y que lo real se desdoble en efectos de engaño y desengaño. Un mundo barroco es un mundo sin centro, nómade, o mejor dicho, un mundo donde el centro está en todas partes. Cuando se impregna de barroco, la historia se convierte –como ha escrito Walter Benjamin– en una representación.

Una de esas representaciones es la del negro Miguel, quien, tras sublevarse contra la esclavitud, crea un reino de fantasía que reproduce puntualmente las jerarquías y dignidades de la metrópoli. El negro Miguel se apodera de un orden de la realidad –tal vez de lo que se apodera es del único Orden que interesa en la época: el de las formas del poder–, y al teatralizarlo, al revelar su envés, lo cuestiona desde adentro, desde la interioridad misma del sistema.

Oviedo explica que se trata de una farsa, pero el lenguaje de que se vale es también farsesco y está sembrado de pliegues: tantos, que su discurso acaba plegándose al de los sublevados, mientras simula condenarlos:

> [Miguel] se halló en breve con ciento ochenta compañeros, con los cuales se retiró a lo más interior de la montaña, y en el sitio que le pareció más a propósito, debajo de fuertes palizadas y trincheras, edificó un pueblo *razonable*, para establecer en él su *tiranía*, donde viéndose *temido y respetado* de su gente, *mudó la sujeción en vasallaje*, haciéndose *aclamar* por Rey, y coronar por Reina a una negra llamada Guiomar, en quien tenía un hijo pequeño, que porque también entrase en parte de aquella *monarquía fantástica*, *y* fuese personaje de la farsa, fue luego jurado por príncipe heredero de los delirios del padre; y desvanecido Miguel con *los aplausos de la majestad*, para que la ostentación del porte correspondiese con *la autoridad del puesto*, formó casa real que le siguiese, criando todos aquellos oficiales y ministros que tenía noticia servían en los palacios de los reyes; y porque *su jurisdicción no quedase ceñida al dominio temporal*, nombró también obispo, escogiendo para la dignidad a uno de los negros que le pareció más digno, *y que en la realidad tenía derecho a pretenderla*, y lo más andado para conseguirla, pues por *sus*

> *muchas letradurías*, cuando trabajaba en las minas lo *llamaban todos el canónigo*: quien luego que se vio *electo, atendiendo como buen pastor al bien espiritual de su negro rebaño*, levantó iglesia, en que celebraba todos los días misa de pontifical, y predicaba a sus ovejas *los desatinos que le dictaba su incapacidad y producía su ignorancia* [pp. 162, cursivas agregadas].

El episodio había sido narrado un siglo antes por fray Pedro Simón en la quinta de sus *Noticias historiales* (capítulos XX y XXI). Oviedo no altera ninguno de los elementos originales del relato, pero va introduciendo en cada pliegue tantas briznas de sorna, tantas provocaciones de lenguaje, que lo que en Simón se lee como reproducción de la realidad, en Oviedo y Baños fluye en un orden alterno de la realidad, bajo una especie de luz sellada donde toda representación parece posible. Esas insinuaciones de *otra cosa*, marcadas en la cita con cursivas –tanto más visibles desde que esas cursivas significan, siempre, desviaciones del relato de Simón–, son como un movimiento de retroceso perpetuo: la búsqueda de una identidad imposible. A la inversa de lo que Alejo Carpentier hará con una historia semejante en *El reino de este mundo*, no hay en el relato de Oviedo identificación sino contraste, no se interna el lector en un teatro de semejanzas sino en una fiesta de opuestos. Es como si allí se abriera la "tenue línea de agua" que, según Gines Deleuze, separa barrocamente "...los dos pisos del mundo; los Bienaventurados y los Condenados"[36].

La extensa narración sobre Lope de Aguirre se vale de la misma estrategia, pero extremándola. Al introducir el tema, Oviedo y Baños copia los signos que ha empleado ya para caracterizar la impostura del negro Miguel, aunque esta vez los aplica a un príncipe, D. Fernando de Guzmán, a quien Aguirre y sus hombres, "desnaturalizándose de los reinos de Castilla", eligen como soberano. Don Fernando –repite Oviedo– "...representaba el papel de Majestad en *la farsa* que compuso la tiranía para *el teatro* de aquel reino" [p. 206]. Una vez más, Oviedo se apoya fielmente en el relato de fray Pedro Simón, pero cuidándose de indicar al lector que su *Historia* es otra cosa:

36. Gilles Deleuze. *El pliegue. Leibniz y el barroco*, trad. José Vázquez y Umbelina Larraceleta. Barcelona: Paidós, 1989, p. 46.

> prosiguió [Lope de Aguirre] navegando por el río, hasta salir con furioso temporal al mar del norte, dejando antes ejecutadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fray Pedro Simón en la *Sexta Noticia de sus conquistas de Tierra-firme*, donde podrá el curioso informarse por extenso de todo lo sucedido en esta lastimosa jornada, pues para la claridad de nuestra historia basta saber... [pp. 206-207].

A partir de este punto, la *Historia* se convierte en una doble expedición: la del Tirano hacia la muerte, y la de los signos manifiestos del texto hacia los signos contrarios. La lógica de los personajes se invierte en cada gesto, en cada movimiento: Aguirre ordena asesinar a uno de sus capitanes, y al día siguiente, "...mostrando gran sentimiento de su muerte (como si en ella no hubiera tenido intervención) lo mandó enterrar con pompa funeral, asistiendo él al entierro, llevando tras el cadáver todas sus escuadras, enlutadas y arrastrando las banderas al son de los tambores destemplados" [p. 213]. El texto informa que Aguirre es de cultura escasa, como "...quien no tuvo en su vida otro ejercicio, que domar potros, y mulas, que era en lo que gastaba el tiempo en el Perú" [pp. 217-218], pero luego transcribe una carta de admirable refinamiento, en la que el Tirano declara: "...los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen a pelear con los espíritus de los hombres muertos" [p. 218].

La letanía de inversiones y oposiciones –el envés de los pareados– resuena en cada episodio del libro IV: el Tirano manda a asesinar a uno de sus capitanes porque es de una tan "afable y cariñosa" naturaleza que mueve a sospecha [p. 213]; decide confesar sus pecados, y como el sacerdote le niega la absolución, ordena que le den garrote hasta la muerte [p. 225]; se encrespa cuando "Alonso Rodríguez, *su Almirante*, y amigo de los del alma" le aconseja que se aparte "un poco de la playa, por que no lo mojase la reventazón del mar", y luego de segarle el brazo de una cuchillada, lo hace matar allí mismo [p. 226]. En el errático discurso del Tirano, el Rey puede ser una encarnación de Dios o una figura más abominable que el demonio. La extensa carta que escribe a Felipe II para increparlo por su ingratitud con los vasallos de Indias, incluye una identificación del poder real con el poder infernal:

> como por cierto tengo, que van pocos Reyes al cielo, porque creo fuérades peores que Luzbel, según tenéis la ambición, sed, y hambre de hartaros de sangre humana: mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad, y todo hombre inocente es loco, y vuestro Gobierno es aire [p. 241].

Pero el comienzo y el final de la carta desmienten la voluntad de desobediencia que exhala todo el texto: "Rey Felipe, natural español, hijo de Carlos invencible. Lope de Aguirre, tu muy mínimo vasallo..." [p. 240]. Y la despedida reza: "...Dios te guarde, Rey excelente, muchos años" [p. 244].

Los frailes de Indias son alcanzados por una implacable ironía: "...la vida que tienen es muy áspera, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y otros tantos muchachos que les van a pescar, matar perdices y traer frutas..." [p. 242]. Y los rebeldes, a la vez, son definidos como los auténticos defensores de la fe, los únicos que preservan sin corrupción la doctrina de la Iglesia de Roma: "...y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios" [p. 241].

Y sin embargo, es en esta carta, más que en ninguna otra parte de la *Historia*, donde queda en evidencia "esa zona barroca" a la que alude Barthes, en la cual "el signo es aplastado por el símbolo" y "una misma letra puede referirse a dos cosas contrarias"[37]. La carta de Aguirre deja en suspenso toda la lógica del signo, y construye su efecto simbólico sobre el modelo estilístico del oxímoron: el del "loving hate" de *Romeo and Juliet* o el del "darkness visible" de *Paradise Lost.* No bien la carta es entregada al cura de la Margarita "para que la remitiese al Rey", el Tirano –flamante defensor de la fe– "...alcanzó a ver un soldado, llamado Sahagún con un rosario en la mano, [y] le quitó la vida a puñaladas, diciendo que sus soldados habían de ser de calidad, que ajenos de toda devoción, si fuese necesario jugasen el alma a los dados con el demonio" [p. 245]. Y casi en seguida, declara la imposibilidad de su salvación: "...y supuesto que no me puedo salvar, pues vivo estoy ardiendo en los infiernos" [p. 247].

37. Roland Barthes. *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces.* Barcelona: Paidós, 1986, p.105.

A partir de esa sucesión de opuestos, de los interminables pliegues del texto, Oviedo y Baños se encamina hacia un final sin final. Imagina, investiga, anuncia –acaso escribe– la segunda parte de su *Historia*, pero la razón barroca niega que esa segunda parte exista. Deleuze ha dicho que

> el Barroco inventa la obra o la operación infinitas. El problema no es cómo acabar un pliegue sino cómo continuarlo, hacer que atraviese el techo, llevarlo hasta el infinito. Pues el pliegue no sólo afecta a todas las materias, [...] sino que determina y hace aparecer la Forma, la convierte en una forma de expresión...[38]

La ilusión de la segunda parte abre a la *Historia* otra ilusión: la de su eternidad. Más que en una operación infinita, el libro se prolonga en una posibilidad infinita. Casi por impregnación, por la mera porosidad del texto, el lenguaje se va transfigurando en el país narrado, y el prolijo inventario de los poderes que se eclipsan y son sustituidos por otros acaban por *ser* el Poder o, si se prefiere, los nombres que el Poder tendrá en la historia. Un Gobernador muere de apoplejía, otro lo sucede; un Obispo muere casi al mismo tiempo, y el autor deja para la segunda parte que no ha escrito la noticia de quién ha de ocupar la sede episcopal vacante. Ya en el filo del siglo XVII, Venezuela era percibida de la misma manera que hoy: como algo abierto, como una promesa sin límites. Hasta la primera Historia consagrada al país se corresponde con esa imagen: es un texto que no termina, un fragmento que ha quedado en suspenso para dar paso a otro, y a otro más. Y lo que no termina es un espacio salvado, donde todo se preserva y se prolonga; es el horizonte sin fin de lo posible, el lugar de las utopías.

" ...daremos fin a esta primera parte", rezan las últimas líneas del libro, "dejando, con el favor de Dios, para materia del segundo todos los acontecimientos y sucesos de todo el siglo subsecuente". ¿No es tal vez esa "eternidad plegada", ese pliegue que se despliega hacia el infinito, la mejor metáfora de la aún inacabada Venezuela?

Tomás Eloy Martínez - Susana Rotker
San Telmo, marzo de 1990

38. *El pliegue. Leibniz y el barroco*, p. 50.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La reimpresión que Domingo Navas Spínola hizo de la edición príncipe en Caracas en 1824, sigue siendo la fuente canónica de la *Historia* de Oviedo y Baños. El texto de la presente edición fue fijado a partir de la reproducción facsimilar de aquella obra, publicada por cincuenta y un intelectuales españoles para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de Caracas.

Todas las correcciones impuestas a esa edición básica se hicieron sólo después de consultar la edición príncipe que se conserva en la New York Public Library, la edición que Cesáreo Fernández Duro hizo para la Biblioteca de los Americanistas en 1885 y la que preparó Guillermo Morón en 1958 para la Biblioteca de Autores Españoles. A partir de tales fuentes hemos unificado la ortografía, optando por las variantes más modernas y hemos suprimido las comas en los casos, por lo demás no muy frecuentes, en que precedían sin necesidad a la conjunción y dificultando la lectura. Hemos respetado la puntuación del original, aun en los casos de arbitrariedad manifiesta.

Ciertas fechas que la narración consigna con todas las letras son repetidas por Oviedo y Baños empleando números arábigos en citas al pie de página. Hemos respetado ese recurso, a diferencia de lo que hacen otras ediciones, no sólo porque constituyen un rasgo pertinente de la escritura sino porque también indican cadencias de tiempo dentro del relato. Esta edición sólo difiere de la original en que Oviedo y Baños ordenó esas notas (así como las que remiten a fuentes y autoridades, y que también han sido

respetadas) usando las letras sucesivas del alfabeto. Aquí las hemos ordenado en números romanos, para distinguirlas de las notas preparadas especialmente para la Biblioteca Ayacucho, que se consignan en números árabigos y son incluidas al pie de página.

B.A.

HISTORIA
DE LA CONQUISTA
Y POBLACIÓN
DE LA PROVINCIA DE
VENEZUELA

AL SEÑOR DON DIEGO ANTONIO DE OVIEDO Y BAÑOS OIDOR DE LAS REALES AUDIENCIAS DE LA ESPAÑOLA, GUATEMALA Y MÉXICO, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD EN EL REAL Y SUPREMO DE LAS INDIAS

EN LA PROTECCIÓN de V.S. busca la seguridad, para correr sin recelo, la Historia de Venezuela: ¿A quién sino a V.S. pudiera yo consagrar esta obra, para dejar en su sombra afianzados los aciertos? Si *tibi deest meritum* (decía Cicerón) *magnum cura subrogare Patronum*: Y siendo las prendas que adornan a V.S. de aquella esfera tan superior, que sin que las exagere la lisonja, ni las pueda disminuir la emulación, lo acreditan a todas luces por grande; para que los deméritos de mi pluma puedan pasar disimulados, sin dar de ojos en los tropiezos de su ignorancia: *Magnum cura subrogare Patronum*; este es el motivo por que a V.S. se la dedico; y esta es la razón por que se la consagro: omitiendo la más individual expresión en sus elogios, por excusar la nota que se me puede imputar de interesado, pues aunque sobre los ilustres blasones heredados resplandecen en V.S. la gran literatura, consumada prudencia, singular talento y conocido valor con que ayudado de sus muchas experiencias y general comprensión ha sabido V.S. dar glorioso expediente a los negocios más graves, que la Real confianza ha cometido a su celo, usando de la pluma de Minerva con la misma destreza que ha sabido aprovecharse en ocasiones de los aceros de Palas, para dejar verificado en sus acciones, que *Palladis effigies una est cademque Minervae*, habiendo debido a la naturaleza la dicha de hacerme tan inmediato a V.S. en la sangre, pudiera la crítica censura atribuir a elación de propia vanagloria todo lo que corriera la pluma en su alabanza; y así *laudet te alienus.*

Un vaso de agua (según consta del capítulo veinte y tres del Libro segundo de los Reyes) ofrecieron a David tres invencibles soldados; y cuan-

do en toda razón política parece se debía reputar tan corta ofrenda por materia despreciable para los ojos de un rey, la estimó tanto aquel discreto monarca, que juzgándola digna víctima de más soberanas aras, se la ofreció a Dios; *Livavil eam Dómino*; sin que dé otra razón el sagrado Texto para esta demostración, que haber sido sacada aquella agua de la Cisterna de Belén, a costa de la fatiga y trabajo de aquellos tres capitanes. Admita V.S. la corta víctima de mi rendido obsequio, haciéndola digna ofrenda de sus aras, no por lo que contiene, sino por el imponderable trabajo y continuadas tareas que me ha costado sacar de la cisterna del olvido en que estaban sepultados, por violencia de la omisión y rigores del descuido, los memorables hechos de aquellos valerosos españoles, que dan materia para tejer la narración de esta Historia, para que saliendo a luz a la sombra de V.S. deban a su patrocinio los aplausos que merecieron sus obras. Guarde Dios a V.S. los años que deseo en el mayor ascenso, que corresponde a sus méritos.

B.L.M. de V.S. su hermano, y afecto servidor.

D. José de Oviedo y Baños

CENSURA DE DON ANTONIO DONGO,

Bibliotecario de la real Biblioteca de su Majestad,
y oficial de la Secretaría de Estado

M.P.S.

DE orden de V.A. he conocido el primer tomo de un libro intitulado, *Conquista de la Provincia de Venezuela*, su Autor Don José de Oviedo *y* Baños, y en él no he hallado cosa en que se desvíe de lo que enseña la santa Iglesia Romana, ni cosa opuesta a las regalías, y buenas leyes de estos Reinos, por lo cual se le debe dar la licencia que pide. Así lo juzgo: *Salvo, ect.* Madrid, y agosto 26 de 1722.

Don Antonio Dongo

APROBACIÓN

del Licenciado Don Manuel Isidoro de Mirones y Benavente,
del Consejo de su Majestad,
y Oidor de la Real Audiencia de Panamá

EN obedecimiento al orden del señor Don Cristóbal Damasio Canónigo de la insigne Colegiata del Sacro monte Ilipulitano Valparaíso, Inquisidor Ordinario, y Vicario de esta Villa, y su partido, he leído el libro intitulado, *Historia de la Provincia de Venezuela*, que intenta dar a la estampa Don José de Oviedo y Baños, vecino de Caracas: y embargada la atención desde el principio, por la curiosidad de venir en conocimiento de lo que se había ocultado al público con especificación por tantos años, pues sólo se refiere en general por Antonio de Herrera en sus décadas[i], y demás coronistas de la América, el arribo de los españoles a la dilatada costa de barlovento, población de Coro, y reducción de aquella parte del nuevo mundo al gremio de la iglesia, y dominio de nuestros católicos monarcas; quedé suspenso, admirado por el contexto, el inimitable desvelo del Autor en solicitar materiales que perfeccionasen la obra; pues no ministrándoselos escritor alguno en particular, debió a su aplicación el hallarlos, registrando los archivos de la ciudad de Caracas, y otras de aquel territorio, cuya duplicación de trabajo, por tener el temperamento de aquel clima reducidos los pape-

i. Herrera Década 4, libro 4, cap. 7 y libro 6, cap. I[1].

1. La cita corresponde al oidor de la Real Audiencia de Panamá, quien escribe aprobando la publicación del libro de Oviedo. La primera referencia no coincide con el texto de Antonio de Herrera; dentro del mismo libro IV, pero en el capítulo 8, se habla de Ambrosio Alfinger, los Bélzares y la conquista del occidente de la provincia. En la segunda referencia se habla efectivamente de la ciudad de Coro, de Juan de Ampiés y la llegada de los alemanes. El oidor tiene razón al señalar que tanto Antonio de Herrera en sus famosas *Décadas* como el resto de los cronistas anteriores a Oviedo y Baños se refieren sobre todo a la parte occidental de la provincia; luego veremos cómo las observaciones de Oviedo sobre el resto de lo que hoy llamamos Venezuela, especialmente de la región central, son narradas casi por primera vez por él, siendo además la *Historia* de Oviedo la primera que se refiere solamente a la provincia de Venezuela (todas las referencias a Antonio de Herrera han sido tomadas de la edición en diez tomos de la editorial Guarania, publicada en Buenos Aires, en 1945, con el título de *Historia general de los hechos de los castellanos, en las islas, y Tierra-Firme del Mar Océano*).

les, así por la humedad que consume lo escrito, como por la polilla, que taladra los procesos, a un caos, que pone en confusión lo pasado, no es justo se quede en el silencio. Y si a los primeros inventores de las cosas, según refiere Polidoro Virgilio en su Epístola dedicatoria a Ludovico Odacio[ii], no se les debe defraudar del aplauso de que la infatigable investigación de su discurso les hizo acreedores, dando a luz la verdad de lo que estaba negado hasta entonces a la noticia de los hombres; careciendo la historia de lo que al presente desea el Autor se imprima, es digno de que se le otorgue la licencia, para que en la memoria de los siglos, disfrute en alabanzas lo que sus tareas estudiosas le han granjeado de merecimiento.

Materiales tuvieron Triboniano, Theóphilo y Doroteo en las innumerables respuestas de los jurisconsultos para desempeñar lo que el celo del emperador Justiniano les había encomendado a su experiencia consumada[iii]; pero el haber de reducir la confusión de tantas decisiones al orden de cincuenta libros de que se componen los Digestos, y a la serie de títulos para la mayor claridad de los tratados, motivó, a que como no esperada, se atribuyese a sus Autores, entre los elogios que merecía su aplicación, deberse a influjo más que humano el acierto de la obra: *Opus desperatum, quasi per medium profundum euntes, caelesti y favore adimplevimus*[iv]. Permítase la aplicación a quien sin más que los limitados ápices de noticias de los principios de la conquista, engolfado en la confusión de los archivos, en las circunstancias referidas ha procurado dar a luz con tan buen método, en la división de libros y capítulos, como en deleitoso y culto estilo, la historia de Venezuela, que echaba menos la curiosidad para adorno de las bibliotecas y conocimiento individual de aquel país.

Si el argumento de la obra hace digno de recomendación al autor, no es menos entre lo igual, y cadente de la narrativa (sin las afectaciones, frases, períodos y términos, que la novedad ha introducido) la conformidad con las reglas de consumado historiador. Prescríbelas Cicerón en las palabras siguientes: *Prima historiae lex, nequid falsi dicere audeat, secunda, nequid*

ii. Polidoro Virgilio de gli inventora delle cose.

iii. lex 2 §. Omnia Cod. de veteri Iure enucleando.

iv. In proemio instituionum Imperialium Iustiniani, § Quórum utramque viam.

vera non audeat, neque suspicio gratiae sit in scribendis[v]. Para censurar si ha declinado de los originales que ofrecieron asunto a tan importante idea, no es preciso recurrir al cotejo, pues sobra la justicia en los aplausos que consagra a la memoria de los héroes, que sin reparar en montes de dificultades expusieron sus vidas a que el tropel de bárbaros los sepultase, si mano soberana no los dirigiese para el fin que tenía destinado la sabia Providencia; y en el vituperio de los que despreciando la razón, y la clemencia ejecutaron en aquellos miserables, o porque se resistían al verse despojar de sus haciendas, o cautivar su libertad, lo que su degeneración de lo humano les dictaba: punto, que han omitido algunos escrupulosos, saliendo de los límites de su instituto, por no coadyuvar la mordaz objeción extranjera al celo que movió a los españoles a la conquista, y de que haciéndose cargo el señor Solórzano en su política Indiana[vi], lo satisface como acostumbra; pues a nivelarse las humanas acciones por las reglas de la prudencia, no se hubiera dado lugar a que antes que el derecho de las gentes dividiese los dominios de las cosas, promulgase leyes, que imponiendo penas a los delincuentes, sirviesen de ejemplar al escarmiento[vii].

En el cuerpo de la historia se han ofrecido ocasiones, en que las hazañas de los antepasados de la nobilísima familia con quien se halla aliado, o las piadosas memorias que fundó el Ilustrísimo Señor Don Diego de Baños, dignísino Obispo de Caracas, tío del autor, dejasen correr la pluma a los elogios; pero arreglándose a la ley *Neque suspicio gratiae sit in scribendis*[viii], en igual fiel, sin que a su ánimo lo alterasen los vínculos del parentesco, ha sabido[ix] publicar sin distinción, según el mérito de cada cual, lo que la fama en el templo del honor debe manifestar para su gloria.

El impulso que movió al autor es singular, pues fue el de que reviviese la memoria sepultada en los espacios del olvido de los conquistadores, que habiendo vertido su sangre y superado imposibles, cuando sus hechos de-

v. Cicerón. Libro 2. Orator.

vi. Libro I, cap. 42.

vii. Missingero super instit. exponiendo el §. Ius autem gentium, lib. 1, tít. 2.

viii. Cicero uhi sup.

ix. Cap. Cum aeterni Iudicis Tribunal in sexto de sententia, & re iudicata.

bían servir de pauta para estímulo de su posteridad, de quienes se halla habitada aquella fertilísima Provincia, apenas se conservaba aun en los más interesados alguna tradición. Asunto fue del Poeta[x].

> Fortia facta patrum, series longissima rerum,
> Per tot ducta, viros, antiquiae ab origine gentis.

Digno de aprecio juzgó Plinio el Junior[xi] era el recuerdo de las acciones de los que por sus virtudes no debían morir para los hombres: *Quia mihi pulcrum videtur: non pati occidere, quibus aeternitas debetur. Y* siendo la Historia medio que ha discurrido la piedad, para que atestigüe lo pasado de los tiempos, aclare la verdad de los hechos, y trayéndolos a la memoria sea maestra de la vida para arreglar nuestras operaciones, como lo notó Cicerón[xii], *est enin Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, et magistra viae*; no sólo con el merecido aplauso se debe dar a la estampa, sino instarle a que cuanto antes conceda al público la segunda parte, que en esta obra tiene prometida: esforzándole con las palabras de Hugo cardenal[xiii], como escritas al intento: *Ministerium tuum imple, vel in libris scribendis, quod est opus pietatis, ut in illis doceantur posteri, sicut Augustinus fecit, Hieronymus, et caeteri.* Y no conteniendo punto contra nuestra sagrada religión y buenas costumbres; antes sí muchos documentos para el ejemplo, soy de sentir se le debe conceder la licencia que pide: *Salvo meliori ect.* De este estudio, Madrid, y enero 27 de 1723 años.

Lic. D. Manuel Isidoro de Mirones y Benavente

LICENCIA DEL ORDINARIO

NOS el Doctor Don Cristóbal Damasio, Canónigo de la Insigne Iglesia Colegial del Sacromonte Ilipulitano Valparaíso, extramuros de la ciudad

x. Virgilio. Libro I. Aeneidos.

xi. Libro 5. Epístola 8.

xii. Ubi supra.

xiii. In Apocalipsi cap. 2, vs. 19.

de Granada Inquisidor Ordinario de Corte, y Vicario de esta Villa de Madrid, y su partido, etc. Por la presente, y por lo que a Nos toca damos licencia, para que se pueda imprimir, e imprima el libro intitulado *Historia de la conquista, y población de la Provincia de Venezuela*, primera parte, compuesta por Don José de Oviedo y Baños. Atento que de nuestra orden ha sido visto, y reconocido, constar no haber en él cosa opuesta a nuestra santa fe católica, y buenas costumbres. Fecha en Madrid a primero de febrero del año de 1723.

Doctor Damasio.

Por su mandado
Lorenzo de San Miguel

SUMA DEL PRIVILEGIO

TIENE PRIVILEGIO del Rey nuestro señor, por tiempo de diez años, Don Gregorio Hermosilla, para poder imprimir el libro intitulado, *Historia de la conquista, población de la Provincia de Venezuela*, primera parte, su autor Don José Oviedo y Baños, sin que otra persona alguna pueda pasar a imprimirlo sin su permiso, so las penas contenidas en dicho privilegio, como más largamente consta de su original, refrendado de Don Baltasar de San Pedro, escribano de Cámara. Hecho en Balsain a 24 de septiembre de 1722 años.

CON LA OCASIÓN DE PUBLICARSE

esta historia congratula a la ciudad de Caracas el Licenciado Don Alonso Escobar, Presbítero, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de dicha ciudad, Comisario del Santo Oficio, Examinador Sinodal del Obispado de Venezuela, y Secretario de Cámara, que fue del Ilustrísimo señor Obispo Don Diego de Baños y Sotomayor

CORONADO León, de cuyos rizos
altivas crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generosa guardó para tus sienes.

Ilustre concha, que en purpúreas líneas
del Murice dibujas los relieves
en cruzados diseños, que te exaltan,
cuando en fuertes escudos te ennoblecen.

Fértil ribera, que en plateadas hondas
el elemento líquido guarnece,
y en vegetables minas sus tesoros
a púrpura reducen lo virente;

Floresta americana, de quien Flora
tiernos pimpollos libra en candideces
de flores, que perdiendo la hermosura,
son frutos suaves, que Pomona ofrece.

Y en abundantes fértiles cosechas
rubicundas macollas te previene,
que al acerado golpe divididas,
en rozagantes granos se resuelven.

Apreciados cambiantes para el gusto,
apetecidos de uno, y otro Oriente,
permitiendo Neptuno en sus cristales
feriar su peso por dorados trueques.

¡Oh tú, Caracas! objeto generoso
de aquel Imperio, cuya sacra frente
veneran más esferas que el Sol gira,
ni el cristalino piélago enriquece.

Ya llegó el tiempo que tu heroica historia
a campear salga de sus lobregueces,
y dibujada en apacibles voces,
se retrate con mudos caracteres.

Sólo heroica pluma llegar pudo
a ser pincel plausible de tus héroes
porque efectos gloriosos no producen
pequeñas causas, sí las eminentes.

Aun más allá del Sol sus giros llegan
de su blasón, privándole de suerte,
que los rayos de aquél jamás pudieron,
lo que ocultaba el tiempo, hacer presente.

Émulo se acredita de sus luces,
Ilustre Oviedo, cuando sabio advierte,
a fuer de sus tareas, lo que aclara
la diestra pluma de su rayo ardiente.

Para sacar a luz tales memorias
de remota región el vuelo prende,
de la aurípara tierra producido,
el áureo grano a iluminar tu temple.

Ya en la fatiga de su docta pluma
entre tus héroes numerarse puede,
que si aquéllos se ilustran por hallarte,
éste por descubrirte lo merece.

A tal felicidad siempre obligada
tu gratitud en su loor no cese
que repetir encomios a sus vuelos,
no es suficiente paga a lo que debes.

Eterna tu memoria al tiempo deja,
dándole nueva vida sus pinceles
en la estampa, que logran tus cenizas
revivir, renacer, volar cual fénix.

DEL MISMO AL AUTOR
SONETO

Pincel, tu pluma .... Generosa y diestra
Ostenta su primor en .... Varias flores,
Registrando .... Sutil tantos primores
De este hemisferio dando .... Tanta muestra,
Origen le declara .... I sin siniestra,
Narración le da .... Nuevos resplandores,
Justamente le .... Deben los honores
Obteniendo gloriosa .... El de maestra;
Si de las sombras en que .... Oscurecida
Estaba esta región .... Vnico Apeles,
Para que logre luz .... I a nueva vida
Histórico la das .... En tus pinceles:
A ti te debe el ser .... De ti aplaudida,
Victoriosa te .... Ofrece mil laureles[2].

DE DON RUY FERNÁNDEZ DE FUEN-MAYOR

SANTIAGO, más que a Losada
a Oviedo debes dichosa
pues por éste eres famosa,
si por aquél conquistada;
que una piedra, aún no labrada,
no debe tanto al cantero,
cuanto al artífice infiero,
que la pule y no la parte,
porque aquí se ejerce el arte,
y allá trabajó el acero.

Que si en Julio Emperador,
a quien dio con gallardía,
si lo doctó facundia
cinco triunfos el valor,

2. En la edición de Guillermo Morón a la Biblioteca de Autores Españoles, publicada en Madrid en 1965, se transcribe el soneto sin la puntuación ni la división de cada verso, lo cual dificulta la lectura del acróstico siguiente: "POR DON JOSEPH AGVSTIN DE OVIEDO" (José de Oviedo y Baños. *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela.* Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, tomo CVII, Historiadores de Indias III, Venezuela, 1965, p. 7).

de Roma el grande orador
más la elocuencia acredita;
en lo que Oviedo ejercita
merece aplauso mayor
que todo conquistador,
dando la conquista escrita.

Ellos pusieron leales
en el riesgo el corazón,
y Oviedo en su narración
les da espíritus vitales;
aún hoy viven inmortales,
que de mirto, encina, y grama
pudieran ceñir la rama
por diadema, no el triunfal,
que éste es para el que inmortal
les da la vida en la fama.

Viva el que hace al escribir
fénix a otros renacer,
y mejor supiera hacer
lo que sabe referir;
porque se pueden unir
fortuna, y merecimiento,
y a pesar del movimiento
del tiempo, que presto vuela,
la descrita Venezuela,
goce su alto entendimiento.

DEL M.R.P. PREDICADOR Fr. JOSÉ DE FUENTES,

definidor actual de la provincia de Santa Cruz,
del orden de San Francisco

Iudic. c. 14. ENIGMÁTICO *León ¿quién pretendía*,
deshacer tu problema con denuedo*?*
si no fuese a Lima, ilustre Oviedo,
Ezech. c. 3 ofreciendo un volumen de Ambrosía.

Lo dulce del contexto es una guía,
que denota tus pasos con el dedo,
tan seguro en decir, que es un remedo
Apoc. c. 5. del que en Patmos refiere alegoría.

S. Bern. En su nombre José aumentos pone
de letras a su frente levantada,
en los Baños desprendes la melena,

En un Sotomayor, que te corone,
hallas sabiduría tan realzada,
Sap. c. 6 que en su comparación el oro es pura arena.

DEL MISMO AUTOR DE LAS DÉCIMAS ANTECEDENTES

CENTELLAS de Mavorte belicosas,
Armas regidas de español aliento,
En nuevos climas el descubrimiento
De Venezuela hicieron valerosas.
Mas entre las cortinas tenebrosas
Del olvido eclipsado el lucimiento,
Cenizas eran ya de ardimiento;
Y aunque nobles hazañas, no famosas.
Cuando Oviedo con pluma esclarecida,
Y erudición de aplausos meritoria,
Iluminando aun lo que el tiempo olvida,
Hoy existir los hace en la memoria,
Dando el valor esta existencia, y vida,
materia, que se informe con su historia.

GRATULACIÓN DE CLIO, QUE CON EL MOTIVO DE HABER

escrito la historia de Venezuela Don José de Oviedo y Baños, le dirige el Licenciado Don Francisco de Hozes, abogado de la Real Audiencia de Santafé

ROMANCE ENDECASÍLABO

HÉROES conquistadores de Caracas,
dejad, dejad el sueño tenebroso,
que infunde a vuestras ínclitas cenizas
el veleno fatal del Mauseolo.
Despertad del letargo de la muerte;
mas ¿por qué como muertos os invoco,
si en el campo elocuente de la Historia
triunfar os veo, y combatir os oigo?
De los guerreros brutos inflamados,
bufando incendio, y respirando polvo,
truncando miembros y pisando vidas,

escucho los tropeles victoriosos.
Hazaña literaria de la pluma,
que ha conseguido con esfuerzo docto,
que los que al mundo faltan con los golpes
de sus rasgos, no falten a los ojos.
Víctimas del silencio, y del olvido
se lloraran sus bélicos arrojos,
animado de espíritu canoro,
a no restituirlos tu elocuencia,
del mármol mudo, al bronce clamoroso.
Sólo a vuestro talento tanta empresa
pudo fiar la fama, porque sólo
hercúlea pluma, o noticiosa clava,
pudo vencer tan invencibles monstruos.
Tu ingenio ha conseguido con sus vuelos
que respiren ambiente más glorioso,
que en el caduco aliento de sus vidas,
en el aura inmortal de sus elogios.
Si mudamente procuró el olvido
desgreñar de sus triunfos el adorno;
de puro estilo, con gallardo aseo,
les restituye el natural decoro.
Pues juzgo que a la vista ha suspendido
(porque penetre siglos tan remotos)
la rapidez del tiempo, o que a la idea
del tiempo le ha vestido los períodos.
¡Oh clarísimo Oviedo, a quien la suerte,
para premiar los hechos generosos
de tanto campeón ha concedido
de Minerva el amplísimo tesoro!
El innato raudal de tu elocuencia,
lamiendo hazañas, y argentando glorias;
fecundamente corre vagoroso.
De tu historia los sabios resplandores
más brillantes se ven, que los de Apolo;
que si Apolo da luz a los objetos,
luces, y objetos dan tus rasgos doctos.

Vive feliz, y el bronce de la fama
te forme otro laurel armonioso,
que tu memoria ciña en los eternos
alientos de sus gritos, y sus tornos.

PRÓLOGO AL LECTOR

SIEMPRE fue costosa fatiga del entendimiento el escribir como se debe para la estampa, y el agradar a tan diverso paladar de gustos como ingenios: impracticable acierto de la pluma que pretendido de muchas, llegó a ser conseguido de muy pocas; y más en nuestros tiempos, en que el primor con que se desempeñaron algunas hizo más infeliz la conocida desgracia de las otras. La experiencia de esta verdad puso en desconfianza la mía, empezando con recelo, y prosiguiendo con temor la formación de esta historia en que me hallé empeñado, a impulsos de agradecido, pretendiendo, satisfacer la estimación que he debido a esta provincia con aplicar mi desvelo para sacar a luz los memorables acontecimientos de su conquista; cuya noticia, sin razón, ha tenido hasta ahora recatada el culpable descuido de sus hijos, sin que entre tan soberanos ingenios como produce haya habido uno, que se dedique a tomar por su cuenta esta tarea.

El trabajo que he tenido para disponer la obra ha sido grande, siendo preciso revolver todos los archivos de la provincia para buscar materiales, y cotejando los instrumentos antiguos, sacar de su contexto la sustancia en que afianzar la verdad con que se debe hacer narración de los sucesos, pues sin dar crédito a la vulgaridad con que se refieren algunos, he asegurado la certeza de lo que escribo en la auténtica aserción de lo que he visto.

El estilo he procurado salga arreglado a lo corriente, sin que llegue a rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no rehusaron usar de impropiedades, que no son permiti-

das en la historia, pues introducen en persona de algunos indios y caciques oraciones tan colocadas y elegantes, como pudiera hacerlas Cicerón: elocuencia, que no cabe en la incapacidad de una nación tan bárbara; y punto tan delicado en las formalidades de la historia, que toda la autoridad de Quinto Curcio no pudo librarse de la objeción con que le notan el padre Moyne en su Arte de Historia, Mascardo y el erudito padre Rapin, sólo por parecerles desproporcionadas en la ignorancia de los escitas las sentencias con que viste la oración que hicieron a Alejandro.

Si reparase el curioso en la poca cita de autores de que me valgo, esa es la mayor prueba de la verdad que escribo, pues habiéndome gobernado en todo por los instrumentos antiguos que he leído, ya que la prolijidad no me permite el citarlos, aseguro en su autoridad la certeza de que necesito para los sucesos que refiero. Y como quiera que en todo sólo solicito la benevolencia del lector, para que disimule con piedad los defectos que pudiera acriminar con rigor, desde luego represento por mérito para la venia a que aspiro, el conocimiento que me asiste de mis propios yerros, pues cuantos descubriere en este libro la censura, tantos admito sin disculpa por legítimos hijos, nacidos de mi ignorancia. VALE.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Del sitio y calidades de la provincia

ENTRE las provincias que componen el dilatado imperio de la América tiene lugar, por una de las mejores, la que desde los principios de su descubrimiento, con alusión muy propia (como adelante veremos) se llamó Venezuela, aunque después, tomando el nombre de su metrópoli, es comúnmente llamada, provincia de Caracas, cuya historia ofrece asunto a mi pluma para sacar de las cenizas del olvido las memorias de aquellos valerosos españoles que la conquistaron, con quienes se ha mostrado tan tirana la fortuna, que mereciendo sus heroicos hechos haber sido fatiga de los buriles, sólo consiguieron, en premio de sus trabajos, la ofensa del desprecio con que los ha tenido escondidos el descuido: fatalidad común de este hemisferio, pues los mármoles que separó la fama para materia de sus trofeos, en las Indias sólo sirven de losas para el sepulcro donde se sepultan las hazañas y nombres de sus dueños; desgracia, que en esta provincia ha calificado con más veras la experiencia, pues apenas conserva la tradición algunas confusas noticias de las acciones ilustres de sus conquistadores, por no haber habido curiosidad que se haya dedicado a escribirlas: motivo que me obliga a tomar por mi cuenta este trabajo, aun asistiéndome el conocimiento de que ha de ser poco agradecido de los que debía ser más estimado.

En la parte que llamamos Tierra-Firme de las Indias tiene su situación

la provincia de Venezuela, gozando de longitud doscientas leguas, comprendidas entre el morro de Unare, por donde parte límites al Oriente con la provincia de Cumaná, y el Cabo de la Vela en que se divide al Occidente de la gobernación de Santa Marta; de latitud tiene más de ciento veinte leguas, bañando al Septentrión todas sus costas el Océano, y demorándole al Sudoeste el Nuevo Reino de Granada, sirven al Mediodía de lindero a su demarcación las caudalosas corrientes del río Orinoco; su terreno es vario, porque en la grande capacidad de su distancia contiene sierras inaccesibles, montañas asperísimas, tierras altas, limpias y alegres vegas tan fértiles, como hermosas, y valles tan deleitosos, que en continuada primavera divirtiendo con su amenidad, convidan con su frescura, dehesas y pastos, tan adecuados para cría de ganados de todas especies, principalmente del vacuno, que es excesivo su multiplico; y el cabrío abunda tanto en las jurisdicciones de Maracaibo, Coro, Carora y el Tocuyo, que beneficiadas las pieles, enriquece a sus vecinos el trato de los cordobanes; críanse caballos de razas tan excelentes, que pueden competir con los chilenos y andaluces, y mulas, cuantas bastan para el trajín de toda la provincia, sin mendigar socorro en las extrañas.

Sus aguas son muchas, claras y saludables, pues no hay amagamiento de serranía, ni ceja de montaña, que no brote cristalinos arroyos, que cruzando la tierra con la frescura de sus raudales, la fecundan de calidad, que no hay cosa que en ella se siembre, que con admiración no produzca, ayudando a su fertilidad la variación de su temperamento, pues a cortas distancias, según la altura, o bajío que hace la tierra, se experimenta frío, cálido o templado, y de esta variedad de temples se origina su mayor excelencia, pues lo que en un sitio no produce, en otro se multiplica, y lo que en una parte se esteriliza, en otra se fecunda, y así abunda de trigo, maíz, arroz, algodón, tabaco y azúcar, de que se fabrican regaladas y exquisitas conservas; cacao, en cuyo trato tienen sus vecinos asegurada su mayor riqueza; frutas, así indianas, como europeas; legumbres de todos géneros, y finalmente, de todo cuanto puede apetecer la necesidad para el sustento, o desear el apetito para el regalo.

Sus montes crían maderas preciosas y de estimación; como son granadillos, gateados de diversos colores, caobas, dividives, guayacanes, palo

de brasil, tan conocido por lo fino de sus tintas; chacaranday, tan hermoso por la variedad de sus visos, que asimila al carey metiéndolo en el torno; y el cedro en tanta abundancia, y tan común, que sirve de materia a las obras más ordinarias, siendo singular el árbol que no destila dulzuras, pues abrigando enjambres de silvestres abejas, forman en los troncos colmenas a sus rubios panales; críanse vainillas, más aromáticas y fragantes que las de Soconusco; y en la jurisdicción de la ciudad de Carora, grana silvestre, tan fina como la de Misteca, que si se dedicaran a su beneficio, fuera de grande aumento a los caudales; la zarzaparrilla y el añil son plantas tan comunes en los barzales, que más sirven de embarazo que provecho, por la poca aplicación a su cultivo.

Los bosques mantienen en abundancia diversas especies de animales, siendo los más frecuentes leones, osos, dantas, venados, báquiras, conejos y tigres, los más feroces que produce la América, habiendo enseñado la experiencia, que mantienen más ferocidad mientras más pequeñas son las manchas con que esmaltan la piel; sus mares y sus ríos abundan de variedad de peces, unos plebeyos por lo común, y otros estimados por lo exquisito; sus costas proveen de admirables salinas, así por la facilidad con que cuajan, como por lo apetitoso de la sal que crían.

Los campos están siempre poblados de varios pájaros y distintas aves, sirviendo aquéllos de deleite con la hermosura de sus plumajes y suavidad de sus cantos; y éstos de regalo, con lo sabroso y apetecible de sus carnes, siendo los más comunes para este efecto la guacharaca, el paují, la uquira o gallina de monte, la tórtola, la perdiz, y otras muchas de diferentes especies, que son materia para el divertimiento de los aficionados a la caza.

Produce esta provincia singulares simples, de los que usa para su aplicación la medicina, como son la cañafístola, los tamarindos, la raíz de china, la tacamajaca, eficaz confortativo para la cabeza, el bálsamo de Carora, y el aceite que llaman de María o Cumaná, antídotos para cualquiera herida, y célebres preservativos para todo pasmo.

Tiene minas de estaño en diferentes partes, y en el sitio de Cocorote unas de cobre, que descubrió Don Alonso de Oviedo, vecino de Barquisimeto, de grande opulencia y rendimiento; beneficiólas su Majestad de su cuenta mucho tiempo, sacando porciones muy considerables de metal,

que se llevaban a España para fundición de artillería, y después habiéndolas empeñado en cantidad de cuarenta mil pesos (con ciertas condiciones) a Don Francisco Martín, vecino de Caracas, éste las despobló, aplicando los esclavos y aperos de su labor a otras fundaciones de mayor conveniencia propia.

Fue en lo primitivo rica de minerales de oro, que con facilidad tributaban las arenas de sus quebradas, y hoy, aunque se hallan muestras en las más de ellas, no se benefician, o porque acabados, los veneros principales, no corresponde lo que rinden al trabajo de quien lo saca; o porque aplicados sus moradores (que es lo más cierto) a las labores del cacao, atienden más a las cosechas de éste, que los enriquece con certeza, que al beneficio de aquéllos, que lo pudieran hacer con contingencia; críanse cristales muy transparentes, sólidos y tersos, y veneros de azul tan fino, que iguala al ultramarino; palos para tintas de diferentes colores; y finalmente produce y se halla en ella cuanto puede desearse para la manutención de la vida humana, sin necesitar de que la socorran con sus frutos las provincias vecinas; y si a su fertilidad acompañara la aplicación de sus moradores, y supieran aprovecharse de las conveniencias que ofrece, fuera la más abastecida y rica, que tuviera la América.

Al tiempo de su conquista era habitada esta provincia de innumerable gentío de diversas naciones, que sin reconocer monarca superior que las dominase todas, vivían rindiendo vasallaje cada pueblo a su particular cacique; pero después de las mudanzas del tiempo, y la continuada extracción de indios, que por espacio de más de veinte años se hizo para las islas de Barlovento, y otras partes, la consumieron de suerte, que el día de hoy en ochenta y dos pueblos, de bien corta vecindad cada uno, apenas mantienen entre las cenizas de su destrucción la memoria de lo que fueron.

Sus costumbres en la gentilidad fueron bárbaras, sin política, gobierno, ni religión, que los acreditase racionales, pues aunque convenían todos en ser idólatras, valiéndose de piaches y mohanes para consultar al demonio, y observar sus agüeros y supersticiones, se diferenciaban todos en las circunstancias del culto; pues no teniendo dios general a quien adorase una nación entera, cada indio de por sí rendía veneración, atribuyendo divinidad al objeto que más le inclinaba su afición, y así era muy raro el

animal, sabandija, cerro o peñasco, que no tuviese algún devoto, que con obsequio de sumisión le consagrase aras de rendimiento; sus adoratorios más ordinarios eran en profundas quebradas o montes encumbrados, sirviéndoles los cóncavos de las peñas o huecos de los árboles de templos para colocar sus ídolos, que labraban de oro, barro o madera, de figuras extrañas y diversas, aunque en algunas partes usaban casas grandes de paja, que llamaban caneyes, donde se juntaban los mohanes, y al son de sus roncos fotutos invocaban al demonio, a quien ofrecían ovillos de hilo de algodón por víctimas, y manteca de cacao, que quemada en braserillos de barro, servía de holocausto al sacrificio; pero ya reducidos al gremio de nuestra sagrada religión, viven ajenos de toda idolatría, aunque con algunos resabios en la observación de agüeros y supersticiones a que es naturalmente inclinada esta nación.

Comprende hoy la provincia en su distrito las ciudades de Santiago de León de Caracas, la de Santa Ana de Coro, la Nueva Zamora de Maracaibo, la de Trujillo, la del Tocuyo, la Nueva Segovia de Barquisimeto, la Nueva Valencia del Rey, la del Portillo de Carora, San Sebastián de los Reyes, la de Guanaguanare y la de Nirgua; las villas de San Carlos de Austria y el Pilar de Araure, y el puerto de la Guaira, de cuyos temperamentos, sitios y calidades iremos dando razón en el discurso de esta historia, según los tiempos en que se ejecutaron sus fundaciones.

CAPÍTULO II

Descubre Alonso de Ojeda la provincia de Venezuela: síguele en la derrota después Cristóbal Guerra, que la costea toda

CUBIERTO este nuevo mundo por el Almirante Don Cristóbal Colón el año de mil cuatrocientos noventa y dos, para inmortal gloria de la nación española y envidiosa emulación de las extrañas; habiendo repetido en los años subsecuentes diferentes viajes en prosecución de sus intentos, llegó el de noventa y ocho a reconocer la tierra firme de esta América; por la parte que llamó la Boca de los Dragos, enfrente de la isla de Trinidad de Barlovento; pero aunque puesta la proa al Poniente, navegó sus costas hasta la

punta de Araya, sin pasar más adelante, mudando el rumbo hacia el Norte, dio la vuelta a la isla Española, dejando por entonces imperfecto este descubrimiento; con cuya noticia el capitán Alonso de Ojeda, natural de la ciudad de Cuenca, que de orden de los Reyes Católicos salió de España para estas partes el año de noventa y nueve, trayendo por su piloto a Juan de la Cosa, de nación vizcaíno, encaminó su derrota en demanda de la tierra firme, que había descubierto el Almirante; y con próspero viaje, a los veintisiete días de navegación dio vista a la Boca de los Dragos y tierra de Maracapana.

Fuela costeando la vuelta del Poniente, saltando en tierra muchas veces, y observando los puertos, flujos y reflujos de sus mares, en distancia de más de trescientas leguas, que corrió hasta el Cabo de la Vela; de donde atravesó a la isla Española, con la gloria de haber sido el primero que descubrió esta provincia, por contenerse su demarcación en los términos que dejó navegados su derrota, cuya delineación, con más fundamento e individual noticia, consiguió poco después Cristóbal Guerra; porque habiendo obtenido licencia de los Reyes Católicos para hacer viaje a los descubrimientos de estas Indias un Pedro Alonso Niño, vecino de Moguer (con condición, que no llegase con cincuenta leguas a lo descubierto por el Almirante Colón) hallándose con cortos medios para los precisos gastos de su avío, formó compañía con Luis Guerra, vecino de Sevilla, ajustando éste entre otras capitulaciones, que intervinieron para su contrato, el que viniese su hermano Cristóbal Guerra por capitán de la embarcación, que habían de despachar a su descubrimiento, y hecha la prevención necesaria, con la brevedad, y diligencia que pudieron, se hicieron a la vela pocos días después que Ojeda salió del puerto de San Lúcar, y gobernando al mismo rumbo, llegaron en su seguimiento a la tierra de Paria[1] y Maracapana, donde sin reparar en la prohibición que tenían para no tocar en lo descubierto por el Almirante, cortaron algún palo de brasil para principio de su carga, y volviendo a navegar hacia el Poniente, pasando por las islas de la Margarita y de Cubagua, rescataron de los indios en cambio de algunas bujerías de

1. Hemos corregido *Pavia* por *Paria* (error común en los textos de la época).

Castilla, considerable cantidad de perlas, que fueron las primeras que tributó a nuestra España este Occidente.

Gozoso Guerra y sus compañeros con los aprovechamientos, que en tan felices principios les iba ofreciendo la fortuna, prosiguieron su navegación pasando el Ancón de Refriegas, punta de Araya y golfo de Cariaco, hasta llegar al puerto de Cumanagoto, donde los indios llevados de la novedad de ver en sus tierras gente extraña, sin recelo alguno de los forasteros, luego que descubrieron la embarcación se fueron a bordo en sus piraguas, llevando muchas perlas y chagualas de oro en los cuellos, brazaletes y orejeras que con liberalidad feriaron a los huéspedes por cascabeles, cuchillos y chaquiras, dejándolos más animosos para llevar adelante el logro de las conveniencias, que se proponían en las muestras de la opulencia que encontraban.

Con estos buenos deseos, y más vivas esperanzas, salieron de Cumanagoto, y montado el cabo de Codera, cuasi por los mismos pasos que había llevado Ojeda llegaron al paraje, donde después se fundó la ciudad de Coro, y rescatando algún oro de los naturales, pasaron más abajo a la provincia de Coriana, cuyas playas hallaron pobladas de multitud de bárbaros, que con repetidas señas, y demostraciones de amistad, instaban a los forasteros a que saltasen en tierra a rescatar algunas joyas de oro, que para obligarlos les mostraban; y como aun a menor señuelo se diera por entendida la codicia, tomaron una resolución, que nunca se podrá librar de la nota de temeraria, pues siendo sólo treinta y tres hombres los que iban en el navío, saltaron en tierra, entregándose a la no experimentada fe de aquellos bárbaros, pero los indios, haciendo estimación de la confianza, los recibieron con agasajos de una intención sin malicia, y les feriaron, con galantería, cuantas perlas y chagualas de oro tenían para el lucimiento de su adorno; a que agradecidos nuestros españoles, correspondieron liberales con cuchillos, alfileres y otras niñerías de Europa, en que suplía la novedad, lo que faltaba al valor; y conociendo la cándida sinceridad de aquella gente, por tomar algún refresco en las penalidades del viaje, se estuvieron de asiento veinte días gozando de la abundancia de conejos y venados, que produce aquel país; y según el agasajo que recibían de los indios, se hubieran detenido por más tiempo, si el ansia de dar fin a aquel descubrimiento

no les hubiera dado prisa a navegar, como lo hicieron, prosiguiendo por la costa abajo hacia el Poniente, hasta que a pocos días descubrieron unas playas, habitadas de más de dos mil indios, que armados de arcos y flechas, manifestaban, en su modo, el poco deseo, que tenían de admitir en sus tierras gente extraña.

Estos, según el paraje, fueron sin duda alguna los Cocinas, gente cruel, bárbara y traidora, que hasta el día de hoy se mantiene con su fiereza incontrastable ocupando la costa, que corre desde Maracaibo al río de la Hacha; y como nuestros navegantes no eran armas, ni pendencias la mercancía que buscaban, ni estaban acostumbrados a tales recibimientos; hallándose con porción considerable de oro, y más de ciento y cincuenta marcos de perlas, y algunas tan grandes como avellanas, muy orientales y hermosas; sin ponerse a más peligros, acordaron volver la costa arriba, por el mismo camino que habían hecho, hasta dar fondo en Araya, donde dejaron descubierta aquella célebre salina, que tan apetecida ha sido de las naciones del Norte, y en cuya defensa ha consumido inútilmente tantos tesoros nuestra España; y tomando la derrota para Europa, a los dos meses de navegación, el día seis de febrero del año de mil quinientos, dieron fondo en uno de los puertos de Galicia, dejando llenas sus costas de admiración y riquezas.

CAPÍTULO III

Envía la Audiencia de Santo Domingo al Factor Juan de Ampues[2] a la provincia de Coriana: asienta amistad con su cacique, y da principio a la fundación de Coro

LAS NOTICIAS que la gente del navío de Cristóbal Guerra esparció por toda España de las grandezas que encerraba en sí esta tierra firme, acreditadas con la riqueza, que habían llevado consigo, hicieron tal conmoción, principalmente en las costas de Andalucía, que muchos mercaderes, queriendo entrar a la parte de tan fáciles ganancias, armando diferentes embar-

2. Hemos dejado el nombre de *Juan de Ampues* sin ninguna modificación pues son muchas las versiones del mismo (*Juan de Ampués, Ampúes, Ampies o Ampiés*).

caciones, fueron continuando el trato de esa navegación, gozando de su comercio intereses muy crecidos; y así por este motivo, que se fue aumentando con el tiempo, como por haber después el Emperador Carlos V dado permiso, para que se hiciesen esclavos los indios, que resistiesen las conquistas españolas; fueron tantos los comerciantes que ocurrieron de la isla Española, y otras partes a toda la costa, que corre desde Paria hasta Coriana, tomando por granjería hacer esclavos a los indios, sin reparar en que concurriesen o no las circunstancias, que por entonces hicieron lícita, permisión tan perniciosa, que se vio obligada la Audiencia de Santo Domingo a procurar el remedio de los inconvenientes, que se experimentaban en semejante desorden; para lo cual determinó enviar al Capitán Juan de Ampues, persona de su posición, autoridad y talento, que era factor de la Real Hacienda en aquella ciudad, para que asistiendo personalmente en Coriana, con amplios despachos y provisiones que se le dieron, embarazase, así las vejaciones y malos tratamientos, que ejecutaban los mercaderes en los miserables indios, como la extracción tan continuada, que se hacía de ellos para reducirlos a la civil muerte de una esclavitud perpetua.

Aceptó gustoso Ampues la comisión, discurriendo con la viveza del genio que le asistía, que hallándose presente con el carácter de juez en una tierra tan pingüe, precisamente habían de ser sus conveniencias muy crecidas; y aprestando con brevedad un navío, acompañado de Virgilio García, Esteban Mateos y otros cincuenta y ocho hombres, que llevó consigo, atravesó a la costa de Coriana por el año de mil quinientos veinte y siete[xiv], donde teniendo noticia, luego que llegó, de que el Cacique Manaure, poderoso en riquezas y vasallos, era señor de toda aquella provincia, habitada de la nación caiquetía, y a quien rendían vasallaje algunas circunvecinas; solicitó su amistad, valiéndose, para conseguirla, de cuantos medios pudo dictarle su sagacidad prudente, sin excusar los regalos, obsequios, ni sumisiones, hasta que rendido el bárbaro de las cortesanías de Ampues, se determinó a venir a su alojamiento a visitarlo, haciendo demostración de su poder y grandeza en el séquito, y ostentación con que dispuso su visita, pues llegó acompañado de cien indios nobles, que costosamente adereza-

xiv. Año de 1527.

dos con penachos de vistosas plumas, brazaletes de perlas y orejeras de oro, cercaban una hamaca, tejida de curiosas labores, en que venía (cargado en hombros de caciques) el Manaure, correspondiendo el adorno de su persona a su gravedad y a su riqueza.

Alegre Ampues al ver lograda la intención, que siempre tuvo de estrechar amistad con el cacique, para por este medio dar mejor expediente a sus intentos, lo salió a recibir a la puerta de la casa en que asistía, usando de todas aquellas urbanidades, que tienen introducidas las leyes del cumplimiento; y correspondiendo el bárbaro a su usanza, se mostró tan liberal, como cortesano, pues regaló a Ampues con diferentes piezas de oro, martas y otras alhajas, cuyo importe (en la común estimación) llegó al valor de once mil pesos, resultando de su galantería el quedar ajustada entre los dos perpetua alianza, prestando vasallaje a nuestro Rey toda la nación caiquetía, que observó después con tal lealtad, que aunque los desafueros de nuestros soldados, en diferentes ocasiones, dieron motivo a que pudiesen, con razón, falsear las coyundas de la obediencia, jamás faltaron los indios por su parte al cumplimiento de la fe que prometieron; causa, para que en satisfacción de su lealtad continuada siempre hayan sido libres de tributos y demoras, gozando su libertad sin pensión que los moleste.

Bien conoció Ampues, por la opulencia del cacique, la riqueza de la tierra, y las conveniencias, que podrían resultar a la Corona de poblarla, tomando en ella los españoles más de asiento su asistencia; y así determinado a ejecutarlo (aunque se hallaba sin orden, ni facultad para ello), buscando el sitio que le pareció más a propósito, el día de Santa Ana del mismo año de quinientos veinte y siete fundó una ciudad[xv], a quien por esta circunstancia, y ser en la provincia de Coriana, intituló Santa Ana de Coro, aunque por entonces, ni le señaló regimiento, ni le nombró justicia para su gobierno, dejándola debajo de la jurisdicción que él ejercía, mediante los poderes, que le había dado la Audiencia para aquel distrito.

Está esta ciudad en diez grados de altura septentrional, en un temperamento cálido, y en extremo seco, distante de la marina media legua, su terreno arenoso y falto de aguas, su comarca abundante y regalada; críase en

xv. Ciudad de Coro.

ella mucho ganado vacuno, y cabrío, y considerable porción de buenas mulas; tiene abundantes salinas, y por el mucho trato que mantiene con Cartagena, Santo Domingo, Caracas y otras partes, trasportando a ellas gran cantidad de quesos, mulas y cordobanes, es lugar rico, aunque su vecindad es corta, su iglesia fue catedral desde el año de quinientos treinta y dos, la erigió el señor Don Rodrigo de las Bastidas, su primer obispo, hasta el año de seiscientos treinta y seis, en que por recelo de las invasiones enemigas, la trasladó a la ciudad de Santiago el Señor Obispo Don Juan López Aburto de la Mata; sírvese hoy por dos curas rectores y un sacristán mayor, y el lugar mantiene un convento corto de la Orden de San Francisco, y una ermita, dedicada a San Nicolás Obispo.

CAPÍTULO IV

Capitulan los Belzares[3] la conquista y población de esta provincia, y viene por primer gobernador Ambrosio Alfinger[4]

ASISTÍAN por aquel tiempo en la corte de nuestro Emperador Carlos V, Henrique de Alfinger, y Jerónimo Sailler, agentes y factores de los Belzares, caballeros alemanes, a quienes llamaban en la Europa los de la famosa compañía, por una muy célebre que tenían hecha con diferentes mercaderes, traficando caudales muy crecidos en todos los puertos y contrataciones del mundo; y sabiendo las utilidades tan considerables, que producía el trato y comercio de Coriana y toda su costa, les pareció sería de conveniencia a los intereses de su compañía el tomarla por su cuenta, para disfrutarla solos, pidiéndosela al Emperador en arrendamiento; y aunque por parte de Juan de Ampues (quien solicitaba el gobierno en propiedad para llevar adelante la población y conquista, que tenía empezada) se les hizo notable contradicción; como quiera que el Emperador se hallaba beneficiado de los

3. Conservamos la ortografía de la edición original por cuanto no hay unificación en la forma de escribirlo (en otros textos aparecen como *Bélzares*, *Welser*, *Welsers* o *Welseres*).

4. En este caso hemos corregido la j por g por cuanto es la forma en que comúnmente se le conoce.

Belzares, por las cantidades de dinero, que en diferentes ocasiones le habían prestado para sus expediciones militares, fueles fácil conseguir su pretensión, con algunas condiciones, que capitularon con el César, siendo las principales, que dentro de dos años se había de obligar la compañía a fundar dos ciudades, y edificar tres fortalezas en el distrito de la gobernación, que se les concedió que fue desde el Cabo de la Vela, corriendo al Este, hasta Maracapana, que son más de trescientas leguas de longitud, con el fondo, que les pareciese conveniente para el Sur, en que por entonces no se les señalaron límites, para lo cual había de armar la compañía cuatro navíos, y conducir en ellos trescientos hombres españoles y cincuenta alemanes, maestros de mineraje, que a su costa habían de repartirse por todas las Indias, para el mejor conocimiento y beneficio de los metales; y en recompensa les hizo merced el Emperador del título de Adelantado para la persona que nominasen los Belzares, y les concedió el cuatro por ciento de todos los provechos, que en la conquista tocasen de sus quintos a la Real Corona, y doce leguas en cuadro, en la parte que escogiesen de las tierras que conquistasen, para disponer de ellas a su arbitrio, con facultad para poder hacer esclavos los indios que rehusasen rendir la cerviz al yugo de la obediencia; guardando en esto la limitación prevenida en las instrucciones dispuestas sobre materia tan grave, y con intervención del padre Fray Antonio Montesinos, religioso de la Orden de Santo Domingo, a quien nombró el Emperador, para que con el título de protector de los indios, pasase a esta provincia, adjudicándole los frutos decimales, para que a su voluntad los distribuyese en usos píos, en el ínterin que se daba otra disposición más conveniente.

Al tiempo que se ajustaron estas capitulaciones, que fue el año de quinientos veinte y ocho[xvi] había el Emperador hecho merced del gobierno de Santa Marta (que estaba vacío por muerte de Rodrigo de las Bastidas) a García de Lerma, su gentil-hombre de boca, caballero muy ilustre, natural de la ciudad de Burgos; y hallándose éste en la Corte, tuvieron ocasión los Belzares de convenirse con él, para que como confinantes en sus conquistas, se auxiliasen unos a otros siempre que la necesidad lo pidiese, en cuya

xvi. Año de 1528.

conformidad fuese por capitán de sus tres navíos alemanes y hallando pacífica la ciudad de Santa Marta de las alteraciones, que se habían originado por las alevosas heridas que dio a su antecesor Bastidas, su Teniente General Villa-Fuerte, pasase en persona (si fuese necesario) a socorrerlos a Coro.

Confirmados estos capítulos por el César nombraron los Belzares por gobernador de sus conquistas a Ambrosio de Alfinger, y por su teniente general a Bartolomé Sailler, ambos alemanes de nación, y dispuestas todas las cosas necesarias, el mismo año de veinte y ocho se dieron a la vela, bien proveídos de caballos, armas y municiones, trayendo consigo cuatrocientos españoles, y entre ellos muchos hidalgos y hombres nobles, como fueron Juan de Villegas, natural de Segovia, progenitor ilustre de los Villegas de Caracas, varón a todas luces grande, a quien debe esta provincia su conservación y aumento, y quien nos dará bastante materia para la narración de nuestra historia; el capitán Sancho Briceño, de quien descienden los caballeros Briceños, Bastidas, Verdugos y Rosales de la ciudad de Trujillo; Juan Cuaresma de Melo, que habiendo sido muchos años mayordomo de los duques de Medina Sidonia, pasó en esta ocasión a esta provincia, casado con Francisca de Samaniego, a quien hizo el Emperador merced de un regimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase; son herederos de los méritos y servicios de este caballero los Guevaras de esta ciudad de Santiago, por haber casado con Doña Luisa de Samaniego, su nieta, el Capitán Juan de Guevara, sobrino del Licenciado Inigo de Guevara, del hábito de Santiago, Oídor de Santo Domingo, en cuya compañía pasó de España a estas partes; el Contador Diego Ruiz Vallejo, Gonzalo de los Ríos, Martín de Arteaga, Juan de Frías, Luis de León, Joaquín Ruiz, Antonio Col, Francisco Ortiz, Juan Villarreal, Jerónimo de la Peña, Bartolomé García, Pedro de San Martín Factor de la Real Hacienda, el Licenciado Hernán-Pérez de la Muela, Alonso de Campos y otros.

Con próspero viaje llegó Ambrosio de Alfinger a Coro, y presentando los despachos que traía, vistos por Juan de Ampues, obedeció lo que el Emperador mandaba, y en cumplimiento de las reales provisiones, le entregó luego el gobierno, aunque con el sinsabor y disgusto de ver convertirse en ajenas conveniencias el fruto que esperaba gozar de sus propias fati-

gas; desconsuelo con que vivió toda su vida retirado en la isla de Santo Domingo, sin que fuese bastante a templar su sentimiento el señorío de la isla de Curazao de que le hizo merced el Emperador, procurando aplacar con esta honra, los escozores, que le causó su queja.

CAPÍTULO V

Perfecciona Alfinger la fundación de Coro, y sale con su gente al descubrimiento de la laguna de Maracaibo

TOMADA por Alfinger la posesión de su gobierno, aunque su ánimo, y el de los demás alemanes que le sucedieron, nunca fue de atender al aumento ni conservación de la provincia, sino disfrutarla, logrando el tiempo de aprovecharse, mientras durase la ocasión (como lo manifestaron sus obras); sin embargo, hallando fundada la ciudad de Coro por Juan de Ampues, quiso darle la perfección que le faltaba, instituyendo en ella aquellos oficios, de que necesita una república, así para su lustre, como para la ordinaria administración de su justicia; y como el Emperador había hecho merced a Juan Cuaresma de Melo de un regimiento perpetuo en la primera ciudad que se poblase, habiendo llegado el caso, le dio posesión del ejercicio, y nombró por compañeros a Gonzalo de los Ríos, Martín de Arteaga y Virgilio García, que juntos en cabildo eligieron por primeros alcaldes a Sancho Briceño y Esteban Mateos, natural de Moguer; en cuyas disposiciones, y otras que le parecieron convenientes para dar forma a la manutención de aquella nueva planta, gastó el tiempo que restaba del año veinte y ocho; y entrando el de veinte y nueve[xvii], como se hallase con aquellos ardientes deseos a que le incitaba la codicia de procurar cuanto antes adquirir riquezas, sin reparar en que fuesen o no justos los medios para poder conseguirlas; consultó con las personas que tenían más experiencia la parte que le podría ser más provechosa para encaminar a ella sus conquistas; y habiéndole informado ser la laguna de Maracaibo la que por entonces se reconocía más pingüe, pues cuando no hallase otro pillaje, siendo la más

xvii. Año de 1529.

poblada, podría conseguir mucho interés, haciendo esclavos a los indios que cogiese; se determinó a ejecutarlo, sin advertir en las malas consecuencias de tan inicuo consejo, ni en las resultas de tan injusto arbitrio, a este fin mandó poner por obra la fábrica de algunos bergantines, para poder navegar por la laguna, y fenecidos con brevedad (dejando en Coro a su Teniente Bartolomé Sailler), despachó en ellos por mar alguna de su gente, para que entrando por la barra le esperasen en la laguna, mientras él, con el resto que le seguía se encaminaba por tierra, atravesando las cuarenta leguas que hay de distancia hasta llegar a sus orillas.

Al Poniente de la ciudad de Coro, y cuarenta leguas de ella, formó la naturaleza un hermoso golfo de agua dulce, llamado comúnmente, laguna de Maracaibo, por el nombre de un Cacique que hallaron en ella los primeros españoles que la descubrieron; tiene su longitud de Sur a Norte, corriendo cincuenta leguas desde el río de Pamplona, hasta la barra, por donde desagua al mar; de latitud, por la parte que más ensancha sus aguas, tiene treinta, y en su circunferencia más de ochenta; fórmase la monstruosa corpulencia de este lago del caudal de muchos ríos, que para enriquecerla con sus aguas, consumen en ella sus corrientes; los principales son el de Pamplona, por otro nombre el Zulia, el Chama, cuyo origen es de las nieves derretidas en las sierras de Mérida, el San Pedro, el caudaloso Motatán, que forma sus principios en el páramo de Serrada; por la banda del Poniente le tributan sus corrientes un poderoso río, que baja de las sierras de Ocaña; el Catatumbo, que le entra por tres bocas; el de Arinas, célebre por sus ocultas riquezas; el Torondoy, por la excelencia saludable de sus aguas; el Sucui, que desciende de las cordilleras, que caen a espaldas del río de la Hacha; el del Astillero, memorable por la abundancia de sus ricas maderas; y otros muchos, que despreciados por pequeños, pasan por la suerte de desgraciados, pues como corren a vista de poderosos, ni hay quien les sepa el nombre, ni quien les busque origen.

Navegan de ordinario por este golfo de aguas dulces muchas balandras, fragatas, barcos y otras embarcaciones pequeñas, y pudieran surcarlo galeones de alto bordo, según es de fondable, si lo permitiera la barra de su entrada; pero es ésta tan baja por los bancos de arena, que forma la resaca,

que sólo da capacidad para el paso de medianos buques, que son los que concurren al mucho trato que mantiene aquel puerto.

Cuando los españoles descubrieron la primera vez esta laguna, hallaron grandes poblaciones de indios formadas dentro del agua por todas sus orillas; y de aquí tomaron motivo para llamarla Venezuela, por la similitud que tenía su planta con la ciudad de Venecia; nombre que se extendió después a toda la provincia, aunque al presente sólo han quedado cuatro pueblos, que mantienen la memoria de lo que dio fundamento a la causa de su origen, y ésos de tan corta vecindad, que el de Moporo (que es el mayor de todos) me parece que tendría treinta casas el año de seiscientos ochenta y seis, que estuve en él; experimentase en estos pueblos un raro efecto y singular transmutación que obra la naturaleza, pues todos los maderos sobre que fabrican las casas, como sean de una especie que llaman vera, que es muy sólida y fuerte toda aquella parte que cogió dentro del agua de la laguna, pasando algunos años, se convierte en piedra, quedando lo demás en su ser primitivo de madera, manteniéndose unidas en un cuerpo dos tan distintas materias.

Llegado Ambrosio de Alfinger a las orillas de esta laguna, halló sus bergantines esperándole, y embarcándose en ellos pasó toda su gente a la otra banda, donde en el sitio que le pareció más conveniente armó una ranchería, fabricando algunas casas acomodadas para dejar las mujeres y niños que llevaba con la escolta de soldados necesaria para afianzar en ella su resguardo, mientras con los bergantines dio la vuelta descubriendo y talando cuanto encerraba la laguna en su contorno, sin hacer asiento en parte alguna, de cuyo errado dictamen (seguido también después de los demás alemanes, que le sucedieron en el gobierno) resultó su perdición y la ruina total de esta provincia; pues conociendo sus soldados que no llevaban intención de poblar en nada de lo que conquistasen, y que así no tenían que esperar por fruto de sus trabajos, ni los repartimientos de encomiendas para la conveniencia, ni las posesiones de tierras para el descanso, pues sólo habían de tener de utilidad lo que cogiesen de encuentro; sin que los detuviese la piedad, ni los atajase la compasión, como furias desatadas, talaron y destruyeron amenísimas provincias y deleitosos países, malogrando los provechos que pudieran haber afianzado en la posesión de su fertilidad,

para sí y sus descendientes, si como les aconsejaban los más prácticos y prudentes hubieran ido poblando en lo que iban descubriendo; pero como los alemanes, considerándose extranjeros, siempre se recelaron de que el dominio de la provincia no les podía durar por mucho tiempo, más atendieron a los intereses presentes, aunque fuese destruyendo, que a las conveniencias futuras, conservando[5].

CAPÍTULO VI

Envía Alfinger a buscar gente de socorro a Coro: atraviesa la sierra del Valle de Upar, y llega hasta la provincia de Tamalameque

HABIENDO gastado Ambrosio de Alfinger cerca de un año en revolver y trasegar todos los ríos, ancones y esteros de la laguna, sin que fuesen bastantes a llenar los huecos de su codicia las considerables porciones de oro, que había adquirido, ni la cantidad de indios que había aprisionado; dio la vuelta a su ranchería con ánimo de intentar nuevos descubrimientos, entrando la tierra adentro hacia el Poniente, y ver lo que le adaptaba a la mano su fortuna; pero hallábase falto de gente para ejecutar esta jornada, así por la que le habían consumido las enfermedades, originadas del mal temperamento y humedades de la laguna, como por los muchos soldados, que descontentos se habían retirado a Coro fugitivos, no pudiendo tolerar el áspero natural de Alfinger, ni el modo tan extraño que tenía de gobernar, castigando por leves causas con azotes, horcas y afrentas a muchos hombres de bien por mano de un Francisco del Castillo, que era su maestre de campo, hombre cruel y de malvada intención.

Para remediar el inconveniente de esta falta que padecía, despachó a Coro todos los indios prisioneros para que se vendiesen por esclavos a los muchos mercaderes que allí asistían, enriquecidos con las viles ganancias

5. El juicio negativo que aquí emite Oviedo y Baños es el mismo que hasta hoy se tiene de la estada de los alemanes en el occidente del país. Al respecto pueden consultarse los libros de Eduardo Arcila Farías, *El régimen de la encomienda en Venezuela* y de Juan Friede, *Los Welser en la conquista de Venezuela.*

de este trato, con cuyo producto, y algún oro que remitió para el efecto, le llevaron de socorro algunos infantes y caballos, armas, y demás pertrechos de que necesitaba; de suerte, que compuesto ya su campo de ciento ochenta hombres útiles para la guerra (dejando en la ranchería los enfermos a cargo del Capitán Vanegas, natural de la ciudad de Córdoba, a quien nombró por su teniente) , salió de allí el año de mil quinientos treinta[xviii] y caminando al Poniente, después de haber andado aquellas veinte leguas, que hay de tierra llana hasta llegar a la cordillera, atravesó las serranías que llaman de los Itotos, y salió al Valle de Upar, donde sin hacer reparo que se hallaba ya fuera de los límites de su gobernación, por pertenecer aquel distrito a la jurisdicción de Santa Marta, lo corrió todo, talando, robando y destruyendo a sus miserables habitadores, y sin que la hermosura de tan alegre país fuese bastante a templar la saña de su cruel pecho, convirtió en cenizas todas las poblaciones y sembrados, valiéndose a un mismo tiempo de las voracidades del fuego y de los incendios de su cólera, con extremo tan atroz, que en más de treinta leguas de tierra, que él halló pobladas, no encontró después el Capitán Cardoso casa en pie en la entrada que hizo el año siguiente, de orden del Doctor Infante, que por muerte de García de Lerma gobernaba a Santa Marta.

Asolado y destruido el Valle de Upar, siguiendo las corrientes del río Cesaré, llegó Alfinger a las provincias de los Pocabuces y Alcojolados, cogiendo de camino buen pillaje en porciones de oro del mucho que tenían estas naciones y otras que encontró, hasta dar con la laguna de Tamalameque, que llaman de Zapatosa, que aunque poblada en su circuito de innumerables pueblos, los halló todos desiertos, porque habiéndose anticipado la noticia de las crueldades que había obrado en el Valle de Upar, no quisieron sus moradores exponerse al riesgo de experimentarlas, y tomando por asilo, para evitar el riesgo que les amenazaba, las islas de la laguna, se habían refugiado en ellas, recogiendo todas las canoas, para que los españoles no tuviesen en qué pasar a buscarlos en las partes que se juzgaban seguros; pero como los nuestros desde la tierra firme alcanzasen a ver (por no estar muy distante) que los indios, fiados en la dificultad de estar de por

xviii. Año de 1530.

medio la laguna, andaban en cuadrillas, sin recato alguno, por las playas de las islas vecinas, adornados de chagualas y orejeras de oro; incitados de la presa que apetecía su desmedida codicia, hallándose sin embarcaciones en que pasar a lograrla, Juan de Villegas, Virgilio García, Alonso de Campos, Hernán-Pérez de la Muela y otros veinte y seis, se arrojaron a la laguna, montados en sus caballos, que gobernados del freno, y animados del batir del acicate, atravesaron, nadando hasta llegar a las islas; de cuya resolución inopinada, atemorizados los bárbaros, sin que les quedase aliento para levantar las armas, ni para calar las flechas, unos fueron destrozo miserable de las lanzas, y otros fatal estrago de su misma confusión, pues atropellándose unos a otros por ocurrir a las canoas para escapar presurosos, anegándose en las ondas encontraban con la muerte, donde buscaban la vida.

Desbaratados los indios de esta suerte, tuvieron lugar los españoles para lograr el fruto de su temeridad arrojada, aprovechándose del despojo, que fue considerable, por las muchas piezas de oro que cogieron; y lo que más les importó por entonces, fue haber quedado prisionero el cacique principal de la laguna, llamado Tamalameque (de quien tomó nombre la provincia), pues recelosos los indios de que pudiese peligrar la vida de su Príncipe, no sólo no intentaron algún movimiento de armas para poder libertarlo pero valiéndose de la sumisión y rendimiento, consiguieron su rescate a precio de oro; y conociendo Alfinger, por las muestras, el jugo y substancia del país en que se hallaba, aunque algunos de sus capitanes fueron de opinión, que pasasen adelante en sus conquistas, no quiso desamparar la provincia que gozaba, hasta disfrutarla toda, trasegándola por diversas partes con diferentes escuadras, en que gastó cerca de un año, con aprovechamiento conocido de más de cien mil castellanos de oro fino, sin lo que ocultaron los soldados, que fue cuasi otro tanto.

CAPÍTULO VII

Despacha Alfinger al Capitán Bascona con veinte y cinco hombres a buscar gente a Coro, y mueren todos de hambre en el camino

HALLÁNDOSE Alfinger tan crecido de caudal, como falto de gente, por la mucha que había perdido en su jornada, determinó enviar al Capitán Iñigo de Bascona (natural de la villa de Arévalo, hombre de experimentado valor) a la ciudad de Coro con veinte y cinco soldados que le acompañasen, y sesenta mil pesos del oro que había adquirido, para que manifestando las muestras del logro de sus conquistas, se animasen a venirle a seguir en la prosecución de sus empresas, y con este motivo solicitase traerle cuanto antes la más gente que pudiese, y los pertrechos de que necesitaba, dándole por orden, que si de vuelta no le hallase en Tamalameque (donde procuraría esperarle), le siguiese por el rastro que iría dejando en sus marchas.

Con esta disposición, y algunos indios que llevaban cargado el oro, se despidió Bascona, tomando la derrota para Coro; pero guiado de la estrella de su mal destino, no quiso gobernarse por el rumbo que habían llevado a la ida, discurriendo, que estando, como estaba, el paraje en que se hallaba más metido hacia la tierra adentro de la parte donde le demoraba la laguna de Maracaibo, podría con más facilidad, y en breve tiempo (siguiendo la serranía sobre la mano izquierda) llegar a Coro, dejando a un lado la laguna, sin necesitar de ver sus aguas para lograr su viaje; pero apenas se engolfó en la serranía, perdiendo el tino en la demarcación que había formado, torció el camino sobre la mano derecha, metiéndose por unas montañas llenas de anegadizos y pantanos, tan ajenas de que las hubiese pisado humana huella, que luego conoció la perdición en que lo había empeñado su desdicha, pues consumidos los bastimentos que llevaba, empezó a experimentar los aprietos de su falta, sin poderla remediar en aquellos despoblados, ni hallar otro recurso en su trabajo, que entretener la necesidad con la esperanza de encontrar más adelante algún socorro; pero viendo después que cada día se aumentaba más la aflicción, y se imposibilitaba el remedio, hallándose él y sus compañeros con la falta del sustento, tan debilitados, flacos y rendidos, que aun les faltaba vigor para mantener sus pro-

pios cuerpos, determinaron aliviarse de la carga, dejando el oro enterrado al pie de una hermosa ceiba, con marcas y señales en el sitio, por si acaso tuviese alguno de ellos la fortuna de salir de aquel laberinto con la vida, volver a buscar el corazón, que dejaban allí con el tesoro.

Libres con esta diligencia del embarazo que les causaba la carga, y muerta ya a los rigores de la hambre y tesón de los trabajos la mayor parte de los indios que la conducían, prosiguieron caminando aquellos miserables españoles con el ansia de vencer lo dilatado de aquella inculta montaña; pero como había muchos días, que sólo se sustentaban con cogollos de visao, era tal la perturbación que padecían con la debilidad de las cabezas, que dando vueltas de una parte para otra, no acertaban a salir de la cerrada confusión de aquellos bosques; y como con la dilación crecía por instantes la necesidad, llegando ya a términos de perecer en los últimos lances del aprieto, ejecutaron (para conservar la vida) una crueldad tan abominable, que nunca podrá tener disculpa, aun a vista del extremo peligro en que se hallaban, pues fueron matando uno por uno los pocos indios que les habían quedado de servicio, y sin despreciar los intestinos, ni otra parte alguna de sus cuerpos, se los comieron todos, con tan poco reparo, ni fastidio, que sucedió al matar el postrer indio, estando haciéndolo cuartos, arrojar el miembro genital[xix] (como cosa tan obscena y asquerosa), y un soldado, llamado Francisco Martín (de quien hablaremos después) lo cogió con gran presteza, y sin esperar a que lo sazonase el fuego, se lo comió crudo, diciendo a los compañeros: ¿pues esto despreciáis en ocasión como ésta?

Acabada la carne de los indios, con que se habían entretenido algunos días, cada uno de por sí empezó a recelarse de los demás compañeros; y no teniéndose por seguros unos de otros, de buena conformidad se dividieron todos, tirando cada cual por su camino, a lo que dispusiese de ellos la fortuna, y la tuvieron tan mala, que entre aquellas asperezas y montañas debieron de perecer sin duda alguna, pues jamás se supo de ellos, excepto cuatro, que por tener vigor y tolerancia para sufrir con más aguante los trabajos, pudieron resistir a la conjuración de tantos males, hasta acertar a salir juntos a las riberas del río Chama (que baja de las sierras nevadas de

xix. Fra. Ped. Sim. not. 2. cap. v.

Mérida), a cuya margen se sentaron con esperanza de tener algún alivio, que templase el continuado rigor de sus desgracias, por las señales que encontraron de ser habitable aquel país, como lo confirmó breve la experiencia, pues a poco rato de llegados vieron subir por el río arriba una canoa con cuatro indios, que no les parecieron sino ángeles a aquellos derrotados peregrinos, que puestos de rodillas explicaron por señas su aflicción, pidiendo remedio a sus desdichas.

Tuvo lugar la piedad en el bruto corazón de aquellos bárbaros, pues al ver aquellos forasteros tan macilentos, flacos y desfigurados, aunque por entonces no se atrevieron a llegar adonde estaban, apretaron las manos a la boga, y navegando río arriba, dieron la vuelta con presteza, trayendo cargada la canoa de maíz, yucas, batatas y otras raíces, para socorrerlos compasivos: ¡quién pensara, que semejante beneficio pudiera tener por retorno una traición! pero cuando en el caso presente la misma ingratitud se avergonzara de no hacer ostentación de agradecida, cupo en el corazón de aquellos hombres la más bárbara crueldad, que pudiera ejecutar la estolidez de una fiera, pues apenas llegaron los indios a socorrerlos piadosos cuando recibiendo el bastimento que trajeron, pareciéndoles era poco para saciar las ganas que tenían, embistieron con ellos para matarlos y comérselos; pero como por su mucha flaqueza no pudieron sujetarlos, viendo que se les escapaban de las manos, acogiéndose al refugio de su canoa para ponerse a salvo; por no perder la ocasión, y que se les fuesen todos, dejaron ir a los tres, y pegando con el otro todos juntos, le quitaron la vida, haciéndolo luego cuartos, que guardaron asados, satisfaciendo por entonces su apetito con las asaduras, pies y manos, que comieron con tanto gusto, como si fueran de un carnero: ¡execrable abominación entre cristianos!

Cometida esta maldad, empezaron a recelarse, temerosos, no hubiesen dado aviso en algún pueblo los indios de la canoa, y viniesen a buscarlos para vengar el agravio y muerte del compañero; y así, no atreviéndose a quedar en aquel sitio, los tres que se hallaban con más aliento y vigor, cargando la parte que les había tocado de la carne y demás bastimentos, tiraron por el río arriba, metiéndose en la montaña, donde, o a manos de la necesidad, o violencia de su mala suerte, debieron de perecer, pues no parecieron más; el otro, que era aquel Francisco Martín, de quien hicimos

mención en este mismo capítulo, afligido del dolor que le causaba una llaga en una pierna, que no le dejaba andar, no pudiendo seguir a los demás compañeros, determinó quedarse solo, deseando ya la muerte por alivio, para acabar de una vez con tantas calamidades y congojas como se habían conjurado a perseguirle la vida; y hallando después acaso en las márgenes del río un madero grueso y seco, que debió de arrojar alguna creciente a sus orillas, fijando toda su esperanza en el leve socorro de aquel leño, se abrazó con él, y dejó ir por el río abajo, con tan próspera fortuna, que dentro de pocas horas encontró una población, fundada en las riberas del río, de gente tan dócil y piadosa, que viéndolo venir de aquella suerte, lo sacaron de las ondas y llevaron por cosa extraña y singular a presentar a su cacique, que admirado de ver hombre con barbas, y de distinto color, hizo particular aprecio del regalo, dándole de estimación lo que tenía de exquisito.

En este pueblo estuvo Francisco Martín a los principios, aunque amparado del cacique, padeciendo los sustos y peligros a que está siempre expuesto un extranjero; pero después supo su actividad darse tal maña para granjear a los indios, que se hizo dueño absoluto de la voluntad de todos, porque imitando sus bárbaras costumbres, aprendió a comer el jayo; aplicóse a ser mohán y curandero; diose a hechicerías y a pactos, en que salió tan aprovechado, que se aventajaba a todos; resignóse a andar desnudo como los indios; y finalmente, perdiendo la vergüenza para el mundo y para Dios el temor, quedó consumado idólatra, adquiriendo tanta reputación con estas habilidades, que le eligieron capitán, para las guerras que tenían con sus vecinos, en que logró tan felices sucesos, que agradecido el cacique al crédito en que se hallaban sus armas con la dirección de tal caudillo, le dio por mujer una hija suya y el absoluto dominio sobre sus vasallos, en cuya posesión lo dejaremos ahora y lo hallaremos después[6].

---

6. La narración de Oviedo y Baños corresponde aquí casi textualmente a lo dicho por fray Pedro Simón (para ello hemos consultado la edición en dos tomos de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, colección Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, publicada en Caracas en 1963, con el título de *Noticias Historiales de Venezuela*). Es importante señalar que en aquella época no se seguía el criterio de originalidad tal como hoy lo entendemos: los cronistas se "copiaban" unos a otros sin ningún problema pues había absoluta libertad en el manejo de las fuentes; pese a ello no podemos nunca hablar de textos similares pues cada cronista enfatizará el elemento que le interese (al res-

CAPÍTULO VIII

Sale Alfinger de Tamalameque, y perseguido de trabajos llega al valle de Chinacota, donde lo matan los indios

IGNORANTE Alfinger de las desgracias de Bascona, le esperaba de vuelta por instantes con el socorro, que le había de traer de Coro; pero viendo que era ya mediado el año de treinta y uno[xx], y no llegaba, se determinó a salir de Tamalameque en prosecución de sus conquistas, cogiendo el camino por entre la serranía y la tierra llana, que corre hasta las orillas del río de Magdalena, experimentando desde luego tales contratiempos y trabajos, por los muchos anegadizos, ciénegas y esteros, que inundan aquel terreno, y fueron tan continuadas las enfermedades y dolencias, por el mal temperamento y humedades, que se vio obligado al cabo de algunos días a dejar aquel rumbo que llevaba, y torcer hacia la mano derecha, retirándose a buscar la serranía, para gozar mejores aires en el desahogo de las tierras altas; pero aunque consiguió librarse de los anegadizos y pantanos, no lo dejaron de perseguir los infortunios, porque siendo muy ásperas y montuosas aquellas cordilleras, y grande la falta de bastimentos que tenía, a cada paso desfallecidos los soldados con la continuación de las fatigas, tomaban por partido quedarse arrimados a los troncos de los árboles, a ser pasto miserable de las fieras.

Pero Alfinger, dando ejemplo con su incansable brío a los que le seguían fatigados, procuró vencer con la constancia aquellas fragosidades, y atropellando los inconvenientes que se le ponían delante para embarazarle el viaje, vino a salir al río, que después llamaron del Oro los conquistadores, que salieron con Quesada a descubrir el Nuevo Reino; pero en parte tan despoblada, que no hallando con qué poder remediar la hambre que padecían, creció la necesidad y se aumentó el desconsuelo, hasta que casualmente unos soldados descubrieron una laguna, aunque pequeña en la

---

pecto deben consultarse las notas a la edición de Simón a la cual nos hemos referido, donde Demetrio Ramos Pérez hace un excelente trabajo comparativo entre las obras de fray Pedro de Aguado y fray Pedro Simón).

xx. Año de 1531.

circunferencia, tan abundante de caracoles, que fue bastante a darles que comer algunos días, que se mantuvieron a su abrigo, por hallarse tan postrados, que no podían pasar adelante sin darle tiempo al descanso.

Entre tanto despachó Alfinger a Esteban Martín con sesenta hombres, para que con la diligencia que pudiesen procurasen por aquellos contornos descubrir alguna población donde remediar con bastimentos la falta que padecían; y habiendo dado algunas vueltas por aquellas serranías, salió a la provincia de Guané (cerca de donde pobló después Martín Galeano la ciudad de Vélez) donde, como en país tan abundante y poblado, se proveyó con facilidad de las semillas que quiso, y dentro de veinte días dio la vuelta al alojamiento en que había dejado a Alfinger, que sin atreverse a desamparar la laguna, se había estado manteniendo en aquel tiempo de los caracoles de sus playas.

Alegres todos con la abundancia del socorro, y más con la noticia de ser aquella tierra tan poblada, levantaron el real, pasando luego a registrarla, pero sin detenerse en ella más tiempo, que el que les fue necesario para hacer provisión de bastimentos; torcieron el camino para los páramos de Ceruitá, malogrando (por no pasar más adelante) la fortuna de ser los primeros que gozasen la riqueza de las opulentas provincias del Nuevo Reino, cuyos umbrales llegaron a pisar sin conocerlos; pero parece que reservando la providencia divina la gloria de su descubrimiento para Don Gonzalo Jiménez de Quesada, cegó una y otra vez a aquellos hombres, para que perdiesen, por inadvertencia, la dicha que llegaron a tener entre las manos, pues puestos ya en Ceruitá, si hubieran caminado al Sur diez leguas más, se hubieran enmendado el yerro, restaurando la acción, que abandonaron primero; pero dejando el camino que llevaban, tomaron la derrota para el Norte, sin advertir, que siguiendo las jornadas de aquel rumbo, iban a salir derechos a la laguna de Maracaibo; en cuyo viaje fueron imponderables los trabajos, así por las penalidades del frío, que padecían en los páramos, como por la oposición que hallaron en los indios de Ravichá, que con repetidas guasábaras[7] (en que murieron algunos españoles) los molestaron de

7. Aparece indistintamente como *guasábara* o *guazábara.* Suele usarse el término para referirse a la pelusa de las tunas; sin embargo, dentro del texto se utiliza en relación a los enfrentamientos de los indios contra los españoles.

continuo, sin permitirles lugar para el reposo, hasta que vencidas estas incomodidades, a fuerza del sufrimiento, hubieron de aportar al valle de Chinacota; cuyos moradores, con la noticia anticipada de las crueldades de Alfinger, desampararon las casas antes de verle la cara, teniendo por más seguro retirarse con sus familias, buscando abrigo en los montes, pero siempre con el ánimo de lograr las ocasiones, que les ofreciese el tiempo para vengar sus agravios; y así con esta intención, sin que los españoles los sintiesen, se emboscaron en todos los arcabucos, que rodeaban el alojamiento, esperando coyuntura para ejecutar, a lance fijo, la resolución que tenían premeditada.

Ignorante Alfinger de la traición prevenida, y fiado más que debieran en el sosiego aparente con que estaba todo el valle, se apartó una tarde, algo retirado del alojamiento, comunicando en conversación algunas cosas con Esteban Martín, su gran amigo; y como los indios (observando los movimientos de los nuestros) sólo aguardaban la ocasión, apenas los vieron separados, cuando saliendo de la emboscada les embistieron con tal ímpetu y presteza, que cuando pusieron mano a las espadas para defenderse, ya estaba Alfinger muy mal herido; pero sin perder el ánimo, disimulando la herida, hizo rostro valerosamente a la multitud de bárbaros que le acometía por todas partes, vengando la alevosía de su muerte con quitar la vida a muchos de sus contrarios, hasta que socorrido de los demás españoles, se retiraron los indios quedando Alfinger tan desangrado y postrado de las heridas, que sin que aprovechasen los remedios, murió dentro de tres días, dejando perpetuada la memoria de sus atrocidades en los recuerdos que hasta hoy da de ellas su sepulcro a seis o siete leguas de distancia de la ciudad de Pamplona, que después pobló Pedro de Ursua, cuyo sitio, por haber sido donde la muerte puso término a la bárbara crueldad de aquel tirano, mantiene todavía el título de su nombre, siendo comúnmente conocido por el valle de Miser Ambrosio, aunque el cronista Herrera, contra la evidencia de una verdad tan clara, pone esta muerte en Coro, por yerro conocido de las relaciones que le dieron para formar su historia[8].

8. Hay, efectivamente, mucho cuestionamiento del uso de las fuentes de Antonio de Herrera (sobre todo en la época en que escribe Oviedo y Baños). La *Década quinta*, libro II,

CAPÍTULO IX

Gobierna el ejército Pedro de San Martín hasta llegar a Coro: gobierna la provincia Juan Alemán, por muerte de Alfinger: sale Venegas a buscar el dinero que enterró Bascona, y vuelve sin hallarlo

MUERTO Ambrosio de Alfinger, como sea tan apreciable en los hombres la dulzura del mandar, empezaron a originarse en aquel pequeño ejército disturbios y disensiones, sobre quién le había de suceder en el gobierno; y aunque los pretendientes eran muchos por voto de los más principales fue preferido a todos el Factor Pedro de San Martín, pero aunque las prendas de nobleza, prudencia y valor que le asistían lo hacían muy digno para las honras del empleo, no fue tan aceptado su nombramiento, que dejase de haber discordias y alborotos, que hubieran pasado a motines declarados, si el Capitán Juan de Villegas con su autoridad, y aquella respetable veneración, que se había granjeado en la estimación de todos no hubiera sacado la cara, y tomado la mano a sosegarlos; y así, apagada la llama, antes que cobrase fuerza el incendio, por la interposición prudente de Villegas, mandó el nuevo general desalojar el campo del valle de Chinacota (entrado ya el año de treinta y dos)[xxi] y atravesadas las montañas, que después llamaron de Arévalo, salieron a las campiñas de Cúcuta, que fértiles de pastos, y abundantes de orégano (aunque de temple enfermo), son hoy muy adecuadas para criazón de mulas, siendo las de este valle las de mayor estimación del Nuevo Reino.

---

capítulo 2, habla de la muerte de Alfinger en Coro, aunque había sido herido fuera de la ciudad. Oviedo toma este dato probablemente de la misma crítica que le hace anteriormente Simón a Herrera en la *Noticia segunda*, capítulo 8, donde dice: "...de las heridas con que dejaban al general Ambrosio de Alfinger, no fue posible escapar, pues murió dentro de pocos días, año de mil y quinientos y treinta y dos, en el mismo valle donde lo enterraron y tomó el nombre (que hasta hoy dura), llamándole el valle de Ambrosio, a que le dieron siniestras relaciones a Antonio de Herrera, porque dice murió Alfinger en Coro, y no fue sino en este valle de Chinataca, seis o siete leguas de la ciudad de Pamplona, cerca de cuya sepultura he estado yo". (*Op. cit*., tomo I, p. 125.)

xxi. Año de 1532.

Habiéndose detenido muy pocos días en Cúcuta, con bastantes contratiempos, hambres y penalidades, fueron prosiguiendo lo molesto de su marcha, y de provincia en provincia vinieron a dar en la que estaba Francisco Martín, tan convertido ya en indio y bien hallado con sus groseras costumbres, que ni aun señas aparentes de español le habían quedado; y teniendo noticia del cacique, su suegro, de que se acercaban los nuestros a su pueblo, juntó el mayor número de gente, que pudo reclutar en sus banderas, y se la entregó al yerno, para que saliese a embarazarles la entrada en sus dominios, fiando las felicidades del suceso en las repetidas experiencias, que tenía de su valor. Bien conoció Francisco Martín, que los forasteros que venían no podían ser otros, que los españoles del campo de Alfinger, de cuya compañía él había sido; y para quedar bien con el suegro, sin faltar a la lealtad que debía guardar con su nación, salió con su gente a la campaña, y dejándola emboscada en las montañas vecinas, cuando le pareció tiempo de que pudiesen los españoles estar cerca, con el motivo de ir a reconocer el campo del enemigo, se adelantó solo a encontrarlos: iba Francisco Martín tan a la usanza de los indios, que no se diferenciaba en nada de ellos, desnudo en carnes, y el cuerpo todo embijado, coronada de penachos de plumas la cabeza, terciada al hombro la aljaba y armado el arco en la mano.

Acercóse de esta suerte a los españoles, que con trabajo y molestia iban marchando; y aunque se les puso por delante, no era fácil conocerlo en aquel traje, ni pudieran persuadirse a que era español como ellos, si al oírle referir sus infortunios y las lamentables desgracias de Bascona, no fueran señales evidentes para caer en la cuenta de quién era; abrazáronle todos con ternura, haciendo demostración el sentimiento al recuerdo de la muerte infeliz de los demás compañeros; y habiéndole vestido con lo que permitió la desnudez que ellos traían, para cubrir la total indecencia en que se hallaba, caminaron juntos hasta el lugar donde había dejado los indios emboscados; y como la superioridad que Francisco Martín tenía adquirida sobre la simple condición de aquellos bárbaros era tan absoluta, que observaban como preceptos inviolables los más leves antojos de su gusto, bastó el que les dijese (hablándoles en su lengua, que la sabía mejor que ellos), que dejadas las armas, tuviesen a los españoles por amigos, pues los reconocía por

sus hermanos, para que saliendo de la emboscada sin recelo, ofreciesen la paz con rendimiento al General San Martín, y con tantas demostraciones de amistad, que en buena correspondencia se fueron juntos al pueblo, donde acariciados del cacique, como hermanos de su yerno, se estuvieron de asiento algunos días, hasta que pareciendo tiempo al General para proseguir su viaje, llevándose consigo a Francisco Martín, y de los indios amigos buenas guías, que los condujesen por trochas limpias y libres de anegadizos (que era lo que más les molestaba) se pusieron en camino, y llegaron con felicidad a Coro el mismo año de treinta y dos, habiendo consumido tres años en esta inútil jornada, sin que de ella se siguiese otro provecho, que haber dejado asoladas, con inhumana crueldad, cuantas provincias pisaron.

Sabida en Coro la muerte de Alfinger, con la llegada de su ejército derrotado; fue recibido por Gobernador de la provincia un caballero tudesco, llamado Juan Alemán, pariente muy cercano de los Belzares, por hallarse con un título despachado a prevención, para en caso de que faltase Alfinger; y habiendo sido dotado de una naturaleza muy quieta, y de ánimo muy pacífico, no tenemos que referir particular operación suya, pues manteniéndose en Coro el tiempo que duró en el ejercicio, atendió más a las conveniencias que pudo lograr a pie quedo con quietud, que a los intereses, que pudiera adquirir por medio de las conquistas, buscándolos con afán.

Dejamos en el capítulo sexto al Teniente Venegas por cabo de los enfermos y demás gente que dejó Alfinger en la ranchería de Maracaibo; y habiéndose mantenido con notable sufrimiento los tres años que duraron las desgracias de tan infeliz jornada, cuando supo que desbaratado y consumido el ejército había ya salido a Coro, pasó luego a la ciudad, o a ver a los compañeros, o a tratar algunas cosas de su propia conveniencia; y teniendo allí noticia de los sesenta mil pesos en oro, que había enterrado Bascona en su viaje desdichado, se determinó a ir en persona a buscarlos, para cuya diligencia juntó hasta sesenta compañeros, que se dedicaron a seguirle; y llevando consigo a Francisco Martín, para que mostrase la parte donde habían dejado depositado el tesoro, dio la vuelta a su ranchería de Maracaibo, para seguir desde Tamalameque los mismos pasos que había

llevado Bascona; pero no siendo fácil el que en la confusión de tan espesas montañas pudiese Francisco Martín haber demarcado el sitio donde quedaba la ceiba, que fue sepulcro del oro, después de haberlos traído de una parte para otra por entre anegadizos y manglares, en su misma confusión y variedad conoció Venegas que tenía perdido el tino, y que de no dar la vuelta antes de empeñarse más, tendrían el mismo paradero, que había tenido Bascona, cuyo recelo lo hizo retroceder sin pasar más adelante, siguiendo las cortaduras y señales que había dejado en los árboles, advertencia, que le valió para dar breve la vuelta a Maracaibo, sacando por premio de su codicia el fruto del escarmiento, y la efectiva satisfacción de los precisos empeños, que contrajo para las disposiciones de su avío, en que quedó condenado.

Y porque de una vez demos razón del paradero que tuvo Francisco Martín, es de advertir, que retirado en Coro vivía tan arrepentido de haber dejado aquella brutal vida, que gozaba entre los indios, y tan ansioso por ver a la mujer y los hijos, que ciego con el amor, dejándose llevar de la tirana violencia del deseo, se huyó de Coro una noche, y se volvió al pueblo de donde le habían sacado, tan bien hallado con las bárbaras costumbres en que ya estaba habituado, que habiendo entrado después a aquella provincia una escuadra de soldados, y traídoselo a Coro, se volvió a ir segunda vez, y hubiera cometido el mismo yerro otras cien veces, si no hubieran tomado el expediente de enviarlo al Nuevo Reino de Granada, para que quitada la ocasión con la distancia, olvidase la afición, que tanto lo enajenaba: remedio en que consistió el sosiego de aquel hombre, pues vivió después con gran quietud en la ciudad de Santa Fe confesando con arrepentimiento los despeños a que lo había precipitado su apetito[9].

9. Son muchas las versiones de Francisco Martín en los cronistas (al respecto puede consultarse el artículo de Miguel Acosta Saignes, "Fernández y Oviedo y el caso de Francisco Martín", quien se refiere a los relatos de Juan de Castellanos, fray Pedro Aguado y Fernández de Oviedo).

CAPÍTULO X

Erígese la iglesia de Coro en catedral, y viene por Gobernador de la provincia Jorge de Spira[10]

LUEGO que el Emperador Carlos V tuvo la noticia de estar poblada la ciudad de Coro, y las buenas esperanzas que prometían los favorables principios de su fundación, deseando su mayor lustre y el aumento de la religión católica en los dilatados campos de esta provincia, para la más fácil reducción de los innumerables gentiles que la habitaban, suplicó a la Sede Apostólica la erigiese en obispado, y movida de los piadosos ruegos de aquel invicto monarca la santidad de Clemente VII, por su bula despachada en Roma a veinte y uno de junio del año de mil quinientos treinta y uno, tuvo por bien de conceder la gracia, cometiendo el acto de la erección a la persona que el Emperador presentase para primer prelado de su Iglesia.

Hallábase a la sazón en Madrid Don Rodrigo de las Bastidas, Deán de la catedral de Santo Domingo, que el año antecedente de quinientos treinta había pasado a España a diferentes negocios de su iglesia; y pareciéndole al Emperador persona muy a propósito para poner a su cuidado la dirección de aquella nueva planta, lo presentó para primer obispo de esta provincia; y como tal, usando de la facultad concedida por la Sede Apostólica, estando en Medina del Campo el día cuatro de junio del de treinta y dos, por ante Pedro de Ledesma, notario apostólico, hizo la erección de la iglesia de Coro en Catedral, y aunque para su servicio y asistencia le señaló seis dignidades, seis canonjías, cuatro raciones enteras y cuatro medias, el no haber llegado las rentas decimales a la cantidad necesaria para la decente, congrua de todas, ha obligado a que las más se mantengan suprimidas, sirviéndose al presente sólo con ocho prebendas; si bien no es tan corta la cuarta capitular, que no pudiera con descanso mantener algunas más, sin que su renta hiciese falta a las otras.

Hecha la erección del obispado, no pudo el Señor Bastidas pasar tan

10. Pese a que en el texto aparece como *Jeorje de Spira*, lo hemos unificado, al uso de la mayoría de los cronistas, como *Jorge de Spira* (también se le conoce por *Espira o Despira*; en las historias más recientes lo encontramos como *Jorge Espira*).

breve a la residencia de su iglesia, porque habiéndole encomendado el Emperador la visita general de Puerto Rico, le fue preciso dilatarse en aquella isla hasta el año de treinta y seis, en que llegó a Coro; pero en el ínterin, para que tomase la posesión en su nombre y gobernase el obispado, envió con amplios poderes al Deán Don Juan Rodríguez de Robledo, que junto con el Chantre Don Juan Frutos de Tudela vino a Coro, siendo los dos los primeros prebendados que se proveyeron en su iglesia; y aunque la venida de éstos fue el año de treinta y cuatro, nos ha parecido anticiparla, por si acaso después no hay lugar de referirla.

Cuando se supo en Coro la muerte de Alfinger estaba en aquella ciudad Nicolás de Fedreman[11], alemán de nacimiento, hombre de elevados espíritus; hallábase rico y con amistad estrecha con los Belzares: circunstancias, que lo animaban a pretender el gobierno para sí; y dejándose llevar de este deseo, en la primera ocasión que se ofreció de pasaje, se embarcó bien proveído de dineros para España, así de su propio caudal, como de la parte que le ayudaron sus amigos, para la más fácil consecución de sus intentos: llegó a la Corte, y se dio tan buena maña, disponiendo su pretensión con tal destreza, que con facilidad vinieron los agentes de los Belzares en conferirle el gobierno, despachándole para ello provisiones muy cumplidas, con particular instrucción de lo que había de ejecutar, para que la compañía lograse mayor utilidad y conveniencia.

Publicada en la Corte la merced, empezó Fedreman a levar gente y hacer las demás prevenciones necesarias, para cuanto antes partirse a su gobierno; pero como no hay fortuna segura a la sorda batería de una emulación apasionada, bastó la que le manifestaron algunos, que le eran poco afectos, para ponerlo en mal concepto con los Belzares, imputándole ser de áspera condición, de espíritu bullicioso, de natural altivo y corazón soberbio; y aunque fueron las propiedades de que siempre estuvo más ajeno, por haberlo dotado el cielo de una naturaleza afable, conversación cariñosa, corazón muy piadoso y ánimo reposado; sin embargo fueron bastantes

11. Hemos respetado la forma de escribir el nombre de Oviedo y Baños por cuanto es la más manejada en la época (también se le conoce por *Frideman* o *Fedriman*; en las historias modernas aparece como *Nicolás Federmann*).

los informes con que apretaron los émulos, para que recogiéndole los despachos, los privasen del gobierno, y proveyesen en su lugar a Jorge de Spira, caballero también de su nación; si bien, por no desairar del todo a Fedreman, le nombraron por teniente general, con facultad, para que pudiese hacer entradas y conquistas por sí solo, pues la capacidad de la provincia daba lugar para los intereses y conveniencias de ambos.

Con esta disposición, y cuatrocientos hombres que levantaron en la Andalucía y reino de Murcia, salieron del puerto de San Lúcar en cinco embarcaciones el año de treinta y tres; pero habiendo padecido rigurosas tormentas, que los obligaron a arribar dos veces a las costas de España, muchos de los soldados (que llegaron a cerca de doscientos) atemorizados con la continuación de sustos tan repetidos, viéndose en tierra a la segunda arribada, determinaron quedarse, no atreviéndose a proseguir en aquel viaje, que recelaban infausto, considerando el presagio de tan adversos principios; y aunque a costa de perder cuanto tenían embarcado, consiguieron con alguna diligencia quedarse en tierra escondidos.

Temeroso Spira con la repentina desertación de sus soldados, antes que le desamparasen los demás se hizo a la vela con los que le habían quedado, encaminando su derrota a las Canarias, donde para reintegrar la gente que le faltaba, reclutó doscientos hombres, los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen de los bastos y groseros, que suele producir aquel terreno; con los cuales, y suficiente provisión de bastimentos, prosiguió su viaje, y llegó a Coro a principios de febrero del año de treinta y cuatro[xxii], trayendo en su compañía muchos hombres de cuenta y principales, que después desempeñaron las obligaciones de su sangre en la conquista y población de esta provincia, como veremos en la narración y contexto de esta Historia. De éstos fueron, Alonso Pacheco, natural de Talavera la Vieja, progenitor de los caballeros de este apellido en la ciudad de Trujillo y de los Tonares en Caracas; Francisco Infante, natural de Toledo, de quien descienden los caballeros Blancos Infantes de esta ciudad de Santiago; Francisco de Madrid, natural de Villa Castín, de cuyos méritos son herederos los Villegas; Gonzalo Martel de Ayala, de quien quedó des-

---

xxii. Año de 1534.

cendencia en el Tocuyo; Montalvo de Lugo, natural de Salamanca, que pasó después al Nuevo Reino, y desengañado con los reveses que le jugó la fortuna, se volvió a España a gozar con quietud de un mayorazgo que había dejado en su patria; Francisco de Graterol, tronco de ilustres familias; Damián del Barrio, natural del reino de Granada, cuyos servicios en la América correspondieron a los que antes tenía obrados en la Europa, habiéndose hallado en la memorable batalla de Pavía, en el saco de Roma con el Duque de Borbón, y en otras célebres funciones de las de más importancia en aquel tiempo; descienden de este caballero los Parras y Castillos de Barquisimeto; los Silvas de esta ciudad de Santiago; y otras ilustres familias, que tienen su asistencia en la Provincia.

CAPÍTULO XI

Determina Spira hacer entrada para las partes del Sur: envía parte de su gente por las sierras de Carora: pasa él con el resto a la Borburata, y júntanse después en el desembocadero de Barquisimeto

CUANDO llegó Spira a la ciudad de Coro halló toda su comarca muy falta de bastimentos, porque habiendo sido el año escaso de aguas, fue consecuente la esterilidad en las cosechas, y así por este motivo, como por el ansia que traía de no perder tiempo en sus conquistas, determinó dividir la gente que tenía, empleándola en diferentes entradas, para que se mantuviese con más comodidad en las provincias vecinas; y consultando la mejor forma para dar expediente a sus deseos, fue el parecer de los más prácticos, que el mismo Gobernador con cuatrocientos hombres tomase la vuelta de los llanos de Carora (que demoran al Este de la ciudad de Coro), y que su Teniente General Nicolás de Fedreman atravesase la cordillera por la parte del Oeste, para que descubierta por un lado y otro la serranía, se supiese lo que encerraba en su terreno; para lo cual había de pasar primero Fedreman a la isla de Santo Domingo a conducir de cuenta de los Belzares los caballos, armas y demás pertrechos de que necesitase, para armar otros doscientos hombres; que le habían de acompañar en su jornada.

Ajustada esta determinación entre los dos, empezó a disponer su en-

trada Jorge de Spira, señalando los cuatrocientos hombres que había de llevar consigo, de los cuales despachó trescientos veinte a cargo de los capitanes Juan de Cárdenas, Martín González y Miser Andrea, de nación tudesco, con orden para que atravesada la serranía de Carora, lo esperasen en los llanos, mientras él, con los ochenta restantes (que eran todos de a caballo) iba por la costa del mar al puerto de la Borburata, para por allí entrar con más conveniencia a incorporarse con ellos.

Despachados los tres capitanes por Spira, salieron de Coro y empezaron a repechar la serranía con bastantes incomodidades, porque siendo la fragosidad mucha, las aguas continuadas, el bastimento poco, y precisa la molestia de ir con las armas en la mano, por la oposición y resistencia con que los indios (a cada paso) procuraban embarazarles la entrada en lo que iban descubriendo, extrañaban los soldados (por ser los más de los recienvenidos de Europa) aquel modo tan penoso de militar, a que no estaban acostumbrados; pero vencidos al fin de embarazos a fuerzas de la constancia, y atravesadas sesenta leguas de tierra áspera y doblada, salieron a la provincia de Baraure en el principio de los llanos a la parte del Este; cuyos moradores apenas los sintieron en su tierra, empeñados en lanzarlos de ella a fuerza de armas, tuvieron tal tesón en perseguirlos, que con repetidos acometimientos no les permitían, ni aún un breve lugar para el reposo, valiéndose (para mejor ejecutarlos) de la molesta continuación con que cargaban las lluvias, pues no pudiéndose aprovechar de las armas de fuego, por el impedimento de las aguas, lograban, sin oposición, el tiro venenoso de sus flechas.

Este desasosiego a todas horas, sobre la grande escasez de bastimentos que tenían, desanimó a los soldados de suerte, que abandonando la reputación, trataron de dar la vuelta para Coro, encaminando la marcha por la parte que les parecía (según su demarcación) podría venir el Gobernador Spira para encontrarse con ellos; y poniéndolo por obra, en lo más oscuro de una noche desalojaron el real, retirándose con buen orden, por si fuesen sentidos de los indios, no exponerse a los accidentes que suele ocasionar un descuido; pero aunque el ánimo que llevaban era de no parar en parte alguna hasta topar con Spira el embarazo de los enfermos y heridos no les permitió lugar para seguir tanto viaje, obligándoles a que en el de-

sembocadero de Barquisimeto (sin poder pasar más adelante) se quedasen rancheados por espacio de veinte y tres días, que fueron los que tardó en llegar allí el Gobernador, bien fatigado también de las molestias del camino; pero con la alegría de verse juntos, olvidaron unos y otros, las especies de las pasadas miserias; y determinados a proseguir la jornada por los llanos, siempre al Sur, llevando para gobernarse la cordillera por guía, que les demoraba la mano derecha, volvieron para las poblaciones de Baraure, de donde antes se habían retirado perseguidos.

Avisados los indios de que los españoles entraban segunda vez en su provincia, como se hallaban ufanos con las ventajas conseguidas en los pasados encuentros, se juntaron en gran número cuantos habitaban la comarca, y con su acostumbrada vocería (teniendo la victoria por segura) les salieron al camino, presentándoles batalla; pero acometidos con prontitud de los ochenta caballos, que acompañaban a Spira, les cogió tan de repente aquella novedad (que no habían visto otra vez), que absortos con el susto, sin tener ni aun aliento para huir, se dejaban caer en el suelo, ofreciendo la vida, turbados, unos al duro golpe de las lanzas, y otros al desmayo cobarde de su mismo asombro.

Desbaratado con esta facilidad el escuadrón numeroso de los indios, sin más daño de nuestra parte, que haber quedado heridos tres soldados, los bárbaros que escaparon con las vidas, no teniéndose por seguros en la débil defensa de sus pueblos, recogieron con brevedad los hijos y mujeres, y se retiraron con ellos al asilo ordinario de los montes, dejando libres las casas al arbitrio desordenado de sus huéspedes, que se hospedaron en ellas quince días, para reparo de las muchas aguas que descargaba el invierno, en cuyo tiempo, así para el remedio de la necesidad que padecían, como por divertirse con un entretenimiento provechoso, se ocupaban muchos de los soldados en el noble ejercicio de la caza, a que los incitaba la abundancia de venados, que mantenía la sabana. Uno de los más aficionados, que se llamaba Orejón, salió una tarde con otros compañeros a continuar en el divertimiento que solía, y empeñado por aquellos pajonales en perseguir un venado, se alejó tanto, inadvertido, que después de haberlo muerto a lanzadas, cuando quiso volver para el alojamiento, no pudo dar con la salida. Los compañeros sin echarlo menos se retiraron con tiempo; pero

conociendo su falta, después de estar ya en el real hizo el Gobernador disparar algunos arcabuces para que gobernándose por el eco de los tiros, conociese la parte donde estaban, pero él se hallaba tan remontado, que no los pudo oír, y tan confuso con la oscuridad de la noche, que determinó esperar a la luz de la mañana para intentar su salida; pero los indios, que ocultamente le habían seguido los pasos, apenas le vieron desmontarse del caballo, para descansar un poco, cuando cogiéndolo a manos, le cortaron con su misma espada la cabeza; el caballo espantado con el tropel y alboroto de los indios, corrió furioso por aquellos pajonales, y teniendo mejor tino que su dueño, entró por el alojamiento relinchando, de que maliciaron todos el infausto paradero, que había tenido Orejón.

Con esta sospecha envió el Gobernador por la mañana al capitán Juan de Villegas con una escuadra de soldados, para que recorriendo todos aquellos contornos, procurase adquirir noticias de Orejón, buscándolo muerto o vivo; y habiendo dado vuelta a la sabana, sin hallar señales de él, se encaminó a la montaña, donde a muy poca distancia encontró una población de bien corta vecindad, cuyos moradores, fiados en algunas palizadas que tenían para reparo, intentaron defenderse, pero conociendo breve la ventaja que hacían los arcabuces a la débil violencia de sus flechas, desistieron de su intento y se pusieron en fuga, dando lugar a que los españoles saqueasen la población, y a los primeros pasos encontrasen con la espada de Orejón y parte de la cabeza, que tenían aderezada, para celebrar (comiéndola) el triunfo de su victoria: señal por donde conocieron el desastrado fin del compañero, de cuya muerte irritados, procuraron con la venganza dar alguna satisfacción al sentimiento, ahorcando cuantos indios pudo encontrar su enojo y su diligencia por toda aquella montaña; y dejando convertida la población en cenizas, dieron la vuelta donde habían dejado a Spira, quien deseoso de mudar alojamiento, por las inconveniencias que causaba lo riguroso del invierno en aquel sitio, con el leve trabajo de caminar dos días mejoró asiento, pasándose a los pueblos de Aricagua, que por estar más arrimados a la serranía y en terreno alto, le ofrecieron comodidad para poder sin embarazo, esperar en ellos a que quebrase la fuerza la continuada molestia de las aguas.

CAPÍTULO XII

Embárcase Fedreman para la Española, enviando antes su gente para el Cabo de la Vela: prende el Capitán Chaves al Capitán Rivera: vuelve Fedreman a tierra firme, y da principio a la pesquería de las perlas

AUNQUE Fedreman había quedado de acuerdo con Spira, de que en volviendo de la isla Española con los pertrechos que iba a buscar haría su entrada, atravesando la serranía por la banda del Oeste, nunca fue su ánimo ejecutar lo que tenía capitulado con su Gobernador; porque los altos pensamientos que había concebido en su interior, lo arrastraban a procurar mandar independiente, sin poner los adelantamientos de su fortuna al arbitrio de superior influjo; y así, luego que Spira salió de Coro para la Borburata declaró su intención a sus amigos, y alistando la más gente que pudo por entonces, la despachó a cargo de Antonio de Chaves (a quien nombró por su teniente) con orden de que tomase la vuelta de Maracaibo, y sin parar pasase al Cabo de la Vela, donde le había de esperar hasta que volviese de la isla Española, para donde se embarcó al mismo tiempo que Chaves salió para la laguna.

Tenía Fedreman muchos días antes comunicada su resolución en secreto con Alonso Martín, a cuyo cargo estaban los bergantines que Alfinger había dejado en Maracaibo; y así, prevenido con tiempo lo que había de ejecutar, dispusieron las cosas de suerte, que cuando Chaves llegó a la orilla de la laguna, ya le estaba esperando Alonso Martín con los bergantines y diferentes canoas, en que embarcó toda su gente, y la pasó a la ranchería, que estaba de la otra banda, con ánimo de alojarle allí despacio, dando tiempo a que Fedreman lo tuviese tara volver de la Española; pero la escasez de bastimentos, y las enfermedades, que por esta causa se fueron introduciendo, obligaron a Chaves a dividir la gente en tres escuadras, para que pudiesen con menos trabajo mantenerse con lo que a las manos encontrasen; y enviándolas por diferentes partes, les previno, que para cierto día se hallasen todos juntos en el Cabo de la Vela.

Hallábase al mismo tiempo (que era ya por el año de treinta y cinco)[xxiii] el Capitán Juan de Rivera en la conquista de la Ramada, de orden del Doctor Infante, Oidor de Santo Domingo, que por muerte de García de Lerma gobernaba a Santa Marta, y apretado de la misma necesidad y falta de bastimentos, desde las orillas del río de Macomite, donde estaba rancheado, despachó una tropa de veinte hombres a buscar algún socorro hacia la parte de la laguna de Maracaibo; y como una de las escuadras de Chaves, que acaudillaba el Capitán Murica, acertase a coger el camino para el río de Macomite, fue preciso que se topasen de vuelta encontrada en la trocha, que unos y otros iban haciendo, por la maleza de una montaña baja; pero los de Murica se portaron con tal arte, que habiéndose emboscado sin que los otros lo sintiesen, cuando acordaron por sí los de Rivera, se hallaron prisioneros (operación muy usada en los ejercicios militares de aquel tiempo), de cuya novedad avisado Antonio de Chaves, y persuadido a que Rivera se había entrado en los términos de la jurisdicción, que pertenecía a los Belzares, propasando los límites de la gobernación de Santa Marta; juntó sus tropas, que andaban divididas, y marchando a Macomite, donde estaba acuartelado Rivera, le obligó con ruegos y amenazas a que con la gente sana que tenía le siguiese hasta el Cabo de la Vela, dejando allí los enfermos para conducirlos después, cuando el tiempo permitiese oportunidad para ello.

Hecho este ajuste entre los dos, salieron juntos de Macomite, y entrando en las tierras de los guajiros, nación altiva y belicosa, que hasta el día de hoy ha sabido mantener su libertad a costa de su fiereza, se vieron en bastantes aflicciones, por las repetidas guazábaras con que los molestaron los indios, con tanta resolución y valentía, que en una de ellas se hallaron Guzmán de Avellaneda y otros seis soldados en los últimos lances de perderse,

---

xxiii. Año de 1535[12].

12. Hay un error de impresión en la nota de la edición Homenaje al Cuatricentenario de la Fundación de Caracas, que también aparece en las ediciones anteriores: no concuerdan el número escrito en el texto con el número escrito en la nota, pero sin duda se refiere a 1535. No hay tal discrepancia en la edición de Guillermo Morón para la Biblioteca de Autores Españoles, por cuanto allí han sido eliminadas las notas a pie de página que se refieren a fechas, lugares geográficos o nombres de batallas.

por haberlos cogido a mano para llevárselos vivos; pero ayudados de su esfuerzo (sin que los pudiesen socorrer los compañeros) tuvieron la fortuna de librarse, escapando con bien de aquel conflicto; y conociendo Chaves lo que le importaba salir cuanto antes de aquella nación guerrera, apresuró el paso en las marchas hasta llegar a los Cocinas, de donde determinó enviar a Macomite por la gente que había dejado enferma; ocasión, en que tres soldados, llamados Alonso Martín de Quesada, Diego Agudo y Alonso de Olaya Herrera, ejecutaron una acción, tan bizarra, que pasando los términos del valor, llegó a rozarse con los de la temeridad, pues sólo con sus espadas y rodelas volvieron a atravesar la tierra de los guajiros, hasta llegar a Macomite a avisar a los enfermos, estuviesen prevenidos para ponerse en camino luego que llegasen los caballos, que les enviaba Chaves para su transporte.

La alegría que aquellos miserables españoles sintieron con la llegada de los tres soldados fue tal, que de las camas se arrojaban al suelo (por no poderse poner en pie) a congratularse unos con otros, por las noticias, no esperadas, de tan cercano socorro, pues la hambre, enfermedades y trabajos los tenían tan consumidos y postrados, que en las hamacas estaban muertos muchos de ellos, sin que los pocos que habían quedado vivos hubiesen tenido esfuerzo, ni aun para la acción piadosa de enterrarlos; pero alentados con la esperanza de conseguir alivio en sus miserias, se pusieron en camino para los Cocinas, donde los esperaba Chaves que alegre con su llegada, sin esperar más tiempo partió luego para el Cabo de la Vela, donde halló ya a Fedreman, que acababa de llegar de la Española con ochenta hombres, y número suficiente de caballos.

Supo al instante Fedreman el suceso de Rivera, y como era Cabo del Doctor Infante, a quien debía obligaciones, por haber hallado siempre en su protección amparo a sus dependencias, tuvo del caso bastante sentimiento, porque no quisiera corresponderle con disgustos, ni darle motivo para quejas, y así, aunque valiéndose del agrado, procuró con buenos modos reducir a Rivera a que se quedase en su compañía, siguiéndole voluntario; excusándose éste, por la precisión en que se hallaba de volver a Santa Marta, lo dejó ir libre con su gente, asistiendo liberal con cuanto hubo menester para su avío.

Hecha esta galantería por Fedreman, dispuso muy de espacio su asistencia en el Cabo de la Vela; porque hallándose de muchos días atrás con la noticia (que en secreto había adquirido) de los ostiales de perlas, que cría toda aquella costa (no descubiertos hasta entonces de otro alguno) siempre tuvo hecho el ánimo a probar la suerte en aquella pesquería, y ver el semblante, que en ella le mostraba la fortuna: causa, que le movió a faltar al trato capitulado con Spira, y a citar toda su gente, para que le esperase en aquel sitio, a cuyo fin había también dispuesto el viaje que hizo a la Española, por ver si hallaba allí algunas personas prácticas, de las muchas que asistían a semejante ejercicio en la isla de Cubagua, para que le ayudasen a su intento y disponer cierto instrumento, a manera de rastro, que tenía discurrido para facilitar la pesquería; portándose siempre con tal recato y sigilo, que no hubo persona que pudiese penetrar el blanco en que tenía puesta la mira, hasta que en la ocasión presente descubrió a sus soldados el secreto; pero anduvo tan desgraciado, que por mucho que trabajó con la inventiva de su instrumento, echándolo repetidas veces en los placeres donde se descubrían los ostiales, no pudo conseguir lance, que fuese de provecho para el logro que había concebido su esperanza; y lo mismo sucedió a otros muchos que lo intentaron después, hasta que se discurrió por mejor modo el bucearlas, que es la forma como se sacan hoy quedando para otros el provecho, y a Fedreman sólo la gloria de haber sido el autor de su descubrimiento, pues se debió a su diligencia la noticia del tesoro, que ha tributado aquel mar en la abundancia de perlas con que han enriquecido el mundo sus criaderos.

CAPÍTULO XIII

Sale Spira de Aricagua, y llega a la provincia de Barinas: tiene un disgusto con su Teniente, y remítelo preso a Coro: pasa el río Opia, y padece grandes trabajos

DEJAMOS al Gobernador Jorge de Spira en las poblaciones de Aricagua esperando a que el invierno quebrase la fuerza de sus aguas; y detenido allí tres meses, luego que asentó el tiempo y despuntó el verano, levantó su campo en prosecución de su jornada: y caminando siempre por la falda de

la serranía, que llevaba a la mano derecha, llegó a la provincia de los Coyones, cuyos naturales, queriendo probar sus bríos, sin tener conocimiento de lo que eran las armas españolas, dispuestos en razonable orden militar, les salieron al encuentro a embarazarles el paso; pero acometidos de los nuestros, aunque por algún tiempo mantuvieron el campo con tesón, manifestando ser gente de valor en la constancia con que sufrieron el combate; se hubieron de retirar amedrentados, con pérdida de los principales cabos de sus tropas, dejando heridos algunos de los nuestros y al Capitán Montalbo bien picado, por haberle quitado la lanza de las manos.

Algunos días se detuvo Spira, entretenido en buscar bastimentos por aquellas cercanías; y hecha la provisión de los que pudo hallar su diligencia, entrándose en la serranía por caminos asperísimos, con mil dificultades y trabajos, al cabo de dos meses de continuadas fatigas; hubo de penetrar hasta la parte donde después se fundó la ciudad de Barinas, pero tan perseguido de la hambre y necesidad, que sin hallar otro socorro para el sustento, se mantuvieron los soldados muchos días sólo con palmitos y tallos de visao, de que empezaron a enfermar y debilitarse de tal suerte, que postradas las fuerzas con la flaqueza, hasta el aliento les faltaba para poder caminar; pero consolados a este tiempo con la noticia de que en algunos valles, que formaba la serranía, se descubrían diferentes poblaciones y abundantes sementeras, donde podría hallar remedio a la aflicción que padecían; despachó el Gobernador a su Teniente Francisco de Velasco con algunos infantes y caballos, y orden de que en llegando a lo fragoso de la serranía (donde había algunas aldeas) se quedase allí, y enviase la gente que le pareciese necesaria a los valles más altos donde estaban las sementeras, y que de ellas le socorriese cuanto antes con lo que hallase más a mano, procurando buscar alguna sal, por la total falta que tenían.

Con esta orden partió Velasco, y llegando al pie de la cordillera, en cumplimiento del mandato que llevaba, se quedó allí con la gente de a caballo, enviando la de a pie a cargo de Nicolás de Palencia, que caminando, o por mejor decir gateando, por la maleza de aquellos despeñaderos, dio en lo más espeso de una montaña con una casa bien grande, donde tenían los indios escondidas más de mil quinientas fanegas de maíz; no quiso Palencia pasar más adelante por no desamparar la presa, que le había de-

parado la fortuna, y así, haciendo alto en aquel paraje, se quedó a guardar aquel tesoro, que por tal lo reputaba la necesidad presente, y envió algunos soldados con el maíz que pudo llevar a cuesta una considerable tropa de indios al Teniente Velasco (que como dijimos había quedado esperando al pie de la serranía) quien alegre con el buen suceso que logró su diligencia, por darle la noticia al Gobernador con más cumplido socorro, ordenó le bajasen otras dos o tres porciones como la que habían traído, y luego las remitió con escolta de soldados, encargándole al cabo que la llevó a su cuidado, observase con reparo la gracia, modo y semblante que manifestaba Spira al recibirlo: y como las acciones de este lance no correspondiesen al agradecimiento que había esperado Velasco, antes parece que el Gobernador con displicencia manifestó algún enfado, atribuyendo a descuido la tardanza del socorro; sabiéndolo Velasco, enajenado con la cólera y ciego con el enojo, prorrumpió diciendo: ¡Oh cuerpo de Cristo con el Gobernador! ¿por qué no ha de agradecer lo que trabajan, por servirle sus soldados? pues voto a tal, que si él tiene allá ciento de capa negra, yo tengo acá doscientos de capa blanca; y recogiendo su gente, con el maíz que pudieron cargar los indios, se volvió donde había dejado a Spira. Estas palabras de Velasco, y el modo con que las expresó su sentimiento, parecieron muy mal a cuantos las oyeron, y o fuese por vengar alguna pasión o desafecto, o por la común pensión de querer muchos ganar gracias con los superiores, aunque sea a costa de los créditos ajenos, no faltó quien las pusiese en noticia del Gobernador, acriminando la materia, y subiendo de puntos el delito; de que irritado Spira puso luego en prisiones a Velasco, y procediendo contra él por vía jurídica, sustanciada la causa, se resolvió a cortarle la cabeza; pero mediando la autoridad de Juan de Villegas, Damián del Barrio, Alonso Pacheco y Juan Guevara, fue bastante la interposición de éstos, para que templado el enojo del Gobernador, revocase la sentencia, contentándose con remitirlo preso a Coro, y en su compañía toda la gente enferma que llevaba, por librarse del embarazo y detención que le causaba en las marchas, dándoles algunos soldados de escolta, que los convoyasen hasta pasar de la provincia de Baraure, de donde (dejándolos fuera del riesgo de aquellas naciones bárbaras) dieron la vuelta con brevedad al mismo alojamiento en que hallaron al Gobernador, que los estaba esperando; y

con su llegada, gozando la conveniencia del verano, levantó el campo, entrándose en aquel piélago inmenso de los llanos, y como caminaba ya sin el estorbo de tanta gente enferma, ayudado de la serenidad que le ofrecía lo favorable del tiempo, pudo con facilidad, atravesando los ríos de Casanare, Zarare y Apure, penetrar hasta las barrancas del Opia, en cuya circunferencia halló algunas poblaciones con suficiente provisión de bastimentos, que le pareció serían bastantes para poder mantenerse, quedándose allí a invernar, porque el recelo de los movimientos con que ya amenazaban las aguas, no le permitía que pudiese empeñarse más adentro.

A este fin escogió el sitio más alto y libre de anegadizos en las orillas del río arrimado a una montaña, donde fabricó ranchos y dispuso alojamientos para pasar el invierno; pero entrando éste con más rigor de lo que podía esperarse, empezó a crecer el río con tanta abundancia en sus raudales, que rompiendo los límites del margen, inundó aquellos contornos, convirtiendo en mares las campañas, y dejando a Spira tan cercado de sus aguas, como de tribulaciones, pues por una parte viéndose aislado en el alojamiento, consideraba, que en la falta de bastimentos le prevenía la necesidad su mayor cuchillo, y por otra, en el rigor de las enfermedades (que ya picaban), temía las contingencias miserables de su ruina.

A estos desconsuelos en que vacilaba confuso, se le añadió otro accidente no de menor consecuencia, para que por todos lados necesitase la constancia de dar ensanches al sufrimiento, pues huyendo de la inundación de aquellos campos, fue tanta la multitud de tigres que se acogió a la montaña inmediata, que como parte más alta era sola la que gozaba exenciones de segura, que no había persona que diese paso fuera de los ranchos, que no le sirviese de atajo para la muerte, pues la encontraba luego en la voracidad de aquellas fieras, perdiendo la vida a la violencia de sus garras, como le sucedió a un portugués, Manuel de Cerpa, que habiéndose desviado del real (no treinta pasos) con otros compañeros a coger una frutilla, que llaman jobos, para divertir el hambre con aquel leve sustento, le asaltó un tigre con tanta velocidad, que sin que pudiesen los compañeros remediarlo, lo dividió en pedazos, para que su desdicha sirviese de alimento a su fiereza.

Esta desgracia de Cerpa y otras semejantes, que sucedieron, así en al-

gunos soldados, como en la gente de servicio, los tenía a todos tan amedrentados, que hasta los caballos no se atrevían, ni aun a salir a pastar fuera del alojamiento; y deseando hallar remedio que minorase el rigor de tantos males, se determinaron a fabricar una balsa de maderos, para poder pasar a un lugarejo, que se descubría a la otra banda del río, y ver si hallaban en él algunas semillas o raíces con que entretener la vida, mientras el tiempo abría puerta para mejorar fortuna, y puesta la fábrica por obra quedó perfeccionada en quince días, tan fuerte y capaz (al parecer) que podía embarcarse en ella todo el ejército junto.

Echaron la balsa al agua con cierto género de remos para gobernarla, y algunos buenos nadadores, que con sogas la tiraban, empezaron a formar su travesía, navegando con felicidad hasta tanto que llegaron al raudal que formaban los remolinos del río, que entonces combatida de las olas, y arrebatada de la rápida corriente de su cauce, no pudiendo la industria de los pilotos contrastar la soberbia de las aguas, les fue preciso ceder a su violencia, dejándose llevar del impulso superior de tanta fuerza.

Los indios de la otra banda, que atentos habían estado a la mira, esperando el fin que prometía aquella máquina, viendo a los soldados turbados con el susto que les causaba el aguardar a cada paso una muerte, y en cada choque un naufragio; saltaron con presteza en sus canoas, y dieron tras la balsa a toda boga, con esperanzas de conseguir a poca costa una victoria, matando o prendiendo la gente que iba en ella, como hubiera sucedido, a no haber encontrado en el camino con Francisco de Cáceres, que era uno de los nadadores que gobernaban la balsa, y fiado en la destreza de sus brazos, procuraba en aquel conflicto romper las ondas, nadando, para asegurar la vida, pues divertidos los indios con el entretenimiento de hacerlo blanco fijo de sus flechas, tuvo tiempo la balsa para ir impelida del mismo oleaje del río, retirándose a la orilla, dando lugar a los soldados para saltar en tierra, y emboscarse huyendo de los indios, tan sin tino, que al cabo de dos días fueron saliendo al alojamiento por diferente parte cada uno, donde creciendo la necesidad, y faltando hasta la esperanza del remedio, fueron tantos los contratiempos con que persiguió a aquellos afligidos españoles la fortuna, que parece quiso hacer experiencia del aguante a que llegaba el valor.

Pero aflojando el invierno después de algunos días, fue disminuyendo el río la fuerza de sus aguas hasta dejar vado por la parte de arriba de los ranchos, dando comodidad a Spira para pasar de la otra banda, y que desamparando aquel lugar, que había servido de teatro a tantas infelicidades y desdichas, se fuese entrando por provincias de tan diferentes lenguas y naciones, que por no hallar intérprete que las entendiese, no las conocieron por entonces, pero según el paraje de su demarcación en el camino que lleva Spira, fueron sin duda las de los Chiscas y Olachas, que demoran a espaldas del Nuevo Reino de Granada.

CAPÍTULO XIV

Tiene noticia Spira de las provincias del Nuevo Reino, y la desprecia: sigue su jornada al Sur, y llega a la provincia de Mal-País

ENTRE algunos indios prisioneros, que cogió Spira de aquellas naciones bárbaras, halló uno, de cuya lengua (aunque con dificultad) entendía algunas palabras uno de los intérpretes del campo, y en lo que se pudo explicar con su mal formado idioma, respondiendo a diferentes preguntas que le hicieron, dio noticia, de que caminando hacia el Poniente algunas jornadas adelante, encontrarían con unas tierras muy ricas, fértiles y pobladas de diversas naciones, que gobernándose con política, vestían mantas de algodón y usaban de joyas de oro para adornar sus personas; cuya relación oída con tibieza por Spira, hizo tan poco caso de ella, que sin poner algún cuidado en asegurar al indio, tuvo él lugar de huirse aquella noche; y perdida esta ocasión, hallándose ya sin guía para aquel descubrimiento, conoció Spira su yerro cuando no tenía remedio; pero sin embargo, movido de la curiosidad, y animado del deseo de hallar tan ricos países, despachó a Juan de Villegas con cuarenta hombres, entre quienes iban Francisco Infante, Gonzalo Martel de Ayala, Francisco de Madrid, Juan Cuaresma de Melo, Hernán Pérez de la Muela y Alonso de Campos, para que atravesada la cordillera hacia el Poniente, viese si correspondía el terreno a la relación del indio; pero Villegas habiendo caminado por la serranía tres días, pareciéndole su fragosidad inaccesible, o movido de fuerza superior, que es lo más

cierto, dio la vuelta desistiendo de la empresa, cuando pudiera tener razón más eficaz para seguirla, pues habiendo hallado en algunos pueblecillos que encontró porción de mantas de algodón y muchos panes de sal, eran señales evidentes, que aseguraban por cierta la relación del indio, y a la corta molestia de caminar diez leguas más, hubiera conseguido la fortuna, que malogró, inadvertido, su descuido, pues se hallara dueño de las riquezas que encerraba el Nuevo Reino, cuyas tierras eran las que tenía por delante; pero parece que Dios, por justos juicios de su divina providencia, embarazó siempre a los alemanes aquel descubrimiento; pues ya vimos que Ambrosio de Alfinger dos veces, la una en la provincia de Guané, y la otra en los páramos de Ceruitá, llegó a saludar los umbrales de aquel opulento reino, y en ambas ocasiones retrocedió como violento, mudando la derrota al mejor tiempo, y veremos después a Fedreman, que arrebatado con la ambición de una esperanza vana, le volvió la espalda a su conquista, cuando hallándose inmediato le brindaba con ella su fortuna.

Vuelto Villegas donde estaba Spira, con la noticia de ser la serranía impenetrable por su mucha aspereza, no se trató más en buscar aquellas tierras, que ya todos tenían por inciertas, atribuyendo a ficción del indio la relación que juzgaban fabulosa; y puesta la mira siempre al Sur, prosiguiendo en su viaje, alentados con la esperanza de hallar más adelante las riquezas, que a cada paso les prometía su antojo, y les ofrecían los indios a montones, por echarlos cuanto antes de sus tierras: con este buen deseo se fueron entrando por los llanos, y a principios del año de treinta y seis[xxiv] llegaron a un paraje de tierra tan estéril y empollada, llena de tantas ramblas y quebradas, que le pusieron por nombre el Mal-País, de cuyos habitadores (que eran pocos) hubieron algunos a las manos, que respondieron más por señas, que con palabras a lo que les preguntaron, dieron alguna noticia de que a poca distancia de aquel sitio, hacia la mano izquierda, estaba un pueblo de vecindad cuantiosa, y que en sus habitadores hallarían porción considerable de oro en joyas.

No pudo Spira por entonces oír nueva más gustosa, pues dio por asen-

xxiv. Año de 1536.

tado desde luego, que su dicha lo había conducido a parte donde podrían llenar de conveniencias los huecos de su codicia; y así, haciendo alto en aquel lugar donde le cogió la nueva, despachó a Damián del Barrio con sesenta hombres y guías de los mismos indios, que lo encaminasen al descubrimiento de aquel pueblo, en quien todos tenían ya puesta la mira, esperando saciar, con los tesoros que en él imaginaban, las buenas ganas que tenía prevenidas su afición.

Habiendo, pues, salido en su demanda, a pocas leguas de camino descubrieron un cerro algo pendiente, vestido de una montaña muy frondosa de árboles bien altos y copados, cuya cumbre, o fuese por fatiga de la industria, o por disposición de la naturaleza, formaba un anchuroso espacio raso y llano, que servía de asiento a un pueblo, compuesto de hasta cien casas, tan grandes y capaces, que habitaba en cada una una parentela entera; asegurábase su defensa con una muralla, compuesta de maderos y troncos de palmares espinosos, muy unidos y juntos entre sí, repartidas a trechos sus troneras, para poder a lo seguro ejecutar el tiro de las flechas; cercaba esta muralla un foso de cava bien profunda, sembrado todo de agudas puntas de tostados maderos, cubierto por encima de unas varas delgadas, que sustentaban una tez de tierra, tan bien dispuesta y con tal arte, que no era fácil conocer el engaño, según estaba disimulado con la apariencia el artificio.

Luego que Damián del Barrio llegó al pie de la montaña, aunque reconoció la fortaleza de aquel pueblo, en quien se habían unido el arte y naturaleza para hacerlo inexpugnable, se determinó a asaltarlo, para que a vista de lo dificultoso del empeño, sobresaliese más la resolución de su gallardo brío; y dando la señal de acometer, se adelantó a todos un Miguel Lorenzo, natural de Jaén, codicioso de aventajarse a los demás, y ser el primero en el asalto; pero lo fue en caer en el artificio, que ocultaba la simulación del foso, pues apenas pisó las delgadas varas que lo cubrían, rendidas con el peso, dieron con él abajo sin remedio; pero con tal fortuna, que cayendo entre las puntas de los palos, y lo peinado de la cava, sin recibir más daño, que la fatiga del susto, tuvieron lugar los compañeros de sacarlo, a tiempo que los indios, sintiendo el rumor de la interpresa, se pusieron en armas, dispa-

rando tal multitud de flechas, piedras y lanzas tostadas desde el abrigo de sus murallas, que heridos los más de los soldados, sin poder lograr venganza en su despique, se hubieron de retirar avergonzados, experimentando la misma infelicidad en el suceso otras dos veces, que intentaron renovar el asalto para la expugnación de aquella plaza (a quien por la similitud, que en el sitio y fortaleza tenía con la de Salsas en las fronteras de Cataluña, la llamaron Salsillas); y así, considerando Damián del Barrio la dificultad de aquella empresa, y que de querer proseguir en ella era exponer su gente al riesgo de una desgracia; dejando a los indios con la gloria de vencedores, dio la vuelta en busca del Gobernador Spira; sin más fruto, que traer prisionera una india, que pudo coger acaso, la cual como los soldados, para tenerla segura y que no se les huyese, le pusiesen en prisión, viéndose oprimida con el peso de una cadena que le habían echado al cuello, empezó a exclamar, quejándose de crueldad tan inhumana, pues no la habían tratado con tal rigor otros españoles, que había tenido por amos.

Razones fueron éstas, que hicieron gran novedad a los soldados, extrañando dónde o cómo pudiese haber visto aquella india otros españoles, cuando ellos eran los primeros que habían llegado a penetrar a tan remotas provincias; y dándole cuenta a Spira, llevado de la misma admiración, hizo llamar a la india para informarse del motivo de relación tan extraña; pero ella, continuando en las expresiones de su queja, respondió a las preguntas que le hizo el Gobernador, diciendo: que a diez días de camino, navegando por un río abajo que estaba a corta distancia de aquel sitio, en una provincia poblada de muchos indios, habitaban en un pueblo cercado de palizadas unos hombres blancos y con barbas como ellos, que usaban espadas para su defensa, los cuales estaban ya viejos, por haber muchos años que derrotados habían subido por aquel río arriba, y casándose con indias de aquel país, tenían en ellas muchos hijos: que algunas lunas atrás habían llegado a aquel pueblo y cogiéndola a ella y a otras muchas, las llevaron prisioneras, pero dándoles buen trato, las pusieron después en libertad, sin que hubiesen experimentado de aquellos hombres la vejación de prisión tan rigurosa como aquella en que por entonces la tenían.

Oída esta relación, empezó la curiosidad a hacer su oficio, infundiendo

en el corazón de los soldados ardentísimos deseos de pasar a buscar aquellos hombres, pues a costa del leve trabajo de diez días podían conseguir la gloria de descubrir cosa tan nueva; pero Spira como llevaba puesta la mira a otros intentos, y no quería extraviar la prosecución de sus conquistas, por inquirir novedades, procuró disuadirlos del empeño, manifestando con razones congruentes los fundamentos que había para tener por falsa la noticia, y no ser acertado aventurarse con tanta ligereza a una expedición, que después de costeada con afanes, sólo podría tener por fin un desengaño; y aunque con esta diligencia consiguió sosegar los más de los soldados, no faltaron algunos (y de los más principales) que teniendo por cierta la relación de la india, aseguraban sin duda ser aquellos españoles, que estaban poblados en el río, de los que perdió el Comendador Don Diego Ordaz, cuando la nao de su Teniente General Juan Cornejo, empeñada en contrastar las aguas del Orinoco, debió de perecer en sus raudales, pues nunca se supo de ella, discurriendo que algunos podrían haber escapado en los bateles, y llegar peregrinando a aquel paraje: conjetura, que referida después como evidencia, llegó a tomar tanto cuerpo, que la majestad de Felipe II, por cédula despachada el año de quinientos cincuenta y nueve, mandó a la Audiencia de Santa Fe solicitase por todos los medios posibles, se descubriesen y buscasen aquellos españoles perdidos; pero aunque se hicieron exactas diligencias, y diferentes entradas a este efecto, jamás se pudo hallar razón alguna que acreditase esta opinión de verdadera; y si los que esparcieron esta voz en los principios hubieran cotejado las circunstancias con el tiempo, conocieran lo mal fundado de su errado discurso; pues diciendo la india, que aquellos hombres estaban ya viejos, y cargados de hijos, por haber muchos años que habitaban allí, mal podrían ser de la gente derrotada de Ordaz; porque habiendo sido su naufragio el año de quinientos treinta y uno; en cinco años que sólo habían pasado de intermedio, era poco tiempo para criar las canas, y cargarse de hijos; además, que del paraje donde tuvo Spira esta noticia a las bocas del Orinoco, donde se perdió Cornejo (y no en las del Marañón, como por malas relaciones escribieron el Cronista Herrera y el Provincial Fray Pedro Simón) hay más de trescientas leguas de distancia la tierra adentro; y no es creíble, que cuando escapa-

sen de la borrasca con las vidas, pudiesen conservarlas atravesando provincias tan remotas, pobladas de innumerables naciones, tan guerreras, como bárbaras[13].

13. El cronista Antonio de Herrera en la *Década cuarta*, libro 10, capítulo 9, dice que Diego de Ordaz andaba por el río Marañón. La referencia de fray Pedro Simón no es tan clara: en el capítulo 9 de la *Noticia tercera* narra el episodio de la india que les cuenta a los españoles de otros españoles; más adelante aclara que no estaban cerca del río Marañón, pese a que eso han dicho muchas noticias, apuntando los problemas de demarcación geográfica de épocas anteriores –remite incluso a la cita exacta de Antonio de Herrera; sin embargo, la confusión prevalece en el texto de Simón (al respecto Demetrio Ramos Pérez, en la edición ya citada, afirma que dicha confusión en Simón se debe a que éste siguió "las mismas confusiones que tuvo Aguado") (*op. cit.*, tomo I, p. 165).
Hay también discrepancia en las fechas: si bien coinciden en que se perdieron en el año de 1531, Simón se refiere a que habían pasado sólo tres años del suceso, mientras que Oviedo y Baños habla de cinco.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

Sale Fedreman del Cabo de la Vela, y entra en el valle de Upar: vuelve a encontrar con el Capitán Rivera, y dan juntos la vuelta a Maracaibo, de donde despacha al Capitán Martínez a la cordillera de Carora, con orden para que le espere en Tacarigua

CANSADO Nicolás de Fedreman de gastar el tiempo sin provecho en la pesquería de perlas, que había intentado en el Cabo de la Vela, consultó a sus capitanes sobre la derrota que sería más conveniente seguir, para buscar nuevos descubrimientos y conquistas en que poder lograr alguna utilidad, que restaurase en parte lo perdido; y como los más se inclinasen a que siguiese el mismo rumbo que había llevado Ambrosio de Alfinger hasta las orillas del río de la Magdalena, y que de allí se continuase siempre al Sur, porque las tierras que se descubrían el río arriba daban esperanzas de haber en sus cabeceras algunas provincias ricas, de cuya conquista y posesión se había privado Alfinger, por haber mudado la derrota para el Este, aunque contra el parecer de algunos que le acompañaron en aquella entrada, que teniendo aún presentes los trabajos padecidos en ella, rehusaban volver a experimentarlos; se determinó Fedreman a seguir los mismos pasos de aquel viaje, esperando conseguir lo que malogró Alfinger, y con este ánimo salió del Cabo de la Vela con cuatrocientos hombres bien armados por principios del año en que vamos de treinta y seis, encaminando su marcha para el valle de Upar; pero apenas se hubo apartado de la costa, y

entrado en aquellas regiones cálidas, cuando con la mudanza de temperamento y falta de agua, por la mucha sequedad de aquellas tierras, empezó a enfermar toda la gente de achaques tan agudos y violentos, que sin poderlo remediar, unos rendidos con la gravedad del accidente, y otros con la ardiente fatiga de la sed, a cada paso se le iban quedando muertos los soldados, sin que el riesgo de perderlos todos diese lugar para esperar, ni socorrer a alguno, pues sólo tiraba Fedreman en aquel conflicto a salir cuanto antes al valle de Upar, esperando que su benigno clima sería el único remedio a tantos males, como lo experimentó luego que pisó sus fértiles campiñas, teniendo juntamente el gusto de volverse a encontrar con el Capitán Rivera, quien como referimos en el libro antecedente, despedido de Fedreman, había salido del Cabo de la Vela para dar la vuelta a Santa Marta; y despechado de no haber podido arribar a aquella ciudad, por el embarazo que halló en las crecientes de los ríos y oposición que le hicieron los indios Chimilas (con quienes tuvo repetidos encuentros) volvió en busca de Fedreman, con ánimo de que le vendiese algún navío (si lo tenía en la costa) para por el mar poder hacer su viaje más seguro.

Hallábase Fedreman con su ejército muy disminuido, por la mucha gente que había perdido en el camino; y pareciéndole buena ocasión de reclutarlo, incorporando en él los cincuenta hombres que traía Rivera, súpose dar tan buena maña, valiéndose de los agasajos, sin excusar ofrecimientos, que a pocos lances de conversación quedaron convenidos en proseguir juntos la jornada; de que sentida la gente de Rivera, extrañando haber de militar debajo de la conducta de otro cabo, a quien los había entregado el trato doble de su mismo capitán, intentó alguna alteración y movimiento, que atajada en los principios, se desvaneció breve, con el castigo de dos los más culpados, que perdieron la vida en el suplicio, y con la fuga de otros seis, que huyendo de tener el mismo fin, por caminos extraviados, no pararon hasta llegar a Santa Marta, donde hallaron ya gobernando al Adelantado de Canaria Don Pedro Fernández de Lugo, que informado del intento que llevaba Fedreman de caminar siempre al Sur (cuyas provincias eran comprendidas en la demarcación de su gobierno), le escribió una carta cortesana, pidiéndole excusase la mala vecindad de introducirse en la jurisdicción de sus conquistas; y encaminada con indios de las naciones amigas de

mano en mano, llegó a las de Fedreman, que siguiendo las orillas del río de la Magdalena, se hallaba ya sobre las sierras de Ocaña; pero advertido por algunas cartas que le escribieron sus amigos, de la potencia de gente que tenía el Adelantado, y de lo mal que había llevado el que intentase sus descubrimientos por aquella parte, no quiso ponerse en ocasión de venir con él a rompimiento; y confuso entre la variedad de distintos dictámenes, se resolvió a seguir el más dañoso, repitiendo el yerro, tantas veces cometido por Alfinger y Spira, pues dejando la derrota que había seguido siempre al Sur, retrocedió al valle de Upar, perdiendo, como los otros, la gloria de descubrir el Nuevo Reino; y como el ansia apetecible de mandar lo arrastraba, con el deseo de gobernar independiente; hallándose en el valle determinó volverse a Coro, donde le proponía su ambición estarían ya los despachos del gobierno, que a su propartida de la Corte (por enviarlo consolado) le habían prometido los agentes de los Belzares.

Con este ánimo dividió su gente en dos escuadras, para que con más comodidad pudiesen proveerse de bastimentos, yendo por diferentes caminos hasta salir a Maracaibo, de las cuales dejando la una a su cuidado, encomendó a Pedro de Limpias la conducta de la otra; quien cogiendo el camino de la sierra, que divide el valle de Upar de la laguna, al cabo de algunos días llegó a ciertas poblaciones, fundadas sobre las cañas y esteros que forman las aguas de la laguna en sus orillas, y llamaron por entonces los brazos de Herina, donde aprovechado de porción considerable de oro, así fundido en joyas, como en polvo, que quitó a sus naturales del mucho que encontró en su territorio, pasó a buscar a Fedreman a la ranchería de Maracaibo; originándose de lo accidental de este suceso la fama tan celebrada de los brazos de Herina, cuya riqueza se ha quedado tan oculta, que aunque muchos han intentado probar fortuna, buscándola, sólo han tenido por fruto de sus deseos contratiempos y desgracias.

Cuando llegó Limpias a Maracaibo halló ya en la ranchería a Fedreman cercado de mil aprietos, así por la necesidad de bastimentos que padecía, como por las dificultades que encontraba para atravesar la laguna, y poder conducir su gente a la otra banda para pasar a Coro, por haber Antonio de Chaves quemado los bergantines cuando salió de Maracaibo para el Cabo de la Vela a esperar a Fedreman, pensando no se ofrecería ocasión de vol-

ver a la laguna, ni de haberlos menester; pero como no hay desdicha (por grande que sea) en que no quede abierta alguna puerta al remedio, sucedió, que una de las embarcaciones, al quemarse, consumidas todas las obras muertas con el fuego, quedando el casco entero, se fue a pique, el cual descubierto en esta ocasión por los soldados de Fedreman, aunque con alguna dificultad, tuvieron traza para sacarlo fuera, y compuesto lo mejor que se pudo por entonces, quedó con bastante comodidad para pasar en él todo el campo a la otra banda, donde luego que saltó en tierra Fedreman, dio orden para que Diego Martínez, natural de Valladolid, con la mayor parte de su gente entrase por la serranía de Carora, hasta salir al valle de Tacarigua, donde le había de esperar mientras él, dando una vuelta a Coro, adquiría noticias de los despachos del gobierno que esperaba, para sosegar la inquietud con que lo traía alborotado su ambición; y de allí, con el mayor número de gente que pudiese, pasar a incorporarse con él, para intentar el descubrimiento de las riquezas del Mesa, río, que tiene su nacimiento cerca de Boyacá, a las espaldas de Tunja, cuya fama, ayudada de la ponderación, era muy aplaudida en aquel tiempo.

Despedido Fedreman para Coro, salió Martínez para la serranía, experimentando desde luego el trabajo ordinario de no tener bastimentos; y como para remediarlo fuese necesario despachar por todas partes a buscar algún socorro; sucedió, que habiendo salido a este efecto Hernando Montero con una cuadrilla de soldados, se le murió en el camino, de enfermedad que padecía, y no daba a entender su sufrimiento, Martín Tinajero, natural de Ecija en la Andalucía, hombre, que viviendo siempre sin agraviar a nadie, se había mantenido con natural modestia entre los desórdenes que trae consigo la milicia: enterrándolo los compañeros en un hoyo de los que con el invierno había hecho el agua en una de las ramblas por donde corría, y con las semillas que pudieron recoger, dieron la vuelta al campo, que por ir esperando a Fedreman caminaba poco a poco, deteniéndose en aquel contorno, a cuya causa, pasados algunos días, se vio obligado Martínez a despachar otra escuadra de soldados para buscar bastimentos, y entre ellos iban algunos de los que habían enterrado a Tinajero, que llegando cerca de la cañada en que le dieron sepultura, movidos de la curiosidad, quisieron ver si los indios lo habían desenterrado; pero antes de acercarse,

a gran distancia[xxv] se hallaron acometidos de una fragancia tan suave y un olor tan singular, que suspensos ignoraban la causa a que atribuir tan maravilloso efecto, hasta que aplicando la vista hacia la rambla, reconocieron estar medio descubierto el cuerpo de Tinajero, de cuyo yerto cadáver se exhalaba aquel olor peregrino, de quien enamorados diferentes enjambres de silvestres abejas, se habían apoderado, para dar clausura de aromas entre aquellas fragancias a su miel; y no osando los compañeros tocar el cuerpo, admirados, se volvieron para el real, donde referido el prodigio, hicieron todos memoria de la modestia y costumbres, que siempre habían observado en el silencioso recato de aquel hombre; pero como los conquistadores de aquel tiempo llevaban puesta la mira, más en descubrir riquezas, que en averiguar milagros, hicieron tan poco caso, que aun siquiera no procuraron darle a aquel cuerpo más decente sepultura, ni aún señalar la parte, por memoria, donde dejaban aquel tesoro escondido.

---

xxv. Piedrahita, lib. 3, cap. 4. Fr. Ped. Sim. not. 3, cap. 13[1].

1. Oviedo y Baños parafrasea mucho de Piedrahita tal como lo hace con otros cronistas y algunas veces como en este caso, copia casi literalmente alguna de sus partes: "...Pero como los caudillos de aquellos descubrimientos llevasen más puesta la mira en adquirir riquezas que en examinar prodigios, no cargaron el juicio, de suerte que aún discurriesen forma para darle más decente sepulcro" (hemos consultado la edición en dos tomos de Lucas Fernández de Piedrahita, publicada en Bogotá por ediciones de la Revista Ximénez de Quesada en 1973, titulada *Noticias historiales de las conquistas del Nuevo Reino de Granada.* La cita anterior está en el tomo I, p. 160).

No corresponde la referencia de Oviedo y Baños al capítulo de nuestra edición de fray Pedro Simón. El episodio de Martín Tinajero se encuentra, más bien, en el capítulo 18 de dicha *Noticia.* Tanto Fernández de Piedrahita como Oviedo y Baños siguen la versión de fray Pedro Simón, quien a su vez la toma de fray Pedro de Aguado.

CAPÍTULO II

Pelea Martínez con los indios Jiraharas: entra en la provincia de Carora, y pasa a la del Tocuyo, donde se le juntan algunos soldados del Gobernador Hortal

SOCORRIDO Martínez de algunos bastimentos, que pudo descubrir la diligencia de sus soldados, prosiguió su marcha hasta encontrarse con la nación belicosa de los indios Jiraharas, que por muchos años fueron asombro y terror de toda esta gobernación de Venezuela; quienes con la noticia de acercarse extranjeros a sus tierras, convocados los pueblos y prevenidas las armas, salieron en formado escuadrón a la defensa, atacando con tal coraje la batalla, que rota y descompuesta la vanguardia española, que gobernaba Juan Gascón (vecino que fue después de la ciudad de Vélez en el Nuevo Reino, donde murió a manos del Cacique Tisquisoque), hubieran conseguido la victoria, a no estorbarlo Martínez que conociendo el aprieto en que se hallaba su gente, esforzó su valor para el socorro, cargando sobre los indios hasta ponerlos en fuga, con pérdida considerable de sus tropas, quedando heridos muchos de los nuestros, y entre ellos García Calvete, a quien dieron un flechazo, que entrándole por el lagrimal del ojo, le atravesó al colodrillo, de que no solamente quedó sano, pero con la vista tan clara y sin lesión como la tenía de antes; teniendo tantos testigos de este prodigio, cuantas fueron las personas que después le conocieron vecino encomendero de la ciudad de Vélez, donde dejó sucesión.

Sentidos los indios de la rota, y más al ver que los españoles, pasada la refriega, se habían apoderado de su pueblo, trataron de buscar por cualquier medio su despique; y no atreviéndose a intentarlo cara a cara, les pareció más conveniente valerse de una traición, ejecutada entre los agasajos de una paz fingida, para lo cual, quedándose más de mil en emboscada, entraron cuatrocientos en el pueblo, llevando las armas escondidas entre unos haces de paja, en que fingían llevar algunas frutas de regalo; pero descubierta la cautela por la sagacidad de los indios de servicio que iban en el campo, advirtieron a Martínez del engaño; quien previniendo toda su gente con presteza, y haciéndoles tomar las armas con recato, dio sobre los indios tan de repente, que dejando muertos los más, y presos hasta ochenta,

obligó a los restantes a buscar, con la fuga, su seguridad, a cuyo estruendo, pensando los de la emboscada que era llegada la hora, que tenían prevenida en su traición para acometer a los nuestros descuidados, salieron muy alegres a embestirles, pero hallándolos con las armas en las manos, y viendo muertos, presos y desbaratados a los cuatrocientos compañeros, quedaron tan turbados, que tomaron por partido, en aquel lance, pedir de veras las paces, rescatando los prisioneros a trueque de oro y vituallas.

A pocos días después de este suceso salió Martínez de aquel pueblo, y caminando con su gente, llegó al sitio donde años adelante fundó el Capitán Salamanca la ciudad del Portillo de Carora; y hallando en aquel contorno mucho número de indios, de naturaleza afable, y condición liberal, con sobrada abundancia de bastimentos, determinó quedarse algunos días, por lograr la ocasión de refrescar su campo fatigado, desquitando con la provisión presente las escaseces pasadas: motivo, que lo obligó a detenerse dos meses, en que habiéndose reformado con el descanso y regalo, tuvo lugar después para proseguir su viaje siempre al Sur, por diferentes valles y collados, hasta llegar a la provincia del Tocuyo (donde después se pobló la ciudad que hoy permanece de este nombre); sitio en que se resolvió Martínez a esperar a Fedreman, acuartelando su gente sobre las ruinas de un pueblo, que poco antes habían saqueado y quemado los Gayones, indios que habitando en las sierras inmediatas, mantenían natural enemistad con los Tocuyos.

Descuidado se hallaba Martínez en el reposo de su alojamiento, cuando (sin haberlos sentido antes) llegaron a la misma ranchería los Capitanes Jerónimo de Alderete y Martín Nieto con sesenta hombres de los que había llevado a sus descubrimientos el Gobernador Jerónimo de Hortal (a quien por muerte del Comendador Don Diego de Ordaz había el Emperador hecho merced del gobierno de Paria y Maracapana); para cuya inteligencia es de advertir, que hallándose empeñado Hortal en sus conquistas, un Alonso de Escalante, hombre de natural inquieto y revoltoso, que hacía oficio de veedor de la Real Hacienda, fomentado de Machín de Oñate, amotinó el ejército de suerte, que negándole descaradamente la obediencia a Hortal, lo pusieron en prisiones, y junto con su Teniente Alvaro de Ordaz, tres caballos y diez infantes que lo convoyasen, lo remitieron a la

costa; y aunque muchos de los soldados, no queriendo complicarse en operación tan fea, tomaron con resolución hidalga la vuelta de la costa, siguiendo a su Gobernador en la adversidad de su fortuna; los demás, o temerosos del castigo que merecía lo enorme de su delito, o con la esperanza de encontrar alguna rica provincia en que quedar aprovechados, nombrando por caudillos para que los gobernasen a jerónimo de Alderete y Martín Nieto, se entraron la tierra adentro, atravesando desde las orillas de Uriaparia, hasta la provincia del Tocuyo, donde habiendo reconocido rastros de gente española, se hallaron temerosos, recelando no fuesen soldados del Gobernador Antonio Cedeño, con quien habían tenido en Paria diferencias muy reñidas, sobre las jurisdicciones, o algún juez, que hubiese enviado contra ellos la Audiencia de Santo Domingo, para castigar el desacato cometido contra su Gobernador; pero conociendo luego ser gente de Venezuela, con quien no tenían encuentro, ni diferencia, que les pudiese causar algún temor, llegaron al alojamiento sin recelo, donde como llevamos referido, hallaron a Martínez que bastantemente cuidadoso con aquella novedad tan no esperada, no podía acabar de persuadirse a que aquellos sesenta hombres hubiesen atravesado tan dilatadas provincias como había de por medio de allí a Maracapana: discurso, que lo hacía sospechar, no fuese aquella escuadra alguna manga sobresaliente, a quien venía siguiendo con su ejército el Gobernador Hortal, de quien, como prudente, se temía no intentase (hallándose con fuerzas superiores) violentarlo a que desamparando a Fedreman, le acompañase a sus conquistas, por cuya causa mandó luego llamar algunas de sus tropas que andaban divididas, poniendo gran cuidado en sus cuarteles: diligencia que no excusaron por su parte Nieto y Alderete, por tener la misma desconfianza de Martínez; y así, rancheados en parte separada, aunque en el mismo valle, se mantuvieron recatándose unos de otros, hasta que un accidente repentino, quitándoles los recelos, les hizo conformar las voluntades.

Y fue, que viendo los indios Gayones desde sus serranías los humos que salían del alojamiento de los españoles, discurrieron, que los Tocuyos, en menosprecio de sus armas, habían vuelto a habitar el pueblo que ellos les habían quemado; y teniendo aquel atrevimiento por desaire de su reputación, resolvieron, juntas todas sus parcialidades, bajar a darles el castigo,

que merecía el desacato cometido contra el respeto que se debía a su valor; y ejecutáronlo, abriendo nuevos caminos por la fragosidad de una montaña, por donde sin ser sentidos, penetraron hasta encontrarse con los nuestros, a quienes (aunque extrañaron, por no ser los que buscaban) acometieron con tan gallardo brío, que necesitaron bien de los suyos los soldados de ambas compañías, juntos en un batallón, para el rechazo de cuatro mil gandules[2], que componían el ejército enemigo, quedando desbaratado, y la victoria por los nuestros, con grande aplauso de Alderete, a cuya resolución y bizarría se debió la mayor parte del suceso: causa para que quedasen tan amigos, que depuestas las sospechas de ambas partes, se comunicaron sin doblez todo lo acontecido en sus jornadas; de que informado Martínez por extenso, despachó a dar cuenta a Fedreman, que ciego con el ansia del gobierno que apetecía, se mantenía todavía en Coro, esperando por horas los despachos; pero recibida la noticia de Martínez, se puso luego en camino, doblando las jornadas hasta llegar al Tocuyo, donde valiéndose de aquellos agasajos, que eran propios de su condición afable, consiguió, que los sesenta hombres se incorporasen en su campo, siguiéndolo voluntarios, aunque los Capitanes Nieto y Alderete, por tener puesta la mira a pretensiones más altas, se excusaron con urbanidad de acompañarle, pidiéndole sólo escolta, que los convoyase a Coro, para pasar de allí a Santo Domingo, donde murió Martín Nieto; y Alderete, trasportándose al Perú, le sopló tan favorable el aura de la fortuna, que llegó después a verse Adelantado de las provincias de Chile.

Vanaglorioso Fedreman de ver tan reforzado su ejército con la recluta de aquellos sesenta hombres que se le habían agregado, pasó a representar a sus soldados la falta de armas con que se hallaba, y la necesidad de medios que tenía para el apresto, y provisión de aquellas cosas precisas de que necesitaba; y como el agrado y buenos modos de un superior es una dulce violencia para el corazón de un súbdito, valiéndose de estos medios consiguió, sin repugnancia, el que le franqueasen en empréstito todo el oro que tenían, con el cual despachó a Coro al Capitán Betesa, que dentro de pocos días volvió con suficiente provisión de todo lo necesario; y queriendo lo-

2. Nombre genérico que se utiliza para mencionar a los indios.

grar el poco tiempo que restaba del verano del año de treinta y siete[xxvi], desalojó su campo del Tocuyo, y pasó con él al valle de Barquisimeto, donde lo buscaremos después.

CAPÍTULO III

Pelea el Gobernador Spira con los indios de Mal-País: tiene otros encuentros con diversas naciones; y llega a la provincia de Papamene

DEJAMOS al Gobernador Jorge de Spira empeñado en disuadir a sus soldados del viaje que pretendían para el descubrimiento de los españoles perdidos, según la relación de la india; y por quitarles la ocasión de que pensasen más en ello, trató de acelerar cuanto antes su partida; pero antes de ejecutarla, viendo los indios la mala vecindad que recibían de huéspedes tan pesados, determinaron valerse de las armas, para librarse por su medio de la opresión que padecían con tan pesado hospedaje, para cuyo efecto, juntas todas las naciones que habitaban el contorno, vinieron al real una mañana al ir despuntando el alba, y hallando dormida una de las centinelas, en pago de su descuido, le quitaron la vida al golpe de una tostada lanza, sirviendo su muerte de aviso a los demás, para que tocando alarma, saliesen los españoles prevenidos a la resistencia de los indios, que por todas partes atacaban los cuarteles entre el confuso rumor de su guazábara; y encontrándose con ellos a las primeras luces que iba rayando el día, se trabó entre los dos campos la batalla, con tan buenos bríos de ambas partes, que por algunas horas, sin declararse Marte favorable, se mantuvo indecisa la victoria: porque además de ser los bárbaros muchos, alentados y resueltos, les daba gran ventaja una porción de indios pedreros, que traían repartida en sus escuadras, pues con el restallar molesto de las hondas, y el acertado tiro de las piedras, tenían tan amedrentados los caballos, que ni el gobierno del freno, ni el rigor del acicate eran bastantes para obligarlos a entrar en la batalla: circunstancia, que advertida por los indios, logrando la ocasión de este accidente, se empeñaron con más fuerza en el combate, de

xxvi. Año de 1537.

suerte, que llegó Spira a desconfiar del suceso; pero buscando algún remedio, que mejorase su partido, mandó a Alonso Pacheco, que con cincuenta infantes y quince hombres de a caballo, rodeando por unas trochas que había detrás de un pequeño monte, a un lado del lugar de la refriega, acometiese por las espaldas a los indios, procurando ponerlos en desorden.

Ejecutólo así Alonso Pacheco con la presteza que el lance requería, y cogiendo a los indios descuidados, al verse acometer por parte no esperada, fue tanto su desmayo, que vuelta en desaliento su fiereza, no pudiendo resistir aquel encuentro impensado, fundaron en la fuga su defensa, dejando el campo y la victoria en manos de los nuestros, aunque no a tan poca costa, que no quedasen heridos muchos, y algunos muy de peligro: causa que obligó a Spira a detenerse allí otros quince días, por la necesidad que tuvo de curarlos; y pasados, prosiguió su viaje sin apartarse de la falda de la misma cordillera, hasta llegar a un pueblo, en cuyo sitio fundó después Juan de Avellaneda la ciudad de San Juan de los Llanos, y llamaron por entonces los soldados de Spira, Pueblo de Nuestra Señora, por haber celebrado en él (con gran banquete y regocijo) la fiesta de la Asunción del año de treinta y siete. Alegres con las noticias que (por echarlos de sus tierras) les daban los indios de haber más adelante provincias muy opulentas, que teniéndolas por ciertas, no queriendo dilatar más la dicha de poseerlas, el día después de la fiesta se partieron a buscarlas, y a pocas horas de marcha se hallaron acometidos de cantidad considerable de indios, que armados de arcos y flechas, intentaban embarazarles el paso; pero caminaban los nuestros prevenidos con las armas en la mano, como en tierra de enemigos, y así, al primer disparo de sus flechas cargaron sobre ellos los jinetes, con tal furia, que alanceando a unos, y atropellando a otros, quedaron desbaratados todos, y tan amedrentados, que sin tener ánimo para intentar más movimiento, en llegando después a columbrar de lejos los caballos, se echaban en el suelo, tapándose las cabezas y caras por no verlos; logrando Spira la conveniencia de este temor concebido, para pasar sin embarazo, hasta las riberas del río Ariare, en cuya margen se detuvo algunos días porque la abundancia de sus aguas no permitía lugar para vadearlo.

No extrañaron los indios que habitaban de la otra banda del río la novedad de aquella gente peregrina, pues sin recelo alguno pasaron luego con

sus canoas a contratar con los soldados, llevando cantidad de bastimentos para vender a trueque de algunos rescates de Castilla, en especial de cascabeles, que era lo que más les agradaba; si bien procedían con tal recato, que antes de llegar con las canoas pedían por señas, se apartasen los españoles de la playa donde ponían lo que llevaban a vender, recogiendo lo que en precio de su mercancía les habían allí dejado los soldados, sin querer más comunicación, ni amistad con ellos, que la que permitía el modo de aquel cauteloso contrato; continuando de esta suerte en su comercio, hasta que disminuidas las aguas del río, dieron comodidad a Spira para buscarle vado, y pasar de la otra banda, encaminando su ejército por tierras de los Canieamares y Guayupes, siéndole preciso abrirse el paso a fuerza de armas, por la tenaz oposición que halló en estas naciones, principalmente en los Guayupes, que para manifestar más su braveza, envuelta en ferocidad, le presentaron la batalla en campo raso, coronadas las cabezas con penachos de plumas, los cuerpos todos desnudos y entintados con jagua, que es el zumo (de color negro) de cierta fruta, a modo de manzanas, con que acostumbran teñirse cuando van a la guerra, para hacerse formidables con el aspecto a sus contrarios; pero para con los nuestros aprovecharon poco semejantes invenciones, pues aunque a los principios resistieron con valor el ímpetu de los infantes, que iban algo delanteros, acometidos después de los caballos, fueron con facilidad puestos en confusión y desbarato, dejando sus poblaciones al arbitrio de los soldados, que supieron bien aprovecharse de lo que hallaron en ellas; y pasando sin detenerse, a pocas marchas llegaron a descubrir las aguas del celebrado río de Papamene, donde le pareció a Spira detenerse algunos días, así por dar descanso a la fatiga de su gente, como por buscar entre los indios quien le sirviese de guía, para descubrir a menos costa las riquezas, que le aseguraba por fijas su deseo.

Extraña novedad causó en los indios de Papamene la repentina vista de los nuestros, porque las personas, las barbas y vestidos, junto con la presencia de los caballos, les eran todas cosas tan peregrinas, que con el deseo de reconocerlas y admirarlas de más cerca, fueron llegando algunos con recato en sus canoas; y aunque los soldados por señas, más que por palabras, les aseguraban la confianza con que podían saltar en tierra, no fiándose de promesas de gente no conocida, volvieron a retirarse a la otra ban-

da del río, hasta que juntas más de trescientas canoas, en que vendrían dos mil indios, asegurados de su misma multitud se fueron acercando a la ribera en que alojaban los nuestros, que ignorando el fin que podía tener tal movimiento, para cualquier accidente, los esperaban prevenidos; pero los indios manifestando desde luego ser sólo la novedad quien los llevaba, sin dar muestras de alguna hostilidad llegaron a la playa, aunque el recelo no los dejó salir de las canoas, y Spira por asegurarlos más en la confianza y quitarles el temor, les dio a entender por los intérpretes, que sólo pretendía su amistad, con el deseo de que estrechándose la correspondencia, se comunicasen sin cautela; y añadiendo a estas palabras algunas demostraciones de agasajo, con diferentes regalos de abalorias, cuchillos y cascabeles, los despidió gustosos y aficionados a la liberalidad que habían hallado en los huéspedes.

De esta visita, y del trato afable que experimentaron en Spira, quedaron los indios tan pagados, que fueron continuando en venir al alojamiento los más días cargados de frutas y pescados (asados en barbacoas) de que abundan mucho aquellos ríos, y poco a poco, con la comunicación, perdieron tanto el recelo, que se entraban en los ranchos de los soldados con la misma libertad que pudieran en sus casas; de esta familiaridad tuvieron ocasión los españoles para procurar informarse y adquirir noticias de las provincias y naciones que había más adelante, y si en ellas hallarían oro o plata, que era el centro a que tiraban todas las líneas de aquella peregrinación trabajosa; a todo respondían los indios tan a medida del deseo, como si por las palabras con que las preguntaban fuesen leyendo el corazón a cada uno; pintábanles las tierras que buscaban tan fértiles, tan pingües y tan ricas, que ya les parecía a los soldados tenían entre las manos los tesoros; y por no dilatar la posesión, que podía peligrar en la tardanza, sin aguardar más tiempo salieron de Papamene, llevando cuatro o cinco indios, que los condujesen seguros al goce de las riquezas, que tenían por infalibles.

CAPÍTULO IV

Engañan los indios a Spira, y con malicia lo conducen a la provincia de los Choques: envía a Esteban Martín a reconocer la tierra, y tiene mal suceso en la jornada

HABIENDO Spira pasado en canoas el río de Papamene, encaminó su campo por la parte que las guías quisieron llevarlo tan confiado en la seguridad de sus promesas, que tenía afianzado en ellas las medras de su fortuna; pero los indios, o fuese porque en realidad ignoraban lo que habían asegurado, o por malicia de su natural fementido, que es lo más cierto, engañosamente lo fueron conduciendo hasta empeñarlo en la provincia de los Choques; y huyéndose una noche, lo dejaron metido en una tierra doblada, áspera, montuosa, llena de tremedales y pantanos, poblada de muchos indios belicosos, de mala digestión, desabridos y de condición intratable, diestros y animosos en la guerra, para lo cual usaban de lanzas, hechas de madera de palmas, enastados en ellas pedazos de canillas de hombres, agudos y afilados; tan bárbaros en sus costumbres, que atropellando los respetos de la misma naturaleza, ni el padre estaba seguro del hijo, ni la mujer del marido, pues se mataban como fieras, sólo por saciar el bestial apetito de hartarse de carne humana.

En este país tan desapacible e intratable se hubo de alojar Spira, buscando para acuartelar su gente el sitio que le pareció más descubierto, limpio y libre de humedades; y deseando reconocer el estado de la tierra, y el número de indios que había en ella, para poder discurrir lo que había de ejecutar: envió a su Maestre de Campo Esteban Martín con cincuenta infantes y veinte hombres de a caballo, para que en el término de veinte días la registrase toda; pero habiendo caminado pocas leguas, fueron tantos los tremedales y manglares con que se halló atajado, que fue imposible vencerlos, ni los soldados de a pie, ni la gente de a caballo, pues aunque lo intentaron por mil partes, se sumergían siempre en los atolladeros hasta arriba de las cinchas, saliendo bien lastimados de las puntas y raíces, que ocultaban los mangles: causa que les obligó a volverse y representar a Spira las dificultades que encontraban para dar cumplimiento a su mandato: pero

no fueron bastantes para que el Gobernador mudase de su dictamen; antes le volvió a mandar, que dejando los caballos, saliera luego con los cincuenta infantes y entrando por otro camino, ejecutase, sin réplica, el reconocimiento que le tenía encomendado.

Era Esteban Martín hombre de gallardos bríos, baquiano, y bien entendido en las guerras de las Indias, como que se había hallado en diferentes conquistas y sido uno de los que acompañaron a Ambrosio de Alfinger en sus jornadas; pero tanteando, con su mucha experiencia, la mala disposición de aquel terreno, y la indómita ferocidad de aquella nación tan bárbara, reconoció el peligro a que lo exponía la inconsiderada determinación de Spira; y aunque no se atrevió a excusar de obedecerla, porque no pareciese desaliento del valor, lo que era consideración de su prudencia; sin embargo, le dijo al Gobernador: "Vuestra señoría gusta de que yo entre a reconocer esta provincia con tan poca gente como me señala; los indios (según tengo tanteado) son muchos y diestros en las armas, la tierra trabajosa y desacomodada; quiera Dios, que alguno de nosotros quede con vida, para que traiga la noticia del desastrado fin de los demás". Y poniéndose en camino, salió con los cincuenta hombres a ejecutar la diligencia, atravesando las poblaciones que había cerca del alojamiento, hasta encontrarse con una montaña tan cerrada, pantanosa y llena de ramblas, que a cada paso se consideraban ya perdidos; siendo el mayor trabajo, el tesón con que les llovía, sin cesar de día, ni de noche: causa de tanta aflicción para los pobres soldados, que viendo la incomodidad que padecían y el poco provecho que esperaban, al cabo de cinco días determinaron volverse; pero al tiempo que querían ejecutarlo les deparó su adversa suerte una mal seguida trocha, por donde les pareció podrían hallar salida para alguna población; y caminando por ella cuatro días, al último, sobre tarde, dieron con unas sementeras de maíz, entre unas tierras dobladas, de donde salía una vereda, que según lo bien abierta, manifestaba ser muy continuada; siguiéronla sin parar, ni aun a descansar siquiera aquella noche, y al postrer cuarto del alba salieron a un pueblezuelo, que sería de treinta casas, fundado en la eminencia de un cerro.

Luego que lo reconoció Esteban Martín, hizo alto con su gente, así por ponerla en orden, como por aguardar los indios de servicio, que rendidos

con la fatiga del camino y de la noche, se habían quedado muy atrás; pero viendo que tardaban en llegar, aunque los había esperado por buen rato, por no perder la conveniencia, que le ofrecía la oscuridad para el asalto, dio orden a Nicolás de Palencia (vecino que fue después de la ciudad de Pamplona en el Nuevo Reino) para que se quedase allí a recoger los cargueros conforme fuesen llegando, y él con los demás, antes que rompiese el día, dio el avance sobre el pueblo, a cuyo estruendo y alboroto despertaron los indios, echando mano a las armas, y acudiendo como leones a la parte por donde sintieron el ruido de la interpresa; con tanta prontitud, que hallándose los nuestros divididos, les fue forzoso juntarse en un cuerpo y escuadrón para poder defenderse, así por ser mucho el número de los indios, como por la gran destreza con que jugaban las lanzas, ayudados del conocimiento del terreno: circunstancia, que les daba gran ventaja, pues los nuestros con la obscuridad de la noche, agravada más de un poderoso aguacero, que había empezado a caer, ni sabían la parte donde estaban, ni podían aplicar reparo a los repetidos golpes de las lanzas que les tiraban los bárbaros: crecía por instantes la confusión con la obscuridad y con el agua: animaba Esteban Martín con el ejemplo y con la voz a sus soldados; pero ellos, temerosos con los accidentes que habían concurrido para hacer más sangrienta la refriega, se fueron retirando con buen orden, hasta abrigarse al repecho de una barranca que les guardase las espaldas, donde hicieron alto para tomar algún aliento en el descanso, y esperar a que llegase Nicolás de Palencia con la gente que se había quedado atrás.

Ya que estuvieron todos juntos, y recogidos los indios del servicio, no obstante de hallarse muchos de los soldados fatigados con algunas heridas de peligro, teniendo Esteban Martín por menoscabo de su reputación la retirada, aunque la noche proseguía en su obscuridad y la fuerza del agua no cesaba; volvió a avanzar segunda vez al pueblo, con tanta resolución y tal coraje, que aunque los indios mostraron bien sus bríos en procurar la defensa, no pudieron resistir al corte de las espadas, ni al tiro de las ballestas, obligándoles la turbación a retirarse y desamparar el pueblo, dando lugar a los nuestros, para que, por infundir con el asombro algún temor en los indios, pegasen fuego a las casas, reservando solas tres, que estaban algo apartadas, para tener en que alojarse el tiempo que allí estuviesen.

CAPÍTULO V

Vuelve Esteban Martín a pelear con los indios,
y queda desbaratado: retírase de noche por no ser sentido;
y aunque con muchos trabajos llega donde estaba Spira; y
muere de siete heridas, que sacó de la refriega

ALEGRES los españoles con la victoria, y animados más con la claridad del día, salieron luego que amaneció a reconocer la parte por donde los indios habían hecho su retirada aquella noche: y cuando pensaban que el temor apenas les había dejado aliento para asegurarse con la huida, los hallaron a pocos pasos del pueblo puestos todos en pie y arrimados a sus lanzas: entereza que no les pareció bien a los soldados, ni que llegase a tanto la osadía de aquellos bárbaros que hubiesen tenido atrevimiento para mantenerse constantes tan inmediatos al pueblo, sin que el horror de las heridas recibidas, ni el sentimiento de ver quemadas sus casas, hubiesen sido bastantes para quebrantar su fortaleza; y deseando amedrentarlos algo más, para que a fuerzas del escarmiento cobrasen algún temor, quisieron desalojarlos de aquel lugar donde se estaban inmobles; pero por mucho que hicieron para conseguirlo, quedó siempre la diligencia sin provecho, pues como pudiera el escuadrón más arreglado de esguízaros, sin hacer más movimiento que dar un paso adelante, esperaban los acometimientos con las puntas de las lanzas, deteniendo con la destreza toda la fuerza española y logrando herir a muchos, sin recibir ellos algún daño, ni ser posible descomponerlos de aquel puesto en que se hallaban plantados.

Vista por Esteban Martín tan militar disciplina, y conociendo que los bárbaros se iban aumentando por momentos, por ser mucho el número que iba ocurriendo al socorro, no le pareció acertado mantenerse más en aquel sitio, por ser manifiesto el riesgo a que exponía a sus soldados, si no lograba la ocasión de retirarse con tiempo; y conviniendo en el mismo dictamen los demás, al primer cuarto de la noche abandonaron el pueblo, que había sido el terreno de sus armas, y empezaron con silencio a retirarse, dividida la gente en tres escuadras, para poderlo hacer con más seguro, caminando de esta suerte sin que los indios los sintiesen, hasta que al quebrar del alba dieron con otra población, cuyos moradores, prevenidos ya

por los del pueblo antecedente, y convocados en su ayuda todos los circunvecinos, los recibieron con las armas, acometiendo a los soldados conforme iban llegando, rendidos con el trabajo de la noche y fatiga de aquel día; y aunque los de la primera escuadra resistieron con tal valor el encuentro, que hicieron retirar a los indios, quedando dueños del pueblo, fueron tantos los que cargaron sobre las otras dos que venían más atrás, que no fue bastante el esfuerzo de Esteban Martín para oponerse al acometimiento de aquella muchedumbre embravecida pues a los primeros lances se halló desbaratado y reconoció perdido, con siete heridas mortales, que las disimuló la fortaleza de su valiente espíritu, prosiguiendo en la pelea como si estuviera sano, porque no desmayaran los soldados al conocer su peligro.

Pero no bastando su valor a componer el desorden en que se hallaban los suyos, procuraban todos poco a poco irse recogiendo para el pueblo, buscando abrigo en las casas, cuando por una novedad inadvertida se les aumentó la confusión y creció más el desconsuelo, pues llegó un soldado, llamado Valdespina (que se retiraba mal herido) diciendo, que el Capitán quedaba prisionero de los indios: noticia, que infundió en los más tanto temor, que faltándoles el ánimo, confesaban su desmayo con la turbación y el desaliento; pero Nicolás de Palencia viendo, que para salir de aquel aprieto era preciso animarlos, hablando con el desenfado que solía, les dijo: que cuando el Capitán fuese perdido, sólo les faltaba un hombre, pues no peleaba por más, y no por la falta de uno habían de mostrar flaqueza, cuando todos tenían bríos para saber defenderse.

Estas palabras dichas a tiempo y con garbo, y el haber llegado entonces Esteban Martín, que postrado al dolor de las heridas, se venía también recogiendo para el pueblo, fueron causa, para que volviendo en sí desechasen el temor que los tenía acobardados y tratasen de fortalecerse entre las casas, para poder tener algún seguro mientras daban disposición para curarse; pero la desgracia de aquel día corrió tan igual por todas partes, que para nada hallaron remedio, ni pudieron tener forma, por haberse apoderado los bárbaros del bagaje, quitándoles la ropa y demás prevenciones que llevaban, con muerte de los cargueros y resto de la gente de servicio, a quienes pasaron a cuchillo, contratiempo, en que perdida la esperanza, tuvo nuevo lugar la confusión, pues ni podían quedarse allí por falta de basti-

mentos, ni proseguir su retirada por el embarazo de haber de conducir tantos heridos, y muchos de ellos de riesgo: pero discurriendo medio para salir de aquel empeño, dispusieron cuatro hamacas en que llevar cargados a Esteban Martín, a Valdespina y otros dos soldados, por ser los de más peligro; y los demás, que caminando en la forma que pudiesen, asegurasen la vida en su propia diligencia.

Dispuesta la retirada de esta suerte, luego que cerró la noche, con el mayor recato y silencio que pudieron empezaron a marchar, dejando amarrado un perro en un bujío, para que a la voz de sus ladridos se descuidasen los indios: estratagema, que les salió bien acertada, pues engañados con ella, ni conocieron la fuga, ni cayeron en la cuenta hasta muy entrado el día; teniendo lugar los nuestros en el ínterin para ir caminando poco a poco, pues no daba lugar para otra cosa, ni el embarazo de los heridos, ni el accidente de haberles empezado a llover tan reciamente, que no había senda que no fuese un charco, ni quebrada, que no pareciese un río, siéndoles preciso en muchas partes pasarlas cuasi a nado, con el agua hasta los pechos: circunstancias, que juntas unas con otras, les fueron de tanto estorbo, que habiendo caminado sin parar toda la noche, a la mañana se hallaron sólo a distancia de una legua del pueblo, que habían dejado al retirarse, tan postrados con el trabajo y desfallecidos con la hambre (por haber más de cuarenta horas que no probaban bocado) que deseaban ya la muerte, como alivio a tantas calamidades; y para remedio de ellas tomaron una resolución tan cruel como necesaria, por entonces, para la salud de todos, pues considerando el embarazo que les era la carga de los enfermos, determinaron llevar en las hamacas sólo a Esteban Martín y a Valdespina, y dejar allí a los otros dos, que estaban ya sin esperanza de vida, por habérseles pasmado las heridas con el agua, a cuyo fin los apartaron del camino, y metieron en el monte, porque no los encontrasen los indios; y despidiéndose unos de otros con lágrimas y suspiros, los dejaron a morir en aquella soledad a manos del desamparo.

Aliviados en parte con esta diligencia, pasaron adelante, y llegaron a descansar a las barrancas de un río, donde les pareció sitio a propósito para poder alojarse siquiera mientras encendiendo lumbre se calentaban un poco y tomaban algún sustento, asando unas frutillas de ciertas palmas sil-

vestres, de cuyos huesos sacaban una medulilla amarga, que chupándola les servía de entretenimiento para mantener la vida.

En este estado se hallaban, cuando un soldado, llamado Pedro de la Torre, hombre de resolución y grandes bríos, viendo la aflicción que padecían y el peligro de perecer que amenazaba a todos, pidió licencia a Esteban Martín para adelantarse solo a dar cuenta al Gobernador del estado en que quedaban, para que los socorriese con bastimentos y gente que ayudase a cargar a los heridos, obligándose a llegar a su presencia en aquel día, aunque estaban distantes veinte leguas; y anduvo tan acertado en su demarcación, que gobernándose por derrota, y caminando por atajos, salió (aunque tarde de la noche) al alojamiento donde se hallaba Spira, a quien dio cuenta del estado miserable en que dejaba a los demás compañeros; de que apesarado el Gobernador, conociendo (aunque tarde) haber sido su temeridad causa de aquella desgracia, procuró acudir al reparo con presteza, enviando algunos soldados con disposición y forma para conducir con más conveniencia a los heridos; pero cuando llegaron a encontrarlos, que fue al cabo de dos días, era ya muerto Valdespina, y Esteban Martín tenía tan ulceradas y corruptas las heridas, que por mucha prisa que se dieron para transportarlo al real, no hubo medicamento que bastase para preservarle, de que al tercer día de llegado se le acabase la vida, con notable sentimiento del Gobernador y de todos los del campo, porque su condición liberal y mucho agrado fueron prendas, que le habían adquirido la dicha de bien quisto.

CAPÍTULO VI

Entra Fedreman en los Llanos, y huyendo del invierno se retira a la serranía: llega al pueblo de la Poca-Vergüenza, y sale de los Choques Jorge de Spira

EN LLEGANDO a apoderarse del corazón humano la ambición, ni hay entendimiento, que no ciegue, ni razón, que no perturbe. Hallábase Nicolás de Fedreman con su ejército, aumentado de los sesenta hombres de Hortal, proveído de todo lo necesario con el socorro que le había traído de Coro el Capitán Beteta, favorecido del tiempo por ser lo más apacible del verano; y

malogrando estas conveniencias por el inmoderado apetito de mandar, se puso a contingencia de perderlo todo, pues persuadido a que por horas podría recibir los despachos del gobierno, a que anhelaba con tanta ansia su deseo, no se resolvía a salir de Barquisimeto, por no alejarse de Coro, gastando en estas vanas esperanzas tanto tiempo que dejó pasar lo mejor de él sin provecho; de que disgustados los soldados viendo aquella detención tan infructuosa, empezaron a murmurar con desahogo, y aun trataron algunos de dejarlo y retirarse a Coro: movimiento, que entendido por algunos de sus más confidentes amigos, fue causa para que le advirtiesen el daño que amenazaba.

Este recelo le obligó (bien contra su voluntad) a acelerar su partida; y saliendo de Barquisimeto, empezó a caminar la vuelta de los Llanos, entrando en ellos por la parte que llaman el Boquerón; pero como el tiempo ya no era a propósito, por haber pasado lo mejor del verano, desde luego fue experimentando los efectos, que causó su dilación, pues cargando las aguas con el rigor que suele en estas partes, habiendo caminado divididos, Fedreman con la mitad del campo por un lado y el Capitán Martínez con el resto por la provincia de los indios Gueros, juntos después de algunos días, les fue preciso dejar los Llanos y buscar la serranía, que les demoraba al Poniente para invernar en ella, porque las inundaciones eran tantas, que parecían lagunas las sabanas.

No sosegaba Fedreman con la inquietud que perturbaba su espíritu, ni los desengaños bastaban a templarlo, ni la experiencia adquirida a persuadirlo, pues sin hallar consuelo en nada, sólo divertía el pensamiento con la esperanza del gobierno que aguardaba. Y discurriendo que podía ser haber ya llegado a Coro los despachos, luego que alojó su ejército en la serranía, dejándolo encomendado al Capitán Martínez, volvió a Barquisimeto con el ansia de buscarlos; pero consumidos, sin fruto, algunos días, viendo que no llegaba el plazo de sus deseos, con harto sentimiento hubo de conocer su desengaño: y lleno de pesares y tristezas volvió a buscar su gente, harto desconsolado, a tiempo, que entrado el año de treinta y ocho[xxvii] pudo proseguir su marcha, caminando con tal felicidad, que sin experimen-

xxvii. Año de 1538.

tar accidente, que nos pueda retardar la pluma, atravesó diferentes provincias y naciones, hasta llegar a un pueblo, cuyos moradores, aunque al principio dieron muestras de recibir a los nuestros de amistad, quedándose en sus casas; después o temerosos, o advertidos, trocaron el reposo por la fuga: de cuya desconfianza sentido Fedreman, mandó a los soldados los siguiesen; más como algunos de ellos, llevados del interés, atendiesen más al pillaje de los bujíos, que al mandato del general, viéndolos Fedreman, les dijo con alguna alteración: ¡Oh, qué poca vergüenza de soldados! Y como en la afable condición y modesta compostura de aquel hombre jamás habían experimentado enojo alguno, extrañaron tanto estas palabras, que por memoria de cosa tan singular, llamaron a aquel pueblo el de la Poca-Vergüenza.

Mientras esto pasaba a Fedreman, se hallaba Jorge de Spira en la provincia de los Choques, tan cercado de trabajos, que parece se habían conjurado contra él los infortunios; pues además de padecer gran falta de bastimentos y los continuos asaltos con que le molestaban los indios, sin dejarlo sosegar; las muchas humedades, y vapores gruesos de aquella tierra tan montuosa y empollada causaron tantas enfermedades en su campo, que al rigor de su violencia murió la mayor parte de la gente del servicio y muchos de los soldados, sin poder hallar remedio a tan distintos achaques como todos padecían: participando también del nocivo influjo los caballos, porque con la mala calidad de los pastos con que se sustentaban, unos se hinchaban hasta reventar y a otros se les criaba tanta abundancia de lombrices, que echándolas por la boca, se caían muertos: siendo el mayor desconsuelo, en medio de tanto mal, aquel continuo llover noches y días, que le tuvo cortado el paso un año entero, sin permitirle lugar, para que saliendo de aquellas montañas, donde parece tenían su asiento las desdichas, pudiese huir el horror de tanta calamidad; pero viendo que mientras más se detenía era su perdición más evidente, pues por instantes se le iban aumentando más los contratiempos, se resolvió (atropellando inconvenientes) a disponer su retirada, aunque con mil dificultades y trabajos, por ser muy poca la gente que le había quedado, y de ella, más los enfermos, que los sanos; pero alentados aquellos afligidos españoles con la esperanza de hallar alguna mejora, que templase la adversidad de su fortuna, sacaban

fuerza de su mismo desaliento para poder caminar, huyendo de aquella tierra, que había servido de piedra de toque a su constancia y de sepulcro miserable a los demás compañeros. Mas hallando despoblados todos los países que encontraban, por haberse retirado los indios, escarmentados de la mala vecindad que les hicieron cuando por allí pasaron, fueron tantas las hambres que padecieron, que no pudiendo resistir con la debilidad la falta de alimento, murieron de necesidad los más de los enfermos, y entre ellos muchas personas de cuenta y suposición, como fueron Juan Cuaresma de Melo, Francisco de Murga, Antonio Ceballos, Pedro de Cárdenas y Francisco Murcia de Rondón, que sirvió de secretario al Rey Francisco de Francia, el tiempo que estuvo preso en Madrid; y fue quien descubrió al Emperador la trama que tenía dispuesta el Rey para huirse de la prisión.

Con estas necesidades y miserias hubo de aportar Spira a un pueblezuelo de muy poca vecindad, cuyos moradores cogidos de repente, sólo tuvieron lugar para salir huyendo, dejándose en las casas porción considerable de yucas y batatas: regalo, que por entonces fue más estimado de los nuestros, que si hubiesen hallado un gran tesoro. Y como para recobrar algún aliento con aquel socorro, que les deparó su buena suerte, determinasen quedarse en aquel pueblo algunos días, andando en uno de ellos cuatro soldados juntos revolviendo los bujíos, por ver si hallaban algo, que fuese de provecho a su codicia, encontraron acaso una criatura de poco más de un año, que con la prisa de huir debió su madre de haber dejado olvidada; y revestidos aquellos hombres (o por mejor decir aquellas fieras) de inhumanidad diabólica mataron la criatura, y poniendo al fuego en una olla un cuarto, la cabeza, pies y manos, mientras se cocinaba, a medio asar se comieron la asadura, saboreándose después con el caldo de la olla; a tiempo que entró en la casa una india cristiana y ladina, criada de Francisco Infante, y conociendo por la vista y el olor, ser carne humana la que estaban cocinando, sin darse por entendida con ellos, avisó a su amo la maldad de aquellos hombres; que llegando a noticia del Gobernador, pasó luego a prenderlos, determinado a que pagasen con la vida la pena de tan enorme delito: pero considerando después la falta que le podrían hacer cuatro hombres, por la poca gente que tenía, conmutó la sentencia en otros castigos, que aunque graves, no correspondieron a lo que ellos merecían: si bien

a pocos días tomó venganza el cielo, pues murieron todos cuatro, aunque de diferentes achaques, con los mismos accidentes de ansias, congojas y dolores, confesando a voces su delito, y conociendo ser su muerte pena de su iniquidad.

CAPÍTULO VII

Spira llega al río Zarare, y Fedreman al de Apure: tiene noticias de su Gobernador, y por no encontrarse con él, se entra en los Llanos: prosigue Spira su jornada, y llega a Coro

HABIENDO salido Spira del pueblo, que llamaron del Muchacho, por el suceso referido en el capítulo antecedente, caminando poco a poco, por la mucha flaqueza y mala forma con que tenía su gente, hubo de aportar a las orillas del río Zarare, a tiempo que Nicolás de Fedreman, a quien dejamos en el pueblo de la Poca-Vergüenza prosiguiendo en su jornada, llegó a las riberas de Apure (río, que debe su origen en la provincia de Mérida, a las quebradas, que llaman de Bravo, por otro nombre Aricagua): y teniendo allí noticia, por relación de algunos indios, de lo inmediato, que se hallaba Spira (por estar los dos ríos tan cerca el uno del otro) receló, como prudente no quisiese el Gobernador, si se encontraba con él, despojarlo de la gente, que llevaba, para emprender de nuevo otras conquistas, dejándolo privado del mando, y malogradas las esperanzas, que tenía concebidas de adelantar por su mano, sin dependencia de otro, su fortuna; y así, por evitar las contingencias de este riesgo, le pareció más acertado huirle el cuerpo al Gobernador; y dejando la serranía por donde venía Spira, torció el camino a mano izquierda, metiéndose en los Llanos, sin que el Gobernador tuviese noticia de él; hasta que pasados quince días, llegando a alojarse en las orillas de Apure, halló los rastros de haber estado allí gente española: novedad, que le causó gran cuidado, no pudiendo discurrir qué capitán fuese el que andaba por tierras tan retiradas, pues nunca llegó a presumir pudiera ser su Teniente Fedreman. Y como con el deseo de hallar quien le diese alguna noticia para salir de recelos, solicitase por todas partes informarse de los indios, fueron tantas las diligencias que hizo, que hubo de

descubrir entre unos indios Caiquetíos, que estaban poblados cerca del río Apure, una india ladina, que había venido de Coro con Fedreman, y por haber caído enferma se había quedado con ellos, la cual le dio muy por extenso relación de todo lo sucedido y de los designios que llevaba en su viaje Fedreman, con circunstancias tan claras, que le refirió hasta los nombres de las personas principales que le acompañaban.

Envuelto en mil confusiones quedó Spira, sin acertar a resolverse en el consejo que debía tomar en este caso, pues vacilando continuo entre la variedad de pareceres que daban sus capitanes, no hallaba resolución que le agradase, ni dictamen que bien le pareciese; porque teniendo los más por acertado el que volviese con presteza tras Fedreman, y quitándole la gente con la mano de ser su Gobernador, diese otro tiento a su fortuna buscando nuevas conquistas (que era lo que siempre había temido Fedreman) no se atrevía Spira a seguir lo arduo de este consejo, considerando que era poca la gente que tenía, y ésa enferma, y que Fedreman llevaba mucha, y muy lucida, y que meterse en sus manos desarmado, fiado sólo en el respeto, que como a su Gobernador debía guardarle, era exponerse a la discreción de ajena cortesanía, y dar lugar a la contingencia de padecer algún desaire, en que quedasen ultrajadas su autoridad y su persona.

Gastados en esta irresolución algunos días, hubo de determinarse después a usar de galantería, para asegurar con ella en su obediencia a Fedreman; y para obligarlo con más veras le despachó nuevos poderes, dándole facultad muy amplia, para que en su nombre pudiese proseguir en sus descubrimientos y conquistas; y juntamente le escribió una carta cariñosa, avisándole por menor de todas sus desgracias, con prevención de algunas advertencias, que le parecieron necesarias para el más acertado logro de su viaje; pero esta diligencia no llegó a tener efecto, porque aunque Spira envió a Felipe de Utre[3], caballero alemán de la casa de los Belzares, con treinta hombres en alcance de Fedreman, halló tan crecido el río de Apure, que parecían mares las campañas de sus márgenes; y viendo que en treinta días

3. No hay unificación en la forma de escribir el nombre en la edición que venimos manejando: a veces aparece como *Felipe de Urre* y otras como *Felipe de Utre*; lo hemos transcrito siempre como *Felipe de Utre*, porque es la forma en que más se le conoce. En otros cronistas y documentos de la época aparece como *Ute*, *Utem*, *Dutre* y *Dute.*

que se detuvo, esperando a que mermasen sus aguas para poder esguazarlo, iban cada día en mayor aumento sus crecientes, desconfiado de hallar forma para lograr el pasaje, dio la vuelta en busca del Gobernador, a quien alcanzó alojado ya en la serranía de Coro, padeciendo bastante molestia de los indios, que a lo seguro, sin poder ser ofendidos, le hacían notable daño desde lo alto de la sierra, con el continuo disparo de sus flechas.

Pero Spira, por dar algún castigo a su osadía, les dispuso una noche una emboscada, y cogidos en ella el día siguiente, fueron muertos muchos y aprisionados treinta, de los cuales, con sobrado rigor, a sangre fría, mandó el Gobernador empalar diez, dando fin con esta crueldad a su jornada, pues sin otro accidente llegó a Coro por febrero del año de treinta y nueve[xxviii], después de cinco años de peregrinaciones y trabajos, en que perdió trescientos diez hombres, pues de cuatrocientos que sacó de Coro el año de treinta y cuatro, sólo volvió con noventa, desnudos, enfermos y del todo derrotados, sin lograr otro fruto de su viaje, que haber llegado a probar lo que puede aguantar el sufrimiento de los hombres para tolerar desdichas, y dejar eternizada la memoria de la infeliz jornada de los Choques.

Cuando Spira llegó a la ciudad de Coro halló ya en ella al Señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas, que desde el año de treinta y seis, fenecida la visita de Puerto Rico había pasado a residir en su iglesia, y el Doctor Navarro, a quien la Audiencia de Santo Domingo había enviado con diferentes comisiones, sobre el mal trato y venta de los indios, y no por Gobernador, como escribió el Provincial Fray Pedro Simón[xxix] a quien siguió el Señor Obispo Piedrahita, pues con la venia debida a la autoridad de tan clásicos autores no hay duda, que en esto padecieron un yerro conocido, porque Spira nunca dejó de ser Gobernador hasta su muerte, ni la Audiencia podía enviarle sucesor, sólo por el motivo de haber cumplido sus cinco

xxviii. Año de 1539.

xxix. Pra. Ped. Sim. not. 4, cap. 14. Piedrahita lib. 3. cap. 4[4].

4. Hace valer Oviedo y Baños aquí el uso de documentos oficiales con los cuales aparentemente no contaron ni fray Pedro Simón ni Lucas Fernández de Piedrahita; explica, además, el funcionamiento legal del nombramiento de *gobernador de la provincia* durante el mandato de los Belzares.

años de gobierno, que es la causal que dan estos autores; pues siendo él nombrado por los Belzares, a quienes el Emperador tenía cedida en arrendamiento esta provincia, sólo ellos podían removerlo, y no la Audiencia en quien no residía jurisdicción para intentar tal mudanza; y que a Spira no lo privó la Audiencia, es evidente, porque luego que llegó de su jornada a Coro, se embarcó para Santo Domingo a componer algunas dependencias con los agentes de los Belzares; y para el tiempo que podía durar su ausencia, dejó nombrado por Gobernador en su lugar a Juan de Villegas; y después al tiempo de su muerte (que fue el año de cuarenta) volvió a dejar nombrado al mismo Juan de Villegas, cuyos títulos originales, despachados por el mismo Spira, he visto entre otros papeles, que paran hoy en el Maestre de Campo Don Lorenzo de Ponte y Villegas, su descendiente; y lo que asegura un instrumento auténtico, no puede contradecirlo una opinión.

CAPÍTULO VIII

Vuelve Fedreman a buscar la serranía: atraviesa la cordillera, y entra en el Nuevo Reino: pasa después a España con los Generales Quesada, y Benalcázar, y muere en Madrid

POCOS días después que Fedreman (huyendo de su Gobernador) se entró en los Llanos, caminando para la parte del Este, se halló atajado de dos poderosas ciénagas, que aunque de poca agua en lo fondable, fueron dificultosas de pasar, por ser muy dilatadas, y estar tan llenas de atolladeros, que se entraban los caballos hasta las cinchas en ellos; pero vencida esta penalidad con el trabajo y la maña, salió a tierra más enjuta; y caminando por ella, sin llevar por entonces otro fin, que excusar la ocasión de encontrarse con Spira, se apartó tanto de la serranía, que perdiéndola de vista, penetró en lo interior de los Llanos hasta las riberas de un caudaloso río, cuyos contornos, en las señales de diferentes ruinas mantenían la memoria de haber sido en otro tiempo muy poblados; y deseando Fedreman averiguar la causa de aquella desolación, supo de algunos indios prisioneros, que en las aguas de aquel río tenía su habitación un animal tan formidable,

tan carnicero y voraz, que había destruido gran parte de aquellos pueblos comiéndose sus vecinos, y los demás amedrentados habían desamparado aquel país, mudándose a vivir a parte más retirada, huyendo de la fiereza de tan nocivo enemigo: relación, que tuvo por cierta Fedreman, por haber oído de noche él y todos sus soldados los estupendos bramidos que daba aquella fiera dentro del agua; y algunos aseguraban haberla llegado a ver, afirmándose ser especie de serpiente de corpulencia espantosa.

Cuando a Fedreman le pareció que ya podría estar seguro de encontrarse con Spira, dejó el camino de los Llanos, y reforzado su campo con quince hombres, que le trajo Juan Gutiérrez de Aguilón (quien desde Coro, siguiéndole las huellas había venido en su alcance), volvió a buscar la serranía con ánimo de atravesar la cordillera, a cuyo efecto, desde el río Pauto, donde estuvo de asiento algunos días despachó a Pedro de Limpias a reconocer la parte menos fragosa para poder conducir el ejército por ella; pero la halló por todos lados tan inaccesible e intratable, que desconfiado de poder lograr su diligencia, dio la vuelta, asegurando a Fedreman ser imposible vencer la dificultad, que embarazaba el transporte.

Viendo con este desengaño frustrado totalmente su deseo, torció el camino para el Sur por la falda de la misma serranía, llevándola siempre por guía sobre la mano derecha; y cuasi por los mismos pasos que había seguido Spira, llegó al pueblo de Nuestra Señora, a quien los soldados de Fedreman llamaron de la Fragua (por haber armado allí una para componer las armas y herramienta); y como toda la ansia la tenía puesta Fedreman en pasar la cordillera; por haber hecho concepto de que en aquello consistía el logro de sus aumentos, trató luego de informarse de la disposición de la tierra, que caía de la otra banda, por ver si correspondía la noticia con el discurso que había formado su idea; y hallando en todos los indios una relación conforme de ser provincias muy ricas, abundantes y pobladas, se determinó a seguir por aquella parte su derrota, resuelto a vencer las dificultades que pudieran estorbarlo, y para ello despachó a Pedro de Limpias por delante, con algunos soldados, y guías del mismo pueblo, para que allanase los caminos y buscase los pasos más acomodados para el ejército, que a corta distancia le seguía.

Con este orden salió Limpias del alojamiento, encaminando su viaje

por la parte que lo llevaban las guías, y al segundo día de jornada empezó a encumbrar la serranía, experimentando desde luego los trabajos e inconvenientes, que sólo pudo vencer su valor incontrastable, atravesando páramos frigidísimos, y peñascos tan peinados, que le era preciso en muchas partes, a fuerza de picos y de barras, abrir huellas donde pudiesen hacer firme los caballos para conseguir el paso; y en otras, que aún no permitían la fragosidad de este recurso, amarrarlos con sogas y suspenderlos con ellas hasta donde pudiesen hacer pie para librarlos del despeño.

Con estas penalidades y fatigas llegó al cabo de diez días a una loma, que permitiendo sólo una angosta senda muy pendiente para subirla, formaba en su eminencia una llanada razonable, llena de mucha paja larga y seca, cercada por todas partes de profundos precipicios y tajadas peñas, donde algunos indios de la comarca se habían recogido temerosos, pareciéndoles el sitio más acomodado para su resguardo; pero viendo subir los españoles, al conocer que ni allí estaban seguros, pegaron fuego a la paja, que ayudada del viento (por soplarles entonces favorable), creció con tal violencia, que en breve tiempo se convirtió toda la loma en un incendio, poniendo a Limpias y a su gente en tal aprieto, que perdida la esperanza, se daban ya por perdidos, por no admitir otro partido aquel peligro, que despeñarse o arder; y entre la contingencia de ambos rigores, pareciéndole más suave a un soldado, llamado Vivanco, el morir precipitado, que acabar entre las llamas, se arrojó desde una peña, y perdió la vida hecho pedazos; y los demás hubieran padecido el mismo fin, a no haber hecho Limpias, con la presteza que pudo, un contrafuego, si bien no fue tan general el remedio, que no muriese quemado un español, y algunos indios de carga.

Libre Limpias de aquel conflicto y vencida con afán la serranía, a pocos días de viaje se halló en el valle de Fosca, primer pueblo de los dominios del Sipa de Bogotá, cuyas provincias (habiendo subido con ejército desde Santa Marta) había dos años que tenía conquistadas Don Gonzalo Jiménez de Quesada, Teniente General del Adelantado de Canaria Don Pedro Fernández de Lugo; y aunque los indios de aquel valle dieron noticia a Limpias de hallarse otros españoles en la tierra, lo tuvo por imposible hasta que pasando a Pasca, halló allí al Capitán Lázaro Fonte, a quien tenía desterrado el General Quesada, por despique de algunos disgustillos que

habían corrido entre los dos; y enterado de que otros habían tenido la dicha de llegar primero a gozar las conveniencias de disfrutar aquel reino, esperó a que se acercase Fedreman, que con el resto del ejército venía en su seguimiento, en cuyo intermedio hubo tiempo para que Lázaro Fonte avisase a Santa Fe; de que no recibió poca alteración Quesada, por ser en coyuntura que se hallaba cuidadoso con la noticia de que Don Sebastián de Benalcázar, Capitán del Marqués Don Francisco Pizarro, después de haber poblado a Quito y Popayán, en prosecución de sus conquistas se iba acercando por el valle de Neiba a Bogotá, y recelaba temeroso no se uniesen los dos Generales en su daño para lanzarlo del Reino, que tenía ya descubierto, queriendo aprovecharse del fruto de sus trabajos: sospecha que no le salió vana, pues con efecto intentaron ejecutar lo que Quesada temía, pretendiendo cada uno, que el reino de Bogotá era comprendido en la demarcación de sus conquistas; pasando tan adelante el punto de esta discordia, que se vio obligado Quesada a tratar de defender con las armas lo que había ganado y descubierto con ellas; pero interviniendo a mediar esta diferencia los eclesiásticos, que asistían a los tres Generales, los hubieron de convenir en que quedase suspensa la materia hasta que el Emperador determinase a cuál de los tres tocaba la posesión y el dominio; y que en el ínterin la gente de Fedreman y Benalcázar se uniesen a las de Quesada, para poblar aquel reino, gozando todas las honras y conveniencias de conquistadores de él, sin diferencia en la acción para pretender los premios.

Con estas condiciones, y cuatro mil pesos de oro, que se le dieron a Fedreman, considerándole pobre, quedó sosegado aquel disturbio, que había llegado a lance de parar en rompimiento de una discordia civil; y mediado el año de treinta y nueve entró Fedreman en Santa Fe, con grande aplauso de la gente de Quesada, después de tres años gastados en el viaje desde que salió del Cabo de la Vela con cuatrocientos hombres, de los cuales, aún con habérsele agregado en el camino los sesenta de Alderete y los quince de Aguilón, sólo metió en el Reino treinta caballos y ciento cincuenta y tres infantes, habiendo perecido los demás con el rigor de tan penosa jornada.

Determinados los tres Generales a pasar juntos a España, así para que el Emperador declarase el punto de su litigio, como a solicitar cada uno el

premio de sus servicios, labraron bergantines para bajar por el río de la Magdalena a Cartagena; y embarcados allí para la Europa, llegaron con felicidad a la Corte, donde entre los afanes de pretendientes y sinsabores de algunos pleitos que le movieron los Belzares, acabó la vida Fedreman, cuya memoria merece ser celebrada entre la de los héroes más plausibles de su tiempo; su naturaleza fue de un lugar del círculo de Suavia en Alemania la Alta; su presencia hermosa y agraciada; el rostro blanco y el pelo rojo: afable con liberalidad y apacible con agrado: sus hazañas y singular valor le adquirieron mucha fama en pocos años; y aunque el desafecto de sus émulos atribuyó su generosidad de ánimo a soberbia, su inclinación a las armas, a inquietud; y su cortesano trato a máxima cautelosa; no hay duda, que fueron muy singulares las prendas con que lo adornó naturaleza; y a no haberse dejado llevar con tanto exceso del deseo inmoderado de mandar independiente, no hubiera hallado defecto que notarle la más curiosa atención.

CAPÍTULO IX

Sale de Coro Lope Montalvo: prende en Barquisimeto al Capitán Reinoso; y siguiendo a Fedreman entra en el Nuevo Reino: alborótanse los Saparas, y sobre su pacificación se originan discordias

CUANDO salió de Coro Fedreman, después que volvió del Cabo de la Vela, dejó encargado a Lope Montalvo de Lugo, natural de Salamanca e íntimo amigo suyo, procurase socorrerle, yendo en su seguimiento con el mayor número de gente, que pudiese adquirir su actividad y diligencia; y Montalvo viendo el empeño a que se hallaba obligada su amistad, para dar satisfacción a la confianza que de él había hecho Fedreman, algunos meses después de su partida salió de Coro con cuarenta hombres bien armados, y atravesando la serranía de Carora y valle del Tocuyo, llegó a Barquisimeto, haciendo allí alto mientras pasaban las aguas del invierno, para proseguir después su viaje por los Llanos; y en ínterin que queda acuartelado, aunque las operaciones del Gobernador Antonio Cedeño no tocan a nuestra historia; sin embargo, para claridad de lo que vamos refiriendo, es necesario apuntar algunas de ellas; y así es de advertir, que como llegasen a la

Audiencia de Santo Domingo repetidas quejas de las continuadas violencias de su obrar, deseando aplicar remedio a tanto desafuero, despachó al Licenciado Frías, su Fiscal, para que procediendo contra Cedeño, lo remitiese preso a Santo Domingo; pero como un abismo llama a otro, y de un yerro se originan muchos, para dorar Cedeño sus delitos les añadió por realce un desafuero, pues olvidado de las obligaciones de su sangre, atropellando el respeto y veneración debida a ministro de representación tan suprema, sin querer obedecer las provisiones de la Audiencia, lo puso en rigurosas prisiones, despojándolo con ignominia de todo cuanto llevaba, y temeroso del castigo que merecía tal arrojo, llevándose preso al Fiscal, se metió la tierra adentro, con el pretexto de proseguir en sus conquistas, donde le cogió la muerte; pues en el partido de Tiznados, la violencia de un veneno, que le dio una criada suya, puso fin a sus temeridades y a su vida.

Muerto Cedeño, los soldados de su campo queriendo llevar adelante la jornada, por la esperanza que tenían de dar con las riquezas del río Meta, nombraron por cabos para que los gobernasen a Pedro de Reinoso, hijo del Señor de Autillo, en Castilla la Vieja; y a Diego de Losada, hijo del Señor de Río Negro, en el Reino de Galicia; pero después sobreviniendo entre los dos algunas diferencias, por motivos, que no hace a nuestro asunto el referirlos, se dividió la gente en dos escuadras, y la una, gobernada de Diego de Losada, dio la vuelta a Maracapana, de donde habían salido, pasando de allí Losada a Coro, para darnos bastante materia a nuestra historia, como veremos en el contexto de ella; y la otra, acaudillada de Pedro de Reinoso, fue a dar a Barquisimeto, donde estaba acuartelado Lope Montalvo de Lugo, quien lo recibió amigablemente por entonces; pero sabiendo después la muerte de Cedeño y los accidentes de aquel viaje, prendió a Reinoso, y quitándole la gente que llevaba, lo despachó a Coro y de allí a Santo Domingo, donde el respeto de su sangre y la recomendación de su nobleza, fueron los mejores valedores para salir bien de algunos cargos, que le movió la voz fiscal de aquella Audiencia; y declarado por libre, casó en aquella ciudad con una señora muy ilustre, dejando (después de muchos años que vivió) vinculada su memoria a la posteridad en sucesión dilatada.

Lope Montalvo viendo aumentada su compañía con la gente que le quitó a Reinoso, luego que se sosegaron las aguas salió de Barquisimeto y

siguiendo las huellas de Fedreman, después de padecidas bastantes miserias y trabajos, a fines del año de treinta y nueve entró en la ciudad de Santa Fe con ochenta hombres (a tiempo que ya Fedreman se había embarcado para España) donde, así por la calidad de su persona, como por la circunstancia de socorro tan importante como el que introdujo en aquel reino en coyuntura que necesitaban de él, fue recibido con regocijo, y singular alegría de todos los conquistadores; y muy en particular de Fernán-Pérez de Quesada, que por ausencia de su hermano Don Gonzalo gobernaba aquellas provincias por entonces; y como su talento, su prudencia y su valor lo hacían amable en cualquier parte, se supo granjear tanta estimación y crédito en aquel reino, que con aceptación de todos sus vecinos llegó después a gobernarlo, en lugar de su primo el Adelantado Don Alonso Luis de Lugo; pero como de las parcialidades que este caballero, con su violento proceder, dejó formadas en Santa Fe entre los Caiquetíos y los Quesadas, se originaron tantas discordias, comisiones y pesquisas; tocóle a Lope Montalvo parte en el padecer, sólo por haberlo hecho la naturaleza deudo del Adelantado, cuyas desazones le obligaron a que buscando su quietud, se retirase a España a gozar de un mayorazgo que tenía en Salamanca, donde murió, desengañado con los varios semblantes que le mostró la fortuna.

En el capítulo séptimo dejamos dicho cómo luego que llegó a Coro Jorge de Spira había pasado a la isla de Santo Domingo, dejando el gobierno de la provincia a Juan de Villegas; y como con brevedad feneciese las dependencias, que iba a ajustar con los agentes de los Belzares, dio la vuelta a Coro en ocasión que los indios Saparas, que habitaban en la barra de la laguna de Maracaibo, habían dado muerte a algunos españoles, con demostraciones claras de querer sacudir el yugo de la obediencia en que vivían sujetos; y deseando Spira ocurrir a castigar este movimiento, antes que tomase fuerza la demasía, determinó ejecutar por su persona la diligencia, sobre que se ofrecieron grandes alborotos y disturbios en la ciudad; porque los soldados, llevando a mal el militar debajo de la conducta de un extranjero, y a quien miraban con horror y poca fe, por las desgracias sucedidas en la jornada de los Choques, favorecidos del Doctor Navarro, que los ayudaba con su autoridad y sus consejos, se excusaron de seguir a Spira, representándole, que de no darles cabo español que los mandase,

estaban resueltos a perder antes las vidas, que salir de Coro: y aunque a los principios el Señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas fue del mismo parecer, patrocinando también a los soldados, después, instado de las súplicas y ruegos del Gobernador, mudó dictamen, sacando la cara a su favor con tanto empeño, que predicando un día en la iglesia, dijo, que era grande maldad y desacato, que teniendo en aquella ciudad Gobernador buscasen Gobernador, y que teniendo Rey buscasen Rey; con otras palabras semejantes, que manifestaron bien lo unido que se hallaba con Spira y la facilidad con que por darle gusto había mudado de opinión; pero los soldados irritados más con las picantes palabras del sermón, se cerraron de calidad, que no hubo forma de sacarlos de su primer propósito; y como la representación del Doctor Navarro era tan atendida, que se llevaba el séquito de todos los vecinos; viendo el Gobernador que era quien con públicas demostraciones fomentaba los soldados, no quiso exponerse a lance de un rompimiento, en que pudiese quedar desairado su puesto y su autoridad; y así valiéndose de la prudencia para dar expediente a aquel empeño, tomó por medio el pretexto de fingirse enfermo, y con este motivo encargó la diligencia a Alonso de Navas, nombrándole por cabo para el castigo y reducción de los Saparas; quedando de esta suerte sosegada por entonces aquella inquietud, que llegó a dar tanto cuidado, aunque no pudieron remediarse las malas consecuencias, que de ello resultaron, como veremos después.

CAPÍTULO X

Conseguido el castigo de los Saparas, tira Navas con los soldados la vuelta de Cubagua: va el Doctor Navarro a detenerlos: préndenlo los soldados, y se lo llevan consigo a Cumaná: muere Jorge de Spira, y gobierna Villegas la provincia

DESPACHADO por el Gobernador el título de Capitán a Alonso de Navas, empezó a levantar gente para poner por obra la diligencia que se había fiado a su cuidado; y como su nombramiento había sido tan a gusto y satisfacción de todos, a porfía se le ofrecían los soldados para acompañarle en

aquel caso; pero no queriendo llevar más gente, que la que le pareció ser necesaria, escogió cien hombres, los que discurrió más a propósito, y con ellos salió de Coro en busca de los Saparas, a quienes con facilidad desbarató en dos encuentros, cogiendo a los más culpados en el movimiento de su intentada rebelión, que presos, con buenas guardas remitió al Gobernador.

Fenecida con tanta brevedad la expedición, como los soldados se hallaban disgustados con el dominio alemán, cuyo gobierno aborrecían, por el poco provecho que lograban de militar en sus banderas; viéndose al presente en libertad quisieron lograr la ocasión de huir el cuerpo a sujeción tan pesada; y resueltos a no volver más a Coro, determinaron tirar para Cumaná, para pasarse a la isla de Cubagua, donde por las muchas perlas que se sacaban entonces, ocurría mayor número de gente, que a las demás partes de la costa; y poniendo por obra su propósito, empezaron a caminar con ánimo de entrar por la serranía, dejando a la parte del Norte la ciudad para salir al Tocuyo, y de allí por el desembocadero, atravesando los Llanos, pasar a Cumaná; pero algunos de los soldados, arrepentidos de resolución tan temeraria, pareciéndoles, que emprender un viaje tan dilatado, aun cuando se llegase a conseguir, había de ser a costa de innumerables afanes, sin que los compañeros los sintiesen se huyeron una noche, y por caminos extraviados dieron la vuelta a Coro, avisando al Gobernador de todo lo que pasaba; de que sentidos Spira y el Señor Obispo, clamaban, prorrumpiendo en quejas, con palabras muy descomedidas contra el Doctor Navarro, cargándoles la culpa de todo lo sucedido, por haber sido causa con su protección y empeño, para que aquella pacificación se hubiese encargado a Navas; dando motivo para que los soldados tuviesen coyuntura de ejecutar aquel atrevimiento, dejando la ciudad desproveída y expuesta a la violencia de una invasión enemiga; y como a esto se añadiesen las protestas de los factores y aliados de los Belzares, por el menoscabo y pérdidas que podía padecer su compañía, se vio tan apurado el Doctor Navarro, que por librarse de la calumnia, que todos le imputaban, y sosegar aquella pública conmoción que había formado contra él el sentimiento, se ofreció a ir en persona a reducir los soldados, y volverlos a traer a la ciudad; y para ello, juntando sesenta hombres bien armados, tomó el camino de la costa hasta

el puerto de la Borburata y por allí salió a Barquisimeto, para atajarles el paso antes que se metiesen en los Llanos; y como Navas y su gente caminaban a pie y por tierras ásperas, hubo tiempo para que Navarro llegase primero, y se pusiese a esperarlos en una población de indios Ajaguas; pero los soldados sabiendo en el Tocuyo que estaba allí Navarro, torcieron el camino y por un lado se entraron en los Llanos por el desembocadero de Baraure, sin parar hasta las orillas del río Pao.

Pocos días después llegó a saber Navarro su pasada, y tirando a largas jornadas en su alcance, gobernándose por las noticias que iba adquiriendo de los indios, hubo de dar con ellos en el Pao, donde todavía se hallaban detenidos; y reprendiéndoles con ásperas palabras el delito cometido en deserción tan inicua, les afeó la ingratitud con que habían correspondido a su fineza, pues habiendo él sacado la cara a defenderlos, contra el dictamen de Spira y del Señor Obispo, daban motivo con aquella resolución intempestiva a que todos le atribuyesen (con razón) la culpa de su fuga.

Pero satisfaciendo los soldados a este cargo, le respondieron con la veneración debida a su persona, que el desamparar la provincia no era efecto de deslealtad, pues como vasallos amantísimos del Rey deseaban perder la vida en su servicio; pero que el punto de buenos españoles no les permitía pasar por la ignominia de vivir sujetos al tirano gobierno de los Belzares, teniendo expuestas las vidas y las honras al arbitrio violento de un dominio extranjero; y que así, mientras las cosas de Coro corriesen con aquel temperamento que tenían entonces, no se cansase en persuadirlos, porque sería en vano cualquiera diligencia que intentase para moverlos de la firme determinación en que se hallaban de no quedar en la provincia: que harto sentían hubiese tomado el trabajo de venir a buscarlos, por ser preciso quedase desairado en aquel lance, y ellos mortificados de no poder dar gusto en la ocasión a quien siempre habían venerado por padre y reconocido por amparo.

No le pareció bien a Navarro la respuesta y sentimiento de aquella terquedad; volvió a replicarles con enojo, tratasen de disponerse para volver a Coro, porque de resistir a su mandato, haría que concediesen a la fuerza, lo que negaban al ruego. Reportáronse con esto los soldados y callando dieron a entender estaban prontos a seguirle, por ocultar con aquel fingimien-

to su intención, valiéndose del disimulo, para que descuidándose Navarro pudiese tener logro más seguro lo que tenían pensado; y conociendo que su Capitán Navas, obligado de las razones de Navarro, estaba en ánimo de volver a Coro, no quisieron consultar con él su determinación; antes privándolo del puesto, sin que lo llegara a entender, con gran secreto nombraron entre todos por caudillo a uno, llamado Pancorbo, y con su parecer aquella noche, estando el Doctor Navarro sin aquel recato y vigilancia, que debiera prevenir, según la ocasión en que se hallaba, dieron de repente sobre él, y cogiéndolo descuidado, le quitaron las armas y caballos, pagando con aquel ultraje la culpa de su confianza.

Sentidísimo quedó Navarro con el escozor de burla tan pesada; y viéndose desarmado y expuesto a la discreción de los soldados, se valió de la humildad para dorar su desaire, pidiéndoles con encarecimiento, atendiesen a la representación de su persona, para no permitir quedase avergonzado con la infamia de semejante despojo; y que en satisfacción de los buenos oficios, que siempre había interpuesto en su defensa, le restituyesen sus armas y caballos para volverse a Coro; pero los soldados envanecidos con la altivez que les ocasionaba el buen suceso, sin hacer caso de las humildes representaciones de Navarro, le respondieron, que algunos caballos le darían, para que pudiese con su gente pasar seguro entre los indios, y que sin esperar de ellos otra cosa, ni gastar el tiempo en persuadirlos, se volviese luego, pues guardando el respeto que debían a su persona, no intentaban que experimentase detención, ni padeciese molestia: resolución, que conocida por Navarro, no teniendo cara para volver a Coro a ser blanco de los enojos de Spira, y asunto de la irrisión de todos, determinó pasar con los soldados a Cubagua, de que quedaron ellos muy contentos, considerando llevaban por compañero en su fortuna al que había tenido por contrario en su opinión; y aunque toda la gente de Navarro quiso seguir el mismo rumbo, no lo consintieron los soldados, por el recelo que les causó la novedad de movimiento tan extraño, temiendo alguna traición, disimulada en los disfraces de una voluntad fingida; y admitiendo sólo cuatro, los más afectos a Navarro, despacharon a Coro los demás con tres caballos y algunas armas que les dieron para su defensa; y ellos en prosecución de su derrota, entrándose por los Llanos, sin más guía que el tino de una demarcación

imaginaria, al cabo de algunos meses, en que padecieron bastantes penalidades y miserias, llegaron a Cumaná y de allí pasaron a la isla de Cubagua, que era el fin a que siempre había aspirado el ansia de sus deseos.

Ya en este tiempo era pasada gran parte del año de cuarenta[xxx] en el cual el día doce de junio murió en Coro el Gobernador Jorge de Spira, dejando encargado el gobierno de la provincia al Capitán Juan de Villegas, que a la sazón era Alcalde mayor de la ciudad, para que lo tuviese a su cuidado, hasta tanto que la Audiencia proveyese la vacante; y teniendo el Doctor Navarro esta noticia en Cubagua, aunque siempre había hecho el ánimo de no volver más a Coro; pareciéndole que mudado el teatro con la muerte de Spira habrían tomado otro semblante las materias y podría sin embarazo, fenecer las comisiones que habían quedado suspensas; se embarcó en una piragua y llegando en pocos días de navegación a Coro, sin atender a otra cosa procuró finalizar con brevedad cuanto tenía a su cuidado, retirándose después a la quietud de su casa en la ciudad de Santo Domingo, donde tenía haciendas muy cuantiosas, sin necesitar de comisiones para vivir con descanso.

CAPÍTULO XI

Nombra la Audiencia por Gobernador al Señor Obispo Bastidas; entra Pedro de Limpias a la laguna de Maracaibo; y sale Felipe de Utre a descubrir el Dorado

SABIDA en Santo Domingo la muerte de Jorge de Spira, nombró la Audiencia por Gobernador interino al Señor Obispo Don Rodrigo de las Bastidas; y por su Teniente General para las cosas de la guerra y nuevos descubrimientos, a Felipe de Utre, caballero alemán, pariente muy cercano de los Belzares, mancebo de poca edad, pero de mucha prudencia, cuyos despachos remitidos con brevedad a Coro, fue recibido el Señor Obispo al ejercicio de su nuevo empleo el día siete de diciembre del mismo año de cuarenta, empezando desde luego a disponer las cosas de la provincia, con más respeto a las atenciones del bastón, que a las obligaciones del

xxx. Año de 1540.

báculo, pues dejándose llevar de aquella constelación que corría entonces, de querer todos los ministros en las Indias aspirar al renombre de conquistadores; luego que tomó su posesión despachó a la isla Española por gente, armas y caballos, para poner en planta las militares empresas, que tenía premeditadas; y hallándose falto de medios para satisfacer el costo preciso de su conducción, envió a Pedro de Limpias (que mal hallado en el Nuevo Reino, donde entró con Fedreman, se había vuelto a la querencia de Coro) con una escuadra de soldados a la laguna de Maracaibo, para con el precio de los indios que se cogiesen dar cumplimiento a las deudas, que para el apresto se habían contraído en la Española.

Ya era por el año de cuarenta y uno[xxxi] cuando Pedro de Limpias llegó a Maracaibo, y como práctico antiguo de toda su laguna, dispuso la expedición de suerte, que con facilidad aprisionó quinientas piezas, entre varones, niños y mujeres, que conducidas a Coro y entregadas al Señor Obispo, pasaron por la desdicha de una triste esclavitud[xxxii], pues vendiéndolas a diferentes mercaderes, hizo que la libertad de aquellos miserables sirviese de satisfacción a los empeños, que sin necesidad contrajo por las vanidades de su antojo; y animado con el buen suceso de operación tan inhumana, como indigna de que la ejecutase un prelado, trató luego de disponer, que su Teniente General Felipe de Utre saliese a nuevas conquistas, a que instaban mucho algunos de los que fueron con Spira, persuadidos a que po-

xxxi. Año de 1541.

xxxii. Fr. Ped. Sim. not. 5, cap. I[5].

5. La cita no aparece completa; los números son añadidos por Guillermo Morón en su edición para la Biblioteca de Autores Españoles.
Tanto Oviedo y Baños como fray Pedro Simón y fray Pedro de Aguado critican duramente la gestión del obispo Bastidas, acusándolo de traficar con esclavos; Oviedo no dice que los esclavos fueron enviados a Santo Domingo, como sí lo dicen Simón y Aguado (todas las referencias a fray Pedro de Aguado las hemos tomado de la edición en dos tomos publicada en Madrid por la imprenta y editorial Maestre en 1950, cuyo título es *Historia de Venezuela* –la alusión al obispo Bastidas corresponde al libro III, capítulo 1).
Eduardo Arcila Farías en *El régimen de la encomienda en Venezuela* cuestiona los cargos contra Bastidas, alegando que de ser ciertos se encontraría denuncia en alguna de las cartas de Juan Pérez de Tolosa al Rey (la referencia está en la p. 33 de la edición publicada en Caracas por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Economía, en 1966).

drían lograr mejor fortuna con la experiencia de los yerros cometidos en la primera jornada, pues siempre atribuyeron sus fatalidades a desaciertos, originados de la mala dirección de Spira; y como Pedro de Limpias por su parte fomentase la materia, asegurando por ciertas las noticias que había adquirido cuando entró con Fedreman al Nuevo Reino de unas opulentas provincias, que demoraban hacia la parte del Sur, fue fácil disponer lo necesario y mover los ánimos para la entrada; de suerte, que en breves días se halló Felipe de Utre prevenido de un todo para ciento treinta hombres, que le seguían voluntarios, a cargo de los Capitanes Bartolomé Belzar, Sebastián de Amescua y Martín de Artiaga, con los cuales salió de Coro por el mes de junio del mismo año de cuarenta y uno, llevando por Maestre de Campo a Pedro de Limpias, quien para hacer más plausible y apetecido aquel descubrimiento, empezó a intitular las provincias, que había de conquistar, con el rumboso nombre del Dorado: apelativo, que el año de treinta y seis, estando en Quito, inventaron los soldados de Don Sebastián de Benalcázar, por la fantástica relación que les dio un indio de un poderoso reino, que por la parte de los Llanos caía hacia el Oriente, o por disposición diabólica (que es lo más cierto) para que esparcido después por toda la América fuese causa de tantas muertes e infelicidades como ha llorado la nación española en cuantos, llevados de la fama de estas mentidas provincias, han intentado buscar sus fingidas riquezas.

Habiendo, pues, salido Felipe de Utre de la ciudad de Coro, por ser viaje más acomodado tomó el camino por la costa de la mar, pasando las cincuenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata; y de allí atravesando la corta distancia que se interpone de serranía, salió al mismo sitio, donde después se fundó (y hoy permanece) la ciudad de la Valencia, donde buscando el desembocadero de Barquisimeto entró en los Llanos, siguiendo siempre los mismos pasos que llevó Fedreman en su jornada, hasta dar con el pueblo, que éste llamó de la Fragua, y Jorge de Spira de Nuestra Señora, en la provincia de Maruachare, donde le pareció preciso el alojarse por algún tiempo, así por dejar quebrantar las aguas del invierno, como por informarse y adquirir con fundamento alguna luz o noticia de las tierras que buscaba; y como para este efecto, con diferentes preguntas ejecutase entre los indios las diligencias posibles, hubo de saber con claridad

cómo pocos días antes (llevado del mismo fin) había pasado por allí Hernán Pérez de Quesada con doscientos cincuenta hombres y porción considerable de caballos; porque engañado también de la ponderación y circunstancias con que los soldados de Benalcázar pintaban en el Nuevo Reino los tesoros y excelencias de su mentido Dorado, abandonó la felicidad y conveniencias que gozaba, gobernando sus provincias en ausencia de su hermano Don Gonzalo, por seguir la incertidumbre de una dudosa esperanza: inadvertencia, que cuando no tuvo remedio le dio a conocer su desengaño, pues derrotado y perdido, estimó, por particular favor su fortuna, el poder salir a la ciudad de Pasto en la gobernación de Popayán, después de consumidos dos años en excesivos trabajos, sin conseguir otro fruto, que haber comprado a precio de su constancia las veras de un escarmiento.

Esta noticia de haberle ganado Hernán Pérez por la mano causó en Felipe de Utre tan confusos pensamientos, que no se le ofrecía medio a la imaginación en que no hallase algún tropiezo su discurso, pues si se resolvía a seguir la misma derrota de Hernán Pérez, consideraba, que llevándole la delantera con tan superior número de gente, aún en caso que la fortuna le deparase algún poderoso reino, siempre había de gozar las ventajas de primero, quedando él y los suyos defraudados del premio de sus fatigas y atenidos sólo a las cortas conveniencias, que les quisiesen dar como a auxiliares.

Por otra parte discurría, que exponerse Hernán Pérez a la contingencia de una conquista dudosa, desamparando tan opulentas provincias como las que gobernaba, no era acción que permitía la prudencia, si no fuera llevando noticias ciertas, que le afianzasen una esperanza segura de descubrir mayor reino; cuya capacidad no podía ser tan limitada, que faltase lugar para que él y su gente, sin servir de embarazo a la de Hernán Pérez, pudiesen quedar aprovechados: dictamen, que comunicado con los otros capitanes principales de su campo, les pareció a todos tan seguro, que se determinaron a seguirlo; y sin aguardar a más, porque en la tardanza no consistiese el peligro, empezaron a marchar, llevando por guía siempre los rastros que había dejado Hernán Pérez; y aunque no faltaron algunos inconvenientes, que pudieran haberles retardado en el camino, se dieron tal prisa en atropellarlos, que con brevedad llegaron a dar vista a la provincia

de Papamene, cuya situación empieza a las espaldas de Timana, en la gobernación de Neiba.

En uno de los pueblos de esta provincia se alojó por algunos días Felipe de Utre; y como entre sus vecinos hallase un indio, que según la madurez de sus acciones, sosiego de sus palabras y gravedad de su persona, manifestaba ser de gente ilustre, procuró informarse de él muy por extenso, sobre las conveniencias que buscaba en aquel viaje que seguía; y satisfaciendo el bárbaro a sus preguntas con aquella ingenuidad que es propia de un pecho noble, le advirtió el error que cometía en seguir el rumbo que llevaba, pues no mudando de dictamen, encontraría por allí su perdición en manos de su temeridad, como la habrían ya experimentado los otros españoles, que habían pasado primero, por ser todas aquellas comarcas países inhabitables, ajenos de humana huella, por lo áspero de sus montañas y destemplanza de su clima; pero que si tomando su consejo quisiese volver atrás, hallaría lo que deseaba, pues él se ofrecía acompañarlo hasta dejarlo introducido en unas tierras muy ricas, pobladas de mucha gente y abundantes de oro y plata; para lo cual era necesario caminar desde aquel sitio, llevando siempre la cara al nacimiento del sol, hasta dar con la ciudad de Macatoa, fundada sobre las riberas del celebrado río Guayuare; y en prueba de la verdad en que fundaba su oferta, enseñó a Felipe de Utre unas manzanas o nísperos de oro, que dijo haber traído un hermano suyo, que había venido de ella.

No fueron bastantes las circunstancias, que acreditaban esta relación de verdadera, para que Felipe de Utre variase el tenaz propósito de seguir las pisadas de Hernán Pérez, persuadido a que en esto consistía el logro de sus aumentos y que otra cualquiera derrota que tomase era despreciar sin fundamento, la dicha que le ofrecía su fortuna; y así, sin hacer caso de las advertencias del indio, ni de los pareceres de muchos de sus soldados, que se inclinaban a seguirlo, desalojó el campo entrado ya el año de cuarenta y dos[xxxiii] y empezó a marchar por los rastros que había dejado Hernán Pérez, llevando consigo al indio, que le acompañó gustoso por espacio de ocho días; pero viendo que ni lo inaccesible de las montañas, ni lo caudalo-

xxxiii. Año de 1542.

so de los ríos, ni lo continuado de los tremedales y pantanos desengañaban a Felipe de Utre, para que conociese la verdad con que le había informado, y que de proseguir por el camino que llevaba era entregarse sin remedio al desastrado fin de una muerte lastimosa, que amenazaba a todos: dejándolos descuidar se puso en huida una noche y se volvió para su pueblo, compadecido al ver la ceguedad con que se querían perder aquellos hombres por su gusto.

CAPÍTULO XII

Prosigue Utre en su descubrimiento: gobiernan la provincia Diego de Boica[6], y Henrique Rembolt: pasa Villegas a Maracapana, y nombra la Audiencia por Gobernador al Licenciado Frías

LA INOPINADA fuga de aquel indio a vista de las penalidades y falta de salud, que por lo desapacible del terreno y lo nocivo de su temperamento, habían experimentado en el término corto de ocho días, fue de tan general desconsuelo, que prorrumpiendo en quejas los soldados, para desahogar su sentimiento, ponderaban con publicidad el desacierto de haber menospreciado los consejos y anticipadas prevenciones de aquel indio, sin atender a las conveniencias, que se pudieran lograr, buscando aquellas provincias que aseguraba su oferta; pero aunque estas voces, ayudadas del común desabrimiento con que se hallaban todos, llegaron a noticia de Felipe de Utre nada fue bastante para que dejase el obstinado tesón en que había dado de seguir las pisadas de Hernán Pérez, pues parece que negando su fuerza a la razón, buscaba de propósito su ruina, hasta que los continuados trabajos, enfermedades y muertes, que por instantes se le iban aumentando, y las repetidas advertencias con que le aconsejaban los más cuerdos, hubieron de reducirlo a torcer el camino sobre la mano izquierda hacia el Sureste, dejando el que llevaba Hernán Pérez siempre al Sur, por cuyo rumbo a pocos días de jornada llegaron a descubrir una punta de sierra

6. Hemos conservado el nombre de *Diego de Boica* tal como aparece en el texto (otras versiones lo presentan como *Boiza*, *Buiza* o *Boiça*).

alta, que por prolongada distancia se entraba en los Llanos (a quien llamaron la punta de los Pardaos) y considerada a la primera vista, les pareció distinta cordillera de la que habían seguido desde Barquisimeto: circunstancia, que les movió a apresurar el paso para reconocerla más de cerca, teniendo ya por conseguido el logro de sus intentos, por ser una de las noticias que llevaban para el descubrimiento de su fingido Dorado, tener su situación esta provincia al pie de otra serranía, en el todo separada de la que caminando al Sur había siempre servido de norte en las entradas, que se habían hecho en los Llanos: pero estas alegres esperanzas que había formado el deseo, se marchitaron en flor a la luz del desengaño, pues conocieron después con evidencia ser aquella punta ramo de la misma cordillera, que siempre habían traído a la vista en su jornada.

Ya era esto a tiempo que empezaba el invierno a inundar con sus aguas las campañas, y huyendo las incomodidades de aquel terreno bajo, hallándose imposibilitados por entonces de poder volver atrás, tomaron por partido repechar la punta de los Pardaos, para alojarse en ella hasta que entrase el verano; pero como el distrito era poco habitado, y por esta razón falto de bastimentos, fue tan grande la necesidad que padecieron de ellos, que llegaron a extremo de perecer, pues el mayor sustento que tal vez podían por dicha adquirir, era un bollo de maíz, que puesto a la boca de un hormiguero, hasta que se cubría de hormigas, lo iban amasando con ellas repetidas veces, hasta que llegaba a componerse de más hormigas que masa; teniendo este grosero alimento por el único remedio para mantener la vida. Y como aún esto no llegaban a conseguirlo todos, hubo muchos, que apretados de la hambre no dejaron asquerosa sabandija de cuantas produce la tierra con que no procurasen remediarla; de que resultó hincharse algunos, caérseles a otros los cabellos, barbas y cejas; y finalmente, llenos todos de pestíferos tumores y úlceras venenosas, convertirse aquel afligido escuadrón en un teatro de miserias y un hospital de desdichas; hasta que minoradas las aguas, huyendo Felipe de Utre de tanta infelicidad como había experimentado, por la obstinación de su mal consejo, dio la vuelta por diferente camino del que había llevado (aunque con mayores trabajos, por la mucha gente enferma que tenía) en demanda del pueblo de Nuestra Señora, donde llegó a principios del año de cuarenta y tres, habiendo consumido un año

entero desde que salió de él en seguimiento de Quesada; y donde lo dejaremos por ahora, mientras damos noticia de lo que por este tiempo sucedía en Coro.

Por junio del año de cuarenta y uno, que fue cuando salió Felipe de Utre de la ciudad de Coro, dejamos en ella al Señor Obispo Bastidas envuelto en los aplausos de Capitán General de la provincia: ejercicio a que lo inclinaba lo generoso de su bizarro espíritu y ocupación; que le duró hasta principios del de cuarenta y dos, en que habiéndolo promovido su Majestad al Obispado de Puerto Rico (y por su ascenso presentado para esta diócesis al Doctor Don Miguel jerónimo Ballesteros[xxxiv] Deán que era de la catedral de Cartagena) le fue preciso embarcarse para su nueva iglesia, dejando encargado el gobierno militar y político a Diego de Boica, Comendador del Orden de Cristo, hijo de padres portugueses, aunque nacido en Castilla, caballero de grandes prendas y singular expediente para cualquiera negocio; a quien la Audiencia de Santo Domingo, teniendo presente la calidad de su persona, confirmó después en el empleo, aprobando el nombramiento hecho por el Señor Bastidas; y si bien antes del año despachó nuevo título de Gobernador interino a Henrique Rembolt, de nación alemán, que asistía en Coro por Factor de la compañía de los Belzares, para cuya mudanza varían las opiniones, sobre los motivos, que obligaron a la Audiencia. El cronista Herrera dice, que por haberse huido Boica a la provincia de Honduras[xxxv], temeroso de algunos delitos, cometidos en el

xxxiv. Jil Gonz. Tea. Ecles. tom. I[7].

xxxv. Her. Déc. 7. I. 10 & 16[8].

7. Gil González Dávila menciona el nombramiento de don Miguel Jerónimo Ballesteros para esta sede en el año de 1543, habiendo previamente sido deán de Cartagena de Indias, agregando que no tuvo más noticias de dicho prelado (hemos consultado el *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias Occidentales, vidas de sus arzobispos, obispos, y cosas memorables de sus sedes* en la edición príncipe de 1649, publicada en dos tomos en Madrid por Diego Díaz de la Carrera).

8. La cita de Antonio de Herrera no coincide, parecería haber un error de impresión pues la referencia correcta está en el libro X, capítulo 16 de dicha *Década séptima.*

gobierno; y el Provincial Fray Pedro Simón asegura[xxxvi], que por haberlo empleado la Audiencia en ocupaciones de mayor consecuencia; y siendo ambas opiniones apoyadas de autores de tanto crédito, no habiendo hallado instrumento auténtico de aquel tiempo, que favorezca a alguna de ellas, suspendo el juicio, quedándome neutral entre los dos, para que el lector siga la que le pareciere más conforme, pues como quiera que ello fuese, no hay duda que en lugar de Boica entró a gobernar la provincia Henrique Rembolt por fines del año de cuarenta y dos, en ocasión, que así por las pocas conveniencias, que gozaban los vecinos, como por la mucha gente que se había consumido en tan repetidas, como infructuosas jornadas, originado todo de la mala disposición y gobierno de los alemanes, se hallaba la ciudad de Coro tan destruida, y falta de moradores, que los pocos que le habían quedado, viendo la mala forma que tenían de mantenerla, trataban de despoblarla, retirando sus familias a las provincias vecinas.

A esta resolución se opuso siempre Juan de Villegas, conociendo, que de llegar a efecto resolución tan intempestiva, era abandonar con descrédito lo que hasta allí se había mantenido con valor; pues desamparar una provincia tan principal, erecta ya en obispado, y donde quitado el violento y ambicioso gobierno de los alemanes, se podían lograr las comodidades, que ofrecía lo fértil de su terreno, era una acción tan fea e irregular, que nunca podría librarse de la nota de culpable; y arbitrando el remedio para sosegar los ánimos de los que intentaban semejante novedad, se determinó a pasar personalmente a Cubagua y Cumaná a buscar gente que traer a Coro de la mucha que en aquellas partes andaba en aquel tiempo entretenida en el trato inhumano de cautivar indios, para venderlos por esclavos: dictamen, que habiéndolo comunicado con Rembolt, le pareció acertado; pero para mayor facilidad de la materia, tuvo por conveniente ejecutarse el viaje en compañía de Diego de Losada, quien ya por entonces tenía su residencia en Coro, donde se había avecindado, después que separado del Capi-

---

xxxvi. Fray Pedro Sim. not. 5 cap. 4[9].

9. La nota de fray Pedro Simón es correcta: éste remite a Antonio de Herrera mencionando la discrepancia de opinión. Es interesante ver cómo Oviedo habla del gran respeto debido a los cronistas anteriores cuando en otras partes simplemente los corrige. Aquí, tal como él lo señala, no tiene pruebas para apoyar ninguna de las dos opiniones.

tán Reinoso con la muerte del Gobernador Cedeño, dio vuelta a Maracapana con la gente que le seguía, como dejamos apuntado en el capítulo nono de este libro, pues como persona práctica y de conocida autoridad en aquellas provincias, por haber militado en ellas de Cabo superior, sería bastante su respeto para conseguirlo todo; y así, dándoles igual poder y comisión a entrambos (con veinte hombres que les sirviesen de escolta, entre los cuales iba el Contador Diego Ruiz Vallejo) los despachó a ejecutar aquella diligencia, en cuyo logro tenían puesta la esperanza para su único remedio.

Ya era por el mes de marzo del año de cuarenta y tres cuando Villegas y Losada salieron de Coro, encaminando el viaje por la costa hasta el puerto de la Borburata, y pasada la serranía se entraron por los Llanos, dejando que admirar a nuestros tiempos la resolución y valor de aquellos hombres, pues atravesaron más de doscientas leguas de camino, tan pobladas de bárbaras naciones y diferentes peligros, que aún el día de hoy se hacen impracticables al corazón más atrevido; pero vencidos todos los embarazos con el tesón y el sufrimiento, hubieron de llegar a Cumaná, donde Villegas, usando de particular comisión, que llevaba de Rembolt, trató con las justicias de Cubagua se declarasen los límites hasta donde llegaba la jurisdicción de esta provincia, mediante a que el Emperador en la capitulación hecha con los Belzares les tenía concedido desde Maracapana, hasta el Cabo de la Vela, cuyos despachos vistos y reconocidos, se halló estar comprendido aquel distrito en lo perteneciente a la gobernación de Venezuela, y con este motivo, en virtud de la facultad, que Villegas llevaba de Rembolt, tomó la posesión de él por ante Andrés de Andino, escribano de Cubagua, empezando desde luego a ejercer jurisdicción civil y criminal, como Justicia mayor de aquel partido, mediante el título que para en tal caso le había dado el Gobernador.

Concluida tan a favor esta materia, trataron luego de poner por obra lo principal que llevaban a su cuidado, y había sido la causa de su viaje, en que hubo poco que hacer; porque como la gente desperdigada que asistía en aquellas costas era mucha, y la veneración, que se habían adquirido los que lo solicitaban era tanta, fue fácil en breve tiempo juntar noventa y seis hombres, unos movidos del respeto, a que no pudieron excusarse, y otros lleva-

dos de la esperanza que los animaba de mejorar de fortuna, con los cuales y ciento diez y siete caballos se volvieron para Coro. Pero como la independencia en el mandar sea un punto tan apetecido y delicado, que a la más leve acción que la perturbe no hay talento que no falsee, ni prudencia que no peligre; siendo igual la autoridad y dominio en Villegas y Losada, no pudieron avenirse en el gobierno de aquella corta escuadra de soldados sin que se originase alguna emulación entre los dos, que empezando por sentimientos secretos, pasó a disgustos conocidos hasta llegar a disturbios declarados; con tal tesón de ambas partes, que la enemistad concebida en este caso les duró después toda la vida; de que se causaron inquietudes bien perjudiciales en la provincia, así por haberse extendido la discordia entre parciales y amigos, como por haber procurado cada uno de los dos abatir por todos medios la parte de su contrario.

Iguales efectos, nacidos de semejante causa, se experimentaban al mismo tiempo en Coro; porque habiendo muerto el Gobernador Henrique Rembolt, y dejado el gobierno a cargo de los Alcaldes ordinarios, Bernardino Marcio y Juan de Bonilla, cada uno pagado de su dictamen, con resoluciones encontradas empezaron a disponer las cosas a su modo, con tal confusión, que lo que el uno mandada, el otro contradecía; y no sabiendo los vecinos a cuál debían obedecer, se redujo la ciudad a tan monstruoso desorden, que sólo veían en ella injusticias, sobornos y violencias, a que sin miedo, ni temor habían soltado la rienda los Alcaldes.

En este desconcierto se hallaba aquella afligida república, cuando por el mes de septiembre del año de cuarenta y cuatro[xxxvii] llegaron a ella Villegas y Losada con el socorro que traían de Cubagua y Cumaná; y, o fuese por el recelo que les causó a los Alcaldes la autoridad y respeto de estos caballeros, o por el temor que habían concebido con la noticia que ya tenían, de que la Audiencia de Santo Domingo, enterada de sus excesos, había nombrado por Gobernador de la provincia, para que aplicase el castigo que merecían sus delitos, al Licenciado Frías, su Fiscal; no teniéndose por seguros, con la desconfianza de su mal obrar, se huyeron una noche con tal secreto y prevención, que jamás se supo de ellos, ni la parte donde

xxxvii. Año de 1544.

fueron a parar, quedando la ciudad por este medio, libre de aquellos males presentes, para entrar padeciendo los que veremos después.

CAPÍTULO XIII

Llega Juan de Carvajal a Coro, falsea las provisiones de la Audiencia, e introdúcese a Gobernador; sale Felipe de Utre del pueblo de Nuestra Señora, y llega a dar vista a Macatoa

ANTES que el Fiscal Frías se pudiese disponer para salir de Santo Domingo llegó a aquella ciudad la noticia de la fuga que habían hecho los Alcaldes de Coro; y pareciéndoles con esta novedad, que ya para el remedio no era tan necesaria su presencia, teniendo a su cuidado algunas comisiones, que le había conferido la Audiencia para la isla de Cubagua; tuvo por más conveniente pasar primero a fenecerlas, para después, libre de aquel embarazo, entrar de asiento al goce de su gobierno; y poniendo por obra esta resolución, se embarcó para Cubagua, enviando a Coro a Juan de Carvajal (y no Francisco, como lo han llamado algunos), Relator de la misma Audiencia, a quien traía por su Teniente General, para que tomando la posesión en su nombre, gobernase la provincia mientras duraba su ausencia.

Con esta orden y alguna prevención de gente, armas y caballos, se hizo Carvajal a la vela al mismo tiempo que Frías; pero sobreviniéndole en la travesía algunos vientos contrarios, sin poder coger a Coro, hubo de desembarcar a principios del año de cuarenta y cinco[xxxviii] en el puerto de Paraguaná, algunas leguas más a sotavento, a donde con la noticia de su llegada pasó luego Juan de Villegas a recibirlo, así por cumplir con la atención y urbanidad que merecía la representación de su puesto, como porque hallándose ya empeñado a cara descubierta en la enemistad con Diego de Losada, quiso ser el primero en el obsequio para granjear la gracia de Carvajal, y a su sombra (teniéndolo de su parte) lograr cuantos tiros pudiese disponer el desafecto para destruir a Losada, como lo consiguió su sagacidad mañosa, porque hallando disposición en el ánimo traidor de Carvajal,

xxxviii. Año de 1545.

tuvo lugar de impresionarle cuanto le dictó su emulación para descomponer a su contrario, de suerte, que llegado a Coro, como iba revestido de los apasionados informes de Villegas, puso cuidado en observar los más mínimos movimientos de Losada; y conociendo que por lo respectivo de su persona, lo afable de su condición y lo cortesano de su trato era bien quisto en la ciudad, gozando particular dominio en la voluntad de todos, receló, como cauteloso, que hombre de semejantes prendas no convenía tenerlo presente a sus designios, por el embarazo que podría poner su autoridad a las tiranías, que pensaba ejecutar su alevosía; pero no atreviéndose a romper sin causa con Losada, para tener pretexto (que a lo menos en lo aparente) calificase por justa cualquiera resolución, que emprendiese su temeridad, le dispuso con malicia algunos lances en que pudiese tropezar precipitado; pero Losada, conociendo el fin a que tiraba su intento depravado, gobernándose por aquella prudencia superior con que le dotó el cielo, tomó por ocasión algunas aparentes conveniencias, que en otra parte le ofrecían los accidentes del tiempo; y con este motivo, antes que llegase el caso de experimentar algún ajamiento en su persona, desamparó la provincia, quitándose del riesgo, para ver desde lejos los efectos de aquella tempestad, que amenazaba en Coro.

Libre Carvajal de sus recelos con la ausencia de Losada, empezó a poner en planta las máximas que tenía premeditadas en su idea, dando principio a ellas con una maldad, que sólo la pudiera haber forjado su atrevimiento, pues tratando de levantar gente para entrar a poblar el valle del Tocuyo, para que los soldados le siguiesen con más obediencia, o mejor gana, falseó las provisiones de la Audiencia, y quitando en ellas el nombramiento que tenía de Teniente General, lo hizo de Gobernador, aunque con tan poca destreza, que conociendo muchos el engaño, se opusieron a su recibimiento, alegando la falsedad de los despachos; pero siendo más el número de los que tenían su parte, y calificaban el título de verdadero, fue en virtud de él recibido por Gobernador de la provincia; y como tal nombró luego por su Teniente General a Juan de Villegas, a quien se le siguieron después por esta causa bastantes pesadumbres y cuidados, como adelante veremos.

Puesto Carvajal en posesión de su Gobierno; trató con más empeño de

juntar gente para efectuar su entrada, valiéndose de violencias y rigores para obligar a los más que le siguiesen; de que exasperados muchos de los vecinos, y en particular los que se hallaban en conocimiento de ser intruso su gobierno, queriendo antes vivir entre las fieras, que estar sujetos al arbitrio de un tirano, se huyeron de la ciudad y acogieron en los montes; pero buscados con diligencia de su enojo, en los que pudo haber a las manos ejecutó crueles castigos su venganza: causa para que los demás, o temerosos, o advertidos se ofreciesen a seguirle voluntarios, juntando de esta suerte hasta doscientos hombres proveídos en abundancia de todo lo necesario, porque cuidadosamente no dejó en la ciudad caballo, ni arma que no llevase consigo, para que el Fiscal Frías, cuando viniese de Cubagua, se hallase tan imposibilitado, que no pudiese entrar en su alcance, para aplicar remedio a sus excesos.

Con esta disposición partió Carvajal de Coro, y atravesada la serranía de Carora, salió con su campo al valle del Tocuyo, donde tomó su alojamiento muy despacio, y lo hallaremos después, por sernos ya preciso para la encatenación de los sucesos buscar a Felipe de Utre, a quien dejamos en el pueblo de Nuestra Señora tan deseoso de volver a buscar las tierras de que le dio razón el indio de Papamene, que sin temor de los imponderables trabajos y desdichas que había padecido en su descubrimiento, no obstante hallarse con muy poca gente, por la mucha que le habían consumido la hambre y las enfermedades en viaje tan dilatado, se determinó a no dar paso atrás hasta perder la vida en la demanda; pero para poder seguirla con algún fundamento, que le diese esperanza de lograrla, todo el tiempo que le fue preciso detenerse en aquel sitio, mientras sus soldados conseguían algún descanso de las pasadas fatigas, y alguna convalecencia de los achaques presentes, no cesó en hacer exactas diligencias por ver si había entre los pueblos confinantes algunos indios que conformasen con la noticia que le dio el de Papamene: materia en que anduvo afortunado, pues halló muchos que conviniendo en las circunstancias de la misma relación, sólo variaron en el nombre de la nación que habitaba aquellas ricas provincias, pues éstos llamaban Ditaguas a los que el otro había intitulado Omeguas; pero no haciendo reparo Felipe de Utre en la leve diferencia de los nombres, luego que se lo permitió la entrada del verano, dejando en el pue-

blo de Nuestra Señora algunos soldados de los sanos, que escoltasen los enfermos, con sólo cuarenta hombres que le pudieron seguir y las guías que le parecieron necesarias, salió otra vez en demanda de la punta de los Pardaos, puesta siempre la mira en buscar la ciudad de Macatoa (que era el fin a que anhelaban sus ansias) por ser la seña más fija que llevaba para dar con los Omeguas, cuyo deseo le hizo no perdonar diligencia, que pudiese conducir a su buen logro, pues aunque por lo desapacible del país fueron muy singulares las poblaciones que encontró, procuró siempre informarse de los indios, que pudo haber a las manos, de todas aquellas particularidades, que le parecieron precisas para la mayor certeza en su derrota.

Respondiéndole a todo conforme imaginaba su deseo, animándolo a la empresa de conquistar los Omeguas, por discurrir (aunque bárbaros) había llegado la ocasión de vengar, por mano ajena, los agravios que tenían recibidos de los nuestros todas las naciones de los Llanos, pues siendo tan corto el número de soldados que componían aquel pequeño escuadrón, y tan acreditada entre todos la valentía y altivez de los Omeguas, lo mismo sería llegar a saludar sus provincias, que sacrificar las vidas al filo de sus macanas.

Este discurso le fue de gran conveniencia a Felipe de Utre, porque los indios, por ver cuanto antes lograda su maliciosa intención, lo condujeron por caminos tan abiertos y veredas tan trilladas, que sin dificultad que sirviese de tropiezo llegó a las márgenes del caudaloso Guayuare, cuyas profundas corrientes no dan lugar a esguazarlo, sino en canoas, o a nado; pero siempre con el riesgo de batallar con sus aguas. Y habiéndose rancheado en sus orillas con el desconsuelo de no saber hacia qué parte quedaba la ciudad de Macatoa, tuvo la fortuna de hallarse en breve libre del desabrimiento que le daba este cuidado, por haber aprisionado un indio, que poco más abajo estaba mariscando solo en las playas de aquel río; quien después de sosegado el susto que le dio la novedad de ver gentes tan extrañas, libre de aquel primer miedo que concibió su temor, satisfaciendo con semblante alegre a diferentes preguntas que le hicieron, expresó, que a poca distancia del río arriba encontrarían la ciudad, pero que necesitaban de canoas para conseguir su tránsito.

Entonces Felipe de Utre, aprovechándose de la docilidad que manifes-

taba en sus palabras aquel indio, le dio algunas cuentas de vidrio, cascabeles y otras menudencias de Castilla, y le pidió fuese a Macatoa, y de su parte le dijese al Señor de ella, que con aquellos soldados se hallaban allí para pasar a otras provincias que estaban más adelante, en cuya busca venía; y que deseando su alianza, solicitaba lo tuviese por amigo, para favorecerlo como a su confederado, sin que sus tierras, ni vasallos padeciesen hostilidad alguna de su gente, como conocería después con evidencia, experimentando en su comunicación la lisura de su trato. Dio muestras el indio de aceptar con gusto la embajada, y metiéndose en una mala barquetilla, en que apenas cabía él solo, fiado en el bracear del canalete tomó la lengua del agua río arriba a dar cumplimiento, con empeño, al encargo que le habían hecho con agrado.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

Entra Felipe de Utre en Macatoa, y con el favor de su Cacique descubre los Omeguas: queda herido en el primer encuentro, y con un modo extraño lo cura Diego de Montes

ERA el indio prisionero vecino de una aldea cercana a Macatoa, y pagado de la afabilidad y regalos con que lo trató Felipe de Utre, quiso corresponderle agradecido, ejecutando con prontitud lo que le había encargado; y supo hacer tan bien la diligencia, ponderando tanto el agasajo y agrado de los nuestros, que se determinó el Cacique a aceptar la amistad que le ofrecían, enviando el día siguiente a un hijo suyo con cinco canoas grandes y noventa gandules, para que visitando en su nombre a Felipe de Utre, lo condujese a la ciudad para hospedarlo en ella. Era poco después de haber amanecido cuando se descubrieron desde el alojamiento las canoas, que favorecidas de la corriente y ayudadas de la boga, navegaban por el río abajo; y aunque los nuestros (por hallarse prevenidos para cualquier accidente) luego que les dieron vista se pusieron en arma; los indios sin concebir recelo de aquella demostración ni extrañar la novedad de hallar con apariencias de guerra a quien buscaban de paz, saltaron en tierra, preguntando por el Cabo de aquella gente extranjera; y enterados de que era Felipe de Utre en quien residía el dominio, echándole los brazos al hijo del Cacique, con entereza en el ánimo, y gravedad en el semblante, es común tradición que le habló de esta manera:

"Con uno de los moradores de estas riberas enviasteis ayer a saludar a mi padre[xxxix] que es el Señor de Macatoa, haciéndole saber vuestra venida a estos países, y ofreciéndole vuestra amistad y pacífico tratamiento a sus vasallos; no siendo otros vuestros intentos (según le dais a entender) que informaros de las naciones que habitan a la parte de cierta serranía, que demora a razonable distancia de este río, en cuya busca venís desde la remota habitación de vuestro clima, con promesa de serle agradecido con buena correspondencia, en caso que os encamine a las tierras que buscáis; y hallándose mi padre obligado de vuestra atención, reconociendo por vuestras palabras ser muy diferentes vuestras obras de lo que algunos señores confinantes le habían dado a entender, pues afirmaban que érades hombres crueles y feroces, enemigos de la paz y movedores de la guerra, me envía de su parte a saludaros y deciros gusta de aceptar vuestra amistad, y hacer, no solamente el informe que pedís, sino también ayudaros con todo lo necesario, dándoos seguras guías que os encaminen al reino de los Omeguas: también os ruega mi padre, os sirváis de pasar a la ciudad, donde pueda más bien comunicaros y regraciar la amistad, que con amor le ofrecéis, a cuyo fin os remite estas canoas y estos vasallos a que os transporten en ellas a la otra banda de este río, sobre cuyas barrancas cerca de aquí tenemos nuestra vivienda".

Agradecido y prudente respondió Felipe de Utre a esta embajada, sirviendo Pedro de Limpias de razonable intérprete para poderse explicar; pero cautelando no trajese disfrazada alguna oculta traición, resolvió, con parecer de sus Cabos, no aceptar la oferta por entonces, ni atravesar el río

xxxix. Piedrahita lib. 10. cap. 2[1].

1. Una vez más resulta interesante el manejo de las fuentes: Oviedo y Baños pone la referencia de Lucas Fernández de Piedrahita sin indicar que el texto también ha sido tomado de fray Pedro Simón, pese a que señala que el discurso directo del indio "es común tradición que lo habló de esta manera". Podemos comprobar que Oviedo sigue a Simón, pues no agrega al final del discurso –como lo hace Piedrahita– la posibilidad, prevista por el indio, de no ser bien recibido; Oviedo lo acaba en el mismo punto en que lo hace Simón (el episodio de fray Pedro Simón está en la *Noticia quinta*, capítulo 5).
Cabe destacar que Oviedo retoma el discurso del indio sin cuestionar, como lo hizo en el "Prólogo al lector", que aquél hablara con oraciones "tan colocadas y elegantes como pudiera hacerlas Cicerón" (p. 10 de la presente edición).

en tan pocas canoas, por no exponerse al riesgo de pasarlo divididos; y así, valiéndose de excusas cortesanas, por disfrazar su recelo, despidió al hijo del Cacique, pidiéndole volviese a donde estaba su padre, y le expresase el afecto con que estimaba las veras de su atención; pero que para lograr el deseo que tenía de gozar sin dilación el fruto de su amistad, se sirviese remitirle otro día las embarcaciones suficientes, para que pasando todos juntos, pudiesen conseguir con brevedad, en el gusto de comunicarle, la conveniencia que esperaban del favor de hospedaje. Pero entendida esta respuesta por el ánimo generoso del mancebo, no quiso convenir en lo que se le proponía; y quedándose en el alojamiento con los nuestros, despachó una barqueta a Macatoa, que brevemente dio la vuelta con otras ocho canoas, para que remediada la falta, no quedase excusa, en el pasaje, ni la pudiera tener Felipe de Utre, a vista de acción tan noble y operación tan bizarra; y así, libre de recelos, porque los indios no atribuyesen a temor lo que había sido cautela, hubo de embarcar su gente aquella tarde, llevando a nado los caballos, que guiaban desde las canoas con aladeras; pero atravesado el río, pareciéndole habría tiempo para poder entrar con día en la ciudad, se quedó acuartelado en sus barrancas, despidiendo hasta por la mañana al hijo del Cacique, que bien apesarado de que se hubiese detenido en aquel sitio, dio la vuelta a Macatoa, para dar cuenta a su padre de la cercanía en que quedaban ya los forasteros, a quienes el día siguiente bien temprano envió en hombros de cincuenta indios porción considerable de pescados, maíz, casabe y carne de venado, para que tomasen un refresco antes que se pusiesen en camino: socorro, que les infundió nuevos alientos para marchar con mejor brío a la ciudad.

Esta se componía de hasta ochocientos vecinos, de casas bien formadas, en sitio muy alegre; sus calles anchas, tiradas y parejas; sus edificios, aunque en la fábrica groseros, en la disposición gallardos, pues hechos en igual proporción unos con otros, quedaban a la vista muy airados, sirviéndoles de adorno y hermosura el aseo y limpieza de sus calles, pues no se encontraba en todas ellas yerba, piedra, ni embarazo que pudiese servir a los ojos de tropiezo. Cuando entró en la ciudad Felipe de Utre la halló desocupada de todos sus vecinos, pues porque tuviese mejor conveniencia en su hospedaje, se habían retirado como un tiro de arcabuz sobre las mismas

orillas del río, dejándoles las casas proveídas de cuantos géneros de bastimentos tiene para su sustento el uso y costumbre de los indios; portándose éstos con tal urbanidad y con disposición tan ordenada en sus acciones, que admirados los nuestros de ver aquellas políticas, tan ajenas en la rudeza de una nación bárbara, preguntaron al Cacique la causa que tenían para ejecutarlas, y con especialidad el motivo de haber desembarazado la ciudad, cuando bastaban cuatro casas para alojarse todos; a que satisfizo diciendo: que hallándose sus vasallos en el reconocimiento de la superioridad y ventajas con que la naturaleza había adornado a los españoles, les había parecido desacato el quedarse en la ciudad para que habitasen juntos, cuando por todas razones sólo merecían el servirlos.

Era este Cacique hombre (al parecer) de cuarenta años, en la estatura mediano, en el trato agradable, en la condición noble y en el discurso claro; de miembros bien proporcionados, el rostro delgado y la nariz aguileña; los indios que le rendían vasallaje se llamaban Guayupes en su idioma, generalmente de cuerpos bien dispuestos, medidos en sus acciones, en el hablar reposados y en el natural muy dóciles: prendas, que dieron disposición a Felipe de Utre para poder informarse de cuanto deseaba saber para su intento. Y viendo que las noticias que le daban correspondían en todo a las que tenían anteriores, pues le aseguraban con certeza, que a la falda de cierta serranía, que se divisaba de aquel pueblo en tiempo claro, habitaban en opulentas poblaciones los Omeguas, nación muy poderosa, por la abundancia de oro que producía la tierra en diferentes minerales del contorno; trató de salir de Macatoa, por dar cuanto antes glorioso fin a aquel descubrimiento: y aunque el Cacique por su parte procuró disuadirlo del empeño, teniendo su resolución por temeraria, pues siendo tan pocos los soldados que llevaba (por valerosos que fuesen) habían de quedar por despojo de la multitud de sus contrarios; hallándolo tenaz en su dictamen, y resuelto a ponerse a todo riesgo en brazos de la fortuna, le dio para que lo condujesen los indios que le pidió y el avío necesario para el tiempo de nueve días, que podría tardar hasta otra ciudad amiga, cuyo Cacique era su confederado, a quien lo recomendó con tanto empeño, que aficionado a los nuestros por las relaciones del amigo, los recibió con amor y hospedó con gran regalo; aunque la novedad de aquella gente peregrina, lo singular

de las armas y lo extraño de los caballos, lo tenían tan admirado, que no había objeto a la vista que no le fuese un asombro.

La afición que este Cacique cobró a Felipe de Utre y sus soldados, aumentada con la comunicación y trato de aquellos pocos días que estuvieron en su pueblo, le hacían temer las desdichas, que habían de sobrevenirles, si llevando adelante la inconsideración de su arrojo querían pasar al reino de los Omeguas, por saber la abundancia de gente belicosa que mantenían en sus provincias, ejercitada siempre en las campañas, así por las continuas guerras que tenían con sus vecinos, como por las discordias civiles en que los traía envueltos de ordinario su demasiada opulencia; consideración, que le movía a procurar divertirlos del intento, representándoles ser más temeridad, que valentía, querer provocar (siendo tan pocos) a una nación en quien sobresalía tanto el valor, como la muchedumbre; y que teniendo en sus tierras animales cuasi tan grandes como los caballos (que debían de ser carneros de los que hay en el Perú) les sería fácil el montar también en ellos para hacer oposición a los pocos que llevaban y quitarles el recurso de batallar con ventaja; pero como al paso que el Cacique ponderaba estas dificultades, expresaba también la suma riqueza que tenían en plata y oro, ningún peligro se les ponía por delante, a vista de los tesoros de que se juzgaban ya dueños: ¡Gran fuerza la que tiene la codicia en el corazón humano! pues a la más mínima esperanza de interés no hay trabajo que lo asuste, ni riesgo que lo acobarde; ni hay desdicha que no sufra, ni pena que no tolere.

Viendo, pues, el Cacique, que no obstante las evidentes razones de su representación estaban determinados a proseguir el empeño y no dar paso atrás sin haber visto la cara a los Omeguas; llevado de la afición, que había cobrado a los nuestros, no quiso desampararlos, ni fiar el acierto de su viaje a otra conducta, que la suya; y así, asistido de algunos indios que le acompañaban, los fue guiando por caminos bien abiertos, aunque despoblados, por espacio de cinco días que tardaron hasta llegar a una aldea de poco más de cincuenta casas, que dijo el Cacique servían para recogerse los que guardaban las sementeras de los Omeguas; y debía de ser así, porque algunos indios, que andaban esparcidos por el campo, apenas reconocieron la gente forastera se fueron retirando, con paso apresurado, hacia la aldea.

Hallábanse los nuestros a este tiempo en un sitio elevado, y tendiendo la vista a todas partes, a poca distancia descubrieron una población de tan extraña grandeza, que aunque estaban bien cerca, no pudieron discurrir hasta dónde llegaba la poblada extensión de aquella máquina: tenía las calles derechas, los edificios muy juntos, y sobresalía entre todos uno de soberbia fábrica, que según la relación que les dio el Cacique amigo, era el palacio del Señor de la ciudad, que se llamaba Cuarica; y le servía juntamente de habitación a su persona y de templo a muchos dioses que tenía de oro macizos.

Puestos ya los nuestros a vista de los Omeguas se les despidió el Cacique, por parecerle no era ya necesaria su asistencia; pero por última demostración de su amistad, aconsejó a Felipe de Utre procurase aprisionar aquellos indios que se habían refugiado al abrigo de la aldea, antes que tocando al arma diesen aviso a la ciudad. Estaban a caballo a la sazón Felipe de Utre y otros que le acompañaban, y teniendo por acertado el dictamen, aplicaron el acicate a los ijares y corrieron para la aldea; pero los indios, con más velocidad en la fuga frustraron su diligencia, pues se pusieron en salvo antes que pudiesen aprisionar a ninguno; sólo Utre, por ir en un caballo muy ligero, llegó a alcanzar a un gandul, que procuraba escaparse con una lanza en la mano; pero viéndose atropellar de la violencia del caballo, quiso librarse del riesgo con hacer rostro al peligro; y volviendo la cara para Utre, le despidió la lanza con tal fuerza, que pasándole el sayo de armas, lo atravesó con ella por entre las costillas, que caen debajo del brazo derecho, y prosiguiendo en su fuga se metió en la población, dando lugar a Utre para que vueltas las riendas al caballo, con el dolor de la herida, se incorporase con los demás compañeros, que turbados a la novedad de tan desgraciado accidente, no acertaba a resolver lo que habían de ejecutar.

No se hallaba menos confuso el Cacique amigo, que deseando experimentar el valor de los españoles, había estado a la mira del suceso; y pareciéndole aquel desastre castigo bien merecido a la arrogancia con que habían menospreciado sus consejos, recelaba temeroso, que irritada con el aviso toda la nación de los Omeguas había de cargar sobre ellos antes que tuviesen tiempo para poder retirarse: discurso, que acreditó la experiencia, pues en breve se empezaron a oír confusos alaridos, que mezclados con

el estruendo de los tambores y el resonar de los fotutos, llenaban de horror el aire, pues parecía que se conjuraba el mundo entero contra aquella corta escuadra de españoles; pero sobrevino la noche a tan buen tiempo que detuvo el paso a los Orneguas y dio lugar, para que poniendo en una hamaca a Felipe de Utre, caminasen con él a paso tan largo, que a la noche del día siguiente llegaron al pueblo del Cacique amigo, donde trataron de buscar forma para curarle la herida.

De esta diligencia se hizo cargo un soldado, natural de Madrid, llamado Diego de Montes, que después entró con el General Diego de Losada a la conquista y población de esta ciudad de Caracas, y en edad decrépita murió vecino de la del Tocuyo: hombre tan singular y de tan raras habilidades, que así por ellas, como por su respectiva ancianidad, adornada de grandes experiencias y superior talento, llegó a conseguir el renombre de Venerable: apelativo con que fue conocido y tratado en toda esta provincia, granjeándose tal estimación en ella, que sus palabras se llegaron a apreciar como si fueran oráculos.

Determinado, pues, este soldado (aunque no entendía de cirugía) a curar a Felipe de Utre, como la herida era entre las costillas y no había tientas para reconocer si estaba superior a las telas del corazón, o las había lastimado; discurrió un modo tan singular como temerario para salir de esta duda; y fue, que con beneplácito del Cacique cogió un indio, el más anciano del pueblo (que debía de ser esclavo) y montándolo a caballo con el mismo sayo de armas que tenía Utre, hizo que otro indio por la misma rotura lo hiriese con una lanza semejante a las que usaban los Omeguas: prueba, que le costó la vida al miserable, pues abriéndolo después para hacer la anatomía, de que necesitaba para asegurar su cura, halló, que sin lastimar las telas había sido la herida superior; y libre, con esta experiencia, de la duda, rompiéndole más con un cuchillo, para que quedase manifiesta la herida, le hizo ciertos lavatorios con agua de arrayán y otros compuestos, que fueron bastantes, para que meciéndolo de una parte para otra expeliese la sangre que se le había cuajado dentro, dejándolo en disposición, que quedó sano del todo en pocos días, con notable admiración del Cacique y demás indios, que absortos ponderaban el sufrimiento y valor con que el paciente toleró los martirios de la cura.

CAPÍTULO II

Siguen los Omeguas con poderoso Ejército a Felipe de Utre, y Pedro de Limpias los vence en batalla: retíranse los nuestros al pueblo de Nuestra Señora; y toman de allí la vuelta del Tocuyo

NO SE LES OCULTÓ a los Omeguas la retirada de los nuestros, aún en medio de la oscuridad con que se cerró la noche; pero por dar tiempo a la mejor disposición de su ejército dilataron su salida hasta el romper del alba, que al ronco son de sus caracoles y fotutos, en bien formados escuadrones, que se componían de quince mil combatientes, empezaron a marchar en su alcance con tanta celeridad, que no fueron sentidos hasta llegar dos leguas antes del pueblo del Cacique amigo, quien teniendo la noticia por algunos vasallos suyos, que asistían en sus labranzas, dio aviso a Felipe de Utre del riesgo que amenazaba a todos con las cercanías de tan pujante enemigo; pero como él con el dolor de la herida no estaba para montar a caballo, ni poder cuidar de nada, encargó la disposición de todo a su Maestre de campo Pedro de Limpias, hombre bien afortunado y práctico en las guerras de las Indias, el cual ordenando su gente con el concierto y brevedad que le dictó su experiencia y el aprieto requería; salió al encuentro a los Omeguas[xl], que en bien dispuestas escuadras, coronados de penachos, entre diversidad de banderas, se venían acercando por un dilatado campo, muy acomodado para poderse aprovechar de los caballos, que aunque pocos, dieron principio a la batalla, logrando, con daño de los contrarios, las ventajas que ofrecía la conveniencia del sitio, pues descompuestas con su ferocidad las primeras filas del ejército enemigo, tuvieron lugar los infantes, gobernados de Bartolomé Belzar, para hacer más sangrienta la refriega; porque siendo éste émulo de Limpias en el valor, obró aquel día en su competencia maravillas, y a su imitación los demás soldados, que conociendo era necesario echar el resto al esfuerzo para salir del aprieto en que los tenía puestos la multitud de tanto bárbaro, convirtieron en rayos las

xl. Batalla de los Omeguas.

espadas; de suerte, que aunque los indios, como valientes guerreros, procuraron mantenerse en el combate, no pudiendo resistir el ímpetu con que aquellos treinta y nueve españoles atropellaban sus más lucidas escuadras, se empezaron a retirar a los principios con orden; pero después conociendo que a los nuestros en lugar de quebrantarles el ánimo la continuada fatiga del guerrear, les daba nuevos alientos para mostrarse invencibles, con atropellada fuga desampararon la campaña, dejándola sembrada de cuerpos y de penachos, sin que de nuestra parte se padeciese otro daño, que haber quedado herido del golpe de una lanza el Capitán Martín de Artiaga.

Esta fue la celebrada batalla de los Omeguas, en que la nación española manifestó los quilates de su valor y la fuerza de su fortuna, pues siempre será memorable en las edades futuras ver derrotado un ejército de quince mil combatientes de una nación belicosa por el corto número de treinta y nueve españoles, y ésos consumidos y postrados al continuado tesón de tan repetidos trabajos como habían padecido en su dilatado viaje: acción en realidad de tan superior esfera, que por mucho que la pluma quisiera remontarse en su alabanza, siempre quedará corto el mayor hipérbole para su ponderación; y que a no asegurarla por verdadera la antigua tradición de este suceso, y los auténticos instrumentos de aquel tiempo, pudiera quedar escrupulosa la más fácil credulidad para el asenso; pero los descuidos de aquel siglo, en que a vista de la espada no tenía lugar la pluma, ocultaron de suerte la memoria de estos insignes varones, privándolos de la gloria, que debía darles la fama, que por mucho que ha trabajado mi solicitud para dar a luz sus nombres, sacándolos del olvido en que han estado hasta ahora, sólo ha podido descubrir catorce de ellos, que son los ya nombrados, Pedro de Limpias, Bartolomé Belzar, Diego de Montes, y Martín Artiaga, Diego de Paradas, Alonso Pacheco, Juan de Guevara, Sancho Briceño, el Contador Antonio Naveros, el Tesorero Gonzalo de los Ríos, Luis de León, Juan de Badillo, Damián del Barrio y el Chantre Don Juan Frutos de Tudela, a quien la falta que entonces había en Coro de operarios debió de dar motivo para dedicarse a servir de Capellán; si no es ya que la relajación de aquella edad le concediese permiso para alistarse por soldado, pues siendo cierto que se halló en esta jornada, sólo una de estas dos causas pudo con-

ducirlo a ella, faltando a la precisa residencia de su Coro y a la inexcusable asistencia de su iglesia.

Convalecido Felipe de Utre de su herida, pocos días después de conseguida esta victoria determinó, con parecer de sus capitanes, dar la vuelta a Macatoa, y de allí al pueblo de Nuestra Señora, en busca de los soldados que había dejado enfermos, para con el dictamen de todos resolver lo que debía ejecutar sobre la conquista de tan poderoso reino como el que había descubierto; no pareciéndole acertado empeñarse en negocio de tanta consecuencia con tan poca gente como la que tenía entonces; y aunque de esta resolución manifestó gran sentimiento el Cacique amigo, por lo bien hallado que estaba con la compañía de sus huéspedes, de cuyo trato y familiaridad esperaba quedar aprovechado, aprendiendo aquellas políticas y modo de vivir, que había observado en ellos; sin embargo, animado con la promesa de que habían de volver breve, hubo de convenir en la determinación del viaje, dándoles el bastimento y avío necesario, con guías que los condujesen hasta dejarlos en Macatoa; pero huyéndose éstas al mejor tiempo, dejaron a los nuestros precisados a caminar a tino, sólo con la esperanza de que marchando siempre hacia el Poniente no podían errar el río Guaibare, cuyas corrientes más arriba o más abajo los habían de llevar a Macatoa, como le sucedió, pues encontrando con sus aguas por la parte superior a la ciudad, reconocido el paraje, según la demarcación que pudieron formar del sitio en que se hallaban; despachó Felipe de Utre a Pedro de Limpias con algunos soldados para que fuese a Macatoa, y le buscase canoas: diligencia, que ejecutada por Limpias con presteza, facilitó el transporte, pues volvió al día siguiente con embarcaciones bastantes para todos, en que habiéndose conducido a la otra banda, sin accidente que les retardase el viaje, prosiguieron hasta llegar al pueblo de Nuestra Señora, después de tres meses que habían salido de él para este descubrimiento.

Singular fue el regocijo que recibieron los enfermos con la relación bien ponderada que daban los compañeros de las grandezas y tesoros del reino de los Omeguas, quedando unos y otros persuadidos a que su felicidad les había dado la dicha de descubrir el Dorado, en cuya busca habían salido de Coro, atribuyendo a favor de la fortuna haber ellos conseguido lo que sin logro habían pretendido tantos: pero si les preguntáramos la razón

que tenían para decir, que aquella provincia era el Dorado, no hay duda que no supieran explicar la causa de su discurso, pues siendo este un nombre imaginario, fundado en pura quimera, cualquiera conquistador que en otra parte de la América descubriese otra provincia poderosa pudiera afirmar también, que era el Dorado, sin haber más razón de congruencia para uno, que para otro; pero sin embargo, no podemos negar, que justamente se hallaban desvanecidos los soldados de Felipe de Utre con el descubrimiento que habían hecho, pues tuvieron esfuerzo aquellos hombres para tolerar cuatro años de imponderables desdichas, hambres y necesidades, atravesando tan diferentes y dilatadas provincias como hay desde Coro al río de las Amazonas, pues a poca distancia de sus márgenes (según la más común opinión) tienen su asiento los Omeguas; y no hay duda, que este reino descubierto por Utre fue el mismo de quien tuvo noticia Francisco de Orellana, cuando el año de cuarenta y uno despachado por Gonzalo Pizarro (que se hallaba en el descubrimiento de la Canela) navegando por este río supo en la provincia de Machifavo, que a pocas leguas la tierra dentro tenía su residencia un gran Señor[xli], poderoso en vasallos, y riquezas, llamado Omeguas; pero Orellana despreció su descubrimiento, llevado de aquellas máximas con que habiendo faltado al parentesco y amistad, que le debía a Pizarro, procuraba cuanto antes salir al mar del norte para pasar a España; y Felipe de Utre lo malogró, perdiendo la vida en la crueldad de

xli. Herr. Déc. cap. 2. 3[2].

2. Los capítulos que Antonio de Herrera dedica a Francisco de Orellana y los Omeguas están en los libros VIII y IX de la *Década sexta* y corresponden a una numeración distinta de la corregida por Guillermo Morón en su edición ya citada (el número tres no está claro en la edición que venimos manejando).
Oviedo y Baños se muestra mucho más rotundo en la idea de considerar al Dorado como "un nombre imaginario, fundado en pura quimera" y de allí su comentario de que cualquier "provincia poderosa" –como aparentemente era la de los Omeguas– bien podría haber sido designada con dicho nombre. Antonio de Herrera, si bien cuestiona la equivalencia entre el Dorado y el reino de los Omeguas, no da una opinión definitiva: "ni me atrevo a creerlas, ni afirmarlas, por la dificultad que me pone saber, que las relaciones de los Indios en estas cosas, siempre salían inciertas, i que haviendo el Capitán Orellana confesado, que ia no entendía á estos Indios, en tan pocos días no parece que pudo ser un Vocabulario tan copioso, i cierto, que tantas menudencias se pudiesen entender a este indio, y así creerá cada uno lo que le pareciere..." (*op. cit.*, tomo VII, p. 160).

un tirano (como veremos breve) por las discordias y parcialidades que introdujo la desunión en sus soldados, siendo el origen de ellas las que corrían entre Pedro de Limpias y Bartolomé Belzar, sobre las disposiciones militares, pues siendo émulos declarados, y el uno Teniente General y el otro Maestre de campo, no se ofrecía ocasión por leve que fuese, entre los dos, que no parase en disgusto; de que sentido Pedro de Limpias, por el empeño con que Utre, como paisano y pariente favorecía en todo a su contrario, faltando a las obligaciones de su sangre, deseaba oportunidad para vengarse de ellos, fraguando (aunque fuese a costa de su crédito) la perdición de entrambos; y para poder lograrla sin recelo, se le vino a las manos la ocasión por los cabellos, porque disputada entre todos en el pueblo de Nuestra Señora la resolución que debían tomar sobre la conquista de los Omeguas, aunque sobre la materia hubo diferentes pareceres, se tuvo por el más acertado volver a Coro para reforzarse de más gente, pues intentar con la poca que tenían la sujeción de un reino tan poblado, donde por lo distante se consideraban imposibles los socorros, era exponerse a la contingencia de malograrlo todo y perder con la precipitación lo que estaba seguro con la espera.

Halló con esto Pedro de Limpias la coyuntura que deseaba para ejecutar su alevosía y valiéndose de cuanta afectación pudo fingir el disimulo, aprobó por el más conveniente aquel dictamen, ofreciéndose a pasar personalmente a Coro, como le diesen veinte hombres para su escolta, y con la mayor brevedad que permitiese el tiempo dar la vuelta con la gente, armas y caballos, que le parecía serían precisos para dar expediente a la conquista que tenían entre las manos.

Parecióle bien a Felipe de Utre la propuesta, pues por aquel medio, sin fatigar su campo, ni desacomodarse de aquel pueblo donde se hallaba con víveres suficientes para su manutención, conseguía el socorro de que necesitaba para proseguir su empresa; y sin sospechar la malicia que ocultaba el corazón de Limpias, lo despachó a Coro, quedando muy agradecido a la fineza de su oferta; si bien pocos días después cayó en la cuenta de su yerro, y arrepentido de haberse fiado de un hombre a quien tenía quejoso por los disgustos pasados, empezó a recelar, que puesto en Coro, no sólo había de faltar a socorrerlo con lo que había prometido, pero le había de hacer cuan-

to mal tercio pudiese para desacreditarle la conquista: y no hallando otro remedio para atajar el daño que temía, levantó su campo del pueblo de Nuestra Señora, y doblando las jornadas, tiró en su alcance; pero Limpias previniendo lo que podía suceder, se dio tanta prisa a caminar, que cuando Utre llegó a Barquisimeto ya había días que él estaba en el Tocuyo, donde habiéndose encontrado con el intruso Gobernador Juan de Carvajal, procuró, valiéndose del favor de Juan de Villegas, introducirse en su gracia, como lo consiguió; logrando por este medio la ocasión de culpar y deslucir todas las acciones de Utre, exagerando el mal gobierno con que se había portado en la jornada, por seguir, contra el dictamen de todos sus soldados, las pisadas de Hernán Pérez, y la imprudencia con que a lo mejor del tiempo se había retirado, abandonando la conquista de los Omeguas, a la cual procuró inclinar el bullicioso espíritu de Carvajal, representándole la honra y utilidad que le podía resultar de ella, pues se hallaba con bastante número de gente para poderla emprender: propuesta, que siendo muy conforme a su natural inquieto y ambicioso aceptó de buena gana, y la hubiera ejecutado a no habérsela embarazado las novedades que sucedieron después.

CAPÍTULO III

Altercan sobre el gobierno Utre y Carvajal; prende éste al otro con engaño: córtale alevosamente la cabeza; y funda después la ciudad del Tocuyo

LUEGO que Felipe de Utre llegó, en seguimiento de Limpias, al desembocadero de Barquisimeto supo por relación de algunos indios ladinos, cómo en el valle del Tocuyo se hallaba acuartelado un Capitán, llamado Carvajal, con otros muchos españoles que le acompañaban; y como Felipe de Utre por entonces no pudiese discurrir, qué gente fuese aquella que tenía tan inmediata, obrando con el recato de Capitán prevenido, hizo alto en Barquisimeto, sin querer pasar más adelante, hasta informarse por extenso de lo que debía observar, para disponer sus cosas con mayor seguridad; pero como estaban tan cercanos los dos campos, no corrieron muchos días sin

que comunicándose los unos soldados con los otros, se llegase a manifestar la intención de los dos cabos; de que resultó asegurarse cada uno en su cuartel con dobladas centinelas y observante vigilancia; porque Carvajal, fiado en el falso título de que se había valido para apoderarse del gobierno, pretendía que Felipe de Utre, entregándole la gente que traía como a Capitán General de la provincia, quedase sujeto a su obediencia. Y Utre, que no ignoraba la subrepción del despacho en que estribaba la pretensión de su contrario, alegaba la nulidad de su recibimiento, afianzándose, en que siendo él Teniente General, legítimamente nombrado por la Audiencia, no podía prevalecer Gobernador intruso contra la certeza de un título verdadero, en cuya virtud se hallaba en posesión del gobierno de las armas, según las disposiciones prevenidas por su Alteza.

No dejaba Pedro de Limpias por su parte de atizar cuanto podía aquella llama, cuyo incendio temían todos había de cobrar tal fuerza, que abrasase la provincia en rompimientos civiles; pues llevado del desafecto concebido en su pasión contra aquellos caballeros alemanes, aconsejaba a Carvajal prendiese a Felipe de Utre, asegurando la fuerza de su razón en el violento derecho de las armas, pues se hallaba con triplicado número de gente del que tenía su contrario; pero Carvajal, como hombre astuto, nunca le pareció acertado aventurar las ventajas de su partido a la incertidumbre de un encuentro, y siempre tuvo por mejor valerse de sagaces disimulos para sacar a Felipe de Utre con engaño de la seguridad de su cuartel, a parte donde faltándole el resguardo de sus soldados, pudiese sin peligro aprisionarlo: designio, que habiéndolo entendido algunos amigos de Utre, que estaban con Carvajal, se lo avisaron luego, previniéndole viviese con cuidado, sin dar lugar a que lograse la cautela que intentaba la malicia de su contrario; pero sin embargo fue tanta la sagacidad y maña de aquel ánimo taimado, que tuvo forma para persuadir a Utre, remitiesen la cuestión a jueces árbitros, que viendo las provisiones de uno y otro, declarasen a quién pertenecía el gobierno de los dos: y para asegurarlo más de la sinceridad con que deseaba la paz y correspondencia de ambos, le propuso por segundo medio para que se acabase la discordia: que caso que no gustase de poner la materia, en manos de terceros, por vía de compromiso, sería mejor que de conformidad gobernasen juntos la provincia, y uniendo la gente que te-

nían fuesen de compañía a conquistar y poblar lo que dejaba descubierto en los Omeguas.

Era Utre de un natural tan dócil y sencillo, que no obstante la prevención que le tenían hecha sus amigos, se dejó llevar de las astucias con que tiraba Carvajal a engañarlo; y dando ascenso al último partido, sin recelar el fraude que encerraba la propuesta, bien contra el parecer de sus más confidentes y allegados, dejando el alojamiento que tenía en Barquisimeto, pasó con toda su gente a la ranchería del Tocuyo, donde Carvajal, para dar aparente disfraz a sus intentos, con fingidas demostraciones de amistad, lo recibió con apariencias de alegría, previniéndole para el hospedaje cuantos cortejos pudo inventar el disimulo; pero breve conoció Utre el engaño en que lo había metido su facilidad y empeñado su confianza, pues sin darle Carvajal parte en el gobierno (como le había prometido), ni hacer caso de su persona para nada, sólo trataba de buscar ocasión en que poder prenderlo sin tumulto; de que avisado Utre, arrepentido de haberse puesto con tanta inconsideración en manos de su enemigo, andaba siempre sobre aviso, acompañado de sus más confidentes y allegados, hasta que Carvajal, deseando acabar de una vez con tanto fingimiento, lo convidó a comer un día a su casa, con ánimo de ejecutar la prisión, que tenía premeditada, entre los regocijos del banquete: y aunque Utre conoció bien el peligro que se le prevenía en el cortejo; no obstante, fiado en la bizarría de su valor, y en el numeroso séquito de sus amigos, fue al convite, dejando prevenidos a Bartolomé Belzar y a los más de su facción, estuviesen con cuidado para entrar a socorrerlo al menor rumor que oyesen. Y como Carvajal, noticioso de esta advertencia no se atreviese a hacer demostración alguna en lo que tenía tratado ejecutar; animado Felipe de Utre con el temor que conoció en su contrario, después de acabada la comida le dijo: vivía ya en conocimiento de los engaños con que lo había tratado, pues faltándole a todo lo prometido, sólo experimentaba los efectos de una violencia continuada, a cuyo reparo le era preciso ocurrir; y pues en la falsedad de su doble trato no tenía ya que esperar, sólo pretendía lo dejase ir a Coro con su gente, para pasar de allí a Santo Domingo a dar cuenta a la Real Audiencia de todo lo sucedido.

Alborotóse Carvajal con la propuesta y levantándose de la silla, con

acciones descompuestas y la voz algo alterada, le respondió: tenía licencia para irse donde quisiese; pero que no pensase en llevar gente consigo, ni tuviese atrevimiento para intitularse Capitán General, ni aun Teniente de aquella gobernación, pues en ella no había más jurisdicción, que la que en él residía, mediante las provisiones despachadas por la Audiencia; a que replicando Utre, se fueron trabando de palabras, hasta llegar a meter mano a las espadas, apellidando cada cual favor al Rey, a cuyas voces acudieron luego los parciales de uno y otro; pero habiéndose declarado muchos de los de Carvajal a favor de Utre, quedó tan ventajoso su partido, que pudo, sin embarazo, haber puesto fin a la competencia con la muerte o prisión de su enemigo: mas llevado de la generosidad de su noble ánimo, sólo se contentó (para su perdición) con despojarlo de todas las armas y caballos que tenía, y dejándolo en su ranchería avergonzado, se retiró con los soldados de su séquito al valle de Quíbor, seis leguas distante del Tocuyo.

No desmayó Carvajal con la desgracia de tan adverso suceso; antes maquinando nuevas trazas para poder tomar venganza de la afrenta recibida, despachó a su Teniente General Juan de Villegas, a Melchor Gurbel y a un clérigo, llamado Toribio Ruiz, que le servía de capellán, al alojamiento de Utre, para que exagerándole la enormidad del delito en que había incurrido, por haber desarmado con violencia a un Gobernador de la provincia, cuya autoridad debía siempre venerarse en respetuoso obsequio de lo que representaba, procurasen (ofreciéndose a servir de medianeros) reducir la materia a conciertos de amistad, para que quedando en buena correspondencia, con el olvido de todo lo pasado, se acabasen de una vez tantos disgustos: diligencia en que no discurriendo los terceros pudiera haber malicia, sin sospechar lo que ocultaba el traidor ánimo de Carvajal; pusieron tanto esfuerzo, interponiendo ruegos, promesas y partidos, que obligaron al corazón sencillo de Utre a que debajo de ciertas capitulaciones, que por ambas partes se firmaron ante un escribano, restituyese las armas y caballos que había quitado a Carvajal; y que desistiéndose por entonces de la acción que pretendía al gobierno, pasase con los que le quisiesen seguir a Coro, para de allí ejecutar el viaje, que deseaba hacer a Santo Domingo a dar cuenta a la Audiencia del estado en que dejaba los progresos de su conquista. Pero apenas Carvajal se vio con armas y deshecho el partido de su

contrario, en confianza de la concordia estipulada, cuando empezó a marchar en sus alcances con tanta celeridad, que a pocas jornadas lo descubrió alojado sobre las barrancas de una de las quebradas, que corren por las montañas de Coro.

No se alborotó Felipe de Utre, aunque vio a Carvajal con gente armada, porque con fingido agrado, disimulando su depravada intención, llegó manifestando en el semblante apariencias de una perfecta amistad; hasta que apeándose de los caballos, como cogió a los alemanes descuidados, con facilidad prendió a Felipe de Utre, a Bartolomé Belzar, al Capitán Palencia y a Romero, y sin permitir más término a aquella infausta tragedia, que el que pedía la crueldad de su corazón cobarde, mandó a un negro que llevaba les amarrase las manos, y con un machete fuese cortando las cabezas de aquellos nobles varones; y como el instrumento tenía embotados los filos con la continuación de haber servido en otros ejercicios más groseros, con prolongado martirio acabaron la vida aquellos desdichados, más a las repeticiones del golpe, que al corte de la cuchilla, sin que en el bárbaro corazón de aquella fiera hiciesen la más leve impresión para la lástima las crueles circunstancias de tan tirano suplicio; antes sí, complaciéndose con Limpias y Sebastián de Armacea, mientras duraba la ejecución de tan villana insolencia celebrada, por pasatiempo, las naturales fatigas que padecían aquellos infelices con las ansias del morir.

Este fue el fin lastimoso del General Felipe de Utre, digno por cierto de mejor fortuna. En la ciudad de Spira, en las provincias de Alemania, tuvo su nacimiento, y llevado del ardor de sus juveniles años pasó a la América, donde manifestó siempre los quilates de su prudencia y valor; y como éstos sobresalieron en todas ocasiones a la sombra del parentesco que tenía con los Belzares, dieron motivo para que la Audiencia de Santo Domingo le nombrase por Teniente General del Señor Bastidas; los deseos del aplauso, más que el ansia de las riquezas, lo empeñaron en el descubrimiento del Dorado, donde el yerro cometido en seguir con tenacidad las pisadas de Hernán Pérez le hizo malograr la gloria, que le prevenía su dicha. Ningún capitán de cuantos militaron en las Indias ensangrentó menos la espada, pues habiendo atravesado más provincias que otro alguno en el dilatado viaje de cuatro años, sólo movió su moderación la guerra, cuando no halló

otro remedio para conseguir la paz. El descubrimiento del reino de los Omeguas, en cuya busca (aunque en balde) han trabajado después tantos, hubiera hecho sin duda gloriosa la memoria de su nombre, si la venganza infame de Pedro de Limpias y la crueldad traidora de Carvajal, no le hubieran con violencia anticipado la muerte en lo más florido de sus años, pues cortaron el hilo de su vida a los treinta y cuatro no cabales de su edad, quedando sepultadas con el lastimoso suceso de su desgracia las noticias más claras de aquel opulento reino, pues hasta hoy se ignora la parte donde está su situación.

Fenecida la tragedia de Felipe de Utre, dio luego Carvajal la vuelta al valle del Tocuyo, donde perdiendo el temor a Dios y la vergüenza al mundo, soltó, sin rebozo, ni cautela, la rienda a sus crueldades, pues sin más motivo que su gusto, tomando por pretexto leves causas, era raro el día que no ahorcaba uno o dos de los que habían sido parciales de Felipe de Utre, sin que hubiese persona que se atreviese a irle a la mano, para que se abstuviese en la repetición de tanto desafuero, por no experimentar los terribles efectos de su enojo; pues siendo el Factor Pedro de San Martín el sujeto de su mayor confianza, porque un día a solas, como amigo, le advirtió lo mal que hacía en ejecución de tan sangrientos castigos, faltó poco para mandarlo ahorcar, y a buen partido, fulminándole causa de traidor, lo remitió con un par de grillos preso a Coro.

En estos y otros semejantes ejercicios, hijos de su temeridad desenfrenada, se entretuvo Carvajal, hasta que por fines del año de cuarenta y cinco, a instancias de los hombres principales que tenía en su campo, determinó poblar una ciudad en el mismo paraje en que tenía su ranchería por las grandes conveniencias que para ello ofrecía el distrito; y formada la traza de las calles, para ejecutar la planta hizo desmontar todo el boscaje que ocupaba la capacidad del sitio, reservando sólo por blasón de su crueldad una hermosa y copada ceiba, cuyas ramas, sirviéndole de horca, habían sido teatro de sus injusticias, sin discurrir, que como otro Amán, dejaba en ella el patíbulo para su muerte y el instrumento para su afrenta; y después de celebradas las demás disposiciones, que en tal caso se acostumbraban, el día siete de diciembre del mismo año cuarenta y cinco hizo la fundación

de la ciudad, intitulándola Nuestra Señora de la Concepción del Tocuyo[xlii], cuyos primeros vecinos y pobladores fueron Diego Ruiz Vallejo, Esteban Mateos, Damián del Barrio, Juan de Guevara, Juan de Quincoces de la Llana, Luis de Narváez, Gonzalo de los Ríos, Sancho del Villar, Cristóbal de Aguirre, el Licenciado Hernán Pérez de la Muela, Alonso de Campos, Cristóbal López, Juan Sánchez Moreno, Juan de Antillano, Antonio del Barrio, Domingo del Barrio, Thomé de Ledesma, Amador Montero, Cristóbal Ruiz, Diego de Montes, Gonzalo Manuel de Ayala, Diego de Morales, Bartolomé García, Francisco Sánchez, Juan de Villegas, Francisco de Villegas, Luis de Castro, Diego de Ortega, Francisco de Vergara, Blas Martín, Alonso Martín, Juan de Salamanca, Melchor Gurbel, Leonardo Gurbel su hijo, Diego de Escorcha, Diego de Leiba, Juan Mateos, Bernardo de Madrid, Francisco de Madrid, Bartolomé Suárez, Juan de Cisneros, Juan Cataño, Vasco de Mosquera, Gonzalo Martel, Pedro Hernández, Juan Muñoz, Pedro Álvarez, Luis Tani de Miranda, Juan de Tordecillas, Hernando Alonso, Toribio Ruiz, Francisco Muñoz, Francisco López de Triana, Juan Roldán, Pedro de Limpias, Cristóbal Rodríguez, Sebastián de Almarcha, Álvaro Váez y Francisco de San Juan; de los cuales nombró Carvajal por primeros Regidores a Damián del Barrio, Juan de Guevara, Alonso de Campos y Bartolomé García; por Alguacil mayor a Luis de Narváez, que juntos luego en cabildo, para dar en todo forma a la nueva ciudad, eligieron por Alcaldes a Esteban Mateos, y a Juan de Antillano.

Tiene su asiento esta ciudad en un hermoso valle, a quien da nombre el río Tocuyo, que lo fecunda con sus aguas siempre cristalinas, delgadas y gustosas; su temperamento es templado, aunque más toca en cálido, que en frío; su comarca abundante y su terreno fértil; produce mucho trigo, algodón, azúcar, maíz y otras semillas; cógense muchas frutas, así criollas, como extranjeras, y en particular ricas manzanas y muy fragantes rosas; sus pastos son muy adecuados para ganado cabrío, en que es imponderable el multiplico, de cuyas pieles benefician muchos y buenos cordovanes, que sirven de mercancía a sus moradores; la ciudad al presente es habitada de ciento treinta vecinos, y entre ellos algunos de familias muy ilustres, así

xlii. Ciudad del Tocuyo.

descendientes de los primeros pobladores, como agregados después; además de la iglesia parroquial mantiene dos conventos de religiosos, uno del Orden de San Francisco y otro de Santo Domingo aunque ambos de corto número.

Los que ponen la fundación de esta ciudad[xliii] en el año de cuarenta y siete hecha por el Gobernador Juan de Tolosa, no hay duda que le quitan sin razón dos años de antigüedad, por la mala relación con que escribieron, pues constando lo que llevamos referido por los mismos autos de su población y por el repartimiento de encomiendas hecho por Carvajal entre los vecinos pobladores, no hay fundamento alguno para la opinión contraria.

CAPÍTULO IV

Llega el Licenciado Frías a Coro: quita el Emperador a los Belzares la administración de la provincia, y viene a gobernarla el Licenciado Tolosa: prende a Carvajal, y por sentencia suya muere ahorcado

LAS INSOLENCIAS y desafueros de Carvajal fueron de calidad, que no pudiendo contenerse la fama de ellos dentro de los límites de la provincia, con facilidad llegaron las noticias a la isla de Cubagua, donde se hallaba el Licenciado Frías entendiendo en las comisiones que le había encargado la Audiencia; y enterado del mal proceder de su Teniente General, con el deseo de aplicar cuanto antes el remedio a semejante daño, procuró abreviar todo lo posible las diligencias que tenía a su cuidado; y fenecidas, pasó a Coro por principios del año de cuarenta y seis[xliv], llevando en su compa-

---

xliii. Fr. Pedro Sim. not. 5. cap. 14. Piedrahita lib. 2. cap. 3[3].

3. La cita de Fernández de Piedrahita está equivocada; la alusión a la fundación de la ciudad del Tocuyo por el gobernador Tolosa corresponde al libro XI, capítulo 2.
Oviedo y Baños cuestiona el argumento, que el mismo Simón da, de la fecha de la fundación del Tocuyo; contrariamente a las opiniones tanto de Simón como de Piedrahita, Oviedo considera importante y válida la residencia anterior de Carvajal, pese al juicio posterior al cual éste es sometido y la ilegitimidad de su cargo (al respecto ver la nota número cinco de la edición de fray Pedro Simón, que profundiza en los criterios de legalidad de la época –pp. 180-181 del tomo II).

xliv. Año de 1546.

ñía a Diego de Losada, que retirado en Cubagua desde los primeros lances que tuvo con Carvajal en Coro, había estado a la mira para ver el incendio desde lejos; pero como Carvajal con la viveza de su genio, previniendo este futuro accidente, se había llevado cuantas armas y caballos había en Coro, halló Frías tan desproveída la ciudad de un todo, que le fue preciso detenerse algunos días, mientras buscaba forma de prevenirse de suerte, que pudiese pasar con seguridad al Tocuyo, porque receloso de los atrevimientos de Carvajal, no se atrevía a entrar en busca suya sin llevar gente armada, con que poderle hacer oposición, en caso que intentase alguna resistencia.

En este intermedio llegó a Coro el Licenciado Juan Pérez de Tolosa, natural de la ciudad de Segovia, caballero muy prudente, y gran letrado, a quien el Emperador envió por Gobernador y Capitán General de la provincia, por haber privado de la administración de ella a los Belzares, mediante las repetidas quejas y noticias con que su Majestad se hallaba de los irreparables daños, tiranías y desórdenes, introducidos con el gobierno alemán, que fueron tantos que con justa razón dieron motivo para que el Señor Don Fray Bartolomé de las Casas en su libro de la *Destrucción de las Indias*, llamase a esta provincia infeliz y desgraciada; y lo fue sin duda, pues si no hubiera padecido la desdicha de haber estado aquellos dieciocho años sujeta al dominio extranjero, fuera una de las más opulentas que tuviera la América; porque en lo dilatado de su distrito, lo fértil de su terreno, lo benigno de su clima, lo abundante de sus aguas, ni en la conveniencia de sus puertos hay otra que la iguale, y en la multitud innumerable de indios que la habitaban hizo ventaja a muchas, aún de las más pobladas, pero como los alemanes la vieron sin amor, considerándola como una cosa prestada, ni atendieron a su conservación, ni procuraron su aumento, pues sólo tiraron a aprovecharse mientras duraba la ocasión, sin reparar en que los medios de que se valían para disfrutarla fuesen o no, los más eficaces para destruirla; pues sin hacer asiento en parte alguna, ni poblar en tan hermosos países como descubrieron, llevándolo todo a sangre y fuego, no dejaron cosa que como fieras desatadas no asolaron; y como el interés principal de su ganancia lo tenía afianzado su codicia en la esclavitud de los miserables indios, fueron por millares los que sacaron para vender a los mercaderes que ocurrían a Coro, con el cebo de tan infame trato; de que resultó

despoblarse lo más de la provincia, porque los indios huyendo de padecer las violencias que experimentaban en semejantes tiranías, por asegurar la vida y la libertad, desampararon sus pueblos y se fueron retirando a lo interior de los Llanos, donde se han quedado hasta el día de hoy; perdiendo por esta causa tantos vasallos el rey y tantas almas la Iglesia.

La noticia de estos procedimientos y otros, que por su enormidad (con cuidado) deja en silencio la pluma, fue el motivo que tuvo el Emperador para privar a los Belzares y enviar por Gobernador al Licenciado Tolosa; quien luego que llegó a Coro, informado de las operaciones de Carvajal, así por relación que le hizo Frías, como por la que le daban diferentes personas, que cada día venían huyendo los rigores de su proceder tirano, determinó pasar cuanto antes al Tocuyo, para atajar los pasos de aquel hombre, aplicándole el castigo que merecían sus maldades; y para ello, valiéndose de la misma prevención que para el mismo efecto tenía dispuesto Frías, y de alguna gente de la que en su compañía había venido de España, salió de Coro, disponiendo el viaje con tal presteza y secreto, que sin ser sentido, ni tenerse noticia alguna en el Tocuyo, amaneció una mañana sobre los ranchos de la nueva ciudad, y cercando la casa de Carvajal, lo puso luego en prisiones, pasando por la misma fortuna su Teniente General Juan de Villegas.

Ejecutada esta diligencia con tan buena disposición, para sosegar los ánimos de los parciales que pudiera tener Carvajal, antes que entre ellos se pudiese originar alguna alteración por verlo preso, juntó Tolosa todos los vecinos de la ciudad en las casas que había escogido para su morada; y después de haberles manifestado las provisiones y títulos que traía de Gobernador y Capitán General de la provincia, y los despachos particulares del Emperador contra los Belzares, con agradables razones, tan prudentes como discretas, les dio a entender los motivos que había tenido para prender a Carvajal y a su Teniente, a quienes oiría en justicia, aplicándoles de su parte cuanto permitiesen los ensanches de la gracia; porque su ánimo sólo era atender al común sosiego, procurando (en cuanto pudiese) la mayor utilidad y conveniencia de los vecinos: de que quedaron todos tan pagados, estimando la afabilidad y buenos modos de Tolosa, que con general aplauso, sin que se reconociese en alguno la más leve señal de displicencia, fue

recibido al uso de sus puestos; pero sin embargo, no obstante la aceptación con que Tolosa reconoció había sido admitido en el Tocuyo, se hallaba bastantemente cuidadoso, temiendo alguna oposición o movimiento del Capitán Juan de Ocampo; a quien Carvajal pocos días antes había enviado con sesenta hombres de sus más confidentes y allegados, a descubrir los valles de Umúcaro; y para salir con brevedad de este recelo, despachó en busca suya a Diego de Losada con alguna gente de guerra y testimonio de las provisiones del César, para que haciéndoselas saber le notificase de su parte, diese luego la vuelta a la ciudad: diligencia en que tuvo poco que hacer la aptitud de Losada; porque siendo caballero el Juan de Ocampo, con la lealtad que pedía su sangre, en vista de los despachos dio luego la obediencia a Tolosa, reconociéndolo por su Gobernador sin repugnancia alguna; y celebrando todos la dicha de verse libres de la opresión que padecían con la tiranía de Carvajal y violento gobierno de los Belzares, volvieron otra vez para el Tocuyo.

Compuesto todo tan a gusto de Tolosa, mediante la buena forma con que lo dispuso su prudencia; luego que se vio en la quieta posesión de su gobierno, trató de substanciar la causa de los presos; y habiéndola seguido con grande espera por todos los términos que dispone el derecho, como quiera que contra el Capitán Juan de Villegas no resultó cargo alguno; antes sí constó de la sumaria no haber tenido intervención en los precipitados excesos de Carvajal (que como hijos de aquel natural indómito, no hubo consejo que pudiera contenerlos), por sentencia, que pronunció en veinte y cinco de septiembre del mismo año de cuarenta y seis, lo declaró por libre; y para darle satisfacción del agravio que pudo haber padecido en la prisión, informado de la calidad y prendas del sujeto, lo nombró por su Teniente General; adquiriendo por este medio en la común aceptación tantos aplausos Tolosa, como créditos Villegas.

Muy diferente fue el fin que tuvieron los sucesos de Carvajal, porque siendo sus delitos tan enormes y su proceder tan desreglado, fueron tales las atrocidades que se le justificaron, que se vio obligado Tolosa a condenarlo a muerte, mandando: que después de arrastrado por las calles más públicas de la ciudad, fuese ahorcado en la misma ceiba, que había sido teatro de sus injusticias; y aunque por parte del reo se apeló para el Conse-

jo, y por la de algunos caballeros se interpusieron ruegos, estuvo Tolosa tan firme en su resolución, que atropellando por todo, ejecutó la sentencia; pagando Carvajal con una vida, que perdió con razón, tantas como él había quitado sin ella: y fue particularidad muy reparable, que desde el instante que murió en la ceiba, siendo hasta entonces un árbol muy frondoso, se empezó a marchitar, hasta secarse, con tanta brevedad, que sirvió de admiración su ruina, si antes había sido asombro su hermosura.

CAPÍTULO V

Sale Alonso Pérez a descubrir las sierras Nevadas: atraviesa el río de Apure, y llega a las lomas del Viento, y valle de Cúcuta

FENECIDA la tragedia de Carvajal, trató Tolosa de dar asiento, y nueva forma para el gobierno y permanencia de la ciudad, que halló recién fundada; y como lo principal en que había de consistir su conservación y aumento era en las encomiendas de los indios, para asegurarlas en los vecinos que las poseían, y que no quedase puerta abierta, para que la inconsideración de algún Gobernador imprudente pudiese en algún tiempo privarlos de aquella corta utilidad, que gozaban por único premio de sus servicios y trabajos; conociendo la nulidad que padecía el repartimiento hecho por Carvajal, por falta de jurisdicción, pues siendo Gobernador intruso no había tenido autoridad para formarlo, declaró por vacas todas las encomiendas, y sin inmutar en cosa alguna, con integridad singular las volvió a proveer en los mismos que las tenían antes, despachándoles nuevos títulos para su seguridad y mayor firmeza; y aunque agradecidos los vecinos a la limpieza de su obrar, le suplicaron con instancia se adjudicase para sí los indios del valle de Cúbiro, que habían sido de Carvajal, sólo pudieron conseguir de su modestia tomase en repartimiento (por satisfacer a sus ruegos) algunas pocas familias, y las demás, con general aclamación de todos, las dio a Diego de Losada, que fue la única remuneración que debió aquel caballero a esta provincia, cuando la continuada tarea de sus servicios, en la común estimación de todos, lo graduó siempre por digno de los mayores premios.

De esta diligencia resultó quedar el Gobernador Tolosa en el conocimiento que había muchos españoles sin conveniencia en el Tocuyo, porque siendo las encomiendas pocas no podían ser bastantes para acomodarse todos; y deseando buscar formas para el remedio de los que habían quedado sin parte en el repartimiento de los indios, dispuso que su hermano Alonso Pérez de Tolosa saliese con cien hombres a descubrir las sierras Nevadas (a cuya falda se pobló después la ciudad de Mérida), que por su elevada eminencia habían sido siempre divisadas a mano izquierda en todas las entradas que habían hecho a los Llanos; y era fama, según la relación de algunos indios, encerraban en sí grandes riquezas, cuyo descubrimiento no hay duda fue el motivo principal de esta jornada; aunque otros la quisieron atribuir a buscar camino para pasar ganados desde el Tocuyo al Nuevo Reino, por dictamen de Cristóbal Rodríguez, que como uno de los que habían entrado allá con Fedreman sabía la gran utilidad, que podía resultar de este comercio; y con efecto él fue el primero que consiguió después introducirlo en Santa Fe quedando bien aprovechado con su arbitrio.

Pero al fin, séase por el un motivo, o por el otro, dispuesto todo lo necesario salió Alonso Pérez del Tocuyo por principios de febrero del año de cuarenta y siete[xlv], llevando por su Maestre de Campo a Diego de Losada, cuyo parecer por orden expreso del Gobernador, se había de seguir en todo cuanto se pudiera ofrecer en la jornada; y encaminando su derrota por el mismo río del Tocuyo arriba, después de haber gastado algunos días en sus márgenes, atravesada la serranía, que por allí le demoraba hacia el Oeste, salió al río Guanaguanare, que por aquella parte corre con el nombre de Zazaribacoa; y entrando por los Llanos caminó por ellos hasta la misma falda de las sierras Nevadas, con intención de trasmontar sus cumbres para buscar de la otra parte los tesoros, que aseguraba la fama de sus riquezas; pero como los más tenían puesta la mira en irse acercando al Nuevo Reino, buscando caminos más tratables para introducir ganados, contradijeron la opinión de Alonso Pérez, tomando por pretexto lo inaccesible de la misma serranía, cuya fragosidad, ayudada de las nieves, hacía impracticable el pasaje, con el riesgo de perecer en el hielo de sus páramos: circunstancias,

xlv. Año de 1547.

que bien consideradas, obligaron a seguir el camino por los Llanos, hasta llegar a las riberas de Apure, sobre cuyas barrancas se detuvo Tolosa algunos días, en los cuales, animados los indios de la comarca al ver el corto número de que se componía aquella escuadra de españoles, respecto de las que habían pasado por allí en otras ocasiones, determinaron probar ventura para lanzarlos de su tierra con las armas; y juntos, en bien formados batallones, dieron de sobresalto una mañana al romper del alba sobre el alojamiento de los nuestros, que ignorantes de semejante movimiento, estaban entregados al sueño descuidados; pero volviendo en sí con el estruendo, sin que tuviese lugar la turbación en aquel lance, cogieron con presteza los caballos, y echando mano a las armas, rompieron por entre las bárbaras escuadras, que descompuestas a los primeros encuentros, con pérdida de sus más valientes guerreros, dejaron el campo y la victoria en manos de los nuestros; aunque no a tan poca costa, que no muriese un soldado, y quedasen heridos más de veinte.

Habiéndose detenido Alonso Pérez, después de la refriega, sólo el tiempo que fue preciso para curar los heridos, volvió a buscar la serranía, entrándose por las cabeceras del mismo río de Apure, discurriendo que por aquella parte (al parecer menos fragosa) podría ofrecer el paso más tratable; hasta que apretado de la necesidad que padecía de bastimentos, despachó a buscarlos al Capitán Romero con cuarenta hombres, que a poca diligencia, en una quiebra que hacía la cordillera, encontró con una mediana población, cuyos vecinos puestos en arma con razonable defensa, embarazaron por gran rato la entrada de los nuestros; pero aunque hirieron de peligro en el combate al Capitán Romero y a otros cuatro soldados, e hicieron de su parte cuanto supo el valor para la resistencia, no pudieron librarse de pasar por la mala fortuna de vencidos, pues quedaron todos los más aprisionados y el pueblo entregado al saco, robando y destruyendo los soldados cuanto les dictó su antojo.

Con la presa de indios, maíz, mantas de algodón y raíces comestibles, siguieron el mismo río, y a pocas leguas de camino, sobre la opuesta ribera dieron con otro lugarcillo de indios Tovoros, que a la primera vista hicieron muestras de quererse defender, ostentando muchas armas desde las barrancas del río; pero advirtiendo el denuedo con que los caballos se arro-

jaban a la corriente para pasar en su busca, desampararon el sitio, poniéndose en huida y dejando la población al arbitrio de los nuestros, para que pasase luego por los rigores del saco. Pero no contentándose con lo que hallaron en ella, dos de los soldados, tan atrevidos como codiciosos, se entraron por la montaña, por ver si su diligencia les deparaba a la mano algo de lo que en tales ocasiones suele ocultar el miedo o la prevención; y dando en una emboscada donde los indios estaban retirados, perdió el uno luego la vida en pago de su codicia, y el otro hubiera pasado por la misma desventura a no haberse aprovechado de la ligereza que le dio el temor y el susto para ponerse en salvo, corriendo presuroso hasta ampararse del pueblo; donde sentido Alonso Pérez de la desgracia sucedida, le hubiera dado garrote, a no haberse interpuesto de por medio la intervención de algunos capitanes, a cuyo ruego le conmutó el castigo en otras penas.

De este pueblo de los Tovoros prosiguió Tolosa su jornada siempre por el mismo río de Apure, hasta llegar a la boca de otro que se le junta, no menos caudaloso, por el cual, dejando a Apure, encaminó su viaje, buscando el valle, que hoy llaman de Santiago (donde después se pobló la villa de San Cristóbal entre las ciudades de Pamplona y Mérida), cuyos moradores, con la noticia de que llegaba gente forastera a sus umbrales, bajaron por el río una jornada, con ánimo de aprovecharse de una angostura, que formaba el valle entre dos cerros, para embarazarle la entrada con las armas; pero absortos con la novedad, al ver el traje y disposición de los españoles y la grande ligereza y brío de los caballos, se pasmaron de suerte, que no acertaban a valerse de los arcos para la ofensa, ni de los pies para la fuga; hasta que acometidos de los nuestros, con la muerte de unos y las heridas de otros, se hubieron de resolver a retirarse, abandonando todo el valle a discreción de los soldados, que sin perder el tiempo metieron a saco las primeras poblaciones que encontraron, donde alojados aquella noche, tuvieron noticia el día siguiente, de que en el valle arriba había otro pueblo de numerosa vecindad (que fue el que llamaron después de las Aviamas los que poblaron la villa de San Cristóbal); y partiendo en su busca con presteza, pasó por la misma fortuna de los otros: sin que bastase el no haber hecho oposición alguna sus vecinos, para que dejase la crueldad de ejecutar algunas muertes en los que sólo atendían a huir para salvar la vida.

Recogido el pillaje de este pueblo y atravesado el río de San Cristóbal, fue a dar Alonso Pérez a la población, donde al presente está edificado el templo de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Táriba, cuyos naturales con temor anticipado habían recogido sus muebles y familias a la cumbre de un elevado monte, pensando hallar en él seguridad para su susto; pero seguidos por el rastro, aunque con trabajo en la subida, fueron descubiertos por los nuestros, para acreditar lo que vale la desesperación en un aprieto, pues puestos en defensa hicieron tal resistencia, que salió muy costoso el vencimiento, quedando muertos seis caballos y mal herido Alonso Pérez, con otros de sus soldados, sin conseguir otro fruto de la victoria, que el corto despojo de cuatro alhajas inútiles: causa, para que desconsolados al ver las pocas muestras que encontraban de las riquezas que les había prometido su deseo, desamparasen el valle de Santiago, con la esperanza de hallar mejor fortuna en otra parte; y atravesadas las lomas del Viento por la población de Capacho, salieron al gran valle de Cúcuta, célebre criadero de las mejores mulas, que hoy produce el Nuevo Reino, y donde con verdad se puede asegurar, que todo el monte es orégano, pues apenas se hallará otra planta en lo dilatado de su fértil y cálido terreno.

CAPÍTULO VI

Entra Juan de Villegas al descubrimiento de Tacarigua: toma la posesión de su laguna, y da la vuelta al Tocuyo: muere el Gobernador Tolosa, y Alonso Pérez prosigue su jornada

DESPUÉS que Alonso Pérez salió del Tocuyo al descubrimiento de las sierras nevadas, deseando el Gobernador Tolosa hacer celebrado su gobierno con nuevas poblaciones y conquistas, y animado con la esperanza de descubrir algunas minas de oro, de que se habían hallado muestras en las entradas que diferentes veces se habían hecho por el puerto de la Borburata, dio orden a su Teniente General Juan de Villegas, para que llevando ochenta hombres a su satisfacción, atravesado el valle de Barquisimeto, fuese costeando la serranía hacia el Oriente, hasta salir a la provincia y laguna de Tacarigua, en cuya jurisdicción poblase una ciudad en la parte que le

pareciese más conveniente, para que sirviese de sujeción a la comarca; y en su cumplimiento, hechas las prevenciones necesarias, salió Juan de Villegas del Tocuyo por septiembre del mismo año de cuarenta y siete, llevando en su compañía a Luis Narváez, Pedro Álvarez, veedor de la Real Hacienda, Pablo Suárez, Alguacil mayor del campo, Juan Domínguez, Gonzalo de los Ríos, Sancho Briceño, Hernando del Río, Juan Jiménez, Cristóbal López, Esteban Martínez, Juan de Zamora, Miguel Muñoz, Pedro González, Antonio Sarmiento, Juan Sánchez Choque, Luis González de Rivera, Bartolomé Núñez, Juan Sánchez Moreno, Pedro de Gámez, Álvaro Váez, Juan de Escalante, Diego de Escorcha, Antonio Cortés, Pedro Suárez, Alonso Vela León, Rodrigo Castaño, Juan Díaz Marillán, Jorge Turpi, Vicente Díaz, Francisco de San Juan y otros, hasta el número de ochenta, con los cuales faldeando la serranía por la orilla de los Llanos, siempre al Este, llegó a reconocer las riberas de la gran laguna de Tacarigua, hermoso lago, que en un ameno valle, a sesenta leguas del Tocuyo y a veinte de Caracas, retirado siete del mar la tierra adentro, ocupa catorce de longitud de Este a Oeste y seis de latitud de Norte a Sur, tan profundo, que a corta distancia de sus orillas no hay sonda que le descubra el fondo de sus aguas; sus márgenes en toda su circunferencia son alegres, vistosas y deleitables, pobladas de frescas arboledas y de varia multitud de diversas aves; adornan su hermosura algunas islas, y entre ellas dos, que tienen más de legua y media de bojeo, abundantes todas de báquiras, paujíes, guacharacas, patos y otras diferentes especies para el entretenimiento de la caza.

Fórmase el monstruoso cuerpo de este lago de las aguas de catorce ríos, que continuamente le están tributando sus corrientes; críanse en él unas hojas anchas sobre el agua, que con las raíces se van entretejiendo unas con otras, y con las hojarascas de los árboles, la tierra y palazón que traen los ríos con sus crecientes y avenidas se van incorporando poco a poco, y crecen de manera, que se forma un conjunto de dos y de tres varas de grueso y más de treinta o cuarenta de largo, tan firme y unido uno con otro, que en la superficie se crían árboles pequeños y a veces algo grandes, según la disposición de la materia, y agitadas del viento a todas partes, parecen a la vista islas movibles de aquel piélago, o fluctuantes pensiles de aquel mar, hasta que al continuado movimiento de las ondas y al fuerte combatir de la

resaca se deshace aquella trabazón, en que consisten, y quedan desbaratados, a manera de las que según refiere Plinio[xlvi] en su *Natural Historia*, se forman de la misma suerte en el mar Septentrional y en el país de Artois, según Botero en sus *Relaciones del Mundo*[xlvii].

Luego que Villegas llegó al valle de Tacarigua (de quien tomó el nombre de la laguna) deseoso de poblar en él, por las conveniencias que ofrecía la disposición del sitio, aprendió la posesión jurídica por ante Francisco de San Juan, Escribano público, en veinticuatro de diciembre del mismo año de cuarenta y siete; pero después no hallando rastro de las minas de oro que buscaba (y era el fin principal a que se había encaminado la jornada), aunque para su descubrimiento había revuelto toda la comarca Hernando Alonso, Juan Jiménez y Juan Sánchez Moreno, mineros, que para el efecto llevaba en su compañía, mudó de intento, y desamparando la laguna y valle, que tanto le había agradado, atravesó la corta serranía de siete leguas y bajó a la Borburata en la costa de la mar, donde le pareció más acertado el poblarse, así por lograr la hermosura de aquel puerto, capaz con desahogo para más de cien navíos, seguro de todos vientos y tan fondable, que con planchas pueden descargar en tierra, como por haber hallado en las quebradas del contorno algunos granos de oro tan fino, que pasaba de veinte y tres quilates en su ensayo: causa, para que animados todos con la esperanza de la riqueza que prometía aquel principio, se determinase, por parecer común, a ejecutar la población en aquel puerto; y poniéndolo por obra, en virtud de la facultad que Villegas llevaba del Gobernador Tolosa, en veinte y cuatro de febrero del año de cuarenta y ocho[xlviii], después de haber tomado la posesión jurídica por ante el escribano Francisco de San Juan, proveyó el auto de la fundación de la ciudad, a quien intituló, Nuestra Señora de la Concepción de la Borburata.

Mientras Villegas se ejercitaba en estas cosas, recibió Tolosa prorrogación de otros tres años más en el gobierno: merced, que le concedió el Emperador, en atención a los créditos de su buen obrar; y animado con la hon-

xlvi. Pli. lib. 2. capt. 27.

xlvii. Bot. Rel. uni. Lib. I.

xlviii. Año de 1548.

ra de semejante favor, dejando dispuestas lo mejor que pudo las cosas del Tocuyo, salió para el Cabo de la Vela a la averiguación de algunos fraudes, ejecutados en el quinto de las perlas, y tomar residencia a los ministros de aquel pueblo, mediante comisión que para uno y otro le remitió el consejo. Pero como en esta vida no hay felicidad, ni dicha tan segura, que no tengan por sombra una desgracia; cuando más favorecido se hallaba Tolosa, prometiéndose los acrecentamientos con que le galanteaba risueña la fortuna, cortó el hilo a sus esperanzas lo intempestivo de una muerte acelerada, pues caminando para el Cabo de la Vela perdió en un despoblado la vida, al rigor de una aguda fiebre; quedando junto con el cadáver sepultada en aquel desierto su memoria, pues hasta hoy se ignora la parte donde tuvieron descanso sus cenizas: ¡Lastimoso fin en varón tan venerable! cuando su literatura, desinterés, rectitud y singular prudencia fueron prendas, que merecieron el logro de mejor fortuna.

Esta novedad fue causa de que por entonces quedase sin efecto la población que intentaba Villegas en la Borburata, porque habiendo recibido aviso que le hicieron sus amigos de la muerte de Tolosa, y la noticia de que al tiempo que salía para el Cabo de la Vela le había dejado cometido el gobierno de toda la provincia, durante su ausencia, le pareció conveniente pasar cuanto antes al Tocuyo, para atajar con su presencia cualquier movimiento que se pudiera intentar en perjuicio de aquella delegación, en cuya virtud pretendía mantenerse en el gobierno hasta tanto que la Audiencia determinase otra cosa: y así dejándolo todo por la mano, sin pasar a más diligencia en la fundación de la ciudad que había empezado, desamparó la Borburata y caminó con tal presteza, que el día diez y nueve de marzo entró con todo su campo en el Tocuyo, donde aunque por parte de los alcaldes de aquella ciudad y la de Coro, con bastante fundamento, se movió la cuestión sobre el gobierno, alegando tocarles a cada uno en su jurisdicción durante la vacante, por no ser suficiente el título en que afianzaba Villegas su derecho; sin embargo como su séquito era grande y la parcialidad de sus amigos numerosa, con razón, o sin ella, interviniendo el consentimiento de los dos cabildos, se quedó apoderado del gobierno.

Bien ajeno de todas estas cosas se hallaba Alonso Pérez en el valle de Cúcuta, donde luego que lo sintieron entrar sus naturales, desamparando

sus bujíos, se retiraron a una casa fuerte, guarnecida de doble palizada y sembrada a trechos de troneras, para el disparo de su flechería (que sin duda les debía de servir de receptáculo en las ordinarias guerras, que tenían unos con otros), a cuyo abrigo se portaron con tan rigurosa resistencia, que aunque los acometió en ella Alonso Pérez, con muerte de tres soldados y algunos caballos, se vio obligado a desistir del combate y pasar sin detenerse hasta el río Zulia; y habiéndolo esguazado, se fue entrando por el territorio de los indios Motilones, hasta penetrar la serranía en que habitaban los Carates a las espaldas de la ciudad de Ocaña, por la banda del Norte, en cuyo rumbo, además de lo áspero y despoblado de la tierra, padeció tanta necesidad con la falta de bastimentos, que caminadas ya siete jornadas, se vio precisado a retroceder, volviendo otra vez al valle de Cúcuta, donde reforzado con la abundancia de sus víveres y descanso de algunos días, determinó seguir nueva derrota el valle abajo en demanda de la laguna de Maracaibo, por donde salió a la junta que llaman de los tres ríos (por unirse al desembocar junto a la misma laguna), a cuya vista, llevando siempre sus aguas a mano izquierda, fue caminando para el Este: y aunque a costa de diferentes reencuentros, por la oposición que halló en los moradores de sus orillas, hubo de salir a los Llanos, que llaman de San Pedro (no muy distantes de la parte donde se fundó después la ciudad de Gibraltar), asiento de los indios Babures, nación afable y poco belicosa, pues todos los instrumentos de su guerra eran unas cerbatanas con que disparaban a soplos unas flechillas pequeñas, tocadas de cierta yerba, de virtud tan singular, que al que llegaban a herir con ellas dejaban al instante como muerto, privado de sentido por dos o tres horas, que era el tiempo de que ellos necesitaban para ponerse en salvo sin peligro; y pasado aquel término; volvían los heridos a su acuerdo, quedando sin otra lesión, ni daño; y así, con poco embarazo de esta nación pusilánime, prosiguió su marcha por los Llanos, bojeando siempre la laguna para volverse al Tocuyo; pero cuando más empeñado seguía por esta senda su camino, se halló atajado de una ciénaga o estero, que comunicando su camino, con las de la laguna, entraba hasta la serranía con más de media legua de latitud por la parte más angosta, tan fondable y cenagosa, que por más diligencias que hizo para buscarle vado, no fue posible hallarle forma para esguazarlo, pues aunque se

detuvo seis meses en sus playas, por ver si con la fuerza del verano se minoraban sus aguas, se mantuvieron siempre tan en un ser, que perdida la esperanza de poder lograr su tránsito, hubo de determinar volverse por los mismos pasos que había entrado a buscar socorro a Cúcuta: valle, en cuya fertilidad parece le tenía depositada la fortuna el alivio de sus desdichas y el asilo de sus trabajos.

CAPÍTULO VII

Funda Pedro Álvarez la ciudad de Borburata de orden de Villegas, y Alonso Pérez prosigue su jornada hasta dar la vuelta al Tocuyo

DESEMBARAZADO Villegas del empeño en que lo puso la pretensión del gobierno, luego que fenecida la cuestión con los alcaldes se halló en la quieta posesión de su dominio, porque no quedase malogrado el fruto de su trabajo en la jornada que había hecho al descubrimiento de Tacarigua, volvió la mira a efectuar la población, que en el puerto de la Borburata interrumpió el año antecedente la aceleración con que dio vuelta al Tocuyo, y para ello, entrado ya el año de cuarenta y nueve[xlix] envió por capitán poblador al veedor Pedro Álvarez con sesenta hombres, entre quienes iban Alonso Pacheco, Alonso Díaz Moreno, Vicente Díaz, Sebastián Ruiz, Francisco de Madrid, Andrés Hernández, Pablo Suárez, Juan de Escalante, Luis González de Rivera, Alonso Vela León, Pedro Gámez, Juan de Zamora, Francisco de San Juan, Antonio Sarmiento y otros, que deseosos de gozar las conveniencias que prometía la nueva ciudad, determinaron avecindarse en ella; y llegados sin dificultad al puerto de la Borburata, debajo del auto de fundación y demás diligencias judiciales, que el año antecedente había formado Villegas; en veinte y seis de mayo del de cuarenta y nueve dieron principio a su población[1] y nombrados Regidores, que lo fueron Francisco de Madrid, Alonso Pacheco, Juan de Escalante y Alonso Vela León, eligieron por primeros Alcaldes ordinarios a Vicente Díaz y Alonso

xlix. Año de 1549.

1. Ciudad de Borburata.

Díaz Moreno; pero aunque esta ciudad en sus principios dio esperanzas de grande crecimiento, así por las muchas personas de suposición que se avecindaron en ella, como por la facilidad con que en el trato de su puerto y algún oro que daban las quebradas, adquirían aumento los caudales: la continuación con que los piratas dieron en molestarla, por estar situada a la lumbre del agua y sin algún reparo para su defensa, fue causa para que sus vecinos, por verse libres de sustos tan repetidos, la fuesen desamparando poco a poco, hasta que el año de sesenta y ocho, gobernando la provincia Don Pedro Ponce de León, la abandonaron del todo, dejándola despoblada, sin que bastasen las diligencias del Gobernador para embarazar su ruina.

La que amenazaba a su campo tenía desconsolado a Alonso Pérez, viéndose tan perseguido de las desgracias, que no intentaba salida en que no hallase un estorbo; y resuelto ya a volverse para Cúcuta, despachó por delante a la ligera al Capitán Pedro de Limpias con veinte y cuatro compañeros, para que fuese a dar cuenta al Gobernador su hermano, de que volvía derrotado, sin fruto alguno, de su infeliz jornada; y aunque al tercer día, después que se apartó de Alonso Pérez, en un reencuentro que tuvo con los indios le mataron cinco hombres, con los restantes, a costa de imponderables trabajos, hubo de proseguir hasta llegar al Tocuyo.

No los padeció menores en su retirada Alonso Pérez, pues por la mucha gente enferma que llevaba le era preciso caminar a paso lento, con tanta necesidad de bastimentos, que en distancia de diez leguas, dejó veinte y cuatro soldados muertos de hambre; aprieto que le obligó a dejar el camino que seguía y coger a mano izquierda por tierras altas y montuosas, no holladas de otros españoles hasta entonces, por si acaso entre su aspereza le deparaba la suerte algunas sementeras con que remediar su falta; y como cierto día encontrase una pequeña aldea de seis o siete casas, pretendiendo los soldados buscar en ellas algún alivio a sus males, hallaron tal resistencia en sus pocos moradores, que no pudiendo (por la gran flaqueza que tenían) mantener por mucho tiempo el combate, dejaron la porfía de acometerlas y pasaron a saquear otro bujío, que estaba algo apartado de las casas, y según la provisión de maíz, carne asada y raíces, que había en él, debía de ser almacén común de aquella aldea; pero los indios animados con haber

salido bien de la oposición primera, cargaron sobre los españoles (que desordenados sólo trataban de recoger el bastimento que podían), y del primer encuentro mataron dos e hirieron seis, y hubiera pasado a más el daño, si vueltos en sí al recuerdo de su peligro no hubieran convertido en fuerzas su flaqueza, para acometerlos juntos en un cuerpo, con tal brío, que volviendo los bárbaros la espalda, dejaron desamparadas las casas y el almacén, donde recobrados en algo aquellos cuerpos rendidos, pudieron tomar esfuerzo para caminar con menos pena, hasta llegar tercera vez a Cúcuta, socorro de sus necesidades y alivio de sus miserias.

Convalecidos con la abundancia de víveres en aquel hermoso valle, volvieron a dar la vuelta para las lomas del Viento, hasta salir al valle de Santiago y por la angostura de su río a las riberas de Apure, cuyas corrientes siguieron hasta meterse entre él y el de Zarare, a las márgenes de otro pequeño, que llaman Oro, donde treinta de los soldados que seguían a Alonso Pérez, mal satisfechos de las pocas conveniencias del Tocuyo, le pidieron licencia para pasarse al Nuevo Reino: demanda en que convino, así por hallarse ya en parte donde necesitaba de poca escolta para su seguridad, como por parecerle era bastante número para vencer las dificultades del camino y poder conseguir su intento sin peligro; y habiéndoles nombrado por cabo para que los gobernase a Pedro Alonso de los Hoyos, despedidos de los demás compañeros tomaron la derrota, faldeando la cordillera, hasta llegar al río de Casanare (que tiene su nacimiento a las espaldas de los indios Chitas o Cocuyes), cuyas corrientes fueron siguiendo, gobernándose por los panes de sal y mantas de algodón que iban encontrando (frutos conocidos de la tierra que buscaban), hasta dar en las poblaciones de los indios Laches, pertenecientes a la jurisdicción de Tunja, a tiempo que Don Pedro de Ursua se hallaba levantando gente para la conquista de los indios Chitareros; y alistándose en sus banderas fueron de los que a la conducta de tan célebre caudillo, consiguieron sujetar aquella nación guerrera y poblar la ciudad de Pamplona, donde Pedro Alonso de los Hoyos se avecindó y fue encomendero, quedando desde entonces descubierto camino para poder pasar con conveniencia desde el Tocuyo a Santa Fe, por donde con gran interés de esta provincia y conocida utilidad del Nuevo Reino, se introdujeron considerables porciones de ganado, que lo-

grando crecidos multiplicos en la fertilidad de sus dehesas, causaron la abundancia de que hoy gozan.

Pocos días después de haberse apartado Pedro Alonso, levantó su campo Alonso Pérez de las riberas del Oro, caminando por el Apure abajo, hasta salir a lo llano, donde socorrido con mediana porción de bastimentos, que le dieron algunos indios caiquetíos, que le salieron de paz, pudo proseguir en su derrota hasta los ríos que llaman de Barinas, donde habiendo hecho alto para descansar un poco de las fatigas de tan molesto viaje, cobró nuevo aliento para poder dar fin a su jornada y entrar en el Tocuyo por enero del año de cincuenta[li], después de haber gastado dos años y medio de trabajos en su infeliz descubrimiento y desgraciada conquista.

CAPÍTULO VIII

Descúbrense las Minas de San Felipe: funda Villegas la ciudad de Barquisimeto: levántase el negro Miguel y se corona: sale en su busca Diego de Losada, y lo vence y mata en una batalla

HALLÁBASE a este tiempo en el Tocuyo considerabilísimo número de gente, así por la que salió derrotada con Alonso Pérez de Tolosa, como por la mucha que había ocurrido de otras partes: causa, para que algunas personas principales tratasen con empeño de que se dispusiese nueva entrada a los Omeguas, para perfeccionar con su conquista el infausto descubrimiento de aquel reino, hecho por Felipe de Utre; pero como la comprensión, adquirida de su mucha experiencia, le había enseñado al Gobernador Juan de Villegas, que de semejantes armamentos dimanaba la ruina miserable en que se hallaba la provincia, pues consumida en ellos la gente, armas y caballos, sin conseguir otro fruto, que malograr el tiempo sin provecho, se había perdido la ocasión de irla poblando, nunca quiso consentir en pretensión tan nociva, pareciéndole más conveniente fundar algunas ciudades, en cuya vecindad se afianzase el lustre y permanencia de la tierra; mas como los desórdenes antecedentes la tenían puesta en extremo de re-

li. Año de 1550.

matada miseria, era preciso buscar primero alguna conveniencia, cuya utilidad moviese a los pobladores para avecindarse en ella; y ésta no podía ser otra por entonces, que el descubrimiento de algunas minas de oro, de que se tenía noticia, comprobada con las muestras, que así en polvo, como en joyas, se habían hallado entre los indios; y siendo esta diligencia al cuidado de Damián del Barrio, entrado el año de cincuenta y uno[lii] lo despachó Villegas con bastante escolta de soldados a la provincia de Nirgua (que demora al Este del Tocuyo, entre Barquisimeto y Tacarigua), donde era opinión común estaban los veneros principales; y aunque a los principios salieron vanas las catas que dio en diferentes partes, al cabo de algunos días hubo de encontrar una veta razonable en la ribera del Buria; de que dio luego aviso a Villegas, remitiéndole muestras del metal, cuya noticia fue de él tan celebrada, que sin dilación pasó a reconocer personalmente la calidad de la mina; y pareciéndole no sería bien despreciarla (por las buenas esperanzas que ofrecía) mientras no se hallasen otras de mayor consecuencia y entidad, se determinó a poblarla, para trabajar en ella en forma, intitulándola, el real de minas de San Felipe de Buria, debajo de cuyo nombre se registraron sus quintos todo el tiempo que duró su beneficio.

Animado Villegas con el buen suceso de su diligencia y advirtiendo la comodidad de haber entre el Tocuyo y el mineral descubierto porción de indios bastante, para que repartidos en encomiendas pudiesen mantener un pueblo de españoles; mediando el año de cincuenta y dos[liii] fundó en el valle de Barquisimeto (tantas veces repetido en esta historia) la ciudad de la Nueva Segovia[liv], por dejar vinculado en ella el nombre de su patria; fueron sus primeros vecinos Diego de Losada, Esteban Mateos, de quien así en aquella ciudad, como en otras de la provincia, hay lustrosa descendencia; Diego García de Paredes, hijo tanto en el valor, como en la sangre del otro, cuyas hazañas fueron asombro de Italia; Damián del Barrio, progenitor de nobilísimas familias; Pedro del Barrio su hijo, Luis de Narváez, Gonzalo Martel, Juan de Quincozes de la Llana, Francisco de Villegas, Melchor

lii. Año de 1551.

liii. Año de 1552.

liv. Ciudad de la Nueva Segovia.

Guruel, alemán de nación, Cristóbal de Antillano, Francisco López de Triana, Diego García, Hernando de Madrid, Francisco Sánchez de Santana Olaya, Pedro Suárez del Castillo, Vasco Mosquera, Gonzalo de los Ríos, Bartolomé de Hermosilla, Pedro Hernández, Pedro Suárez, Cristóbal López, Diego de Ortega, Esteban Martín, Juan de Zamora, Juan Hidalgo, Pedro González, Juan García, Sebastián González de Arévalo, Francisco Sánchez de Utrera, Cristóbal Gómez, Diego Brabo, Diego de la Fuente, Francisco Tomás, Pedro Viltre, de nación alemán, Sancho Briceño, Jorge de Paz, Diego Mateos, Pedro Mateos, Jorge Lans, Francisco Graterol y otros, de los cuales nombró Villegas por Regidores a Gonzalo Martel de Ayala, Francisco López de Triana, Cristóbal de Antillano, Diego García de Paredes, Hernando de Madrid y Francisco Sánchez de Santa Olaya; y por Escribano de cabildo a Juan de Quincozes de la Llana, que juntos luego en su ayuntamiento, eligieron por primeros Alcaldes ordinarios a Diego de Losada y Damián del Barrio; y por Procurador General a Pedro Suárez del Castillo.

El sitio donde Villegas hizo la fundación de esta ciudad fue donde hoy llaman el Tejar; pero experimentados después por sus vecinos algunos inconvenientes en tiempo del Gobernador Manzanedo, la mudaron a la parte en que al presente permanece, doce leguas al Este del Tocuyo, en unas sabanas altas, alegres y descombradas, de temperamento sano, aunque algo cálido, su cielo hermoso, pero sus aguas malas, gruesas y desabridas; tendrá ciento cincuenta vecinos que la habitan, antes más que menos, y entre ellos caballeros de ilustres y conocidas prosapias: sus naturales son de agudos y claros entendimientos, cortesanos con política y afables con urbanidad: pudieran ser muy ricos, si supieran aprovecharse en los caudales, por las gruesas haciendas de cacao que tienen en sus valles, a cuyo trato ocurren muchos forasteros y mercaderes de las provincias vecinas; pero la continuación de su desprecio es causa de que siempre se hallen empeñados: goza esta ciudad el título de muy noble y leal con que la honró la majestad de Felipe II el año de quinientos noventa y dos, cuya merced confirmó el Señor Don Carlos II el de seiscientos ochenta y siete; y se gloría con razón de contar entre sus hijos al ilustrísimo Señor Don Fray Gaspar de Villarroel, Arzobispo de las Charcas, lustre honroso de su patria y honor

esclarecido de la América; además de su iglesia parroquial en que administran dos curas, sustenta un convento del Orden de San Francisco con cuatro o seis religiosos, y un hospital, donde la caridad de los vecinos se ejercita en la piadosa asistencia de los enfermos.

No eran de tan poco provecho las minas de San Felipe para los vecinos de la Nueva Ciudad de Segovia, que no fueren experimentando con ellas aumento conocido en sus caudales, y animados con el interés que ya gozaban, tuvieron disposición para poner más de ochenta negros esclavos, que acompañados de algunos indios de las encomiendas, trabajasen en el beneficio de los metales al cuidado de los mineros españoles, que con título de Mayordomos asistían a la labor; y como cierto día, ya por el año de cincuenta y tres[lv], uno de estos mineros quisiese castigar a un negro llamado Miguel, esclavo de Pedro del Barrio, tan ladino en la lengua castellana, como resabiado en sus maldades, viendo que lo querían amarrar para azotarlo, huyendo el rigor de aquel suplicio, arrebató una espada, que acaso encontró a la mano, y procurando con ella defenderse, armó tal alboroto, que tuvo lugar entre la confusión de coger la puerta, y retirándose al monte salía de noche, y comunicándose a escondidas con los demás negros, que trabajaban en las minas, procuraba persuadirlos a que sacudiendo el yugo de la esclavitud, restaurasen la libertad de que los tenía despojados la tiranía española; y aunque los más despreciando las instancias de tan mal consejo, proseguían en su trabajo, sin darse por entendidos, pudo tanto la continuación de su persuasiva instancia, que redujo hasta veinte de ellos a que le siguiesen en su fuga, con los cuales dio una noche de repente sobre el real de las minas, y matando con el furor del primer ímpetu algunos de los mineros, aprisionó los demás, para que fuese más prolongado su martirio, pues quitó la vida con cruelísimos tormentos a todos aquellos de quien él y sus compañeros (o por haberlos azotado, o por otros motivos) se hallaban ofendidos, y a los otros dio luego la libertad, quedando tan soberbio y arrogante, que les mandó fuesen a la ciudad, y de su parte advirtiesen a los vecinos, le aguardasen prevenidos, porque esperaba en breve pasar a coronar

lv. Año de 1553.

con la muerte de todos su victoria; y quería fuese más plausible, con la gloria de haberlos avisado.

A la fama de este suceso y a las continuas persuasiones con que Miguel instaba a los demás negros e indios ladinos le siguiesen, esperando conseguir la libertad a la sombra de su fortuna, se le fueron agregando poco a poco todos los más que trabajaban en las minas, de suerte, que se halló en breve con ciento ochenta compañeros, con los cuales se retiró a lo más interior de la montaña y en el sitio que le pareció más a propósito, debajo de fuertes palizadas y trincheras, edificó un pueblo razonable, para establecer en él su tiranía, donde viéndose temido y respetado de su gente, mudó la sujeción en vasallaje, haciéndose aclamar por Rey y coronar por Reina a una negra, llamada Guiomar, en quien tenía un hijo pequeño, que porque también entrase en parte de aquella monarquía fantástica y fuese personaje de la farsa, fue luego jurado por Príncipe heredero de los delirios del padre; y desvanecido Miguel con los aplausos de la majestad, para que la ostentación del porte correspondiese con la autoridad del puesto, formó casa real que le siguiese, criando todos aquellos oficiales y ministros que tenía noticia servían en los palacios de los reyes; y porque su jurisdicción no quedase ceñida al dominio temporal, nombró también obispo, escogiendo para la dignidad a uno de los negros, que le pareció más digno y que en la realidad tenía derecho a pretenderla y lo más andado para conseguirla, pues por sus muchas letradurías, cuando trabajaba en las minas, lo llamaban todos el canónigo: quien luego que se vio electo, atendiendo como buen pastor al bien espiritual de su negro rebaño, levantó iglesia, en que celebraba todos los días misa de pontifical y predicaba a sus ovejas los desatinos que le dictaba su incapacidad y producía su ignorancia.

Dispuesto por Miguel todo lo que le pareció más necesario para el mejor gobierno de su nueva república, y prevenido de arcos y flechas para los indios, y de lanzas, que labró de los almocafres para los negros, con algunas espadas, que pudo recoger su diligencia, por no gastar el tiempo sólo en las delicias de su corte, sacó su gente a campaña y animándola con una exhortación muy dilatada, para que llevando adelante lo que tenían principiado, asegurasen con el valor la libertad perdida, marchó para la Nueva Segovia con fija esperanza de destruirla, sin más orden militar en sus escua-

dras, que fiar los aciertos de su empresa a los horrores de una noche oscura, entre cuyas tinieblas, llegando a la ciudad sin ser sentido, la acometió a un tiempo por dos partes pegando fuego a diferentes casas; y aunque en la confusión de aquel asalto repentino mataron a un sacerdote, llamado Toribio Ruiz, y otros dos o tres vecinos, los demás que pudieron con la prisa prevenirse, echando mano a las armas, juntos en un cuerpo hasta en número de cuarenta, hicieron cara a los negros, embistiéndoles con tanta resolución, que matando a algunos e hiriendo a muchos, los obligaron a volver con apresurado paso las espaldas, hasta que amparados al abrigo de un cercano monte hicieron alto, y reparándose los nuestros con recato, no quisieron pasar más adelante, por no exponerse a contingencia de malograr la victoria con algún accidente no pensado en el engaño de alguna emboscada prevenida.

Jamás se persuadieron los vecinos de la Nueva Segovia a que el atrevimiento de Miguel pasase a tanto, que tuviese osadía de acometer la ciudad, aunque lo había prometido, y el no haber hecho caso de su amenaza fue la causa para que los cogiese descuidados; pero desengañados ya con la experiencia, conocieron era preciso acudir con tiempo al castigo para extinguir aquella rebelión, antes que con la tardanza se hiciese impracticable el remedio; y no atreviéndose a ejecutarlo por sí solos, luego que amaneció dieron aviso al Tocuyo de lo sucedido aquella noche y del riesgo que amenazaba a todos, para que enviándoles socorros pudiesen con más seguridad salir al alcance de los negros: demanda a que correspondieron con tanta puntualidad los del Tocuyo, que juntando sin dilación la gente que se hallaba en la ciudad, la despacharon cometida a Diego de Losada, a quien por su mucha experiencia militar y conocido valor, nombraron también los de la Nueva Segovia por cabo de la suya, e incorporando una con otra, salió tan aceleradamente siguiendo el rastro de los negros, que antes que Miguel tuviese noticia de su entrada se halló sobre las palizadas de su pueblo.

No desmayaron los negros, aunque se vieron acometidos de repente, pues siguiendo a su Rey que con la voz y el ejemplo los animaba a la defensa, hicieron bien dudoso el vencimiento, por el tesón con que peleaban obstinados, hasta que rendido Miguel al golpe de dos heridas, acabó con su muerte el valor de sus soldados, pues perdido el aliento al verse sin cau-

dillo, empezaron a retirarse temerosos, dando lugar a los nuestros, para que matando a unos y aprisionando a otros, pusiesen fin con el desbarato de todos a aquella sublevación, que tanto llegó a temerse, por haberla despreciado en sus principios; y terminando en tragedia las que fueron majestades de farsa, volvieron la Reina Guiomar y el Príncipe su hijo a experimentar en su antigua esclavitud las mudanzas de su varia fortuna, pues se hallaron en la cadena abatidos, cuando se juzgaban en el trono elevados.

CAPÍTULO IX

Levántanse los indios Jiraharas; viene por Gobernador el Licenciado Villacinda; y aunque procura sujetarlos, no lo consigue: entra Alonso Díaz a Tacarigua, y funda la ciudad de Valencia

FENECIDA la rebelión de los negros con la muerte de su Rey Miguel, bien pensaron los vecinos de la Nueva Segovia quedarse sin embarazo que les pudiese estorbar el beneficio de sus minas, en cuyo interés tenían afianzada la conveniencia para su manutención; pero no bien se extinguió aquel fuego, cuando brotó otra llama, cuyo incendio por setenta y cuatro años continuos, con repetidas muertes, insultos y calamidades, abrasó la provincia de calidad, que imposibilitada a los principios la labor y perdida después con el tiempo la memoria de la parte donde estaban los veneros, quedaron hasta el día de hoy privados de la utilidad de sus metales; originándose esta desventura de la inquietud de los indios Jiraharas, nación tan valiente, como altiva, que tenía su habitación en la provincia de Nirgua, inmediata al asiento de las minas, que movidos del ejemplar nocivo de los negros, o temerosos de que la riqueza que buscaban los españoles se había de conseguir a costa de su personal trabajo, tomaron con tanto empeño el embarazar la ocasión, que podía ser motivo de su servidumbre, que convocándose armados, dieron repetidos asaltos a las minas, de suerte, que amedrentada la gente que asistía a su beneficio, no atreviéndose a mantener más el real, lo desampararon de una vez, retirándose a vivir a la ciudad, aunque con el desconsuelo de ser inevitable la pobreza que había de seguirse a to-

dos; hasta que por el año de cincuenta y cuatro[lvi] llegó a Coro el Licenciado Villacinda, Gobernador nombrado por la Princesa Doña Juana, que por ausencia del Emperador, su padre, gobernaba a España; y habiéndose detenido allí muy pocos días, pasó al Tocuyo y Nueva Segovia, donde informado por sus vecinos de lo sucedido con Miguel y del presente peligro en que se hallaban con el alzamiento de los indios, determinó, con parecer de ambos cabildos, que para el pronto remedio de aquel daño y que pudiesen labrarse las minas con seguro, se poblase en ellas una villa de españoles, pues había bastante distrito para su jurisdicción, sin perjudicar los términos concedidos a la Nueva Segovia, repartiendo entre las personas que se avecindasen en ella los indios encomendados, que estaban en el contorno, para cuyo efecto hicieron dejación de ellos los dueños propietarios, que los gozaban en feudo.

Determinada, pues, por conveniente esta resolución, nombró el Gobernador por cabo para que la ejecutase al Capitán Diego de Montes, hombre célebre en aquellos tiempos, así por su grande experiencia militar, como por el raro conocimiento que tenía de las yerbas saludables y particular gracia con que curaba las heridas de flechas envenenadas, aplicando los antídotos según reconocía la cualidad de los tóxicos: prendas, que unidas con otras muy singulares que lo adornaban, le adquirieron después el nombre de venerable, como tenemos ya referido en otra parte; y armado con cuarenta hombres escogidos, encaminó su marcha al río de Buria, ahorcando y empalando en el camino cuantos indios pudo coger de los rebeldes, así por vengar las muertes, que habían hecho en algunos españoles, como por atemorizar el país con el rigor, para que a vista del castigo pudiese tener lugar el escarmiento, hasta que reconocida la comarca y examinado el terreno, buscando el sitio más acomodado para hacer la población, le pareció el más a propósito a las riberas de un río, que muy cercano a las minas corría, atravesando por la hermosura de un vistoso palmar, donde, en conformidad del orden que llevaba, fundó una villa, que intituló de las Palmas; pero engañado con la vana presunción de su confianza y persuadido a que los indios Jiraharas no tendrían atrevimiento para intentar novedades, con

lvi. Año de 1554.

más anticipación de la que requería el estado de la nueva villa para asegurar su permanencia, la dejó encomendada a los alcaldes y se volvió para el Tocuyo; y como en su compañía salieron también algunos, que eran vecinos de la Nueva Segovia y volvían para sus casas, fueron tan pocos los que quedaron, que teniendo noticia poco después de que los indios trataban de acometerlos en la misma población, no atreviéndose a esperarlos, por la mala disposición con que se hallaban para su defensa, abandonaron la villa, retirándose todos a la Nueva Segovia.

Este accidente fue de grande desconsuelo para el Gobernador Villacinda, por ver con tanta facilidad frustrada toda su aplicación y diligencia, y malograda la esperanza que siempre tuvo, de que sujetos los indios con la fundación de aquella villa, volvería a quedar corriente el beneficio de las minas; pero como faltando éstas se hallaban los vecinos sin remedio, por no tener otra cosa de que poder mantenerse, el año siguiente de cincuenta y cinco[lvii] dispusieron segunda entrada, para la pacificación de los rebeldes, al cargo de Diego de Paradas, natural de Almendralejo en la Extremadura, uno de los treinta y nueve españoles, que acompañaron a Felipe de Utre en la memorable batalla que tuvo con los Omeguas; quien con treinta y cinco hombres bien armados salió de la Nueva Segovia a poner en ejecución la diligencia; y habiendo corrido primero todo el país enemigo, haciendo diferentes castigos en los indios, persuadido también como Diego de Montes a que sería bastante aquella demostración, para que temerosos los rebeldes no intentasen volver a tomar las armas, pobló segunda vez la villa quitándola el título de las Palmas y poniéndola el de Nirgua, por haberla fundado a las riberas del río de este nombre, de quien le toma toda la provincia; pero aunque mudó de sitio para su población, no mejoró de fortuna para su consistencia, pues sólo pudieron permanecer en ella sus vecinos el tiempo que duró la estación apacible del verano; porque logrando los indios después la ocasión de las continuas aguas del invierno, cuya molestia embarazaba a los españoles para poder salir a correr la tierra y buscar bastimentos para su manutención, bloquearon la villa, acometiéndola sin cesar a todas horas, de suerte, que aunque procuraron sus moradores de-

lvii. Año de 1555.

fenderla con valor, viendo era imposible faltos de víveres, contra el porfiado tesón de tan molesto enemigo, abandonaron la villa, dejándola despoblada.

Noticioso al mismo tiempo el Gobernador Villacinda de la abundancia de indios que había en la comarca de la laguna de Tacarigua y la conveniencia que ofrecía la hermosura y fertilidad de su terreno para poder poblar en ella una ciudad, y animado aún más con la esperanza de que sujeto y reducido aquel contorno podría servir de escala para emprender con más facilidad la conquista de los Caracas, que intentaba ejecutar; juntó el mayor número que pudo de soldados de las tres ciudades de Coro, Tocuyo y Nueva Segovia, y nombrando por cabo a Alonso Díaz Moreno, vecino que entonces era de la Borburata, lo despachó con orden de que poblase una ciudad en las cercanías de la laguna; diligencia en que puso tanto cuidado Alonso Díaz, que aunque los indios procuraron estorbarla a fuerza de sus armas, vencidos siempre y desbaratados por el valor de Alonso Díaz, dieron lugar a que atravesada la provincia y reconocido el mejor sitio, fundase el mismo año de cincuenta y cinco la ciudad de la Nueva Valencia del Rey[lviii] en un hermoso llano, a siete leguas distante del puerto de la Borburata y poco más de media de la laguna de Tacarigua, donde se conserva hasta hoy con una iglesia parroquial, rica de rentas, por la gruesa parte que le toca del noveno y medio de los diezmos, y un convento del Orden de San Francisco, con situación muy corta aun para la manutención de dos o tres religiosos. Pudiera ser ciudad muy opulenta, por las muchas conveniencias de que goza, si no hubiera padecido el infortunio de haberla quemado unos corsarios franceses, que el año de seiscientos setenta y siete entraron a saquearla, y si la cercanía de la ciudad de Caracas no la hubiera arrastrado mucha parte de lo más granado de su vecindad: contratiempos, que juntos con la suma inutilidad, y poca aplicación de sus moradores son causa fundamental de la gran disminución que experimenta.

lviii. Ciudad de Valencia.

CAPÍTULO X

Tiene noticia Francisco Fajardo de la provincia de Caracas, e intenta su descubrimiento: entra en los Cuicas Diego García de Paredes, y puebla la ciudad de Trujillo

VIVÍA por este tiempo en la isla de la Margarita (de donde era natural) Francisco Fajardo, hijo de un hombre noble, de su mismo nombre y apellido, y Doña Isabel, india Cacica de la nación Guaiquerí; era Doña Isabel nieta de un Cacique, llamado Charayma; del valle de Maya en la provincia de Caracas, nombre con que (por una nación así llamada, que habitaba parte de su costa) fue conocida desde el principio de su descubrimiento aquella parte de tierra, que con veinte leguas de latitud de Norte a Sur, ocupa cuarenta de longitud, corriendo desde la Borburata para el Este, comprendida en los límites de la gobernación de Venezuela; era habitada esta provincia en aquel tiempo de innumerable multitud de bárbaros de las naciones Caracas, Tarmas, Taramaynas, Chagaragatos, Teques, Meregotos, Manches, Arvacos y Quiriquires, que poblaban separados la hermosa capacidad de su distancia. Y como Francisco Fajardo en distintas ocasiones oyese ponderar a Doña Isabel, su madre (por la tradición que tenía de sus abuelos), así esta diversidad de naciones, como la fertilidad del terreno, la benignidad del clima, lo apacible del temperamento, la riqueza de las quebradas y las demás excelencias singulares con que adornó naturaleza esta provincia; siendo él hombre de espíritus elevados, de un corazón magnánimo y de una sagacidad imponderable, dio en discurrir, que le abría puerta la ocasión para colocarlo en superior fortuna, si llegando a descubrirla conseguía la dicha de poblarla. Comunicó sus deseos con Doña Isabel, su madre; y aunque, como mujer prudente conoció las dificultades que traía consigo resolución tan temeraria, sin embargo, movida con la esperanza de los ascensos del hijo, no sólo aprobó el dictamen, pero le instó a que cuanto antes ejecutase su intento.

Determinado, pues, Fajardo a poner en planta sus deseos, quiso conseguir con maña, lo que por sus cortos medios no le era posible con la fuerza; y animado de la propiedad con que hablaba todas las lenguas de la cos-

ta, dejando las resultas del suceso por cuenta de la fortuna, salió de la Margarita por el mes de abril del año de cincuenta y cinco en dos piraguas, llevando en su compañía a Alonso Carreño, Juan Carreño y Pedro Fernández, todos tres naturales de la misma isla (los dos primeros hermanos suyos de madre), y con veinte indios, vasallos de Doña Isabel, y algunos pocos rescates, atravesó la corta distancia que hay de la Margarita a tierra firme, y costeando la provincia de Cumaná, doblado el cabo de Codera, llegó a tomar puerto al río de Chuspa, primer paraje de la tierra que buscaba para su descubrimiento.

Con la noticia de su arribo, movidos de la novedad, por ver la gente extranjera, bajaron luego a la playa acompañados de cien indios, los Caciques Sacama y Niscoto, señores de aquel país, a quienes Fajardo, hablándoles en su idioma con aquella gracia natural de que le había dotado el cielo, les dio a entender, que el motivo de su viaje era sólo el deseo de su amistad y la conveniencia de ajustar con ellos trato, si para poderlo hacer le permitiesen licencia. Aficionados se mostraron los Caciques al cariñoso agrado con que les habló Fajardo, y dándoles seguridad para el desembarque, saltó en tierra con la cautela que pedía la ocasión en que se hallaba, donde rescatando algunas joyas y chagualas de oro, hamacas y bastimentos, fue tratado de sus huéspedes por espacio de tres días con amor y regalo, dejando con la comunicación afianzada para adelante la amistad; y hecha después la misma diligencia con el Cacique Guaimacuare, que vivía dos leguas más abajo, pasó en busca de Naiguatá, el más poderoso señor, que habitaba aquellas costas, tío de Doña Isabel su madre, porque era hijo de un hermano de su abuelo Charayma, en quien halló Fajardo el mismo agasajo y hospedaje, que había experimentado en los demás; y después que con el trato de algunos días tenía la comunicación engendrada familiaridad entre los dos, reconociendo Fajardo, que las muestras que descubría en la tierra correspondían en todo a las noticias que lo habían empeñado en su descubrimiento, pareciéndole ya tiempo de poner en práctica la máxima en que fundaba el conseguirlo, se declaró por Naiguatá, descubriéndole quién era: causa, para que así el Cacique, como los demás indios, por razón del parentesco le cobrasen tal amor, que dueño de la voluntad de todos, no se disponía cosa en los pueblos, que no fuese medida por las reglas de su

arbitrio; y valiéndose de esta ocasión, como era de genio pronto y entendimiento muy vivo, tuvo arte para trabar correspondencia y amistad con los caciques, que habitaban la tierra adentro de la otra parte de la serranía, por cuyo medio se hizo capaz con entera comprensión de cuanto encerraba y contenía toda la provincia en sí, hasta que pareciéndole había ya conseguido en este viaje todo lo que necesitaba para el más acertado logro de sus máximas, bien aprovechado con el interés de los rescates, y con harto sentimiento de los indios, dio la vuelta a la Margarita, habiendo consumido en este descubrimiento lo restante del año de cincuenta y cinco; y entrado el de cincuenta y seis[lix] murió en la Nueva Segovia el Gobernador Villacinda, dejando el gobierno a los alcaldes ordinarios de las ciudades, para que lo administrasen cada cual en la jurisdicción de sus distritos.

Luego que falleció Villacinda, con la noticia que tenían los del Tocuyo de la provincia de los Cuicas, que demora al Poniente de su ciudad y se extiende por más de treinta leguas de tierra toda doblada, corriente de Norte a Sur desde las sierras de Mérida, que llaman los páramos de Serrada, para la ciudad de Carora, trataron de aplicar todos los medios posibles para sujetarla, movidos de los intereses, que esperaban adquirir con su conquista; porque habiendo entrado en ella el año de cuarenta y nueve el Contador Diego Ruiz Vallejo de orden de Juan de Villegas a descubrir unas minas de oro, que se decía haber en el valle de Boconó, reconoció ser provincia pingüe, fértil de todo género de frutos y muy abundante de algodón, que era lo que por entonces apetecían más los del Tocuyo, por haberse aplicado a la labor de los lienzos de este género, que tejidos con primor, les servían de mercancía para traficarlos a otras partes donde tenían expendio y estimación.

Aprobada por los alcaldes la determinación de esta conquista, encomendaron la empresa a Diego García de Paredes, hijo natural del otro, que con sus arrestos asombró el mundo, quien huyendo de los incendios en que se abrasaba el Perú con las alteraciones de Gonzalo Pizarro, se había retirado a esta gobernación, queriendo más perder el premio de lo que había servido en aquel reino, que ponerse a contingencia de que peligrase

lix. Año de 1556.

su lealtad entre los alborotos del paisano, a quien estimaba como amigo y amaba como pariente; y llevados para la jornada setenta infantes y una docena de caballos, con bastante número de indios Yanaconas, salió del Tocuyo y marchó para los Cuicas, cuya provincia atravesó siempre al Poniente, buscando sitio acomodado para poder poblarse, sin que en la docilidad de aquella nación pacífica encontrase oposición, que pudiese embarazar el progreso de su marcha, hasta llegar a descubrir la populosa población de Escuque, situada en un lugar eminente a las vertientes del caudaloso río de Motatán (que naciendo en la cumbre de los páramos de Mérida, corre a incorporar sus aguas con las de la gran laguna de Maracaibo), donde pareciéndole a Paredes paraje acomodado, por las conveniencias del sitio, fundó el mismo año de cincuenta y seis la ciudad de Trujillo[lx], honrando su nueva población con el nombre de la que veneraba por madre, en la Extremadura; y habiéndole nombrado justicia y regimiento para la ordinaria administración de su gobierno, y repartidos los indios de encomiendas entre sus pobladores, se volvió para el Tocuyo a dar cuenta de lo que dejaba obrado.

Con la ausencia de Paredes, faltos de superior y de respeto algunos mozos, que habían quedado avecindados en la nueva ciudad, dejándose llevar de la inclinación juvenil de sus pocos años, empezaron a abusar de la pacífica naturaleza de los indios, y corriendo desbaratados tras el torpe apetito de sus malos deseos, no contentos con robarles el corto homenaje de sus pobres alhajas, pasaron sin recato, ni temor a la obscenidad de aprovecharse de sus hijas y mujeres, con tan poco miramiento, que no rehusaban ejecutar operaciones tan feas, aunque fuese a la vista de los mismos ofendidos; y como no hay paciencia a quien no irrite la sinrazón de un agravio, no pudiendo sufrir los indios los que experimentaban repetidos, trocando la mansedumbre de su natural pacífico en un furor más que bárbaro, tomaron las armas una tarde para buscar venganza a sus ofensas y mataron cuantos españoles pudieron encontrar divertidos en los entretenimientos de su lascivia escandalosa: pasando luego con numerosas tropas, que tenían prevenidas de toda la provincia, a poner estrecho cerco a la ciu-

lx. Ciudad de Trujillo.

dad (que había dejado Paredes ceñida con un fuerte palenque de maderos), reduciendo a sus vecinos a tan conocido aprieto, que si no acudiera a socorrerlos con alguna gente de refresco el mismo Don Diego García de Paredes (a quien habían avisado desde el principio de esta revolución) sin duda consiguieran los indios el intento de que no quedase español vivo; pero desbaratados los bárbaros con su llegada, aunque se vieron obligados a levantar el sitio, no fue bastante el descalabro que tuvieron en sus tropas para que perdiesen el coraje, ni disminuyese el rencor que habían cobrado contra la sinrazón española, pues reforzados de nuevos escuadrones, sin que les acobardase el temor de los muchos que morían, volvieron a repetir los asaltos con tan porfiada obstinación, que hallándose ya Paredes con diez infantes menos y otros muchos heridos, tuvo por imposible poderse mantener contra la fuerza de una inocencia ofendida; y más cuando procurando reducirlos a concordia, con olvido de lo pasado, no proponía medio para la paz, que no fuese en los indios nuevo incentivo para continuar la guerra: y así, dejando la pacificación de aquella provincia para otra ocasión más oportuna, valiéndose del silencio de la noche y de la traza de dejar muchas lumbres encendidas y algunos perros amarrados, para que oyéndolos ladrar no conociesen los indios la retirada, desamparó la ciudad, con gran porción de ganados, que habían introducido los españoles, así para su sustento, como para el multiplico; y cogiendo la marcha a paso largo, sin que lo sintiesen los indios, se volvió para el Tocuyo ya en días del año de cincuenta y siete[lxi].

CAPÍTULO XI

Nombra la Audiencia por Gobernador a Gutiérrez de la Peña: entra Diego Romero a los Jiraharas: vuelve Fajardo a los Caracas: funda el pueblo del Rosario, y después lo desampara

SABIDA en Santo Domingo la muerte del Licenciado Villacinda, nombró luego la Audiencia en su lugar por Gobernador interino a Gutiérrez de la

lxi. Año de 1557.

Peña; quien habiendo llegado a Coro muy a los principios del año de cincuenta y siete, recibido al ejercicio de su empleo, pasó sin detenerse a la ciudad del Tocuyo, donde con la noticia de su arribo ocurrieron los vecinos de la Nueva Segovia a solicitar remedio para la restauración de sus minas de San Felipe de Buria, sin cuyo beneficio era imposible mantenerse, por no tener otra granjería con que poder sustentarse; y hecha su representación al Gobernador, deseando éste concurrir por su parte a utilidad tan común, despachó con cincuenta hombres a Diego Romero, para que aterrorizando a los indios Jiraharas con los castigos que pudiese obrar en ellos, poblase otra vez la villa y a la sombra de este resguardo volviese a quedar corriente la labor de los metales.

Hízolo así Romero, y trasegada la provincia, ejecutando en los indios cuantas hostilidades le permitió la ocasión, teniendo por más seguro el paraje más cercano para la fundación de la villa, la pobló en el mismo real, que había sido de las minas, con nombre de Villarrica; pero después, habiendo reconocido algunas incomodidades en la mala disposición del sitio, en tiempo del Gobernador Pablo Collado la mudaron a las orillas del río de Nirgua, con nombre de la Nueva Jerez, donde sólo pudo permanecer hasta el año de sesenta y ocho, en que hostigados sus vecinos de las hostilidades y daños que recibían de los indios, se vieron obligados a despoblarla; y aunque el año siguiente de sesenta y nueve de orden del Gobernador Don Pedro Ponce de León la volvió a reedificar Juan de Mota, experimentó en su poca consistencia los mismos contratiempos de su mala fortuna; hasta que el año de seiscientos veinte y ocho (como referiremos en la segunda parte de esta Historia) con general exterminio de la nación Jirahara, la pobló el Gobernador Don Juan de Meneses y Padilla en la parte donde hoy permanece, con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria del Prado de Talavera.

Dejamos a Francisco Fajardo en la isla de Margarita de vuelta del primer viaje que hizo a la costa de Caracas; y aunque animado con el buen principio que tuvo en su descubrimiento, deseó volver cuanto antes a proseguirlo: como sus fuerzas eran pocas para empresa tan ardua como la que pretendían, le fue preciso detenerse, buscando forma para la prevención de algunas cosas necesarias a la seguridad de sus intentos, hasta el año de

cincuenta y siete, en que salió segunda vez de la Margarita, trayendo consigo a Doña Isabel, su madre, como prenda en quien tenía afianzada la esperanza de su dicha en las máximas de su idea: y acompañado de sus dos hermanos Juan Carreño y Alonso Carreño, de Pedro Fernández, Martín de Jaén, Francisco de Cáceres y Cortés Richo, éste de nación portugués, y los otros naturales todos de la Margarita; cien indios Guaíqueríes, vasallos de su madre; algunas armas y rescates, que fue cuanto pudo prevenir con el limitado posible de sus cortos medios, atravesó a la tierra firme, si bien considerando que era muy poco el número de gente que traía para poder poblar como deseaba, sin querer pasar por entonces a la costa de Caracas, se quedó en el puerto de Píritu, treinta leguas más a barlovento, de cuyo territorio eran caciques dos indios, ya cristianos, que aficionados a la nación española, asistiendo en la isla de Cubagua al trato de las perlas, habían recibido el bautismo y se llamaban Don Alonso Coyegua y Don Juan Caballo, con quienes tenía Fajardo estrecha correspondencia y amistad, y con el motivo de visitarlos quiso hacer escala en aquel puerto, donde gozando del regalo con que lo festejaron los Caciques se detuvo algunos días, logrando por este medio adquirir otros cinco compañeros, que fueron Juan de San Juan, de nación vizcaíno, Abraham de Ese, flamenco, Francisco de Robles, Juan de Burgos y Gaspar Tomás, que por accidentes del mar, derrotados de Maracapana, llegaron en una piragua a aquella costa.

Viéndose ya Fajardo con once españoles que le seguían, determinados a no desampararlo en cualquier lance de su fortuna, cobró nuevo aliento para proseguir en la resolución de la conquista, que tenía premeditada, y por no dilatar más el emprenderla, salió de Píritu, llevando consigo al Cacique Don Juan Caballo, que con cien indios de sus vasallos quiso mostrar la fineza de su amistad acompañándole; y doblado el Cabo de Codera, llegó a tomar tierra un poco más a sotavento del puerto de Chuspa, en el sitio que llaman el Panecillo, donde con la noticia de su arribo concurrieron luego a visitarle los Caciques Paisana y Guaimacuare y otros circunvecinos de la costa; porque era tal el dominio que había adquirido Fajardo sobre todos, así por la gracia natural de conciliar voluntades con que le había adornado el cielo, como por la perfección con que hablaba cualquier lengua de los indios, y lo principal por los respetos de su madre, a quien vene-

raban por Cacica de su nación, que donde quiera que él estaba no se movía cosa entre los indios, que no fuese a la disposición de su albedrío; y como en esta ocasión llevaba a Doña Isabel consigo, creció tanto el amor con su presencia, que luego que la vieron los Caciques la pidieron con instancia, se quedase a vivir con ellos, ofreciéndola, para obligarla más todo el valle del Panecillo, para que pudiese tener en él sus labranzas y asistencia.

Este era el fin a que siempre había tirado Fajardo en sus discursos y la máxima en que tenía fundada la esperanza de conseguir sus intentos, y viéndola ya lograda conforme la había pensado, aceptó sin repugnancia la oferta de los Caciques; pero como él se había introducido en este descubrimiento por sí solo, sin tener más jurisdicción, que la que se había adquirido de su propia autoridad; hallándose ya en estado que le precisaba a poblar, para afianzar en aquel principio los medios de su conquista, no se atrevió a pasar más adelante sin tener el consentimiento del Gobernador de esta provincia, a quien (por estar entre los límites de su distrito) tocaba el concederle el permiso y darle la facultad; y así para conseguirlo, dejando en el Panecillo entretenida su gente en levantar algunas casas de paja en que poder alojarse, se metió en una piragua con sólo dos compañeros y algunos indios de boga, y tiró la costa abajo, navegando las cuarenta leguas que hay hasta el puerto de la Borburata, a cuya jurisdicción pertenecía por entonces toda aquella costa, por ser la ciudad que estaba poblada más a barlovento en esta gobernación; y habiendo dado cuenta a su cabildo de lo que dejaba obrado, pasó a buscar al Gobernador Gutiérrez de la Peña, a quien halló en el Tocuyo, y comunicada con él su pretensión, tuvo tan buena fortuna en su despacho, que consiguió le diese título, para que en su nombre pudiese gobernar toda la costa, desde la Borburata hasta Maracapana, con poder y facultad para poblar todas las villas y lugares, que le pareciesen convenientes, para asegurar mejor lo que fuese conquistando.

Satisfecho Fajardo de haber negociado con el Gobernador cuanto pudo imaginar el deseo, volvió para la Borburata y de allí al Panecillo, en demanda de su gente, que cuidadosa con su ausencia, vivía con temor de su tardanza; y hallando perfeccionadas las casas, que dejó puestas en obra al tiempo de su partida, en virtud de los poderes que traía de Gutiérrez de la Peña, luego que llegó fundó una villa en la misma ranchería, con título del

Rosario, si bien con tan poco número de vecinos, como él tenía de soldados; pero aunque esta población a los principios fue muy del agrado de los indios, por la afición que con el trato habían cobrado a los nuestros, después empezando a experimentar algunas vejaciones en el violento proceder de los soldados, empezó también a resfriarse aquel amor con que habían deseado tener en su compañía a Fajardo; y creciendo las molestias con descaro al paso que los indios las toleraban con disimulo, llegaron a apurar tanto el sufrimiento, que arrepentidos de haber buscado por su mano los daños que padecían con la amistad española, se resolvieron a remediar con las armas el yerro de su imprudencia. Y aunque en la junta que hicieron los Caciques para disponer el modo, fue de parecer Guaimacuare, que antes de llegar a rompimiento se usase de los medios que permite la cordura, pues siendo el fin librarse de la opresión que padecían, podía lograrse el intento, sin que fuese necesaria la violencia, requiriendo a Fajardo en amistad desamparase la villa y se retirase a la Margarita con su gente, pues habiéndola poblado con consentimiento de ellos, se quejaría con razón, de que faltándole a la fe prometida en el permiso, se hallaba acometido de las armas antes de saber la causa que obligaba tal mudanza; sin embargo el Cacique Paisana, o por ser de natural más altivo, o porque se sentía el más agraviado de la mala correspondencia de los nuestros, sin admitir lugar para la espera determinó se pasase luego a la venganza; sobre que altercando Guaimacuare por defender su opinión, se llegaron a trabar de suerte, que echando mano a las macanas hubiera de parar en desafío, si el Señor de Caruao no entrara de por medio a componerlos.

No se le ocultó a Fajardo la junta de los Caciques, ni la resolución que habían tomado (persuadidos de Paisana) de lanzarlo a fuerza de armas, porque Guaimacuare haciendo punto de conservar su amistad, le avisó luego de todo, para que disponiéndose a la defensa, se hallase prevenido en la expugnación que le esperaba; y así, sin perder tiempo en los reparos, retirándose lo más que pudo hacia la orilla del mar para tener seguras las espaldas en el flujo y reflujo de sus olas, fortaleció el recinto de su pueblo, cercándolo con dobles estacadas; y fiando la centinela a buenas guardias, esperó el acometimiento de los indios, que capitaneados de la arrogancia de Paisana, no tardaron muchos días sin amanecer una mañana a vista de la

villa; y entre el estruendo de aquella vocería, que usan en semejantes ocasiones, lo mismo fue llegar, que acometerla con tanto denuedo y desahogo, que intentaron rendir las palizadas; pero aunque pocos, tenía Fajardo tan bien dispuestos sus soldados y repartidos los indios, así Guaiqueríes, que trajo de la Margarita, como Píritus, que le dio Don Juan Caballo, que abrigados de la estacada y sirviéndoles de troneras las juntas de los maderos, los unos con las espadas y los otros con las flechas hicieron tan considerable mortandad en las tropas de Paisana, que se vio obligado a desistir del asalto; pero como el odio concebido contra los nuestros ardía implacable en el corazón de aquel bárbaro, no fue bastante el menoscabo de sus huestes para que mitigase su violencia; antes enfurecido más por la defensa, trató de apretar el sitio para rendir la villa por asedio, valiéndose al mismo tiempo de la traición de emponzoñar las aguas de unos pozos, donde bebían los cercados, para que faltos de aquel recurso tan preciso, no les quedase esperanza en que afianzar el escape.

Bien quisiera Fajardo, a vista de tanto riesgo, desamparar la villa y retirarse; pero como precisamente lo había de ejecutar por el mar se halló imposibilitado de poderlo practicar por falta de embarcaciones, pues maltratadas sus piraguas de los rigores del sol y humedad de las mares, necesitaban de una carena de firme para poder navegar; y así, en el ínterin que conseguía componerlas, por no estar ocioso con las armas y quebrantar un poco la altivez del enemigo, determinó acometerlos en su mismo alojamiento, fiando a los accidentes de un encuentro los sucesos de su fortuna; y dejando dentro de los reparos de su fortificación sólo veinte indios para el seguro y escolta de Doña Isabel, su madre, dividida la demás gente en dos escuadras, una que había de gobernar él, compuesta de sus once compañeros y los indios Píritus del Cacique Don Juan Caballo; y la otra sólo de los Guaiqueríes de la Margarita, capitaneados de Diego Guerra, indio valiente y arriscado, salió del recinto de sus palizadas en el silencio de una noche oscura a tan buena coyuntura y ocasión tan acomodada, que hallando dormido todo el campo de Paisana, tuvieron lugar cada escuadra por su parte de ensangrentar bien las manos, poniendo en confusión y desbarato el ejército enemigo, pues aunque recobrados los indios del susto que causó la mortandad de aquel primer avance, se portaron tan valerosamen-

te, que obligaron a Fajardo a retirarse a la villa; quedaron tan quebrantados con la muerte de sus más valientes guerreros que no atreviéndose Paisana a esperar segundo acometimiento, levantó el sitio aquella misma noche, poniendo en salvo las reliquias de su ejército deshecho.

Libre Fajardo del aprieto en que se había visto con el cerco, trató de componer cuanto antes sus piraguas para retirarse a la Margarita, así por dar lugar a que pasase aquella tempestad y conmoción furiosa de los indios, y poder después en tiempo más oportuno proseguir en su conquista, como porque habiéndose inficionado las aguas de los pozos con el veneno que les echó Paisana, eran muchas las enfermedades que la corrupción había causado en su gente, de que morían repentinamente algunos de los Guaiqueríes y Píritus, siéndole lo más sensible haber fallecido también del mismo modo su madre Doña Isabel, pérdida para Fajardo de considerable consecuencia, por ser en coyuntura tan urgente: motivos, que juntos todos, le obligaban a acelerar con más prisa su partida, pero estando para ejecutarla, recibió una embajada de Paisana, en que manifestando arrepentimiento de lo obrado, le pedía licencia para venirlo a ver; y concedida libremente por Fajardo, sin que precediese más seguridad, que la confianza en su palabra, entró en la villa, acompañado de otros sesenta gandules, a tiempo que el Cacique Guaimacuare envió a prevenir a Fajardo estuviese con cuidado, sin fiarse de la simulación y cautela de Paisana, porque el fin a que tiraba con aquellos fingimientos sólo era a buscar oportunidad para matarlo; cuyo aviso alteró tanto a Fajardo, que sin aguardar a más prendió a Paisana y todos sus compañeros, y sin otra justificación, que la que dictó su cólera, faltando a la pública fe de su palabra, lo ahorcó de la cumbrera de la casa, pasando por el rigor de semejante injusticia otros diez indios, los que le parecieron más principales de los que trajo consigo: ¡acción indigna de un corazón magnánimo! y que mancilló mucho la fama de Fajardo, pues para tan cruel violencia nunca pudo hallar razón que pasase por disculpa; y teniendo aquel castigo por bastante satisfacción para su enojo, poniendo en libertad los demás indios que tenía aprisionados, recogió su gente a las piraguas y dándose a la vela, volvió a la Margarita por fines del año de cin-

cuenta y ocho[lxii] y cuasi al mismo tiempo murió en Coro el Señor Obispo Don Jerónimo Ballesteros, en cuyo lugar presentó su Majestad para esta Sede al Señor Don Fray Pedro de Ágreda, religioso dominico[lxiii], siendo catedrático en el colegio de San Gregorio de Valladolid; y aunque su venida a esta provincia se dilató hasta el año de sesenta, nos ha parecido anticipar la noticia en el año de su presentación, por si acaso después no hubiere oportunidad de referirla.

CAPÍTULO XII

Puebla Francisco Ruiz en los Cuicas a Miravel: viene por Gobernador Pablo Collado: restituye la conquista a Diego de Paredes, quien reedifica la ciudad de Trujillo

ENTERADO el Gobernador Gutiérrez de la Peña de lo sucedido en la provincia de los Cuicas y de las causas que precedieron para la desolación de la Nueva Trujillo, al mismo tiempo que se hallaba informado de la gran fertilidad de aquel terreno, la abundancia de naturales que lo habitaban y el mucho jugo que podía sacar de país tan pingüe, tuvo por acertado no dejar de la mano su conquista, a que instaban con esfuerzo los del Tocuyo, por el interés que se prometían de la saca de algodón para la fábrica de lienzos, que habían tomado por granjería para su trato; pero como quiera que entre el Gobernador y Diego García de Paredes había habido en otros tiempos alguna enemistad y oposición, de que aún duraban calientes las cenizas, determinado a que se volviese a hacer segunda entrada, no quiso encomendársela a Paredes, y con público desaire de las prendas y servicios de un hombre de tantos méritos, nombró por cabo a Francisco Ruiz, vecino del Tocuyo; quien llevando en su compañía a Alonso Pacheco, Francisco Graterol, Bartolomé Escoto, Alonso Andrea de Ledesma, Tomé de Ledes-

lxii. Año de 1558.

lxiii. Jil Gonz. The. Ec1.[4].

4. Efectivamente Gil González Dávila apunta que don fray Pedro de Agreda sustituyó a don Miguel Gerónimo Ballesteros (*op. cit.*, tomo I, pp. 298-299).

ma, su hermano, Sancho Briceño, Gonzalo Osorio, Francisco Infante, Francisco de la Bastida, Jerónimo de Carmona, Gaspar Cornieles, Diego de la Peña, Juan de Segovia, Lucas Mejía, Agustín de la Peña, Pedro Gómez Carrillo, Luis de Villegas, Juan de Aguirre, Francisco Ruiz, Juan de Baena, Francisco Moreno, Gaspar de Lizana, Lope de Encira, Luis de Castro, Juan Benítez, Francisco Terán, Andrés de San Juan, Vicente Riveros, Juan de Miranda, Rodrigo Castaño, Francisco Jarana, Pedro García Carrasco, Luis Quebradas, Juan de Bonilla, Hernán Velázquez, Francisco Palacios, Pedro González de Santacruz, Juan de Miranda, Esteban de Viana, Gregorio García y otros, hasta el número de ochenta, los más de los que habían entrado con Paredes, tomó la vuelta de los Cuicas, penetrando su provincia hasta el valle de Boconó, donde hizo alto, con fin de componer las armas y labrar escaupiles, por haber reconocido la inquietud que su entrada había causado en los indios y la altivez con que se hallaban después que obligaron a Paredes a despoblar a Trujillo.

Al mismo tiempo que Francisco Ruiz salió del Tocuyo a esta conquista, salió también de la ciudad de Mérida (recién poblada por Juan Suárez) Juan Maldonado, encomendado de la misma provincia de los Cuicas, y atravesadas las sierras nevadas con la fatiga que le fue precisa para tolerar sus hielos, llegó al último valle del país, que ocupan los Timotes, donde acuarteló su gente, y dejándola en sitio acomodado, pasó sólo con veinte hombres a descubrir las tierras que corren para el Norte, por cuyo rumbo vino a dar por principios del año de cincuenta y nueve al valle de Boconó, donde estaba Francisco Ruiz acosado con su campo; y como a pocos pasos encontrase con dos de sus soldados, que se divertían cazando, informado de la gente que era, y de dónde habían salido, les mandó dijesen a su capitán desamparase luego la provincia, y buscase otra parte en que poblarse, por pertenecer aquélla a la jurisdicción de su conquista: embajada de que recibió muy poca alteración Francisco Ruiz, pues haciendo poco caso de las bravatas de Maldonado, remitió su despique a otro recado; y aunque se fueron trabando de palabras, hasta llegar a desafiarse, considerada la materia con más maduro acuerdo de ambas partes, paró la polvareda en que Maldonado se retiró al valle donde había dejado su campo acuartelado, y Francisco Ruiz con el suyo fue a la población de Escuque, donde Paredes

había fundado Trujillo; y aunque hasta entonces no había tenido intención de poblar en aquel paraje, picado por las palabras desatentas de Maldonado, determinó reedificar la ciudad, como lo hizo, si bien por no conformarse con la primera fundación, le quitó el nombre de Trujillo y la intituló Miravel, nombrando alcaldes y regidores y repartiendo los indios de encomienda entre los vecinos pobladores; de que agraviado Maldonado, atribuyendo semejante operación (ejecutada a su vista) a menosprecio de su valor y desaire de su punto, volvió segunda vez a repiquetearse con Francisco Ruiz, interviniendo de ambas partes recados tan desatentos y palabras tan picantes, que llegaron a extremo de perderse; pero metiendo la mano a componerlos las personas más bien intencionadas de ambos campos, tomaron por acuerdo, que Maldonado se volviese a Mérida, asentando por términos de su conquista todo el país de los Timotes; y Francisco Ruiz se quedase en Miravel, comprendiendo dentro de la suya las tierras y provincia de los Cuicas; y de esta suerte quedaron divididas las jurisdicciones de las dos Audiencias de Santo Domingo y Santa Fe, ésta a la parte del Sur y aquélla a la del Norte: diferencia, que hasta entonces no se había podido componer, pues habían corrido sin que alguna de las dos supiese hasta dónde llegaban los términos de su distrito.

Bien descuidado quedó Francisco Ruiz con esta disposición, no discurriendo pudiese ofrecerse accidente, que perturbase la quieta posesión en que se hallaba de su Nueva Miravel, cuando por el mismo año de cincuenta y nueve llegó al Tocuyo el Licenciado Pablo Collado, proveído por el Rey en el gobierno y capitanía general de la provincia, en lugar del Licenciado Villacinda; y como a Diego García de Paredes le había herido en lo más vivo del sentimiento el desaire que le hizo Gutiérrez de la Peña, quitándole la conquista de los Cuicas, ocurrió luego ante el nuevo Gobernador a manifestar su agravio; y atendida la demanda por Pablo Collado con el conocimiento de la razón que le asistía en la expresión de su queja, revocó los poderes dados a Francisco Ruiz y despachó nuevo título a Paredes, con orden para que reconocido por cabo superior de la gente que estaba en Miravel, pudiese reedificar o poblar en la parte que tuviese por mejor, haciendo nueva elección de regimiento y justicia.

Con esta facultad, y algunos soldados de su séquito, salió Paredes del

Tocuyo y llegando a Miravel manifestó su comisión en el cabildo, donde recibido sin dificultad al ejercicio de su empleo, la primera diligencia que hizo en virtud de los poderes que llevaba, fue restituir a la ciudad el nombre primitivo de Trujillo, si bien le duró poco por entonces, porque reconocidas con brevedad las incomodidades de continuadas lluvias, repetidas tormentas de truenos y relámpagos y la mucha humedad de aquel contorno, conseguida licencia del Gobernador para mejorar el sitio, mudó la población a la cabecera de uno de los valles, que corren a las riberas del río de Boconó, por estar en el centro de los Cuicas y poder con más comodidad atender a su conquista; pero fue tan desgraciada esta ciudad en sus principios, que sin hallar sus pobladores lugar que les agradase para su existencia, anduvo muchos años, como ciudad portátil, experimentando mil mudanzas, pues aunque éste de Boconó pareció el más a propósito por entonces, habiendo algunos días, después que se fundaron en él, originándose ciertos disgustos entre el Gobernador Pablo Collado y Diego de Paredes, éste o sentido, o receloso, declinó jurisdicción, y dejando esta provincia, se pasó a vivir a Mérida: accidente, que fue la total ruina de Trujillo, pues apenas faltó el respeto de Paredes, cuando divididos en parcialidades sus vecinos, se empezaron a consumir en discordias; y separados en bandos, unos querían permaneciese la ciudad en aquel sitio, y otros, que la mudasen a otra parte; y siendo los de esta opinión más poderosos en tiempo que gobernó la provincia el Licenciado Bernal, desconsiguieron el permiso para la transmigración que pretendían, y a pesar de los del contrario dictamen mudaron la población a una sabana, que llamaban de los Truenos (por una tempestad que en ella padeció Juan Maldonado), a las orillas del río Motatán, donde no pudiendo conseguir logro de las sementeras, por la gran plaga de hormigas que las destruía, ni multiplico en los ganados, por el menoscabo que ocasionaban los tigres, no les fue posible permanecer muchos días, y de su propia autoridad, sin consentimiento ni permiso del Gobernador, cargaron con la ciudad a otro lugar más incomodado, cuatro leguas más abajo del mismo río, en el centro de una montaña tan áspera, húmeda y poblada de mosquitos, hormigas, tigres y otras sabandijas, que perseguidos de tanta calamidad, blasfemaban de sus discordias, por haber sido la causa para padecer desdichas: siendo lo más sensible entre la multi-

tud de sus trabajos, haber dado en un temperamento tan nocivo, que perdiendo la salud, descoloridos e hipatos, representaban a la vista, más forma de hospital que de república.

Y aunque con el conocimiento de sus yerros ocurrieron representar sus miserias a Don Pedro Ponce de León, que sucedió en el gobierno al Licenciado Bernáldez, o fuese porque experimentasen el castigo de su livianidad en la trabajosa tarea de sus fatigas, o por otros ocultos motivos que tuviese, nunca quiso convenir en concederles licencia para mudarse a otra parte, hasta que muerto Don Pedro, logrando la ocasión de su vacante, se pasaron seis leguas más al Este al valle de Pampán, donde tampoco pudieron permanecer, por ser la tierra muy húmeda y muy cálida en extremo; y así el año de quinientos setenta, cansados ya de tanto peregrinar, deseando tomar asiento fijo para poder descansar y que se acabasen las discordias, que los habían puesto en tal estado, tomaron por abogada y patrona de la ciudad a Nuestra Señora de la Paz, e hicieron la última mudanza al sitio en que hoy permanecen, que es un valle de temperamento sano y muy templado, y corre de Norte a Sur cuasi una legua; pero de Este a Oeste tan angosto, que sólo da capacidad para dos calles hasta la mitad de la ciudad, donde estrechándose algo más, sólo permite corra la restante en una; y parece les sirvió la protección que buscaron en el amparo de la Virgen Santísima de la Paz para su común quietud, pues fenecidos los disturbios que tanto los molestaron, se ha mantenido aquella república hasta los tiempos presentes con tan general sosiego y unión entre los vecinos, que sólo por cumplimiento necesitan de justicia; pues en igual conformidad unos con otros, ni saben lo que es litigio, ni conocen la discordia; y deben tal beneficio al benigno influjo de su cielo, que basta saber, que uno ha nacido en Trujillo, para que en la común estimación sea reputado por de afable natural, de noble trato y de una intención sana y sin malicia.

Determinados, pues, a mantener la ciudad en aquel valle, empezaron a fabricar costosas casas, unas de piedra de sillería y otras de ladrillo y tapia; y llevados de aquella vanidad con que los hombres procuran eternizar su fama para la posteridad, adornaron las portadas de vistosos escudos con sus armas, vinculando la memoria del lustre de su nobleza; y pusieron tal cuidado en el aumento y forma de su nueva población, que llegó con bre-

vedad a ser una ciudad muy opulenta, por el mucho trato de sus frutos, principalmente del cacao, a cuya labor se dedicaron sus vecinos, plantando en los valles de Pocó cuantiosas arboledas de este género, que conducido por la laguna de Maracaibo a Gibraltar, los hacía poderosos, por las grandes porciones de plata, que producía su retorno; pero trocada después la felicidad en contratiempos, experimentó esta ciudad tales desdichas, que a fuerza de sus muchos infortunios, apenas conserva hoy la sombra de lo que fue, pues perdidas las arboledas de cacao con las inundaciones del río, quedó sin trato, ni comercio, faltándole el nervio principal que producía su riqueza: trabajo a quien siguió la desgracia de saquearla el año de seiscientos sesenta y ocho el pirata francés Monsieur Gramon, con tanta inhumanidad, que sin que le moviese a compasión lo suntuoso de sus fábricas, quemó los edificios, reduciendo a cenizas su hermosura; pero no obstante es habitada al presente de más de trescientos vecinos, muchos de ellos de notoria calidad y conocida nobleza, y entre ellos un mayorazgo, que goza la familia de los caballeros Cobarruvias, descendientes de Gaspar Cornieles, uno de sus pobladores.

Mantiene una iglesia parroquial, asistida de dos curas rectores; dos conventos de religiosos, uno del orden de Santo Domingo, y el otro de San Francisco, con un templo a lo moderno de vistosa y galana arquitectura; una ermita de Nuestra Señora de Chiquinquirá, donde está fundado un hospital; y un monasterio de monjas dominicas, sujetas al ordinario, que siendo un erario de virtudes, es un primor de curiosidades, por las muchas que fabrican sus religiosas, con especialidad en costuras y labores de pita: es lugar muy regalado y abundante, por la gran fertilidad de su comarca y los muchos indios que tiene en su distrito; produce trigo en abundancia, cebada, maíz, algodón, garbanzos y otras semillas; lábrase mucho y regalado azúcar, de que se fabrican exquisitas conservas, danse hermosísimos repollos, lechugas y demás verduras todo el año, todas las frutas de la América, y muchas de las de la Europa, como son manzanas, membrillos, granadas, higos y uvas; cría en sus pastos muy buenos carneros, mucho ganado de cerda, gallinas, pavos y otras aves, sin que le falte cosa de cuanto se puede apetecer para el regalo; pero en medio de tantas conveniencias padece un desafecto grande esta ciudad, que algunos atribuyen a sus aguas, y

yo soy de esa opinión, y es criarse en las gargantas de sus habitadores, principalmente en las mujeres, hinchazones o paperas, con tanta generalidad, que es rara la persona que se ve sin ellas, y algunas tan crecidas y deformes, que causa horror el mirarlas.

CAPÍTULO XIII

Vuelve Fajardo a la costa de Caracas, y con ayuda del Gobernador funda el Collado: descubre las minas de los Teques: préndelo Pedro de Miranda, y vuelve después dado por libre

NO SE SOSEGABA Fajardo en la Margarita, puesta siempre la mira en la conquista de Caracas, a que lo arrebataba lo generoso de su elevado espíritu, o lo inclinaba la fuerza de su maligna estrella, pues sin que bastasen a contenerle el pensamiento los cortos medios con que se hallaba para poder aspirar a fin tan grande, ni los embarazos que le ponía con sus malos sucesos la fortuna, todo era discurrir formas y buscar trazas con que poder volver a proseguir sus intentos; mas como lo limitado del caudal no le ayudaba, sólo tuvo lugar su diligencia para aprestar doscientos indios, de los que habían sido vasallos de su madre, y juntar once españoles, que fueron Lázaro Vázquez de Rojas, natural de Salamanca, de quien hay hoy ilustre descendencia; Juan Jorge de Quiñones, natural de la Margarita, Cortés Richo, portugués, Gaspar Tomás, Martín de Jaén, Juan de San Juan, Hernando Martín, Andrés González, Luis de Ceijas, Juan Hernández Trujillo y Alonso Fajardo, natural de Coro, hijo del Capitán Juan de Guevara el viejo, con los cuales, y algunos abalorios y rescates, atravesó tercera vez a tierra firme; pero con el recelo de ser mal recibido de los indios, por los disgustos pasados, pues aún duraba fresca la memoria de la violenta muerte de Paisana, sin llegar a los puertos del Panecillo y Chuspa, pasó la costa abajo en busca de su amigo Guaimacuare, a quien halló en Caruao, tan constante en su amistad, como lo había estado siempre, pero como a Fajardo le había enseñado ya la experiencia lo poco que podía fiar de la mudable voluntad de aquellos bárbaros, mientras no se hallase con bastante fuerza de gente, a cuya sombra pudiese mantener el amor con el respeto,

no quiso detenerse en aquel valle; antes para asegurarse de una vez y entrar con mayor fundamento en la conquista, tomó una resolución tan temeraria, como fue con sólo cinco de sus compañeros pasar la serranía, y atravesar por tierra las cuarenta leguas que hay de por medio hasta salir a la Valencia, así por reconocer con este viaje lo que contenía en sí la provincia, y hacerse capaz de todo, sin necesitar de informe ajeno, como por empeñar al Gobernador Pablo Collado en que le diese alguna gente con que poder entrar poblando, que era el único recurso que le quedaba ya para fundar su esperanza.

Harto sintió Guaimacuare ver empeñado a Fajardo en esta determinación tan arrojada, pues habiendo de pasar por tierras, que poblaban tan diferentes naciones, era evidente el peligro a que exponía su persona; pero aunque procuró disuadirlo, representándole el riesgo, como Fajardo le tenía tomado el pulso a su fortuna y conocía por experiencia la gracia natural con que sus palabras sabían granjear benevolencia en los indios, despreció los temores que le proponía el Cacique, y acompañado sólo de Juan Jorge de Quiñones, Lázaro Vázquez, Cortés Richo, Martín de Jaén y Juan Fernández Trujillo, dejando el resto de su gente al abrigo de Guaimacuare, salió de Caruao para Valencia, sin hallar dificultad en el camino, que pudiese servir de embarazo, hasta llegar a los altos de las Lagunetas, desde donde, corriendo por todas aquellas lomas y quebradas, que bajan para el río Tuy, tenían su habitación los indios Arbacos, nación altiva y guerrera; cuyo Cacique, llamado Terepaima, teniendo por atrevimiento la entrada de aquellos pocos españoles en su tierra, les salió al encuentro con algunas bandas de flecheros, para quitarles la vida; pero era tan vehemente la eficacia en las razones de Fajardo y tan natural el dominio, que su voz adquiría sobre los indios, ya fuese por oculta simpatía, o por el respeto con que todos veneraban a Doña Isabel, su madre, que lo mismo fue hablarle Fajardo en su lengua arbaca, y decirle hijo de quién era, que convertir el Cacique todo su furor en mansedumbre, tratándolo con tanta amistad y agrado, que lo bajó acompañando hasta dejarlo seguro en las sabanas de Guaracarima, de donde vencidos ya los inconvenientes del camino, pudo entrar con facilidad en la Valencia.

A esta sazón se hallaba en el Tocuyo el Gobernador Pablo Collado, a

quien Fajardo dio luego aviso de su llegada, poniendo en planta la pretensión de su fomento, para proseguir en la conquista, que tenía premeditada; y como el logro de esta empresa resultaba en honra y conveniencia de Collado, pues siendo en la jurisdicción de su distrito, no sólo hacía glorioso en ella su gobierno, pero entraba también a la mayor parte en el provecho, no fue menester mucha diligencia para que tomase por su cuenta el ayudarlo; y así, luego que recibió el aviso de Fajardo le remitió treinta hombres, que fueron los que pudo juntar en el Tocuyo, y título de Teniente General, con poderes muy amplios, para que en virtud de ellos pudiese conquistar, poblar y repartir las encomiendas en la forma que mejor le pareciese.

Conseguidos con tanta facilidad despachos tan favorables a la intención de Fajardo no quiso perder tiempo, ni detenerse más en la Valencia; y entrado el año de sesenta[lxiv], aunque muy en sus principios, con prevención bastante de ganado vacuno, y otras cosas necesarias para el mejor expediente en su conquista y alivio de sus soldados, volvió para Caracas, con intención fija de dejar de camino aseguradas las espaldas en la amistad, y estrecha correspondencia, que pensaba ajustar con Terepaima, para tener siempre por sus tierras abierta la puerta a los socorros que le pudieran venir de la Valencia: diligencia en que anduvo tan afortunado, que pudo a poca costa conseguirla, porque habiéndole salido el Cacique al encuentro al subir la loma de las Cucuisas, Fajardo con aquel agrado natural, que era propio en sus acciones para granjear voluntades, le presentó una vaca de las que traía consigo, dejando con esta corta demostración tan agradecido al bárbaro, que asegurado de su amistad, pudo sin recelo penetrar por la provincia, hasta llegar al valle de Guaire, llamado así entre los indios, por un hermoso río de este nombre, que cortándolo de Poniente a Oriente, lo atraviesa con sus corrientes, y fecunda con sus aguas, a quien Fajardo intituló desde entonces, el valle de San Francisco (y es donde hoy está fundada la ciudad de Caracas), sitio, en que por ser acomodado para el multiplico por sus pastos, dejó puesto en forma de hato todo el ganado vacuno, con alguna gente de la que traía de servicio, para que lo cuidasen y asistiesen; y asentada paz y confederación amistosa con los indios Teques, Taramainas

lxiv. Año de 1560.

y Chagaragatos, que vivían en su circunferencia, bajó a la costa del mar a buscar los compañeros que había dejado encomendados al Cacique Guaimacuare, con los cuales, y los demás que trajo de Valencia, fundó una villa en el puerto de Caraballeda (dos leguas a barlovento de donde hoy está poblada la Guaira) que por lisonjear al Gobernador con darle el título de su mismo nombre, la llamó el Collado[lxv].

Puestos Regidores y nombrados Alcaldes (que lo fueron Lázaro Vázquez y Martín de Jaén) para el gobierno de la nueva villa, dio Fajardo la vuelta pocos días después al valle de San Francisco, con el ansia de descubrir algunas minas de oro, pues por las muestras que había hallado entre los indios era evidente que lo producía el terreno; y aunque a los principios salieron vanos para el efecto cuantos medios aplicó su diligencia, pudo tanto su actividad, que al fin, para su daño, hubo de dar con ellas, descubriendo en el partido de los indios Teques (seis leguas al sudueste del valle de San Francisco y catorce del Collado al mismo rumbo) diferentes veneros de oro corrido, de subida estimación por sus quilates y razonable conveniencia por su rendimiento.

Bien ajeno Fajardo de que formaba instrumentos para su ruina en los medios que disponía para su aplauso, dio luego aviso al Gobernador, enviándole para comprobación la muestra de los metales, que fue lo mismo, que incitar contra sí la emulación, para que despertase la codicia en el ánimo ambicioso de Collado, pues sentidos o envidiosos, algunos vecinos del Tocuyo de los buenos sucesos de Fajardo, instaron al Gobernador para que le revocase los poderes y le quitase la conquista, representándole sería más acertado poner en ella otra persona, que siendo de su confianza, pudiese por su mano entrar a la parte en la labor de las minas, para lograr la ocasión de quedar más bien aprovechado: y no fiarse de Fajardo, de quien no podía tener satisfacción, por ser un hombre, cuyas acciones antes debían premeditarse con recato, pues el respeto y amor con que lo veneraban los indios y el dominio general que tenía adquirido entre ellos, eran motivos para cautelar no intentase su ánimo sagaz alguna novedad irreparable.

Estos recelos apadrinados con el interés de la propia conveniencia, hi-

lxv. Villa del Collado.

cieron tal impresión en el Gobernador, que sin reparar en la sinrazón con que agraviaba el crédito de Fajardo, le revocó los títulos y poderes que le tenía dados antes, y nombró por su teniente, para que prosiguiese en la conquista de Caracas, a Pedro Miranda, vecino del Tocuyo, quien luego que llegó a la villa del Collado prendió a Fajardo y con guardias lo remitió a la Borburata; pero como él llevaba consigo a su inocencia, y en realidad no resultaba otro cargo contra su obrar, que aquella aparente ficción que habían formado sus émulos, para que el beneficio de las minas corriese por otra mano, que era el fin a que tiraban todos, habiendo pasado al Tocuyo a representar su agravio, convencido el Gobernador de la razón y justicia que le asistía, se vio obligado a declararlo por libre; y como lo justificado de su queja pedía satisfacción del desaire padecido, para acallarlo con algún título honroso, le nombró por Justicia mayor de la villa del Collado, dejando lo demás de la provincia a la disposición de Pedro de Miranda.

Con estos despachos, al parecer favorables, volvió Fajardo al Collado a tiempo que Miranda con veinte y cinco soldados y algunos negros esclavos, salió para los Teques a reconocer las minas, y hallando ser de más consecuencia y rendimiento aun de lo que Fajardo había expresado, se quedó con los negros a labrarlas, enviando a Luis de Ceijas con los veinte y cinco soldados para que corriese la provincia, entrando por los Mariches, nación, que dividida en numerosos pueblos, habitaba en aquel tiempo desde donde acaba el valle de San Francisco, corriendo para el oriente por diez leguas de distancia; pero apenas Ceijas hubo pisado los umbrales de la primera población cuando se halló acometido del Cacique Sunaguto, que con valientes escuadras de flecheros lo cercó por todas partes, poniéndolo en tal aprieto, que fue menester todo el esfuerzo de su gente para llegar a ganar unas barrancas, a cuyo abrigo aseguradas las espaldas, pudieron defenderse hasta la noche, que suspendiendo los indios la pelea, dieron lugar a Ceijas para componer un pequeño verso de metal que había llevado consigo, y cargándolo, cuanto permitió el cañón, de balas y piedras menudas, lo acertó para la parte por donde discurrió podrían volver a acometer los enemigos: disposición en que consistió la seguridad de todos, pues a las primeras luces del día, con bárbara confusión y de tropel se fueron acercando los indios a renovar la refriega; y Ceijas dejándolos empeñar, por no malo-

grar el tiro, cuando le pareció tiempo oportuno mandó disparar el verso, que hallando bastante blanco en aquella multitud desordenada, tuvo bien la pólvora en qué demostrar los efectos de su furia, pues quedaron muertos de aquel golpe el Cacique Sunaguto y otros muchos; de que atemorizados los indios, discurriendo que violencia tan repentina dimanaba sin duda de causa más superior, se echaron en el suelo sin aliento, dejando poco que hacer a los nuestros para ponerlos en huida, porque al primer acometimiento de sus armas, los que no encontraron con la muerte, tuvieron por partido más seguro encomendarse a la fuga.

Bien conoció Ceijas, no obstante la felicidad de este suceso, que había valor en los Mariches para hacerle oposición, y que hallándose con tan poca gente como la que tenía, empeñarse en pasar más adelante era imprudencia conocida, cuando a los primeros pasos se había visto en tan conocido aprieto: consideración, que bien premeditada, le obligó a retroceder para las minas, a tiempo que halló a Pedro de Miranda cercado de mil temores, porque los indios Teques con manifiestas señales daban indicios evidentes de aspirar a alguna sublevación declarada, a que los persuadía la altiva condición de su Cacique Guaicaipuro; y no atreviéndose a esperarla, por no experimentar los efectos del rompimiento que temía, luego que llegó Ceijas desamparó las minas y con porción considerable de oro en polvo se retiró al Collado, y dejando encomendada la provincia al cuidado de Fajardo, se embarcó para la Borburata, con el pretexto de pasar al Tocuyo a dar cuenta al Gobernador de todo lo sucedido.

CAPÍTULO XIV

Entra Juan Rodríguez en Caracas de orden del Gobernador: rompe la guerra Guaicaipuro, y mata toda la gente de las minas: vence Don Julián de Mendoza a los Taramainas en batalla; y Juan Rodríguez puebla la villa de San Francisco

ENTERADO el Gobernador Pablo Collado, por la relación que le dio Pedro de Miranda, de la riqueza de las minas descubiertas por Fajardo, la multitud de naturales de diversas naciones y demás circunstancias que ha-

cían opulenta y apetecible la provincia de Caracas, determinó con más empeño tratar de su conquista y población; y como quiera que lo principal de que necesitaba para materia tan ardua era persona de experiencia y de valor a quien poder encomendarla, se la trajo a las manos la ocasión, como pudiera imaginarla el deseo, por hallarse en el Tocuyo en aquel tiempo Juan Rodríguez Suárez, natural de Extremadura, vecino de la ciudad de Pamplona, en el Nuevo Reino de Granada, a quien, habiendo sido Capitán poblador de la ciudad de Mérida, la malicia envidiosa de sus émulos le formó tales capítulos sobre las circunstancias de aquella fundación, que preso en la cárcel de la ciudad de Santa Fe, y sentenciado por su Real Audiencia a degollar, para librarse del rigor de un tribunal apasionado le fue preciso con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel[lxv] y venirse huyendo a esta provincia, donde amparado de Diego de Paredes, antiguo compañero de sus fortunas (a quien encontró en el valle de Boconó al tiempo que poblaba allí la ciudad de Trujillo) tuvo lugar para pasar con cartas suyas de recomendación al Tocuyo; y siendo las prendas que adornaban a este caballero de superior jerarquía, por la continuada experiencia de diferentes conquistas, en que siempre habían militado con crédito, halló en él Pablo Collado lo que había menester para su intento, pues en la elección de semejante caudillo llevaba asegurados los aciertos.

Nombrado, pues, Juan Rodríguez por Teniente de la provincia de Caracas, salió del Tocuyo con treinta y cinco hombres que le dio el Gobernador, y sin que se le ofreciese accidente en el camino, atravesada la loma de los Arbacos entró en los Teques, de donde despachó luego al Collado avisando a Fajardo de su llegada y de los poderes que traía, para que enterado

lxvi. Piedrahita, cap. 12. lib. 7[5].

5. Hay error en la referencia, el libro VII sólo tiene siete capítulos; los números están invertidos y se refieren, más bien, al libro XII, capítulo 7.
Oviedo y Baños no dice nada de la confusión de nombre en su fuente, pero Fernández de Piedrahita habla de un *Cristóbal* Rodríguez Suárez y no de *Juan* Rodríguez Suárez, como lo hace Oviedo; sin embargo, se trata del mismo personaje pues ambos eran de Extremadura y se contaron entre los fundadores de la ciudad de Mérida. La corrección de Oviedo y Baños es la cierta si apelamos a Pedro de Aguado, quien habla de un “Juan Rodríguez Xuarez, natural de Mérida en España, que fue el primer fundador de Mérida del Nuebo Reyno” (*op. cit.*, tomo I, p. 364).

de todo, se ayudasen con buena correspondencia el uno al otro, dirigiendo sus acciones a un mismo fin: atención a que correspondió Fajardo, enviándole luego alguna gente de refuerzo, por la noticia que tenía de los movimientos con que andaba el Cacique Guaicaipuro, de cuyo natural altivo esperaba con brevedad algún rompimiento declarado: discurso, que acreditó de verdadero la experiencia, porque desvanecido el bárbaro de haber hecho desamparar las minas a Miranda, pareció le sería fácil atemorizar a Juan Rodríguez para que hiciese lo mismo, porque no tenía conocimiento todavía del hombre con quien lidiaba, hasta que los escarmientos lo vinieron a dejar desengañado; pues no habiendo sido bastante los agasajos, ni persuasiones de Juan Rodríguez, para que sosegando su inquietud mantuviese la paz ajustada con Fajardo, fue preciso valerse de las armas para contener su orgullo, con tan favorable fortuna en los sucesos, que habiendo el Cacique acometido cinco veces con numerosas escuadras de guerreros a despoblar las minas, quedó siempre desbaratado en los encuentros, con lamentable estrago de sus tropas, y pérdida de sus más valientes gandules, a cuyo espanto postrada la altivez de Guaicaipuro, pidió rendido paces, que le concedió gustoso Juan Rodríguez con la gloria de que su nombre quedase formidable entre los indios.

Sosegada de esta suerte la rebelión de los Teques, no discurrió Juan Rodríguez pudiera caber traición en el ánimo alevoso de Guaicaipuro, y fiándose más de lo que debía en las afectadas sumisiones con que el bárbaro procuraba desmentir los rencores que conservaba en el pecho pobló las minas de gente de servicio para labrar los metales; y dejando en ellas tres hijos pequeños, que había traído del Reino; sacó sus soldados a campaña, con ánimo de dar una vuelta a la provincia, hasta salir a la costa a encontrarse con Fajardo; a cuyo fin, entrándose por la nación de los indios Quiriquires, a las riberas de Tácata, corrió por las orillas del Tuy y territorio de los Mariches, sin hallar oposición en parte alguna, porque los indios, rendidos a la fama de su nombre, le iban dando la obediencia, sujetando la cerviz entre admiración y espanto.

Mas como el ánimo traidor de Guaicaipuro sólo deseaba ocasión para lograr su venganza, luego que vio distante a Juan Rodríguez, y las minas desamparadas de defensa, por no haber quedado más que la gente desar-

mada, juntó quinientos indios de los de su mayor satisfacción y dando sobre la ranchería en el silencio de una noche, pasó todos sus moradores a cuchillo, entrando también en la desgracia los hijos de Juan Rodríguez, sin que la inculpable inocencia de aquellas tiernas criaturas hallase conmiseración en la bárbara crueldad de aquel tirano, pues sólo pudo librarse de su saña un indio, a quien dio lugar su diligencia para coger el monte entre la confusión de aquel conflicto, y huyendo por caminos extraviados, al cabo de doce días se vino a encontrar con Juan Rodríguez, a tiempo que saliendo de los Mariches entraba en el valle de San Francisco y como de lo desfigurado de su rostro y turbación con que venía, sacase indicios de alguna desventura, parando el caballo, le preguntó: ¿hijo, qué ha sucedido en los Teques? a que el indio le respondió, bañado en lágrimas y prorrumpiendo en sollozos: Señor, tus hijos son muertos y cuantos dejaste en las minas, sólo yo pude escapar para traerte el aviso de tan triste nueva; Guaicaipuro, señor, es quien lo ha hecho, el fue el autor de esta maldad; a cuya noticia combatido el corazón de Juan Rodríguez, entre el sentimiento de la muerte de sus dos hijos y el deseo de la venganza, brotando llamas de enojo y echando mano a la barba, con el dolor de su pena, dijo: ¡ah Guaicaipuro, Guaicaipuro, con cuantas ventajas te has vengado! Pero no seré yo Juan Rodríguez, si tú no me la pagares; y dando prisa a sus soldados para que caminasen, marchó por el valle arriba, hasta llegar al hato que había fundado Fajardo con las vacas, que trajo del Tocuyo, donde pensando hacer alto para resolver con acuerdo lo que debía ejecutar con madurez, encontró nuevo motivo para mayor confusión, pues halló las casas reducidas a cenizas, muerta toda la gente que allí asistía de servicio, destrozados los cuerpos por el campo y la mayor parte del ganado atravesado a flechazos; porque Paramaconi, Cacique de los indios Taramainas, instado de Guaicaipuro, para que por su parte cooperase a lanzar los españoles de la provincia, luego que tuvo la noticia del destrozo de los Teques, bajó al valle de San Francisco, y cogiendo la gente descuidada, dio principio a su levantamiento manifestando su impiedad con aquella acción tan inhumana.

De premisas tan evidentes, coligió luego Juan Rodríguez la guerra que le esperaba, pues declararse los indios con aquel atrevimiento era cierta señal de alguna general conjuración de las naciones, a cuyo reparo era pre-

ciso ocurrir, acometiéndolas con tiempo, antes que se juntasen en un cuerpo, para que cogiéndolas divididas, con el castigo de unas pudiese tener lugar el escarmiento en las otras; pero deseando comunicar la materia con Fajardo antes de empeñarse en ella, dejó su gente en el valle a cargo de Don Julián de Mendoza, y con sólo dos infantes que le hicieron compañía salió para el Collado; mas no había pasado media hora después de su partida, cuando se dejó ver el Cacique Paramaconi, que con seiscientos flecheros bajaba por el abra de Catia para el hato.

Hallábanse los nuestros a la sazón recogiendo el ganado que había quedado vivo para meterlo en los corrales y reconociendo tan cerca al enemigo, se pusieron en arma para buscar su defensa, tomando los mismos corrales por abrigo para guardar las espaldas; Don Julián de Mendoza, Antón de Albornoz, Fraga, Pallares y Castillo, que estaban a caballo, cogieron la delantera con ánimo de atropellar, rompiendo con las lanzas por el escuadrón contrario; pero aunque lo intentaron al tiempo que los indios con innumerable multitud de flechas dieron principio a la batalla[lxvii] fue con suceso tan adverso, que estuvieron en contingencia de perderse todos si los infantes con valor no hubieran llegado a socorrerlos porque huyendo los indios con destreza los cuerpos al bote de las lanzas, tuvieron lugar de darle dos flechazos en las manos a Antón de Albornoz, que lo dejaron inútil para manejar la lanza, y quitándole a Pallares la que llevaba, atravesaron con ella por los pechos al caballo en que iba Fraga, de cuya herida murió luego; quedaban solos Castillo y Don Julián de Mendoza; pero éste atormentado del golpe de una macana, cayó también en el suelo sin sentido: causa, para que la batalla se encendiese con más ardimiento de ambas partes, porque Alonso Fajardo y Juan Ramírez al ver a Don Julián en peligro de ser muerto, dejando el abrigo de los corrales, se entraron con las espadas en la mano por el escuadrón enemigo a socorrerlo, y haciendo los demás a su imitación lo mismo, los españoles por defender a su Capitán y los indios por llevárselo, se empeñaron unos y otros con notable valor en la refriega; pero llegándole a Paramaconi nuevas escuadras de refresco, libre ya Don Julián, se fueron los nuestros retirando a buscar por resguardo los

lxvii. Batalla de los Taramainas.

corrales, y los indios cantando la victoria, cargaron sobre ellos tan de golpe, que oprimido el ganado por todas partes, no pudiendo mantenerse dentro de los corrales, rompió la palizada por un lado y saliendo de tropel atropelló a los indios, hiriendo a unos y derribando a otros; accidente, que hizo mudar semblante a la fortuna, pues animada entonces nuestra gente al ver la confusión del enemigo, volvió con nuevo esfuerzo sobre aquella bárbara muchedumbre, acometiéndola con furia tan espantosa, que en breve tiempo reconoció Paramaconi su perdición en el mortal estrago de sus tropas; y tocando a recoger sus caracoles, retiró para el rincón de Catia su ejército vencido.

Había conseguido Juan Ramírez en los últimos lances de este encuentro la gloria de restaurar la lanza que los indios quitaron a Pallares, atravesando por los pechos de una estocada a un gandul, que con notable bizarría hacía primores con ella; y deseando ver si entre los muchos muertos que habían quedado en el campo (por las señas que le observó) conocía el cadáver de aquel indio, salió con otros soldados, luego que se retiró Paramaconi, a reconocer el sitio en que se dio la batalla; y estando en esta diligencia divertidos, se levantó de entre los muertos un indio y sentándose en el suelo, por no poderse poner en pie, a causa de estar con las dos piernas quebradas, los empezó a llamar, para que se llegasen donde estaba; acercóse Juan Ramírez, movido de la curiosidad, a preguntarle, ¿qué era lo que quería? y el bárbaro, mostrando aun más desesperación, que fortaleza, le respondió, sólo mataros; y pues el impedimento con que estoy no me da lugar para buscaros; ya que os preciáis de tan valientes llega a pelear conmigo, que un indio solo soy, que os desafía; y diciendo esto apretó el arco a una flecha con tan buena puntería, que clavándosela en la frente a uno de los soldados lo dejó muy mal herido; y como para castigar su atrevimiento mandase Juan Ramírez a dos indios amigos, vasallos de Guaimacuare, que llegasen a matarlo, anduvo el bárbaro tan pronto, que atezando bien el arco y disparando dos flechas, le atravesó entrambos muslos y al otro se la metió por un lado, partiéndole el corazón: osadía, que irritó a un soldado (llamado Castillo) de los que estaban presentes, y echándose un sayo de armas, para mayor seguridad, sobre el que llevaba puesto embistió con él para matarlo a estocadas; pero antes de poderlo ejecutar, haciendo el

indio firme sobre el arco para mantener el cuerpo, le tiró tantos flechazos, que a no haberse prevenido con el resguardo de llevar las armas dobles le hubiera costado caro el querer vengar duelos ajenos; pero al fin, metiéndole la espada por los pechos, le hubo de quitar la vida; siendo tal el coraje de aquel bárbaro, que al verse en los últimos alientos, asiéndose por los filos de la espada con las manos, procuró coger entre los brazos a su homicida para vengar, ahogándolo, su muerte.

Receloso se hallaba Don Julián después de la batalla, porque habiendo quedado con la gente fatigada y mucha herida, temía no volviese Paramaconi segunda vez a buscarlo; y no atreviéndose a mantener en aquel sitio, aquella misma noche, cargando los heridos en hamacas, levantó el campo y marchó para el Collado; pero a poca distancia de camino se encontró con Juan Rodríguez, que noticioso del acontecimiento de los Taramainas, sin haber tenido lugar, ni aun para hablar con Fajardo, volvía a socorrer a Mendoza y hallarse presente a cualquier lance; y teniendo muy a mal la retirada, así por la altivez que podría criar en los indios, como por la reputación que se perdía en desamparar el puesto, los hizo retroceder al valle de San Francisco, donde, para que los indios conociesen el poco temor que les tenía y cuán lejos estaba de acobardarse quien tomaba de asiento su asistencia, luego que llegó pobló una villa, que intituló de San Francisco[lxviii] (manteniendo el nombre de su mismo valle) en el propio sitio que había estado el hato de ganado (que es donde ahora está fundada la ciudad de Santiago), y repartida la tierra en los vecinos, nombrados Alcaldes y Regidores, trató con más empeño de sujetar con las armas los Caciques alterados del contorno.

No obstante pasaron algunos días sin que pudiese lograr el venir con los indios a las manos, porque retirados a las quebradas después de la batalla, no se había dejado ver alguno en todo el valle: novedad, que teniendo cuidadoso a Juan Rodríguez, con el deseo de descubrir la causa montó a caballo una mañana, junto con Juan Jorge de Quiñones, hombre de valor y gran jinete, y llevando otros ocho infantes consigo, subió por la loma que está de la otra banda del arroyo Caruata, hasta llegar a lo más alto de su

lxviii. Villa de San Francisco.

cumbre: alcanzólos a ver desde su retiro el Cacique Paramaconi, y acompañado de otro indio llamado Teconai, de quien debía de tener satisfacción para el empeño, por una media ladera repechó la loma para salirles al encuentro; venían los dos con los carcajes al hombro, en la una mano los arcos y en la otra unas fuertes lanzas, hechas de palma, enastadas en las puntas dos medias espadas, que les había enviado Guaicaipuro de las que cogió en las minas; y de las penacheras de diversas plumas con que adornaban las cabezas, traían pendientes una piel de tigre, que les colgaba por la espalda, o para demostrar mayor fiereza, o para hacer ostentación de mayor gala.

De esta suerte ganada por un lado la cumbre de la loma, salieron de vuelta encontrada sobre Juan Rodríguez y Juan Jorge, que como caminaban a caballo se habían adelantado mucho trecho a los infantes; y puestos a corta distancia de los dos, con bizarra resolución y gentil brío, dijo el Paramaconi: aunque venís a caballo a pelear, como cobardes con ventaja, yo soy Paramaconi, que sólo basto para castigar vuestra soberbia, y pues estamos solos en campaña, ahora es tiempo de que probemos con las armas el valor de cada uno: no pudieron sufrir más los dos españoles la altivez y atrevimiento de aquel bárbaro; pero aunque con presteza aguijaron los caballos para atravesarlos con las lanzas, con mucha mayor los indios, puesta la rodilla en tierra fijaron los recatones de las suyas en el suelo, para recibirlos con las puntas al dar el choque, como quien espera un toro: disposición, que advertida por los jinetes, porque no les hiriesen los caballos torcieron por un lado la carrera, pasando de largo sin tocarles; mas los indios soltando al instante las lanzas de las manos, pegaron de los arcos con tanta prontitud, que antes que acabasen la carrera, les tenían ya clavadas dos flechas por las espaldas sobre los sayos de armas que llevaban puestos; y aunque picados Juan Rodríguez y Juan Jorge, haciendo ya reputación de aquel empeño, por segunda y tercera vez volvieron sobre ellos a media rienda, llevando para más seguridad del golpe tendidas las lanzas sobre el brazo izquierdo, hallaron siempre en los indios tal ligereza en manejar sus armas, con tan buen compás de pies, que valiéndose cuasi a un mismo tiempo de los arcos y las lanzas, dejando frustrada la diligencia de los dos jinetes, cuando parecía amenazaban con las unas, ejecutaban la herida con las otras; hasta que llegando los ocho infantes, que se habían quedado atrás,

no atreviéndose los indios a mantener el combate con tantos, se fueron retirando poco a poco, divididos cada uno por su parte, porque Paramaconi se entró por una ceja de montaña, disparando antes cuantas flechas le habían quedado en la aljaba, y Toconai cogió la media ladera para bajar a la quebrada; pero corrióle la suerte muy contraria, porque viendo que Juan Jorge partía tras de él a rienda suelta, hizo alto en la ladera, volviendo el rostro a esperarlo, y al tiempo que iba a ejecutar el golpe lo asió con tanta fuerza por la lanza, que reconociendo Juan Jorge que se la quitaba de la mano sin remedio, por no pasar por el desaire de perderla, se arrojó tras ella del caballo, cayendo abrazado con el bárbaro, y sacando una daga, que llevaba pendiente a la cintura le quitó la vida a puñaladas, dejándolo a sus pies muerto, pero no rendido. Bien quisiera Juan Rodríguez que quedara completa la victoria, entrando por la montaña tras Paramaconi, para matarlo también; pero se hallaba tan fatigado de un flechazo, que pasándole el sayo de armas, le picó en una tetilla, que a instancia de los compañeros hubo de volverse al pueblo, donde lo dejaremos por ahora, mientras se cura de la herida, refiriendo en el ínterin otras cosas, que sucedieron por este tiempo en la provincia.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I

Llega a Coro el Señor Obispo Don Fray Pedro de Ágreda: va Sancho Briceño a España por Procurador de la provincia: y el tirano Lope de Aguirre llega a la Margarita

EN EL CAPÍTULO undécimo del libro antecedente dejamos dicho cómo por muerte del Señor Obispo Ballesteros presentó su Majestad para esta iglesia al Señor Don Fray Pedro Ágreda, religioso del Orden de Predicadores; quien por el año de sesenta en que vamos llegó a Coro, y tomada la posesión de su obispado, lo halló tan falto de ministros para la predicación del Evangelio, y conversión de los indios, que aun en los pueblos inmediatos a las ciudades, si no eran algunos que habían bautizado sus mismos encomenderos, los demás por falta de operarios aún se conservaban gentiles: inconveniente a que deseando ocurrir aquel celoso Prelado con la ampliación de algún remedio para daño tan sensible, no hallando otro por entonces, que dedicarse a repartir por su propia mano el pan de la doctrina a sus ovejas, salió de Coro, y recorriendo todos los pueblos de la comarca, hasta las serranías de Carora, predicando, catequizando y bautizando como párroco particular de cada uno fue imponderable el fruto que cogió su trabajo de aquella mies que sazonaba: por falta de beneficio perdía la iglesia en ella tan abundantes cosechas para sus graneros; y habiendo de esta suerte satisfecho en cuanto pudo a la obligación de su oficio pastoral, se

retiró a la ciudad, y reconociendo que algunos hijos de la provincia, aunque deseaban dedicarse al estado eclesiástico, no podían lograr la dicha de conseguirlo por su total ignorancia y no haber quien les enseñase, ni aún los primeros rudimentos de gramática, se dedicó a formar estudios y leer personalmente latinidad a todos cuantos quisieron oírla, por ver si por este medio conseguía, que aprovechados algunos, quedasen en aptitud para poder ordenarlos y remediar en algún modo la falta que tenía de sacerdotes, pues llegó ésta a ser tan grande en aquel tiempo, que sucedió morir el cura de la ciudad de Trujillo y no habiendo en toda la provincia otro que poner en su lugar, llegando la cuaresma fue preciso, que el Señor Obispo escribiese al cura de la ciudad de Mérida, por ser la más inmediata, aunque de ajena diócesis, pidiéndole, que en acabando de confesar sus feligreses, tomase el trabajo de pasar a Trujillo, para que aquellos vecinos tuviesen el consuelo de cumplir con el anual precepto.

Esta necesidad tan urgente, junta con el deseo de solicitar algunas pretensiones favorables a la mayor conservación de la provincia, obligó a que los cabildos de ella determinasen enviar persona a España, que con el carácter de Procurador General de las ciudades impetrase de su Majestad los puntos, que reducidos a instrucción, se habían discurrido por más convenientes a la utilidad común; para cuyo efecto, por el parecer de todos fue nombrado Sancho Briceño, vecino que era entonces de la ciudad de Trujillo, persona de graduación, autoridad y talento, y de bastante actividad para el manejo de semejantes negocios; quien aceptados los poderes, habiéndose embarcado en Coro, con próspero viaje llegó a España, y puestas en pretensión las dependencias que llevaba a su cuidado, consiguió despacho favorable en las más de ellas, pues a pedimento suyo concedió su Majestad permiso, para que todos los años pudiese venir al puerto de la Borburata un navío de registro por cuenta de los vecinos, pagando sólo la mitad de los derechos pertenecientes al importe de su carga, así en la entrada, como en la salida: gracia, que estuvo corriente mucho tiempo, gozando de este beneficio la provincia, pues aún por algunos años después que se despobló la Borburata se continuó la venida de este navío al puerto de la Guaira; pero, o por inutilidad, o por descuido, se dejó perder este permiso, que era de tanta conveniencia para todos.

Consiguió también facultad libre, para que se introdujesen sin derechos doscientas piezas de esclavos, que repartidas entre los vecinos, sirviesen en la labor de las minas y cultivo de los campos; y para remediar la falta que se padecía de sacerdotes, se despacharon cédulas, encargando a los provinciales de Santo Domingo y San Francisco de la isla Española, enviasen religiosos de sus Órdenes, que con su celo acostumbrado tomasen por su cuenta la conversión de los indios; si bien me parece que por algunos respetos no tuvo efecto por entonces su venida, aunque la solicitó el S. Obispo con empeño.

Uno de los puntos principales que contenía la instrucción que se dio a Sancho Briceño, fue, para que solicitase declaración sobre la forma en que debía quedar el gobierno de la provincia, cuando sucediese morir el Gobernador, para que en lo venidero se excusasen las competencias y disturbios, que se experimentaron en las vacantes de Juan Pérez de Tolosa y Villacinda, entre el Teniente General y los Alcaldes, pretendiendo cada uno adjudicarse el dominio por razón de su ejercicio; sobre cuyo particular, mediante las representaciones de Briceño, se dio la providencia que contiene esta cédula.

EL REY. Por cuanto Sancho Briceño, en nombre de las ciudades y villas de la provincia de Venezuela, me ha hecho relación, que muchas veces acaece estar la dicha provincia sin Gobernador, por fallecer los que lo eran por provisión nuestra, durante el término de su gobernación, como había acaecido con los Licenciados Tolosa y Villacinda, a cuya causa padecían detrimento y estaban sin justicia los vecinos y naturales de aquella tierra: y me suplicó en el dicho nombre, mandase que cuando acaeciese caso semejante de morir el Gobernador que hubiese, antes de nos haber proveído otro en su lugar, gobernasen los alcaldes ordinarios cada uno en su jurisdicción, o como la mi merced fuese; e yo acatando lo susodicho, he lo habido por bien: por ende por la presente declaramos y mandamos, que cada y cuando que acaeciere fallecer el nuestro Gobernador de la dicha provincia de Venezuela, antes de haber nos proveído otro en su lugar gobiernen en cada una de las ciudades y villas de ella los alcaldes ordinarios, que en los tales pueblos hubiere, entre tanto que por nos se provee otro Gobernador, que por esta nuestra cédula damos poder y facultad a cada uno de los di-

chos alcaldes ordinarios en su puesto, que tengan la dicha gobernación durante el dicho tiempo. Fecha en Toledo a ocho días del mes de diciembre de mil quinientos sesenta años. YO EL REY. Por mandado de su Majestad, Francisco de Eraso.

Esta cédula fue el origen de que dimanó después el honroso privilegio, que goza la ciudad de Caracas de gobernar sus alcaldes en lo político y militar toda la provincia entera, cuando por muerte o ausencia del propietario hay vacante en el gobierno, porque aunque en su virtud siempre que se ofreció la ocasión (después de conseguida) gobernaron los alcaldes de todas las ciudades cada uno en su distrito, fue sólo entre tanto que la Audiencia de Santo Domingo nombraba Gobernador interino, hasta que el año de seiscientos setenta y cinco, habiendo muerto el Gobernador Don Francisco Dávila Orejón, envió la Audiencia en su lugar al Licenciado Don Juan de Padilla Guardiola y Guzmán, uno de sus oidores; y presentado en el cabildo de la ciudad de Caracas con sus despachos y títulos, los alcaldes ordinarios, que entonces eran Don Manuel Felipe de Tovar, caballero del Orden de Santiago y Don Domingo Galindo y Sayas, unidos con los demás capitulares, no quisieron recibirlo al ejercicio de su empleo; alegando, que según aquella cláusula de la cédula referida, en que dice su Majestad: gobiernen en cada una de las ciudades y villas los alcaldes ordinarios que en los tales pueblos hubiere, entre tanto que por nos se provee otro gobernador: no tenía la Audiencia autoridad para nombrar interinos y que debían ellos mantenerse en el gobierno hasta tanto que viniese el propietario, nombrado por el consejo, a quien primitivamente tocaba la provisión: punto sobre que se originaron las competencias y disgustos, que referiremos en la segunda parte de esta historia, obligando al cabildo a que sobre este particular enviase a España por su Procurador General a Don Juan de Arrechedera, uno de sus Regidores; quien supo disponer tan bien su pretensión en la Corte, que consiguió declararse su Majestad por bien hecho lo obrado por el cabildo; y que por cédula de diez y ocho de septiembre del año de seiscientos setenta y seis concediese el nuevo privilegio, para que siempre por cualquier accidente que llegue a haber vacante en el gobierno, los alcaldes de la ciudad de Caracas (con los mismos honores y prerrogativas, que gozan los propietarios) gobiernen toda la provincia entera, sin que

el presidente, ni Audiencia de Santo Domingo puedan, con ningún pretexto, ni motivo, nombrar gobernadores interinos: ¡singular honra y privilegio! sin ejemplar en la América, que podemos decir con realidad se debe a Sancho Briceño, pues fue su solicitud quien puso los fundamentos, sobre que se fundó después este edificio.

Libre ya Juan Rodríguez de la molestia de su herida, sacó su gente a campaña, deseando desahogar con la venganza el sentimiento que le atormentaba el pecho por la muerte lastimosa de sus hijos; y entrándose por los Teques en busca de Guaicaipuro, principal autor de sus agravios, aunque en diferentes encuentros que tuvo con los indios consiguió quedar siempre victorioso, nunca pudo conseguir noticia de la parte en que se ocultaba el Cacique su enemigo, porque temeroso y recatado huía las ocasiones de poner su persona en contingencia, esperando sólo oportunidad para conseguir a lo seguro (mediante alguna traición) dar la muerte a Juan Rodríguez para salir de recelos.

En este estado se hallaba la provincia, cuando por el año de sesenta y uno[lxix] se tocó al arma en todos los puertos de su costa, por haber llegado a la isla de la Margarita con su armada el tirano Lope de Aguirre; para cuya inteligencia es de advertir, que gobernando los reinos del Perú el Marqués de Cañete Don Andrés Hurtado de Mendoza el año de cincuenta y nueve, o fuese por la noticia que dieron unos indios Brasiles que aportaron a aquel reino de las poderosas provincias de los Omeguas (que sin duda eran las mismas que descubrió Felipe de Utre), o porque (según discurrieron algunos políticos entonces) el Marqués como buen estadista, valiéndose del pretexto de esta nueva conquista, quiso por este medio purgar el reino de los humores corruptos de tanta gente perdida como había quedado en él por rezagos de los levantamientos y alteraciones de Gonzalo Pizarro, Francisco Hernández Girón y Don Sebastián de Castilla, o porque en realidad concurrieron ambas causas juntas para inclinar la voluntad del Marqués, él se determinó a descubrir y conquistar aquellas opulentas provincias, donde publicaba la fama tan abundantes riquezas.

lxix. Año de 1561.

Hallábase a la sazón en Lima el General Pedro de Ursua, de nación navarro, quien con la grandeza de sus heroicos hechos en lo florido de sus pocos años había adquirido por América estimación y aplausos a su nombre, pues en las conquistas del Nuevo Reino[lxx] sujetos con sus armas y prudencia los indios Chitareros, pobló en su país la ciudad de Pamplona; y rendida a su valor la soberbia indomable de los Muzos, admitió la sujeción que les puso fundando la de Tudela en la provincia de Santa Marta: sólo con doce compañeros que le seguían en la célebre batalla de los pasos de Rodrigo, atropelló la potencia altiva de la nación Tairona, reputada hasta allí por invencible: en Panamá[lxxi], derrotados los negros de los Palenques con el tesón de su constancia y preso su rey Ballano, confesaron con el escarmiento, que bríos de semejante hombre no eran para probados dos veces; contábanle al Marqués las prendas de este caballero, y por pagar en algo sus servicios, lo nombró por General para este descubrimiento, dándole título de Gobernador de los Omeguas y Dorado, debajo de cuyo apelativo se había de comprender todo lo que conquistase.

Juntos, pues, para esta expedición cuatrocientos hombres, bien prevenidos de lucidas armas de fuego, cuarenta caballos y sobrado número de

---

lxx. Piedrahita, lib. II, cap. 5 y 8[1].

1. La referencia de Lucas Fernández de Piedrahita corresponde al libro XI y no II. Piedrahita no le dedica sino un capítulo, dentro de su último libro, a Lope de Aguirre, y remite a la *Noticia sexta* de fray Pedro Simón para mayor información pues, "tengo por ocioso dilatarme en los acontecimientos del Marañón" (*op. cit.*, tomo II, p. 776); sólo habla brevemente de las acciones del tirano Aguirre en la provincia de Venezuela y no reproduce ninguna de sus famosas cartas como sí lo hará Oviedo y Baños. Por su parte, Antonio de Herrera llega en sus *Décadas* hasta el año de 1554, por lo cual no referirá la estadía y muerte de Lope de Aguirre en la provincia de Venezuela (al respecto Fernández del Pulgar, siguiendo la *Noticia sexta* de fray Pedro Simón, continúa la *Década novena* de Herrera).

lxxi. Castell. Eleg. de Varon. Ilust. part. 1. fol. 172[2].

2. De Juan de Castellanos hemos manejado su *Elegía de varones ilustres de Indias,* publicada en Caracas por la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, colección Fuentes para el estudio de la historia colonial de Venezuela Nº 57 en 1962; la cita de Ursua en Panamá y su enfrentamiento con el rey negro Ballano está en la p. 127.
Es interesante ver cómo tanto Fernández de Piedrahita como Juan de Castellanos se refieren a las hazañas de Pedro de Ursua en la Nueva Granada y Panamá, pero Oviedo y Baños dividirá las acotaciones en ambos autores –Piedrahita sobre la Nueva Granada y Castellanos sobre Panamá.

gente de servicio en bergantines, que para el efecto tenía labrados en el río de los Motilones, salió Ursua a dar principio a su jornada por fines de septiembre del año de quinientos sesenta; pero como entre los soldados que llevaba iban muchos de aquellos que el Virrey había tirado a echar del reino, temiendo la inquietud de sus naturales bulliciosos, entre quienes sobresalían Lope de Aguirre, Lorenzo de Salduendo, Juan Alonso de la Valdera, Cristóbal de Chaves, Alonso de Villena, Alonso de Montoya y otros, siendo hombres acostumbrados a motines, insolencias y tumultos, empezaron desde luego a maquinar conspiraciones, procurando con enredos y con chismes malquistar las operaciones de Ursua, para granjearle quejosos y hacer aborrecible su gobierno; en que se supieron dar tan buena maña, que atraídos por este medio otros algunos a su séquito y comunicada su intención con Don Fernando de Guzmán, hijo de un veinticuatro de Sevilla, a quien hicieron cómplice, con promesa de nombrarlo por cabo del ejército; después de navegadas setecientas leguas por el río Marañón (llamado hasta entonces de Orellana) en un pueblecillo de la provincia de Machifaro mataron una noche alevosamente a puñaladas al Gobernador Pedro de Ursua y a su Teniente General Don Juan de Vargas; y apoderados de las armas, sin que la confusión del mismo caso diese lugar a los demás para oponérseles en nada, entregaron el gobierno superior de aquel ejército a Don Fernando de Guzmán y nombraron por Maestre de Campo a Lope de Aguirre, quien perdiendo el temor a Dios, la obediencia al Rey y la vergüenza al mundo, en una información que hicieron para justificar su alevosía, puso en su firma, Lope de Aguirre, Traidor, persuadiendo a los demás con demostración tan fea, y exhortaciones dictadas de su mala inclinación y perverso natural, a que mudando el fin de su jornada, diesen la vuelta al Perú para apoderarse de aquel reino: infamia en que convinieron todos, unos por voluntad, y otros por miedo; y desnaturalizándose de los reinos de Castilla, juraron por príncipe del Perú a Don Fernando de Guzmán; pero como el ánimo de Aguirre no era rendir adoraciones a otro, sino establecer su tiranía, espaldeado del séquito de más de ochenta hombres, que tenía a su devoción, por ser de sus mismas costumbres y jaez, pasados algunos días hizo quitar la vida a puñaladas a Lorenzo de Salduendo, Doña Inés de Atienza, Gonzalo Duarte, Alonso de Montoya, Miguel Bodebo,

Miguel Serrano, Baltazar Cortés y al Licenciado Alonso de Henao, Capellán del ejército, terminando por entonces aquella triste tragedia con dar también muerte atroz a su príncipe Don Fernando, habiendo tres meses y medio, que engañado de los consejos de Aguirre y arrastrado de su ambición, representaba el papel de Majestad en la farsa que compuso la tiranía para el teatro de aquel reino.

Libre Aguirre con esto de que nadie pudiese hacer oposición a sus designios y amedrentados todos con las repetidas crueldades de aquel monstruo, se declaró por cabeza de aquel ejército confuso, intitulándose fuerte caudillo de la nación Marañona; nombre, que puso a sus soldados y al río (llamado hasta entonces de Orellana o Amazonas) por los enredos y marañas que en él fraguó su maldad; y determinado a llevar adelante la intención de dar la vuelta al Perú, con la esperanza de que agregándosele muchos de los compañeros, que habían quedado por allá, podría con facilidad tiranizar aquel reino; prosiguió navegando por el río, hasta salir con furioso temporal al mar del norte, dejando antes ejecutadas las inhumanidades que largamente refiere el Provincial Fray Pedro Simón en la *Sexta Noticia de sus conquistas de Tierra Firme*, donde podrá el curioso informarse por extenso de todo lo sucedido en esta lastimosa jornada[3], pues para la clari-

---

3. Tal como lo hace Fernández de Piedrahita, Oviedo y Baños remite a la *Noticia sexta* de fray Pedro Simón para encontrar mayor información sobre las hazañas de Lope de Aguirre, con la diferencia de que Oviedo se ocupará de relatarnos, minuciosamente, la estadía y muerte del tirano Aguirre en la provincia de Venezuela.
En los primeros veinticinco capítulos de la *Noticia sexta*, Simón se ocupa de las expediciones de Pedro de Ursua y de las maldades de Aguirre (incluyendo alusiones a Francisco de Orellana y las muertes primero de Pedro de Ursua y luego de don Fernando de Guzmán). Es importante señalar que Simón se basa, como lo hace siempre, en la crónica de fray Pedro de Aguado, aunque introduce sus propios conocimientos del área o información adicional –como, por ejemplo, que conoció personalmente a la criada de la hija del tirano Aguirre (*op. cit.*, tomo II, p. 481). Pese a la indiscutible religiosidad de Oviedo y Baños, su independencia como seglar pareciera determinarlo a condenar con menos énfasis las acciones de Aguirre, a quien fray Pedro Simón estigmatiza como hereje. Mayor información sobre el tema puede encontrarse en las notas a la edición de fray Pedro Simón que ya hemos mencionado; también deben consultarse los trabajos de Emiliano Jos, especialmente *La expedición de Ursua al Dorado*, *la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los "Marañones" según los documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos*, publicados en Huesca por la Imprenta V. Campo, en 1927, donde Jos además habla de las rela-

dad de nuestra historia basta saber, que reconocidas las aguas del océano, enderezó Aguirre su derrota a la isla de la Margarita, cuya tierra llegó a avistar a los diecisiete días de navegación trabajosa, más por falta de bastimentos, que por tormentas del mar; y divididos los bergantines con un temporal que les dio al coger el puerto, el de Lope de Aguirre fue a ancorar a una ensenada, que llamaban Paraguache y hoy es conocida por el Puerto del Traidor, cuatro leguas distante del de Mompatare, que es el principal surtidero de la isla, y el de su Maestre de Campo Martín Pérez a otro, retirado dos leguas más al norte, donde por no perder aquella fiera la bárbara costumbre de derramar sangre humana, antes de saltar en tierra hizo dar garrote a Diego de Alcaraz y a Gonzalo Jiral de Fuentes, sin dejarlos siquiera confesar, por más que aquellos desdichados clamaban con lágrimas y ruegos, pidiendo aquel alivio por último consuelo en su desgracia.

CAPÍTULO II

Prende Aguirre al Gobernador de la Margarita; roba las cajas reales: saquea la ciudad; y quita la vida con crueldad a algunos de sus soldados

UFANO Aguirre con las inhumanas operaciones de su crueldad, saltó luego en tierra aquella tarde (que fue de un lunes a veinte de julio del año de sesenta y uno) acompañado de algunos pocos de sus más amigos, dejando el resto de sus soldados escondido debajo de cubierta; y deseando tener toda su gente junta para cualquier accidente, despachó a un fulano Rodríguez al puerto donde había surgido su Maestre de campo, con orden, para que aquella misma noche marchase con presteza a incorporarse con él, y que en el camino diese garrote a Sancho Pizarro, a quien tenía por sospechoso y poco afecto a sus acciones; y como el ánimo alevoso de aquel hombre era apoderarse de la isla con engaño, envió a Diego Tirado al mismo tiempo a dar cuenta de su llegada al Gobernador Don Juan de Villan-

ciones anteriores a la de Aguado, especialmente los relatos de Zúñiga, Vázquez, Mungia y Pedrarias de Almesto.

drando y pedirle los mandase socorrer con bastimentos, por ser gente que con mucha falta de ellos venía derrotada del Perú.

A la curiosa novedad de esta noticia se movieron algunos vecinos de la ciudad a pasar luego a ver los forasteros, con quienes supo Aguirre disimular tanto su traición, refiriéndoles los varios acaecimientos de su viaje en peregrinación tan dilatada, y ponderándoles la extrema necesidad que padecía, cuya urgencia le había obligado a llegar a buscar bastimentos a aquella isla para remediar su falta y pasar sin detenerse a Nombre de Dios, para volver al Perú, que condolidos de lo bien que supo pintarles sus trabajos y aflicción, hicieron matar dos vacas y se las dieron, enviando a las estancias vecinas a buscar todo el casabe y carne que se hallase para socorrer a aquellos hombres, que se consideraban perdidos: piedad a que se mostró Aguirre con tales apariencias de obligado, que no sólo con abundancia de palabras, pero aun con obras, fingió corresponder agradecido pues a uno de los vecinos, llamado Gaspar Hernández, le presentó una copa de plata dorada grande y una capa de grana guarnecida de pasamanos de oro.

Esta liberalidad artificiosa fue el cebo que puso aquel tirano para lograr el lance, que tenía discurrido su malicia, pues satisfechos del agasajo Gaspar Hernández y sus compañeros, determinaron quedarse con él aquella noche, dando aviso al Gobernador de todo lo sucedido y de las muchas riquezas, que manifestaba traer aquella gente del Perú, cuyo ánimo, según habían reconocido, sólo era comprar matalotajes, sin reparar en los precios, para proseguir su viaje. Recibida esta noticia por el Gobernador, obró al instante sus acostumbrados efectos la codicia, pues pareciéndole buena ocasión para quedar aprovechado con la parte que le podría tocar de aquel tesoro tan indiscreta como imprudentemente acompañado sólo del Alcalde Manuel Rodríguez, de un Regidor, Andrés de Salamanca, y de otros cuatro vecinos principales, salió de la ciudad poco después de media noche para el puerto donde estaba Aguirre, y llegando allá al amanecer, lo recibió el tirano con tales acatamientos y sumisiones serviles, que hasta el estribo le tuvo al apearse del caballo; a que correspondió el Gobernador con la urbanidad y atención, que es propia de un caballero, prometiéndole su amparo, su casa y su persona, para cuanto se le pudiera ofrecer en aquella isla: cumplimientos en que gastaron un rato de buena conversación, es-

tando todos en pie; hasta que Aguirre, pareciéndole ya tiempo de descubrir su traición, usando de grandes cortesías y rendimientos, le dijo al Gobernador: Señor mío, los soldados del Perú como son tan militares y curiosos en las jornadas de Indias, más se precian de traer consigo buenas armas, que preciosos vestidos, aunque siempre los tienen sobrados, sólo por bien parecer; y así suplican a V. y yo de mi parte se lo ruego, les dé licencia para saltar todos en tierra y sacar sus arcabuces, que podrá ser ferien algunos a estos señores vecinos.

El Gobernador, no previniendo las cautelosas malicias del tirano, le respondió con mucho agrado, saltasen en hora buena, que para él sería rato muy gustoso lograr la ocasión de verlos. Concedido este permiso, pasó Aguirre al bergantín y llamando a sus soldados, que todavía se mantenían escondidos debajo de la escotilla, les dijo: ea, Marañones, aguzad vuestras armas y limpiad los arcabuces, porque ya tenéis licencia del Gobernador para que saltéis en tierra; y aunque él no os la hubiera dado, vosotros os la tomarais; con lo cual salieron sobre cubierta, disparando los arcabuces para hacer salva al Gobernador; quien entrando ya en sospecha al ver tanta gente armada, procuró apartarse un poco a comunicar con sus vecinos el recelo que tenía y el empeño en que se hallaban, para buscarle remedio; pero fue a tiempo tan crudo, que no tuvieron lugar para lograr el recurso, porque Aguirre echando su gente en tierra y cogiéndoles los pasos, se fue para la parte donde estaban y con estilo bien diferente del que había usado hasta allí les dijo: Señores, nosotros vamos para el Perú, donde de ordinario hay guerras y alborotos; y porque pareciéndoles a vuesas mercedes, que nosotros no iremos con los pensamientos de servir al Rey, nos han de poner estorbo en nuestro viaje, conviene dejen vuesas mercedes las armas, pues es cierto, que de otra suerte no nos han de hacer tan buen hospedaje como quisiéramos; y pues esto no tiene otro remedio, sean todos presos.

Absorto se quedó el Gobernador al oír semejante desacato, y turbado con la consideración del riesgo en que lo había metido su imprudencia, diciendo: ¿qué es esto? ¿qué es esto? se fue retirando algunos pasos, metiendo mano a la espada, para intentar defenderse; pero poniéndole los traidores a los pechos algunas partesanas y arcabuces, con acuerdo más prudente hubo de darse a prisión, entregando las armas al tirano, que go-

zoso con haber logrado el lance, montó luego en el caballo, que fue del Gobernador, a quien más por mofa, que por lástima, hizo subir a las ancas, y marchando para la ciudad su campo en forma de batalla, a poco trecho del camino encontró con su Maestre de Campo Martín Pérez, que con la gente del otro bergantín venía a incorporarse con él, dejando ya dado garrote a Sancho Pizarro, en cumplimiento de lo que le había mandado Aguirre: juntos así todos los traidores, celebrando con fiesta y regocijo la felicidad con que se iban disponiendo sus maldades, llegaron a la ciudad, que ignorante de la tempestad que descargaba sobre ella, se hallaba descuidada, gozando del reposo en que la tenía la ceguedad de su necia confianza, y apellidando: libertad, libertad, viva Lope de Aguirre, entraron corriendo por las calles hasta ocupar la fortaleza, que escogieron para su habitación por más segura.

Puesto allí en prisiones el Gobernador, y los demás vecinos que trajeron del puerto, como de lo que más se preciaba aquel tirano era de la deslealtad que profesaba para con el Rey su inobediencia, lo primero que puso por obra su descaro fue ir a las casas que servían de caja real, y sin tener paciencia para pedir las llaves, echó las puertas abajo, rasgó los libros, rompió las arcas y sacó porción considerable de oro y perlas de lo procedido de los quintos de las pesquerías de Cubagua, que estaban en aquel tiempo en el aumento de su mayor grandeza; a cuya imitación los demás soldados, divididos en cuadrillas, fueron metiendo a saco la ciudad, cometiendo los insultos e insolencias, que se puede discurrir en la intención depravada de aquella gente perdida; y para que no quedase alguno sin experimentar la opresión de sus violencias, publicó bando Aguirre a son de cajas aquella misma tarde, para que todos los vecinos de la isla se recogiesen luego a la ciudad, con pena de la vida, e hiciesen manifestación de las armas y caudales que tuviesen; en que anduvieron tan sumamente desgraciados, que aunque quisieron algunos valerse de la ocultación para lograr el escape, no pudieron conseguirlo, por el rigor con que por todos lados se les mostró contraria la fortuna, pues quiso su adversa suerte, que algunos hombres vagabundos de los que vivían en la misma isla, aficionados a la libertad que veían en los soldados de Aguirre y al desahogo con que cometían los robos y desafueros, sin recelo ni temor, pareciéndoles gustosa aquella vida sin

rienda, se unieron con el tirano, asentando plaza para militar en sus banderas; y como prácticos de la isla y ladrones de la misma casa, haciendo gavilla con los demás traidores, no quedó estancia donde no los llevasen, ni retiro que no les descubriesen, manifestándoles cuanto los miserables vecinos habían podido esconder; de suerte, que fueron causa aquellos hombres malvados de los mayores trabajos, que padeció aquella triste ciudad.

Hallábase por entonces en la costa de Maracapana el Padre Fray Francisco de Montesinos, Provincial del Orden de Santo Domingo de la isla Española, asistiendo a la conversión de aquellos indios, que con orden particular le había encomendado el Rey; tenía consigo un navío de razonable porte, bien prevenido y artillado; y no ocultándosele al tirano esta noticia, avió con toda presteza uno de sus bergantines, y metiéndole dentro diez y ocho hombres, y por Cabo a Pedro de Monguía, lo despachó con orden, para que le apresasen el navío y se lo llevasen a la Margarita; pero Monguía y los demás compañeros, aprovechando tan oportuna ocasión para asegurar sus vidas y librarse de la violenta sujeción de aquel tirano, llegados al puerto de Maracapana determinaron quedarse con el Padre Provincial, a quien descubrieron la verdad de todo lo que pasaba y dieron cuenta de las crueldades y robos, que quedaba ejecutando Aguirre en la Margarita, a quien obligados del temor, por no poder remediarlo de otra suerte, habían seguido hasta allí. Recibiólos el Provincial con agasajo, pero como hombre prudente, no atreviéndose a fiar de sus razones y recelando alguna traición oculta en aquella mudanza repentina, les quitó a todos las armas, por quedar asegurado para cualquier contingencia; y embarcando toda la gente que tenía, junto con los Marañones, se hizo a la vela, con determinación de dar aviso en los puertos de la Borburata y Santo Domingo, para que los hallase prevenidos el tirano en caso que llegase por allí, y de camino pasar por la Margarita, por si lograba coyuntura para favorecer en algo sus vecinos.

Luego que Aguirre despachó a Pedro de Monguía, teniendo por indefectible la presa del navío, mandó disponer los bastimentos, para que estando todo prevenido, al tiempo que se lo trajesen pudiese sin dilación embarcarse para proseguir su viaje, porque deseaba con ansia llegar cuanto antes a Nombre de Dios, para pasar al Perú; y porque en el ínterin no se

le olvidase la bárbara costumbre de derramar sangre humana, con que se alimentaba el corazón de aquella fiera, sin más motivo que un chisme hizo ahorcar a Henríquez de Orellana, Capitán de su munición, sin dejarlo confesar, aunque el pobre lo pedía: causa, para que algunos de sus soldados, conociendo la poca seguridad con que vivían, pues a la más leve ocasión tenían expuestas las gargantas al cuchillo, determinasen abandonar su compañía, aunque fuese aventurando la vida a la incertidumbre del suceso; y resueltos a seguir este dictamen Francisco Vázquez, Gonzalo de Zúñiga, Juan de Villatoro y Luis Sánchez del Castillo, en lo más silencioso de la noche se huyeron de la ciudad, con ánimo de ocultarse entre los montes, buscando abrigo en las fieras, por no lidiar con un monstruo; pero sabida su fuga por Aguirre, se enfureció de calidad, que como hombre privado de sentido, bramando de coraje echaba espumarajos por la boca; y porque la fuga de éstos no sirviese de ejemplar para los otros, mandó a los vecinos de la ciudad se los buscasen y trajesen, aunque estuviesen debajo de la tierra, pues de no aparecer aquellos cuatro soldados habían de pagar todos con la vida, para aplacar la fuerza de su enojo; y como con menor causa sabía aquel tirano hacer verdaderas sus promesas, fue bastante su temor, para que los vecinos por su parte y el Gobernador (aunque estaba preso) por la suya hiciesen tales diligencias, revolviendo la isla toda, que hubieron de descubrir a Juan de Villatoro y a Luis Sánchez del Castillo, y traídos a la presencia de Aguirre, sin permitir espera los ardores de su cólera, los hizo luego ahorcar en el rollo de la plaza, diciéndoles mil oprobios mientras duraba la ejecución del castigo, para aumentarles más con el agravio las angustias del suplicio; y fue tal la desvergüenza de aquel corazón empedernido, que después de muertos les hizo poner unos carteles, que decían: Han ahorcado a estos hombres por leales servidores del Rey de Castilla: fatalidad de que escaparon Francisco Vázquez y Gonzalo de Zúñiga, por haber sido su precaución tan cautelosa al esconderse, que burlaron con el secreto las crueles amenazas, y solícitas diligencias del tirano.

CAPÍTULO III

Manda matar Aguirre al Capitán Turriaga, y da garrote al Gobernador: quita la vida a su Maestre de Campo: llega a la Margarita el Provincial con su navío, y sin hacer efecto se retira

AÚN NO HABÍA Aguirre acabado de ejecutar estas maldades, cuando empezó de nuevo su recelo a vacilar confuso entre temores, originados de que uno de sus capitanes, llamado Juan de Turriaga, siendo de natural afable y cariñoso, tenía aceptación y séquito entre los soldados pobres, porque con liberalidad franqueaba su mesa a todos; y como la acción más comedida tenía visos de sospechosa en la delicadez de su conciencia depravada, dio en maliciar, que aquel agrado de Turriaga era fingido, sólo a fin de granjear amigos para hacerle oposición; y sin otro fundamento, que el leve de este discurso, determinó matarlo, encomendando la ejecución a su Maestre de Campo Martín Pérez; quien con algunos soldados de su séquito se fue una noche a la posada de Turriaga, a tiempo que cenando con muchos de sus huéspedes continuos, se hallaba bien ajeno de la traición, que le había dispuesto Aguirre, y viendo entrar a Martín Pérez se levantó de la mesa a recibirle con toda cortesanía, como a su Maestre de Campo; pero apenas se[4] quitó el sombrero para hablarle, cuando embistiéndole todos, unos con lanzas, y otros con las espadas, le dieron tantas heridas, que revolcándose en su sangre, perdió al instante la vida; y como en todo eran irregulares las acciones de aquel tirano, habiendo hecho matar a aquel hombre tan sin causa, el día siguiente, mostrando gran sentimiento de su muerte (como si en ella no hubiera tenido intervención), lo mandó enterrar con pompa funeral, asistiendo él al entierro, llevando tras el cadáver todas sus escuadras, enlutadas y arrastrando las banderas al son de los tambores destemplados.

En estas bizarrías, como suyas, se hallaba Aguirre entretenido, cuando después de haber el Provincial partido de Maracapana con su navío y dado aviso en Cumaná, el Collado y la Borburata, se llegó a descubrir desde la

---

4. Hemos corregido el pronombre *le* por *se*, tal como lo hace Guillermo Morón en su edición ya citada, por cuanto pareciera ser un error de impresión.

Margarita, que navegando de mar en fuera venía en demanda de su puerto; y discurriendo el tirano, que Monguía, ejecutando su orden, se lo traía apresado, alegre con su vista trataba ya de disponer su partida; pero breve convirtió en desesperación su regocijo, por haber arribado al pueblo una piragua en que iba un negro de Maracapana, que le dio cuenta de todo expresándole cómo Monguía y sus compañeros voluntariamente se habían entregado al Provincial; de que recibió Aguirre tanto enojo, que prorrumpiendo en blasfemias contra Dios y amenazas contra los pobres vecinos, juraba lleno de cólera, que había de pasar a cuchillo toda la gente de la isla y regar con su sangre la ciudad, sin dejar en ella piedra sobre piedra, para que al recuerdo de sus ruinas se conservase la memoria de su furor.

Íbase ya en esto acercando el navío para tierra, y por la derrota que traía conocieron con claridad venía a surgir a un paraje, que llaman Punta de Piedras, cinco leguas distante del puerto de Mompatare (que es el principal de la isla) y recelando el tirano no intentase el Provincial saltar en tierra con su gente, empezó a disponer la que le pareció bastante de la suya para salirle al encuentro; pero antes de ejecutarlo, porque no quedasen sin efecto sus amenazas, mandó a su Alguacil Francisco de Carrión fuese a la fortaleza y diese garrote al Gobernador Don Juan de Villandrando, al Alcalde Manuel Rodríguez, al Alguacil Mayor Don Cosme de León, al Regidor Cáceres y a Juan Rodríguez, criado del Gobernador: diligencia, que no dilató mucho el Carrión, pues llevando consigo algunos negros, y cordeles para instrumentos del suplicio, bajó a una sala subterránea del castillo donde estaban los presos y les notificó la amarga sentencia de su muerte; y aunque a los principios, absortos al oír semejante tiranía, no se podían persuadir a la certeza de tan grande desventura, conociendo después que iba de veras y que no tenía remedio, trataron de aprovechar el poco tiempo que permitía la prisa que les daban aquellos crueles ministros, y pidiendo a Dios misericordia con repetidos actos de contrición, entregaron las gargantas al dogal y a los verdugos la vida.

Este fue el lastimoso paradero de Don Juan de Villandrando en lo más florido de su edad lozana, pues no llegaba a cuarenta años, cuando su confianza inadvertida lo condujo a la desdicha de fin tan lamentable; su cuerpo cubierto con una estera y junto con los demás dejó Carrión en la misma

sala, donde estuvo hasta poco después de media noche, que hizo llamar Aguirre a sus soldados, y dándoles cuenta de los motivos que tuvo su crueldad para cometer aquella infamia, a la luz de algunas hachas, que mandó encender para el efecto, les mostró los ya diformes cadáveres, procurando persuadirlo con la misma atrocidad de aquel delito, sobre los demás que tenían cometidos, a que perdiesen la esperanza de conseguir perdón del Rey en ningún tiempo, sólo a fin de que obstinados con el temor del castigo, se precipitasen más en la rebelión que tenían comenzada; y no atreviéndose a desampararlo, poder él a la sombra de sus Marañones, conservar su tiranía.

Fenecido el acto de tan horrible espectáculo, mandó luego Aguirre abrir dos sepulturas en la misma sala donde enterraron los cuerpos, y porque los demás vecinos participasen también de la aflicción y del susto, hizo que en aquella hora (que serían ya las dos de la mañana) los recogiesen todos con sus mujeres e hijos dentro de la fortaleza, donde, aunque ignoraban la muerte del Gobernador (por haber puesto Aguirre gran cuidado en que se les ocultase) combatidos de mil temores esperaban las suyas por instantes, pasando entre desconsuelos y congojas el resto de la noche, hasta que al amanecer, dejando Aguirre encomendada la fortaleza y los presos a su Maestre de Campo Martín Pérez, tomó la marcha con ochenta arcabuceros para Punta de Piedras, donde había surgido el Provincial: mas poco antes de llegar al puerto, teniendo noticia de que levado el navío navegaba puesta la proa para Mompatare, dio aceleradamente la vuelta a la ciudad, con el recelo de que su ausencia no fuese causa de alguna novedad irreparable.

Tenía Aguirre entre sus capitanes uno llamado Cristóbal García, que antes había sido calafate, y éste, o por enemistad que profesaba al Maestre de Campo Martín Pérez, o porque las más veces permite la Divina Providencia, que los tiranos sean el mejor cuchillo unos para otros, luego que Aguirre volvió de Punta de Piedras, dando color a su malicia con el celo de su lealtad, le dijo muy en secreto tuviese cuidado con su vida, porque su Maestre de Campo, unido con otros de los soldados, determinaba quitársela en la primera coyuntura que les ofreciera el tiempo, para levantarse con todo y retirarse a Francia, a cuyo fin estaban convocados; y en celebración

de lo tratado entre ellos, gozando aquel día de la ocasión de su ausencia, mientras fue a Punta de Piedras, habían tenido un célebre banquete entre los conjurados, con brindis y trompetas, que habiendo sido público, fue fácil certificarse Aguirre de la verdad del convite, aunque no de la intención; y como a esto se agregase haber sabido también, que el mismo día estando en la plaza de la ciudad algunos soldados en rueda, se movió conversación entre ellos sobre quién podría gobernarlos en caso que faltase Aguirre, y hallándose presente Martín Pérez, dijo: Caballeros aquí estoy yo, que serviré a todos y haré lo que soy obligado, si faltare el viejo; circunstancias, que juntas unas con otras le parecieron bastantes al tirano para quitarle la vida, y enviándolo a llamar con el pretexto de comunicar con él algún negocio, dio orden a un fulano de Chaves, muchacho en la edad, pero redomado en las costumbres, y a otros de su ralea, para que luego que entrase el Martín Pérez en la fortaleza le diesen de puñaladas, en que anduvieron tan prontos, que apenas puso los pies en el alojamiento, cuando Chaves por detrás y los otros por los lados, le dieron tantas y tan penetrantes heridas y cuchilladas, que echando los intestinos y sesos por diferentes partes del cuerpo, cayó muerto pidiendo confesión; y como el desdichado, entre las agonías del morir, procurase evitar su desventura, huyendo de un lado a otro, y los homicidas por acabarlo de una vez corriesen tras él furiosos, fue tal el alboroto que formaron dentro de la fortaleza, que los afligidos vecinos como se hallaban presos llenos de confusión y sobresalto, llegaron a discurrir era ya el último lance de sus vidas, y buscando con la turbación algún remedio para librarlas, sin reparar en el evidente riesgo de su precipitación, un Domingo López, Pedro de Angulo y María de Trujillo, mujer de Francisco de Rivera, se arrojaron por las almenas de la fortaleza con tan buena fortuna, que con haber caído de bien alto sin recibir daño alguno; tuvieron lugar para correr y esconderse entre unos cardonales, que les sirvieron de asilo para asegurar en ellos la libertad y las vidas.

Uno de los principales cómplices en la conjuración de Martín Pérez, según la relación de Cristóbal García, era Antón Llamoso a quien Aguirre había nombrado en lugar de Henríquez de Orellana por Capitán de la munición; y viéndolo pasar el tirano por allí cerca, tan poco después de la muerte del Maestre de Campo, que aún estaban los agresores con las armas

en las manos, le dijo: También me dicen, hijo mío, que vos érades uno de los de la liga contra mí; ¿pues cómo? ¿esa era la amistad? A este cargo empezó a satisfacer Antón Llamoso, protestando con mil juramentos y blasfemias ser testimonio de sus émulos para ponerlo mal con él; y pareciéndole por las demostraciones de Aguirre, que no daba mucho ascenso a sus palabras, quiso comprobar con obras su inocencia, y con una furia, ministrada de algún espíritu diabólico, se arrojó sobre el cadáver de Martín Pérez, que tendido en el suelo hecho pedazos, causaba horror el mirarlo; y diciendo: a este traidor, que quería cometer semejante maldad, beberle la sangre, empezó a chuparle los sesos por las heridas que le partían la cabeza, con la rabia que pudiera un alano cebarse en una res muerta, quedando Aguirre satisfecho de su fidelidad con acción tan inhumana, y los presentes absortos al ver la bárbara impiedad de aquel demonio.

Dejamos el navío del Provincial navegando de Punta de Piedras para el puerto de Mompatare, y aunque en distancia tan corta, retardado con la fuerza de las corrientes y algunos vientos contrarios, no pudo llegar a tomar tierra hasta pasados dos días, que empavesado de flámulas, banderas y gallardetes, amaneció dando fondo algo distante al mar afuera recelando el daño que le pudiera hacer la artillería; y prevenido Aguirre a la defensa, salió de la fortaleza, llevando consigo cinco falcones de bronce y un tiro de fruslera bien cargados, para embarazar con ellos el desembarque, que pudiera intentar el Provincial, y con la gente que le pareció sería bastante marchó para la playa, a tiempo que ya los del navío en algunas piraguas y canoas venían a saltar en tierra; pero reconociendo el mal recibimiento con que los esperaba Aguirre, haciendo alto sobre los remos, se quedaron en distancia, donde sin alcanzar las balas se podían oír unos a otros, y supliendo las lenguas lo que habían de hacer las manos, paró todo el aparato en decirles a los traidores mil injurias, a que correspondieron ellos con otros tantos oprobios, y quedando todos satisfechos de haber desahogado su cólera sin riesgo y tan a lo seguro, la gente del Provincial volvió al navío y la de Aguirre a la ciudad, tan ufano éste con el buen suceso de aquella guerra aparente, que luego que llegó a la fortaleza le escribió una carta al Provincial, como dictada de quien no tuvo en su vida otro ejercicio, que domar

potros y mulas, que era en lo que gastaba el tiempo en el Perú, cuyo tenor (aunque pase por prolijidad) es el siguiente:

Muy magnífico y reverendo señor, más quisiera hacer a V.P. el recibimiento con ramos y flores, que con arcabuces y tiros de artillería, por habernos dicho aquí muchas personas ser más que generoso en todo; y cierto por las obras hemos visto hoy en este día ser más de lo que nos decían, por ser tan amigo de las armas y ejercicio militar como lo es V.P. y así vemos, que la virtud honra y nobleza alcanzaron nuestros mayores con la espada en la mano. Yo no niego, ni todos estos señores que aquí están, que salimos del Perú para el río Marañón a descubrir y poblar, de ellos cojos, de ellos sanos, de ellos mancos; y por los muchos trabajos que hemos padecido en el Perú, a hallar tierra, por miserable que fuera, para ampararnos en ella y para dar descanso a estos tristes cuerpos, que están con más costuras que ropas de romeros, hubiéramos poblado en ella: mas la falta de lo que digo y con los muchos trabajos que hemos padecido, hacemos cuenta que vivimos de gracia, según el río, el mar y hambre nos han amenazado con la muerte; y así, los que vinieren contra nosotros hagan cuenta que vienen a pelear con los espíritus de los hombres muertos; y los soldados de V.P. nos llaman traidores, débelos castigar, que no digan tal cosa, porque acometer a Don Felipe, Rey de Castilla, no es sino de generosos y de grande ánimo, porque si nosotros tuviéramos algunos oficios ruines, diéramos orden a la vida; mas por nuestros hados no sabemos sino hacer pelotas y amolar lanzas, que es la moneda que por acá corre; si hay por allá necesidad de estos menudos, todavía lo proveeremos; hacer entender a V.P. lo mucho que el Perú nos debe y la mucha razón que tenemos para hacer lo que hacemos, creo será imposible; a este efecto no diré aquí nada de ello, mañana, placiendo a Dios, enviaré a V.P. todos los traslados de los autos que entre nosotros se han hecho, estando cada uno en su libertad como estaban; y esto dígolo en pensar, qué descargo piensan dar esos señores que ahí están, que juraron a Don Fernando de Guzmán por su Rey y se desnaturalizaron de los reinos de España y se amotinaron y alzaron con un pueblo, y usurparon la justicia y los desarmaron a ellos y a otros muchos particulares y les robaron las haciendas, y entre los demás Alonso Arias, sargento de Don Fernando, y Rodrigo Gutiérrez, su Gentilhombre; de esotros señores no hay para qué hacer cuenta, porque es chafalonía; aunque de Arias tampoco la hiciera, si no fuera ex-

tremado oficial de hacer jarcias; Rodrigo Gutiérrez cierto hombre de bien es, si siempre no mirase al suelo, insignia de gran traidor; pues si acaso ahí ha aportado un Gonzalo de Zúñiga, padre de Sevilla, cejijunto, téngale V. P. por un gran chocarrero y sus mañas son éstas: él se halló con Alvaro de Hoyón en Popayán en la rebelión y alzamiento contra su Majestad, y al tiempo que iban a pelear dejó a su capitán y se huyó, y ya que se escapó de ellos se halló en el Perú en la ciudad de Piura con Silva en un motín, y robó la caja del Rey y mataron la justicia y así mismo se le huyó; hombre, que mientras hay qué comer es diligente y al tiempo de la pelea siempre huye, aunque sus firmas no pueden huir; de sólo un hombre me pesa que no esté aquí, y es Salguero, porque teníamos necesidad de él, para que nos guardara este ganado, que lo entiende muy bien; a mi buen amigo Martín Bruno, a Antón Pérez y Andrés Díaz les beso las manos; a Monguía y a Artiaga Dios los perdone, porque si estuvieran vivos tengo por imposible negarme, cuya muerte o vida suplico a V.P. me haga saber, aunque también queríamos que todos fuésemos juntos, siendo V.P. nuestro patriarca, porque después de creer en Dios, el que no es más que otro, no vale nada, y no vaya V.P. a Santo Domingo, porque tenemos por cierto que le han de desposeer del trono en que está; y en lo de la respuesta suplico a V.P. me escriba y tratémonos bien y ande la guerra, porque a los traidores Dios les dará pena y a los leales el Rey los restituirá, aunque hasta ahora no vemos ha resucitado ninguno el Rey, ni sana heridas, ni da vidas. Nuestro Señor la muy magnífica y reverenda persona de V.P. guarde, y en gran dignidad acreciente. De esta fortaleza de la Margarita besa la mano de V.P. su servidor. Lope de Aguirre.[5]

5. Siguiendo un criterio de arbitrariedad en relación a la especificación de las fuentes que utiliza, Oviedo y Baños no informa dónde obtuvo las tres cartas del tirano; sin embargo, si las comparamos con las que Emiliano Jos da como verdaderas, no hay duda de que Oviedo recurrió a las fuentes correctas (que no se reducen solamente a los cronistas que él mismo menciona, sino también a numerosos documentos que consiguió en los archivos caraqueños).

La carta de Aguirre al Provincial fue copiada, con leves modificaciones, por el bachiller Francisco Vázquez, quien fue soldado de Aguirre y se escapó del grupo en Margarita, pero pudo seguir escribiendo su relato gracias a que continuó en contacto con las acciones de Aguirre y testificó posteriormente ante las autoridades del Tocuyo (datos más exactos pueden encontrarse en el libro, ya citado de Emiliano Jos o en el texto original del bachiller Francisco Vázquez, que fue publicado en el tomo II de *Historiadores de Indias*, en

Esta fue la discreta carta del tirano, que remitida con unos indios en una piragua, llegó a manos del Provincial; quien cumpliendo con las obligaciones de su estado, no obstante el conocimiento en que se hallaba del poco fruto que podía esperar su buen deseo en la obstinada perfidia de aquel hombre, a quien parece había Dios dejado de su mano, con el motivo de dar respuesta a su carta, procuró por escrito persuadirlo a que dejando el errado camino que llevaba, se redujese a la obediencia que debía a quien por naturaleza era su Rey; y en caso que su ciega obstinación no le diese lugar a tomar medio tan justo, atendiese como cristiano a la veneración de los templos y a la honra de las mujeres, y que por el amor de aquel Señor, que le había de pedir estrecha cuenta, se cansase ya de bañar la espada en tanta sangre inocente como había derramado su crueldad en aquella isla infeliz. Esta respuesta remitió el Provincial con los mismos indios que le llevaron la carta de Aguirre, y sin aguardar a más levó las anclas y dándose a la vela tomó la vuelta de Santo Domingo a dar aviso de las operaciones del tirano, quedando hasta hoy entre los estadistas graduada su resolución por imprudente, pues habiendo parado su aparato en sólo hacer ostentación de su navío, fue causa su llegada a la Margarita, para que irritada aquella fiera quitase la vida al Gobernador y a los demás vecinos: tiranía, que quizás no hubiera ejecutado, a no temerse del favor que pudieran dar al Provincial estando vivos.

CAPÍTULO IV

Sale Pedro Alonso Galeas huyendo de la Margarita: ahorca el tirano a Ana de Rojas; y ejecutadas otras crueldades desampara la isla

POCA fue la operación que hicieron las piadosas persuasiones del Provincial en el corazón indómito de Aguirre, que antes parece convirtió en veneno su malicia el saludable antídoto de sus sanos consejos, pues como si saliera de represa la inundación de sus iras, el mismo día que recibió la carta

Madrid, por la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, Serrano y Sanz, en 1909). De la versión de Vázquez toman la carta primero fray Pedro de Aguado y luego fray Pedro Simón y Oviedo y Baños.

hizo ahorcar en el rollo de la plaza a dos de sus soldados, sin más delito, que haberlos hallado recostados en la playa a la sombra de unos cardones, y haber hecho juicio su desconfianza, de que el estar allí de aquella suerte era esperar ocasión para pasarse al navío: injusticia, que acompañó con otra crueldad mayor, pues sin otro motivo que su gusto mandó dar garrote a Martín Díaz de Almendáriz, primo hermano del Gobernador Pedro de Ursua, a quien con admiración de todos había traído desde el Marañón (aunque desarmado y como preso), conservándole la vida; y determinado a dejarlo en aquella isla, le tenía dada licencia para que asistiese en una estancia, donde, sin hacer agravio a nadie, vivía el miserable retirado desde que Aguirre llegó a la Margarita; pero cansado ya, o arrepentido de haber usado con él tanta piedad envió los verdugos a la estancia a que le diesen garrote; y como éstos para adular al tirano procuraban por su parte hacer más horrorosas las crueldades, ejecutaron la muerte sin dejarlo confesar, aunque se hallaba presente un religioso dominico, de quien pretendía recibir aquel consuelo.

Perdida la esperanza de conseguir el navío del Provincial, en que había discurrido Aguirre ejecutar su partida, trató de que con toda brevedad se acabase de perfeccionar una embarcación; que tenía en el astillero el Gobernador Don Juan de Villandrando, pues en ella y otros dos barcos razonables que le habían quedado de los que sacó del Marañón, podría con conveniencia acomodar toda su gente para navegar con desahogo: y en el ínterin que se fenecía la fábrica, entre las prevenciones que dispuso para su avío, mandó hacer unas banderas de tafetán negro, sembradas de espadas rojas, porque fuesen a un mismo tiempo insignias de su malicia y públicas señales de su impiedad, manifestando en la divisa y el color los estragos y muertes, que tenía por blasón su tiranía, y con gentil desacato y desvergüenza las hizo bendecir públicamente el día de la Asunción de Nuestra Señora con la celebridad de una misa muy solemne, como si a la sombra de aquellos infames estandartes hubiera de conseguir algunos triunfos la Iglesia; y hecha la bendición las entregó a sus capitanes, encargándoles la perseverancia con que debían mantener la guerra, para llevar adelante la inobediencia y rebelión que tenía comenzada contra el Rey, a cuyo fin les era lícito cometer cuantos insultos y robos ofreciese la ocasión, pues todo

lo permitía el honroso ejercicio en que se hallaban; pero no obstante el consentimiento de libertad tan amplia como la que Aguirre daba a sus soldados, para que con la afición de aquella vida desgarrada se mantuviesen firmes en seguirlo y no lo desamparasen, como quiera que entre ellos había algunos que a más no poder, y sólo violentados del temor, mantenían su compañía, no fueron bastantes las cautelosas prevenciones del tirano, para que ellos dejasen de hacer su diligencia, solicitando cualquiera coyuntura para ponerse en salvo.

Era uno de estos Pedro Alonso Galeas, natural del Almendralejo en la Extremadura, Capitán que había sido de infantería cuando gobernaba aquella gente el General Pedro de Ursua; y determinado a buscar forma para pasarse a tierra firme, antes que el tirano saliese de la isla, con el secreto que requería la materia para asegurar su vida, se concertó con dos indios, naturales de la Margarita, de los que llaman Guaiqueríes, disponiendo con ellos le labrasen una piragua y la tuviesen escondida en una caleta, que formaba el mar cerca de una montaña, poco más de media legua distante de la ciudad: diligencia, que ejecutada con recato, facilitó los primeros pasos de su fuga; pero para poder conseguir ésta y tener tiempo de escapar sin que lo echasen menos, le fue preciso valerse de una traza, la más aguda que por entonces pudo discurrir la industria.

Tenía Aguirre un caballo de color castaño, que había reservado para sí de los despojos de Don Juan de Villandrando: era de natural brioso, hermosa presencia, galana huella y muy violento en la carrera; y siendo Pedro Alonso de los mejores jinetes de su tiempo, gustaba mucho el tirano de que montase en él, por gozar de los primores que le hacía obrar en el paseo; montó una tarde como lo acostumbraba siempre, y con cuidado fuele desde el principio atacando la rienda más de lo que solía para encenderle el brío; de suerte, que cuando llegó a la plaza donde le esperaba Aguirre, iba tan enfurecido, que reventando de coraje, era su capacidad poco ámbito para desahogar su cólera, y viéndolo Aguirre tan bizarro con la hermosura de su mismo brío, le mandó pasar carrera, que era a lo que tiraba Pedro Alonso para entablar su máxima; y así, batiéndole luego los ijares, le soltó la rienda, aguijándolo de propósito para que empeñado en la carrera, no parase en más de cuatro cuadras de distancia, teniendo lugar con esto de

atribuir a defecto del caballo, por poca sujeción al freno, lo que en realidad era disposición de su cuidado para lograr su traza; y continuando de esta suerte en montar todas las tardes, cada día le iba alargando un poco más la carrera, de calidad, que por entretenimiento concurrían ya muchos a ver la precipitación de aquel caballo desbocado, porque Pedro Alonso, llevando adelante su fingimiento, solía coger tan dilatada la carrera, que saliendo al campo no volvía en una hora a la ciudad, hasta que pareciéndole ya tiempo de ejecutar su fuga, previniendo primero los dos indios Guaiqueríes para que lo esperasen en la playa, montó como lo acostumbraba, en el caballo, y apretándole bien los acicates, no paró hasta llegar a la caleta, donde tenía escondida la piragua, y metiéndose en ella con los indios, empezó a navegar a todo remo, para atravesar a tierra firme, logrando el tiempo de asegurarse mientras duraba el engaño porque Aguirre, discurriendo que sería lo mismo que los días antecedentes, no le dio cuidado la tardanza, hasta que viendo que habían pasado tres horas y no volvía a la ciudad, temeroso de alguna desgracia, que pudiera haberle sucedido, envió algunos soldados a buscarlo, y siguiéndole el rastro por las huellas, hallaron el caballo amarrado a un tronco en la caleta, con otras evidentes señales de su fuga.

Burlada de esta suerte la malicia del tirano por la astucia sagaz de Pedro Alonzo, tuvo lugar éste de atravesar sin susto a tierra firme, y dejándose ir la costa abajo hasta el puerto de Cumanagoto, encontró allí a Francisco Fajardo, que noticioso de lo que pasaba en la Margarita, había salido del Collado con ánimo de procurar a todo trance desbaratar al tirano, como lo hubiera conseguido a no estorbárselo la antigua emulación con que Alonso Cobos, Teniente de Cumaná, procuró siempre deslucir lo heroico de sus acciones, pues valiéndose del pretexto de que sin licencia suya sacaba los indios de la jurisdicción de su distrito, envió un cabo con gente armada para que lo prendiesen, a tiempo que Fajardo se hallaba disponiendo el embarque de quinientos indios, que le daban para la expedición que pretendía los dos caciques, sus amigos, Don Alonso Coyegua y Don Juan Caballo; pero avisándole un indio, que llegó de Cumaná, lo que había dispuesto Cobos, por excusar competencias y disgustos encaminando primero a Pedro Alonso para la Borburata, sin aguardar a más, con sólo sesenta indios, que tenía embarcados, se dio a la vela, puesta la proa para la Margarita.

Notables fueron los extremos que hizo Aguirre cuando conoció la chanza que le había armado el disimulo de Pedro Alonso; y para que de una vez pasasen en desesperación sus sentimientos, quiso la mala suerte que el día siguiente se le huyese otro soldado, llamado Alonso de Villena, que era uno de los de su mayor confianza y cómplice principal en sus mayores delitos; golpe, que le llegó muy al alma, por ver que lo desamparaban ya los más amigos; y no pudiendo vengarse en quien fue causa de su enojo, por no haber sido bastantes las diligencias que hizo para hallarlo, mandó matar a Francisco Domínguez y a Diego de Loaisa, sólo porque eran camaradas de Villena; y con una infernal saña, propia de aquel corazón endemoniado, hizo ahorcar en el rollo de la plaza a una señora principal de la ciudad, llamada Ana de Rojas, tomando por pretexto para crueldad tan inhumana, el que había sido sabedora de la fuga de Villena; y convirtiendo aquella tiranía en fiesta y pasatiempo los traidores, cuando la querían ahorcar entró una escuadra de ellos con sus arcabuces en la plaza, y estando a medio morir la pusieron por blanco de sus tiros, disparando sobre ella de mampuesto a vista de su infame general, que con aplauso celebraba los aciertos de quien con mejor puntería partía la cabeza o el corazón de aquella ilustre matrona.

Era casada esta señora con un noble montañés, llamado Diego Gómez de Ampuero, hombre viejo, tullido y muy enfermo, que a la sazón estaba retirado en el campo en una estancia suya, acompañado de un religioso sacerdote del Orden de Santo Domingo; y pareciéndole a Aguirre que también habría tenido parte en la fuga de Villena, para que entrase también en cuenta de su despique, mandó a Pedro de Paniagua, su Barrachel de campaña, que le fuese a dar garrote, en que anduvo tan puntual, que no sólo quitó la vida al pobre viejo, sino también al religioso, sin más orden que su propia autoridad y discurrir quedaría Aguirre más gustoso, mientras él se mostraba más tirano, como le sucedió, pues complaciéndose el traidor con la perpetración del sacrilegio, le sirvió aquel de incentivo para cometer otro más terrible.

Asistía en la ciudad un religioso del mismo Orden Dominico (cuyo nombre no he podido averiguar) varón de aprobadas costumbres y de inculpable vida, con quien Aguirre, más por cumplimientos, que por de-

voción, quiso confesarse un día; y como el santo sacerdote, con el conocimiento de su mal propósito, atendiendo, sin recelo ni temor solo, a cumplir con la obligación exacta de su oficio, le negase la absolución, reprendiéndole con entereza lo execrable de sus maldades, le cobró tan mortal odio, que determinó matarlo; pero como la fuerza de la virtud es tanta, aun con ser aquel un hombre desalmado y sin temor a Dios, ni al mundo, le tuvo siempre atadas las manos el respeto que causaba la presencia de aquel sacerdote venerable, hasta que pareciéndole aquella ocasión acomodada para salir del cuidado, le dijo a Paniagua: Vos traéis la mano hecha a matar frailes, hacedme gusto de matarme este otro, para que otra vez no sea tan escrupuloso; no hubo menester el Barrachel que se lo rogasen mucho, pues al instante partió a poner por obra lo que le encargaba Aguirre, y encontrando al religioso que salía de la iglesia, lo cogió por la mano y metiéndolo en el zaguán de una casa le notificó la sentencia de su muerte, que oyó el santo varón con gran constancia, pues hincándose de rodillas, sin la más mínima perturbación en el ánimo, empezó a rezar el salmo *Miserere mei Deus*; pero antes que lo acabase, no sufriendo tanta espera la prisa de aquel verdugo infernal, le puso los cordeles por la boca y empezó a darle garrote por detrás con tanta fuerza, que se la rompió e hizo pedazos; mas viendo que no moría con el inhumano rigor de tal tormento, le bajó el cordel a la garganta, apretando hasta quitarle la vida, para que pasase a coronarse por mártir, en premio de haber sabido cumplir con la obligación de confesor[6].

Compuestas ya y prevenidas las embarcaciones (después de haber mandado ahorcar a Simón de Sumorostro y a Ana de Chaves) se hallaba Aguirre en vísperas de su partida, cuando aportó Francisco Fajardo a la Margarita, y saltando en tierra con los sesenta indios flecheros, que cogió

6. Oviedo y Baños toma el episodio de fray Pedro Simón y éste a su vez de fray Pedro de Aguado; el relato original está en la relación de Francisco Vázquez, aunque este último no da tantas explicaciones como Aguado. Simón no acentúa el episodio como lo hará Oviedo, quien habla de un verdugo en específico, de nombre Paniagua, como el encargado, por el tirano Aguirre, para darle muerte al religioso; Simón había mencionado simplemente a "los verdugos" (*op. cit.*, tomo II, pp. 424-425). Vázquez no da el nombre del "mártir" ni tampoco los cronistas posteriores, por lo cual Oviedo sólo puede asegurar que se trataba de un fraile dominico.

en Cumanagoto, se emboscó en un montecillo bien cercano a la ciudad, con resolución de dar un tiento a la fortuna y ver si ayudado de los vecinos podía conseguir la dicha de derrotar al tirano; pero aunque lo intentó su valor y buscó la ocasión su diligencia, no pudo tener efecto su deseo, porque receloso Aguirre de la mudable fe de sus soldados y temiendo no lo desamparasen algunos, fiados en el abrigo que le ofrecía Fajardo, cerró las puertas de la fortaleza, dejándolos todos dentro, y como se hallaba ya inmediato a su partida, apresuró cuanto pudo el embarcarse, con tanto miedo y recato, que para haberlo de hacer rompió un portillo alto en la muralla, que caía sobre el mar, y poniendo en él una escalera iban bajando a embarcarse los soldados uno a uno, estando él a la mira haciendo guardia con sus más confidentes y allegados; y como Alonso Rodríguez, su Almirante y amigo de los del alma, le advirtiese en esta ocasión, que se apartase un poco de la playa, porque no le mojase la reventazón del mar; como si fuera algún agravio la advertencia, se encendió el tirano en tan grande ira, que metiendo mano a la espada, le cortó el brazo de una cuchillada; y no satisfecho su enojo aun todavía, lo mandó matar allí a estocadas, para que por despedida quedase en aquella playa este testimonio más de su crueldad; y al fin embarcados todos y llevándose consigo al Licenciado Pedro de Contreras, cura y vicario de la Margarita, se dio a la vela el tirano en las tres fustas que tenía prevenidas, dejando malogrados los honrados intentos de Fajardo, por haber llegado tarde, pues no hay duda, que si hubiera sido su arribo anticipado con más tiempo, lograra su resolución la felicidad de una cumplida victoria.

Estas fueron las operaciones del tirano en aquella isla desdichada, y si la pluma hubiera de expresar por menor todos sus desafueros, no hubiera corazón para sufrir crueldades, ni ojos para llorar lástimas, pues fueron tales los insultos, robos y atrocidades, que cometió aquella fiera, que con estar entonces la isla en la mayor exaltación de su opulencia con la pesquería de sus perlas, fueron bastantes los cuarenta días de su asistencia en ella para dejarla tan destruida, que en muchos años después no pudieron sus vecinos conseguir el reparo de sus ruinas.

CAPÍTULO V

Llega Aguirre a la Borburata: saquea la ciudad, y pasa a la Valencia: pide el Gobernador socorro a Mérida, y previénese para la defensa

AUNQUE siempre había sido la fija resolución de Aguirre encaminar su derrota a Nombre de Dios para pasar del Perú a Panamá, luego que salió al mar le hizo variar el dictamen la consideración, de que habiendo el Provincial dado aviso de su arribo a la Margarita en todos los puertos de la costa, le sería difícil conseguir el tránsito por la parte que tenía premeditada, estando ya prevenidos; y así, mudando rumbo a la derrota mandó poner la proa a la Borburata, con ánimo de atravesar esta provincia y el Nuevo Reino, para entrar al Perú por Popayán, sin reparar en que huyendo un inconveniente imaginado, emprendía un imposible impracticable; pero como la Divina Justicia tenía ya determinado darle breve el castigo a sus maldades, permitió, que ciego con la confusión de su mal discurso intentase semejante desatino, para que a los primeros pasos de su viaje pagase con la vida las muchas que había quitado su crueldad.

Puesta, pues, la proa para la Borburata, empezó a navegar con gran trabajo, así por la poca práctica de los pilotos que llevaba, como por las muchas calmas, que le sobrevinieron en aquella corta travesía: causa para que su impaciencia y natural endemoniado, al ver la dilación que padecía prorrumpiese (como siempre acostumbraba) en mil blasfemias contra Dios y su bendita Madre, pues unas veces, alzando los ojos al cielo, decía: Dios, si algún bien me habéis de hacer, ahora lo quiero, y la gloria guardarla para vuestros santos; otras, con ira más que diabólica decía: que Dios era un novelero, pues habiéndolo favorecido hasta allí, ya lo desamparaba, por ayudar a sus contrarios; y a este tono ensartaba otro mar de disparates, tan horribles y sacrílegos, que aun con ser gente tan desalmada sus soldados, quedaban escandalizados al oírlos; pero al fin, dando espera la bondad Divina para los arrepentimientos de aquel hombre, permitió, que pasados ocho días de navegación llegase al día siete de septiembre a tomar puerto en la Borburata, cuyos vecinos al descubrir las embarcaciones, conociendo por las señas ser las que esperaban del tirano, por no hallarse con fuer-

zas suficientes para hacerles resistencia, se retiraron a los montes con sus familias y muebles, y con presteza despacharon aviso al Gobernador Pablo Collado, que a la sazón estaba en el Tocuyo.

Con esta noticia trató luego el Gobernador de prevenirse para buscar la defensa; mas como el encogimiento de su espíritu no era para disponer estas materias, ni le permitía empeñarse en funciones militares, a que no estaba acostumbrado, como ajenas de su profesión togada, nombró por General a su antecesor Gutiérrez de la Peña, que se había avecindado en el Tocuyo, a quien entregó el gobierno de las armas, para que corriesen por su cuenta todas las disposiciones de la guerra, y haciendo llamamiento de toda la gente que tenía en la provincia, para que concurriese a la Nueva Segovia, donde se había de formar la masa del ejército, despachó también a Mérida, pidiendo a Pedro Bravo de Molina, Justicia mayor de aquella ciudad, viniese a socorrerlo, por hallarse ya con el enemigo a los umbrales y con pocas fuerzas para hacerle oposición; y juntamente escribió a Diego García de Paredes (que como dejamos dicho, por algunos sinsabores que tuvo con Collado después que pobló a Trujillo se había retirado a Mérida), rogándole no lo desamparase en lance tan apretado, pues como caballero debía anteponer el real servicio al disgusto de sus propios sentimientos, para cuyo reparo estaba pronto a darle la satisfacción que más gustase.

No necesitaba Paredes de esta súplica para cumplir con las obligaciones de su sangre, pues abandonando conveniencias e intereses supo siempre su valor acreditar de fina su lealtad; y así, luego que recibió la carta del Gobernador (mientras Pedro Bravo disponía la gente que había de llevar consigo para el socorro), con catorce camaradas de su séquito partió para el Tocuyo, donde estimando Collado tanto la prontitud, como la fineza, le pidió perdón de los disgustos pasados, y rogó que en la ocasión presente lo favoreciese, sirviéndose de admitir el bastón de Maestre de Campo, ya que la urgencia de tan repentino aprieto lo había obligado a nombrar por General a Gutiérrez de la Peña: elección, que no hubiera hecho si tuviera presente su persona, pues de justicia era acreedor a la preferencia de aquel puesto; y como Paredes sólo tenía puesta la mira al servicio de su Rey, sin atender a otros puntos que dicta la vanidad, aceptó sin repugnancia, ofreciéndose a perder la vida, o salir bien del empeño.

Puesto Aguirre en la Borburata, saltó luego en tierra con su gente media legua distante de la ciudad, y sin permitir se le apartase de allí ninguno de sus soldados, se quedó acuartelado en la playa aquella noche, persuadido quizás a que podría como en la Margarita coger a los vecinos con engaño; pero viendo que amaneció el día siguiente y que no venían a visitarlo (habiendo primero hecho matar un portugués, llamado Antonio de Faria, sólo porque al descubrir el puerto, preguntó si aquella era isla o tierra firme), despachó a la ciudad una escuadra compuesta de sus más amigos, para que reconociesen el estado en que se hallaban, o la intención que tenían sus moradores; pero llegados al pueblo, como todos se habían retirado, buscando seguridad en las montañas, estaba tan desamparado y yermo, que sólo encontraron en él a Francisco Martín[7], uno de los que con el Capitán Monguía se habían quedado con el Provincial en Maracapana, que arrastrado de su mala inclinación y depravadas costumbres, volvía a buscar la vida licenciosa de los soldados de Aguirre: fineza, que le agradeció el tirano, estimando la perseverancia en su amistad tanto, como la noticia que le dio de estar por aquellos contornos otros de sus compañeros, a quienes deseando Aguirre reducir otra vez a su obediencia, les escribió una carta llena de ofrecimientos y favores, y dándosela a Francisco Martín, acompañada de un buen vestido y otros regalos de precio, lo despachó para que se los buscase, encargándole mucho hiciese la diligencia con empeño; pero no fueron bastantes las que puso su cuidado para poder descubrirlos, porque cautelando prevenidos el evidente riesgo de sus vidas, se ocultaron de calidad, que desengañado Francisco Martín de poderlos encontrar, se volvió a la Borburata.

Malograda de esta suerte la esperanza que tuvo Aguirre de recoger otra vez a sus Marañones, habiendo convertido en cenizas sus tres embarcaciones y otra de unos mercaderes, que estaba anclada en el puerto, trató de

7. Este Francisco Martín no parece ser el mismo que en capítulos anteriores estuvo con los indios y que prefirió, por mucho tiempo, la vida entre los salvajes (al menos no hay ninguna indicación ni de Oviedo y Baños ni de los cronistas anteriores, de quien una vez más toma Oviedo la versión). Demetrio Ramos Pérez anota que no se sabe quién fue este personaje puesto que "había tres más que se apellidaban Martín: Juan, Gómez y Pero" (*op. cit.*, tomo II, p. 435, nota 2).

pasar a la Valencia para ir ganando tierra en el dilatado viaje, que emprendía su inconsideración temeraria; y para poderlo hacer con alguna conveniencia, envió dos o tres tropas de soldados a buscar por las estancias vecinas algunas cabalgaduras para la conducción de los carruajes: diligencia con que sólo pudo conseguir hasta veinte o treinta yeguas cerreras, pero a tan costoso precio, que los más de los soldados volvieron muy mal heridos de las púas envenenadas, que por disposición de los vecinos tenían sembradas los indios por todas las veredas y caminos; de que recibió el tirano tanta alteración y sentimiento, que luego empezó, como solía, a echar blasfemias contra Dios; y para desahogar su infernal rabia mandó publicar por las calles de la ciudad guerra cruel a sangre y fuego contra el Rey de Castilla y sus vasallos; y si le preguntáramos a este hombre, en qué fuerzas fundaba su atrevimiento esta locura, halláramos, que todo su poder se reducía a ciento cincuenta hombres no cabales y seis tiros de fruslera, un macho y tres caballos, que era todo el aparato con que pensaba su mal juicio avasallar las Indias; a cuya resolución no queda otra salida, que ponderar los despeños a que se precipita un hombre a quien Dios tiene dejado de su mano.

Como la ciudad había quedado despoblada con el retiro de todos sus vecinos, no quisieron los soldados de Aguirre pasar sin aprovechamiento en el trabajo; y así, repartidos en cuadrillas salieron por todas partes al pillaje, rastreando por los montes cuanto pudo ocultar la prevención; en que anduvieron tan solícitos, que no dejaron quebrada, ni arcabuco que no trastornase su codicia. Una cuadrilla de éstas, remontándose algo más que las otras por una senda mal hollada, vino a parar a unos bujíos, distantes del pueblo cuatro leguas, donde estaba retirado un Benito de Chaves (que a la sazón era Alcalde de la Borburata), con su mujer y una hija, casada con Don Julián de Mendoza, que también se hallaba allí ya de vuelta del valle de San Francisco, donde lo dejamos acompañando a Juan Rodríguez; y después de haber robado cuanto toparon a mano, sin hacer daño a las mujeres dieron la vuelta a la ciudad, llevando sólo al tal Benito de Chaves, por lo que podía importar tenerlo Aguirre en su poder para cualquier contingente, y a un Amador Montero, a quien trató bien y regaló el tirano, por parecerle en la cara un retrato de su padre.

Al mismo tiempo cogieron otros soldados a un mercader, llamado Pe-

dro Núñez, y llevándolo también a la presencia de Aguirre, le preguntó el tirano, ¿qué causa habían tenido los vecinos para retirarse? y respondiéndole, que por el mucho miedo que tenían; replicó Aguirre le dijese con verdad, ¿qué se decía de él y de sus compañeros? y aunque temeroso de lo que podía suceder, procuró excusarse de responder a la pregunta: fueron tantas las instancias que le hicieron, que el miserable, entre confuso y turbado, hubo de decir: Señor, todos tienen a su merced y a los que le acompañan por unos crueles luteranos: palabras, que encendieron a Aguirre en tanta cólera, que quitándose de la cabeza la celada, amagó a tirarle con ella, diciéndole: bárbaro, necio, ¿no sois más majadero que eso? y aunque por entonces no pasó a más el enojo, no tardó mucho después sin que tomase venganza del agravio, porque uno de los soldados, buscando qué robar como los otros, acertó acaso a encontrar una botija de aceitunas, que tenía enterrada el Pedro Núñez, y escondidos en ella algunos tejos de oro; y como con la noticia del hurto ocurriese ante Aguirre pidiendo restitución de su despojo, porque negó el delincuente y no probó la calumnia Pedro Núñez, lo mandó ahorcar luego al instante, para que todos conociesen lo que miraba por la buena opinión de sus soldados; de los cuales, uno llamado Juan Pérez, estando algo achacoso, se salió a divertir al campo aquella tarde, y encontrándolo Aguirre casualmente sentado a las orillas de un arroyo, le dijo: ¿qué hacéis por aquí, Pérez? a que le respondió: Señor, ando falto de salud, y por buscar algún alivio me estoy entreteniendo viendo correr esta agua, replicóle Aguirre: pues según eso no podréis seguir esta jornada, y así, será bueno que os quedéis, porque yo no hago nada con enfermos; como vuesa merced mandare, respondió el soldado: y pasando de largo Aguirre sin hablarle otra palabra, se fue a su casa, de donde envió luego sus ministros para que lo llevasen preso, y sin que bastase la interposición, ni el ruego de sus amigos, lo mandó ahorcar, excusándose con decir, que no podía perdonar la vida al que era tibio en la guerra.

Ya en esto había llegado el tiempo de estar todo prevenido para salir de la Borburata y pasar a la Valencia (que como en otro lugar tenemos dicho hay siete leguas de distancia de una parte a otra), y pareciéndole buena ocasión para escaparse a Pedro Arias de Almesto y a Diego de Alarcón, soldados de los de Aguirre, discurriendo que con la revolución del viaje no ha-

rían mucha diligencia por buscarlos, se huyeron de la ciudad aquella noche; pero sabiéndolo el tirano mandó luego traer presas a la mujer y a la hija del Alcalde Benito de Chaves, y llamándolo a él a su presencia, le dijo: vos sois Alcalde y práctico de la tierra, y donde quiera que estuvieren mis soldados habéis de saber de ellos, andad a buscarlos y traédmelos, porque de no hacerlo así, me he de llevar al Perú vuestra hija y vuestra mujer; y dejándolo en el pueblo para que hiciera lo que le tenía mandado, empezó a marchar para Valencia, llevándose consigo las mujeres; pero a poca distancia de camino alcanzó a ver desde el repecho de la cuesta una piragua, que con algunos españoles navegaba para el puerto, y dando prisa a su gente para trasmontarla, porque no fuese vista desde el mar, hizo alto de la otra banda de la cumbre, y dejándola encargada a Juan de Aguirre su confidente y amigo de toda satisfacción, con veinte y cinco arcabuceros volvió a bajar para la Borburata; con ánimo de apresar la gente de la piragua, para saber sus intentos; pero llegado a la ciudad, sólo sirvió su diligencia, de que así él, como los más de sus soldados, apurasen tanto una pipa de vino que encontraron, que todos quedaron embriagados menos Juan de Rosales, Pedro de Acosta y Jorge de Rodas, que no habiendo querido probarlo con cuidado, tuvieron lugar, logrando la ocasión de aquel desorden, para esconderse en el monte y dejar la infame compañía del tirano.

Mientras Aguirre estaba divertido con el vino se abrasaban sus soldados en la cuesta faltos de agua; y como para remediar la ardiente sed que padecían se remontasen algunos por aquella serranía buscando algún refrigerio, fueron a dar a unos bujíos, que ocultaba la ramazón de una montaña, donde entre otros trastes que encontraron hallaron una capa, que luego conocieron todos era de Rodrigo Gutiérrez, uno de los que con Monguía se quedaron en Maracapana: tenía la capa una capilla y en ella estaba una probanza hecha a favor de su dueño ante la justicia de la Borburata; siendo uno de los testigos, y el que más culpaba a Lope de Aguirre, acriminando sus acciones, aquel Francisco Martín, que volvió a buscar su compañía luego que llegó a la Borburata; y leyendo su dicho Juan de Aguirre, ciego de cólera al ver lo que decía contra el tirano, se fue para el Francisco Martín, que estaba allí presente, y le dio de puñaladas, mandando lo acabasen de matar otros soldados a balazos, entre quienes uno llamado Arana, de in-

dustria, o por accidente, disparando el arcabuz atravesó con la bala a Antón García (otro de los Marañones) y dio el muerto en tierra, sobre que se trabó tal alboroto entre los amigos de ambas partes, los unos culpando la acción por maliciosa y los otros defendiéndola por impensada, que aunque el Arana procuró sosegarlos con decir, que lo había muerto de propósito, porque se había querido huir aquella noche, y que lo tendría por bien hecho el General; viendo que nada bastaba para aquietar a los amigos del muerto, tuvo por mejor acuerdo bajar a la Borburata, donde informado Aguirre de las revoluciones de su campo, subió con toda prisa a componerlas, antes que pasase a más el alboroto.

Sosegado todo con la presencia de Aguirre, el día siguiente prosiguió su marcha para bajar a la Valencia; pero con tales trabajos por lo impracticable del camino, que ni las bestias, como poco acostumbradas a la carga, podían repechar lo agrio de su aspereza, ni los soldados, rendidos con el peso de las armas y bagajes, que llevaban a cuestas, podían tolerar tan prolongada fatiga, pues era necesario en muchas partes pasar en hombros la artillería, para vencer la fragosidad de aquellos riscos; y aunque Aguirre procuraba animarlos con su ejemplo, echando siempre mano a la carga de más peso, sin embargo fueron necesarios seis días de camino para la corta distancia de siete leguas, de cuyo afán, ayudado de los calores del sol y ardimientos de su cólera, se le destempló a Aguirre la salud de suerte, que postradas las fuerzas con la congoja de ver los malos principios que llevaba la jornada que emprendía, fue preciso cargarlo en una hamaca, por no poderse ya tener en pie, y fatigado con el desabrimiento del achaque, pedía a sus Marañones le quitasen la vida por alivio; pero al fin, aunque agravado de la enfermedad, llegó a notable aprieto, empezó a mejorar luego que entró en Valencia cuyos vecinos, desamparando la ciudad, se recogieron con sus familias a las islas que tiene la laguna de Tacarigua, donde estuvieron retirados, sin que los soldados de Aguirre, por falta de canoas, pudiesen hacer diligencia por buscarlos: prevención, que irritó al natural ardiente del tirano, para que dijese mil oprobios e injurias contra todos, tratándolos de cobardes, bárbaros y pusilánimes pues no había habido indio ni español de aquella tierra, que se uniese a su compañía para seguir el ejercicio noble de la guerra, practicada desde el origen del mundo entre los cuatro

elementos, entre los hombres más celebrados del mundo y entre los mismos ángeles en el cielo; y con este motivo decía tales disparates y proposiciones tan horribles, que atormentaba los oídos de sus mismos compañeros, siendo otros tales como él.

CAPÍTULO VI

Sale Juan Rodríguez de la Villa de San Francisco para oponerse al tirano, y muere peleando con los indios: mata Aguirre a algunos de sus soldados, y se previene para salir de Valencia

DEJAMOS a Juan Rodríguez Suárez empeñado en la venganza, que solicitaba tomar su sentimiento por los agravios con que le había ofendido la simulada traición de Guaicaipuro; y como en la lealtad de su nobleza tuvo siempre el primer lugar el servicio de su Rey, sabiendo que Lope de Aguirre había llegado a la Borburata, dejando por la mano la satisfacción de sus propios sentimientos, determinó sacrificar su vida al riesgo de una temeridad, por dar la muerte al tirano; para lo cual consultada la materia con la resolución de su valor invencible, salió de la nueva población de San Francisco sólo con seis compañeros, de quienes tenía confianza su experiencia, bien prevenidos de armas e industriados de la forma con que se habían de gobernar para lograr el intento. No se le ocultó este viaje a Guaicaipuro, que observando siempre los pasos de su enemigo por medio de sus espías, se hallaba noticioso de todos sus movimientos, y desde luego le dio por cortada la cabeza en los filos de semejante arrojo, pues teniendo por lograda la ocasión que había deseado, para acabar de una vez con su contrario, convocó al Cacique Terepaima, para que saliéndole al encuentro con las tropas de sus Arbacos, al pasar por la loma de su nombre tuviese él lugar (siguiéndole las huellas) de acometerle por las espaldas con sus Teques.

Y aunque Terepaima, constante siempre en la amistad que estipuló con Fajardo, rehusó a los principios meter prenda en la conjuración, persuadido al fin de las instancias de Guaicaipuro hubo de convenir en entrar a la parte en la maldad. Ignorante de estos tratados Juan Rodríguez, salió (como dijimos) del pueblo de San Francisco, y habiendo hecho noche en el

río de San Pedro, el día siguiente al trasmontar la montaña, que llaman las Lagunetas, halló toda la loma coronada de escuadrones y penachos, con que la tenía ocupada Terepaima para embarazarle el paso, a tiempo que Guaicaipuro, siguiéndolo desde el río, le tenía ya cogidas las espaldas, y viéndose acometer por todas partes de multitud tan numerosa de enemigos, reconociendo en sus compañeros resolución y esfuerzo para vencer o morir, rompió por las escuadras contrarias, ejecutando en cada amago una muerte y en cada golpe un estrago; pero como los indios eran muchos y repetían sin cesar el continuo disparo de sus flechas, no pudieron mantener por largo tiempo el combate, porque cubiertos de saetas los escudos y escaulpiles, sin que tuviesen parte desembarazada que pudiese servir de blanco a nuevos tiros, les fue preciso retirarse al abrigo de un peñón que estaba en el camino, para a su sombra asegurar siquiera las espaldas, donde, aunque los indios volvieron a embestirles, pudieron con algún desahogo defenderse, peleando con valor, hasta que dio treguas la noche; pero como los bárbaros juzgaban ya asegurado el vencimiento, porque no se escapasen los españoles, favorecidos de la obscuridad, cercaron todo el peñón de candeladas, y con gritos, tambores y fotutos los estuvieron velando, obligándoles con cuidado a que pasasen en pie toda la noche, sin atreverse a recostar un rato, para dar algún descanso a aquellos cuerpos rendidos.

Llegada con este trabajo la mañana, renovaron los indios su porfía, procurando con más empeño entrar por fuerza al peñón; pero les salió el atrevimiento tan costoso, que cuantos lo intentaron pagaron con la vida su osadía, de suerte, que temerosos con la experiencia del daño que recibían fueron aflojando en el combate, contentándose con mantener el sitio desde lejos, dando lugar con su retiro, para que los siete españoles pudiesen tomar algún aliento en su fatiga, hasta que entrada la tarde montó Juan Rodríguez a caballo y dejando cuatro de sus compañeros para que guardasen el peñón, salió con los otros dos sólo a ver si podía lograr la suerte de quitar la vida a Guaicaipuro, aunque perdiese la suya en la demanda; pero le ayudó tan poco la fortuna, que no pudo descubrirlo, aunque por distintas partes rompió el escuadrón contrario, llevándose nueve o diez indios de encuentro con los mortales golpes de su lanza; y pasara a más la fuerza de aquel brazo invencible, si el ver el caballo desangrado por diferentes

heridas (a tiempo que Terepaima cogiendo una ladera le iba a cerrar el paso con sus tropas) no le hubiera obligado a retirarse, buscando abrigo en el peñón, que era el asilo en que por entonces aseguraban las vidas; pero como de estarse allí metidos no conseguían otro remedio, que dilatar la muerte un poco más, pues cuando pudieran librarse de los indios, era imposible dejar de perecer al rigor de enemigo tan fuerte, como la hambre, determinaron, que uno de los siete, con el silencio de la noche, se arriesgase a pasar a la Valencia a dar aviso del aprieto en que se hallaban, para que los socorriesen, y los demás, amaneciendo el día, prosiguiesen abriendo camino con la espada, a la contingencia, o de escapar afortunados, o de morir infelices.

Nombrado, pues, por voto de los compañeros para el viaje de Valencia, Alonso Fajardo, hijo de Juan de Guevara el viejo, habido en el primer matrimonio que tuvo en Coro, favorecido de la oscuridad salió del peñón sin ser sentido, y caminando el resto de la noche, porque no lo descubriesen con el día, se emboscó al ir amaneciendo en un montecillo, que está a un lado de la loma; pero anduvo tan desgraciado, que sin que él lo reparase se había venido tras él un perro que había criado, cuya lealtad fue entonces causa de su desventura, porque ladrando al pasar unos indios por allí manifestó con sus latidos el retiro donde se ocultaba el dueño, para que buscándolo los bárbaros, le quitasen tiranamente la vida.

Juan Rodríguez y los cinco compañeros, mediante lo que habían determinado, desampararon el peñón al despuntar el alba, para seguir su viaje; y resueltos a portarse de calidad, que conociesen los contrarios la ventaja con que pelea un valor desesperado, embistieron como leones, hiriendo y despedazando a cuantos procuraban oponerse al furor de sus espadas; pero ¿para qué esfuerzo tan malogrado? si cercados de la bárbara multitud de aquella canalla infiel, el mayor remedio que esperaban consistía ya en la certidumbre de la muerte que temían, pues rendidos los cuerpos al cansancio, fatigados con la sed y debilitados de la hambre (por haber dos días ya que no comían) no podían obrar los brazos lo que influía el corazón; y así, desmayando los cinco poco a poco, atravesados por mil partes a flechazos, fueron rindiendo la vida separados unos de otros en el teatro infeliz de aquella loma, quedando solo Juan Rodríguez, cuyo aliento, acreditado

siempre de invencible, fue en aquella ocasión más formidable, pues supliendo por todos los compañeros, prosiguió manteniendo la pelea con resolución tan gallarda, que muertos más de cincuenta indios a sus manos, le pedían los otros por merced, o admirados de su valor, o temerosos de su ardimiento, se fuese y los dejase, pues tenía el campo por suyo; pero él, o pareciéndole lo obrado corta satisfacción, para su enojo, o haciendo punto de no quedar con vida donde la habían perdido sus amigos, aunque llegó a verse libre de peligros ya en lo último de la loma, por haberlo dejado ir los indios sin seguirlo; enajenado con la cólera volvió otra vez para arriba, buscando nueva ocasión para desahogar con la muerte de sus contrarios los ardores que le inflamaban el pecho; pero no pudiéndose mantener más tiempo en el caballo, por la gran debilidad que padecía con la falta de alimento, se desmontó, sentándose en el suelo para tomar algún aliento, y descansar un rato, donde oprimido de la congoja y sofocado de la fatiga y la sed, se quedó muerto, sin que tuviese en su cuerpo ni una herida; siendo tal el miedo que le cobraron los indios, que aun con ver yerto el cadáver, no se atrevían a llegarle, temiendo que estaba vivo, hasta que certificados de su muerte, lo despojaron del vestido, y dividido el cuerpo en pedazos, lo repartieron entre todos, llevando cada cual su parte, por señal o trofeo de la victoria.

Así terminó la vida Juan Rodríguez Suárez, cuya memoria será siempre temida entre los indios, por el respeto que se supo adquirir con su valor y su espada. En la ciudad de Mérida, en la provincia de Extremadura, tuvo su nacimiento, y llevado de los ardimientos de su brío pasó a la América, donde encartado en la categoría de los conquistadores del Nuevo Reino de Granada, tuvo la estimación, que le adquirieron sus famosos hechos; y avecindado en la ciudad de Pamplona, consiguió en repartimiento, como poblador, una de las mejores encomiendas de su distrito; señalado después por el cabildo para el descubrimiento de las sierras nevadas y conquistas de los Timotes, ejecutó su encargo con acierto; y para honrar su conquista con la memoria de su patria, fundó la ciudad de Mérida de los Caballeros, en que granjeó tanta gloria, que picado el desafecto de sus émulos, tuvo motivo la envidia para sindicar sus más heroicas acciones, poniéndolo en estado de que sentenciado a degollar por la Audiencia de Santa Fe, le fue

preciso, con el favor de sus amigos, quebrantar la cárcel y pasarse huyendo a esta provincia (por asegurar la vida de los rigores de un juez apasionado y del poder de una emulación conjurada) donde llegó a ser tan temido de los indios, que en el tiempo que se ejercitó en las conquistas de Caracas, para pasar alguno sin recelo de una parte a otra no necesitaba de más salvoconducto, que pedirle prestada una capa de grana que tenía y usaba de continuo, porque en conociéndola los indios, era tal el respeto con que la veneraba su temor, que no había más seguro pasaporte que su vista cuya confianza lo empeñó en aquella temeridad que le costó la vida.

Mientras sucedía la desgraciada muerte de Juan Rodríguez gastaba el tiempo la gente del tirano en destruir los ganados de los vecinos de Valencia y prevenirse de cabalgaduras para la conducción de sus carruajes; y porque no quedase parte alguna sin memoria de las crueldades de Aguirre, hizo matar a uno de sus soldados, llamado Gonzalo Torres, sólo porque se apartó de la ciudad como un tiro de piedra a coger unas papayas; a que se añadió haber el Alcalde Chaves hecho tan exactas diligencias por buscar los dos soldados que se le huyeron a Aguirre en la Borburata, que por más que procuraron ocultarse, hubo de descubrirlos su cuidado, y puestos en una collera de hierro, los entregó a Don Julián de Mendoza, su yerno, para que sirviendo de alguacil, se los llevase al tirano y recibiese por premio a su mujer y su suegra; y como en el camino el uno de ellos, llamado Pedro Arias, cortado de ánimo y sin aliento, con la consideración del lastimoso fin que le esperaba, se echase en el suelo diciendo, que lo matasen, porque no podía pasar de allí, anduvo tan inhumano el Don Julián, que le respondió sin empacho, ni vergüenza: para mí toda la cuenta es una, porque en llevando vuestra cabeza cumplo con mi obligación, y desenvainando la espada sin piedad, se la empezó a cortar: chanza, que pareciéndole al Arias muy pesada, pues granjeaba una muerte de contado, por excusar la que estaba en contingencia, hubo de conseguir con ruegos y promesa de que se esforzaría para pasar adelante, el que suspendiese la ejecución ya comenzada, aunque lo dejó bien lastimado con una razonable herida en el pescuezo, y llegados a Valencia anduvo el Arias tan afortunado, que lo perdonó el tirano, por ser buen escribano y necesitar de él para que le sirviese de secretario: indulto, que no consiguió su compañero Diego de Alarcón, pues al

instante lo mandó hacer cuartos, llevándolo arrastrando por las calles, con un pregón, que decía: Esta es la justicia, que manda hacer Lope de Aguirre, fuerte caudillo de la noble gente marañona, a este hombre, por real servidor del Rey de Castilla. Y ejecutada la sentencia pusieron la cabeza en el rollo de la plaza, donde viéndola el tirano, le decía con gran risa y por donaire: Ahí estás, amigo Alarcón; ¿cómo no viene el Rey de Castilla a resucitaros?

De padecer semejante desventura se libró, por su buena diligencia, Rodrigo Gutiérrez, el dueño de aquella capa en que se halló la información, que le costó tan cara a Francisco Martín, porque aprehendido también por el Alcalde Chaves (que se había dedicado a ser esbirro del tirano), le dio luego aviso para que enviase por él: maldad, que habiéndola entendido Gutiérrez, supo desvanecerla con su maña, pues tuvo actividad para quitarse los grillos con que lo había asegurado y volverse a huir otra vez; de suerte, que cuando llegó Francisco de Carrión, a quien enviaba Aguirre con prevención de soldados, para que se lo trajese, se halló burlada la intención infame del Alcalde; falta, que procuró remediar con otra mayor vileza, pues por congraciarse con el tirano le dio noticia por extenso de todas las prevenciones que disponía el Gobernador para hacerle resistencia, y los socorros que esperaba por instantes de Mérida y Santa Fe, de que no recibió Aguirre mucho gusto, aunque se mostró agradecido a la fineza del aviso; y por no dar lugar a que con la dilación tuviesen tiempo de mayores disposiciones para embarazarle el paso, trató con toda brevedad de salir de la Valencia, dando permiso entonces al cura de la Margarita Pedro de Contreras, para que se volviese a su casa, con calidad, que primero le prestase juramento de que remitiría al Rey Don Felipe II una carta, que le entregó para el efecto; y aunque el buen sacerdote resistió a los principios el hacerse cargo de comisión semejante, después hubo de venir en ello, atropellando inconvenientes, por verse libre de la tirana opresión de aquella fiera.

CAPÍTULO VII

Refiérese la carta que escribió Aguirre para el Rey; sale de la Valencia el tirano, y llega a Barquisimeto

AUNQUE la carta que Lope de Aguirre entregó al padre Contreras para que remitiese al Rey no merecía en realidad se hiciese mención de ella en ningún tiempo, sin embargo, para comprobación de los desatinos y locuras de aquel hombre, nos ha parecido referirla, y porque el lector se divierta un rato con la discreción de su buena nota, como dictada al fin de un domador de mulas, su tenor era el siguiente:

REY FELIPE, natural español, hijo de Carlos invencible, Lope de Aguirre, tu muy mínimo vasallo, cristiano viejo, de medianos padres, y en mi prosperidad hijodalgo, natural vascongado en ese reino de España y en la villa de Oñate vecino, pasé en mi mocedad el mar océano a las partes del Perú, por valer más con la lanza en las manos y por cumplir con la deuda que debe todo hombre de bien; asimismo, en veinte y cuatro años te he hecho muchos servicios en el Perú en conquista de indios y poblar pueblos en tu servicio, especial en batallas y reencuentros, que ha habido en tu nombre, siempre conforme a mis fuerzas sin importunar a tus oficiales por paga, ni socorro, como parecerá por tus reales libros: bien creo, cristiano Rey y Señor, aunque para mí y mis compañeros tan ingrato a tan buenos servicios como has recibido de nosotros; aunque también creo te engañan los que te escriben de esta tierra, como estás tan lejos; avísote, Rey y Señor, lo que cumple a toda justicia y rectitud para tan buenos vasallos como en esta tierra tienes, aunque yo, por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus Oidores, Virreyes y Gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros (cuyos nombres después diré) de tu obediencia, y desnaturalizados de nuestras tierras, que es España, y hacerte en estas partes la más cruel guerra, que nuestra gente pudiere sustentar; y esto creed, Rey y Señor, nos ha hecho el no poder sufrir los grandes apremios y castigos, que nos dan estos tus ministros, que por remediar sus hijos y criados nos han usurpado nuestra fama, vida y honra; ¡qué lástima! Oh Rey, el mal tratamiento que se nos ha hecho; y así, manco de mi pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Coquimbo con el Mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellido contra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu

servicio, como yo y mis compañeros al presente lo somos y seremos hasta la muerte, porque en esta tierra tenemos tus perdones por de menos crédito, que los libros de Martín Lutero, pues tu Virrey el Marqués de Cañete, malo, lujurioso, ambicioso y tirano, ahorcó a Martín de Robles, hombre señalado en tu servicio, y al bravo Tomás Vázquez, conquistador del Perú, y al triste de Alonso Díaz, que trabajó más en el descubrimiento del Perú, que los exploradores de Moisés, y a Piedrahita, buen capitán, que rompió muchas batallas en tu servicio, y aun en Pucaba ellos te dieron la victoria, porque si no se pasaran, hoy fuera Francisco Hernández Señor del Perú; y no tengas en mucho el servicio que tus Oidores te escribieron que te han hecho, porque es muy grande fábula, sino que llaman servicio haberte gastado ochocientos mil pesos de tu real caja, para sus vicios y maldades: castígalos como ellos son.

Mira, mira, Rey español, no seas ingrato a tus vasallos, pues estando tu padre el Emperador en los reinos de Castilla sin ninguna zozobra, te han dado, a costa de su sangre, tantos reinos y señoríos, como tienes en estas partes; y mira, Señor, que no puedes llevar, con título de Rey justo, ningún interés de estas partes, donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ellas trabajaron sean gratificados: como por cierto tengo, que van pocos Reyes al cielo, porque creo fuérades peores que Luzbel, según tenéis la ambición, sed y hambre de hartaros de sangre humana; mas no me maravillo, ni hago caso de vosotros, pues os llamáis siempre menores de edad y todo hombre inocente es loco y vuestro Gobierno es aire; a Dios hago solemne voto yo, y mis doscientos arcabuceros Marañones, hijosdalgo, de no te dejar ministro tuyo a vida, porque ya sé hasta dónde alcanza su poder.

El día de hoy nos hallamos los más bienaventurados de los nacidos, por estar, como estamos, en estas partes de las Indias teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros sin corrupción, y manteniendo todo lo que la Iglesia romana predica; y pretendemos, aunque pecadores en la vida, recibir martirio por los mandamientos de Dios; a la salida que hicimos del río de las Amazonas, que se llama Marañón, venimos a una isla, que se llama la Margarita, y vimos unas relaciones que venían de España de la gran máquina que hay de Luteranos, que nos pusieron grande temor y espanto, pues aquí en nuestra compañía hubo uno, llamado Monteverde, y yo lo mandé hacer pedazos, los hados darán la pena a los cuerpos; pero donde nosotros estuviéremos creed,

excelentísimo Rey, cumple que todos vivan perfectamente en la fe de Cristo; principalmente es tan grande la disolución de los frailes en esta tierra, que conviene que venga sobre ella el castigo, porque no hay alguno que presuma menos que de Gobernador; mira, Rey, no los creas lo que te dijeren, pues las lágrimas que allá echan delante de tu real persona es para venir acá a mandar; si quisieres saber la vida que por acá tienen, es en mercadurías, procurar y adquirir bienes temporales, vender los Sacramentos, enemigos de los pobres, ambiciosos, soberbios y glotones; de manera que por mínimo que sea un fraile pretende mandar todas estas tierras; pon remedio, Rey y Señor, porque de estas cosas y malos ejemplos no está imprimida la fe en los naturales; y más te digo, que si esta disolución de estos frailes no la quitas, no faltarán escándalos, aunque yo y mis compañeros, por la gran razón que tenemos, hayamos determinado morir; y esto y otras cosas pasadas, tú Rey tienes la culpa, por no dolerte de tus vasallos y no miras lo mucho que les debes; que si tú no miras por ellos y te descuidas con estos tus Oidores, nunca se acertará en el gobierno; y no hay para qué presentar testigos más que decirte, cómo estos tus Oidores tienen cada uno cuatro mil pesos de renta y ocho mil de ayuda de costa, y al cabo de tres años tiene cada uno setenta mil pesos horros y posesiones y heredamientos, y con todo eso si se contentasen con servirte como hombres, menos mal y trabajo sería nuestro; pero por nuestros pecados quieren que los adoremos como a Nabucodonosor: cosa insufrible; y no porque yo, como hombre lastimado y manco de mis miembros en tu servicio, y mis compañeros, viejos y cansados en lo mismo, te he de dejar de avisar, que nunca fíes en estos letrados tu real conciencia, que no cumple a tu servicio descuidarte con ellos, que se les va el tiempo en casar sus hijos y no entienden en otra cosa y su refrán es entre ellos muy común: esto es a tuerto y derecho.

Pues los frailes a ningún indio pobre quieren predicar y están aposentados en los mejores repartimientos; la vida que tienen es muy áspera, porque cada uno de ellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas y otros tantos muchachos que les van a pescar, matar perdices y traer frutas; en fe de cristiano te juro, Rey y Señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir azote del cielo; y esto digo por avisarte la verdad, aunque yo y mis compañeros no queremos, ni esperamos de tí misericordia; ¡ay! ¡ay! ¡qué lástima tan grande! que el Emperador tu padre conquis-

tase con la fuerza la suprema Germania y gastase tanta moneda, llevada de estas Indias descubiertas por nosotros, y que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre; sabes que vemos, excelentísimo Rey y Señor, que conquistaste a Alemania con armas y Alemania ha conquistado a España con vicios, de que acá nos hallamos quitados, muy contentos con maíz y agua, sólo por estar apartados de esta mala irronia.

Anden las guerras por donde anduvieren, pues para los hombres se hicieron, mas en ningún tiempo, ni por adversidad que nos venga, dejaremos de ser obedientes y sujetos a los mandamientos de la Santa Iglesia de Roma: no podemos creer, excelente Rey y Señor, que tú seas cruel para tan buenos vasallos como en estas partes tienes, sino que estos tus malos Oidores y ministros lo deben de hacer sin tu consentimiento; dígolo, porque en la ciudad de los Reyes, dos leguas junto al mar, se descubrió una laguna, donde se cría algún pescado, que Dios permitió fuese así, y estos tus malos Oidores, para aprovecharse del pescado para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre; dándonos a entender, como si fuésemos inhábiles, que es por tu consentimiento; si ello es así, déjanos pescar algún pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos, que es la cantidad por que se arrienda, pues, esclarecido Rey, no pedimos en Córdoba, ni en Valladolid este patrimonio: duélete, Señor, de alimentar a los pobres, cansados con los frutos y réditos de esta tierra; y mira, que Dios para todos es igual justicia, premio, paraíso e infierno.

El año de cincuenta y nueve el Marqués de Cañete dio la jornada del río de las Amazonas a Pedro de Ursua, Navarro, o por mejor decir, Francés; tardó en hacer navíos hasta el año de sesenta en la Provincia de los Motilones, aunque estos navíos, por ser hechos en tierra lloviosa, al tiempo de echarlos al agua se nos quebraron, hicimos balsas y nos echamos por el río abajo, dejando nuestros caballos y haciendas; luego navegamos los más poderosos ríos del Perú de manera, que nos vimos en un golfo dulce; caminamos de primera faz trescientas leguas, fue este mal Gobernador, perverso, ambicioso y miserable, que no lo pudimos sufrir, y así lo matamos con muerte cierta y bien breve; luego a un mancebo caballero de Sevilla, que se llamaba Don Fernando de Guzmán, alzamos por nuestro Rey y lo juramentamos como a tu real persona, como parece por las firmas de todos aquellos que nos hallamos: a mí me nom-

braron por su Maestre de campo, y porque no consentí en sus insultos y maldades me quisieron matar; yo maté al nuevo Rey, al Capitán de su guardia y Teniente General, a cuatro Capitanes, a su Mayordomo, a su Capellán, Clérigo de misa, a una mujer, a un Comendador de Rodas, a un Almirante, dos Alférez y a otros cinco, o seis criados suyos, y con intención de llevar la guerra adelante y morir en ella, por las muchas crueldades que tus ministros usan con nosotros: de nuevo nombré Capitanes y Sargentos y me quisieron matar y los ahorqué todos; caminando nuestra derrota, pasando todas estas malas venturas, tardamos hasta la boca del río más de once meses y medio, y caminamos más de cien jornadas, anduvimos más de mil quinientas leguas: tiene el río más de mil leguas de agua dulce, muchas partes despobladas y sin gente, como su Majestad verá por una relación, que hemos hecho verdadera: sabe Dios cómo nos escapamos de este lago temeroso. Avísote, Rey, no consientas se haga ninguna armada de España para este río tan mal afortunado; y Dios te guarde, Rey excelente, muchos años.[8]

8. Oviedo y Baños reproduce aquí la famosa carta de Lope de Aguirre al rey Felipe II que bien le ha valido el reconocimiento de ser el primero en insubordinarse contra la Corona española. Es interesante ver que Oviedo y Baños la copia pese a que su fuente principal, fray Pedro Simón, se conforma con decir que “no merece andar impresa” por los “desatinos” que contiene (*op. cit.*, tomo II, p. 450). Aunque no se ha encontrado el original de la carta, es muy probable que Oviedo la haya tomado de la copia que transcribe el bachiller Francisco Vázquez en su *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la jornada de Omegua y Dorado*, que aparece en el tomo de Historiadores de Indias que ya ha sido citado. Si bien Oviedo y Baños continúa el tono de Simón al hacer la presentación de la carta, el hecho de haberla transcrito permite una lectura de los hechos que nos es negada tanto por Aguado como por Simón, interesados más que nada en la condena religiosa y moral a las acciones del tirano Aguirre.

Si bien los cambios de Oviedo son pocos con respecto a la versión de Vázquez –Emiliano Jos, en la edición ya citada (pp. 196-200), reproduce una copia publicada por Aguilar pero la confronta en sus notas con la de Vázquez–, hay una diferencia importante al final porque Oviedo y Baños omite poco más de dos párrafos que contienen, además de la lista de los soldados que acompañaban a Aguirre, la firma del documento, donde se apoda “El Peregrino”:

> *...porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vinieren cien mil hombres, ninguno escape, porque la relación es falsa y no hay en el río otra cosa que desesperar, especialmente para los chapetones de España.*
>
> *Los capitanes y oficiales que al presente llevo, y prometen de morir en esta demanda, como hombres lastimados, son: Juan Jerónimo de Espinola, ginovés, capitán de infantería; los dos andaluces; capitán de á caballo, Diego Tirado, andaluz, que tus Oidores,*

Esta fue la carta que Lope de Aguirre entregó al cura de la Margarita para que la remitiese al Rey, cuyo contexto es la prueba más evidente de lo rústico de su natural grosero y de los desacatos a que llegó la desvergüenza y descaro de aquel bruto, cuyas operaciones parece iban siendo cada día más temerarias, pues determinado ya a salir de la Valencia (después de haber estado en ella quince días) la noche antes de su partida mandó dar garrote a Benito Díaz, Francisco de Lora y Antonio Zigarra, al uno, porque había dicho tenía un pariente en el Nuevo Reino, y a los otros dos, por parecerle andaban tibios en la guerra: crueldad, que acompañó con otra más enorme, pues porque a la mañana al tiempo de la partida alcanzó a ver un soldado, llamado Sahagún con un rosario en la mano, le quitó la vida a puñaladas, diciendo, que sus soldados habían de ser de calidad, que ajenos de toda devoción, si fuese necesario jugasen el alma a los dados con el demonio, sin andar gastando el tiempo en rezos, ni pataratas, que sólo servían de acobardar los ánimos, haciendo inútiles los hombres para el noble ejercicio de las armas, con otros disparates a este tono, propios de su corazón blasfemo; y con esta buena despedida salió para Barquisimeto por el camino derecho, que corta la serranía de Nirgua, habitación entonces de los indios Jiraharas.

Cuando Aguirre llegó a la Borburata estaba en la Valencia Pedro Alonso Galeas, el que con la industria de fingir el caballo desbocado se le huyó en la Margarita, y así por el recelo de no caer en sus manos, como por

---

rey y señor, le quitaron con grande agravio indios que había ganado con su lanza; capitán de mi guardia, Roberto de Coca, y á su alférez Nuflo Hernández, valenciano; Juan López de Ayala, de Cuenca, nuestro pagador; alférez general, Blas Gutiérrez, conquistador, de veinte y siete años, alférez, natural de Sevilla: Custodio Hernández, alférez, portugués; Diego de Torres, alférez, navarro; sargento, Pedro Rodríguez Viso; Diego de Figueroa; Cristóbal de Rivas, conquistador; Pedro de Rojas, andaluz; Juan de Salcedo, alférez de á caballo; Bartolomé Sánchez Paniagua, nuestro barrachel; Diego Sánchez Bilbao, nuestro pagador.

Y muchos hijosdalgos desta liga ruegan á Dios, Nuestro Señor, te aumente siempre en bien y ensalce en prosperidad contra el turco y franceses, y todos los demás que en estas partes te quisieran hacer guerra; y en éstas nos dé Dios gracia que podamos alcanzar con nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos han negado lo que de derecho se nos debía. –Hijo de fieles vasallos en tierra vascongada, y rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, el Peregrino (Francisco Vázquez, *op. cit.*, p. 472).

hallarse al lado del Gobernador, para servir con su persona en ocasión tan precisa; luego que tuvo la noticia de haber saltado en tierra el tirano salió él para Barquisimeto en compañía de Gómez de Silva, caballero portugués (de quien hay hoy ilustre descendencia en la provincia), que habiendo sido paje de lanza de Don Francisco Cautino, Conde de Redondo, en la ocasión de aquel socorro memorable, que introdujeron los portugueses en Arsila, y después paje del Rey Don Juan el III de Portugal, huyendo de las diligencias con que lo buscaban para tomar venganza los parientes de otro caballero, a quien (estando en Lisboa) mató en un desafío, vino a parar a estas partes y se hallaba en la ocasión presente en la Valencia, y llevado del pundonor de su hidalguía, con el mismo deseo de Pedro Alonso formaron juntos el viaje para Barquisimeto.

Al mismo tiempo el Gobernador Pablo Collado, con el aviso que le dieron los vecinos de la Borburata de quedar ya Lope de Aguirre en aquel puerto, había despachado desde el Tocuyo a Francisco Infante, para que enterándose de los designios que traía el tirano y el número cierto de la gente que componía su campo, volviese con brevedad a darle cuenta de todo; pero encontrando en el camino a Pedro Alonso y a Gómez de Silva, que le dieron relación muy por extenso, tuvo por excusado el proseguir adelante; y por granjear tiempo, con la anticipación de la noticia, se volvió con ellos al Tocuyo, donde conociendo el Gobernador que ya era preciso tratar de la defensa con más veras, pues no había duda en que la intención de Aguirre era pasar por la provincia al Nuevo Reino; confuso con los temores que le causaba su corazón pusilánime, entregó todo el gobierno a Gutiérrez de la Peña, a quien tenía antes nombrado por Capitán General, para que dispusiese las materias conforme le pareciese que sería más conveniente.

Hallábanse ya en el Tocuyo cientocincuenta hombres, que a los llamamientos del Gobernador habían concurrido de las demás ciudades; y aunque entre todos sólo había dos arcabuces, el uno de Jeronónimo Alemán, y el otro de Francisco Maldonado de Almendáriz; sin embargo, prevenidos los demás de lanzas y adargas hechas de cuero crudo, aseguraba en ellos la victoria Gutiérrez de la Peña, por el valor y militar experiencia que tenía reconocido en todos; a que le ayudaba mucho la ventaja de hallarse con bastante número de gente de a caballo; y mientras, con el embarazo de al-

gunas prevenciones necesarias, se detuvo en el Tocuyo, caminaba Aguirre por las serranías de Nirgua con bastantes incomodidades, por la aspereza del terreno, y tesón continuado de las lluvias: contratiempos, que desenfrenando su impaciencia, daban motivo a su sacrílega lengua para abortar mil blasfemias, pues mirando para el cielo solía decir: ¿qué piensa Dios, que porque llueva no tengo de ir al Perú? pues muy engañado está, que he de ir, aunque Dios no quiera; y supuesto que no me puedo salvar, pues vivo estoy ardiendo en los infiernos, he de ejecutar tales crueldades, que suene mi nombre por la redondez de la tierra; otras veces animando a sus soldados les decía, que por temor del infierno no dejasen de hacer cuanto les pidiese el apetito, pues con sólo creer en Dios bastaba para salvarse; y otras cosas tan semejantes a éstas, que sólo pudiera propalarlas aquel monstruo infernal, indigno de ser cristiano.

Divertido con tan devotos ejercicios marchaba Aguirre por aquellas serranías, cuando diez de su soldados, sin haber comunicado su intento unos con otros, cada uno de por sí lograron la ocasión de apartarse de su infame compañía, emboscándose, sin que los echasen menos, por las malezas de aquellos arcabucos: burla que irritó tanto al tirano, que maldiciendo su fortuna, ponderaba con extremo la infamia de sus Marañones, pues lo desampararon al mejor tiempo, dejándolo abandonado en la fuerza de su mayor conflicto; pero al fin, aunque oprimido con estos desconsuelos y cargado de mil temores en que lo traía envuelto el remordimiento de su mala conciencia, hubo de llegar al río del Yaracuy y valle de las Damas, donde sintiéndolo las centinelas, que tenían puestos los de Barquisimeto, partieron para la ciudad tocando al arma; y como los vecinos se hallaban sin prevención para poder defenderse, porque Gutiérrez de la Peña aún no había llegado con la gente que se juntaba en el Tocuyo, desampararon la ciudad, enviando aviso al Gobernador de la cercanía en que quedaba el tirano, a cuyo rebato despachó Gutiérrez de la Peña a su Maestre de Campo Diego García de Paredes con quince hombres de a caballo, para que observase de más cerca los movimientos de Aguirre, mientras él, con el resto de la gente, salía en su seguimiento para Barquisimeto, hacia adonde, receloso con la desconfianza que tenía de la poca fidelidad de sus soldados, caminaba el tirano por una montaña, cuya aspereza sólo permitía una senda tan

angosta, que apenas era capaz de que por ella marchasen uno a uno los soldados, por la cual llegó también a empeñarse de vuelta encontrada Diego García de Paredes con sus quince de a caballo; y cuando más ajenos de encontrarse iban los unos y los otros, se llegaron a descubrir tan de repente, que turbados los nuestros con el susto y embarazados con la ramazón de la montaña, por dar prisa a retirarse dejaron en el camino dos o tres de las lanzas que llevaban y otras tantas caperuzas o celadas, que usaban, en aquel tiempo, hechas de lienzo de la tierra, colchadas con algodón, de figura ridícula y extraña, que cogiéndolas Aguirre, fueron motivo para que mofando, como siempre, representase a los suyos lo medrados que se hallaban los que servían al Rey en las conquistas, pues traían por adorno, o por defensa tan indecentes alhajas.

No paró el Maestre de Campo en su veloz retirada hasta salir a lo raso de una sabana limpia, que estaba poco antes de entrar en la montaña, donde pretendía formar alguna emboscada, para hacer algún daño al enemigo; pero marchando Aguirre sin detenerse en su alcance toda la noche, favorecido de la luna volvió a encontrar en la sabana con Paredes, antes que hubiese dispuesto la emboscada, obligándolo con su presteza, no pensada, a que sin parar a paso largo llegase a Barquisimeto el día siguiente, donde halló ya al General Gutiérrez de la Peña, y conferido entre los dos lo que debían hacer en aquel caso, les pareció más conveniente no esperar al tirano en la ciudad, porque no teniendo armas de fuego y consistiendo toda su fuerza en los caballos y lanzas, era mucha la ventaja con que podría Aguirre ofenderlos, si amparado del recinto de las casas tiraba con sus mosquetes de mampuesto; y así, dejando desembarazada la ciudad, se retiraron todos a las barrancas del río, con ánimo de mantenerse en ellas alojados, para lograr a la vista las coyunturas del tiempo.

En el ínterin Aguirre llegó a dar vista a la ciudad, y puesta su gente en escuadrón, formó de sus más confidentes la vanguardia, con orden de que al infante que se apartase tres pasos de los demás, lo matase luego el compañero, y marchando de esta suerte desplegadas las banderas y tendidos los estandartes, al estruendo de repetidas salvas de mosquetería entró en Barquisimeto el día veinte y dos de octubre del año de sesenta y uno, y escogiendo para su alojamiento las casas de Damián del Barrio, se acuarteló en

ellas, por la seguridad que le ofrecía el estar cercadas de una muralla de adobes, que coronada de almenas cogía toda la cuadra.

CAPÍTULO VIII

Llega Pedro Brabo con alguna gente de Mérida al socorro: escribe Aguirre al Gobernador una carta: danse vista los dos campos, y después de algunas escaramuzas se retiran

AL TIEMPO que Gutiérrez de la Peña desamparó la ciudad retirándose a las barrancas del río, se apartó por un camino extraviado Diego García de Paredes con ocho compañeros a caballo, y cogiéndole la vuelta, sin que lo sintiese el tirano, dio sobre su retaguardia cuando iba entrando a la ciudad, con tan bizarro denuedo, que le quitó cuatro bestias cargadas de alguna ropa, pólvora y otras municiones, sin recibir daño alguno; de cuyo feliz principio quedaron tan contentos los soldados, que teniéndolo por anuncio de muy dichosos progresos, se quedaron sobre las barrancas para estar más a la mira de las operaciones de Aguirre; pero él encerrado en el cuartel que escogió para su alojamiento, no intentó novedad alguna hasta el día siguiente sobre tarde, que licenció a sus Marañones para que metiesen a saco la ciudad: diligencia, que sólo sirvió para que hallasen por las casas diferentes cédulas de perdón a todos los que abandonasen al tirano, las cuales, firmadas del Gobernador, había dejado esparcidas Gutiérrez de la Peña al tiempo de retirarse, y una carta para Aguirre, en que le exhortaba volviese al servicio de su Rey, con quien le sería buen tercero, remitiéndolo a sus piadosos pies; y en caso de no venir en tan honesto partido, librasen el derecho de las armas en batallar cuerpo a cuerpo, para que se declarase entre los dos la victoria, sin derramar tanta sangre.

Pesado golpe fue el hallazgo de estas cédulas para el sobresalto con que vivía Aguirre, receloso siempre de la poca fidelidad de sus soldados, pues temía que lo habían de desamparar al mejor tiempo; pero disimulando cuanto pudo, los juntó a todos en su casa, para darles a entender con un razonamiento dilatado el veneno que llevaba escondido aquellas cédulas para los que se creyesen de ligero, pues se debían acordar, para no fiarse en

palabras, que sus robos y muertes excedían en número y calidad a cuantas en España y en las Indias habían cometido otros traidores, para cuyo perdón era fiador muy fallido un Gobernador de caperuzas, pues cuando el Rey, sin faltar a la justicia, pudiera perdonar tales delitos, bastaba el sentimiento de los parientes y amigos de los muertos para traerlos siempre perseguidos; además que el baldón continuo de traidores en todas partes los había de tener siempre afrentados, y por remate de sus desventuras vendría a experimentar lo que Tomás Vázquez y Juan de Piedrahita, a quienes quitó las cabezas el Licenciado Gasca en el Perú, sin que les valiesen sus anteriores servicios, ni los perdones, en que vivían confiados.

Concluido este razonamiento, que según pareció después hizo poca operación en sus soldados, mandó quemar algunas casas que podrían servir de abrigo a sus contrarios, de cuyo incendio, por malicia, o por descuido participó también la iglesia, que siendo de paja, tuvo poco que hacer el fuego para consumirla; si bien Aguirre, al ver que se quemaba, por dar algunas muestras de cristiano, hizo sacar las imágenes y adornos que habían quedado en ella, porque no entrasen también a la parte en el incendio. Entre tanto que esto sucedía en Barquisimeto, se estaba en el Tocuyo el Gobernador Pablo Collado padeciendo algunos achaques de espantos y temores, con que lo atormentaba su corazón cobarde; pero llegando de Mérida el Capitán Pedro Brabo de Molina con veinte caballos de socorro, y viendo que la cortedad de su apocado espíritu lo tenía tan amedrentado, que no se hallaba en ánimo de ponerse en parte donde lo viese el tirano, le representó la nota a que exponía su opinión, si faltando a las obligaciones de su puesto, no asistía personalmente a dar aliento a sus soldados en ocasión tan precisa como la que tenía entre manos; y aunque a los principios, con el motivo de sus achaques, procuró excusarse de padecer en el estrépito de las armas los sustos a que no estaba acostumbrada su complexión pacífica, sin embargo, a repetidas instancias de Pedro Brabo, hubo de convenir en que haría cuanto pudiese por esforzarse para pasar en su compañía al campo real; y dándole las gracias por la prontitud con que había venido a socorrerle, lo nombró por su Teniente General: ejercicio, que aceptó, contra el común parecer de sus soldados, porque hallándose Justicia mayor de la ciudad de Mérida, tuvieron por desprecio el que su Capitán con

aquel título se sometiese a la jurisdicción de un Gobernador extraño, pudiendo militar separado debajo de su bandera, como cabo auxiliar, que venía de otro distrito.

Determinado Pablo Collado (aunque muy de mala gana) a hallarse presente en todas las disposiciones de la guerra salió aquella misma tarde del Tocuyo con Pedro Brabo y más de sesenta hombres que habían concurrido, así de los de Mérida, como de otras partes de la gobernación, y caminando toda la noche para Barquisimeto a juntarse con Gutiérrez de la Peña, al ir amaneciendo encontraron un correo con una carta de Aguirre para el Gobernador, que por ver su contenido hicieron alto para leerla, y hallaron que decía de esta manera:

Muy magnífico Señor, entre otros papeles que de U. en este pueblo se han hallado, estaba una carta suya a mí dirigida, con más ofrecimientos y preámbulos, que estrellas hay en el cielo; y para conmigo y mis compañeros no había necesidad de que se tomase este trabajo, pues sé yo hasta dónde llega su ciencia; y en lo que toca a hacerme mercedes y favorecerme con el Rey fue superfluo lo que V. me ofrece, pues bien sé yo que su privanza no llega al primer nublado; y si el Rey de España hubiera de pasar por la lid que entre V. y yo se hiciera, yo la aceptara y aun diera a V. las armas aventajadas; mas todos los tengo por ardides de los que usa con sus caballeros, que ganaron y poblaron esta tierra, para que U. con sus nominativos les viniera a robar su sudor, con título de que viene a hacer justicia, y la justicia que se les hace es inquirir, cómo conquistaron la tierra, para por esta vía hacerles guerra; la merced que de U. quiero, es, que no curemos de tentarnos las corazas, pues sabe U. lo poco que en ello puede ganar, porque mis compañeros se han dado tan poco por sus perdones, cuanto es razón, y tienen propuesto de vender las vidas bien vendidas; yo no pretendo en esta tierra más de que por mi dinero me provean de algunas cabalgaduras y de otras cosas, que demás de pagarlas muy bien, se reservará V. su Gobernación y pueblos de ella de hartos daños que yo y mis compañeros le haremos, si por otra vía nos quisieren llevar; porque en las muestras que en la tierra hemos visto nos han puesto alas y espuelas para no parar en ella; que por unas caperuzas y lanzas, que por huir unos soldados de U. dejaron en el camino, hemos visto cuán medrados están los demás: y volviendo a la carta, no hay para qué U. diga que andamos fuera del servicio del

Rey, porque pretender yo y mis compañeros hacer por las armas lo que hicieron nuestros antepasados, no es ir contra el Rey, porque al que nos hiciere las obras le tendremos por señor, y al que no, no le conocemos, y así ha muchos días que nos desnaturalizamos de España y negamos al Rey de ella, si es que alguna obligación teníamos de servirle, y así hicimos nuestro Rey, al cual obedecemos, y como vasallos de otro Señor bien podemos hacer guerra contra quien hemos jurado de hacerla, sin incurrir en ninguna nota de las que por allá se nos ponen; y concluyendo en todo, digo, que como U. y sus republicanos nos hicieren la vecindad, que así les haremos las obras, y que si nos buscaren aquí nos hallarán las manos en la masa, y mientras más aína nos dieren el avío, que le suplico me den, con más brevedad nos iremos de esta tierra. No me ofrezco al servicio de U. porque lo tendrá por fingido ofrecimiento. Nuestro Señor la muy magnífica persona de U. guarde. Su servidor. Lope de Aguirre.[9]

---

9. Esta carta no aparece en la relación del bachiller Francisco Vázquez pero sí en la de fray Pedro Simón –quien la toma de fray Pedro de Aguado. La transcripción de Oviedo y Baños es idéntica a la de Simón. En la edición de las *Noticias Historiales de Venezuela* que venimos manejando, Demetrio Ramos Pérez asegura que el original no existe, "pues Collado entregó la carta a García de Paredes, quien dejó que se quemara con otros papeles por negligencia" (*op. cit.*, tomo II, p. 467, nota 1). La publicada por Emiliano Jos es muy diferente no solamente en el tono sino incluso en la información que da, por lo cual hemos creído necesario transcribirla íntegramente:

Muy magnífico señor

Vna carta que v.m. rreçcebi y merçed muy grande, por los perdones y ofrecimientos que por ella me promete, avnque yo, al presente y en artículo de la muerte y después de muerto, aborresco el tal perdon de Rey, y aun su merced me es odioso, quanto más, los perdones de v.m. no llegan al primer nublado si ello fuera enojo particular o deservicio que yo oviera hecho a v.m., paresçiera que nos pudieramos conchavar, no ay para que tratar en esto pues es niñería, y pues yo no soy honbre que e de tomar atras de lo que con tanta rrazon començé, especialmente siendo mortal como soy.

Dize v.m. que mill vidas perdera en servivio de su Rey, guarde v.m. vna sola, bien que si esa se pierde el Rey no lo rresentira, bien es que se cumpla con el mundo y tanbien es menester mirar por la salud. v.m. tiene mucha rrazon de servir al Rrey, pues a costa del sudor de tanto hijodalgo y sin ningun trabajo, anda comiendo el sudor de los pobres. de eso y otras cosas de esa suerte que el Rey haze rrescibe dios gran deservicio / que venga a v.m. con dos nominativos a poner leyes a los hombres de bien / no me trate de perdones porque mejor que v.m. se lo que puede perdonar / pues el rrey a cabo de nueve años ahorco al buen martin de Rrobles, y al braboso tomas vazquez y a antonio dias, conquistador, y a Piedrahita con sus perdones al cuello los ahorco / malditos sean todos los honbres

Este era el contenido de la carta, que acabada de leer en público por el mismo Gobernador, lo dejó tan compungido, que derramando lágrimas, dijo: ojalá que el suceso de esta guerra se dejara entre mí y Aguirre, que quizá quedara yo con la victoria; mas pues Dios lo ordena así, démosle gracias por todo, pues nuestros pecados deben de ser causa de que hasta aquí lleguen las centellas del Perú, para darnos estos disgustos y ponernos en estos aprietos; y decía esto con tales suspiros y demostraciones de sentimiento, que manifestando bien su ánimo tímido, dio ocasión a todos los circunstantes para que mofando con irrisión su cobardía, prosiguiese con el entretenimiento de agudos y picantes dichos lo que restaba del camino, hasta que poco después del medio día llegaron a las barrancas del río, donde estaba alojado con el campo real Gutiérrez de la Peña, que alegre con tan buen socorro, desde luego tuvo por fijo el vencimiento, ayudando mucho para alentar los soldados la voz que entró esparciendo Pedro Brabo de que traía consigo doscientos hombres, fuera de otros quinientos que habían venido de Santa Fe y quedaban ya en Mérida, capitaneados de un Señor Oidor de aquella Audiencia: novedad, que publicada por cierta entre

chicos y grandes pues consienten entrar vn bachiller donde ellos trabajaron e no matalos a todos pues son causa de tantos males. v.m. mande que me provean de lo que e de comen, y venga vn hora a hablar con nosotros, que bien seguro puede venir, mas que ninguno de nosotros a donde esta v.m. y esto sea con brevedad, porque boto a dios de no dexar en esta tierra cosa que viva sea / y no piense v.m. despantarme (sic) con el sevicio que dize ha de hazer a su Rey / el menor de los que vienen aquí, que sonson de diez y ocho años: le han hecho mas servicios que v.m. aunqu viva mil años le puede hazer, quanto mas nosotros, que estamos mancos y coxo por servirlo. y pues v.m. a rronpido la guerra, apriete bien los puños que aquí le daremos harto que hazer, porque somos gente que deseamos poco viuir.

La desgracia que ha secedido de la yglesia me pesa martalmente. todos los hornamentos estan aqui y no falta ninguna cosa, que paresçe que saltó vna çentella de lexos, mas pues la desgracia a suçedido, aqui lo pagaremos de manera que se haga mejor que estava con oro plata y rropa / y por caridad nos provea de comida, donde no, sera necesario yr a buscalla a ese rraso donde nos amenazan, y dios nuestro señor guarde y avmente la muy magnifica persona de v.m. como v.m. desea /

Deste pueblo oy miercoles a mediodía / besa las manos de v.m. su servidor

Lope de aguirre

V.m. me haga merced de mandar que me bueluan tres yeguas que me an tomado y vn potro hovero y en esto se nos hara gran md. y sino todo sera detenernos por aca hasta que v.m. se rrehaga en el tocuyo. Al muy magnifico gobernador el licenciado Pablo Collado my señor.

la gente de guerra, llegó luego acreditada por verdadera, a noticia del tirano, porque aquella misma noche se huyó del campo real un negro, y pasándose al alojamiento de Aguirre, le dio cuenta de la venida del Gobernador y de los doscientos hombres de socorro que había traído Pedro Brabo, de que quedaron tan desatinados los Marañones, teniendo por infalible su perdición a vista de poder tan superior, que resolvieron muchos a no perder la ocasión de pasarse al campo real, para gozar el indulto que les ofrecía el Gobernador.

Los primeros que lograron el poner en ejecución este deseo fueron Juan Ranjel y Francisco Guerrero, que hallando forma para salir secretamente con sus armas, tuvieron lugar de llegar a la presencia de Gutiérrez de la Peña, asegurándole, que sin otra diligencia que la de estarse a la mira, conseguiría con brevedad desbaratar al tirano, por no haber en su campo cincuenta hombres que le siguiesen con gusto, y estar los demás determinados a abandonar su partido: advertencia en que siempre había instado Pedro Alonso Galeas, como quien tenía tanteados los corazones de los soldados de Aguirre; pero sin embargo, el mismo día quisieron Pedro Brabo y el Maestre de Campo Paredes dar una vista al enemigo, y saliendo del alojamiento con cuarenta de a caballo, entre quienes iban Hernando Serrada, Pedro Gavilla, García Valero, Francisco Infante y Gómez de Silva, llegaron a ponerse en parte donde pudiesen ser oídos de los Marañones, a quienes dando voces aseguraron de nuevo el perdón que les había prometido si desamparasen al tirano antes que las armas llegasen a rompimiento; y como advirtiesen entonces, que algunas indias de las del servicio de Aguirre estaban en el río lavando ropa, bajaron a la deshilada sin ser vistos el Maestre de Campo Paredes y Pedro Brabo, con otros diez compañeros, y cogiéndolas de repente, sin que lo pudiesen impedir los Marañones las pusieron a la grupa, y cargando la ropa que tenían, volvieron a subir la barranca.

Bien coligió Aguirre de este lance el mal temperamento que iban tomando sus cosas, y como de estarse encerrado en las cercas su cuartel sólo conseguía dar tiempo a sus soldados, para que con la consideración del riesgo que les amenazaba buscasen el seguro que el Gobernador les prometía, quiso probar ventura con las armas, por ver si a la felicidad de algún suceso favorable mejoraba el semblante su fortuna y lograba ventajas su

partido; para lo cual mandó que Cristóbal García y Roberto de Susaya, con sesenta arcabuceros diesen sobre el campo real aquella noche, y ejecutado el daño que pudiesen, tomasen la retirada al ir apuntando el día; pero errando los Marañones el camino sin poder atinar con el sitio en que alojaban los nuestros, vino a encontrar con ellos casualmente el Capitán Romero, que con algunos vecinos de la villa de Nirgua iba en socorro del Gobernador; y conociendo por las demostraciones que era gente del tirano, hizo piernas al caballo hasta llegar al campo real, tocando al arma: alboroto, que obligó a Gutiérrez de la Peña a disponer sus tropas a aquella hora y mantenerse en forma de batalla, hasta que al rayar el alba empezó a marchar, determinado a presentar la batalla al enemigo; pero conociendo su determinación los Marañones, se fueron retirando para su alojamiento con buen orden, hasta que amparados de un matorral espeso, que hallaron en el camino (donde no podían llegar los caballos, por el embarazo de unas barrancas que tenía por delante), hicieron alto, volviendo la frente a defenderse.

Lope de Aguirre noticioso del aprieto en que quedaban los suyos, montando en un caballo morcillo que tenía, partió con el resto de su gente a socorrerlos, y animados con su llegada, hicieron demostración de querer acometer a nuestro campo; pero reconociendo Gutiérrez de la Peña, que mientras el enemigo estuviese amparado de aquel sitio, gozaba de conocida ventaja para el combate, empezó a retirarse, excusando por su parte la refriega; y empeñado Aguirre en seguirlo, dio lugar para que una manga de caballería de nuestra parte ocupase los matorrales, para que no pudiese volver a aprovecharse de su abrigo: estratagema, que conocida por Aguirre, aunque tarde procuró remediarla, poniendo su gente en orden para atacar la batalla, con la prevención de separar cincuenta arcabuceros que estuviesen prontos para ocurrir a la necesidad del mayor aprieto; pero aunque con repetidas cargas continuaron en disparar su arcabucería, tirando de mampuesto a distancia muy corta, fue cosa muy particular y reparable, que sin hacer daño alguno se quedaban las balas aplanadas sobre los sayos de armas y piel de los caballos; cuando con sólo cinco arcabuces que había en el campo real mal prevenidos, a los primeros tiros quedaron heridos algunos Marañones, y muerto el caballo morcillo del tirano, de que recibió

tal sentimiento, que bramando con la cólera, baldonaba a sus soldados, diciéndoles se avergonzasen de que unos vaqueros, con zamarras de ovejas, le hubiesen muerto el caballo y herídole su gente, sin que ellos tuviesen habilidad para derribar a alguno.

Andaba a la sazón escaramuceando en una yegua a vista de los nuestros Diego Tirado, Capitán de caballos del tirano y uno de sus más amigos, y pareciéndole buena ocasión aquella para mejorar partido, dando una arremetida algo más larga, se pasó al campo real y queriendo a su imitación hacer lo mismo Francisco Caballero, anduvo tan desgraciado, que haciéndole piernas al caballo para seguir a Tirado, se le cortó de suerte, que no bastó su diligencia para hacerle dar un paso; teniendo lugar Aguirre para volverlo a incorporar entre los suyos y conocer por estas demostraciones lo poco que podía fiar en la simulada lealtad de sus soldados, pues se veía ya desamparar hasta de los más amigos, y así, no teniéndose por seguro en la campaña, se empezó a retirar con aceleración, hasta encerrarse en las cercas de su alojamiento, donde al ir entrando los Marañones, uno de ellos llamado Gaspar Díaz, de nación portugués, queriendo hacer ostentación de la fineza que le profesaba a Aguirre, hirió con una partesana a Francisco Caballero, el cual pretendió pasarse al campo real, diciendo al ejecutar el golpe, muera este traidor; pero como ya el tirano no se hallaba en estado de perder un hombre tal cual fuese, no sólo embarazó el que lo acabasen de matar, pero mostrando sentimiento de la acción de Gaspar Díaz, mandó curar a Caballero, poniendo todo cuidado en su asistencia.

CAPÍTULO IX

Intenta Aguirre volverse a la Borburata: desampáranlo sus marañones, pasándose al campo real, y muerto por orden de Paredes, le cortan la cabeza, y hacen cuartos

LUEGO que Aguirre se vio a su parecer asegurado en el fuertecillo, que le servía de cuartel, no pudiendo olvidar el sentimiento de lo mal que habían obrado sus soldados aquel día, volvió de nuevo a reprenderles su poca resolución, llamándolos cobardes y de ánimos mujeriles, pues teniendo en

las armas ventajas tan conocidas, se habían dejado ultrajar de sus contrarios, sin haber hecho en su desquite operación que fuese de importancia; y pasando de un extremo a otro su cruel ánimo, estuvo determinado a dar garrote a los que parecían andaban con tibieza en su servicio, que reducidos a nómina para la ejecución del suplicio, pasaban de cincuenta los proscritos; pero comunicando su intención con algunos de sus amigos, escandalizados de atrocidad tan enorme, lo hubieron de disuadir de tan inicuo dictamen, representándole podría ser que engañado con las apariencias del recelo quitase la vida a algunos de los que le eran más afectos, pues tenía reciente el ejemplar de Diego Tirado, a quien siempre había tenido por uno de sus mayores amigos y en la ocasión lo había experimentado el más ingrato; y era factible que los que juzgaba remisos en su asistencia, en llegando la precisa fuesen los más prontos a morir en su defensa, bastó el consejo para suspender las muertes, mas no para que dejase de desarmarlos por asegurarse de la sospecha que había formado contra ellos; y considerando que según las dificultades que encontraba era imposible por aquel camino conseguir el viaje que pretendía para el Perú, se resolvió a dar vuelta a la Borburata y embarcándose como pudiese, buscar otra derrota que facilitase más el fin a que aspiraba su anhelo.

No ignoraba Gutiérrez de la Peña estos designios por las noticias que le daban sus espías de los desconsuelos en que fluctuaban las desconfianzas de Aguirre, y procurando aumentárselos con estar siempre a la vista, tenía puestos de continuo cuarenta caballos sobre el alojamiento del tirano, para que observando sus movimientos, le embarazasen también la conducción de los víveres: diligencia, que ejecutada con cuidado aprovechó de suerte, que reducidos los Marañones al extremo de una necesidad apretada, después de haberse valido de los perros y caballos para mitigar los rigores de la hambre que padecían, no pudiendo tolerar la falta de bastimentos, empezaron a desunirse poco a poco, y conforme lograban la ocasión de uno en uno y dos en dos, se fueron muchos pasando al campo real: contratiempo, que hiriendo en lo más vivo del sentimiento de Aguirre, procuró remediarlo con mandar salir a la campaña una escuadra compuesta de aquellos soldados en quienes tenía asegurada la correspondencia de su mayor confianza, para que con los arcabuces hiciesen desviar los cuarenta

caballos que había puesto Gutiérrez de la Peña en el asedio de su alojamiento, cuya asistencia y tesón era el origen de su mayor aprieto.

Amparados de las paredes de una ermita (para resguardarse del choque de los caballos) empezaron los Marañones a disparar sus arcabuces a tiempo que divertido el Capitán Pedro Brabo, reprendía la ligereza con que sus soldados infamaban de palabra a los contrarios, llamándolos traidores; y como un mestizo Marañón, llamado Juan de Lezcano, advirtiese este descuido, le metió puntería con golpe tan acertado que dándole al caballo por la frente, lo derribó muerto en tierra; de que gozosos los de Aguirre, por ser el primer tiro que lograban, celebraron con repetidos aplausos la nueva felicidad de aquel suceso; pero socorrido Pedro Brabo con otro caballo por los suyos, paró la desgracia sólo en los amagos del susto, si bien, escarmentado del peligro, tuvo por conveniente retirarse un poco con su gente a parte donde no perdiese de vista el alojamiento del tirano, para estar inmediato a embarazar la tornavuelta, que pretendía Aguirre hacer a la Borburata, para embarcarse otra vez: determinación, que llegó a poner por obra habiendo antes quitado las armas a todos aquellos de quienes tenía desconfianza su temor; pero llegado el veinte y siete de octubre, víspera de los Apóstoles San Simón y Judas, que tenía Dios diputado para castigo de las maldades de Aguirre y que en él terminasen con su muerte las insolencias de aquel monstruo, dispuesto ya todo para la partida, al empezar a marchar, sentidos los desarmados de la afrenta con que los trataba Aguirre, se excusaron de seguirle, representándole, que llevarlos de aquella suerte sin defensa era sacrificarlos voluntariamente a sus contrarios, pues hallándolos sin armas nos les quedaba qué hacer para matarlos; además, que era sobrada mengua de un caudillo, que se preciaba de valeroso, volver la espada al empeño, por no tener ánimo para hacer cara al peligro: palabras, que proferidas con aquella entereza y desahogo a que obliga el justo escozor de un sentimiento, fueron motivo para que Aguirre, recelando principios de algún motín en que peligrase la obediencia a su respeto, tomase por acuerdo volverles a dar las armas, pidiéndoles perdón del yerro que había cometido su ignorancia; y como algunos, sintiéndose todavía agraviados del desaire, rehusasen el admitirlas, llegó a tanto abatimiento la vileza de su

cobarde altivez que se humanó a rogarles con empeño le hiciesen el favor de recibirlas.

Con el alboroto y confusión que ocasionaron estas alteraciones andaba todo revuelto y puesto en gran desorden el campo del tirano, cuando con la noticia que tuvieron de su partida llegaron sobre el alojamiento Diego García de Paredes y Pedro Brabo con buena copia de gente de a caballo, a cuya oposición, procurando no se llevasen, como la vez pasada, alguna gente del servicio de los Marañones, que a la sazón estaba en el río, despachó Aguirre a Juan Jerónimo de Espínola con quince arcabuceros para que la defendiese, haciéndole alto hasta que volviese a recogerse al cuartel; pero Espínola y sus compañeros, luego que se vieron en franquía, apresurando el paso y diciendo en voces altas: Viva el Rey, caballeros, se pasaron al campo real, incorporándose con la tropa de Paredes: accidente, en que estribó la total ruina del tirano, porque los demás Marañones que estaban fuera del alojamiento, animadas con el ejemplar de Espínola, no quisieron ser los últimos en afianzar la seguridad de su partido, y a vista del mismo Aguirre, diciendo: Viva el Rey, que a servirlo venimos, se pasaron a los nuestros: resolución, que siguieron después todos los otros, dejando al tirano sólo con Antón Llamoso, que habiendo jurado muchas veces le sería fiel amigo en vida y muerte, quiso cumplir su palabra, manteniéndole lealtad en el lance más adverso de su fortuna.

El Maestre de Campo entonces, viéndose ya con la victoria en las manos, despachó aviso al Gobernador, para que marchando con el resto de la gente viniese a coger el fruto de sus sobresaltos y aflicciones, mientras Aguirre, conociendo la inconstancia de su contraria suerte, vacilaba confuso con el temor del desastrado fin a que lo había precipitado su rebelión y tiranía; y advirtiendo que sólo le acompañaba Antón Llamoso, descaído de ánimo y con la voz turbada, le dijo: que por qué no iba también a gozar de los perdones del Rey; a que le respondió, constante en su amistad, quería muriendo a su lado, cumplir lo que le tenía ofrecido; y sin explicarle el tirano otra palabra se entró para un aposento, donde estaba una hija suya, que había traído del Perú, acompañada de otra mujer, natural de Molina de Aragón, a quien llamaban la Torralva, y poseído del demonio, queriendo cerrar el número de sus crueldades con la más atroz que pudo caber en

la estolidez de una fiera, calada la cuerda a su arcabuz, la dijo, se encomendase a Dios, porque la quería matar, para librarla de la afrenta de que la llamasen después, hija de un traidor; y aunque la Torralva, asida del arcabuz, pretendió con ruegos disuadirlo de maldad tan execrable, inflexible en la resolución de tan infame propósito soltó de la mano el arcabuz y sacando la daga de la cinta la quitó la vida a puñaladas.

Cometida atrocidad tan enorme, volvió a salir para afuera a tiempo que ya la gente del campo real, apoderada del alojamiento, entraba por las puertas de la sala, a cuya vista turbado y sin aliento para nada, se arrimó como un triste a una barbacoa, que estaba en un rincón del aposento, y viéndolo de aquella forma un fulano de Ledesma, espadero del Tocuyo, volviendo la cara a hablar con el Maestre de campo, le dijo: Señor, aquí tengo rendido al tirano; a que respondió Aguirre: no me rindo yo a tan grandes bellacos como vos; y conociendo a Paredes por la insignia de su puesto, sin poder ya articular bien la voz, por el desmayo de su espíritu, le dijo: Señor Maestre de Campo, suplico a vuesa merced, que pues es caballero dé tiempo para oírme, porque tengo negocios que comunicar muy de importancia al servicio del Rey; y como Paredes se inclinase a condescender con la súplica, suspendiendo la ejecución de su muerte hasta que llegase el Gobernador, recelosos los Marañones del peligro que les amenazaba si Aguirre descubría las maldades que todos habían obrado en la jornada, le persuadieron con instancia, no malograse con la dilación el tiempo, cuando podía de una vez asegurar la victoria con la muerte de aquel hombre; y pareciéndole bien este consejo, dio permiso a los mismos Marañones para que lo matasen luego.

Entonces Juan de Chaves y Cristóbal Galindo, encarándole los arcabuces, se los dispararon a los pechos, aunque Chaves, cogiéndolo al soslayo, erró el golpe y dio en un brazo con la bala: defecto, que conoció Aguirre desde que caló la cuerda, pues al observar la forma con que hacía la puntería, dijo mal tiro; pero al disparar Galindo, que le partió el corazón, diciendo, este sí que es bueno, cayó muerto en tierra; y otro de los Marañones, llamado Custodio Hernández, le cortó luego la cabeza y cogiéndola por los cabellos (que los tenía bien largos) salió con ella en la mano a recibir al Gobernador, mientras el Maestre de campo Diego García de Paredes, tremoleando sobre las almenas de la cerca las vencidas banderas del tirano,

publicaba con alegres demostraciones la victoria, aunque el Gobernador Pablo Collado, mostrando sentimiento de que hubiesen muerto a Aguirre sin su orden, recibió con sequedad y displicencia los aplausos; pero disimulando cuanto pudo, por no tener ya remedio, mandó hacer cuartos el cadáver y ponerlo en los caminos; la cabeza, por memoria, dio a la gente que vino del Tocuyo, donde puesta en una jaula de hierro permaneció muchos años en el rollo de la plaza; la mano izquierda tocó a los vecinos de la Valencia y la derecha entregó al Capitán Pedro Brabo, para que llevase a Mérida; pero después unos y otros, considerando la inutilidad de tan infames alhajas, se las dieron a los perros, por librarse de la molestia que causaban al olfato.

El General Gutiérrez de la Peña hizo prenda de las banderas del tirano, alegando ser despojo perteneciente a su puesto, según la disposición de las leyes de milicia, y las tuvo después su estimación en tan singular aprecio, que consiguió facultad del Rey Felipe II para poderlas añadir por blasón al escudo de sus armas, como las usan hoy sus descendientes: merced, que junta con el título que se le dio de Mariscal de esta provincia y de Regidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, fue premio en que quedó vinculada a la posteridad la memoria de lo que mereció en el agrado real este servicio.

Así acabó la temeraria tiranía de Lope de Aguirre, cuya rebelión, según los aparatos con que empezó en los principios, tuvo puestas en cuidado todas las provincias de América: pero deshecha, como hemos visto, más a industrias de la maña, que a poderes de la fuerza, celebraron con aplauso las demás la gloria que consiguió Venezuela. En la villa de Oñate, de la provincia de Guipúzcoa, tuvo Aguirre su indigno nacimiento, para deslustrar con sus obras la lealtad antigua de nación tan noble, y aunque hijo de padres de mediano estado, debió a la naturaleza el ser hijodalgo, su persona fue siempre a la vista despreciable, por ser mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de carnes, grande hablador, bullicioso y charlatán; en compañía ninguno más temerario, ni solo más cobarde; de ánimo siempre inquieto, amigo de sediciones y alborotos; y así, en más de veinte años que vivió en el Perú, aunque su ejercicio era domar potros y hacer caballos, no hubo levantamiento, ni motín en que no tuviese prenda, y en el de Don

Sebastián de Castilla, cuando en las Charcas mataron al General Pedro Alfonso de Inojosa, fue de los más culpados y como tal condenado a muerte por el Mariscal Alonso de Alvarado, aunque su diligencia en esconderse frustró la ejecución de su castigo, y para conseguir después perdón de este delito se alistó por soldado en el campo real, que formó la Audiencia de Lima contra Francisco Hernández Jirón, y entonces fue cuando en el valle de Cochabamba lo hirieron en una pierna, de que quedó siempre lisiado; fue de natural tan revoltoso y tremendo, que por sus alborotos estuvo desterrado por justicia de las más ciudades del Perú, y en la del Cuzco llegó a lance, que se vio en términos de morir ahorcado, siendo conocido en todas partes por el nombre de Aguirre el loco, hasta que saliendo con Ursua a la conquista de los Omeguas formó su rebelión, para que a costa de tanta sangre como derramó inhumano, quedase eterna la memoria de su bárbara impiedad, acreditándose de fiera entre los hombres[10].

CAPÍTULO X

Pide Fajardo socorro al Gobernador: envía éste a Luis de Narváez con cien hombres, y mueren todos en el camino a mano de los Arbacos

VANAGLORIOSO el Cacique Guaicaipuro de haber logrado tan a gusto la muerte de Juan Rodríguez, y empeñado Terepaima en llevar adelante la traición en que lo había metido su deslealtad, trataron de conmover todas las demás naciones de la provincia de Caracas, para que haciendo causa común los intereses de su fin particular, diesen armados sobre los pueblos de San Francisco y el Collado, concurriendo cada una por su parte a la restauración de la libertad, que imaginaban perdida; pero corriendo entre muchos la solicitud de esta conjura, no pudo ser tan secreta, que no llegase a penetrarla Francisco Fajardo, que de vuelta de la Margarita se hallaba ya en el pueblo de San Francisco; y aunque valiéndose de los medios de su

10. El recurso de la necrología es utilizado por Oviedo y Baños constantemente –no sólo con personajes tan importantes como Lope de Aguirre. Oviedo termina aquí su relación de las "hazañas" de los marañones, sin explicar –como lo hace fray Pedro Simón– la suerte que corrió el resto de ellos.

natural agrado, procuró sosegar la alteración que conocía en los Caciques, viendo que nada bastaba para aquietarlos, pues crecían por instantes los movimientos que recelaba en los indios, determinó dar cuenta al Gobernador del aprieto en que se hallaba, para que procurase cuanto antes socorrerlo con la gente que pudiese; para cuya diligencia se valió de un Juan Alonso, vecino del Collado, hombre práctico y de resolución para cualquier empeño, a quien despachó en una piragua al puerto de la Borburata, para que pasando al Tocuyo, informase al Gobernador el estado en que quedaba, esperando por horas el general levantamiento de los indios.

Estaba en Barquisimeto Pablo Collado cuando llegó Juan Alonso (que fue pocos días después de la muerte del tirano) y enterado del peligro que amenazaba a Fajardo, alistó con brevedad cien hombres para enviarle de socorro, los más de ellos de los Marañones, que habían quedado desperdigados con el desbarato de Aguirre; y para que a la conducta de un experimentado Capitán se efectuase mejor la diligencia, pretendió recomendarla al Maestre de Campo Diego García de Paredes; pero como los muchos servicios de aquel caballero había días que clamaban por la solicitación del premio, con el motivo de pasar personalmente a la Corte a pretenderlo, se embarcó para Castilla (en compañía de Gutiérrez de la Peña) sin admitir el encargo que le hacía el Gobernador: causa, para que Collado, por abreviar cuanto antes el socorro, nombrase en su lugar por Capitán para la conducción de aquella gente a Luis de Narváez, hombre noble, natural de la ciudad de Antequera en la Andalucía, que a la sazón era Alguacil mayor del Tocuyo; quien prevenido de todo lo necesario, con bastante carruaje y sobrado número de gente de servicio, salió de Barquisimeto por principios de enero del año de sesenta y dos[lxxii] pero con tanto descuido y tan mala forma en la disposición de su marcha, que llegando a encumbrar la loma de Terepaima, donde murió Juan Rodríguez, siendo la parte donde necesitaba de mayor vigilancia su recato, por ser el centro de la nación Arbaca, caminaba por ella tan confiado, que por librarse del peso de las armas las llevaban liadas los soldados sobre las bestias del bagaje: desorden, que conocido por los indios Meregotos (que de las sabanas de Guaracarima y ori-

lxxii. Año de 1562.

llas del río de Aragua, donde tenían su habitación, habían subido a la serranía, llamados por los Arbacos para cooperar a su defensa) queriendo llevarse la gloria de que se debiese a su socorro el vencimiento, ocuparon con sus escuadras el alto, que hoy llaman las Mostazas, y adornados de divisas y penachos, esperaron a que llegase Narváez; quien al ver ocupado el paso con aquella multitud, dejándose llevar de la templanza, cuando la ocasión pedía una resolución arrojada, se puso muy despacio a requerirles con la paz, protestándoles corriesen por su cuenta los daños que ocasionase la guerra, de cuyo requerimiento, haciendo irrisión los indios con algazaras y gritos, remitieron a las armas la respuesta; y valiéndose a un tiempo de flechas y de macanas contra los desprevenidos españoles, los pusieron en tan desordenada confusión, que aunque Narváez como hombre de valor, procuró entonces enmendar con su esfuerzo los yerros de su descuido, fue a tiempo que ya no tuvo remedio su reparo, pues herido de muerte a los primeros encuentros y atravesado por mil partes a flechazos, cayó del caballo en tierra, donde atropellado de los indios perdió lastimosamente la vida, en castigo de su poca prevención.

A este tiempo los Arbacos, que hasta allí habían estado a la mira de lo que obraban las tropas auxiliares de los Meregotos, viendo el desbarato en que se hallaban los nuestros, desfilando sus escuadrones para tener también prenda en la victoria, atacaron por su parte la batalla, y como nuestra gente, turbada con el desaliento que le causó la muerte de Narváez, no pudiese resistir la fuerza de tanto bárbaro, dio lugar con su desmayo para que aquella canalla embravecida ejecutase sin piedad los rigores de su saña: pues llevándose cuanto encontraban por delante al filo de las macanas, hicieron estrago tan lamentable en aquellos miserables españoles, que sin perdonar vida, ni aún de la gente de servicio, los pasaron todos a cuchillo, quedando sólo, para testigos de aquella triste tragedia, Juan Serrano, Pedro García Camacho y Francisco Freire, que entre la confusión de tanta muerte tuvieron lugar para escaparse, y metiéndose por los montes, al cabo de cinco días fueron a salir los dos primeros al pueblo de San Francisco, donde estaba Fajardo esperando por instantes el socorro; pero enterado con la noticia que le dieron de la desgraciada muerte de Narváez y general destrozo de su campo, perdió en el todo la esperanza de poderse mantener

contra la opugnación de un enemigo victorioso; y considerando, que divididas en San Francisco y el Collado las pocas fuerzas que tenía, era exponer ambos pueblos al evidente riesgo de su ruina, tuvo por más evidente abandonar voluntariamente el uno, que no perderlos entrambos; y antes que los indios, en prosecución de la victoria, viniesen a sitiarlo, despobló el de San Francisco, retirándose con toda la gente unida a fortalecerse en el Collado.

El otro soldado Francisco Freire, huyendo con la turbación de aquel conflicto, acertó a coger el mismo camino por donde habían venido, y volvía para Valencia; pero como a poco tiempo de su fuga encontrase con algunas tropas de indios, que le tenían cogido el paso, con el deseo de salvar la vida, sin reparar en la temeridad que ejecutaba su miedo, se arrojó de un precipicio tan pendiente, que hoy causa horror el mirarlo, dejando perpetuada la memoria de su desesperación en aquel sitio, pues es comúnmente llamado el salto de Freire, aunque corrupto por la vulgaridad el vocablo, lo llaman todos ya, el salto del Fraile; pero anduvo tan afortunado en la caída que con ser bien grande la distancia que hay desde la eminencia al valle, no recibió otra lesión, que quedar algún tiempo sin sentido, hasta que vuelto en sí y recobrado del susto, pudo, caminando por una quebrada abajo, salir (aunque con alguna penalidad) a las orillas del Tuy, donde tuvo otro contratiempo su desgracia, pues encontrándose con unos indios Meregotos, que iban para la serranía, se halló metido en lance de mayor aprieto; y no ocurriéndole otro remedio por entonces, que valerse de la humildad y sumisión para escapar la vida hincándose de rodillas, con lágrimas y exclamaciones les empezó a pedir, no lo matasen, pensando moverlos a piedad con sus plegarias; pero como la misericordia sea virtud poco conocida entre estos bárbaros, no haciendo mucho caso de sus ruegos, le tiraron algunos golpes de macana; chanza, que teniéndola el Freire por pesada, parecióle mejor mudar de medio y metiendo mano a una mala espadilla que llevaba, embistió con los indios con tan valiente brío, que a pocos lances dejó heridos tres o cuatro de los que más le molestaban, y temerosos los demás, tuvieron por partido más seguro dejarle el paso franco y retirarse, dándole lugar, para que sin otro accidente, al cabo de algunos días llegase a Barquisimeto, con la noticia del infeliz suceso de Narváez, para contris-

tación general de la provincia; atribuyendo todos la desgracia de aquella infausta jornada a castigo conocido de la justicia Divina, para que pereciendo con tan desastrado fin los Marañones, sirviese de escarmiento tan merecido premio a sus maldades.

CAPÍTULO XI

Envía la Audiencia al Licenciado Bernaldes a averiguar los excesos de Collado; remítelo preso a España, y queda gobernando en su lugar; sitia Guaicaipuro el Collado, y Fajardo lo desampara

DESPUÉS que el Gobernador Pablo Collado, con la muerte del tirano Aguirre, se halló libre de las aflicciones en que lo tuvo puesto su espíritu apocado, o fuese porque la felicidad de aquel suceso le infundió con desvanecimiento alguna soberbia mal fundada, o porque sentido de las mortificaciones, que por entonces toleró en el desprecio con que le trataban sus súbditos, quisiese con la mano de superior dar satisfacción a su despique, empezó a usar con los vecinos tales sequedades y asperezas, que extrañando la novedad, a que no estaban acostumbrados, por ser muy diferentes las atenciones que antes experimentaban en la docilidad de su natural afable, se le fueron originando émulos y declarando quejosos; y pasando adelante las destemplanzas de Collado, se vieron obligados a recurrir a la Audiencia de Santo Domingo a representar sus agravios a la sombra de algunos cargos y capítulos, que le formó el desafecto, sobre la mala disposición de su gobierno, que aunque en la realidad eran de poca substancia y no estaban del todo comprobados, fueron bastantes para que la Audiencia tomase resolución de enviar, para que los averiguase, al Licenciado Bernaldes, de profesión letrado, a quien llamaban comúnmente Ojo de Plata, por uno que traía de este metal, para llenar el hueco de otro que le faltaba; y llegado al Tocuyo por agosto del año de sesenta y dos, como quiera que en la comisión que se le dio traía la cláusula ordinaria, de que hallando culpado al reo lo remitiese preso a España, resumiendo en sí el gobierno, fue preciso se dispusiesen las cosas de calidad, que no quedase la cláusula infructuosa; y así, a poca diligencia de los capitulantes, dando por probados los delitos

que le imputaban, declaró a Collado por suspenso del gobierno, y adjudicándose el bastón lo remitió preso a España.

En tanto que esto pasaba en el Tocuyo, estaba Fajardo en el Collado sin dejar las armas de la mano, por los continuos aprietos en que lo ponían los indios, que soberbios con la rota de Narváez y despoblación de San Francisco, a instancias de Guaicaipuro habían hecho empeño de no dejar español en la provincia, a cuyo general movimiento pudo resistir Fajardo algunos días, ayudado de Guaicamacuto, y demás caciques de la costa, que firmes en su amistad no habían querido meter prenda en la conjura; pero pudo tanto la astucia de Guaicaipuro, que valiéndose de la triaca para introducir el veneno, dispuso la perdición de Fajardo por los medios en que aseguraba su mayor confianza, pues pervirtiendo al Cacique Guaicamacuto con molestas persuasiones, lo redujo a que faltase a la fidelidad al mejor tiempo; y arrimándose a la parte de la liga, sin que Fajardo lo entendiese, tuvo lugar para con el seguro de amistad disponer a su salvo la traición. Tenían los españoles fabricado dentro del pueblo un fuerte de madera, a cuya sombra mantenían con valor su resistencia, sin que los indios pudiesen lograr ventaja en los asaltos; y discurriendo forma Guaicapuro para sacarlos a pelear fuera de aquel abrigo, en que consistía toda su defensa, retiró todas sus tropas, dando a entender con disimulo, que no quería ya guerra con Fajardo, y dejando pasar algunos días, amaneció una mañana con su gente a vista de la población de Guaicamacuto (disposición, que tenían con gran secreto parlamentada entre los dos), fingiendo venía a moverle guerra, por la amistad que profesaba con Fajardo.

Distaba la población una legua con poca diferencia del Collado, y afectando el Guaicamacuto mil temores (dejando antes dispuesta en el camino una emboscada) partió luego en busca de Fajardo, y con cuanta simulación supo formar su malicia, le dijo: por haber sido tu amigo me vienen a destruir los indios Teques, veslos allí están sobre mi pueblo, con ánimo de talar mis sementeras y poner fuego a mis casas, pues yo te he ayudado para defenderte de ellos, ayúdame ahora con tu gente para librarme del daño, que por tu amistad me viene.

Parecióle a Fajardo tenía razón en lo que pedía el Cacique, y resuelto a favorecerlo con empeño, lo despidió, encargándole tuviese su gente preve-

nida para cuando llegase Juan Jorge de Quiñones, a quien con treinta infantes y tres hombres de a caballo enviaría luego en su socorro.

No deseaba el bárbaro otra cosa y vuelto a su pueblo con presteza, reforzó la emboscada, que había dejado dispuesta en el camino, nombrando por cabo de ella a un indio valeroso, llamado Pararian, y él con otra considerable porción de indios se emboscó más adelante, quedando sobresaliente Guaicaipuro para embestir con sus Teques en llegando la ocasión. Bien ajeno de prevención tan traidora salió Juan Jorge con su gente del Collado; y aunque al entrar en la montaña reconoció al instante (como práctico) el engaño que encubría, sólo sirvió su advertencia de que no lo cogiesen descuidado, pues sin tener tiempo para más que mandar cargar los arcabuces con dos balas, se halló acometido por todas partes de innumerable multitud de flechas; a que correspondieron sus soldados con tal brío, que trabándose fuertemente la batalla, se llenó en breve de horror y sangre la montaña; pero como los indios eran muchos (pues pasaban de cinco mil los combatientes) fue preciso que los nuestros, para poder defenderse, dejando las armas de fuego echasen mano a las espadas, que convertidas en rayos corrían por las gargantas de aquella canalla infiel, mientras Juan Jorge con los tres compañeros de a caballo, haciendo prodigios con las lanzas, procuraba atropellar las enemigas escuadras; pero ¿para qué fin arresto tan superior? si por cada indio que moría substituían ciento en su lugar, cuando los nuestros rendidos con la fatiga, y cansancio de más de tres horas de pelea, necesitaban ya de todas las ensanchas del valor para poder mantenerse.

En este estado se hallaban aquellos treinta y tres españoles cuando reforzados los espíritus a persuasiones de Juan Jorge, volvieron con más esfuerzo a renovar la pelea, por si a fuerza de brazos podían salir a la playa, que era la única esperanza que tenían para lograr con alguna seguridad la retirada, cogiendo por abrigo la reventazón del mar para guardar los costados: diligencia, que conseguida con trabajo, sirvió sólo para mayor tormento, porque cargando de refresco Guaicaipuro, al ver que se escapaban los nuestros, se encendió de ambas partes con más desesperación la refriega; y como en el fervor más ardiente del combate descubriese Juan Jorge a Pararian, que con una guayca en la mano animaba los suyos al vencimiento,

queriendo humillar su altivez con el castigo, hizo piernas al caballo para atravesarlo con la lanza; pero anduvo tan desgraciado, que tropezando el caballo en unas piedras, cayó con él en el suelo, donde, sin poderlo remediar, logró el Pararian la ocasión de su venganza, pues le quitó la vida atravesándole el vientre con la guayca: desgracia, que hubiera sido la ruina de los demás, si a este tiempo no llegara Fajardo, que noticioso del aprieto en que se hallaban los suyos, salió del Collado con el resto de la gente a socorrerlos, a cuya sombra pudieron conseguir la retirada, hasta ampararse del fuerte que tenían hecho en el pueblo; si bien no fue con tan poca pérdida, que no costase la vida a once soldados y el quedar bien heridos los demás.

No se dio por satisfecha aun todavía la soberbia altivez de Guaicaipuro con haber logrado tan a su gusto la traición en que metió a Guaicamacuto, y haciendo nuevas levas, así de sus vasallos, como de las demás naciones de la liga, para reclutar sus tropas, por haber perdido en la batalla más de setecientos gandules, las aumentó al número de siete mil combatientes, y con ellos, resuelto a no desistir de la empresa hasta alcanzar por entero la victoria, puso sitio regular sobre el Collado, reduciéndolo a tan riguroso asedio, que desesperado Fajardo de poderse mantener, hallándose falto de bastimentos y sin esperanza alguna de socorro, antes que la necesidad llegase a extremo que se imposibilitase el remedio determinó desamparar el pueblo y retirarse, por no ser sus fuerzas suficientes para resistir tan formidable potencia como la que había convocado Guaicaipuro, y embarcando su gente en algunas piraguas y canoas, que tenía surtas en el puerto, unos se fueron para la Borburata y él con los más se retiró a la Margarita; pero antes de ejecutarlo, como tenía atravesado en el corazón el sentimiento de ver malogrados sus afanes, con la intención de reforzarse cuanto antes para volver a restaurar lo perdido y tomar venganza de las traiciones con que lo tenía ofendido Guaicaipuro, obligó a que con juramento le prometiesen sus soldados le acompañarían en cualquier tiempo que intentase volver a conquistar la provincia.

CAPÍTULO XII

Matan los indios de Caracas a Diego García de Paredes: viene por Gobernador Don Alonso Manzanedo, y por su muerte vuelve a gobernar el Licenciado Bernaldes

EMBARCADOS para Castilla (como referimos en el capítulo décimo de este libro) el General Gutiérrez de la Peña y el Maestre de Campo Diego García de Paredes, con felicidad y viaje próspero llegaron a la Corte; y como los grandes servicios de uno y otro eran notorios, necesitaron de muy poco favor para ser bien atendidos, pues a corta diligencia lograron la fortuna de quedar premiados, honrando su Majestad a Gutiérrez de la Peña con el título de Mariscal de esta provincia y de Regidor perpetuo de todas las ciudades que la componen, con otras mercedes particulares, que aunque no fueron de tanta hojarasca en la apariencia, fueron de más utilidad en la substancia; y a Diego García de Paredes con el gobierno y capitanía general de la provincia de Popayán.

Conseguidos tan favorables despachos, volvieron a salir juntos de España, embarcándose por principios del año de sesenta y tres[lxxiii] en un navío que venía para la Borburata, y navegando con felicidad para la América, quiso la adversa suerte (para que tuviese cabimiento la desgracia) que al reconocer la tierra recalase la embarcación sobre el puerto de Catia, tres leguas a sotavento del paraje donde estuvo fundada la población del Collado; y acordándose Diego García de Paredes de que al tiempo que se partió para España había salido del Tocuyo, con el socorro que venía para Fajardo, Luis de Narváez, con quien profesó siempre una amistad muy estrecha, ignorante de su muerte y lo demás sucedido con el general levantamiento de los indios, mandó ancorar el navío, para lograr de paso la ocasión de adquirir noticias del amigo.

Era cacique de aquel valle un indio llamado Guanauguta, acérrimo enemigo de la nación española, y como tal de los que más ayudaron a Guaicaipuro para lanzar a Fajardo, y viendo surta la embarcación en su mismo puerto, maquinó luego una traición su alevosía, pues emboscando

(lxxiii) Año de 1563.

doscientos indios de los más valerosos de su pueblo en los arcabucos más cercanos, empezó desde la playa a llamar la gente del navío, tremoleando al aire una bandera blanca, a cuya seña engañado Diego García de Paredes, con la presunción de que sin duda estaba allí Narváez, o algunos de sus soldados, mandó echar la lancha al agua y acompañado solamente de cuatro caballeros extremeños, que traía consigo, y seis marineros para el remo, saltó en tierra, donde recibido del Cacique con cuanto agasajo pudo afectar el fingimiento, tuvo lugar para preguntarle luego por Narváez; y el bárbaro, para asegurar su intento y tener más cómoda oportunidad para lograrlo, le respondió con engaño, diciéndole, estaba en el pueblo de San Francisco y que si gustaba enviaría un indio a avisarle, para que viniese a verle, sirviéndose en el ínterin de subir a la población a divertirse, pues siendo tan corta la distancia, sería muy poco el tiempo que tardaría la respuesta.

Creyólo Paredes confiado y aceptó el convite inadvertido; mas apenas había llegado a las casas cuándo entre la esplendidez de un suntuoso banquete, que le tenían prevenido, conoció en la turbación de los indios que le asistían la malicia que ocultaba la urbanidad del festejo, y comunicando su sospecha a los demás compañeros, trató de retirarse a la playa para volverse a embarcar; pero los otros, como poco prácticos en las cosas de las Indias, atribuyeron a temeridad la desconfianza de Paredes, obligándolo a que sin hacer caso de lo mismo que temía, atropellase imprudentemente los riesgos que imaginaba, pues divertidos todos entre los regocijos del convite, dieron lugar a los indios, para que saliendo de la emboscada embistiesen con ellos, cogiéndolos descuidados; y aunque Paredes, con aquel antiguo ardimiento de su valor acostumbrado, animando a los compañeros echó el resto de la desesperación para buscar la defensa (pues según refiere Fray Pedro Simón[lxxiv] mató más de ochenta por sus manos), como

lxxiv. Fr. Pedro Sim. not. 7. cap. I[11].

11. La referencia es correcta, pese a que en la edición de fray Pedro Simón que venimos manejando se da en plural el verbo, por lo cual no está claro si fue García de Paredes quien mató más de "ochenta" o contó con la ayuda de los otros españoles: "...había podido muy bien el García de Paredes escapar su vida de la refriega, pero que tuvo por mejor morir defendiendo a sus amigos, que huir con mengua de su persona y valentía, que conocieron bien los indios, pues *tenían* muertos más de ochenta cuando acabó la vida" (*op. cit.*, tomo II, pp. 498-499).

los enemigos eran muchos nada bastó, para que todos dejasen de pagar con las vidas la necedad de su confianza inadvertida, pues sólo pudo escapar un marinero, que aunque seguido de los indios y herido con algunos flechazos, tuvo la fortuna de llegar a la playa y echándose a nado coger el batel, que los estaba esperando sobre remos, para que volviendo al navío refiriese, como testigo de vista, las circunstancias de aquella desgracia lamentable, que fue para los compañeros más sensible, cuando poco después de sucedida alcanzaron a ver, que los indios en la playa, o por venganza, o por escarnio, empalando aquellos nobles cadáveres, y suspendiéndolos en alto, tenían por entretenimiento hacerlos blanco de sus crueles saetas; pero no pudiendo por entonces remediarlo, se hicieron a la vela, por librarse de la mortificación de ver con sus mismos ojos los actos tan lamentables de aquella triste tragedia.

De esta manera acabó el Gobernador Diego García de Paredes, cuyas hazañas en las Indias siempre lo acreditaron por grande, pues se preció en todas ocasiones de tan hijo en el valor, como en la sangre, de aquel célebre español de su propio nombre, cuyos arrestos fueron asombro de Italia. En la ciudad de Trujillo de la noble Extremadura, tuvo su nacimiento, e inclinado desde su tierna edad al ejercicio de la guerra, dejó la milicia de la Europa, en que pudiera con las singulares ocurrencias de aquel siglo haber acrecentado a menos riesgo su fortuna, por seguir a los Pizarros, como parientes y amigos, en las conquistas de América, donde, porque no peligrase su lealtad, abandonó las conveniencias, que en el Perú le habían granjeado sus méritos, pues viendo a Gonzalo Pizarro envuelto en aquellas vulgares aclamaciones de defensor de la Patria, que después lo precipitaron a su ruina, receló las contingencias a que podía quedar expuesta su opinión con las inquietudes del paisano; y menospreciando los premios a que eran acreedores sus servicios, se pasó anticipadamente al Nuevo Reino, y de allí a esta provincia, donde conquistados los indios Cuicas, dejó vinculada la memoria de su patria con la fundación de la Nueva Trujillo. En el desbarato del tirano Aguirre tuvo la mayor parte su asistencia, y cuando franca la real mano empezaba a comunicarle sus favores, atajó la muerte los pasos a su dicha con el accidente infeliz de una desgracia.

Pocos días después de sucedida la muerte de Diego García de Paredes

llegó a Coro Don Alonso de Manzanedo, proveído por el Rey en el gobierno, y capitanía general de la provincia en lugar del Licenciado Pablo Collado; y habiendo abierto el juicio de residencia contra el Licenciado Bernaldes, su antecesor, como quiera que la afabilidad de su natural cortesano le tenía adquirida la dicha de bien quisto en el corto tiempo que le duró el empleo, hubo menester muy poco para quedar con lucimiento, pues declarado por libre con una sentencia muy honrosa, cargado de estimaciones se volvió a la isla Española, donde estaba avecindado, a gozar con quietud del retiro de su casa; pero como la experiencia de su obrar tenía acreditado su talento, dentro de breves días fue preciso le buscasen otra vez con más empeño las honras, porque siendo el Don Alonso de Manzanedo hombre de crecida edad y de salud muy quebrada, con la mudanza del temperamento y fatiga de los cuidados se le fueron acrecentando los achaques de suerte, que postrándose luego en una cama, murió por febrero del año de sesenta y cuatro, dejando el Gobierno a los Alcaldes, en virtud de lo determinado por la cédula que consiguió Sancho Briceño; pero noticiosa la Audiencia de la muerte de Manzanedo, a pedimento de todas las ciudades de la provincia volvió a nombrar por Gobernador interino al Licenciado Bernaldes, que agradecido a la buena voluntad que conocía en los vecinos, se embarcó gustoso para Coro, donde los aplausos de su recibimiento fueron la más calificada aprobación de su obrar antecedente.

CAPÍTULO XIII

Vuelve Fajardo a intentar la conquista de Caracas: préndelo con engaño Alonso Cobos, y alevosamente le quita la vida: entra el Gobernador Bernaldes hasta Guaracarima, y sin pasar adelante se retira

NO FUERON bastantes los repetidos contratiempos de Fajardo, ni el haberse visto obligado por dos veces a desamparar la provincia de Caracas, para que perdiese el ánimo, ni desmayase en aquel firme propósito, que siempre tuvo de conseguir su conquista; y así desde el instante que llegó a la Margarita, después de despoblado el Collado, empezó a tratar con más empeño que antes de juntar fuerzas y buscar medios para volver a restaurar

lo perdido y tomar satisfacción de los agravios con que lo tenía ofendido la indomable altivez de Guaicaipuro; y como con las expediciones anteriores había ya adquirido crédito y granjeado singular estimación para con todos, fuele fácil, ayudado de los amigos, disponer con brevedad lo necesario para su tercer jornada; de suerte, que hallándose por principios del año de sesenta y cuatro con ciento treinta hombres, algunos caballos, porción de ganado vacuno y cantidad considerable de armas y municiones, fue despachando sus soldados y prevención de pertrechos a tierra firme, con orden para que le esperasen en el río de Bordones, una legua poco más a sotavento de Cumaná, donde pensaba formar la masa de su ejército; y cuando le pareció tiempo, por no tener ya qué hacer, pasó a incorporarse con su gente, para dar principio a los movimientos de su marcha.

Era en la ocasión Justicia mayor de Cumaná Alonso Cobos, declarado enemigo de Fajardo; sin más motivo, que la emulación de verlo acreditado con la fama que le habían adquirido sus conquistas, y sabiendo que estaba en el río de Bordones, así por satisfacer los rencores de su envidia, como por parecerle, que quitado el embarazo de Fajardo podría con facilidad hacerse dueño de toda la prevención de su armamento, y conquistando con él la provincia de Caracas apropiarse los aplausos que sentía ver en su émulo, maquinó la más enorme maldad, que pudo caber en pecho humano; pues resuelto a matar a Fajardo por el modo que pudiese, se valió de una reconciliación fingida, para formar una traición verdadera; y enviándole diferentes recados cortesanos con la enhorabuena de su llegada, trató por mano de un Marcos Gómez, amigo de Fajardo, que pasase a verse con él a Cumaná, para que comunicándose personalmente los dos, quedase más asegurada la amistad; y aunque Fajardo a los principios (quizá por los latidos con que fiel le avisaba el corazón, no atreviéndose a fiar de una amistad reconciliada) procuró excusarse, tomando por pretexto la precisa aceleración de su partida. Fueron tales las instancias, promesas y precauciones con que aseguró Alonso Cobos la sinceridad de su buen trato, que obligado Fajardo a tanto ruego, hubo de pasar a Cumaná guiado de su mala estrella, para que lograse Cobos la maldad que tenía premeditada, pues recibiéndolo en su casa con apariencias de agrado, lo tuvo divertido en conversación hasta la noche, que pareciéndole a Fajardo era ya tiempo para

volverse a Bordones, al tratar de despedirse salieron de un aposento algunos criados y amigos, que tenía Cobos prevenidos con unos grillos para ponerle; y como Fajardo se defendiese a no dejarse prender, le dijo Cobos: V. no se alborote que todo esto no es más que un cumplimiento para tapar la boca a algunas quejas, y no quiero que el pueblo entienda, que porque somos amigos embarazo la justicia; déjese V. prender, que dentro de una hora estará libre.

Engañado Fajardo con la simulación traidora de aquellas falsas palabras, consintió en la prisión para su daño, pues luego que le pusieron los grillos y le quitaron las armas, aún no teniéndolo Cobos de aquella suerte por seguro, lo hizo meter en un cepo y sin más prueba, ni forma, que el atropellamiento de su pasión vengativa, tomándole la confesión por ante un escribano, llamado Hernando López, aquella misma noche le dio vista de los cargos para que se defendiese, con término de media hora, atribuyéndole por delitos lo que la estimación común (y con razón) le celebraba por méritos, pues le acriminó como culpas los singulares servicios hechos en las repetidas entradas a la conquista de Caracas; y sin aguardar a más, pasada la media hora lo sentenció a muerte de horca, mandando, que para el suplicio lo sacasen arrastrando a la cola de un caballo.

Absorto quedó Fajardo al oír la notificación de sentencia tan inicua, pues ni pudo obrar mayor violencia el rigor, ni discurrir más horrible sinrazón la tiranía; y viendo que ni se le admitía la apelación que interpuso, ni hallaba recurso humano para remedio de semejante injusticia, trató de buscar forma para avisar a sus soldados, que había dejado en Bordones, pues no le quedaba otra esperanza, que recurrir a las armas, para librarse con la fuerza de aquel atropellamiento, que usaba con él la alevosía; pero recelando Cobos lo mismo que imaginaba Fajardo, aceleró la ejecución de la sentencia y antes que se supiese en el pueblo lo que tenía forjado su maldad, mandó le diesen garrote en el mismo cepo, que le servía de prisión; y como Fajardo se defendiese con las manos, sin consentir que llegasen a ponerle los cordeles, pudo tanto en Cobos la pasión, unida con la crueldad, que levantándose furioso de una silla en que estaba sentado, dijo: ¡es posible que para matar una gallina hemos de tener tanto en que entender! y cogiendo él mismo con sus manos una soga le hizo un lazo corredizo y

como si enlazara algún toro se lo echó desde lejos una y otra vez, hasta que haciendo presa en la garganta lo sujetó contra el suelo, para que llegando los demás lo acabasen de matar, dándole con una tabla en la cabeza, hasta hacérsela pedazos; y no satisfecho aún todavía el rencor de Cobos con acción tan inhumana, por dar más complacencia a su venganza hizo sacar por la mañana el cadáver arrastrando a la cola de un caballo y colgarlo en la horca por los pies: espectáculo, que dejó atónita la gente de Cumaná y abominando todos a una voz la maldad execrable de aquel hombre, en cuya comparación, ¡qué tigre no fue piadoso y qué fiera no fue humana!

Así terminó los lances de su fortuna el Capitán Francisco Fajardo, en quien compitieron a porfía el valor y la desgracia: sus pensamientos elevados, con ser un pobre mestizo desvalido y sin caudal (si bien de nacimiento noble) fueron bastantes a insertarlo en el número de los conquistadores de las Indias, pues llevado de la generosidad de su espíritu emprendió solo y sin medios una materia tan ardua como la conquista de los Caracas, que consiguió con industria y mantuvo con tesón, atropellando con valor y tolerando con sufrimiento las dificultades y contratiempos, que le dispuso contraria la fortuna, hasta llegar a merecer por lo heroico de sus hechos, que la Majestad del Rey Felipe II le honrase con título de Don (circunstancia tan apreciable en aquel tiempo, como abatida en el nuestro) y con el gobierno perpetuo de todo lo que poblase: mercedes de que no pudo gozar por haber llegado los despachos después de sucedida la lamentable tragedia de su muerte, la cual sabida por sus soldados en Bordones, aunque a los principios, movidos con el fervor del sentimiento, intentaron pasar a Cumaná para tomar satisfacción con la venganza, como se hallaron sin cabeza que los gobernase, para disponer la ejecución, divididos en diversos pareceres se les fue enfriando la cólera de suerte, que desunido el armamento cada uno tiró por su camino, sin atender a otra cosa, que a buscar cada cual su conveniencia.

Más finos anduvieron con Fajardo los vecinos de la Margarita (donde era en extremo amado por el natural agrado de su trato) pues luego que tuvieron la noticia de su infeliz desgracia, sintiendo por común agravio de todos la injusta muerte del paisano, deseando aplicar remedio a insolencia tan enorme y que la maldad de Cobos no quedase sin castigo, capitaneados

de Pedro de Viedma, Justicia mayor de aquella isla, atravesaron en piraguas con gran secreto a tierra firme, y entrando sin ser sentidos con el silencio de la noche en Cumaná, prendieron a Alonso Cobos y se lo llevaron a la Margarita, donde substanciada la causa y comprobado el delito, por mandato de la Real Audiencia de Santo Domingo (a quien remitieron los autos), después de arrastrado por las calles, murió ahorcado y hecho cuartos, para que quedase ejemplo del castigo donde estaba la memoria de su infame delito.

Deshecho el armamento de Fajardo con su muerte y malograda la esperanza que se tenía por aquel medio de que se volviese a restaurar lo perdido en la provincia de Caracas, trató el Gobernador Bernaldes de tomar con empeño y por su propia persona su conquista, por parecerle no convenía a su reputación el que en su tiempo se dejase desamparado por descuido, lo que en el de sus antecesores se había adquirido con trabajo; y prevenidos cien hombres, que fueron los que pudo juntar en todas las ciudades del distrito, salió del Tocuyo en compañía del Mariscal Gutiérrez de la Peña, a quien por su militar experiencia nombró por General, para que corriese por su cuenta toda la disposición de la jornada; mas como estando presente el Gobernador era preciso que no obstante residiese en él toda la autoridad, desde luego se empezó a reconocer el inconveniente de no poder el Mariscal disponer las cosas conforme le parecían convenir, porque el Gobernador, como poco práctico, pretendía entablar la conquista, con requerimientos y protestas, a que no asentía el Mariscal, con el conocimiento de que la altivez con que se hallaban los indios estaba ya en estado, que sólo requería valerse del rigor para domarla; de cuya contrariedad en los dictámenes pronosticaron todos el poco efecto que podían esperar de la jornada; a que se agregó, para que el vaticinio saliese verdadero, que llegados a las sabanas de Guaracarima hallaron toda la tierra puesta en armas, porque los Arbacos y Meregotos, con la noticia que tuvieron de que el Gobernador en persona entraba con gente armada en sus países, llamaron en su ayuda a los indios Quiriquires, sus confinantes y amigos; y subiendo éstos por las orillas del Tuy hasta el río de Tiquire, fueron tanto los gandules que de unas naciones y otras se juntaron, que ocupados todos los altos y montañas, no se descubría parte en los contornos, que no la poblasen sus

penachos; a cuya vista empezaron a acobardarse los nuestros, y aunque a persuaciones del Mariscal hubieron de empeñarse a entrar por un valle angosto, que forma dos serranías corriendo el Tuy por en medio (a quien llamaron entonces el valle del Miedo) sólo sirvió para que reconociendo con más claridad la oposición que hallaban en los indios, se aumentase más en todos el temor, de suerte, que sin atreverse a pasar más adelante, determinaron, por parecer común, retirarse a las sabanas de Guaracarima y esperar allí a que se juntase más número de gente, por ser muy poca la que llevaban para poder conseguir la conquista que emprendían.

Ejecutada, pues, la retirada, el Gobernador con el deseo de hacer cuanto antes la recluta para reforzar su campo, acompañado del Mariscal se volvió para el Tocuyo, dejando el resto de los soldados en Guaracarima a cargo de Francisco de Madrid, a quien nombró por cabo superior, para que los gobernase mientras duraba su ausencia; pero aunque el Mariscal por su parte y el Gobernador por la suya, pasando personalmente a todas las ciudades de la provincia, aplicaron cuanta solicitud pudo discurrir la diligencia más exacta, había cobrado tan mal crédito la conquista de Caracas con el continuado curso de sus desgracias, que no pudieron hallar hombre que quisiese exponerse al riesgo de padecerlas; y como por esta causa se dilatase el socorro más de lo que había prometido la esperanza, hallándose Francisco de Madrid bastantemente apretado con los repetidos acometimientos de los indios y con las desconfianzas que padecía su gente, se vio obligado a dejar en su lugar a Antonio Rodríguez Galán y pasar personalmente al Tocuyo a reconocer el estado que tenían las disposiciones del Gobernador para proseguir en la conquista; pero desengañado en breve con la mala forma que halló en todo, se volvió a Guaracarima con orden del Gobernador, para que se retirasen los soldados, poniendo por entonces fin a la jornada, hasta que el tiempo diese conveniencia para poderla intentar con fundamentos más sólidos.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I

Gobierna la provincia Don Pedro Ponce de León; determina ejecutar la conquista de Caracas, y nombra por General de ella a Diego de Losada: sale éste del Tocuyo, y llega con su ejército al valle de Mariara

PASADO poco más de un año después que el Gobernador Pablo Bernaldes se retiró al valle de Guaracarima con su ejército acobardado, estando en el Tocuyo a fines del año de sesenta y cinco[lxxv], determinó volver a hacer segunda entrada a la provincia de Caracas, por ver si hallaba con más favorable semblante a la fortuna, y publicada la jornada, nombró por General de ella a Diego de Losada, vecino del Tocuyo, persona en quien concurrían, además de la nobleza heredada, las prendas de valor y experiencia adquirida en las muchas funciones militares en que se había hallado, así siendo Maestre de Campo del Gobernador Cedeño, como asistiendo por cabo principal en diferentes conquistas, manifestando en todas ocasiones los valerosos alientos de su noble espíritu, como hemos referido en diferentes partes de esta historia; y aunque como prudente procuró excusarse con el motivo de su poca salud, recelando la contingencia a que exponía su opinión, empeñando el crédito donde habían perdido la vida capitanes tan

lxxv. Año de 1565.

experimentados como Juan Rodríguez, Luis de Narváez y Diego García de Paredes; el Gobernador conociendo que en la elección de tal caudillo llevaba afianzados los aciertos de su buen deseo, le obligó con ofertas y agasajos a que aceptando el nombramiento, tomase por su cuenta el desempeño.

A este tiempo llegó de España por Gobernador de la provincia Don Pedro Ponce de León, rama ilustre de la casa de Arcos, caballero de mucha experiencia y gran talento, que había sido Alcalde de Conil y de las Almadranas, y se había ejercitado en otros empleos correspondientes a su noble sangre; traía Don Pedro apretados órdenes del Rey, para que con todo esfuerzo procurase conquistar la provincia de Caracas, y hallándose por su antecesor corridas ya las primeras líneas a este intento, confirmó el nombramiento de General a Diego de Losada, dándole nuevos poderes para poblar y repartir encomiendas; y para empeñarlo más, con la confianza que hacía de su persona, le entregó, para que militasen debajo de su mano tres hijos que traía consigo, llamados Don Francisco, Don Rodrigo y Don Pedro; a cuya demostración, como el ejemplo del superior es el impulso más eficaz para los súbditos, ocurrieron de toda la provincia los vecinos más principales a alistarse por soldados.

Hallábase en la ocasión en el Tocuyo el Capitán Juan de Salas, vecino de la Margarita e íntimo amigo de Losada, y viéndolo empeñado en empresa de tanta reputación, se ofreció a acompañarlo en la jornada, dando primero vuelta a aquella isla para traer consigo cien indios Guaiqueríes, de los que habían entrado con Fajardo, considerando que como prácticos de la provincia podrían servir de mucho a sus designios para facilitar del todo sus intentos; y quedando acordado entre los dos el tiempo en que se habían de juntar en la Borburata, se partió a poner por obra su promesa, dejando a Losada muy gozoso, por la felicidad que prometían tan favorables principios.

Todo el año de sesenta y seis[lxxvi] gastó Losada en buscar armas, solicitar pertrechos y proveerse de las demás municiones necesarias para el mejor apresto de su ejército; y a principios de enero del sesenta y siete[lxxvii] salió

lxxvi. Año de 1566.

lxxvii. Año de 1567.

del Tocuyo con su gente, y recogiendo de camino la que tenía prevenida en Barquisimeto, pasó a la Villa Rica, que después se llamó ciudad de Nirgua, donde con toros, cañas, torneos y otros regocijos militares, celebró con los caballeros de su campo el día veinte de enero la fiesta de San Sebastián, escogiéndolo por patrono y abogado contra el mortífero veneno de las flechas: accidente de que tomó principio la costumbre que hoy observa la ciudad de Caracas de celebrar todos los años en su Catedral la fiesta de este glorioso mártir, manteniendo (aunque con tibieza) las memorias del beneficio en los cortos obsequios que tributa a su culto.

Fenecidos los entretenimientos de la celebridad referida, despachó Losada su campo a cargo de Francisco Maldonado, a quien nombró por caudillo, con orden de que marchase con él hasta Valencia y que en el valle de Guacara le esperase, mientras él, acompañado de Pedro Alonso Galeas y Francisco Infante, pasaba a la Borburata en busca de Juan de Salas, por ser ya cumplido el término en que había quedado de venir con los cien indios Guaiqueríes a incorporarse con él; pero no hallándolo en el puerto, ni noticia alguna de su arribo (aunque lo estuvo esperando quince días) determinó dar la vuelta en demanda de su gente, que cuidadosa de su tardanza había pasado hasta el valle de Mariara, donde por disponer la prevención de algunos sayos de armas y otras cosas de que necesitaba se detuvo ocho días, en los cuales pasó muestra a su ejército y halló constaba de ciento cincuenta hombres, los veinte de a caballo, de quienes era Capitán Don Francisco Ponce, hijo del Gobernador; cincuenta arcabuceros y ochenta rodeleros, todos bien apercibidos de las armas necesarias; ochocientas personas de servicio, doscientas bestias de carga, porción de ganado de cerda y cuatro mil carneros, de los cuales dio los mil quinientos a su costa Alonso Díaz Moreno, Teniente de Gobernador, que entonces era de la ciudad de Valencia.

Gozoso quedó Losada al ver la buena prevención con que se hallaba para la ejecución de su conquista; y considerando que el aguardar a Juan de Salas era malograr la oportunidad que le ofrecía el tiempo favorable, levantó el campo, dando principio a su marcha; y mientras la va siguiendo me parece no será desagradable, ni fuera de propósito el referir los nombres de los ciento cincuenta compañeros, que le asistieron para lograr su

empresa, siquiera porque sus descendientes deban a la solicitud de un extraño, lo que por tantos años ha tenido (sin razón) olvidado su descuido.

Fueron, pues, los conquistadores que entraron con Losada los siguientes: Don Francisco, Don Rodrigo y Don Pedro Ponce, hijos del Gobernador; Gonzalo Osorio, sobrino de Losada; Gabriel de Ávila, Alférez mayor del campo; Francisco Maldonado de Almendáriz, natural del reino de Navarra; Francisco Infante, natural de Toledo; Sebastián Díaz, de San Lúcar de Barrameda; Diego de Paradas, del Almendralejo, Agustín de Ancona, vasallo de la iglesia, natural de la Marca; Pedro Alonso Galeas, del Almendralejo; Francisco Gudiel, de la villa de Santa Olaya, en el arzobispado de Toledo; Alonso Andrea, de Ledesma; Tomé de Ledesma, su hermano; Francisco de Madrid, natural de Villacastín; Bartolomé de Almao; Sancho del Villar; Cristóbal Gómez; Miguel de Santacruz; Juan de Gámez; Martín Fernández de Antequera; Marcos Gómez de Cascajales; Cristóbal Cobos, hijo de Alonso Cobos el que mató a Fajardo; Diego de Montes, natural de Madrid; Francisco Sánchez de Córdoba; Martín de Gámez; Pedro de Montemayor; Don Julián de Mendoza; Miguel Díaz, natural de Ronda; Andrés Pérez; Rodrigo del Río; Rodrigo Alonso; Francisco Ruiz; Pedro Rafael; Juan Gallegos; Pedro Cabrera; Cristóbal Gil; Alonso Ortiz, escribano del ejército; Alonso de Salcedo; Juan Álvarez; Vicente Díaz; Pedro Mateos; Antonio Rodríguez; Francisco Román Coscorrilla; Martín Alfonso; Alonso de León; Alonso Ruiz Vallejo, natural de Coro; Melchor Gallegos; Juan Cataño; Gonzalo Rodríguez; Bartolomé Rodríguez; Cristóbal de Losada, natural de Lugo; Francisco de Vides; Esteban Martín; Diego de Antillano; Pedro García Camacho; Domingo Baltasar; Gonzalo Clavijo; Miguel Fernández; Baltasar Fernández, su hermano; Gregorio Ruiz; Juan Serrano; Diego de Henares; Juan Ramos Barriga; Simón Giraldo; Lope de Benavides; Juan Fernández de León; Alonso Gil; Juan de Sanjuán; Duarte de Acosta; Damián del Barrio, natural de Coro; Gaspar Tomás; Andrés de Sanjuán; Juan Fernández Trujillo; Pedro García de Ávila; Melchor Hernández; Alonso de Valenzuela; Domingo Giral; Pedro Serrata; Juan García Casado; Juan Sánchez; Fernando de la Cerda; Pablo Bernaldes; Pedro Álvarez Franco; Antonio de Acosta; Juan Bautista Melgar; Sebastián Romo; Juan de Burgos; Francisco Márquez; Alonso Vi-

ñas; Andrés Hernández; Francisco Agorreta; Antonio Pérez Africano, natural de Orán; Gaspar Pinto; Diego Méndez; Juan Catalán; Alonso Quintano; Jerónimo de Tovar; Juan García Calado; Francisco Guerrero; Francisco Román; Gonzalo Pérez; Pedro Hernaldos; Andrés González; Gregorio Gil; Francisco Rodríguez; Manuel López; Francisco Pérez; Francisco de Saucedo; Juan de Angulo; Francisco de Antequera; Antonio Pérez Rodríguez; Gregorio Rodríguez; Maese Francisco Jenovés; Francisco Tirado; Antonio Olías; Melchor de Losada; Jerónimo de la Parra; Juan de la Parra, su hermano; Justo de Cea; Pedro Maldonado; Abrahán de Cea; Francisco de Neira; Francisco Romero; Manuel Gómez; Jerónimo de Ochoa; Bernabé Castaldo; Maese Bernal Italiano y Juan Suárez, a quien llamaban el Gaitero. Estos son los que de la confusión del olvido ha podido sacar a luz mi diligencia, sin que de los restantes haya dejado el tiempo, ni aún sombra de su memoria[1].

CAPÍTULO II

Arriba a la costa de Caracas un navío de España, y los indios matan la gente que venía en él: prosigue Losada su marcha, y llega al sitio de Márquez

AL TIEMPO que Losada pasaba muestra a su ejército en el valle de Mariara navegaba por la costa de Caracas un navío con cuarenta hombres, que cargado de mercaderías iba de España para Cartagena, y seguido de los corsarios franceses, por asegurarse del peligro que le amenazaba dio en manos de la desdicha, que no provenía, pues huyendo por no ser apresado, se acogió al puerto de Guaicamacuto, donde engañados los pasajeros de la falsa amistad que le mostraron los indios, saltaron en tierra, sin rece-

1. No le pareció importante a Oviedo y Baños reproducir los nombres de los soldados que acompañaban a Lope de Aguirre –fueron suprimidos los nombres en la carta de Aguirre al rey Felipe II–, pero sí necesita dar la extensa lista de los soldados que acompañaron a Diego de Losada en la conquista de los Caracas. Contrariamente a los cronistas e historiadores precedentes (quienes en su mayoría se dirigían al Rey o a un alto representante del poder español), Oviedo se dirige a la clase mantuana –casi específicamente caraqueña– buscando un lugar de privilegio dentro de una cerrada oligarquía donde se sigue sintiendo un extranjero pese a haber permanecido mucho tiempo.

lar la traición que podía ocultar su disimulo: facilidad, que lloró en breve su desgracia, pues acometidos de repente por todas partes de las escuadras que tenía prevenidas la infidelidad de aquellos bárbaros perecieron todos a manos de su indiscreta confianza; y ufanos los indios con el buen logro de su maldad, pasaron a aprovecharse del despojo por premio de su traición, y sacando lo que pudieron de la carga, pusieron fuego al navío, que convertido en cenizas acompañó la infausta tragedia de sus dueños, quedando en poder de aquellos bárbaros, entre algunas alhajas de precio que después halló Losada, unas mitras, un cáliz y otros ornamentos pontificales, que llevaban para el señor Don Fray Domingo de Santo Tomás, obispo que entonces era de la provincia de Charcas.

En el capítulo antecedente dejamos a Losada, que levantando su campo del valle de Mariara caminaba en prosecución de su conquista; y habiendo llegado en tres días de marcha a la entrada del valle del Miedo, principio de la tierra que buscaba, hallándose ya a las puertas del peligro previniéndose como cristiano para las contingencias del riesgo, hizo confesar toda su gente con dos sacerdotes que llevaba en su compañía, llamados, el uno Blas de la Puente y el otro Baltasar García, fraile del Orden de San Juan; y para que a las diligencias de católico acompañasen las disposiciones de soldados, envió con treinta hombres a Pedro García Camacho (uno de los tres, que como referimos en el libro antecedente escaparon de la rota de Narváez) para que procurando coger algunos indios pudiesen tener noticia de la disposición en que se hallaban e informarse del estado y fuerzas de la provincia; pero los tenía tan recatados la cautela, que sin que bastasen las diligencias que hizo para cumplir con el orden, dio la vuelta al cabo de tres días, sin haber podido lograr lo que deseaba.

Pero apenas había llegado al campo cuando por todas partes se descubrieron diferentes escuadras, que sin llegar a tiro, con su acostumbrada vocería desafiaban a los nuestros, haciendo desde lejos alarde de su fiereza; novedad, que obligó a Losada a pasar la noche con cuidado, fiando las centinelas de los primeros cabos de su ejército; y el día siguiente, tomando a su cuidado la vanguardia de su escuadrón en compañía de su Alférez Gabriel de Ávila y de Francisco Infante, encomendada la retaguardia a Don Francisco Ponce, Pedro Alonso Galeas y Diego de Paradas, empezó a subir la

loma de Terepaima (que hoy llaman cuesta de las Cucuizas), llevando toda su gente con las armas en la mano, por el recato que pedía la inmediación del enemigo: prevención, que fue bien necesaria, pues al llegar a un arcabuco, que estaba en la mediania, resonaron por las montañas vecinas los caracoles y fotutos con que los indios provocaban al rompimiento, a cuyo estruendo alborotado el ganado de cerda, que traían los nuestros, con precipitada fuga echó a correr por el monte, causando algún desorden en la marcha las diligencias que hicieron para recogerlo; y valiéndose los indios de la ocasión de este accidente, con diluvio de flechas que embarazaban el aire, rompieron la batalla, trabándose un sangriento combate de ambas partes, hasta que reconociendo el daño que recibían de nuestros arcabuces, con el estrago de algunos muertos y heridos tocaron a recoger sus escuadrones, dejando el paso libre, para que vencido el arcabuco, saliese nuestro campo a unas sabanas limpias, que había en lo alto de la loma, donde por ser ya tarde y estar la gente fatigada, determinó Losada quedarse acuartelado, logrando la conveniencia de una aguada, que se descubría en la ceja de un montecillo, que salía de una ladera.

Aquella noche, sin que lo supiera el General, salieron del alojamiento Francisco Maldonado, Pedro García Camacho, Juan de Burgos, Francisco Márquez y un negro llamado Juan, portugués, con ánimo de coger unas gallinas y patos, que se alcanzaban a ver en unas casas, que se descubrían cerca del real en un vallecito que se formaba al pie de la montaña; habíanlas puesto allí los indios de cuidado, y emboscados aguardaban la ocasión de lograr el lance como lo habían discurrido; y llegados a las casas, Francisco Maldonado, para hacer espaldas a los compañeros, ocupó un altillo, que dominaba el valle, con una escopeta en las manos, mientras los otros, ignorantes del engaño, que había dispuesto la traición se ocupaban en recoger las gallinas; pero los indios viendo en las manos el logro que había formado su ardid, salieron de la emboscada con acometimiento tan repentino, que antes que pudiese tener lugar la resistencia cayó muerto Francisco Márquez, partida la cabeza al golpe de una macana; y herido Burgos en el rostro y atravesado de una flecha por los lomos Pedro García Camacho, tomaron a buen partido la fuga, por no perder todos la vida en la demanda, pues aunque Francisco Maldonado disparó sobre los indios repetidas ve-

ces su escopeta, sólo sirvió de aviso para el socorro; porque ignorante Losada de lo que había pasado, oyendo la repetición de los tiros de escopeta mandó a Francisco Infante, que con Esteban Martín, Francisco Sánchez de Córdoba, soldados de a caballo, y otros diez hombres de a pie, fuese a inquirir la causa de aquella novedad no imaginada, y encaminados a la parte donde sonaba el alboroto, llegaron a tiempo que pudieron hacer alto a los que huían para asegurar la retirada, e informados de que quedaba muerto Márquez, haciendo pundonor su bizarría de no dejar el cadáver en poder de aquellos bárbaros, prosiguieron hasta el valle; y renovando la pelea a costa de alguna sangre con muerte del caballo de Francisco Infante, consiguieron restaurar el cuerpo del compañero, para que la piedad de aquella acción dejase acreditados para siempre los quilates de su valor y puntos de su nobleza, pues echándoselo a cuestas, entraron con él triunfantes en el real donde le dieron sepultura, quedando eternizada la memoria de su nombre con el suceso de su desgracia, pues hasta hoy se llama aquel paraje el sitio de Márquez.

CAPÍTULO III

Prosigue Losada con su marcha: desbarata en batalla a Guaicaipuro, y llega con su campo al valle de la Pascua

EL DÍA SIGUIENTE desalojó Losada de aquel puesto, y encomendando la retaguardia a Diego de Paradas, dio orden a Pedro Alonso Galeas, para que con doce infantes fuese sobresaliente del ejército, para ocurrir al socorro en la parte que más pidiese el aprieto, y de esta suerte, aunque con algunos indios a la vista, marchó, sin novedad que le embarazase el paso, hasta que llegando al sitio, que fue teatro infeliz de la rota de Narváez (de cuya lamentable desgracia renovó sentimientos el dolor al ver por aquellos campos insepultos los huesos de los que le acompañaron con su fatalidad), los indios, o fiados en la conveniencia que les ofrecía la angostura del paraje para acometer a lo seguro, o animados con la esperanza de que habiendo sido siempre infausto aquel lugar para los españoles, debían de estar en él depositados sin duda sus estragos, atacaron la retaguardia, pegando prime-

ro fuego a la sabana, para que entre los rigores del cuchillo y las voracidades del incendio tuviese la muerte duplicados los instrumentos de que valerse para el aumento de sus triunfos, al tiempo que Losada empeñado con su gente en la estrechura, sin poder socorrer a los suyos, se vio en contingencias de perderse, pues combatido por todas partes de los horrores del fuego y precipicios del sitio, no volvía a parte la cara que no encontrase un peligro; pero Diego de Paradas, haciendo alto con los que le acompañaban, volvió el rostro al enemigo y disparando sin cesar los arcabuces, por espacio de dos horas mantuvo firmemente el combate, resistiendo con valor el ímpetu de los bárbaros, que entre las confusiones del humo repetían con ligereza las cargas de flechería; teniendo lugar Losada con esta diversión para poder salir a campo abierto y dar orden a Paradas para que procurase retirarse con la mejor disposición que permitiese el empeño en que se hallaba; resolución, que ejecutó con la prudencia y arte, que como a maestro antiguo en la milicia le tenía enseñada la experiencia, dejando antes armada una emboscada en un montecillo, que había a mano izquierda del camino, por si los indios prosiguiesen a embarazarle la marcha: disposición, que le salió acertada, pues empeñados en conseguir la victoria, que reputaban por cierta, viendo su retirada pasaron adelante sin reparo; pero al llegar al lugar que ocultaba la emboscada (o temerosos, o advertidos), hicieron alto con recelo del daño que prometía, acercándose solos tres gandules, que con gentil denuedo, caladas las flechas en los arcos, hicieron frente a la emboscada, apuntando al monte que la encubría: los nuestros entonces conociendo por las demostraciones de los indios que ya estaban sentidos, por no perder la ocasión les salieron embistiendo con tal resolución, que Alonso Ruiz Vallejo de un revés le cortó el arco, flecha y brazo a uno de ellos, que después mató a estocadas; y haciendo Juan de la Parra lo mismo con otro que le tocó de parte, quedaron tan amedrentados los demás, que se fueron retirando, desfilando sus escuadras por una ladera abajo.

Hallábase a la vista Juan Serrano y batiendo los ijares a un caballo cuatralbo, abierto de frente y de color castaño, muy arrendado y brioso, en que se hallaba montado, partió tras ellos, llevándose de encuentro al bote de la lanza el primer bárbaro que se puso por blanco de su enojo, aunque con tanto riesgo, que le valió para no precipitarse la gran destreza del jinete

y sujeción al freno del caballo, pues llamándole la rienda al ejecutar el golpe, como corría cuesta abajo quedó balanceando el bruto entre el parar y el caer; pero ayudado de su aliento, haciendo firme en los brazos quebró la fuerza a la violencia con que corría despedido, dejando a su dueño libre de la fatiga y del susto.

Retirados los indios, Losada por dar alivio a su gente fatigada con los trabajos de aquel día, hubo de quedarse aquella noche a la entrada de unas montañuelas, que llaman las Lagunillas, aunque no pudo lograr el descanso que deseaba, porque los indios aprovechándose de la obscuridad, salieron de las quebradas donde se habían ocultado, y valiéndose de una ridícula estratagema, que les dictó su invención, se vistieron de la misma paja de la sabana, y como ésta por ser verano, estaba seca y crecida, sin que pudiesen ser vistos se llegaban hasta el mismo alojamiento, y disparaban sus flechas, con notable daño de la gente de servicio, que como más desprevenida era la más maltratada, hallándose por instantes, sin saber por dónde, heridos, sin que pudiese el discurso prevenir el origen de aquel daño, hasta que Diego de Henares, subiéndose en un árbol, y tendiendo la vista a todas partes con cuidado, hubo de descubrir la máxima al movimiento que traían aquellos bultos de paja, y calando la cuerda al arcabuz, poniendo la puntería al uno de ellos, lo derribó muerto al golpe de la bala; de que escarmentados los demás tuvieron por mejor el retirarse, sin continuar la inventiva.

Había Losada hasta entonces hallado oposición sólo en los indios Arbacos, que eran los que habitaban aquellas serranías, porque la presteza con que ejecutó su entrada no había dado lugar a que se juntasen las demás naciones que poblaban la provincia para embarazarle el paso; pero llegado el día de la Encarnación a veinte y cinco de marzo (que cayó aquel año en lunes Santo), al bajar al río de San Pedro, jurisdicción ya de los indios Teques, se le ofreció a la vista la más hermosa perspectiva, que pudo tener Marte en sus campañas; pues coronados todos los contornos de banderas y penachos, se halló con más de diez mil indios, acaudillados del Cacique Guaicaipuro, que al batir de sus tambores y resonar de sus fotutos le presentaban altivos la batalla.

Hizo alto Losada con su gente, considerando el riesgo en que se hallaba, para determinar con consulta de sus cabos lo que debía ejecutar; y co-

mo en semejantes accidentes repentinos suele el terror pánico negar jurisdicciones al valor, no faltaron personas de las más condecoradas del ejército, que poseídas del susto y olvidadas de su nobleza, atropellando el pundonor votasen la retirada, ponderando las contingencias de perderse si se exponían al lance de una batalla con fuerzas tan desiguales; pero Losada, en cuyo corazón magnánimo jamás halló acogidas el temor, despreciando la desconfianza de los suyos, manifestó la resolución en que se hallaba de abrirse el camino con la espada por las escuadras enemigas, queriendo más aventurar la vida en brazos de la temeridad con nombre de arrojado, que afianzar la seguridad en la retirada con visos de cobarde, y así, animando a los suyos, más con el ejemplo, que con palabras, se dispuso al combate; y hallando oportunidad para empezar la batalla[lxxviii] alzó la voz apellidando a Santiago, a cuyo nombre esforzados los jinetes, batiendo los ijares de los caballos armados, rompieron por la vanguardia, donde los más valientes gandules, cubiertos de penachos y pavesas ostentaban su constancia expuestos a la oposición del primer choque; pero aunque intentaron resistir el ímpetu con que furiosos acometían los caballos, se hallaron atropellados, cuando se imaginaban invencibles, y olvidados de las armas para su defensa, sólo se valieron de la confusión para la fuga.

Rota así y descompuesta la vanguardia, tuvieron ocasión oportuna los infantes para emplear a su salvo los aceros en los desnudos cuerpos que por el campo rodaban; todo era estrago, sangre y furor, no menos acrecentado de los jinetes, que unidos no perdonaban vida al terrible golpe de sus lanzas; pero este ímpetu de los caballos, que no pudieron resistir en la vanguardia donde peleaban los Teques, sostuvo tan valerosamente el batallón de los Tarmas y Mariches, animados de sus cabos, que dio lugar para que las hileras descompuestas se pudiesen ordenar, descargando a un mismo tiempo tanta multitud de flechas, dardos y piedras, que cubrían el cielo al dispararlas y embarazaban la tierra al despedirlas.

Así guerreaban valerosos los españoles y temerarios los indios con dudoso Marte, cuando Don Francisco Ponce, seguido de Pedro Alonso Galeas, Francisco Infante, Sebastián Díaz, Alonso Andrea, Francisco Sánchez

lxxviii. Batalla de San Pedro.

de Córdoba, Juan Serrano, Pedro García Camacho, Juan de Gámez y Diego de Paradas, subiendo por la cuchilla de una loma cogieron a los indios las espaldas, y renovando con esta ventaja la batalla, se comenzó de nuevo la refriega con tanta obstinación y tal coraje, que cuanto mayores estragos ejecutaba el furor en aquellos bárbaros, con tanta mayor furia y más enojo se metían por las espadas y lanzas, sin temor de la muerte, que encontraban en los templados aceros; siendo tanta la lluvia de piedras y flechas que disparaban, que nuestros españoles rotos ya, falseados los escudos y atormentados los brazos y demás partes del cuerpo con la repetición de tanto golpe, con dificultad podían mantener el peso del combate, siendo tan patente el cansancio y quebranto en que se hallaban, que lo manifestaba bien el desaliento con que jugaban las armas; pero Losada encendido de aquella cólera española con que estaba enseñado a quedar siempre victorioso, vuelto a los suyos los animaba, diciendo: ahora, valerosos españoles, es el tiempo de conseguir los triunfos que nos ofrece la victoria que tenemos en las manos, vengando en estos bárbaros la sangre de nuestra nación, vertida por ellos tantas veces, a cuyas voces volviendo en sí del desmayo en que se hallaban con el recuerdo de los agravios pasados, sin acordarse de las fatigas presentes, intrépidos renovaron la pelea, haciendo tal estrago en los contrarios, que sólo se miraban por el campo arroyos de sangre en que nadaban los destrozados cadáveres.

Diose por perdido Guaicaipuro al ver el daño lamentable de sus huestes; y temiendo la total ruina que amenazaba a sus tropas tocó a recoger sus caracoles, y dejando el sitio sembrado de cuerpos y de penachos, se retiró presuroso, asegurando las reliquias de su ejército vencido. Señaláronse este día en singulares hazañas el invencible Diego de Paradas; que como amenazaba cerca la fatalidad de su ocaso centellaron con más brío las luces de su valor; Francisco de Vides, Martín Fernández, Juan de la Parra, Pedro Alonso Galeas y Francisco Infante, quien se vio en términos de perder la vida, porque tropezando el caballo en lo más ardiente de la batalla, cayó en un hoyo, cogiéndolo debajo, donde hubiera perecido a no socorrerlo Don Francisco Ponce y Alonso Viñas, que se hallaron inmediatos, sacándolo del peligro, y sin embargo, quedó estropeado de una pierna, de que padeció después por muchos días.

Retirado Guaicaipuro con su ejército deshecho, no quiso Losada quedarse en aquel paraje, aunque lo necesitaba la fatiga y cansancio de su gente, porque experimentado en la ventaja con que le acometían los indios en aquellas serranías deseaba salir cuanto antes a tierra llana, y así marchando dos leguas más adelante llegó a hacer alto al pueblo del Cacique Macarao, en la parte donde juntándose el río de San Pedro con el Guaire tiene principio, corriendo hacia el Poniente, el valle de Juan Jorge, llamado así desde que Fajardo en su primera entrada encomendó los indios que lo habitaban a aquel célebre varón, tan compañero suyo en las conquistas, como lo fue en las desgracias.

Hallábanse los indios de Macarao cuando llegó Losada con las sementeras en flor, y temiendo no se las talasen los españoles, no quisieron ausentarse de su pueblo, tomando por más acertado acuerdo valerse del rendimiento para excusarse del daño; y como no hay entendimiento, por bárbaro que sea, a quien no enseñe urbanidades la conveniencia propia, recibieron a nuestra gente con cuantas sumisiones pudo inventar el artificio: no ignoraba Losada el fin a que tiraba aquella paz tan repentina, pero aprovechándose de la ocasión que le ofrecía el propio disimulo de los indios, les dio a entender el gusto que tenía de que depuestas las armas experimentasen las conveniencias, que traía consigo su amistad, cuando su entrada en la provincia no era para hacer daño a quien no provocase su enojo con la guerra; y para prueba de su buena intención no consintió se les hiciese hostilidad alguna en sus casas, ni sembrados, por ver si a fuerza de beneficios podía granjear amigos, domesticando la bárbara altivez de aquella gente.

No quiso Losada gozar más de aquella noche del hospedaje de aquel pueblo, y al amanecer del día siguiente prosiguió su marcha en demanda del valle de San Francisco, donde llevaba puesta la mira de poblarse; y aunque se hallaba distante de él, sólo tres leguas siguiendo el río abajo las corrientes del Guaire, no quiso llevar este camino por no exponerse al riesgo de las emboscadas que recelaba, por la conveniencia que para ella ofrecían los cañaverales de sus márgenes; y así, cogiendo a mano derecha por los pueblos del Cacique Caricuao, salió a un valle tan alegre como fértil, que bañado de las corrientes del río Turmero y abundante de bastimentos, le ofrecía acomodada conveniencia para pasar en él lo que restaba de la Se-

mana Santa y días de Pascua, como lo ejecutó; por cuya causa mantiene hasta hoy el nombre de valle de la Pascua, perdiendo el de Cortés, que tenía antes, por haberlo encomendado Fajardo a Cortés Bicho, un portugués, que le acompañó en todas las entradas de su fatal conquista.

CAPÍTULO IV

Matan los indios a Diego de Paradas; llega Losada al valle de San Francisco, procura excusar la guerra, buscando por todos medios la paz; pero no la consigue

PASADOS los días de Pascua sin que los indios hubiesen intentado acometimiento alguno, contentándose sólo con la demostración de andar en cuadrillas por los cerros inmediatos al alojamiento, prorrumpiendo en amenazas contra los nuestros, miércoles tres de abril del año de sesenta y siete levantó Losada su campo para pasar al valle de San Francisco, de donde se hallaba sólo a distancia de una legua, dejando orden primero a Diego de Paradas, para que con veinte y cinco hombres escogidos se emboscase en un cañaveral cercano al sitio donde habían estado acuartelados, por si pudiese haber algunos indios a las manos, para poder por este medio entablar paz con los caciques, valiéndose de los prisioneros para ajustar por su mano los tratados: accidente, que deseaba Losada con ahínco, por el conocimiento en que se hallaba de lo costosa que le había de ser la guerra, para sujetar con ella multitud tan indomable.

Emboscado Diego de Paradas, al cabo de una hora que habría partido Losada entraron por el cañaveral ochenta indios de los Teques, sin que fuesen sentidos de los nuestros hasta llegar al mismo paraje que ocultaba la emboscada, donde los soldados por coger algunos de ellos y los bárbaros por defenderse, se trabó una refriega, que pudiera pasar plaza de batalla, supliendo la desesperación en los unos, lo que aventajaba el arte militar en los otros. Hallábase a la sazón Diego de Paradas algo apartado de su gente el monte adentro, obligado de una evacuación corporal, y oyendo el rumor de la pelea, llevado de aquel ardiente espíritu con que estaba acostumbrado a ser siempre el primero en los combates, montó a caballo, echándose en los hombros el sayo de armas, sin que la prisa que le daba el deseo de

socorrer a los suyos le permitiese lugar para abrochárselo al pecho; ¡fatal descuido, que le costó la vida! pues calando la flecha al arco uno de aquellos bárbaros, disparó con tal destreza, que lo dejó herido de muerte, atravesándole el costado; pero inflamados con la saeta los últimos alientos de su brío, terciando la lanza al brazo y haciendo piernas al caballo, acometió furioso a su homicida, derribándole muerto al primer golpe; y aunque intentó proseguir en su venganza, postradas ya las fuerzas con la mucha sangre que vertía y oprimido del dolor vehemente de la herida, se desmontó del caballo, sentándose en el suelo para coger con el descanso algún aliento, mientras los compañeros, bramando con el enojo y sentimiento, convertidas en rayos las espadas, hacían pedazos aquellos cuerpos desnudos, sin darse por satisfechos los impulsos de su ira hasta pasarlos todos a cuchillo, pues sólo quedó libre de su saña un mancebo de poco más de veinte años, llamado Guayauta, a quien perdonaron la vida, pagados de su valor, porque después de haber hecho maravillas en su defensa, quedando en singular batalla con Gonzalo Rodríguez, lo trajo tan apurado, que a no haberlo socorrido los demás hubiera muerto a sus manos, pues huyéndole el cuerpo con destreza a las tretas de la espada, sin darle tiempo a que lo pudiese herir, le soltó al arco tres flechas, que clavándoselas en el rostro, con la sangre y la fatiga lo tenían fuera de sí, mostrándose el gandul tan arrestado en su desesperación, que aun ocurriendo los demás españoles a la defensa de Rodríguez, intentó hacerles rostro, manteniendo la tela contra todos, y con dificultad consiguieron el rendirlo, pues estimando en más la libertad, que la vida, ciego con la cólera y enojo pedía que lo matasen; y mantuvo después tan firme el sentimiento de haberse entregado vivo, que aunque Losada, habiéndole hecho curar las heridas que sacó de la refriega (dándole algunos rescates de regalo) lo despidió para que se volviese, no quiso en más de un año dejar la compañía de los nuestros, dando por motivo la vergüenza que tenía de parecer con vida delante de los suyos, cuando sus compañeros habían tenido la gloria de perderla por la libertad y por la patria: indicio claro de su altivo espíritu, digno por cierto de animar cuerpo más noble.

Terminada la venganza con la mortandad ejecutada (en que no podemos negar tuvo mucha parte la crueldad), acudieron los compañeros a

Diego de Paradas, que rendido a la violencia de la herida y postrados los espíritus con la evacuación de la sangre, se hallaba en los últimos alientos de la vida, y aplicándole aquellos preservativos que pudo permitir la incomodidad de aquella urgencia, echándoselo a cuestas entre todos, partieron con presteza en alcance de Losada, a quien, ignorante del suceso, hallaron ya en el valle de San Francisco, donde aunque intentó la cirujía hacer ostentación de los primores de su arte, nada bastó para que al sexto día dejase de perder la vida, con sentimiento general de todos y muy particular de Diego de Losada, por haber sido antiguo compañero en sus fortunas: fue natural del Almendralejo en la Extremadura, caballero notorio por su sangre, y a quien debe esta provincia gran parte de su conquista, pues obrando siempre con el valor correspondiente a su nobleza heredada, no hubo expedición militar en su tiempo a que no concurriese, mereciendo entre todos sus compañeros los aplausos de primero en cualquier lance; acompañó a Felipe de Utre en el descubrimiento de los Omeguas, siendo uno de los treinta y nueve varones memorables que derrotaron el ejército numeroso de quince mil combatientes de aquella nación guerrera; y cuando la fortuna podía ofrecer descanso a sus fatigas con el premio debido a sus hazañas, malogró sus esperanzas un acaso, pues le previno la muerte su desgracia en los accidentes fatales de un descuido.

Después de haber Losada descansado con su gente diez días en el valle de San Francisco, llevado del dictamen que siempre tuvo de hacer las diligencias posibles para conseguir su conquista por los suaves medios de la paz, antes de valerse de los rigores de la guerra, en que fue singular este célebre caudillo, pues jamás desenvainó la espada, que no fuese en los últimos lances del aprieto; despachó a Juan de Gámez con treinta hombres, para que corriendo el valle abajo procurase haber algunos indios a las manos, por cuyo medio pudiese manifestar a los caciques su deseo; y habiendo caminado como una legua del alojamiento, llegó al pueblo del Cacique Chacao (encomienda que fue después de Francisco Maldonado), que halló desamparado de todos sus vecinos, pero bien proveído de bastimentos; y mientras divertidos procuraban juntar cuantos podían para conducirlos al ejército, alcanzaron a ver por la sabana inmediata al pueblo algunos indios e indias, que presurosos se retiraban buscando abrigo a su temor en la

profundidad de una quebrada, y partiendo en su alcance (a costa de una leve resistencia) consiguieron aprisionar algunos, y entre ellos al mismo principal Chacao: ocasión en que manifestó la experiencia haber la naturaleza criado también Hércules en la América, en quienes obrando desde la cuna los impulsos del valor, como calidad intrínseca del alma tuvieron por juguetes de la niñez acciones, que en hombres muy esforzados se atribuyeran a efectos de una temeridad arrojada.

Hallábase a corta distancia de la quebrada un indiecillo de ocho a nueve años de edad, y viendo que entre las personas que aprisionaban padecía los ultrajes de cautiva una hermanita suya, impelido del amor, o arrebatado del brío, poniendo primero en salvo otro hermanillo pequeño, que tenía en los brazos, armándose de arco y flechas, salió al encuentro a los nuestros, pareciéndole bastaba el ardimiento que le influía el corazón para poner en libertad a la inocente hermana, y con gentil denuedo y resolución imponderable, con la voz y con las obras manifestaba su enojo, pues prorrumpiendo en oprobios, que le dictó el sentimiento, y echando mano a las armas disparó todas las flechas que embarazaban la aljaba, hiriendo (aunque levemente) dos soldados; Juan de Gámez, admirado de operación tan ajena de la edad de aquel muchacho, mandó que no le tirasen, deseando haberlo a las manos sin que recibiese daño; y porque no se escapase valiéndose de la fuga, cercándolo por todas partes, dio orden a sus soldados, que lo cogiesen en brazos; pero el rapaz, ajeno de turbación y ostentando los espíritus que había encendido su cólera, aún intentó defenderse, valiéndose del arco que le quedaba en las manos, hasta que rendido con el cansancio se confesó vencido, más por la fatiga que le asistía, que por el valor que le faltaba.

Vuelto Juan de Gámez al real con el Cacique Chacao y demás prisioneros que había cogido en su entrada, informado Losada de las acciones del muchacho, aficionado a su aliento, después de haberlo agasajado con caricias y regalado con dádivas, procuró reducirlo a que se quedase en su compañía, pero nunca quiso el indiecillo asentir a tal propuesta, instando siempre por la libertad de la hermana para volverse a su pueblo; y como el ánimo de Losada era ejecutar la pacificación de la provincia, reduciéndola al yugo del vasallaje por los medios de amistad, sin que los indios experi-

mentasen violencia en los modos de su trato, pareciéndole buena ocasión la presente, para que conociesen que sus obras convenían con sus palabras y con el deseo de que perdiendo el miedo al rigor que temían, se aficionasen del agrado que no esperaban, no sólo dio libertad al indiecillo, entregándole la hermana, pero regalando al Cacique Chacao y dándole toda la gente prisionera de su pueblo, lo despidió magnánimo, pidiéndole sólo en recompensa de su libertad la correspondencia firme de una amistad verdadera, a que prometió el bárbaro asistir con la lealtad que es propia de un ánimo agradecido; pero como infiel sólo mantuvo la memoria del beneficio mientras la necesitó fingir su disimulo para restaurar la libertad perdida, pues apenas salió del alojamiento de Losada cuando, para manifestar la traición que ocultaba en su alevoso pecho, flechó cuantos caballos encontró desmandados en el campo, y continuando con mayor demostración su rebeldía, desamparó su población, retirándose con todos sus vasallos a las serranías más inmediatas, desde donde al más mínimo descuido de los nuestros, lograba la ocasión su alevosía, pues no se apartaba del alojamiento persona de servicio o indio amigo, que no perdiese la vida al tiro de su traición.

CAPÍTULO V

Entra Losada a la provincia de los Mariches, y antes de sujetarla da la vuelta al valle de San Francisco a socorrer a los suyos

DESENGAÑADO Losada de lo poco que aprovechaban los medios pacíficos de que se había valido para sujetar la provincia, determinó proseguir en su conquista por el camino inexcusable de la guerra, y para ello, dejando el resto de su campo a cargo de Francisco Maldonado, con sólo ochenta hombres salió en busca de los Mariches; confinaba esta nación con el valle de San Francisco, por la parte del oriente, ocupando diez leguas de tierras altas y dobladas, de un temperamento templado, numerosa entonces y dividida en diferentes pueblos que habitaba, y hoy tan totalmente destruida, que sólo ha quedado el nombre que mantiene la provincia, para que en las cenizas de su ruina acuerde a la memoria lo que fue.

Partido Losada con sus ochenta hombres, habiendo caminado tres leguas el valle abajo, llegó al primer pueblo de la nación que buscaba; pero noticiosos los indios anticipadamente de su entrada, lo habían desamparado, dejando en él sola una vieja, que por inútil o impedida no pudo seguir la retirada: accidente, que dio nombre a aquel país, pues por la leve circunstancia de este caso se llama hasta hoy la quebrada de la Vieja el sitio donde estuvo el pueblo, que después Cristóbal Gil, siendo su encomendero, mudó a la rinconada de Petare, donde al presente se conserva.

Luego que los indios desde la serranía donde se habían acogido alcanzaron a ver a nuestra gente apoderada de sus casas, con aquella vocería hija de su barbaridad, con que suelen desfogar los ardimientos de su cólera, empezaron a prorrumpir en amenazas y oprobios contra los nuestros; y mostrando desde lo alto unas camisas blancas, les decían ¿adónde vais miserables? Volveos, volveos que los indios Taramainas han muerto a vuestros compañeros, que dejasteis en el valle, veis aquí sus camisas, que nos las enviaron de regalo, para que hagamos lo propio con vosotros, y si no os vais de nuestro pueblo, moriréis a nuestras manos.

Era Losada soldado antiguo de la milicia indiana y como tal muy práctico en todas las cautelas de los indios, y así, sin hacer caso de la noticia que le daban, prosiguió su entrada a lo interior de la provincia, dejando parte de sus soldados escondidos dentro de las mismas casas, para que al volver los indios a su pueblo les hiciesen perder el orgullo que tenían, castigando con rigor su atrevimiento: disposición, que se logró al instante, pues apenas hubo salido Losada cuando bajaron al pueblo diez gandules, que cogidos de repente en la emboscada, aunque intentaron defenderse con valentía, perdieron todos la vida con temeridad; y dejando palpitando entre su sangre los miserables cadáveres, pareciéndoles bastante demostración para el escarmiento de los otros lo que dejaban obrado, prosiguieron en alcance de Losada, a quien encontraron breve, por la gran fatiga con que caminaba, pues hallando cerradas las veredas con huesos, maderos y cortaduras, que había dispuesto la industria de los indios para embarazar la entrada, no daba paso en que no hallase un estorbo, o no encontrase un peligro: causa, para que en la corta distancia de cuatro leguas consumiese el tiempo de tres días, que tardó en llegar a dar vista al pueblo del Cacique

Aricabacuto, fundado de la otra banda de una quebrada muy honda, que se ofrecía por delante, guarnecida de dos peñones altos y peinados, en que como lugar más acomodado para la ofensa se había fortalecido el Cacique con mil indios de los más valientes y esforzados que conocía en su nación, que apenas descubrieron nuestro campo cuando poblaron el aire de flechas y tiraderas, para que conociesen los nuestros las dificultades que tenía el paso de la quebrada; pero Losada cogiendo la delantera y valiéndose de la resolución, sin dar lugar al discurso, haciendo piernas al caballo mandó, que disparando sin cesar los arcabuces, le siguiesen desfilados y acompañado de Juan Ramos empezó a subir por una media ladera, que salía a lo alto de los peñones, a cuyo ejemplo los demás cogieron la misma senda, sin que la multitud de flechas que disparaban los indios les embarazase el repetir la descarga de los arcabuces; de que amedrentados los bárbaros, habiendo herido (aunque levemente) a Losada por debajo de la celada que llevaba en la cabeza, con repentina fuga desampararon los peñones, dejando el pueblo abandonado a discreción de los nuestros; pero a tiempo, que sin poder gozar los efectos del suceso, les obligó a retirarse una novedad impensada, malogrando por entonces la pacificación, que ya tenían en términos de conseguida; y fue el caso, que luego que Losada salió del valle de San Francisco, los indios, que cuidadosos observaban todos los movimientos de los nuestros, pareciéndoles buena ocasión para derrotarlos el cogerlos divididos, juntándose hasta dos mil gandules de pelea bajaron de las serranías y con continuos asaltos molestaron de calidad a Francisco Maldonado, sitiándolo en su alojamiento, que sin bastar el valor con que peleaba, ni el arte militar con que se defendía, viéndose falto de bastimentos y tan oprimido de las asechanzas de los bárbaros, que sin poder remediarlo, no se descuidaba persona de servicio que no muriese a sus manos, determinó valiéndose de un indio amigo, a dar aviso a Losada del aprieto en que se hallaba: noticia, que recibió a tiempo que avanzando los peñones de Aricabacuto (como referimos) cantaba la victoria de su vencimiento; pero pareciéndole acción, más hija de la prudencia el conservar lo adquirido, que el proseguir lo dudoso, dio con celeridad la vuelta al valle de San Francisco al socorro de los suyos, en que anduvo tan feliz, que sin llegar a

las manos, sólo a la voz de su venida desampararon el sitio, retirándose los indios a las montañas vecinas y dejando libre a Maldonado de la opresión que tenía.

CAPÍTULO VI

Envía Losada a Don Rodrigo Ponce a buscar bastimentos a los Tarmas: vence la batalla de la Quebrada, y se retira

AUNQUE con la retirada de los indios gozaron nuestros españoles de algún alivio, descansando de la molesta fatiga de las armas, se hallaban bien afligidos por experimentarse cada día más rigurosa la falta de bastimentos, a causa de haber los indios talado todas las sementeras inmediatas, para hacer más cruel la guerra con la hostilidad de la hambre; y siendo preciso ocurrir al remedio de necesidad tan urgente, envió Losada a Don Rodrigo Ponce con cuarenta soldados de a pie, cuatro hombres de a caballo y bastante número de indios de servicio, para que corriendo las poblaciones de los Tarmas y Taramainas (que habitaban a la parte del Poniente en las serranías que corren sobre el mar), juntase los bastimentos posibles para socorro del campo.

Partido Don Rodrigo con su gente, llegó a la medianía de una loma, de donde descubrió en las vegas que formaba una quebrada algunas sementeras, que abundantes de maíz, yuca y otras raíces, le ofrecían con facilidad, lo que buscaba con ansia, y logrando ocasión tan oportuna, dio orden a sus soldados, para que bajando a la quebrada recogiesen con presteza, lo que solicitaban con ahínco, quedándose él con los cuatro de a caballo en un alto de la loma a guardarles las espaldas, a tiempo que por la ladera de una cuchilla salieron cinco gandules, que coronados de penachos y embarnizados de bija, armados de arcos y flechas, con bizarra resolución provocaron a combate a los cinco de a caballo.

Estaba entre los gandules uno, que llamaban Carapaica, Taramaina de nación, y teniendo éste por desaire de su valor el pelear con la ventaja que le daba la ladera, donde no podían llegar los jinetes, por ser, el sitio arriesgado al manejo de los caballos, despreciando su seguridad por manifestar

su valentía, salió a lo raso de la loma haciendo cara a los cinco, y vista por Don Rodrigo su arrogancia, hizo piernas al caballo para atravesarlo con la lanza, a cuya demostración el Carapaica, echando atrás el pie derecho, y calando al arco una flecha, disparó con tal violencia, que la clavó en la celada, a tiempo que ejecutando el golpe Don Rodrigo, le pasó la muñeca del brazo izquierdo, metiéndole la cuchilla por dentro de las dos canillas; pero el bárbaro encendido de furor y bramando de coraje, echando mano a la lanza tiró de ella con tal furia, que aunque Don Rodrigo aplicó todo su esfuerzo a defenderla, viendo que el Carapaica se lo llevaba tras sí, sacándolo de la silla, tuvo por mejor partido el cederla a la violencia, dejándosela en las manos; de que vanaglorioso el gentil, quedó haciendo ostentación de su victoria, enarbolando la lanza como despojo del triunfo.

Entre tanto no tenían poco que hacer los compañeros, pues acosados por todas partes de más de trescientos gandules (que ocupando las cuchillas de la loma habían ocurrido a la refriega) eran tan repetidas las cargas de flecherías, que viéndose en parte donde no podían valerse de los caballos, por lo deslizable que eran las laderas, tomaron por acuerdo el retirarse al abrigo de los infantes, que se hallaban en las vegas de la quebrada cogiendo los bastimentos, y juntos en un cuerpo, porque los indios no se gloriasen ufanos con la altivez de haber quitado la lanza a Don Rodrigo y quedar dueños del campo, volvieron a subir la loma arriba a restaurar algo de la opinión perdida, pero el Carapaica, que como caudillo capitaneaba las bárbaras escuadras, astuto y cauteloso, sin aguardar el combate desamparó la loma, fingiendo retirarse acobardado; de que satisfechos los nuestros, sin proseguir en su alcance, engañados con la máxima común de hacer puente de plata al enemigo que huye, dieron la vuelta a la quebrada y asegurando los bastimentos recogidos, tomaron la marcha para el valle de San Francisco, gozosos con el socorro que llevaban para alivio de la necesidad que padecían; mas como la retirada de Carapaica había sido operación nacida de militar estratagema, y no efecto producido de cobardía, aumentando de más tropas, que por instantes le llegaban de refresco, como práctico del país y acostumbrado a pisar las malezas de aquel sitio, tomando por sendero una ladera, se descolgó a la quebrada, sin ser visto de los nuestros,

hasta que habiéndoles cogido las espaldas, atacó de repente la batalla, poniendo en confusión la retaguardia[lxxix].

Don Rodrigo viéndose acometer cuando menos lo esperaba, hizo alto con su gente, volviendo la cara al enemigo; pero éste, sagaz y prevenido, apenas dio la primer carga de flechería cuando dividiendo en mangas su escuadrón, ocupó por todas partes la quebrada y faldas de la loma, para que con la diversión fuese más formidable el encuentro que intentaba, lográndolo a la sombra de la confusión que pretendía: disposición, que obligó a los nuestros a que divididos en escuadras también peleasen separados, para oponerse a la multitud que los acometía, trabando de esta suerte en diferentes partes la batalla.

Hallábase Francisco Infante, con otros dos de a caballo, guardando las espaldas a los soldados de a pie, y descubriendo cerca una cuadrilla de indios, que bajaba de refresco, seguido de los que le acompañaban los acometió resuelto, haciéndolos retirar la loma arriba; pero siguiendo el alcance, divertido con el ardor de la pelea, sin ver por donde iba, cuando volvió en sí se halló atajado entre unas altas barrancas, que ajenas de humana huella, negaban el paso a la salida, al tiempo que acobardados algunos de los soldados, no pudiendo sostener el ímpetu de los bárbaros, ni la multitud de las flechas que disparaban, empezaron a retirarse temerosos hacia la parte donde se hallaba Francisco Infante, acongojado por no poder salir a socorrer a los suyos, y viendo entre los que huían a Alonso Ruiz Vallejo (que después fue vecino encomendero de Barquisimeto), hijo natural del Contador Diego Ruiz Vallejo, habido en una india de las Caiquetías de Coro, arrebatado de cólera le dijo: ¡Ah indio! ¿cómo huyes, infamando la sangre de tus padres? Si eres hijo de Diego Ruiz Vallejo, no heredaste de él el ser cobarde.

Es muy poderoso el pundonor en quien tiene buena sangre, y así oyéndose injuriar Alonso Ruiz, inflamado el corazón al recuerdo de las obligaciones del padre, volvió en sí de aquel temor que violentaba su espíritu, y embrazando la rodela y echando mano a la espada, determinado a morir para soldar su opinión bajaba ciego de enojo en busca de los contra-

lxxix. Batalla de la Quebrada.

rios, cuando encontrando en la loma a Carapaica, que con la lanza de Don Rodrigo en las manos andaba infundiendo aliento a sus escuadras, pareciéndole buena ocasión para lavar con su sangre la mancha de su descrédito, sin esperar a valerse de la espada, por desahogar cuanto antes el incendio que le atormentaba el pecho, se abrazó con él para quitarle la lanza, y luchando el bárbaro por defenderla, asido el uno del otro se precipitaron juntos por una barranca abajo, hasta caer a la quebrada, donde ocurriendo otros veinte a ayudar a Carapaica, sin perder el aliento Alonso Ruiz, aunque atormentado de la caída, se defendía valeroso; pero hecha ya pedazos la rodela a los golpes de las macanas y hallándose con tres heridas penetrantes, hubiera desmayado en el combate a no ser socorrido de dos indios amigos, llamado el uno Juan, criado de Diego de Montes, y el otro Diego, Caiquetío de nación (que habían venido desde Barquisimeto con los nuestros), que esgrimiendo el uno un estoque y jugando el otro una lanza, se portaron con tal brío, que dejando muertos ocho de los contrarios, hicieron retirar a los demás, sacando del aprieto a Alonso Ruiz, en ocasión, que desamparado el campo de los bárbaros por todas partes, se cantaba por nuestra la victoria, teniendo lugar con este buen suceso para dar la vuelta al valle de San Francisco, llevando los bastimentos, que tanto afán les costaron.

CAPÍTULO VII

Funda Losada la ciudad de Caracas y dase cuenta del estado a que ha llegado su crecimiento

AUNQUE Losada había estado siempre en ánimo de no poblar hasta tener pacificada la provincia, conociendo, por la obstinación que experimentaba en los indios, lo dilatada que iba su conquista para poder con más comodidad y conveniencia conseguirla y tener en cualquier adverso accidente segura la retirada, se resolvió a fundar una ciudad[lxxx] en el valle de San Francisco, a quien intituló, Santiago de León de Caracas, para que en las cláusulas de este nombre quedase la memoria del suyo, el del Gobernador y la provin-

lxxx. Ciudad de Caracas.

cia; y hechas las diligencias que en semejantes actos se acostumbran, señalado sitio para la iglesia y repartidos solares a los vecinos, nombró por Regidores a Lope de Benavides, Bartolomé de Almao, Martín Fernández de Antequera y Sancho del Villar, que juntos en cabildo, eligieron por primeros Alcaldes a Gonzalo de Osorio, sobrino de Losada y a Francisco Infante.

El día en que Losada ejecutó esta función es tan ignorado en lo presente, que no han bastado mis diligencias para averiguarlo con certeza, pues ni hay persona anciana que lo sepa, ni archivo antiguo que lo diga; y cuando pensé hallar en los libros de cabildo expresa con claridad esta circunstancia, habiéndolos reconocido con cuidado los encontré tan diminutos y faltos de las noticias de aquellos primeros años, que los papeles más antiguos que contienen son del tiempo que gobernó Don Juan Pimentel: ¡descuido ponderable y omisión singular en fundación tan moderna! El Maestro Gil González[lxxxi] (discurro que gobernándose por el título de la ciudad) asegura fue su fundación día de Santiago; pero no dudo erraría el día quien con tanta claridad erró en el año, pues pone esta fundación hecha el de quinientos treinta: cosa tan irregular y sin fundamento, que dudo el que pudo tener autor tan clásico para escribir tal despropósito; y así, dejando esta circunstancia en la incertidumbre que hasta aquí, pues no hay instrumento que la aclare, pasaremos a dar noticia del estado a que ha llegado esta ciudad de Caracas[3].

lxxxi. Teatro Eccles[2].

2. La referencia a Gil González Dávila es correcta; éste comienza su apartado sobre Venezuela con estos datos: “La Ciudad de Venezuela es cabeça de Gobernacion, y la fundo el General Diego de Lofada en el día del Apoftol Santiago del año 1530” (*op. cit.*, tomo I, p. 297).

3. Hay mucha discusión sobre la fecha de la fundación de Caracas pues, tal como lo dice Oviedo y Baños, no hay documentos ni relatos en ninguno de los archivos correspondientes. Según ciertas versiones Oviedo se basó en la crónica del soldado-poeta Ulloa, quien fue encargado de relatar los hechos con la ayuda de los ya ancianos Juan de Riveros y Garci-González de Silva (crónica que aparentemente ha sido destruida o perdida). Al respecto puede consultarse la introducción de Arístides Rojas a su *Leyendas históricas de Venezuela* y el libro de Alfredo Boulton y otro titulado *Materiales para la fundación de Caracas* (otros textos importantes son los de Julio Febres Cordero, Julio Planchart, Jerónimo Martínez Mendoza, Demetrio Ramos Pérez, María Teresa Bermejo de Cadpevilla y Luis R. Oramas, cuya información completa está dada en la bibliografía del presente volumen).

En un hermoso valle, tan fértil como alegre y tan ameno como deleitable, que de Poniente a Oriente se dilata por cuatro leguas de longitud, y poco más de media de latitud, en diez grados y medio de altura septentrional, al pie de unas altas sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen del mar en el recinto que forman cuatro ríos, que porque no le faltase circunstancia para acreditarla paraíso, la cercan por todas partes, sin padecer sustos de que la aneguen: tiene su situación la ciudad de Caracas en un temperamento tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que lo escogió la primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frío molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno afligen: sus aguas son muchas, claras y delgadas, pues los cuatro ríos que la rodean, a competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias del verano, en el mayor rigor de la canícula mantienen su frescura, pasando en el diciembre a más que frías; sus calles son anchas, largas y derechas, con salida y correspondencia en igual proporción a todas partes; y como están pendientes y empedradas, ni mantienen polvo, ni consienten lodos; sus edificios los más son bajos, por recelo de los temblores, algunos de ladrillo y lo común de tapias, pero bien dispuestos y repartidos en su fábrica: las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas, que regadas con diferentes acequias, que cruzan la ciudad, saliendo encañadas del río Catuche, producen tanta variedad de flores, que admira su abundancia todo el año, hermoseándola cuatro plazas, las tres medianas, y la principal bien grande y en proporción cuadrada.

Fuera de la innumerable multitud de negros y mulatos que la asisten, la habitan mil vecinos españoles, y entre ellos dos títulos de Castilla que la ilustran y otros muchos caballeros de conocidas prosapias, que la ennoblecen: sus criollos son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos; hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias; y por lo benévolo del clima son de airosos cuerpos y gallardas disposiciones, sin que se halle alguno contrahecho, ni con fealdad disforme, siendo en general de espíritus bizarros y corazones briosos, y tan inclinados a todo lo que es política, que has-

ta los negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer y escribir; y en lo que más se extreman es en el agasajo con que tratan a la gente forastera, siendo el agrado con que la reciben atractivo con que la detienen, pues el que llegó a estar dos meses en Caracas, no acierta después a salir de ella: las mujeres son hermosas con recato y afables con señorío, tratándose con tal honestidad y tan gran recogimiento, que de milagro entre la gente ordinaria se ve alguna de cara blanca de vivir escandaloso, y ésa suele ser venida de otras partes, recibiendo por castigo de su defecto el ultraje y desprecio con que la tratan las otras.

Tiene para lustre suyo iglesia catedral desde el año de seiscientos treinta y siete, en que el Señor Obispo Don Juan López Aburto de la Mata la trasladó de la ciudad de Coro, donde estaba antes; es dedicada al Apóstol Santiago: su fábrica se forma en cinco naves, cuya techumbre carga sobre pilares de ladrillo, con arcos de lo mismo; y aunque cada nave de por sí es algo angosta, todas juntas disponen una obra muy vistosa en proporción simétrica; el presbiterio es de bóveda, y forma en el crucero con los primores de la arquitectura a lo moderno una media naranja bien airosa.

Fuera de las cinco naves adornan su edificio cuatro capillas de particulares patronatos, que unidas al lado de la epístola, forman otra nave separada, la una dedicada a la Trinidad Santísima, que labró y dotó el proveedor Pedro de Jaspe Montenegro, natural del Reino de Galicia y Regidor que fue en esta ciudad: en otra se venera el Portento de los Milagros San Nicolás de Bari, colocado en ella a impulsos de la ardiente devoción que le profesó Doña Melchora Ana de Tobar, viuda de Don Juan de Ascanio y Guerra, caballero del Orden de Santiago; la de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza dotó y mandó fabricar el Bachiller Don José Melero, Deán que fue de esta catedral; y la de nuestra Señora del Pópulo, fundación del ilustrísimo Señor Obispo Don Diego de Baños y Sotomayor, que la dotó en nueve mil trescientos pesos y renta anual de un capellán que la sirve: descansan en ella las cenizas de tan venerable prelado, donde su estatua, hincada de rodillas al lado del Evangelio, mantiene la memoria de su piadoso celo; su fábrica de bóveda, con todas las galas que permite el arte, habiendo muerto su ilustrísima antes de acabarla, perfeccionó el autor de esta historia, por haberle sucedido en el patronato de ella, como sobrino suyo.

A los lados de la puerta principal, que cae a la plaza en la que mira al Norte se levantó una elevada torre, que sustenta diez campanas de voces muy sonoras; y en la que mira al Sur se extiende sobre el altozano la capilla del Apóstol San Pedro, fabricada a expensas de su ilustre cofradía, tan desahogada y capaz, que separada, por sí sola pudiera pasar por iglesia en otra parte, según el ámbito que ocupa, y sirve juntamente de Sagrario a los curas para la administración de la parroquia.

La renta episcopal, que es la cuarta parte de los diezmos, no baja de diez mil pesos, y según el valor de los frutos suele subir a doce y a catorce; la capitular se reparte en cuatro dignidades y cuatro canonjías, con la suprimida para la inquisición (de las cuales una es de merced y dos de oposición) llevando el deán a razón de doscientos, arcediano, chantre y tesorero de ciento cincuenta y los canónigos de ciento treinta, sin las capellanías y manuales, que son muy considerables; tiene para la administración de los Sacramentos dos curas rectores y para el servicio de la iglesia un sacristán mayor, dos menores y ocho monaguillos, diez capellanías de coro, las seis que instituye la erección, dos que se añadieron después y dos, que dejó dotadas con renta de doscientos veinte y seis pesos cada una el Alférez Pedro de Paredes, Mayordomo que fue muchos años de su fábrica; un sochantre, maestro de capilla, organista, secretario de cabildo, pertiguero, apuntador y otros ministros; celébranse los oficios divinos con gran puntualidad, aseo y ostentación, sirviéndose de muchos y ricos ternos de telas y damascos y alhajas de plata, que tiene en abundancia para el lustre de sus funciones; y entre otras preseas de estimación sobresalen en el valor dos riquísimas custodias de pedrerías que no las tiene mejores ninguna iglesia de las Indias.

Para la administración de la feligresía tiene tres ayudas de parroquia, la una dedicada a Nuestra Señora de Altagracia, en que está fundada una piadosa cofradía de los mulatos, que cuidan del adorno y asistencia de la iglesia con particular aseo y devoción, esmerándose con gran fervor en la ostentación con que celebran sus fiestas; otra a San Pablo primer ermitaño, que es juntamente hospital, donde se cura de todas enfermedades, con renta muy suficiente para la necesaria asistencia de los enfermos, procedida así

del noveno y medio, que por la erección del obispado percibe de los diezmos, como de diferentes réditos y tributos que tiene impuestos.

Esta iglesia fabricó la ciudad el año de quinientos ochenta, en ocasión, que hallándose afligida con una rigurosa peste de viruelas y sarampión, que consumió más de la mitad de los indios de la provincia, escogió por patrono, para remedio del daño que padecía, al glorioso roto eremita, y cesando el contagio por beneficio de su intercesión, la república agradecida quiso perpetuar su reconocimiento, dedicando este templo al culto de su bienhechor; y en memoria de este favor recibido de su patrocinio, asiste todos los años el cabildo a celebrarle su fiesta el día quince de enero; después, habiéndose arruinado este edificio, lo reedificaron, dándole mayor capacidad y adornándolo de una hermosa torre, el Depositario general Domingo de Vera y su hermano Don Diego de Adame, vecinos principales, biznietos del conquistador Sebastián Díaz y de Mariana Rodríguez de Ortega, su mujer; está colocada en esta iglesia una copia milagrosa de Nuestra Señora de Copacabana, de cuya misericordia experimenta esta ciudad singulares maravillas, siendo el refugio de sus aflicciones y el amparo de sus necesidades, principalmente en dilatándose las lluvias, pues lo mismo es ocurrir a buscar el consuelo en su piedad, que desatarse las nubes en diluvios de agua; el modo raro con que esta soberana imagen fue traída del Perú referiremos en llegando el año de su colocación.

La ayuda de parroquia de Nuestra Señora de la Candelaria, extramuros de la ciudad, es fábrica moderna; edificáronla el año de setecientos ocho los isleños naturales de las islas de Canaria, ayudados del fervoroso celo y piadosa aplicación del Licenciado Pedro de Vicuña, venerable sacerdote, donde concurren a manifestar en la copia la devoción que profesan a la que veneran por patrona en la isla de Tenerife.

El hospital de la Caridad, donde se curan mujeres enfermas, sirviendo también de reclusión a las que por escandalosas necesitan de castigo a su liviandad, mandó fundar, y dotó con renta suficiente Doña María Marín de Narváez, señora rica y virtuosa, que habiendo vivido siempre sin tomar estado, convirtió toda su hacienda en el beneficio común de obra tan pía.

La religión de Santo Domingo, que fue la primera que honró con su asistencia esta ciudad, mantiene un convento con cuarenta religiosos de

ordinario, perteneciente a la provincia de Santa Cruz de la Española, la más antigua de las Indias: venérase en su iglesia la milagrosísima imagen de Nuestra Señora del Rosario, dádiva de la majestad del Señor Don Felipe II y atractivo de la devoción de todos los vecinos, que la reconocen por eficaz patrona contra la violencia de los temblores.

La religión de San Francisco sustenta cincuenta religiosos, que como serafines con su regular observancia, aseo de su templo y secuela continuada de su coro, son la edificación de la república: tienen en su convento por prendas de su mayor tesoro un pedazo de Lignum Crucis, con que lo enriqueció el Gobernador Don Martín de Robles Villafañate, y una imagen de Nuestra Señora de la Soledad de tan perfecta escultura, que iguala a la de la Victoria que se venera en Madrid; roba los corazones su ternura y mueve a compunción sólo el mirarla.

La de Nuestra Señora de las Mercedes fundó el año de seiscientos treinta y ocho en sitio muy retirado de lo principal de la ciudad; fue su patrón el General Ruy Fernández de Fuenmayor, Gobernador de la provincia, de cuyo honroso título goza hoy su nieto Don Ruy Fernández de Fuenmayor y Tobar; pero como lo extraviado del lugar traía consigo muchas incomodidades para los religiosos, se vieron obligados el año de seiscientos ochenta y uno a desamparar su fundación primera, mudándose a parte más cercana, donde la cortedad de las rentas que gozan ha sido causa de que estén sin las conveniencias que la república desea, por la devoción que les profesa; pero sin embargo, mantienen diez y seis religiosos, con un hermoso templo, el mejor de la ciudad, así por lo garboso de su planta, como por los buenos fundamentos de su fábrica.

Para la educación de la juventud tiene un colegio seminario bajo la protección de Santa Rosa de Lima, que empezó a fundar en la plaza mayor el año de seiscientos sesenta y cuatro el ilustrísimo Señor Don Fray Antonio González de Acuña; y después lo acabó y puso en perfección el ilustrísimo Señor Obispo Don Diego de Baños, tío del autor: su fábrica es de alto con viviendas muy desahogadas y clases muy capaces para la lección de cinco cátedras que en él se cursan, las dos de teología, una de filosofía, y dos de gramática, donde cultivados los ingenios, como por naturaleza son claros y

agudos, se crían sujetos muy cabales, así en lo escolástico y moral, como en lo expositivo.

Pero la joya más preciosa que adorna esta ciudad y de que puede vanagloriarse con razón, teniéndola por prenda de su mayor felicidad, es el convento de monjas de la Concepción, vergel de perfecciones y cigarral de virtudes: no hay cosa en él, que no sea santidad, y todo exhala fragancia de cielo; dotáronlo, aplicando toda su hacienda para su fábrica y congrua, Doña Juana de Villela, natural de Palos en el condado de Niebla, viuda del Capitán Lorenzo Martínez, natural de Villacastín, vecino encomendero que fue de esta ciudad, y Doña Mariana de Villela, su hija, viuda del Regidor Bartolomé Masabel, el año de seiscientos diez y siete, aunque, por los accidentes que referiremos en llegando al año de su fundación, se dilató ésta hasta el de seiscientos treinta y siete, en que siendo su primera Abadesa Doña Isabel de Tiedra (que de religiosa del convento de Santa Clara de la ciudad de Santo Domingo vino por maestra y hortelana de este nuevo plantel), víspera de la Concepción les puso la clausura el Señor Obispo Don Juan López Aburto de la Mata, dando el hábito a las primeras azucenas, que se consagraron a Dios en su recogimiento; éstas fueron Doña Mariana de Villela, su fundadora, y como tal, por nombramiento suyo Doña Francisca Villela, Doña Ana Villela, Doña María Villela, Doña María de Ponte, Doña Juana de Ponte, Doña Lucía de Ponte, sobrinas suyas, María de Urquijo, Doña Inés de Villavicencio y Doña Elvira de Villavicencio: mantienen al presente sesenta y dos ángeles en otras tantas religiosas de velo negro, que en continuas vigilias y mortificaciones viven tan en Dios y ajenas de lo que es mundo, que a cualquiera hora de la noche que se pase por las puertas de su iglesia se oyen los ecos de sus ásperas penitencias y los tiernos suspiros con que claman al cielo desde el coro.

Además de los templos referidos tiene esta ciudad dos ermitas: la que comúnmente llaman San Mauricio, aunque su advocación legítima es de San Sebastián, la edificó Losada luego que pobló esta ciudad, en cumplimiento del voto que hizo al Santo Mártir estando en la Villa Rica, cuando venía a su conquista, escogiéndolo por patrono contra el veneno de las flechas; después el año de quinientos setenta y cuatro, padeciendo esta ciudad una cruel plaga de langosta, escogió por abogado contra su voracidad

a San Mauricio y le edificó una iglesia, la cual el año de quinientos setenta y nueve se quemó por un descuido; y habiendo por esta causa (e ínterin que se reparaba el templo) colocado a San Mauricio en la iglesia de San Sebastián, perdió su advocación legítima, llamándola el pueblo desde entonces (sin razón) San Mauricio. De esta iglesia hizo donación la ciudad en el cabildo celebrado a treinta de junio del año de seiscientos ocho a la religión de Santo Domingo, a pedimento de su Provincial Fray Jacinto de Saona, para que mudase a ella el convento de su Orden, y por haber los religiosos variado de dictamen no tuvo efecto la donación; después el año de seiscientos sesenta y siete, en cabildo celebrado a catorce de marzo, se les concedió a los negros, hermanos de la cofradía de San Juan Bautista (que cuidan de ella al presente con mucha asistencia y devoción) reservando la ciudad en sí el patronato de ella, y con calidad que mantuviese la advocación de San Sebastián y San Mauricio y quedasen colocados los dos gloriosos mártires en el altar mayor, como tutelares y dueños de la iglesia; asiste a ella todos los años el cabildo el día veinte y dos de septiembre a celebrar fiesta a San Mauricio.

La de Santa Rosalía de Palermo edificó el ilustrísimo Señor Obispo Don Diego de Baños y Sotomayor, señalando por patrona con día colendo, a esta peregrina ermitaña el año de seiscientos noventa y seis, para que en las circunstancias de esta demostración quedase vinculada la gratitud de esta ciudad al favor que recibió de su amparo, librándose por su intercesión de una cruel peste de vómitos negros, que padeció diez y seis meses continuos: celébrase fiesta todos los años en la catedral el día cuatro de septiembre, que dejó dotada su ilustrísimo fundador, de cuya pía memoria y de las demás que instituyó aquel prelado venerable, es patrono el autor de esta historia, como sobrino suyo.

CAPÍTULO VIII

Continúase la materia del pasado: viene Juan de Salas de la Margarita en ayuda de Losada, y saquean los ingleses la ciudad de Coro

GOBIÉRNASE en lo temporal la ciudad de Caracas por un Gobernador y Capitán General, que lo es de toda la provincia, nombrado por el Rey por tiempo de cinco años, que juntamente goza la administración del patronato real, y en virtud de ella presenta todos los curatos y beneficios del obispado, siendo el que tiene el primer lugar de crédito y conveniencias entre todos los gobiernos de las Indias: para la distribución ordinaria de justicia tiene dos alcaldes, que elige todos los años el cabildo, los cuales por merced concedida por la majestad del Señor Don Carlos II en Madrid a diez y ocho de septiembre del año de seiscientos setenta y seis gozan de singular y honroso privilegio de gobernar por sí toda la provincia y ejercer la capitanía general de ella siempre que por cualquier accidente hubiere vacante en el gobierno, hasta tanto que su Majestad la provea en propiedad, sin que la Audiencia, ni el presidente de Santo Domingo puedan nombrar Gobernador interino en ningún caso, ni con ningún pretexto: su cabildo se compone de doce regimientos, fuera de los cuatro oficios principales de alférez mayor, alguacil mayor, provincial de la hermandad y depositario general: empleos, que siempre ocupan los caballeros más ilustres de la república, autorizando con su nobleza y respeto los actos públicos, que son propios de ciudad: ésta tiene por armas en campo de plata un león de color pardo, puesto en pie, teniendo entre los brazos una venera de oro con la Cruz roja de Santiago, y por timbre un coronel de cinco puntas de oro; concedióselas el Señor Don Felipe II por su real cédula despachada en San Lorenzo a cuatro de septiembre del año de quinientos noventa y uno, a pedimento de Simón de Bolívar, Procurador General de esta ciudad en Corte y el primero Regidor perpetuo de ella.

Su comarca fértil y abundante de cuanto se puede apetecer para el regalo: produce excelentes verduras de cuantas especies hay con abundancia, y todo el año frutas, cuantas conoce por naturales suyas la América y muchas que ha trasplantado la curiosidad desde la Europa, granadas exce-

lentes, sazonados membrillos, manzanas, higos, uvas, limas, limones, melones y sandías, tan perfectas todas en el gusto, como si no tuvieran nada de extranjeras, pues las sazona el terreno como si fueran propias: lábrase azúcar mucha y de buen temple, de que se hacen exquisitas y regaladas conservas; sus cosechas rinden a centenares por fanegas; sus pastos multiplican a millares los ganados; y añadiendo a las excelencias referidas la frecuencia de su trato, la continuación de su comercio con la Nueva España, islas de Canaria y de Barlovento, y otras partes, para donde se trafican porciones considerables de cacao, tabaco corambre, brasilete y otras mercaderías; son partes que constituyen un todo para hacer celebrada esta ciudad, y una de las mejores entre las que componen el dilatado imperio de la América.

Pocos días después de haber poblado Losada llegó de la isla Margarita el Capitán Juan de Salas, en cumplimiento de lo que habían capitulado los dos en el Tocuyo, pues aunque por algunos accidentes que lo retardaron no pudo concurrir al tiempo determinado para hallarse en la primera entrada, no quiso dejar de cumplir lo prometido, conociendo que su venida sería en cualquiera ocasión muy estimada; fineza, que agradeció Losada, así por ver la buena correspondencia del amigo, como por la importancia del socorro, que constaba de cuatro piraguas cargadas de bastimentos (bien necesarios, por la falta que de ellos padecían), quince hombres españoles, entre quienes venían Andrés Machado, Melchor López y Lázaro Vázquez, soldado antiguo de estas conquistas, por haber sido uno de los que acompañaron a Fajardo, y cincuenta indios Guaiqueríes, que sirvieron con gran valor y lealtad en cuanto se ofreció después.

Al venir Salas de la Margarita sucedió, que Melchor López, que gobernaba como cabo una piragua, tuvo maña y disposición para aprisionar a uno de los caciques de la costa, llamado Guaipata, fingiéndose mercader, que venía a buscar rescates; y aunque después de conocido el engaño ofrecía por su libertad cuanto tenía, no quiso Melchor López aceptar el interés, por hacer el cotejo de entregarlo a Losada, por si acaso pudiese servir de algo a sus intentos: galantería, que salió tan acertada, que de ella se originaron los primeros movimientos de la pacificación; pues llegado el Cacique a la presencia de Losada, valiéndose de aquel agrado, que era natural en sus acciones, después de haberlo puesto en libertad le pidió solicitase con los

demás caciques lo admitiesen por amigo, sin dar lugar a que prosiguiendo con la guerra les obligase a conceder a las armas, lo que negaban al ruego; de que agradecido el Guaipata, volvió al cabo de ocho días con otros dos caciques de la costa, a quienes conmovió su persuasión, para que dando gustosos la obediencia, jurasen paz con Losada, que mantuvieron después firmes, sin visos de deslealtad.

Al tiempo que pasaba lo referido en la conquista de Caracas se hallaban en la ciudad de Coro el Gobernador Don Pedro Ponce de León y el Señor Obispo Don Fray Pedro de Ágreda, y llegada la noche del día siete de septiembre surgió sin ser sentido, en el puerto un navío de corsarios ingleses, y echando la gente en tierra, al romper el alba el día siguiente acometió a la ciudad, que hallándose desprevenida entre las confusiones de un asalto repentino, no pudieron sus vecinos valerse de otra defensa, que la que permitió el susto, afianzando con la fuga su seguridad, y aun ésta fue necesario ejecutarla con tal prisa, que obligó a sacar cargado al Señor Obispo y esconderlo en el retiro de un monte, porque no quedase expuesta su persona y dignidad a los desacatos de aquella canalla infiel, que apoderada de la mísera ciudad, no satisfecha su rabia con las hostilidades del saco, cometió su bárbara insolencia en los vasos sagrados e imágenes de la catedral los sacrilegios que acostumbra la herética perfidia; y queriendo poner fuego a los edificios, para que las cenizas del incendio fueren los mejores testigos de su impiedad, redimieron los miserables vecinos la vejación de su ruina a costa de tres mil pesos que pudieron juntar entre todos de lo que habían escapado al retirarse; con que satisfecha en parte la codicia de los corsarios, después de haber estado en tierra cuatro días se hicieron a la vela, dejando tan destruida la ciudad, que en muchos años después no pudo volver a lo que era antes.

CAPÍTULO IX

Acometen los indios a la ciudad de Caracas: sale Losada al encuentro, y con facilidad los desbarata

DESCONFIADO Guaicaipuro de lo mal que le había terciado la suerte con Losada, se mantenía retirado esperando la ocasión para valerse de los auxilios del tiempo, a cuya sombra se prometía poder lograr la venganza que maquinaba en su pecho; pero viendo que Losada, con la población que había dispuesto, llevaba su asistencia muy despacio, y que aquello era tirar a sujetar la provincia con el fuego lento de una guerra dilatada, fue tan eficaz en aquel bárbaro la consideración de este recelo, que apurando la espera al sufrimiento aquel ánimo indomable, acostumbrado a mantener la libertad con los riesgos de su sangre, culpaba la tibieza con que hasta allí había procedido su descuido; y determinado a sacudir el yugo, que temía, antes que apretasen las coyundas que esperaba, empezó a conmover los caciques y concitar las naciones, para que como interesados en la común defensa, acudiesen con sus armas a restaurar la libertad, que imaginaban perdida, por haber llegado el caso en que era necesario que obrase la resolución, ayudada del poder; mas como la determinación había de ser entre muchos, aunque fue grande la eficacia con que instaba Guaicaipuro, no fue posible el convenirse tan breve, que no hubiese llegado antes el año de sesenta y ocho[lxxxii] en cuyos principios, ajustado ya entre todos el llevar la materia a fuerza de armas, determinaron, que para cierto día, con el mayor número de tropas que pudiese alistar cada Cacique, concurriesen todos los interesados en el sitio de Maracapana (que es una sabana alta al pie de la serranía inmediata a la ciudad) y echando el resto a la desesperación, acometer a Losada, fiando al lance de una batalla los buenos sucesos que esperaban de su valor y fortuna.

Llegado, pues, el día determinado, vinieron de la costa y serranías intermedias, según lo capitulado, los Caciques Naiguatá, Uripatá, Guaicamacuto, Anarigua, Mamacuri (que fue el primero que después dio la obediencia a Losada), Querequemare, Señor de Torrequemada, Prepocunate,

lxxxii. Año de 1568.

Araguaire y Guarauguta, el que mató en Catia a Diego García de Paredes, con siete mil indios de pelea, que llevaron entre todos; de los Mariches concurrieron Aricabacuto y Aramaipuro con tres mil flecheros de su nación, incorporados en sus banderas los Caciques Chacao y Baruta con la gente de sus pueblos, Guaicaipuro que como Capitán General había de gobernar todo el ejército, conducía dos mil guerreros, escogidos entre los más valientes de sus Teques, a quienes en el camino se agregaron otros dos mil gandules de los Tarmas, que acaudillaban los Caciques Paramaconi, Urimaure y Paramacay; pero estas dos naciones no pudieron llegar al sitio señalado a unirse con las demás por una casualidad bien impensada, en que consistió librarse la ciudad de tempestad tan horrible, como la que amenazaba en conjuración tan formidable.

Ignorante Losada de todo esto, por no haber tenido noticia alguna de lo que maquinaba Guaicaipuro, había despachado aquella madrugada a Pedro Alonso Galeas con sesenta hombres, para que corriendo las lomas y quebradas de los Tarmas, juntase la mayor porción de bastimentos que pudiese y los trajese a la ciudad. Caminaba Pedro Alonso con su gente a ejecutar puntual su diligencia, cuando a las ocho de la mañana encontraron con él los indios Teques, que unidos ya con los Tarmas, marchaban presurosos para hallarse en el asalto; pero al ver los españoles en parte que no esperaban, discurriendo que su coligación estaba ya descubierta, pues les salían armados al encuentro, cuando pensaban hallarlos en la ciudad desprevenidos, algo atemorizados se empezaron a dividir en mangas por los cerros.

Pedro Alonso por su parte, ignorando también el fin a que se encaminaba aquel formado ejército de bárbaros, se halló confuso sin acertar en buen rato a resolverse entre acometerlos anticipado, o esperarlos prevenido, hasta que aprovechándose de aquella antigua experiencia que tenía adquirida en las conquistas del Perú, se portó con tal destreza, que sin quererse empeñar en batalla declarada, con diferentes acometimientos y surtidas, logrando las ocasiones en que reconocía poderlas ejecutar con ventaja (como si supiera lo que importaba por entonces divertir aquellas tropas), las detuvo entretenidas todo el día, sin permitirles dar paso adelante, hasta

que llegada la noche, con el susto de lo que había sucedido a los demás conjurados, se retiraron confusos al abrigo de sus pueblos.

Las demás naciones convocadas, que juntas en Maracapana aguardaban la venida de los Teques y Tarmas para dar el asalto a la ciudad, viendo que era pasado el medio día y no llegaban, sin acertar a discurrir la causa de su tardanza, empezaron a desmayar, desconfiando del suceso por faltarles Guaicaipuro, quien, por lo acreditado de su valor y opinión adquirida de soldado, había en todo de dar la disposición para lograr el acierto; y teniendo su falta por presagio de alguna fatalidad, empezaron a desunirse los caciques, retirándose algunos con sus tropas, sin atreverse a proseguir en la empresa, que miraban ya con desconfianza; pero los otros, teniendo por descrédito el desistir de aquel lance en que tenían empeñada la opinión, moviendo sus escuadrones se fueron acercando a la ciudad.

Hallábase Losada a la ocasión en cama algo indispuesto, y dándole noticia de la multitud de bárbaros que venían marchando a la ciudad, con aquel sosiego natural que siempre tuvo, sin alterarse en nada, se empezó a vestir, mandando que le ensillasen un caballo, y cuando le pareció tiempo acomodado salió de la ciudad[lxxxiii], llevando en su compañía de los jinetes a Gabriel de Ávila, Francisco Maldonado, Antonio Pérez (soldado antiguo de las guerras de África y que se había hallado con el Emperador en la expugnación de Túnez), Francisco Sánchez de Córdoba, Sebastián Díaz, Alonso Andrea y Juan de Gámez; y de los infantes a Miguel de Santacruz, Juan Gallego, Juan de Sanjuán, Alonso Ruiz Vallejo, Gaspar Pinto y otros, hasta el número de treinta, dejando a los demás en guarda de las casas, para que los indios con la confusión no las quemasen, y apellidando a Santiago acometió al enemigo en la sabana, abriéndose camino con las lanzas, que en aquella confusa muchedumbre, ni erraban golpe ni perdonaban vida, cuando los infantes por su parte, embrazando las rodelas y esgrimiendo los aceros, empezaron a dividir aquellos cuerpos desnudos, que embarazados con su misma multitud, poniéndose en desorden se fueron retirando, atropellándose unos a otros por asegurar las vidas, de suerte, que en breve espacio sólo quedó en la campaña, para vender bien la suya, un indio llama-

lxxxiii. Batalla de Maracapana.

do Tiuna, natural de Curucutí, quien con una media espada, enastada en una guaica, desafiaba con repetidas voces a Losada.

Hallábase cerca de él Francisco Maldonado, y no pudiendo sufrir su atrevimiento, hizo piernas al caballo, llevando la lanza baja al embestirle; pero al ejecutar el golpe le huyó el indio el cuerpo con tal arte, que pasó la carrera de largo sin tocarle, y sin darle tiempo a revolver el caballo le tiró con la media espada un bote tan violento, que pasándole las armas y atravesándole un muslo, lo derribó del caballo, y asegurándole con otro antes que se levantase, le dio otra herida en un brazo; Juan Gallegos, Gaspar Pinto y Juan de Sanjuán, viendo el aprieto en que estaba Maldonado y recelando no lo matase aquel bárbaro, llegaron con presteza a socorrerlo; pero el Tiuna, sin desmayar en su aliento, antes más soberbio en su osadía, se mostró tan valeroso, que haciendo cara a los tres empezó a jugar la guaica con tan linda ligereza, compases y movimientos, que sin que le pudieran ofender, hirió en la frente a Juan Gallegos, privándolo de sentido; y haciendo demostración de acometer a Gaspar Pinto, descargó el golpe en Juan de Sanjuán, atravesándole un brazo, que le hizo soltar la espada; y pasara más adelante en maltratarlos (según la traza llevaba) si no llegara por detrás, sin que el Tiuna lo advirtiese, un indio de los amigos, criado de Francisco de Madrid, quien le disparó una flecha, que entrándole por la espalda, le atravesó el corazón, dejándoles a los tres en parte de recompensa de las heridas recibidas, un idolillo de oro del largo de un jeme, que traía pendiente al cuello, y unos brazaletes de lo mismo, y llevando que contar del arresto de aquel bárbaro, dieron la vuelta a la ciudad acompañando a Losada, que sin seguir el alcance de aquel deshecho escuadrón, tuvo por mejor el retirarse a dar descanso a su gente, contentándose con la facilidad que había tenido en deshacer acuella conjuración tan poderosa, sin ponerse a contingencia de algún adverso accidente.

CAPÍTULO X

Despuéblase la ciudad de Borburata; funda Losada la de Caraballeda, y sale después a reconocer la tierra

LAS INCOMODIDADES que experimentaban los vecinos de la Borburata con lo poco saludable del país, y los continuos sustos que padecían de las invasiones de corsarios, por la poca defensa de su puerto, los tenía tan descontentos y deseosos de mudar su vecindad, que aunque el Gobernador Don Pedro Ponce, teniendo noticia de la intención con que se hallaban les había prohibido con penas y amenazas el que la ejecutasen; mediado el año de sesenta y ocho se determinaron a desamparar la ciudad y dejándola despoblada se pasaron unos a vivir a Valencia y otros, que fueron los más, en piraguas y canoas se vinieron a Caracas a incorporar con Losada; quien hallándose con el aumento de fuerzas que le causó este socorro y el que de la Margarita le había conducido Juan de Salas, conociendo que para la conservación y crecimiento de su nueva ciudad de Santiago era preciso y conveniente hacer otra población en las orillas del mar, que sirviendo de puerto y abrigo a las embarcaciones del comercio, facilitase las conveniencias del trato, de que habían de resultar los intereses para su mayor aumento, se determinó a ponerla en planta y buscando el sitio más acomodado para su fundación, bajó personalmente a la costa, llevando consigo sesenta hombres; y habiendo asentado paces con los Caciques Mamacuri, Guaicamacuto y los demás circunvecinos (que escarmentados de la rota recibida se la ofrecieron voluntarios), pareciéndole el lugar más a propósito el mismo donde Fajardo tuvo fundado el Collado, distante siete leguas de la ciudad de Santiago, el día ocho de septiembre del año de quinientos sesenta y ocho pobló en él una ciudad[lxxxiv] que intituló Nuestra Señora de Caraballeda, y señalando treinta vecinos que habían de quedar en ella, nombró por Regidores a Gaspar Pinto, Duarte de Acosta, Alonso de Valenzuela y Lázaro Vázquez, que juntos en cabildo, eligieron por primeros Alcaldes ordinarios a Andrés Machado y a Agustín de Ancona; pero esta ciudad, que con tan buenos principios prometió grandes aumentos, con

lxxxiv. Ciudad de Caraballeda.

firmes esperanzas de una segura consistencia, fue bastante para que se despoblase una violenta sinrazón con que el Gobernador Don Luis de Rojas quiso mortificar a sus vecinos, malogrando los buenos fundamentos con que había empezado población tan necesaria, pues huyendo sus moradores del rigor de un absoluto poder, tomaron por partido abandonarla, retirándose con sus familias, como veremos después.

Poblada la ciudad de Caraballeda, y dispuestas por Losada aquellas cosas precisas para su conservación, dio la vuelta a la ciudad de Santiago, donde considerando ser ya tiempo de que tuviesen alguna remuneración de sus trabajos los que con tanto afán y peligro le habían acompañado en su conquista, determinó repartir las encomiendas, usando de los poderes que tenía del Gobernador Don Pedro Ponce; pero como quiera que para disponer materia de tan grande consecuencia era preciso tener conocimiento y noticia individual de todas las parcialidades y caciques que las gobernaban, con el número de gente de que se componían, para que la aplicación de los repartimientos fuese correspondiente a los méritos de cada uno, quiso primero reconocer toda la tierra, haciendo los ayuntamientos de ella en la mejor forma que le permitiese el tiempo, y para ello salió con setenta hombres, empezando por la provincia de los Teques, en cuyo distrito hizo alto en la loma, que llamó de los Caballos, por los muchos que los indios le mataron en ella, valiéndose de una traza que les dictó su perfidia.

Vivía en aquel contorno el Cacique Anequemocane, y fingiéndose hostigado de las incomodidades de la guerra y deseoso de las conveniencias de la paz, enviaba todos los días algunos de sus vasallos con diferentes regalos comestibles a Losada, y con este pretexto entraban en el alojamiento sin reparo, dejando las armas escondidas; pero en saliendo si hallaban ocasión de que los españoles no los viesen, flechaban cuantos caballos encontraban paseando por el campo, ejecutándolo con tan diestro disimulo, que se pasaron seis días sin que llegase a maliciarse su traición, hasta que cayendo en ella, no quiso Losada dejar sin castigo esta maldad y para poder lograrlo dispuso una emboscada en la parte más cercana al lugar de los forrajes.

El día siguiente vino en traje disfrazado el mismo Cacique Anequemocane, acompañado de otros ocho, cargados de gallinas, aguacates y ba-

tatas, y habiendo cumplido con las ceremonias del regalo, sin que Losada se diese por entendido de la traición de su obrar, salieron del alojamiento muy confiados y al llegar al sitio donde estaban los caballos, viendo que no parecía persona alguna por allí, empezaron a flecharlos; pero los de la emboscada, que estaban a la mira prevenidos, apenas conocieron la intención de su mal ánimo salieron acometiéndolos, y confuso Anequemocane al ver descubierta su maldad, no halló otro remedio que la fuga, con velocidad tan presurosa, que aunque corriendo tras de él, Juan Catalán le dio una cuchillada que le partió el casco, sacándole un pedazo: no fue bastante embarazo para que dejase de escaparse, si bien se le quedó toda la vida muy en la cabeza este suceso, pues con la señal y casco menos sirvió después muchos años a Lázaro Vázquez, a quien se lo repartió Losada en encomienda.

Los otros ocho compañeros, siguiendo el ejemplar de su Cacique, se metieron por el monte, tan cortados de su misma turbación, que sin acertar a huir pensaron ocultarse, subiéndose en los árboles; pero descubiertos por los nuestros fue tal su obstinación, que sin quererse rendir, aunque les aseguraban las vidas, se valieron de las flechas disparando desde arriba cuantas traían en la aljaba, con ánimo tan soberbio y corazón tan protervo, que habiéndoseles acabado todas las que tenían, se arrancaban del cuerpo con desesperación las saetas que los indios del servicio les tiraban desde abajo, y armándolas en los arcos, con los pedazos de carne asidos en los harpones, las volvían a disparar contra sus dueños, hasta que indignados los españoles al ver barbaridad tan temeraria, los derribaron muertos a balazos, y empalándolos después, los dejaron puestos en la loma, para escarmiento y terror de los demás.

CAPÍTULO XI

Prosigue Losada su reconocimiento: llega al sitio de Salamanca: atraviesa la provincia de los Mariches, y da la vuelta a la ciudad

DESPUÉS de haber estado Losada ocho días en la loma de los Caballos, levantó su campo con ánimo de reconocer toda la provincia de los Teques,

y habiendo caminado todo el día, llegó a hacer noche a otra loma alta y limpia de montaña, poblada de diferentes caserías, que halló desamparadas de sus dueños, de una de las cuales era natural aquel indio Guayauta, que (como referimos en el capítulo cuarto de este libro) aprisionaron los españoles en la refriega en que murió Diego de Paredes, quien habiendo estado en compañía de Losada más de un año, con licencia suya había dado vuelta a sus países, llevando tan arraigado al corazón el odio contra los nuestros, que sin haber sido poderosa la comunicación, con los agasajos y buen trato que había experimentado en ellos, para apagar el incendio de su vengativo pecho, luego que tuvo la noticia de que Losada se encaminaba a su pueblo, valiéndose de ardides militares, que como ladrón de casa había observado en los nuestros, sabiendo que lo primero había de buscar el agua, retiró todos los indios al secreto de una emboscada, que dispuso en las márgenes de un arroyo, que corría por la falda de una loma; y como nuestra gente con el cansancio y calor había llegado sedienta, Alonso Quintano, Pedro Serrato y Diego Méndez, que iban de los delanteros, sin esperar a los otros, llevados de la fatiga que padecían con la sed, ocurrieron al arroyo, descuidados del mal que les esperaba y experimentaron luego, pues atravesados, Serrato con una flecha por los pechos y Méndez por las entrañas con otra, cayeron muertos, rabiando con la fuerza del veneno; Alonso Quintano viéndose en aquel peligro, aconsejado de la necesidad en que se hallaba hincó la rodilla en tierra y encogiendo el cuerpo cuanto pudo, se abroqueló de una rodela que llevaba, ofreciéndola por blanco a aquel diluvio de flechas, que disparaban sobre él hasta que llegando los demás a socorrerlo, se retiraron los indios dejando libre el arroyo.

Sentidísimo quedó Losada con la desgracia sucedida en la muerte de sus soldados, y para tomar alguna satisfacción de su venganza, mandó aquella misma noche a Jerónimo de Tobar, que con cuarenta hombres se emboscase en la encrucijada que formaban dos caminos que bajaban de la loma, disponiendo la gente con tal arte, que cogiendo la frente de todas cuatro veredas, ocupase el paso de cualquiera de ellos por donde los indios intentasen hacer su acometimiento: ejecutó Tobar su diligencia y al romper el alba al día siguiente se empezaron a descubrir como quinientos gandules, que bajaban por uno de los caminos que venían a parar en la embosca-

da; de que gozosos los nuestros (ocultándose cuanto les fue posible para no ser descubiertos) los dejaron empeñar para asegurarlos bien; y viendo que hasta cincuenta de ellos estaban ya metidos en parte que no podían escapar, dando Tobar la señal de acometer, los salieron embistiendo con resolución tan repentina, que sólo libró la vida por su mucha ligereza, un Cacique llamado Popuere, llevando para memoria del suceso partido un hombro de una cuchillada que le dio Miguel de Santacruz, quedando los cuarenta y nueve hechos pedazos, para asombro de los otros, que absortos con el fatal destrozo de los compañeros, aunque al principio intentaron defenderse con osadía, después se retiraron con temor.

Satisfecho Losada con esta demostración para el castigo, no quiso detenerse más en aquel sitio, por no perder el tiempo, de que necesitaba para proseguir el reconocimiento que tenía entre manos; y así atravesando el paraje, a quien Juan Rodríguez puso por nombre Salamanca y el valle de los Locos, salió a unos pueblos, que llamó los Estaqueros (por las muchas estacas y púas envenenadas de que estaban sembrados los caminos), y aunque todos los halló desamparados, había sido tan atropellado y reciente el retiro de sus vecinos, que sin tener lugar para poner en cobro lo corto de sus alhajas, habían dejado las casas al arbitrio de los huéspedes; y como en una de ellas entrasen ocho de los nuestros al pillaje y encontrasen una olla, que llena de batatas y pedazos de carne estaba puesta al fuego, por no malograr la conveniencia del banquete que hallaban prevenido, se sentaron con gran brío a satisfacer sus buenas ganas, saboreándose en la olla, como pudieran en el manjar más bien guisado, hasta que metiendo uno la mano sacó unos dedos con uñas y un pellejo con una oreja pendiente, y conociendo por las señas que era lo que habían comido carne humana, fue tal el asco y horror que concibieron, que con mil ansias y trasudores volvían a lanzar con fatiga, lo que habían gustado con ganas.

Llevaba Losada entre sus soldados uno, llamado Francisco Guerrero, natural de Baeza, en la Andalucía, de más de sesenta años de edad, hombre célebre en los acaecimientos raros de su varia fortuna: había estado cautivo en Constantinopla veinte y tres años, donde oprimido con los trabajos de su esclavitud, pensando hallar remedio a su desdicha, renegó de la fe, y después arrepentido, buscando alivio a los desconsuelos con que lo marti-

rizaba la conciencia, en compañía de otros cristianos en las playas de Calcedonia se levantó con una galeota de turcos, y valiéndose de la perfección con que hablaba la lengua arábiga y fingiendo iba de viaje a Navarino, pasó sin ser conocido por los Dardanelos, saliendo a navegar al Archipiélago, y encaminando su derrota a Italia, se reconcilió en Roma con la Iglesia, llorando arrepentido su pecado: habíase hallado en la expugnación de Rodas y en el formidable sitio de Viena, ganando sueldo en los ejércitos del turco Solimán, como soldado suyo, hombre tan afortunado, que siendo así que jamás usó de arma defensiva, ni de más prevención para el resguardo de su persona, que un sayo de raja viejo, habiendo asistido en diferentes batallas y reencuentros en el Asia, en la Europa y en la América, nunca fue herido, sino fue en una ocasión, que andando en estas conquistas le hizo vestir Diego de Montes por fuerza un sayo de armas, y ese día le dieron un flechazo en una pierna, de que quedó baldado para siempre.

Este Francisco Guerrero, habiendo Losada dejado el país de los Estaqueros para entrar en la provincia de los Mariches al pasar por el pueblo del Cacique Tapiaracay, que estaba como los demás despoblado, viendo en una casa algunas gallinas (sin que lo echasen menos los compañeros), con ánimo de cogerlas, acompañado solamente de un indio ladino que le servía, se quedó en ella rancheado muy despacio, pasando los demás sin detenerse al valle de Noroguto.

Los indios que retirados en el monte estaban a la mira, advirtiendo que aquel español quedaba solo en el pueblo, tuvieron luego la presa por segura y para lograrla sin recelo, salieron más de doscientos, con ánimo determinado de aprisionarlo vivo; el Francisco Guerrero llevaba una escopeta y un fino pistolete, y sin perder el ánimo empezó a retirarse, haciendo cara a los indios con las dos armas de fuego, disparando la una, mientras el indio le cargaba la otra, y de esta suerte, sin dejar que los bárbaros se le pusiesen cerca, habiendo muerto a cinco de ellos, tuvo lugar para ponerse en salvo, llegando aquella noche a Noroguto, con admiración de todos los soldados, que habiendo conocido que faltaba en el alojamiento, lo juzgaban muerto, y saliendo Losada de este valle sin que le sucediese otro accidente, atravesando la provincia de la nación de Mariche, dio la vuelta a la ciudad, después de treinta y dos días gastados en la jornada.

CAPÍTULO XII

Determina Losada prender a Guaicaipuro: envía a Francisco Infante para que lo ejecute: retírase el bárbaro, y pierde la vida peleando

BIEN desconsolado se hallaba Losada después que dio la vuelta a la ciudad, por haber reconocido (según la dureza y rebeldía que experimentó en los indios en la entrada que había hecho) cuán en los principios se hallaba su conquista, después de año y medio que había trabajado en ella, sin que en los espacios de su consideración se le ofreciesen medios de que poderse valer para conseguirla, pues si intentaba los de la amistad, solicitando paz con los caciques, le habían enseñado los accidentes pretéritos, que no tenía más consistencia su firmeza, que la que trae consigo la variedad de una naturaleza inconstante; y si proseguía los de la guerra, hallaba por experiencia ser tan impracticables sus operaciones, que hacían muy dilatados y contingentes sus fines, pues ayudándose los indios, de las fragosidades del país, era imposible reducirlos a sujeción, por la facilidad con que huyendo el cuerpo a los encuentros, se retiraban a los montes cautelosos, cuando en sus pueblos los buscan los nuestros prevenidos, haciendo sólo cara en la ocasión que conocían poder lograrla con ventaja.

Era la única causa de su obstinación el Cacique Guaicaipuro; gloriábase este bárbaro de haber sido bastante su valor para lanzar de la provincia a Francisco Fajardo obligándolo a despoblar las dos ciudades que tenía en ellas fundadas: contaba entre sus triunfos por más célebre el tesón con que mantuvo la guerra, resistiendo un Capitán de tanto nombre como Juan Rodríguez Suárez, hasta hacerle perder la vida en la demanda: jactábase soberbio de la rota que dio a Luis de Narváez y el lamentable estrago que ejecutó en su gente cuando en la loma de Terepaima quedó toda por despojo del filo de su macana; y aunque con Losada le había corrido adversa la fortuna, esperaba en los acasos del tiempo, que le ofreciese su melena la ocasión para quedar victorioso; y como el continuado curso de sus hazañas había elevado a este Cacique a aquel grado de estimación tan superior, que a su arbitrio se movían obedientes todas las naciones vecinas, teníales encargada la perseverancia en la defensa, ofreciéndoles su amparo para man-

tener la libertad contra el dominio español, asegurándoles no faltaría coyuntura en que pudiese su esfuerzo (como lo había hecho otras veces) acreditarse de invencible.

No ignoraba Losada estos designios y considerando que en tanto que viviese Guaicaipuro tenía mil dificultades la conquista, se determinó a quitar de por medio este embarazo, procurando (aunque lo aventurase todo) haberlo a las manos muerto o vivo; pero para justificar mejor su acción, procedió contra él por vía jurídica, haciéndole proceso de todos sus delitos, muertes y rebeldías (si se puede dar tal nombre a los efectos de una natural defensa), y despachando mandamiento de prisión, encomendó la diligencia a Francisco Infante (que por reelección del cabildo proseguía en este año siendo Alcalde), quien con guías fieles y seguras, que lo condujesen al paraje en que se ocultaba Guaicaipuro, salió de la ciudad con ochenta hombres una tarde al ponerse el sol, y caminando hasta la media noche, por haber cinco leguas de distancia, llegó a ocupar el alto de una sierra, a cuya falda estaba el pueblo que buscaba y servía de retiro a Guaicaipuro, en la cual, pareciéndole preciso asegurar la retirada para cualquier accidente, se quedó Francisco Infante con veinte y cinco hombres de reserva, entregando los demás a Sancho del Villar, soldado experimentado y de valor, para que bajase al pueblo a ejecutar la prisión antes que fuesen sentidos.

Era grande la fama que corría de las muchas riquezas que ocultaba Guaicaipuro y, o fuese por el ansia de no ser los postreros al pillaje, o porque siendo lance de tanto empeño en el que estaban deseaba cada uno manifestar las veras de su aliento, empezaron a bajar con tal porfía que procuraba cada cual ser el primero; pero adelantándose Hernando de la Cerda, Francisco Sánchez de Córdoba, Melchor Gallegos, Bartolomé Rodríguez y Juan de Gámez, conducidos de las guías llegaron a la puerta de la casa donde estaba Guaicaipuro; mas oyendo dentro ruido y alboroto, señal de que eran sentidos, sin atreverse a entrar, esperaron a que llegasen los demás, y juntos, por asegurar la presa, unos cercaron la casa y otros acometieron a ocuparla; pero Guaicaipuro con aquella ferocidad de ánimo que siempre tuvo para menospreciar los peligros, jugando un estoque de siete cuartas, que había sido de Juan Rodríguez y ayudado de veinte y dos fle-

cheros, que tenía consigo, defendió la entrada de tal suerte, que cuantos intentaron emprenderla volvieron para atrás muy mal heridos.

Ya a este tiempo, a las voces y rumor de la pelea alborotado todo el pueblo, ocurrían los indios a socorrer a su cacique, menospreciando las vidas, pues esgrimiendo sus macanas se entraban por las espadas, donde los más perecían: todo era lamentos, bramidos y confusión; ésta originada de las tinieblas y horrores de la noche; y aquéllos causados de las mujeres que huían y los hombres que peleaban, hasta que cansados los nuestros de ver la defensa de aquel bárbaro, echaron una bomba de fuego sobre la casa, con que se empezó a abrasar por todas partes; y viendo Guaicaipuro, que de mantenerse dentro era preciso perecer entre las voracidades del incendio, tuvo por mejor morir entre sus enemigos; y llegándose a la puerta con el estoque en las manos, embistió con Juan de Gámez, a quien atravesó un brazo, sacándole el estoque por el hombro; y echando llamas de enojo aquel corazón altivo, dijo: ¡Ah españoles cobardes! porque os falta el valor para rendirme os valéis del fuego para vencerme: yo soy Guaicaipuro a quien buscáis y quien nunca tuvo miedo a vuestra nación soberbia; pero pues ya la fortuna me ha puesto en lance en que no me aprovecha el esfuerzo para defenderme, aquí me tenéis, matadme, para que con mi muerte os veáis libres del temor, que siempre os ha causado Guaicaipuro; y saliendo para afuera, tirando con el estoque a todas partes, se arrojó desesperado en medio de las espadas que manejaban los nuestros, donde perdió la vida temerario, con repetidas estocadas que le dieron, acompanándole en la misma infelicidad de su fortuna los veinte y dos gandules que le habían asistido a su defensa.

Este fue el paradero del Cacique Guaicaipuro, a quien la dicha de sus continuadas victorias subió a la cumbre de sus mayores aplausos para desampararlo al mejor tiempo, pues le previno el fin de una muerte lastimosa, cuando pensaba tener a su disposición la rueda de su fortuna: bárbaro verdaderamente de espíritu guerrero y en quien concurrieron a porfía las calidades de un capitán famoso, tan afortunado en sus acciones, que parece tenía a su arbitrio la felicidad de los sucesos: su nombre fue siempre tan formidable a sus contrarios, que aún después de muerto parecía infundía temores su presencia, pues poseídos los nuestros de una sombra repenti-

na, al ver su helado cadáver (con haber conseguido la victoria), se pusieron en desorden, retirándose atropellados, hasta llegar a incorporarse con Francisco Infante en lo alto de la loma, de donde recobrados del susto, dieron la vuelta a la ciudad.

CAPÍTULO XIII

Intentan los Mariches, con el pretexto de una paz fingida, asaltar la ciudad de Santiago: descúbrese su traición y mueren empalados los cómplices del delito

PASADOS algunos días después de la muerte del Cacique Guaicaipuro, sin que en todos ellos, ni de paz, ni de guerra se hubiese dejado ver algún indio en la ciudad, entrado ya el año de sesenta y nueve[lxxxv] sabiendo los Mariches que Losada había hecho el repartimiento de los pueblos, señalando a cada parcialidad su encomendero, a quien acudiesen con los servicios y demoras, parecióles buena ocasión para dar algún desahogo a su venganza, valiéndose del pretexto de dar la obediencia y reconocer vasallaje a sus nuevos dueños, y con este motivo poder con más conveniencia y disimulo lograr su intento depravado a la sombra de una sumisión afectada y a vueltas de una paz fingida; para lo cual, juntándose hasta quinientos gandules, los más esforzados de su nación, se vinieron a la ciudad separados en cuadrillas (por no hacerse sospechosos) y entrándose por las casas con aquellos rendimientos que usa un ánimo alevoso, para paliar su traición manifestaron a los españoles el deseo que tenían de verse libres de las hostilidades de la guerra, y gozar los beneficios de la paz, que tanto amaban: motivo que obligaba a cada uno a solicitar el conocer la persona a quien había de servir, para empezar desde luego a tratarla como a dueño.

Era el ánimo de aquellos bárbaros (según constó del proceso que se culminó contra ellos) asegurar a los nuestros con la familiaridad de su asistencia, y en viéndolos descuidados, procurar esconderles una noche las armas y frenos de los caballos, para que cogiéndolos desprevenidos, no hallasen resistencia en el acometimiento que habían de intentar; pero, o

lxxxv. Año de 1569.

fuese porque estando la determinación entre muchos no pudo durar oculta, o porque en realidad nunca tuvo esta conjura más fundamento, que el que le dio la sospecha, ayudada de los recelos que causaba en los vecinos el ver tanta gente junta, empezó a correr la voz del riesgo que amenazaba; y como en semejantes ocasiones aun las conjeturas imaginadas pasan plaza de evidencias innegables, cogió tal cuerpo la noticia, que en las acciones más casuales de los indios hallaban circunstancias para confirmarla por muy cierta; y deseando atajar el daño antes que llegase a efecto lo que temían, ocurrieron a Losada para que aplicase el remedio, castigando la traición, que juzgaban evidente; mas Losada que no ignoraba la emulación que padecían sus acciones entre algunos de los suyos, conociendo la poca justificación que tenía la materia, pues sólo se fundaba en las débiles apariencias que había formado el temor, gobernándose con aquella prudencia, nacida de su experiencia, no quiso meterse en ella y huyendo por todos lados el cuerpo a la censura, dio comisión a los Alcaldes ordinarios, para que procediesen a la averiguación por vía jurídica.

Éranlo en aquel año Don Pedro Ponce de León y Martín Fernández de Antequera, y examinados testigos, tomadas las declaraciones y ajustada la sumaria (con verdad, o sin ella, porque esto quedó siempre en opiniones) resultó justificarse el delito y pasar a poner en prisión veinte y tres caciques y capitanes, que parecieron ser los más culpados, los cuales, sin más términos, defensas, ni descargos, fueron condenados luego a muerte, cuya ejecución corrió tan por cuenta de la crueldad, que parece que en este caso se olvidaron nuestros españoles de las obligaciones de católicos y de los sentimientos de humanos, pues faltando a los respetos de la piedad, entregaron aquellos miserables a los indios amigos y del servicio, para que les quitasen las vidas a su arbitrio; y ellos, como bárbaros vengativos y crueles, intentaron un género de muerte tan atroz, que sólo pudiera su brutalidad haberla discurrido, pues metiéndoles por las partes inferiores maderos gruesos, con puntas muy agudas, partiéndoles los intestinos y atravesándoles las entrañas, se los sacaban por el cerebro: martirio que sin mostrar flaqueza alguna en el ánimo, sufrieron con gran valor y tolerancia, clamando al cielo volviese por la inocencia de su causa, pues no había dado motivo la sinceridad de su proceder para pasar por el tormento de suplicio tan horrible.

Sucedió en esta ocasión un caso, digno por cierto de que grabándose en mármoles se eternizase su memoria en los archivos del tiempo, para norma de la lealtad y ejemplo de lo que puede el amor en el pecho de un vasallo: era uno de los veinte y tres destinados a la muerte un Cacique, llamado Chicuramay, y sabiendo Cuaricurian, un indio vasallo suyo, que lo llevaban ya al patíbulo, con intrepidez bizarra y resolución más que magnánima, quiso hacer demostración de los límites hasta donde puede llegar la fuerza de la fineza, pues saliéndoles al encuentro a los verdugos, les dijo: deteneos y no por yerro vuestro quitéis la vida a un inocente; a vosotros os han mandado matar a Chicuramay y como no tenéis conocimiento de las personas, engañados habéis aprisionado a quien no tiene culpa alguna, ni se llama de esa suerte: yo soy Chicuramay, quien cometió el delito que decís, y pues a voces lo confieso, dadme a mí la muerte que merezco y poned en libertad a quien no ha dado motivo para que en él se ejecute; y de esta suerte sacrificando su vida por librar la de su príncipe, se ofreció gustoso al suplicio, poniéndose en manos de los que lo habían de ejecutar, que ignorantes del engaño, pensando que era verdad lo que decía, lo empalaron como a los otros, dejando libre a Chicuramay, para que con los demás indios de su nación, que habían venido a la ciudad, huyendo de su desdicha, se retirase a las montañas, donde las consideraciones de su pena fuesen más tolerables, teniendo por consuelo vivir en parte en que no oyesen, ni aún mentar el nombre de españoles, contra cuya opresión, ni armados hallaban defensa, ni rendidos encontraban alivio.

CAPÍTULO XIV

Revoca el Gobernador, por quejas de Francisco Infante, los poderes que tenía dados a Losada: desampara éste la conquista de Caracas, y muere en el Tocuyo

SIEMPRE ha sido reputado por muy difícil entre los políticos el arte de gobernar; y cuando no tuviéramos tantas experiencias que acreditasen por evidente esta verdad, nos ofrece nuestra historia un ejemplar en Diego de Losada para comprobación de su certeza, pues aunque sus acciones, gobernadas con las reglas de su natural prudencia, jamás excedieron los lími-

tes de una moderación justificada, no pudieron ser tan agradables a todos, que se librasen de la emulación de algunos principalmente de la de Francisco Infante, con quien desde los principios de la conquista empezó a tener algunos desabrimientos, que empezando por quejas particulares y secretas, interviniendo después chismes y cuentos, se fueron aumentando de suerte, que llegaron a parar en sentimientos declarados; y como en el repartimiento de las encomiendas cada cual de los conquistadores esperase la más pingüe, por parecerle que sus méritos eran acreedores de justicia a la mejor conveniencia, no pudo ser el tanteo y regulación que hizo Losada tan a satisfacción de todos, que no quedasen muchos quejosos, sintiéndose agraviados en la graduación del premio: sinsabor, que hallando apoyo en el fomento de Francisco Infante, cobró tal cuerpo, que prorrumpiendo en públicas demostraciones de sentimiento, divididos los vecinos en parcialidades, se convirtió la ciudad en enemistades y discordias.

Bien conocía Francisco Infante que su séquito no podía prevalecer mientras Losada se hallase con el carácter de superior, pues el quererle hacer oposición declarada era exponerse él y los suyos a la contingencia de padecer la vejación de un continuado desaire; y así para quitar este embarazo, consultada la materia con los amigos de su mayor confianza, tomó una resolución bien temeraria, pues determinado a capitular ante el Gobernador las operaciones de Losada, sin reparar en los inconvenientes y riesgos tan manifiestos de haber de atravesar la loma de Terepaima, poblada de tanto bárbaro, acompañado sólo del Cura Baltasar García, Domingo Giral y Francisco Román Coscorrillo, soldados de resolución y de valor, al anochecer de cierto día salió de la ciudad y caminando con el secreto posible para no ser sentido de los indios, llegó a entrar por la montaña, que llaman las Lagunillas, donde con la oscuridad de la noche, aumentada de las tinieblas que formaban las sombras de los árboles, perdiendo el tino en la senda que seguían se halló metido en un laberinto, cercado de confusiones, sin poder acertar con el camino por cuantas partes buscaban; y viéndose afligido, por el peligro evidente de su vida, si llegaba a amanecer antes de pasar la loma, pidió favor a los cielos, encomendándose a la Virgen Santísima (de quien se confesaba devoto), a tiempo, que, o socorrido del milagro, o ayudado de la casualidad, se le puso por delante, como a distancia de

quince pasos, un ave de la hechura y similitud de un pato grande, que esparciendo de sí una luz resplandeciente como un hacha, le manifestó la vereda que ignoraba guiándolo hasta sacarlo fuera del riesgo de la montaña.

Prodigio, que no obstante hallarse acreditado con la antigua tradición de este suceso y comprobado con la relación que daban los indios de haber en aquel sitio una especie de pájaros nocturnos, a quien adornó naturaleza con la propiedad de despedir de sí rayos de luces, como quiera que siendo el día de hoy aquel paraje camino tan trajinado y pasajero, no ha habido en estos tiempos persona alguna que los haya visto: cumplo con la obligación de historiador en referirlo, dejando libre el juicio del lector para el ascenso, aunque a mí no me hace dificultad alguna el creerlo, pues vemos la misma propiedad en las luciérnagas o cocuyos (como llamamos en las Indias) y habrá veinte años vi en esta ciudad un madero, que con una creciente arrojó el río Guaire a sus orillas, que de noche, o puesto de día en parte oscura, como si estuviera ardiendo en llamas, despedía de sí los resplandores; y poniendo la providencia esta virtud en lo vegetable, ¿por qué no la podrá haber puesto en lo sensitivo?

Hallándose Francisco Infante y sus compañeros fuera de la montaña y libres de la congoja que les causaba su detención, se dieron tanta prisa a caminar, huyendo del peligro que les amenazaba en la tardanza, que al empezar a rayar las primeras luces del día se hallaron en las orillas del río Tuy, donde siendo sentidos de los indios Arbacos, bajaron en su alcance de la loma hasta sesenta gandules, pareciéndoles, que siendo cuatro los españoles, podrían con facilidad cogerlos vivos; pero Infante, por no mostrar asomos de flaqueza en ocasión tan urgente, volviendo el rostro al escuadrón, él y Francisco Román pararon los caballos, aguardando a que llegasen cerca para poder embestirles; Domingo Giral, queriendo hallarse más desahogado y dueño de sus acciones, se desmontó del suyo para pelear a pie sin embarazo, y en esta disposición, cuando les pareció tiempo oportuno rompieron por los Arbacos, ayudándose los tres unos a otros, con tal destreza y prontitud, que en breve rato, dejando muertos diez y siete, hicieron retirar a los demás por los cañaverales de las márgenes del río; y aunque Domingo Giral, como se hallaba a pie, quiso seguirlos, desistió de su intento al primer paso, así por haber dado en un atolladero donde por salir

dejó los alpargates, como porque llamado de los compañeros le fue preciso ocurrir a socorrerlos, pues se hallaban atajados de otra porción de bárbaros, que les acometían por las espaldas.

Conociendo entonces Francisco Infante, por las demostraciones de un gandul que sobresalía entre todos, adornada la cabeza de una corona de plumas, que era el que los acaudillaba, puso toda su diligencia en buscar ocasión para matarlo, por considerar que en aquel lance era el único medio para salvar las vidas: discurso que le salió bien acertado, pues habiendo tenido fortuna de encontrarlo y darle con la lanza por los pechos, apenas cayó muerto en el suelo cuando formando los indios una confusa vocería cargaron con el cuerpo y se pusieron en huida, dejando el campo libre a nuestros caminantes, para que pudiesen salir a las sabanas de Guaracarima, de donde sin embarazo pasaron a Barquisimeto a dar sus quejas al Gobernador Don Pedro Ponce, y como éstas las dictaba la pasión y enemistad concebida en Francisco Infante contra Losada, subieron tan de punto las calumnias, que las acciones más prudentes y justificadas pasaron plaza de delitos muy enormes, que ponderados con eficacia de Francisco Infante y apoyados con desafecto del Cura Baltasar García, obligaron al Gobernador a tomar una resolución tan intempestiva y arrojada, que puso las cosas de Caracas en contingencia de perderse, pues sin más motivo que dar crédito a una relación apasionada, revocó los poderes que tenía dados a Losada y privándolo del puesto de su Lugarteniente, despachó nuevo título, para que gobernase en su lugar, y prosiguiese la conquista, a su hijo Don Francisco Ponce, que se hallaba en la ciudad de Santiago.

Muy de susto cogió a Losada semejante novedad, porque jamás se persuadió a que la continuación de sus servicios, ni la claridad de su ilustre sangre habían de ser tan poco atendidas del Gobernador, que permitiese llegase a efecto la intención con que sus émulos tiraban a lastimarle en lo sensible del crédito y vivo del pundonor; pero experimentando el golpe de su adversa fortuna cuando menos lo esperaba, dando cuantas ensanchas pudo al sufrimiento, obedeció el despacho y entregado el bastón a Don Francisco Ponce, salió de la provincia de Caracas acompañado de todos los más conquistadores de su séquito, que por no militar debajo de otra mano, ni aprobar con su consentimiento el agravio hecho a su General, desampa-

raron la conquista, retirándose a vivir a las demás ciudades de la gobernación: accidente, que dejó tan debilitadas las fuerzas de las dos nuevas ciudades de Santiago y Caraballeda, que estuvieron a punto de despoblarse, como hubiera sucedido a no introducirles el socorro, que referiremos después.

No quiso Losada por entonces verse con el Gobernador, por no ponerse en contingencia de que el ardimiento de su justa queja propasase los términos del respeto, que se debe a un superior; y así, sin entrar en Barquisimeto pasó de largo a su antigua asistencia del Tocuyo, donde pensaba, retirado, templar el sinsabor de su disgusto; pero como a la lima sorda de un sentimiento no hay corazón, por grande que sea, que no desfallezca, pudo tanto la consideración de su desaire, sobre la mala correspondencia de sus muchos servicios, que postradas las fuerzas del ánimo, consumido de melancolías y tristezas, perdió en breve tiempo la vida, con general desconsuelo hasta de sus enemigos, pues jamás pudo la ciega emulación de sus contrarios negar aquel conjunto de prendas que lo hicieron siempre amable.

Fue natural del reino de Galicia, caballero muy ilustre, hijo segundo del Señor de Ríonegro, de gallarda disposición y amable trato, muy reportado y medido en sus acciones, de una conversación muy agradable y naturalmente cortesano: propiedades, que le granjearon siempre la dicha de bien quisto. Cuando pasó a la América dio las primeras muestras de su valor en las conquistas de Paria y Maracapana, donde fue Maestre de Campo del Gobernador Antonio Cedeño; y muerto éste a las violencias de un veneno en aquella jornada que emprendió para el descubrimiento del río Meta, por elección de todos los soldados del ejército fue nombrado en compañía de Pedro de Reinoso, hijo del Señor de Autillo, para que los gobernase, fiando de su prudencia los aciertos de que necesitaban en empeño de aquel porte; y vuelto después a Maracapana pasó a esta provincia, donde tuvo la estimación, que merecieron sus señalados servicios, pues no hubo función en su tiempo a que no asistiese, manifestando en todas su singular talento; con Alonso Pérez de Tolosa entró por Maestre de Campo al descubrimiento de las sierras nevadas y lomas del viento; contra la rebelión del negro Miguel fue nombrado por General de los cabildos, y se debió a su valor la rota de su ejército y muerte de aquel tirano; en la conquista de Caracas y

población de sus ciudades, no sé si debió más a su fortuna, o a su infelicidad, pues si aquélla le dio la gloria de conseguir lo que no pudieron otros capitanes de gran nombre, ésta le dispuso de sus mismos triunfos la emulación, que dio motivo a su muerte, con la violenta resolución de un superior imprudente.

Cuasi al mismo tiempo que falleció Losada en el Tocuyo murió también en Barquisimeto el Gobernador Don Pedro Ponce de León de una disentería, dejando el gobierno a los Alcaldes ordinarios, a cada uno en su distrito, en el ínterin que la Audiencia de Santo Domingo daba otra disposición más conveniente.

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I

Capitula Don Pedro de Silva la conquista del Dorado: llega con su armada al puerto de la Borburata, e intenta su descubrimiento por los Llanos

PARA INTELIGENCIA y claridad de los sucesos que se siguen al hilo de nuestra historia es necesario advertir, que el año de quinientos sesenta y seis, habiendo salido de las Chachapoyas en el reino del Perú el Capitán Martín de Proveda con alguna gente armada al descubrimiento de nuevas conquistas, pasada la cordillera de los Andes y entrado en el piélago inmenso de los Llanos, llevando su derrota siempre al Norte, fueron tantos los infortunios y contratiempos que padeció de hambres, enfermedades y trabajos, que muerta la mayor parte de sus soldados, por no perecer en aquellos desiertos intratables, mudando el rumbo al Poniente para buscar las serranías, vino a salir por San Juan de los Llanos a la ciudad de Santa Fe, sin más fruto de su jornada, que haber adquirido noticias de algunos indios que encontró, de que caminando más al Norte por el mismo viaje que llevaba, hallaría provincias muy pobladas, y tan ricas, que todo el menaje de las casas era labrado de oro, con otras mil grandezas y mentiras, que aquellos salvajes de los Llanos, por echarlos cuanto antes de sus tierras, les supieron fingir para engañarlos.

Llegado Proveda a Santa Fe y esparcidas por él y sus soldados las voces

de estas provincias, con aquellas circunstancias que suele la ponderación en tales casos, fue tal el movimiento que causaron, teniendo todos por fijo haber llegado a la hora de descubrirse el Dorado, que desde luego ambicioso de más fama de la que había adquirido en los descubrimientos del Nuevo Reino el Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, capituló con la Audiencia de Santa Fe la conquista y población de tierras tan opulentas como exageraban todos, cuya empresa, y los imponderables trabajos que en ella padeció el Adelantado (sin otro fruto, que quedar destruido) dejamos de referir, por no ser materia perteneciente al asunto de esta Historia.

Era uno de los soldados que acompañaron a Proveda en este descubrimiento Don Pedro Malaver de Silva, caballero extremeño, natural de Jerez y casado en Chachapoyas, hombre rico de caudal, de corazón altivo y espíritus elevados; y pareciéndole (con las noticias adquiridas en los Llanos) que tenía ya en posesión aquellas grandes riquezas, que para ruina de la nación española fingió la desventura con este apetecido nombre del Dorado; con deseo de eternizar su fama se determinó el año de quinientos sesenta y ocho a pasar a Castilla y solicitar del Rey, le hiciese merced de esta conquista a que le inclinó su maligna estrella, para que perdiendo la vida en manos de su infelicidad, dejase ejemplo en sus desdichas de lo poco que aprovecha el valor a un corazón por grande que sea, cuando lo han cogido por su cuenta las desgracias.

Puesto Don Pedro en la Corte, patrocinado del favor de Don Diego de Córdoba consiguió con facilidad su pretensión, dándole el Rey en adelantamiento la conquista de los Omeguas, Omaguas y Quinaco, en distancia de trescientas leguas, con nombre de la Nueva Extremadura; el gobierno por dos vidas de todo lo que poblase, veinte y cinco leguas en cuadro, con los indios que comprendiesen dentro, en la parte que escogiese de su gobierno: la vara de Alguacil mayor de la cancillería (si en algún tiempo se fundase) perpetua en su casa; y otras muchas mercedes honoríficas y de conveniencia, de que se le despacharon títulos en Aranjuez a quince de mayo del mismo año de sesenta y ocho.

Y porque el mismo día se habían dado despachos a Don Diego Fernández de Cerpa para la conquista de la Guayana y Guara con otras trescientas

leguas de jurisdicción, que habían de correr con nombre de la Nueva Andalucía, por quitar las diferencias y disturbios que podían originarse entre estos dos generales sobre los términos de sus gobernaciones, hizo declaración el Consejo, para que las trescientas leguas concedidas a Don Diego de Cerpa empezasen desde la boca de los Dragos, subiendo por el río Orinoco para el Sur, y donde éstas acabasen tuviesen su principio las de Don Pedro de Silva.

Compuesta de esta suerte la diferencia que pudiera moverse entre los dos, trataron de hacer levas y levantar gente para sus descubrimientos, Cerpa en Castilla y Don Pedro de Silva en la Extremadura y en la Mancha, con tan buen suceso, que dentro de pocos días se halló Don Pedro con seiscientos hombres escogidos, muchos de gente noble y principal, y entre ellos dos hermanos, naturales de Alcántara, el uno llamado Alonso Brabo Hidalgo, que había sido criado del Príncipe Rui-Gómez, a quien hizo Don Pedro su Maestre de Campo; y el otro Diego Brabo Hidalgo, hombres ricos y acomodados, que viendo a Don Pedro falto de medios para los precisos gastos de su avío, le prestaron mil ducados, a pagar en mejor fortuna, con los cuales y otras cantidades que recogió entre los soldados, pudo disponer lo necesario para el mejor expediente de su apresto.

Prevenidos y ya de partida, se hallaban en Sevilla los dos generales cuando llegó a aquella ciudad la primera noticia del levantamiento de los moriscos de Granada, y Don Pedro, sin esperar a la segunda recelando no le quitasen la gente para necesidad tan apretada, la hizo embarcar con brevedad y con ella se bajó para San Lúcar: diligencia, que por no haberla Cerpa prevenido se le siguió la molestia de que le embargasen la suya, obligándole a pasar a la Corte, en que se retardó más de tres meses, solicitando despacho para que se la volviesen; y Don Pedro sin embarazo alguno en dos navíos que tenía prevenidos en San Lúcar se dio a la vela el día diez y nueve de marzo de este año en que vamos de sesenta y nueve, y llegando con buen tiempo a la isla de Tenerife, se halló precisado a comprar otro navío en el puerto de Santacruz para desahogar su gente, por lo estrecha y mal acomodada que venía en las dos embarcaciones, y poder con más conveniencia proseguir su derrota, como lo ejecutó ya a mediado del mes de abril surgiendo con felicidad por fines de mayo en la isla Margarita, donde

en uno de los días que se detuvo juntó los capitanes y cabos principales de su armada a consejo de guerra a la sombra de unas ceibas, que estaban en la plaza, concurriendo también (llamados por Don Pedro) los vecinos más autorizados de la isla; y habiéndoles propuesto el fin a que se encaminaba su armamento y pedídoles, que como hombres prácticos y experimentados le aconsejasen la parte por donde con más conveniencia podría dar principio a su conquista, fueron todos de parecer lo hiciese por Maracapana, donde a la sazón había un pueblezuelo de españoles, que le podría servir de abrigo para dejar en él sin riesgo las mujeres que traían consigo, y proveerse a poca costa de ganados y bestias para la conducción de su bagaje.

Era Don Pedro sobradamente tenaz en el dictamen que llegaba a concebir (defecto que le costó la vida) y habiendo siempre hecho el ánimo a empezar su descubrimiento entrando por la Borburata y Llanos de esta provincia, no le agradó el consejo de los de la Margarita y así, poniéndose en pie al oírlo, manifestando su displicencia en el semblante, dijo: Vuesas mercedes me aconsejan eso, no porque sea lo que me conviene, sino por lograr la ocasión de venderme sus ganados y bastimentos; a que respondió uno de los vecinos, llamado Salas, hombre anciano de más de setenta años: nosotros sólo buscamos la comodidad de vuesas mercedes, que la nuestra no nos ha de venir de allí, pues sin ésa hemos sustentado nuestras familias honradamente desde que conquistamos estas tierras; y si no nos cree, el tiempo le hará experimentar esta verdad muy a su costa; y volviendo la cara a los capitanes de Don Pedro, que estaban allí presentes, echando mano de una venerable barba que tenía, les dijo: por estas canas que se han de perder todos vuesas mercedes si siguen el parecer de su General; y saliéndose de la junta todos los de la Margarita, dejaron solo a Don Pedro con su Maestre de Campo y capitanes, que empeñados a reducirlo, le empezaron a persuadir, tomase el consejo que le daban aquellos hombres cargados de experiencia en semejantes materias; y más cuando se conocía ser fundado en razón y conveniencia, pues dejando en Maracapana las mujeres y los niños podrían sin estos embarazos empezar más a gusto su conquista; pero estuvo Don Pedro tan inflexible en la resolución de hacer su entrada por la Borburata, que exasperado el Maestre de Campo, le dijo: no sé yo si estos señores capitanes y soldados querrán poner sus vidas y personas en tan

evidente riesgo, sólo por dar gusto a V. señoría; a que respondió Don Pedro colérico y alterado: si vuesa merced lo teme tanto, yo le doy licencia para que se quede y a todos los demás que no quisieren seguirme, que espíritus cobardes, más embarazan, que acompañan.

Aceptada por el Maestre de Campo la licencia y por otros ciento cincuenta soldados, que adivinando los fatales fines que prometía terquedad tan invencible se quedaron también en la Margarita, Don Pedro se hizo a la vela el día siguiente y con tiempo favorable llegó a la Borburata, de donde despachó los navíos para España, pasando él con su gente a la Valencia, en cuyo breve tránsito de siete leguas conocieron todos, por las incomodidades presentes, las adversidades futuras; y tan descontentos de la jornada, como mal satisfechos de la áspera condición de Don Pedro, empezaron a desunirse, tirando unos para Barquisimeto y el Tocuyo y escondiéndose otros en las estancias de los vecinos de Valencia, principalmente los que se hallaban con carga de mujer y chusma de hijos, que con voluntad los admitían y ocultaban los vecinos, movidos de compasión, al ver aquellas inocentes criaturas sacrificadas al cuchillo del hambre y necesidad.

El Maestre de Campo Alonso Brabo y su hermano Diego Brabo, que como dijimos se habían quedado en la Margarita, a los seis días después que salió de ella Don Pedro, acompañados de algunos de los soldados que los quisieron seguir, se embarcaron en un navío que iba para Cartagena, y tocando de camino en la Borburata, hallaron gran cantidad de ropa de Castilla y botijas de vino, que había dejado allí Don Pedro, con treinta soldados en su guarda, y por no perder ocasión tan oportuna, para hacerse pago de los mil ducados que le prestaron en España cogieron las botijas de vino, que les pareció serían bastantes para la satisfacción del importe de su deuda, y llevándose también algunos de los soldados qué habían quedado de guarda, prosiguieron su viaje a Cartagena.

Los que permanecieron en el puerto avisaron luego a Don Pedro del extravío de su hacienda; quien sentido de la burla que le había armado Alonso Brabo, bajó a la Borburata y haciendo información jurídica del caso, sentenció a los dos hermanos a muerte en rebeldía, desahogando con esta demostración más que aparente los bochornos que había encendido su cólera; y haciendo transportar a la Valencia las mercaderías que le habían

quedado allí, trató de abreviar cuanto antes su partida, viendo que por momentos se le disminuía el número de su gente, pues habiendo sacado de España seiscientos hombres, se hallaba ya con ciento cuarenta solamente, con los cuales salió de la Valencia a dos de julio del año de sesenta y nueve, entrándose por los Llanos, donde lo buscaremos después.

CAPÍTULO II

Entra Garci-González con ochenta hombres de socorro a la ciudad de Santiago: vienen los Caribes sobre Caraballeda, y hallando resistencia se retiran con pérdida

HALLÁBANSE las dos ciudades de Santiago de León y Caraballeda recién fundadas en la provincia de Caracas cuando Don Pedro de Silva llegó a la Borburata con su armada en los últimos lances del peligro a que les había expuesto la discordia originada entre sus vecinos, pues como referimos en el libro antecedente, sentidos todos los de la parcialidad de Diego de Losada del agravio que le había hecho el Gobernador en revocarle los poderes por las quejas de Francisco Infante, se salieron con él de la provincia, desamparando su conquista; y como éstos eran los más, fueron tan pocos los que quedaron en ella, que en continuado trabajo, sin dejar las armas de las manos, apenas se podían mantener dentro del recinto de sus poblaciones, por el tesón con que los molestaban los indios; y teniendo noticia los Alcaldes ordinarios de las dos ciudades (a cuyo cargo estaba el gobierno de ellas por la muerte del Gobernador Don Pedro Ponce) de la mucha gente que de la armada de Don Pedro de Silva había quedado esparcida por la Valencia y sus contornos, y que entre ella estaba el Capitán Garci-González de Silva, sobrino de Don Pedro, persona noble, de valor y de mucha autoridad para con todos, que disgustado con el tío, por la aspereza de su natural insufrible, no había querido seguirle, aunque venía por su Alférez, le escribieron con Juan Serrano (a quien despacharon para esta diligencia), representándole la necesidad extrema en que se hallaban y el gran servicio que haría a Dios y al Rey, si juntando la más gente que pudiese de la que había venido con su tío, entrase a socorrerlos, por estar ya en términos tan

apretados, que les sería preciso abandonar lo conquistado, por no poder mantenerse.

Deseaba Garci-González que su suerte le ofreciese ocasión en que poder manifestar su bizarría y hacer alarde de aquel espíritu invencible, que mantenía en el pecho; y como la fortuna le tenía destinada esta provincia para teatro en que representase las mayores hazañas su valor, desde luego se determinó a la empresa, tomando el socorro por su cuenta, fiado en el respeto y amor con que sabía por experiencia le miraban todos los que habían sido soldados de su tío: concepto en que no padeció engaño su confianza, pues publicada su intención, se le ofrecieron a seguirle ochenta hombres, todos extremeños y los más hijos de la ciudad de Mérida, su patria, con los cuales marchó luego para el valle de Mariara, donde le estaba esperando Gabriel de Ávila, que de orden de los Alcaldes de la ciudad de Santiago había salido con quince hombres de a caballo para venirle acompañando, y prosiguiendo juntos desde allí, sin novedad que dé materia a nuestra historia entraron en Caracas, donde los dejaremos por ahora.

En el intermedio de la salida de Gabriel de Ávila a convoyar este socorro, recalaron sobre la costa de barlovento de Caraballeda catorce piraguas de indios Caribes de la isla de Granada, que con su acostumbrada fiereza, hija de su misma barbaridad, venían destruyendo a sangre y fuego cuanto encontraban delante, saciando su bestial apetito con la carne de los miserables indios que pudieron aprisionar en los puertos: era su principal intención dar asalto a la ciudad de Caraballeda, y aunque los pocos españoles de que se componía en aquel tiempo, por medio de algunos indios amigos, tuvieron noticia del mal que les amenazaba con la inmediación de los Caribes, no quisieron dar crédito al aviso y sólo se contentaron con poner aquella noche una centinela, algo apartada del pueblo, para que observase si había alguna novedad en los contornos, en cuya prevención aunque tan leve consistió por entonces su remedio.

Habían los Caribes echado en tierra aquella noche trescientos gandules, para que al romper el alba diesen el asalto a la ciudad, al mismo tiempo que las piraguas hiciesen el acometimiento por el puerto, y viniendo marchando a ejecutar su intento los hubo de sentir la centinela, pero ya tan inmediatos, que sin tener otro remedio, valiéndose de las voces que le pudo

permitir el susto, entró por la ciudad tocando al arma a tiempo que ya por todas partes resonaba el rumor de la guasábara, a cuyo estruendo los españoles, conociendo (aunque tarde) su descuido, echaron mano a las armas para hacer rostro al peligro, y aprovechándose de la confusión con que los bárbaros se divertían al pillaje y hacer prisionera alguna gente del servicio, tuvieron lugar para juntarse en escuadrón hasta veinte hombres, que eran cuantos había en la ciudad, y echando el resto al valor, embistieron con los Caribes llevándose al filo de las espadas cuantas vidas encontraba su resolución, a que ayudó con más que varonil esfuerzo una mujer, llamada Leonor de Cáceres, que renovando la memoria de Tomiris y Zenobia, embrazando una rodela y esgrimiendo una macana, que quitó de las manos a un caribe hacía en la común defensa maravillas.

Diéronse por perdidos los indios a vista de oposición tan temeraria, y reconociendo muertos ya sus más valientes guerreros, empezaron a retirarse hacia la playa al abrigo de sus piraguas, a tiempo que entre la confusión de los que huían alcanzó Gaspar Tomás a conocer una señora, mujer de Duarte de Acosta, que cautiva entre los brazos de un bárbaro, pedía favor a los cielos, y calando al pecho un arcabuz, sin más puntería que la que gobernó el acaso, disparó con tal fortuna, que partiéndole la cabeza al bárbaro, le hizo soltar con la vida la inocente presa que llevaba: era este indio uno de sus Caciques principales, y su muerte acabó de declarar por entero la victoria, pues acogiéndose con acelerada fuga a las piraguas se hicieron a toda boga el mar afuera, desquitando su braveza en los miserables indios que habían aprisionado en la costa, pues matándolos para celebridad de sus festines y borracheras, se los fueron comiendo por aquellas playas, con la brutalidad que acostumbra aquella nación estólida, dando lugar en una de ellas la embriaguez con que se hallaban, para que se les pudiese escapar y venirse a la ciudad (donde después vivió avecindado algunos años) un español, llamado Benito Calvo, que tenían cautivo había siete años, habiéndolo aprisionado en la isla Dominica de una saetía de un Pedro Méndez, que había varado en sus costas.

CAPÍTULO III

Llega Don Diego de Cerpa a los Cumanagotos: puebla la ciudad de los Caballeros: intenta dar principio a su conquista, y muere a manos de los indios con la mayor parte de su gente

DEJAMOS a Don Diego Fernández de Cerpa detenido en Madrid solicitando la restitución de la gente que le habían embargado en Sevilla, para ocurrir al levantamiento de los moriscos de Granada; y aunque a costa de tres meses de dilación, que gastó en la solicitud de este negocio, habiendo conseguido despacho para que se la volviesen, bajó a la Andalucía y recogidos con presteza sus soldados, se dio a la vela en tres embarcaciones, que tenía prevenidas en el puerto de San Lúcar, con las cuales por fines del año de sesenta y nueve llegó a dar fondo en la costa de los Cumanagotos, nación en aquel tiempo tan guerrera, como numerosa, y que siendo comprendida en los términos de su capitulación la había escogido por primer asunto de sus armas, para dar principio por ella a sus conquistas, huyendo de los riesgos a que exponía su armada si entrando por la boca de los Dragos las hubiese de emprender por el Orinoco arriba.

Traía Don Diego consigo cuatrocientos hombres escogidos y entre ellos muchos caballeros y soldados de los que habían militado en la Europa en las famosas ocasiones de aquel tiempo, y como le acompañaba alguna chusma de mujeres y muchachos, así por desahogarse de este embarazo en la inexcusable fatiga de las marchas, como por dejar en la costa asegurada la puerta a los socorros, por común parecer de todo el campo pobló luego, en la boca del río Salado una ciudad, a quien intituló Santiago de los Caballeros, y dejando en ella las mujeres y niños, con los vecinos necesarios para su manutención y su defensa, salió a campaña con el resto de su gente, con ánimo de atravesar la provincia siempre al Sur, hasta descubrir por aquel rumbo las aguas del Orinoco.

Habían estado los indios a la mira desde que Don Diego mojó las anclas en su playa, observando los movimientos de los nuestros para descubrir los fines a que se encaminaban todas aquellas disposiciones de su armada; y advirtiendo la población que tenían hecha y que dividida la gente

trataban de penetrar la tierra adentro, dieron por segura la ocasión para derrotar a los forasteros y dejar libre el país de la opresión violenta de sus huéspedes. A este fin llamaron en su ayuda con presteza a la nación Chacotapa*, su confinante y amiga, y juntos de unos y de otros más de diez mil combatientes, dejaron empeñar a Don Diego por lo cerrado de una montaña baja, hasta salir al sitio, que llaman Comorocuao (tres jornadas distante de la costa), donde cogiéndolo fatigado con la molestia de la marcha, lo ardiente del terreno y la rabiosa sed que padecían los soldados, por no haber agua en todo aquel distrito, lo atacaron con valerosa resolución por todas partes; y aunque Don Diego, acordándose de su sangre y del empeño en que lo había metido su fortuna, procuró acreditar su valor en ocasión tan urgente, anduvo tan desgraciado, que tropezando a los primeros lances el caballo, lo derribó en el suelo; y aunque su Sargento Mayor Martín de Ayala (que con el mismo empleo había servido en las guerras de Lombardía y del Piamonte), acudió luego a socorrerlo, sólo sirvió su diligencia para que fuese mayor su desventura, pues muertos ambos a manos de los indios y turbados los demás con la inopinada confusión de tal desgracia, quedaron todos expuestos al golpe de las macanas, sin que hallase defensa el desconcierto para poderse librar de la bárbara crueldad de aquel gentío, que embravecido al ver el desbarato de los nuestros, ni conocida la piedad, ni daba lugar a la clemencia pues en menos de media hora quedaron por despojo de sus manos ciento ochenta y seis españoles, que tendidos en el campo, acompañaron a su general en la desgracia, para dejar con su sangre a lo futuro rubricada la memoria infeliz de este suceso.

Cuatro días después de la muerte de Don Diego y de la lamentable rota de su campo llegaron con la noticia a la nueva ciudad de Santiago de los Caballeros los pocos que pudieron escapar de la refriega, pero tan heridos y postrados, que murieron en breve los más de ellos: gobernaba la ciudad Guillermo Loreto, a quien se la había dejado Don Diego encomendada; y discurriendo como soldado, que los indios en prosecución de la victoria

* Referido como Chacopata por Humboldt, fray Pedro de Aguado, López de las Varillas, y Caulin. Juan de Castellanos lo refiere como Chacopate. Cf. *Nomenclador geo-histórico de Venezuela (1498-1810)*. Marco Aurelio Vila, comp. Caracas: Banco Central de Venezuela (Colección histórico-económica venezolana, X), 1964, pp. 134-135. (N. del E.)

habían también de atacarla, trató de prevenirse para sufrir el asedio, o resistir el asalto, a que no dio mucho lugar la prisa acelerada de los indios, porque el día siguiente amanecieron sobre la población sus escuadrones.

Hallábase Loreto falto de bastimentos y de un todo; pero empeñado el valor en la defensa, acreditó con las obras, lo que puede en tales ocasiones la constancia, pues no contento con resistir catorce días el ardimiento con que peleaban los bárbaros, sacó su gente fuera de las palizadas para buscar al enemigo en la campaña, a tiempo que llegó de la Margarita el Capitán Francisco de Cáceres con algunas piraguas y gente de socorro, con cuya ayuda consiguió atemorizar algo a los indios, para que aflojasen un poco en el combate; pero reconociendo que con la muerte de Don Diego era imposible, ni mantener la ciudad, ni llevar adelante la conquista, se resolvió a desampararla voluntario, antes que la necesidad le obligase a abandonarla con descrédito; y embarcando en las piraguas las mujeres, niños y gente de servicio, haciéndoles escolta con los soldados por la playa, se retiró marchando a Cumaná.

Este fue el paradero que tuvo Don Diego Fernández de Cerpa en su jornada a que lo empeñó la vanagloria y el deseo de hacer su nombre eterno y memorable con las acciones que pensó ejecutar en sus conquistas, pues hallándose vecino rico en Cartagena, trocó las conveniencias que gozaba en la quietud de su retiro por los afanes, gastos y cuidados con que destruyó su casa para comprar con ellos la muerte lastimosa que hemos visto, dejándole a su hijo Don García vinculada por herencia su desgracia, pues queriendo llevar adelante las capitulaciones de su padre, consumió, sin provecho, en diferentes entradas y armamentos las cuantiosas rentas y tributos, que como a su encomendero le rendían las grandes poblaciones de Turuaco y Cipacua, hasta que perseguidos de los contratiempos de su fortuna perdió también la vida en la demanda.

CAPÍTULO IV

Sale Garci-González en busca de Paramaconi: nombra la Audiencia por Gobernador interino a Juan de Chaves, y los indios de Mamo matan a Don Julián de Mendoza

LIBRE la ciudad de Santiago de los temores en que la tenían los indios y animados sus vecinos con el socorro que introdujo Garci-González de Silva, trataron luego de salir a tomar satisfacción de los aprietos que habían padecido en aquel tiempo; y siendo Paramaconi Cacique de los Taramainas, de quien tenían recibidas más ofensas, por ser quien con más hostilidades se había esmerado en molestarlos, determinaron fuese el primero que experimentase en el castigo los efectos de su despique, a cuyo fin, cometida la expedición por los Alcaldes ordinarios al mismo Garci-González (para que a la fineza del socorro se agregase el deberle también el desquite a los agravios), salió con treinta hombres de la ciudad al ponerse el sol, por no ser visto ni sentido de los indios, y llevando por guía a un muchacho de once a doce años de edad, Taramaina de nación, caminaron hasta llegar poco después de media noche a los pueblos de Guaremaisen, Parnamacay y Prepocunate, que estaban inmediatos unos a otros, en ocasión que los indios, entretenidos con bailes y regocijos, en junta general de los Caciques consultaban al demonio por mano de sus mohanes, pidiéndole consejo sobre la forma que debían observar para portarse con los españoles; pero advertido Garci-González por el muchacho que lo guiaba de que Paramaconi, con el recelo de que los nuestros lo habían de buscar de noche (sin querer concurrir a aquellas juntas), dormía retirado en el centro de una montaña, que se miraba allí enfrente, deseando sólo asegurar la persona del Cacique, cogiéndolo muerto o vivo, mandó marchar adelante, sin detenerse a hacer hostilidad alguna en aquellos pueblos, aunque pudiera lograrla fácilmente, aprovechando la ocasión de sus divertimientos y descuido.

Tenía el bárbaro formado su retiro en lo más fragoso de aquella montaña inculta, con disposición tan prevenida, que fabricada la casa en un llano sobre lo pendiente de una ladera, se mandaba a un tiempo por dos puertas, una que miraba hacia la cumbre del monte y otra, que con unos despeñaderos de por medio caía a lo profundo de un valle, para tener siempre por

una parte, o por otra asegurado el escape, en caso que lo buscasen; y llegados Garci-González y su gente al centro de la montaña, aunque con mucho trabajo por lo áspero de los riscos y cerrado de los árboles, descubrieron la casa, a tiempo que Paramaconi, sintiendo el ruido, con una macana en la mano ocurrió a la puerta del despeñadero para poner en salvo por allí cuatro mujeres que tenía consigo, mientras otros seis gandules, armados de arcos y flechas, hacían cara por la otra puerta para divertir los nuestros.

Pero Garci-González advertido, dejando sus soldados batallando con los gandules, cogió la vuelta a la casa para cerrar el paso a la ladera; y siendo en ocasión que iba saliendo el Cacique, al encontrarse con él le tiró un tajo con la espada; mas reparándolo el bárbaro en los tercios últimos de la macana, tuvo lugar para metérsele dentro y darle con las manos tan fuerte golpe en los pechos, que falseando toda la fortaleza de Garci-González fue dando traspiés, hasta caer de espaldas en el suelo; entonces Paramaconi, sin atender a otra cosa, que a poner en seguro sus mujeres, aprovechándose de aquel accidente favorable, las escondió por el monte y sin esperar a que pudiese ponerse en pie su contrario, con resolución desesperada se dejó caer por el despeñadero al valle; pero levantándose Garci-González con presteza, o ignorante de la profundidad del precipicio, o arrebatado del incendio de su cólera, sin reparar en la inconsiderada temeridad que ejecutaba el valor, se arrojó de la ladera con la espada en la mano tras el bárbaro; y aunque bastantemente atormentado con los golpes que recibió rodando por las peñas, como al llegar abajo hallase a Paramaconi, que armado con la macana le esperaba prevenido, sin tener lugar, ni aun para tomar aliento en su fatiga, le fue preciso entrar desde luego en el combate, donde echando cada cual el resto por quedar superior a su enemigo, unas veces usando de las armas y otras valiéndose de los brazos, hicieron bien trabajosa la porfía, hasta que Garci-González, logrando como diestro los movimientos del Cacique, pudo llegar a herirlo, metiéndole la espada por el vacío derecho; Paramaconi entonces, bramando con el sentimiento de la herida, soltó en el suelo la macana y abrazándose con Garci-González intentó oprimirlo para quitarle la vida entre los brazos; pero conociendo que aunque le sobraba el coraje para emprenderlo, le faltaban las fuerzas para conseguirlo, por la mucha sangre que vertía de la herida, se desvió luego

procurando retirarse a la montaña, por no morir a vista de su contrario; mas no lo pudo hacer tan a su salvo, que no le alcanzase antes un tajo, que le tiró Garci-González con tal fuerza, que partiéndole el hombro izquierdo y corriendo la espada por la espalda, se la abrió hasta la cintura, a cuyo golpe desmayado el Cacique, cayó en el suelo como muerto y juzgándolo por tal Garci-González, sin hacer más caso de él lo dejó allí, procurando sólo buscar forma para volver a subir la ladera.

Pero era tan pendiente el precipicio por donde se había arrojado, que le hubiera sido casi imposible el ascenso, a no favorecerlo sus soldados, que echándolo menos después de muertos los seis gandules que defendían la entrada de la casa y conociendo por las voces con que pedía socorro desde el valle, dieron disposición para sacarlo de aquella profundidad en que se hallaba metido; y como el fin de su jornada sólo se había dirigido a castigar los atrevimientos de Paramaconi, teniéndolo ya por muerto, trataron sin dilación de volverse a la ciudad, donde reforzando el engaño la voz común de los indios y el recato que tuvo el Cacique en ocultarse mientras convalecía de las heridas, corrió su muerte por tan fija, que nadie llegó a dudarla, hasta que pasado poco más de un año, acompañado de alguna gente principal de su nación Taramaina, se entró una mañana en la ciudad pidiendo paz y ofreciendo la obediencia, que mantuvo después con gran fidelidad hasta su muerte, y tanto amor y amistad para con Garci-González (aficionado al valor con que se portó con él), que cuantas veces se le ofrecía venir a la ciudad era fijo en su casa el hospedaje, conservando siempre la memoria de su campal desafío, al paso que le duraron las señales de sus heridas, pues le podía caber un brazo en el hueco que le quedó de la que recibió en las espaldas.

A este mismo tiempo con poca diferencia llegó a la provincia Juan de Chaves, natural de la ciudad de Trujillo en la Extremadura y vecino de la de Santo Domingo en la isla Española, a quien la Real Audiencia proveyó por Gobernador interino en lugar de Don Pedro Ponce de León; y resignado a tener en Coro su asistencia, nombró por su Lugarteniente en la ciudad de Santiago a Bartolomé García, suegro del Capitán Juan de Guevara, yerno de Juan Quaresma de Melo, primer Regidor que fue de Coro, por particular merced del Emperador Carlos V, y a pocos días de haber entra-

do este caballero en el ejercicio de su puesto sucedió la muerte desgraciada de Don Julián de Mendoza, cuya ejecución tuvo principio en el sentimiento que formaron los Caciques Parnamacay, Prepocunate y los demás del valle de Mamo (llamado por otro nombre el valle de las Huayabas), por haberles enviado a decir Don Julián tratasen de venir a trabajarle en sus labranzas, porque era su encomendero.

Advertencia que recibieron tan mal los que por su naturaleza estaban acostumbrados a mandar y no a servir, que desde luego, sintiéndose ofendidos de la propuesta, determinaron quitarle la vida para satisfacción de su agravio. A este fin, simulando su intención con los obsequios de un rendimiento servil, enviaron a la ciudad algunos indios, para que en nombre de todos diesen la obediencia a Don Julián; presentándole por primer reconocimiento de tributo y vasallaje unas hamacas, curiosamente tejidas, con otros frutos y regalos comestibles de la tierra: demostración, que teniéndola Don Julián por indicio evidente de una voluntad sincera, sin recelar el engaño se dejó llevar (por su desdicha) de su afectada apariencia, pues pareciéndole había conseguido ya cuanto podían desear sus intereses para lograr sus aumentos, pidió licencia a Bartolomé García para pasar a reconocer los pueblos y tomar posesión de su encomienda.

A este efecto salió de la ciudad, tan confiado en la amistad de los indios, que sólo llevó consigo dos soldados, más para su asistencia, que para su compañía; y llegando a la boca por donde desagua al mar el río de Mamo halló todos los caciques y principales del valle, que le estaban esperando con grandes muestras de alegría y fingimientos de paz; pero como la intención era distinta de lo que mostraba el exterior, sólo duraron los regocijos con que tiraron a divertirlo mientras Prepocunate tuvo lugar de cogerle a Don Julián las espaldas y darle por detrás con un machete tan fuerte golpe en la cabeza, que se la partió por la mitad hasta los ojos, dejándolo sin vida a fuerza de inhumanidad tan alevosa.

Los dos compañeros viendo muerto a Don Julián, y conociendo aunque tarde, el fementido trato de los indios, no hallaron otro remedio, que apoderarse de una casa, que estaba a las orillas del río, para procurar a su abrigo defenderse, siquiera por entretener por algún tiempo la vida y dilatar con valor algún rato más la muerte; pero sólo les servió la diligencia para

experimentar un fin más lastimoso, porque los indios, no pudiendo tolerar la resolución de su defensa, pegaron fuego a la casa, donde miserablemente perecieron entre la actividad de las llamas y las molestias del humo.

El día siguiente, por boca de los mismos indios, se tuvo noticia en la ciudad de esta desgracia, y no pareciendo conveniente dejar aquel atrevimiento sin castigo, envió luego Bartolomé García a Sancho del Villar con cuarenta hombres para que lo ejecutase; pero los indios recelando lo mismo que sucedió, se habían retirado a una montaña, llamada Anaocopon, en las cabeceras del valle, y fortaleciéndose en ella de tal suerte, que aunque Sancho del Villar procuró con empeño expugnarla, fue imposible contrastar lo impenetrable del sitio; y como a la sombra de su aspereza lograban los bárbaros sus acometimientos con ventaja, muertos cinco españoles y heridos de peligro Pablo Bernaldes, Pedro Vázquez y Diego Vizcaíno, se halló obligado Villar a volverse a la ciudad, sin más fruto de su entrada, que haber dado sepultura al cuerpo de Don Julián, que halló en las orillas del río con las partes genitales cortadas y metidas en la boca; de que quedaron los indios tan altivos, que despreciando ya el abrigo de los montes, tuvieron osadía para salir al valle de San Francisco y matar alguna gente de servicio, que hallaron por el campo descuidada: daño a que deseando Bartolomé García aplicar remedio antes que pasase a más su atrevimiento, volvió a disponer segunda entrada, nombrando por Cabo de ella a Francisco de Vides; pero experimentando éste los mismos contratiempos que Sancho del Villar, se vio también precisado a retirarse a la ciudad, con pérdida del bagaje, que le ganó Parnamacay en un encuentro; quedándose los indios, con la gloria de mantenerse libres de la sujeción española, cuasi a las mismas puertas de la ciudad de Santiago, hasta que llegado el año de setenta[lxxxvi] confesaron rendidos, no ser bastantes sus fuerzas para oponerse a la fortuna, o valor de Garci-González de Silva; porque como aquel hombre jamás empuñó la espada, que no fuese para quedar vencedor, cometida a su disposición por el Gobernador Juan de Chaves la pacificación de aquel valle, que se juzgaba ya por imposible, lo mismo fue entrar en él con gente armada, que sujetar los indios la cerviz (con admiración y pasmo) al yugo

lxxxvi. Año de 1570.

de la obediencia, escarmentados del daño que recibieron a la primera resistencia que intentaron, pues muerto en la batalla Prepocunate, y más de trescientos gandules, no les quedó otro remedio, que valerse del rendimiento para conseguir la paz, que antes había menospreciado su perfidia.

CAPÍTULO V

Prosigue Don Pedro de Silva en su descubrimiento; y desamparado de sus soldados se retira a Barquisimeto: pasa al Perú, y después a España; y finalmente muere a manos de los indios Caribes

EMPEÑADO Don Pedro Malaver de Silva en su descubrimiento por los Llanos, fue encaminando su derrota desde que salió de la Valencia siempre al Sur, sin apartarse de la cordillera que llevaba sobre la mano derecha, por gozar la conveniencia de ser las tierras inmediatas a su falda más enjutas y libres de atolladeros; pero como por aquel rumbo eran muy singulares las poblaciones que encontraban y ésas de muy corta vecindad, desde luego empezó a experimentar, a vuelta de otros trabajos, la falta de bastimentos, para común desconsuelo de su gente; si bien a los principios, con las esperanzas de hallar más adelante las mejoras que se prometían a su fortuna, toleraban con algún sufrimiento sus fatigas; pero advirtiendo después, que mientras más se iban remontando por aquel piélago sin fondo de los Llanos, se multiplicaban con exceso las incomodidades y miserias, se fueron desmayando, faltándoles a todos el aliento, pues además de ser la tierra inhabitable, llena de tremedales y anegadizos, de cuyas aguas detenidas, corruptas con el demasiado calor, era imponderable la cantidad de mosquitos y sabandijas ponzoñosas que los atormentaban, padecían también el desabrigo de una total desnudez; porque siéndoles preciso el caminar sin vereda por aquellas sabanas dilatadas, era tanta la aspereza de los pajonales, que como si fueran cuchillos de dos filos, les hacían pedazos los vestidos; de suerte, que se vieron obligados, para resguardar las carnes, a hacer unos zamarros de pellejos de venado, que les cubrían los cuerpos hasta abajo de las rodillas, pues no era suficiente otro remedio para poder defenderse.

Estas penalidades y trabajos, juntas con el seco natural y condición agria de Don Pedro, tenía tan desabridos los soldados, que no había uno que de buena gana le siguiese, recelando todos el poco fruto, que con tan malos principios podían prometerse en la jornada. No ignoraba Don Pedro estos disgustos, pero en lugar de sosegarlos con agrado, los aumentaba más con su aspereza; pues dejándose llevar de las melancolías que le causaba la experiencia de sus malos sucesos, dio en negarse a la comunicación hasta de sus más amigos, observando un retiro tan extraño, que llegó a hacerse para con todos intratable.

Cinco meses había que caminaban de esta suerte, cuando, por buscar algún consuelo que sirviese de alivio a su aflicción, despachó Don Pedro al Capitán Céspedes con treinta hombres, para que adelantándose cuarenta o cincuenta leguas, reconociese si por las muestras prometía la tierra alguna esperanza en que pudiesen afianzar las mejoras de su descubrimiento; pero habiendo Céspedes revuelto todos aquellos contornos, sin encontrar otra cosa, que mayor disposición para nuevas calamidades y desdichas, después de veinte y seis días de trabajos se halló atajado de un lago, que dilatándose con prolongada circunferencia, le embarazaba por todas partes el paso; pero habiendo reconocido que su profundidad no era tanta que estorbase el que se le pudiese buscar vado, atravesó por ella, llevando en partes el agua a la garganta; y puesto de la otra banda, advirtieron algunos de los soldados, que rompiendo la laguna por un abra, que hacia la cordillera desaguaba para la parte del Poniente: circunstancia, que observada con más cuidado por un mestizo, gran baquiano de la tierra, que iba en la tropa y se les había agregado en la Valencia, les dio motivo para afirmar (haciendo su demarcación) que aquellas aguas iban a salir muy cerca de la ciudad de Barquisimeto; y como entre todos era común el deseo de desamparar aquella conquista tan penosa, ofreciéndose el mestizo a conducirlos por allí hasta ponerlos en salvo, no fue menester más para que todos clamasen, persuadiendo a Céspedes se lograse ocasión tan oportuna para asegurar las vidas, que en tan manifiesto peligro tenían puestas; sin esperar otro provecho de tantas calamidades, que dar gusto, a costa de su sangre, a las terquedades de Don Pedro.

No deseaba Céspedes otra cosa, que ejecutar lo mismo que le pedían

sus soldados; y así, conviniendo desde luego sin repugnancia alguna en la propuesta, empezaron a caminar, cortando la serranía por el rumbo que gobernaba el mestizo; si bien antes de emprenderlo les pareció necesario avisar a Don Pedro de su determinación, porque no gastase el tiempo en esperarlos, para cuya diligencia, en la corteza de un árbol, que llaman mahagua, le escribieron una carta, que contenía estas razones: Señor Gobernador, cansados ya de andar perdidos tanto tiempo, sin esperanza de hallar mejor tierra, ni ventura de la que hasta aquí hemos visto, determinamos salir a morir entre cristianos; V.S. puede hacer lo mismo, siguiendo nuestros pasos, pues le vamos sirviendo en abrirle el camino.

Escrita esta carta se la enviaron con un indio ladino, criado de Céspedes, que por haber quedado su mujer sirviendo a Don Pedro, aceptó con gusto la embajada, y con mucho mayor prosiguieron ellos su derrota aunque con la penalidad de ir faltos de bastimentos, pues caminaban atenidos, para poder sustentarse, a las frutas silvestres que encontraban, y el mestizo como práctico, conocía, por seguras, para comerlas sin riesgo, hasta que encumbrada la serranía, empezaron a bajar por unas lomas limpias a unos profundos valles, en uno de los cuales se ranchearon despacio, por haber hallado en un arroyo que lo atravesaba por medio, tanta abundancia de pescado, que lo cogían sin trabajo con las manos.

Notable fue el sentimiento de Don Pedro cuando recibió la carta que le escribieron sus soldados; y reventando de enojo, con el deseo de castigar su desacato, envió luego tras de ellos con treinta hombres a Don Luis de Leiva, uno de sus capitanes, mancebo de pocos años pero de mucha prudencia, con orden, para que donde quiera que encontrase a Céspedes lo ahorcase, y procurando reducir a los demás a su obediencia, se los trajese consigo: mas como ya estaba declarada contra Don Pedro la fortuna, el medio que pretendió aplicar para el reparo sólo sirvió para acelerar su perdición; porque Don Luis, pareciéndole más acertado el dictamen de Céspedes, que el de su Gobernador, luego que se vio en franquía se determinó a seguirlo, y con otro indio que despachó para el efecto avisó de su resolución a Don Pedro, previniéndole no se detuviese en esperarlo, porque no llevaba pensamiento de volver a verlo.

Bien descuidado de semejante novedad se hallaba Céspedes, gozando

la conveniencia del pescado de las orillas del arroyo, cuando una tarde alcanzó a ver a Don Luis, que siguiéndose por el rastro de sus trochas, venía bajando por las lomas hacia el mismo valle en que él estaba rancheado; y como a la primera vista no era fácil distinguir, qué gente fuese, ni los motivos que podía traer en su venida, asegurándose con la prevención anticipada para cualquier accidente, puso luego en arma sus soldados resuelto a no consentir la más mínima molestia que se le intentase hacer; pero como la intención de Don Luis era muy diferente de lo que Céspedes temía, quedó en breve desengañado de lo vano que había sido su recelo, pues sin hacer caso Don Luis de aquel aparato militar con que lo estaba esperando, luego que entró al valle se metió por los cuarteles de Céspedes con su gente desarmada, para que con aquella demostración tan de confianza conociese eran unos mismos los intentos que gobernaban a entrambos; de que quedaron tan alegres unos y otros, celebrando la dicha de verse juntos, que olvidados ya de los trabajos pasados, sólo trataban de congratularse en los regocijos presentes, teniéndose por felices en haber tomado la resolución de desamparar a Don Pedro, pues se hallaban libres de las rispideces de su natural acedo y de las molestias de su conquista desgraciada.

Cinco días había que descansaba la gente de Don Luis en el arroyo, gozando también de la abundancia del pescado, cuando, por no perder tiempo, trataron los dos Capitanes de proseguir su viaje en buena compañía, gobernándose en todo por la derrota que había formado el mestizo; pero confuso éste en la demarcación, por haber torcido un poco a mano izquierda, debiendo caminar siempre al Poniente, perdió el tino de calidad que habiendo encumbrado una alta serranía y bajado a unas llanuras dilatadas, confesó estaba perdido, sin saber la parte en que se hallaba; si bien, por las señales que conocía en la tierra, se afirmaba en que no podía distar mucho de allí Barquisimeto; y decía bien, pues a caminar dos leguas más por aquel rumbo hubieran salido al mismo camino real, que va de aquella ciudad para Valencia; pero como ya el mestizo había empezado a titubear en la baquía, receloso con su misma desconfianza, no se atrevió a proseguir por donde iba y torciendo un poco más sobre la mano izquierda, vino a salir después de algunos días a las orillas de un pequeño río, por cuya margen continuaron caminando, sin tener otro alimento para sustentar las vi-

das, que raíces y cogollos de visao del que hallaban en las riberas; hasta que una tarde, cuando más desconsolados los tenía el sentimiento de verse perecer en aquellos despoblados sin remedio subiendo a pescar por el río arriba un soldado italiano, llamado Juan Bautista, encontró detenidas en un palo que atravesaba la corriente unas hojas de rábano y lechugas; y siendo aquellas verduras un género que jamás se había hallado entre los indios, conjeturó luego, que sin duda había por allí cerca alguna población española, de donde venían por el río abajo aquellas hojas.

Con esta buena nueva volvió al instante en busca de los compañeros, que incrédulos de tan no esperado acontecimiento, juzgaron a los principios era burla con que quería divertirlos (como solía otras veces) el alegre genio de Juan Bautista, hasta que viendo las hojas, que llevaba en las manos, quedaron desengañados, conociendo por ella la evidencia de su dicha; y por no dilatar el descubrirla, divididos unos por una banda, y otros por otra, en aquella misma hora empezaron a marchar por el río arriba, sin dejar cosa que no fuesen escudriñando en sus orillas. Poco más de dos leguas habrían caminado de esta suerte, cuando los que iban por el lado de la mano derecha dieron con una vereda ancha y trillada, y entrándose por ella, a breve rato vinieron a salir a una sabana, en que estaba poblado un hato de ganado vacuno de Pedro Velásquez, vecino de Barquisimeto, donde hallando caritativo hospedaje en la piedad de su dueño, pudieron reformarse de las calamidades contraídas en peregrinación tan trabajosa para dividirse después, como lo hicieron, tirando cada cual por su camino, sin acordarse del desamparo en que quedaba Don Pedro; quien conociendo (aunque tarde) el mal estado a que lo habían reducido las sequedades de su trato, luego que recibió el aviso que le envió Don Luis de Leiva, participándole la intención que llevaba de incorporarse con Céspedes; viéndose ya abandonado hasta de aquellos en cuya amistad le parecía tener asegurada la confianza, y que el número de gente que le había quedado era muy corto para empeñarse más en su conquista, trató también de retirarse, antes que imposibilitado de remedio perdiese la esperanza en la salida; y siguiendo las huellas de Céspedes y Don Luis, aunque con algún despacio, por los muchos enfermos que tenía, entró en Barquisimeto por el mes de marzo del año de setenta.

Este fue el paradero que tuvo la jornada de Don Pedro Malaver de Silva, para el descubrimiento del Dorado, este el fin de tantos gastos, empeños y diligencias como empleó aquel caballero en pretender su conquista y si escarmentado con el conocimiento de lo mal que le corría la suerte hubiera tomado el partido de retirarse, pudiera tenerse por feliz, pues excusara padecer las desdichas que le acarreó su destino, y no hubiera dejado motivo al sentimiento para llorar las circunstancias de su lastimosa muerte; pero tenía tan arraigada al corazón la vanagloria de eternizar su fama con la conquista del Dorado y que su nombre igualase al de Cortés y Pizarro en los aplausos que les tributaba el mundo, que no bastando a desengañarlo las pérdidas y contratiempos de esta primera jornada, pasados pocos días después que llegó a Barquisimeto partió para Chachapoyas, donde estaba avecindado, y vendiendo cuanto tenía para juntar dineros, volvió segunda vez a España, pareciéndole que con la experiencia de lo sucedido podría lograr el acierto, encaminando por otra parte más acomodada su conquista; pero engañándole en todo su desgracia, pues armado nuevamente en San Lúcar con un navío bien pertrechado y ciento sesenta hombres, intentó su descubrimiento el año de setenta y cuatro por la costa que corre entre el Marañón y el Orinoco, donde con lamentable estrago perecieron todos, unos al rigor de las enfermedades, que les causó la destemplanza de la tierra y otros a manos de los indios caribes, entrando en éstos Don Pedro y dos hijas doncellas, que llevaba consigo, que sin duda sacrificarían gustosas la vida en las aras del honor, por excusar la contingencia de ver ajada su hermosura en la desatención grosera de aquella nación tan bárbara, de cuya fiereza sólo quedó libre entonces un soldado, llamado Juan Martín de Albújar, a quien reservó la Providencia, para que después se supiesen por su relación las circunstancias de este caso, pues habiendo quedado cautivo entre aquellos infieles, a costa de inexplicables peligros y trabajos, por varios accidentes de su fortuna, hubo de salir al cabo de diez años a la boca del río Esquino, en la provincia de los Arbacos, indios pacíficos y que en aquel tiempo tenían trato y comunicación con los españoles de la Margarita, por cuyo medio logró él pasar a aquella isla y después a esta provincia, donde vivió avecindado algunos años, dejando en la ciudad de Carora ramas de su descendencia, que hasta hoy conservan su memoria.

CAPÍTULO VI

Funda Alonso Pacheco la ciudad de Maracaibo: entran Cristóbal Cobos, y Gaspar Pinto a pacificar a los Chagaragatos: muere el uno y el otro, sin hacer efecto, se retira

TERMINADO el año de setenta con los acaecimientos referidos en los capítulos antecedentes, tuvo principio el de setenta y uno[lxxxvii] con la fundación de la ciudad de la Nueva Zamora[lxxxviii] en la laguna de Maracaibo: expedición, que desde el año de sesenta y ocho había encomendado el Gobernador Don Pedro Ponce de León al Capitán Alonso Pacheco, vecino de la ciudad de Trujillo; y aunque desde entonces, armando dos bergantines que fabricó en el sitio de Moporo, empezó a correr las costas de la laguna, fue tanta la oposición que halló en los indios Saparas, Quiriquires, Aliles y Toas, que sin poder ganar palmo de tierra para sujetarlos, necesitó de una guerra continuada en los tres años que pasaron de por medio para haberlos de reducir a que diesen la obediencia a fuerza de armas; pero conseguida al fin su pretensión el día veinte de enero del año de quinientos setenta y uno, en el mismo sitio donde Ambrosio de Alfinger tuvo su ranchería a orillas de la laguna, y seis leguas distante de la Barra, por donde comunica sus aguas con el mar, pobló la Nueva Zamora, a quien comúnmente, por el antiguo nombre de todo aquel país llaman la ciudad de Maracaibo: está situada en once grados escasos de altura septentrional; su temperamento sumamente cálido, pero en extremo sano, por ser tan seco, que en veinte leguas de distancia, tirando hacia la serranía, no se halla más agua, que la que recoge la industria cuando llueve en jahueyes hechos a mano, para mantener con ella los ganados que pastan por aquellas sabanas, de donde se origina ser su comarca muy estéril y sólo acomodada para criar ganados, así vacuno, como cabrío, de que es notable el multiplico; si bien, como la conveniencia de la laguna es tanta para trajinar sin costo, abunda de todo cuanto necesita, sin que experimente falta, adquiriendo de otras partes en

---

lxxxvii. Año de 1571.

lxxxviii. Ciudad de Maracaibo.

las embarcaciones del trato los frutos que le niega su terreno, pues ocurren a su puerto cuantos producen las ciudades de Gibraltar, Mérida, Trujillo, Barinas, la Grita y otras circunvecinas.

El lugar es rico por el mucho comercio que mantiene con la Nueva España, Santo Domingo, Cartagena, islas de Canaria y otras provincias ultramarinas; el puerto es muy seguro y acomodado para fabricar embarcaciones, por la abundancia que se goza de excelentes maderas, y así continuamente están embarazados sus astilleros; y si los españoles supiéramos aprovechar las utilidades que encierra la hermosura de su laguna, fueran continuados jardines sus márgenes y se hubiera poblado un reino en sus orillas; las repetidas invasiones con que la han molestado los piratas han sido causa bastante para embarazar su crecimiento pues a no haber padecido los estragos que con esta ocasión han ejecutado en ella el cuchillo y el fuego, fuera una de las buenas ciudades que tuviera la América: pero sin embargo, mantiene hoy más de quinientos vecinos que la habitan; sus edificios, todos de piedra, son alegres, capaces y bien dispuestos; la iglesia parroquial, de obra moderna, es gallarda en su fábrica y bien proporcionada en su planta; venérase en ella una devota imagen de un milagroso Crucifijo, a quien los indios Quiriquires, habiéndose levantado contra los españoles el año de mil seiscientos y saqueado y quemado la ciudad de Gibraltar, en cuya iglesia estaba entonces esta hechura, con sacrílega impiedad hicieron blanco de sus arpones, dándole seis flechazos, cuyas señales se conservan todavía en el santísimo bulto; y es tradición asentada y muy corriente, que teniendo antes esta imagen la cara levantada (por ser de la expiración), como lo comprueba el no tener llaga en el costado, al clavarle una de las flechas que le tiraron sobre la ceja de un ojo, inclinó la cabeza sobre el pecho, dejándola en aquella postura hasta el día de hoy.

Sustenta aquella ciudad para su lustre un convento de religiosos del Orden de San Francisco, un hospital bajo de la protección de Santa Ana y una ermita, dedicada a San Juan de Dios, que fabricó el año de seiscientos ochenta y seis la piadosa devoción del Capitán Juan de Andrade; en lo temporal estuvo sujeta al Gobernador de esta provincia hasta el año de seiscientos setenta y ocho, en que a pedimento de sus vecinos se mandó agregar a la gobernación de Mérida de la Grita; y como el ser puerto de mar

franquea más utilidad para las conveniencias, y más autoridad para la graduación, trasladaron a ella los Gobernadores su asistencia desde entonces; quedando por esta causa constituida en cabeza de gobierno, y como tal reside también en ella el tribunal de la contaduría, compuesto de dos oficiales reales, proveídos por el Rey; la facilidad con que los piratas la saqueaban cada día, por tener las barras de la laguna sin defensa, hizo aplicar remedio para su seguridad, fabricando en ellas tres castillos, que guarnecidos de artillería y presidiados de milicia, han sido bastante reparo para librarla de vejación tan continua: quedando con esta diligencia asegurada y graduado su gobierno entre los de más estimación y utilidad de las Indias.

Entre tanto que Alonso Pacheco se entretenía en poblar la Nueva Zamora no descansaban los vecinos de la ciudad de Santiago, atentos siempre a perfeccionar del todo su conquista, en que hallaban cada día más dificultad, por la obstinada resistencia de los indios; pero alentados con el buen principio de tener ya reducidas y sujetas las dos naciones de Tarmas y Taramainas mediante el valor con que Garci-González obligó a los Caciques Paramaconi y Parnamacay a que diesen la obediencia, determinaron poner todo su esfuerzo en sujetar también a los Chagaragatos y Caracas, que habitaban la serranía, que media entre la ciudad y el mar, para que sin embarazo quedase obediente y reducida toda la parte de la provincia, que mira hacia la costa; a este fin se unieron los cabildos de Caraballeda y de Santiago como interesados ambos en la conveniencia de quitar aquel estorbo de por medio para la total seguridad de su comercio y trajín; y ajustado el que a un mismo tiempo saliesen de las dos ciudades, acometiendo cada uno por su parte, a penetrar la serranía, que era habitación de aquellos bárbaros, para que divididas las fuerzas enemigas en la defensa, facilitase su misma diversión el vencimiento.

Entró con la gente de Caraballeda Gaspar Pinto y Cristóbal Cobos con la de Santiago, logrando a los primeros pasos algunos buenos sucesos, que permitió el descuido con que se hallaban los indios; pero recobrados éstos del susto de aquella invasión primera, dieron tanto en qué entender a los nuestros, que desesperados de poder conseguir la pacificación divididos tuvieron por mejor juntarse, haciendo un cuerpo de los dos campos y con las fuerzas unidas acometer al Cacique Guaimacuare, que retirado de la

costa con cuatrocientos gandules a lo más áspero y fragoso de la serranía, era quien fomentaba desde allí la obstinación con que peleaban los indios.

No se le ocultó al Cacique esta determinación de los nuestros, o porque le avisaron de ella los indios amigos que asistían en nuestro campo, o porque acertó a prevenirla su discurso con la prontitud de su viveza; y así, aunque los dos capitanes, fiados en el silencio de la noche, pensaron disponer el avance de suerte, que caminando con la oscuridad pudiesen llegar a tiempo que cogiesen al bárbaro desprevenido, lo hallaron tan cuidadoso, que aún no habían pisado los nuestros lo interior de la montaña, cuando haciendo señal las centinelas que tenía por los caminos, empezó a resonar el estruendo de los caracoles con que tocaban por todas partes al arma; entonces Gaspar Pinto, que gobernaba aquella noche la vanguardia, viendo malogrado el lance, por la mucha vigilancia de Guaimacuare, sin esperar a que aclarase el día apresuró el paso con su gente, siguiéndole Cobos con la suya; y gobernándose por el mismo murmullo de los indios, se fueron metiendo por la montaña hasta salir a las casas, que servían al Cacique de retiro, donde apellidando a Santiago y disparando los arcabuces, se encendió entre unos y otros la refriega, sin que la oscuridad de la noche, los gritos y confusión de la pelea diesen lugar a que se pudiese reconocer a quién se inclinaba la victoria, hasta que al rayar el alba se fueron los indios retirando; si bien con ventajas tan conocidas, que pudieron aclamar por suyo el vencimiento, pues aunque los nuestros quedaron apoderados de las casas, fue con pérdida de diez soldados que se encontraron muertos y con la desgracia de haber recibido Gaspar Pinto una herida en una pierna, que aunque pareció leve y de poco cuidado a los principios, debió de ser tan eficaz la actividad del veneno con que estaba la flecha preparada, que aumentándosele por instantes las fatigas y recreciéndosele por momentos las congojas, murió dentro de seis horas, cayéndosele las carnes a pedazos y rabiando de dolores; fatalidad, que cortó el hilo a la conquista, porque Cobos, amedrentado con la muerte del compañero, sin esperar a más se volvió para Santiago y la gente de Caraballeda, a quien tocaba con más empeño la venganza, viéndose sola y sin cabo que la gobernase, tomó la misma resolución de retirarse, quedándose aquellas naciones con la misma rebeldía que estaban antes, hasta que después el trato y comunicación las

fue domesticando y el tiempo consumiendo, pues se aniquilaron de suerte, que ha muchos años que sólo quedó de ellas la memoria, sin que se reservase un individuo.

CAPÍTULO VII

Llega a Coro el Gobernador Don Diego de Mazariego: puebla el Capitán Salamanca la ciudad de Carora; y Pedro Alonso Galeas entra en los Mariches

SABIDA en la Corte la muerte de Don Pedro Ponce de León, proveyó el Rey en su lugar para el gobierno de esta provincia a Diego de Mazariego, caballero, aunque de muy buenas prendas, más a propósito, por su crecida edad, para gozar el descanso de su casa, que para hacerse cargo del ejercicio de semejante empleo; pero sin embargo, habiéndose resignado a aceptarlo, se embarcó en el puerto de San Lúcar, y por el mes de febrero del año de quinientos setenta y dos[lxxxix] llegó a Coro, donde tomada la posesión de su gobierno, no pudiendo, por el embarazo de sus muchos años, dar expediente por sí solo a la ocurrencia de negocios que se ofrecían en la provincia, nombró por su Teniente General a Diego de Montes, vecino del Tocuyo; quien usando de la amplia jurisdicción que le comunicó el Gobernador para cuanto pudiese ocurrir la tierra adentro, dio comisión el mismo año de setenta y dos al Capitán Juan de Salamanca, para que entrase a poblar las provincias de Curarigua y Carora, que demoran hacia el Norte, entre la ciudad del Tocuyo y la laguna de Maracaibo, y como por aquel tiempo había en la gobernación bastante gente descarriada y sin conveniencia alguna, así de la que salió de los Llanos con Don Pedro de Silva, como de la que había venido a la conquista de los Cumanagotos con Don Diego Fernández de Cerpa, con facilidad, publicada la jornada, alistó Salamanca setenta hombres, entre quienes fueron Alonso Gordón, Juan de Gámez, Benito Domínguez, Alonso Márquez, Diego Muñoz, Pedro Francisco, Hernando Martín, Garci López, Juan Pérez, Juan González Franco, Juan Esteban y otros, con los cuales salió del Tocuyo y atravesada parte de la provincia de

lxxxix. Año de 1572.

Curarigua, llegó al sitio de Baraquigua, donde en diez y nueve de junio del año de setenta y dos pobló una ciudad, que intituló San Juan Bautista del portillo de Carora[xc], en unas sabanas de temperamento cálido y muy sano, pero faltas de agua, porque el río Morere, que las riega, suele flaquear algunas veces, llegándose a secar del todo, si el verano es dilatado.

Críanse en su comarca todas especies de ganado, pero con más abundancia el cabrío, porque los muchos espinos y cardones que producen las sabanas hacen más a propósito el terreno para su multiplico: dase en su jurisdicción grana tan fina como lo puede ser la de Misteca; bálsamos tan odoríferos que no les hacen ventaja los de Arabia, y otras resinas aromáticas, que tiene aprobada la experiencia por antídoto admirable para curar heridas; y excelente preservativo para pasmos; su vecindad es corta, mas sin embargo, mantiene una iglesia parroquial con dos curas rectores y un sacristán mayor; un convento del Orden de San Francisco con dos o tres religiosos, y una ermita, dedicada a San Dionisio Areopagita, que fundaron las mujeres, dotándola de suficiente renta y gruesas capellanías. El provincial Fray Pedro Simón[xci], pone la población de esta ciudad en el año de setenta, siendo Gobernador Juan de Chaves; pero constando por los autos, que proveyó Salamanca para poblarla, lo que tenemos referido, con la venia debida a la autoridad de autor tan clásico, no podemos menos que asegurar erró en esto, como en otras muchas cosas: defecto inevitable, en quien para escribir se ha de gobernar por relaciones.

La que tuvo el Gobernador Mazariego, luego que llegó a Coro, del estado en que se hallaba la conquista de Caracas, fue motivo para que deseando con brevedad verla concluida, nombrase por su Teniente en la ciudad de Santiago a Francisco Calderón, vecino de la de Santo Domingo, que

---

xc. Carora.

xci. Fr. Pedro Sim. not. 7. cap. 8[1].

1. La cita de Oviedo y Baños es correcta. Demetrio Ramos Pérez anota que hay confusión tanto en fray Pedro Simón como en Oviedo al llamar al gobernador Juan de Chaves, pues su nombre era *Francisco* y no *Juan* (Pedro Simón. *Op. cit.*, tomo II, p. 505).
En la referencia Oviedo no solamente dice que Simón "erró", sino que cuestiona a los autores que sólo se apoyan en "relaciones", haciendo valer una vez más el manejo de documentos de archivo con que él pudo contar.

había días asistía en esta gobernación; quien, con el conocimiento de lo que tenía experimentado, trató luego de poner la fuerza a sujetar la nación de los Mariches, que retirados en los montes de su distrito, aborrecían la comunicación española desde que Don Pedro Ponce y Martín Fernández de Antequera (con razón o sin ella, porque siempre quedó en duda la justificación de su causa) cometieron la atrocidad de mandar empalar a sus caciques, adquiriendo con aquel atropellamiento tan enorme descrédito a su nación y deslucimientos a su fama.

Para esta expedición nombró por Cabo a Pedro Alonso Galeas, soldado práctico y capitán experimentado en las guerras de las Indias (como lo ha mostrado en parte el contexto de esta Historia), a quien el año de setenta tuvo el Teniente Bartolomé García encomendada la misma diligencia; pero ofreciéndose la entrada que hizo Garci-González aquel año al valle de las Huayabas, no pudo tener efecto por entonces, retardándose la ejecución, hasta que animado con el nuevo nombramiento, salió de la ciudad de Santiago por fines del año de setenta y dos con ochenta hombres, de la gente más granada, llevando en su compañía al Cacique Aricabacuto, con algunos indios de sus vasallos, que como más interesado en la sujeción de los Mariches, deseaba verlos reducidos a la obediencia española; porque siendo este Cacique amigo nuestro y teniendo su población inmediata al terreno de aquella nación ofendida, experimentaba, como más cercano, en las molestias que recibía, los despiques de su agravio, cuya satisfacción procuraba conseguir en aquella coyuntura al abrigo de las armas españolas.

A este fin habiéndose ofrecido voluntario, no sólo a seguir a Pedro Alonso, sino a servirle de guía, lo fue conduciendo hasta introducirlo al centro de la provincia; pero como a los indios los tenía aterrorizados el horror, no se encontraba población que no estuviese desierta, sin hallar con quién poder tratar medios de paz, ni en quién ejecutar hostilidades de guerra, hasta que habiendo salido una noche Garci-González de Silva con treinta hombres y orden de Pedro Alonso a reconocer una quebrada, donde por algunas señales, observadas de la curiosidad, se había llegado a sospechar podría haber alguna chusma recogida, halló en lo interior de una montañuela, que formaban unos matorrales en lo profundo de un valle, hasta doscientas cabezas entre mujeres y niños, que los indios del pueblo

de Huayaba, por parecerles parte más segura, tenían allí retiradas; y procurando aprisionarlas, no pudo ser la diligencia tan pronta, que con la confusión y el alboroto no se escapasen algunas y dando aviso a los indios (que atentos siempre con el cuidado de lo que podía suceder, asistían no lejos de la quebrada) antes que los nuestros tuviesen tiempo de asegurar la presa, se hallaron acometidos en el valle de más de trescientos gandules, que acaudillados del Cacique Tamanaco, con el sentimiento de ver cautivas sus mujeres, menospreciando las vidas a la vista de su ofensa, pretendían, a costa de su sangre, estorbar la ocasión de su deshonra.

Era la noche oscura; el sitio, por la profundidad y matorrales que lo cercaban, de todas suertes incómodo; la desesperación en los indios tanta, como el valor en los nuestros; y empeñada la reputación en unos y otros, hicieron tan reñida la refriega, que echando el resto a la porfía, se mantuvieron peleando por espacio de tres horas, hasta que al amanecer, habiendo restaurado los indios algunas de sus mujeres, sin poderlo estorbar, aunque a costa de noventa y seis gandules, que quedaron tendidos en el campo al corte de las espadas, se fueron retirando por una ladera arriba, sin que el cansancio y fatiga con que se hallaban los nuestros diesen lugar para poderlos seguir, pues aunque lo intentó Garci-González con aquel esfuerzo, hijo de su mismo aliento, que lo hacía siempre infatigable, contradiciéndoselo los demás, por estar muchos heridos, resolvió también el retirarse, dando la vuelta con el resto que le quedó de la presa al sitio en que habían dejado a Pedro Alonso, donde agravados de las heridas, murieron el mismo día Juan Rodríguez, Martín Sánchez, Juan de Viedma, Alonso Palomeque y Luis Martínez, naturales todos de la Extremadura y de los que entraron con Garci-González al socorro.

Grande fue el sentimiento de Pedro Alonso por la muerte de sus soldados, y deseando volver a encontrar a Tamanaco, para templar con su castigo la pena que le afligía, prosiguió marchando con todo el campo hasta llegar a dar vista al pueblo del principal Tapiaracay, donde los indios, ofendidos de la lealtad con que el Cacique Aricabacuto favorecía con su asistencia nuestra parte, quisieron, para darle muerte, fingir con disimulo una traición; a cuyo fin habiéndose alojado Pedro Alonso al pie de una ensillada, por donde, con la interposición de un arroyo, que corría de por medio, se

subía a la población se dejó ver en lo alto de la lometa el Cacique Tapiaracay, acompañado de otros seis a ocho gandules, y simulando con humildes palabras el veneno que ocultaba el corazón, empezó a manifestar los deseos que tenía de sujetarse a la obediencia española y librarse de los daños inexcusables de la guerra; motivo, que le obligaba a venir personalmente a solicitar los amables reposos de la paz; pero que temeroso del estruendo de nuestras armas no se atrevía a pasar a nuestro campo sin que lo apadrinase la confianza de alguna persona conocida, y así pedía le enviasen al Cacique Aricabacuto, para poder a su sombra ejecutar, sin recelo, lo que anhelaba con ansia.

Creyó Pedro Alonso con facilidad las palabras de aquel bárbaro: ¡yerro sin disculpa en capitán tan práctico! y no hallándose a la sazón Aricabacuto en el alojamiento, por haberse quedado divertido en el camino con algunos de sus vasallos en el entretenimiento de cazar paujíes (accidente en que consistió por entonces su fortuna), mandó, que un hijo, un yerno y dos cuñados suyos pasasen en su lugar, para que asegurado en su compañía, pudiese venir sin temor Tapiaracay; pero como la intención del bárbaro no tiraba a otro fin, que a lograr sin estorbo su venganza, apenas los vio de la otra parte del arroyo, separados del abrigo de los nuestros, cuando haciendo señal a las tropas, que tenía prevenidas su traición, ocultas entre los matorrales, dispararon sobre ellos tantas flechas, con tal brevedad y ligereza, que antes que los nuestros pudiesen ocurrir a su socorro, atravesados por mil partes, miserablemente habían perdido las vidas, sin dejar a Pedro Alonso otro desquite, que conocer, aunque tarde, las malas consecuencias de su yerro.

Cuando Aricabacuto llegó al real y supo la lastimosa muerte de sus hijos, hizo tales extremos de sentimiento, que ni había consuelo que mitigase su pena, ni consejo que aplacase su furor; y arrebatado de cólera, por dar algún desahogo a la fatiga, que le oprimía el corazón, intentó, como bárbaro, con un montante en la mano, dar muerte a las inocentes mujeres y criaturas, que había aprisionado Garci-González del pueblo de Tamanaco: crueldad, que hubiera ejecutado su fiereza si Tomé de Ledesma, puesto a caballo y con la lanza en la mano, no hubiera embarazado resolución tan inicua; sobre que llegó a trabarse una contienda, que pudo poner en con-

fusión a todo el campo, porque el Cacique al ver que le estorbaban su venganza, ayudado de sus vasallos, embarazó el montante para tirarle a Ledesma; y éste, terciando la lanza sobre el brazo hizo piernas al caballo para matarlo con ella, a tiempo que llegó Garci-González de Silva y con su autoridad sosegó la cólera de entrambos, para que no pasase adelante el rompimiento; pero quedó tan alterado Ledesma con el atrevimiento del Cacique, que volviendo la cara a los demás soldados, les dijo: Caballeros, ya esta jornada no puede parar en bien, y así lo mejor es, que dejándola de la mano nos vamos a descansar a nuestras casas; proposición, que escandalizó de suerte a Pedro Alonso, que metiendo mano a la espada y encarando la vista hacia Ledesma, le dijo: El que tuviese osadía para intentar volverse a la ciudad sin mi licencia sabré quitarle la vida con los filos de esta espada, o a violencias de un garrote; y hubiera pasado la fuerza de su enojo a demostración más agria, si la prudencia de Garci-González no hubiera metido la mano a componer la materia de suerte, que sosegado aquel escándalo que iba empezando a brotar, pudieron proseguir su marcha en buena paz hasta los asientos de Patima, de donde gobernándose por las corrientes del Guaire, salieron sin embarazo a las orillas del Tuy, cuyas aguas, sirviendo de lindero a los Mariches, partían jurisdicción en aquel tiempo con los indios Quiriquires, que dueños de la contraria ribera, habitaban en dilatado terreno las espesas montañas de sus márgenes, sin que en todo aquel espacio encontrase otra cosa Pedro Alonso, que continuadas señales de los recientes incendios, con que convertidas en cenizas todas las poblaciones, manifestaban la rebelde obstinación de aquellos bárbaros, que determinados, a instancias de Tamanaco, a defender con las armas la libertad que gozaban (aseguradas en ocultos retiros sus familias), seguían a la deshilada los pasos de Pedro Alonso, esperando su confianza los beneficios del tiempo y favor de la fortuna, para lograr la ocasión de acometerlo de suerte, que siendo conocida la ventaja, resultase seguro el vencimiento.

Bien recelaba Pedro Alonso alguna novedad del general retiro de los indios: pero resuelto a volverse a la ciudad, por hallarse desconfiado de conseguir por entonces la pacificación que pretendía, trató de coger la marcha por las mismas riberas del río Guaire para salir otra vez a los asientos de Patima; y caminando por sus playas un soldado, llamado Tapia, que

iba de los delanteros encontró tendida sobre la arena una criatura de ocho a diez meses de edad, a quien sin duda dejó en aquella soledad desamparada la madre, o porque le servía de estorbo para huir, o porque violentada la naturaleza en aquel lance, pudo más el miedo que el amor y la turbación, que el cariño; y bárbaramente cruel, olvidado de las piedades de humano y de las obligaciones de católico, cogiéndola por un pie y diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, la arrojó en medio del río, donde sumergida entre las ondas, le sirvieron de sepulcro los cristales; y aunque Pedro Alonso, queriendo aplicar castigo a semejante impiedad, le mandó cortar la mano, interviniendo después la interposición de algunos, se suspendió la ejecución, quedando sólo en amenazas la aplicación del remedio; pero como éste corría por cuenta de la Justicia Divina, no pasaron veinte y cuatro horas sin que pagase con la vida su delito, porque al atravesar el día siguiente los nuestros por los cañaverales del río; Tamanaco, que oculto entre sus matas con los más esforzados gandules de su séquito esperaba sólo la ocasión de manifestar su bizarría a impulsos de su valor, salió de repente con sus tropas a embarazarle el paso a Pedro Alonso, y trabada con esfuerzo de ambas partes la batalla[xcii], entre el acometer de las espadas y silbar de las saetas, encendido el coraje en unos y otros, no había tiro que no anunciase una muerte, ni golpe, que no causase un estrago, quedando muerto Tapia a los primeros enristres, partido el corazón con una flecha: fatalidad, que atribuida por todos los compañeros a pena de su delito, no dejó de acobardarlos, temiendo no llegase a ser de participantes el castigo; pero animados de Pedro Alonso, a tiempo que Tamanaco hacía lo mismo con los suyos, sin descaecer en el aliento trocaron en desesperación la valentía; si bien como a los indios ayudaba el abrigo de los cañaverales, para pelear a su sombra defendidos, era tanta la diferencia, que los hacía la ventaja incontrastables: circunstancia, que atendida bien por Pedro Alonso, lo obligó a buscar remedio para sacar mejora en su partido; para esto mandó a Garci-González, que con Hernando de la Cerda, Andrés Domínguez, Cristóbal Rodríguez Chanizo, Sandoval y otros seis soldados escogidos, se adelantasen sin que los indios lo sintieran y en-

xcii. Batalla del Guaire.

tre los cañaverales formase una emboscada; y cuando le pareció, según el tiempo, que ya Garci-González habría cumplido con el orden, tocando a recoger empezó a marchar apresurado, con apariencias de retirarse medroso.

Los indios entonces, persuadidos con el engaño de su ignorancia a que era verdadera aquella simulación fingida, aclamando la victoria al son de los caracoles, cargaron sobre los nuestros con más fuerza para seguir el alcance: pero cuando Pedro Alonso los vio ya empeñados sobre la oculta emboscada, volviendo de repente a hacerles rostro, dio lugar para que Garci-González con los suyos les saliese embistiendo por un lado: accidente a que no pudiendo resistir la turbación de verse acometidos, cuando se juzgaban victoriosos, les cortó el ánimo de suerte, que trocando en desmayo el ardimiento, hechos blanco de las cuchillas españolas, sin tener valor, ni aún para huir, mostraron su confusión en su mismo desaliento; sólo Tamanaco, cobrando nuevo brío del inopinado desorden de los suyos, con gallarda resolución sustituía por todos, pues con una macana en la mano, manteniendo el combate contra tantos a fuerza de una temeridad despechada, daba muestras de un corazón invencible; pero como los contrarios eran muchos, no pudo corresponder la perseverancia a lo que quería el espíritu, y rendido el esfuerzo con la sobrada fatiga, habiendo muerto por sus manos a Hernando de la Cerda y a otros dos soldados, cayó postrado en el suelo, donde aprisionado de los nuestros perdió la libertad por desgracia, para perder después, con lástima, la vida, pues sentenciado a muerte por Pedro Alonso, quisieron para la ejecución hacer prueba por entretenimiento del grado a que podía llegar el valor de aquel Cacique; y dispuesto con palizadas un aparente anfiteatro, lo metieron en él, para que lidiase cuerpo a cuerpo con un perro de armas de singular braveza (llamado Amigo), que llevaba en su compañía Garci-González de Silva, ofreciéndole la libertad y la vida, si con la muerte del perro conseguía salir de la palestra con victoria.

Gustoso aceptó el bárbaro el partido, pareciéndole corto triunfo para el esfuerzo que alimentaba su brazo; y puesto dentro del circo con su macana en la mano, esperó con gentil resolución a que le echasen el perro, teniendo por tan seguro en aquella ocasión el vencimiento, que al verlo venir a acometerle, enarbolando la macana, dijo en su lengua maricha: Hoy mo-

rirás a mis manos y sabrán los españoles, que no hay peligro en el mundo que acobarde a Tamanaco; pero engañóle la vana presunción de su confianza, pues huyendo el cuerpo el perro al golpe que le descargó con la macana, sin darle lugar a que pudiese componerse para asegurarle con otro, revolvió sobre él con tal ferocidad, que haciéndole presa de los pechos, le derribó en el suelo, y encarnizado con el coraje que le engendró su braveza, sin que bastasen para estorbarlo las diligencias con que el bárbaro procuraba defenderse, le separó del cuerpo la cabeza, sirviéndole las garras de cuchillo para fatal instrumento del degüello; causando horror tan lastimoso espectáculo aún a los mismos que arbitraron la disposición de semejante suplicio, cuya noticia divulgada con brevedad entre los indios los atemorizó de suerte, que absortos entre el asombro y el miedo, por no exponerse a la contingencia de padecer otro tanto, ocurrieron a dar la obediencia a Pedro Alonso, quedando por este medio sujeta la rebeldía de aquella nación obstinada.

CAPÍTULO VIII

Entra Gabriel de Ávila en los Teques, y puebla el real de Minas de Nuestra Señora: hace Garci-González diferentes correrías, y sujeta con ellas los indios de aquel partido

CONSEGUIDA por Pedro Alonso la pacificación de los Mariches, restaba para la quietud y aumento de la ciudad de Santiago sujetar la provincia de los Teques, cuya nación altiva, conservando todavía las antiguas máximas de su Cacique Guaicaipuro, no sólo se mantenía rebelde a la obediencia española, pero fomentaba a las demás con sus arbitrios, para dificultar por todos lados su conquista, y así por quitar este embarazo, como por el provecho que esperaban con el beneficio de las minas de oro, que descubrió en aquel partido Francisco Fajardo y tuvo pobladas Juan Rodríguez, se determinaron los vecinos el año de setenta y tres[xciii] a procurar su pacifica-

xciii. Año de 1573[2].

2. En la edición facsimilar hay discrepancia entre las fechas, pues la nota dice 1575; sin

ción a fuerza de armas; y cometida la diligencia a Gabriel de Ávila, actual Alcalde ordinario de aquel año, salió con setenta hombres de la gente más lucida, porque como el interés era común, se alistaron los más principales a porfía, y sin hallar oposición en los indios llegó a la antigua casa de las minas y real de Nuestra Señora, donde probados los metales, hallando que correspondían en el rendimiento a la fineza de sus vetas, pobló su ranchería para dedicarse de asiento al beneficio; pero cuidadoso por el retiro y suspensión que experimentaba en los indios, deseando enterarse bien de la disposición en que se hallaban y ver la forma que mejor podía tener para portarse con ellos, encomendó a Garci-González de Silva (cuyo valor era en todas ocasiones el primero) saliese con treinta hombres a dar una vuelta por las poblaciones inmediatas; y encaminándose de noche a la del Cacique Conopoima, que estaba situada en la profundidad que forma el pie de una eminente roca, a quien llaman el peñón de los Teques, dejó en lo alto de la loma a Martín Fernández de Antequera y a Agustín de Ancona, hombres de a caballo, con seis soldados de a pie, para que le guardasen las espaldas, asegurando con aquella prevención la retirada, y con el resto de la gente bajó a la población, que halló desierta, porque avisados sus moradores de los indios que trabajaban en las minas de que iban los españoles a buscarlos, mudaron las mujeres y chusma de muchachos a otras poblaciones más distantes, y todos los varones, capaces de tomar armas, se habían retirado a unas caserías separadas el valle abajo, como tres tiros de escopeta, dejando en la población dos indios escondidos, para que les avisasen en sintiendo venir los españoles.

A éstos alcanzó a ver Garci-González al salir por la puerta falsa de un bujío, y corriendo tras ellos, acompañado de un mestizo del Tocuyo, llamado Araujo, le dio a uno una estocada de que cayó luego muerto, y prosiguiendo tras del otro, que a grandes voces iba llamando a los indios, lo alcanzó en una sementera de yuca, que estaba en una ladera, y tirándole una cuchillada a la cabeza, se la llevó tan de lleno, que le partió la mitad del casco y le echó los sesos fuera; a esta ocasión llegó Francisco Sánchez de Cór-

duda hay un error de impresión en esta última ya que los hechos narrados pertenecen a 1573.

doba y juntándose a Garci-González, cogieron los dos una vereda, que corría de la misma ladera para abajo, por la cual al mismo tiempo iban subiendo los indios, que habiendo oído las voces que le dio su centinela, volvían a procurar con las armas la defensa de su pueblo; pero como la noche era algo oscura y el pajonal estaba bastante crecido, no pudieron descubrirse unos a otros hasta que llegaron a encontrarse cara a casa.

Entonces Garci-González y Córdoba, aunque los indios eran muchos, y ellos solos, valiéndose de la conveniencia que les ofrecía la disposición del sitio, pues lo estrecho de la vereda no permitía capacidad sino para que peleasen dos a dos, remitieron el desempeño al corte de las espadas y embistiendo con los indios, habiendo muerto luego a los primeros, los demás se fueron atropellando unos a otros: y como entonces, a las voces que dio Garci-González y al ruido de la pelea, ocurriese el resto de nuestra gente, que había quedado en el pueblo divertida, hallando a los indios ya desordenados tuvieron poco que hacer para ponerlos en huida, con muerte de cuarenta y dos, que perdieron la vida en la ladera; y siguiendo el alcance hasta las casas que les habían servido de retiro, apoderados de ellas los nuestros, hallaron dentro algunas cotas de malla, espadas, barras de hierro, diferentes piezas de plata labrada, sortijas y otras alhajas de las que habían robado cuando mataron a Luis de Narváez, entre las cuales conoció luego por suyos Pedro García Camacho unos botones de oro, guarnecidos de diamantes, que perdió cuando, por favor particular de su fortuna, escapó con la vida de aquella rota miserable en que perecieron todos.

Recogidos con brevedad estos despojos y cuatro indios prisioneros, que se hallaron escondidos en las casas, antes de amanecer volvió Garci-González con su gente a subir a lo alto de la loma, donde había dejado a Martín Fernández de Antequera con Agustín de Ancona; pero seguido del Cacique Conopoima (que recogidas sus descompuestas escuadras pretendía tomar satisfacción del desbarato que padeció aquella noche), antes de llegar a la cumbre de la loma se halló acometido por la retaguardia con densa nube de flechas, que disparaban los indios; y aunque el daño que causaron fue muy leve, sin embargo, mandó Garci-González a uno de los indios que llevaba prisioneros, llamado Sorocaima, dijese a los demás que no tirasen, porque si le herían algún soldado manifestaría su enojo, haciéndolos

empalar a todos cuatro; pero pudiendo más en el bárbaro la gloria de su nación y el rencor de su venganza, que el aprecio de la vida, burlando de la amenaza, en lugar de ejecutar aquello que le mandaban levantó la voz, animando al Cacique Conopoima, para que con más resolución apretase la batalla, asegurándole que eran los nuestros tan pocos, que podía tener por cierto el triunfo, si proseguía con tesón en el empeño.

Esto irritó a Garci-González tanto, que mandó le cortasen una mano y lo soltasen, para que de aquella suerte fuese a aconsejar de más cerca a Conopoima; pero el bárbaro, sin inmutarse en nada al oír la pronunciación de su sentencia, extendió el brazo con tan gallarda entereza, que aficionado Garci-González a su garbo y desenfado, lo mandó poner en libertad, suspendiendo la ejecución y remitiendo el castigo; pero esta generosidad tan propia de su nobleza, no tuvo, al juicio de sus soldados, la general aceptación que merecía, pues no faltaron dos de ellos y de los más principales (cuyos nombres remitimos al silencio por excusar a sus descendientes el rubor, que podrá causarles la memoria de acción tan indigna y fea en quien tenía sangre noble), que llevando a mal la moderación piadosa de su Cabo, no contentos con la civilidad de murmurarla, sin que Garci-González lo supiera cogieron a Sorocaima y le cortaron la mano, sin que les moviese a compasión el sufrimiento con que toleró el prolongado rigor de aquel martirio, pues como si lo practicaran en un bruto (sólo con el fin de atormentarlo) le cortaron el pellejo en redondo a la muñeca, y después, buscándole la coyuntura con la punta de un cuchillo le dividieron la mano, separándola del brazo: tormento en que mostró tal constancia, que en el dilatado espacio de sufrirlo, manteniéndose inmóvil al padecer, ni se le oyó un ay, ni se le escuchó un suspiro; antes con singular desembarazo pidió le diesen su mano, después que se la cortaron, y cogiéndola en la otra que le había quedado entera, sin pronunciar más palabra se fue muy paso entre paso para donde estaba Conopoima, a quien manifestó su desventura y representó su agravio, para que vengase con las armas la ofensa que había padecido su lealtad, por cumplir como debía con la obligación de buen vasallo: pero aterrorizó de suerte al cacique la inhumanidad de aquel castigo, que sin atreverse a demostración alguna, después de haber estado un rato suspenso, como absorto en la consideración de aquel suceso, levantándose entre

los indios una confusa vocería de alaridos, se fueron retirando por el valle, haciendo Garci-González lo mismo, para el asiento de las minas, donde había quedado Gabriel de Ávila asistiendo con el resto de su campo al beneficio de los metales, en cuya saca se experimentaba cada día más abundante el rendimiento.

Esto obligaba a los españoles a desear con más ahínco la total sujeción de aquellos indios, así por aprovecharse de ellos para el trabajo, como por gozar sin susto la precisa asistencia en las labores, pues aguardando por instantes las invasiones con que los molestaban los bárbaros, era forzoso estar siempre prevenidos, sin dejar las armas de las manos: a este fin, corriendo la tierra con frecuencia desde el asiento de Minas, procuraban hostigarlos, por ver si los daños que recibían en sus poblaciones y labranzas podía ser medio para obligarlos a que aceptasen la paz con que les rogaban; pero tenían tan arraigado al corazón el odio contra los nuestros, que sin ser bastantes a mitigarlo los incendios que experimentaban y muertes que padecían, se ostentaban cada vez más obstinados; hasta que habiendo salido una noche Garci-González con treinta hombres y dado de repente sobre el pueblo del Cacique Acaprapocon, no obstante la valerosa resistencia que interpusieron los indios para buscar su defensa, consiguió apoderarse de las casas con presa considerable de mujeres y muchachos, aunque no a tan poca costa, que no se viesen en evidente peligro de la vida; porque habiendo oído rumor en un bujío de la población, entrando a reconocerlo, por ver si había en él algunos indios escondidos, le salió al encuentro un bárbaro de presencia agigantada y fuerzas correspondientes a lo que prometía su disforme corpulencia, y enarbolando una macana le tiró tan fiero golpe a la cabeza, que no obstante haber aplicado por reparo la interposición de una rodela de acero, le hizo pedazos la celada que llevaba puesta, dejándolo sin sentido con la violencia del golpe; pero socorrido a tiempo de Juan Riveros, Ambrosio Hernández, Andrés Domínguez y Malpartida, tuvo lugar de recobrarse, mientras el bárbaro procuraba defenderse de los cuatro, que haciendo empeño en castigar su atrevimiento, intentaban pagase con la vida su osadía; pero burlándose de todos la despejada destreza con que el gentil esgrimía contra unos y otros la macana, sin que pudiesen ofenderle consiguió la seguridad de retirarse, dejando a Garci-González

bastantemente picado con el escozor del golpe recibido; pero recogido al real de Minas con la presa que había adquirido aquella noche, halló en breve motivo suficiente para poder templar su sentimiento, pues reconociendo las indias que había llevado cautivas, pareció entre ellas la mujer principal de Conopoima y dos hijas del Cacique Acaprapocon, tan queridas de su padre, que eran el objeto total de sus amores: accidente de tan favorables consecuencias, que en él consistió el fin de aquella guerra y la absoluta sujeción de aquel partido, pues rendidos al amor los dos Caciques, pudiendo más en ellos el cariño, que el rebelde tesón de su porfía, ocurrieron luego al real de Minas pidiendo la paz con rendimiento; y experimentando cada día las conveniencias que gozaban con el buen tratamiento que tenían, la mantuvieron después con gran fidelidad, hasta que consumidos los más con el rigor de una cruel peste de viruelas, las pocas familias que quedaron en ser, pasado el contratiempo de aquella calamidad, desamparando la posesión de su nativo suelo, unas se agregaron a la población del valle de la Pascua y las más se retiraron a vivir a los valles de Aragua; donde gobernando esta provincia Don Francisco de la Hoz Berrío el año de seiscientos diez y siete, el Teniente General Pedro Gutiérrez de Lugo las recogió al sitio de la victoria, en cuyo paraje se conservan hasta hoy con una población muy razonable.

CAPÍTULO IX

Pacifica Francisco Infante los pueblos de Salamanca: entra Francisco Calderón al valle de Tácata, y disgustándose con sus soldados lo priva el Gobernador del Tenientazgo

GRANDE fue sin duda el trabajo que tuvieron aquellos primeros conquistadores, en la pacificación de esta provincia de Caracas, pues siendo habitada de diferentes naciones sujetas cada cual a particulares caciques, independientes unos de otros en el dominio de sus pueblos, fue preciso irlos conquistando separados, ganando a fuerza de armas la tierra palmo a palmo. Esta fue la causa por que manteniéndose ocho años en una guerra continuada necesitaron de todo aquel espacio de tiempo para llegar al fin de sus afanes y ver perfeccionada su conquista, pues sin permitir lugar para

el descanso, ni quietud para el reposo, anduvieron mudando siempre la guerra de unas naciones a otras, hasta lograr la sujeción de todas.

Conseguida, pues, la de los Teques, restaba por aquel lado la de los Quiriquires, sus vecinos, que confinando con ellos por la banda del sureste, extendían sus poblaciones por las orillas del Tuy más de veinte y cinco leguas, hasta lindar por el Oriente con la nación Tumusa, a cuya pacificación por principios del año de setenta y cuatro[xciv] entró Francisco Infante con sesenta españoles y mil indios de las naciones amigas, que ansiosos, por militar a la sombra de nuestras armas, quisieron voluntarios acompañar nuestras banderas; y vencida alguna oposición con que los naturales quisieron embarazar la entrada en sus confines, consiguió a poca costa apoderarse de diferentes pueblos, que separados en corta distancia unos de otros, formaban un partido, a quien Juan Rodríguez llamó en su tiempo provincia de Salamanca, donde admitidos de paz los principales caciques, cuando pensó con tan favorables principios dar con brevedad glorioso fin a su conquista, se halló obligado a desampararla y expuesto a la contingencia de malograrlo todo, porque habiendo adolecido Francisco Infante de una calentura maligna, se fue comunicando el achaque a sus soldados de suerte, que muertos siete de ellos en tres días y multiplicándose por instantes los enfermos, pasó a ser contagioso el accidente, siendo general en todos la dolencia; por cuya razón, no atreviéndose a fiar de la reciente amistad de aquellos bárbaros en ocasión tan apretada, pues la confianza de verlo imposibilitado para el manejo de las armas pudiera darles motivo para intentar algún atrevimiento, dejando en el mejor modo que pudo asegurada la paz de aquellos pueblos se retiró con su gente a la ciudad, cuyo saludable temperamento, a influjo de su benigno clima, fue el más eficaz antídoto para que luego restaurasen todos la salud perdida; si bien Francisco Infante quedó tan debilitado con el pestífero rigor del accidente, que necesitó de muchos meses de convalecencia para poder recobrarse.

Esta fue la causa por que no pudo perfeccionar la pacificación de aquel partido, que con tan buenos principios había empezado a conseguir su diligencia, pues aunque inmediatamente se trató de volver a proseguirla, ha-

xciv. Año de 1574.

llándose imposibilitado con las referidas subsecuencias de su achaque, la hubo de tomar a su cuidado el Teniente Francisco Calderón, quien con ochenta soldados españoles y más de seiscientos indios de las naciones amigas el mismo año de setenta y cuatro volvió a entrar por los pueblos de Salamanca, y hallándolos en aquella paz y obediencia que los dejó Francisco Infante, atravesó el valle de Tácata, corriendo por las orillas del Tuy hasta salir a Súcuta, sin que en todo aquel distrito encontrase quien le hiciese oposición, porque los indios, aprovechándose de lo fragoso de la tierra, habían desamparado sus pueblos, retirándose a los montes mientras pasaba la inundación de aquella entrada: máxima, que considerada por Francisco Calderón, con madurez advertida le hizo persuadir a que mientras no se poblase una ciudad en el centro de aquel país, de donde estando a la mano pudiesen con más facilidad repetirse las salidas, sería ociosa cualquiera diligencia que se intentase para conseguir la sujeción de aquella nación cobarde, pues habiéndose de ejecutar desde la ciudad de Santiago, manifestaba la experiencia la facilidad con que al abrigo de las montañas burlaba la cautelosa astucia de los indios cuantas disposiciones formaba la más prudente prevención para el efecto.

Llevado, pues, Francisco Calderón de la fuerza de este dictamen, trató de poner por obra en la sabana que llaman de Ocumare, a orillas del mismo Tuy, la fundación de la ciudad que discurría, por parecerle el sitio más acomodado para el caso (como en realidad lo era, por las grandes conveniencias que ofrecía); pero comunicada con sus soldados la materia, halló fuerte contradicción en los más de ellos, no porque les pareciese mal la resolución, pues siempre la tuvieron por precisa, alabando el acertado discurso de su cabo, pero considerando las circunstancias de la ocasión y del tiempo, representaban los inconvenientes que podían originarse de quedar las fuerzas divididas, sin poder socorrerse unos a otros, pues siendo tan corto el número de españoles que se hallaba en la provincia, quedarían con la nueva población debilitadas las ciudades de Santiago y Caraballeda, faltándoles la gente de que necesitaban para poder conservarse, en cuya consideración era política más prudente atender por entonces a la manutención de lo poblado, que no exponerse al riesgo de abandonar lo adquirido,

por la vana presunción de querer asegurar nuevas conquistas, cuando éstas podían dejarse para otra ocasión más oportuna.

Bien conoció Calderón lo que pesaban las razones de aquella representación tan bien fundada; pero como la propuesta estaba ya revestida de los visos del empeño, quiso llevarla adelante, atropellando la opinión de los que la contradecían; sobre que se empezaron a mover algunos sinsabores, bastantes para que después parase todo en disgustos, porque los soldados, fijos en la resolución de no consentir que se poblase en Ocumare, presentaron a Calderón una protesta jurídica, para que desistiese de su intento; y aunque mediante ella suspendió la diligencia, sin volver a tratar más de la materia llevó tan agriamente la repulsa, que destemplado con el escozor del sentimiento, empezó a descomponerse de palabras con algunos hombres principales de los que traía en su campo, y faltando a la prudencia con que debía gobernar su disimulo, pasó a poner en prisión a Juan Riveros, Sebastián Díaz, Juan de Gámez y a otros cuatro, pretendiendo hacerles causa por cabezas de motín; que tan antiguo como todo esto es en las Indias pasar plaza de delito aún la más rendida súplica de un súbdito; pues en no condescendiendo ciegamente al antojo irregular de un superior, no hay reparo que no se atribuya a atrevimiento, ni recurso que no se gradúe por desacato.

Eran nobles todos los agraviados, y sentidos de la ofensa supieron sacar la cara a la satisfacción de su ultraje, pues luego que dieron la vuelta a la ciudad, fenecida la jornada, despacharon a Coro persona de su confianza, para que en nombre de todos expresase al Gobernador la razón con que se hallaban ofendidos y capitulase a Calderón sobre los procedimientos de su oficio. Era el Gobernador hombre prudente, así por la experiencia adquirida con sus años, como por la madurez que le dictaba su juicio, y pareciéndole mal lo obrado por su Teniente, para satisfacer a los vecinos y sosegar con tiempo la demanda antes que tomase cuerpo, luego que tuvo la noticia lo privó del tenientazgo, enviando poder a los Alcaldes de la ciudad de Santiago, que lo eran aquel año Francisco Maldonado de Almendáriz y Francisco Carrizo, para que gobernasen en su nombre; si bien poco después, antes que acabase el año, mudó la forma a esta planta, despachando título a Carrizo, para que por su persona y no por razón del ejercicio, prosiguiese sólo en el empleo, sin necesitar de la copulativa jurisdicción del compañe-

ro: mudanza, que dio a conocer a Calderón las diferencias del tiempo, pues empezó a experimentar desde luego, en repetidos desaires, la desgracia de mal quisto, que le causó el desordenado obrar, dictado de su imprudencia.

CAPÍTULO X

Matan los indios de Tácata a Juan Pascual, y a Diego Sánchez: entra el Teniente Carrizo en aquel valle; y obrando con rigor lo deja más alterado

ENTRE TANTO que corrían los sinsabores y disgustos que llevamos referidos entre Calderón y los vecinos, dispuso la desgracia para común desasosiego de todos, por las malas consecuencias y resultas que se siguieron del caso, que dos soldados, llamados Juan Pascual y Diego Sánchez, llevados del interés, que pudieran adquirir por medio de algún rescate, sin recelar el peligro en que los empeñaba su codicia inadvertida, salieron de la ciudad de Santiago, y sin otra compañía, que la de cuatro indios Teques, que les sirviesen de intérpretes, se entraron por los pueblos de Salamanca a salir al valle de Tácata, donde, aunque en los principios fueron bien recibidos de los indios, después, o por la fuerza de su natural inconstancia, o porque empezaron a experimentar quizá algunas violencias en su trato, determinaron matarlos, valiéndose del seguro con que los tenía divertidos el descuido; pero aunque acometidos de improviso, fue tan gallarda su resolución al defenderse, que haciendo cara los dos a toda la multitud de aquellos bárbaros, hubieran escapado con las vidas, a no haberlos oprimido más la muchedumbre, que el valor de los contrarios, pues apelando a la desesperación, no hubo diligencia que no intentase la temeridad, para morir matando, hasta que postrados a la fatiga y rendidos del cansancio, sin tener parte en sus cuerpos, que no ocupase una flecha, cayeron muertos en tierra, bañados más en la sangre enemiga, que aún en la suya propia.

No se descuidaron entre tanto los cuatro indios Teques, que los habían ido acompañando, pues discurriendo que también habían de tener parte en la desgracia, lograron la ocasión mientras duraba el empeño de los otros para ponerse en salvo, y venidos a la ciudad, dieron noticia de lo sucedido en Tácata, a tiempo que ya Francisco Carrizo ejercía sólo el tenientazgo;

quien resuelto a que para el escarmiento en los demás convenía no pasar aquella maldad en disimulo, llevó luego noventa hombres, y con ellos y algunos indios amigos entró en Tácata por principios del año de setenta y cinco[xcv]; pero aunque por entonces llegó a ponerse sobre el valle, haciendo la deshecha de que su expedición se encaminaba a otra parte, para coger después a los indios descuidados, torció la marcha sobre la mano derecha y dejando a Tácata (como si no fuera el blanco a que miraba su empresa) se entró por el valle del Pao, hasta salir a las orillas del Guárico, de donde volviendo con presteza para acometer por las espaldas a Tácata, halló tan prevenidos a los indios, que gobernando la vanguardia una mañana Garci-González de Silva, alcanzó a descubrir un escuadrón de hasta quinientos flecheros, que saliendo de un pajonal, donde estaban en celada, se iban retirando a una montaña, para formar más a lo seguro la emboscada.

Y aunque, con el deseo de acometerlos en lo raso tocando alarma hizo piernas al caballo para alcanzarlos antes que se abrigasen del monte, ya no pudo conseguirlo, por haberse amparado con tiempo de la espesura que formaba el arcabuco, y sólo halló en la campaña a un indio, llamado Yoraco, que engañado de su esfuerzo le esperaba calada la flecha al arco, presumiendo ser bastante su valor para oponérsele solo; pero embistiendo con él Garci-González a todo el correr de su caballo, le dio tan fiero bote con la lanza, que suspediéndolo del suelo, lo llevó un breve rato por el aire; y pasando de largo en la carrera, cuando pensó que lo dejaba muerto, al volver después la cara lo halló, que puesto en pie se mantenía peleando con Juan de la Parra y Diego Méndez, hasta que pasado a estocadas todo el cuerpo perdió el aliento y la vida, cayendo muerto en el suelo, sin que de alguna de las heridas (con ser las más que tenía bien penetrantes) le hubiese salido sangre; y procurando inquirir la causa de aquel secreto, como acaso le quitasen una sarta de piedras coloradas, que tenía puestas al cuello, al instante empezó a brotar a caños cuanta sangre mantenía comprimida en aquel yerto cadáver; manifestando con aquella experiencia la natural virtud de aquellas piedras para restañar la sangre, de cuya propiedad simpática hizo después diferentes pruebas en varias ocasiones Garci-González de

xcv. Año de 1575.

Silva, hallándola siempre verdadera a la más mínima aplicación de su contacto, de que resultó el aprecio que granjeó en su estimación aquella alhaja, pues la conservó en su poder como tesoro, hasta que el Gobernador Don Diego de Osorio, algunos años después, teniendo noticia de la rara virtud de aquellas piedras, se las quitó, con el pretexto de enviárselas por cosa singular al Rey Felipe II.

Cuando el invencible Alfonso de Alburquerque expugnó el emporio de Malaca, hace mención Juan Barrios en sus *Décadas del Asia*[xcvi] y Damián de Gois en las *Crónicas del Rey Don Manuel* de otro collar semejante, compuesto del hueso de un animal, que se cría en la isla de Java, que se halló en el cuerpo de un malayo, tan conforme en todo con el nuestro, que si los igualó la naturaleza en la virtud, los acompañó la fortuna en la desgracia, pues si el uno se anegó en el estrecho de Sincapura, enviándolo a Portugal, este otro pereció sumergido a vista de Puerto Rico, remitiéndolo a Castilla.

Muerto Yoraco, sin que los indios por entonces intentasen otra cosa, pasó Carrizo a acuartelarse aquella noche entre las barrancas que formaba una quebrada, donde las centinelas, estando con cuidado aprisionaron cinco indios, que puestos a tormento, confesaron venían a explorar la forma en que estaba dispuesto el alojamiento de los nuestros, para poder atacarlos con seguro antes que amaneciese el día siguiente; y hallando Carrizo en esta declaración cuerpo bastante para ejecutar un castigo, que sirviese de terror a los demás; mandó luego dar garrote a cuatro de ellos, dejando libre al quinto, que llamaban Manarcima, por ser hermano de uno de los caciques principales de aquel valle y ver si por su interposición podía asegurar el sosiego de aquellas naciones alteradas; aunque después manifestó la experiencia la traición (indigna de un español) que se encerraba en esta piedad fingida, pues habiendo despachado al Manarcima con embajada, para que de su parte asegurase a los caciques, que como le entregasen los culpados en la muerte de Juan Pascual y Diego Sánchez, a cuyo castigo sólo tiraba su enojo, podían salir sin recelo a hablar con él, para que interviniendo nuevos pactos se volviese a establecer la paz, turbada por la desgracia de aquel accidente no pensado; creyeron los caciques la propuesta y

xcvi. Barr. Déc. 2. lib. 6. cap. 2. Gois p. 3. cap. 17.

sin recelar podía caber engaño en la sinceridad que prometía, salieron a encontrarse con Carrizo Camaco y Araguare, que eran los más principales, acompañados de cien indios cargados de aquellos bastimentos que producía su país, y exagerando las ansias con que deseaban la paz y el aborrecimiento con que miraban la guerra, pasaron a disculparse sobre la muerte de los dos españoles, alegando no habían tenido parte en el delito, por haberlo cometido unos indios particulares, sin intervención de los caciques, los cuales, temerosos del castigo que merecía su maldad, andaban fugitivos por los montes, por cuya causa no podían, aunque quisieran, cumplir con el mandato de entregarlos; pero que en cualquier tiempo que pudiesen haberlos a las manos estaban prontos a llevarlos a la ciudad, para que en la legalidad de aquella demostración quedase acreditada su inocencia.

Bien pudiera Carrizo haber admitido estas disculpas, aunque no las tuviera en su sentir por verdaderas, pues bastaba la confianza con que aquellos miserables se pusieron en sus manos, para que obrando la piedad diese lugar en su pecho al disimulo, pero dejándose llevar de la venganza y atropellando el salvoconducto en que tenía empeñado el pundonor, puso luego en prisión a los caciques, y procediendo a la averiguación por vía jurídica, habiendo resultado de la sumaria que formó con ellos mismos el que los más de aquellos indios que estaban presentes, aunque no habían cooperado en la muerte de los españoles, habían sido participantes del convite que dispuso la brutalidad de aquellos bárbaros para comerse los cuerpos, mandó cortar las orejas y narices al Cacique Camaco y dar garrote a treinta y seis, los que parecieron más culpados, entrando también a la parte en la infelicidad de esta desgracia el Cacique Araguare, que maldiciendo su fortuna y blasfemando de la infidelidad del trato doble con que había obrado Carrizo, rindió la vida al dogal, pasando por las angustias del suplicio; y porque Manarcima, ya que había sido el interlocutor para las vistas, no quedase sin el premio que merecía su trabajo, le hizo cortar la mano derecha, pagándole con aquella inhumanidad no merecida la buena intención, que debía ser estimada.

Esta crueldad de Carrizo, ejecutada más a impulsos de la violencia, que a leyes de la razón, exasperó de suerte a los indios, que conociendo en la fuerza de su desventura, que ni rendidos encontraban descanso, determi-

naron por alivio, antes morir con valor en la guerra, que perecer con engaños en la paz; y tomando las armas con resolución desesperada, dieron a entender a Carrizo con las obras los términos a que llega el despecho de una nación ofendida, pues sin dejarlo sosegar en parte alguna fue tan repetida la molestia de emboscadas, asaltos y acometimientos con que lo persiguieron, que hallándose desesperado con el tesón de la hostilidad tan continuada, tomó por acuerdo desamparar el valle y volverse a la ciudad, sin haber conseguido otro fruto de su temeridad inadvertida, que dejar amancillada su opinión con el descrédito que se siguió en su fama, e imposibilitada por entonces la pacificación de aquellos pueblos rebeldes, que obstinó más su crueldad.

CAPÍTULO XI

Entra Garci-González al valle de Tácata; trata con generosidad a los indios, y consigue por este medio el reducirlos

MALOGRADA la reducción de los indios de Tácata con las temeridades de Carrizo, como quiera que aquellos pueblos estaban encomendados en el repartimiento general de Garci-González de Silva, para que los gozase en feudo, siendo el más interesado en los atrasos de su pérdida trató de aplicar el hombro con empeño a solicitar los medios más convenientes para poder pacificarlos, a cuyo fin el año siguiente de setenta y seis[xcvii], habiendo llevado sesenta hombres, entró con ellos al valle, determinado con la experiencia adquirida a que enmendase la clemencia lo que había errado el rigor; pero como los indios, escarmentados de lo pasado, no se atrevían a fiar de ofrecimientos, aunque procuró satisfacerlos con buen modo, ofreciéndoles la paz, jamás quisieron hacer cara para admitir la propuesta; antes, resueltos a llevar adelante los progresos de la guerra, nombraron por general de sus armas al Cacique Parayauta que era el más empeñado en la defensa, por haber sido el principal motor para las muertes de Juan Pascual y Diego Sánchez; quien reclutadas sus tropas y dispuestas cuantas preven-

xcvii. Año de 1576.

ciones le parecieron necesarias para salir con lucimiento de la obligación en que lo tenía puesto su empeño, haciendo menosprecio de los nuestros y ostentación de su delito dio en ponerse todas las mañanas sobre un peñasco a vista del alojamiento donde estaba Garci-González con su gente, y mostrando desde allí la espada que le había quitado a Diego Sánchez, decía: Yo soy Parayauta el que mató a vuestros compañeros, y si no os volvéis presto a la ciudad tengo de hacer lo mismo con vosotros; volveos, pobres mal aventurados, que engañados de vuestra soberbia venís buscando la muerte, que os está prevenida en mi macana.

Bien quisiera Garci-González desde luego castigar la bárbara arrogancia del Cacique, pero había de por medio una quebrada, que estaba al pie del peñasco, cuya profundidad, no dando lugar para poder pasar a la otra banda, sirvió los primeros días de embarazo a sus deseos, hasta que viendo el desahogo con que aquel indio continuaba en publicar sus amenazas, determinó buscar forma para armarle con secreto una emboscada; a este fin salió una noche de su alojamiento con treinta hombres, y aunque a costa de grandísimo trabajo, por haber sido necesario caminar más de dos leguas y romper un pedazo considerable de montaña para descabezar la quebrada, que le servía de embarazo, consiguió antes del amanecer poner su gente de la otra banda, casi a espaldas del mismo peñasco, en parte donde no podía ser vista, y mandando subir en un árbol a un indio Tarma de los que llevó consigo, para que sirviese de atalaya y avisase cuando viniese el Cacique, se estuvo quedo esperando la ocasión para lograr su emboscada, en que no tuvo lugar de consumir mucho tiempo, pues a poco rato después de haber amanecido hizo seña la vigía de que venía Parayauta con más de cien indios que le seguían armados; pero caminaba el bárbaro tan soberbio y orgulloso, que adelantándose de los suyos divertido, se metió en la emboscada solo sin reparar en Garci-González que con la espada en la mano le iba saliendo al encuentro, hasta que volviendo con casualidad la cara a tiempo que le descargaba el golpe, con gentil desembarazo dio dos o tres pasos atrás para tener lugar de dispararle una flecha; pero antes que pudiese llegar a batir la cuerda al arco se la tenía cortada Garci-González con un tajo, y asegurándole con otro, le dio una razonable herida en la cabeza, de que atormentado el Cacique empezó a dar traspiés, pidiendo amparo a los suyos.

Entonces los demás españoles, que estaban en la emboscada, salieron acometiendo a los indios, que presurosos, al ver herido a su Cacique, ocurrían a la defensa; pero puestos con brevedad en confusión y desorden, quedaron desbaratados por el valor de los nuestros, pasando Parayauta por la fortuna infeliz de prisionero; si bien como encontró con el magnánimo corazón de Garci-González no tuvo lugar de experimentar los efectos de semejante desgracia, pues usando de la generosidad de aquel espíritu noble, que le alimentaba el pecho, contra el dictamen de todos sus soldados, lo puso luego en libertad, haciéndole curar primero la herida de la cabeza: acción que fue bastante a conseguir el mejor éxito que se pudiera esperar de aquella guerra, pues agradecido el Cacique a bizarría tan hidalga, convocó a los demás principales de aquel valle y persuadiéndolos con razones a que dejasen las armas, les obligó su respeto a que rendidos solicitasen la paz, saliendo voluntarios a dar a Garci-González la obediencia; quedando por este medio reducidos con tanta facilidad aquellos pueblos, cuya pacificación se había tenido poco antes por muy dudosa: para que se reconozca que no hay nación por bárbara que sea, a quien no obligue la suavidad, al paso que desespera el rigor.

CAPÍTULO XII

Intentan los indios de Salamanca matar a Francisco Infante, y a Garci-González: defiéndese éste con valor y libra de la muerte al compañero

CONFIESO, que temeroso (y aún puedo decir que desconfiado) entro a tratar de la materia, que ha de servir de asunto a este capítulo; por ser punto muy sensible, para quien se precia de verdadero, verse obligado por la puntualidad que pide la historia, a referir algunos sucesos, que por lo raro de sus circunstancias pueda quedar en duda su certidumbre, necesitando del piadoso consentimiento del lector para su asenso; pero hallando el presente acreditado con diferentes instrumentos auténticos, que con la antigüedad de más de un siglo aseguran su relación por evidente, y la asentada tradición con que de padres a hijos se ha conservado hasta hoy en esta provincia por cosa particular la memoria de este suceso, fuera pasarlo en

silencio defraudar injustamente a su dueño de los aplausos que merece acción tan grande, sólo por la vana desconfianza que pudiera originar la temida contingencia de un recelo; pues si las hazañas de Fernando Cortés y las de Duarte Pacheco las hubiera dejado el temor de la incredulidad en el olvido, no hubieran llegado a eternizar sus nombres con la general aclamación que los celebra la fama, ni el uno hubiera conseguido ser asombro de las naciones de oriente, ni el otro la gloria de que sus arrestos hayan sido la admiración del mundo; y así, menospreciando los reparos, que pudieran dar motivo para acobardar la pluma, digo: que habiendo Garci-González de Silva retirádose a la ciudad después de pacificado el valle de Tácata (como queda referido en el capítulo antecedente), no teniendo por entonces en qué ejercitar su valor, por hallarse ya sujetas y reducidas todas las naciones que componían la provincia de Caracas, determinó con la seguridad que prometía la paz de que gozaban, dar una vuelta, por modo de paseo, el año subsecuente de setenta y siete[xcviii] a los pueblos, que llamaban del partido de Salamanca, los cuales tenía en repartimiento de encomienda a medias con su cuñado Francisco Infante, a cuyo efecto convidado éste y otros dos soldados españoles, ejecutaron el viaje todos cuatro, sin recelar los movimientos que podían originarse en la mudable condición de aquellos bárbaros.

Llegados a Salamanca fueron recibidos de los indios con muestras singulares de amistad muy verdadera, porque en realidad el buen tratamiento y afable condición que siempre habían experimentado en sus dos encomenderos no merecían otra cosa, que una correspondencia muy segura y una voluntad muy firme; pero como no hay servidumbre tolerable para quien tiene en la memoria que en otro tiempo fue libre, bastó el considerarlos como dueños, para que su comunicación les fuese fastidiando poco a poco; y como en algunas ocasiones se juntasen los caciques a divertir su desventura con el alivio de comunicar unos con otros los desconsuelos de su pena, fueron de las mismas conversaciones tomando ánimo para resolverse a solicitar como pudiesen la restauración de su libertad perdida.

Y aunque para negocio tan arduo no dejaba de acobardarlos la consi-

xcviii. Año de 1577.

deración de las dificultades que traía consigo la materia que emprendían, fueron tan eficaces las persuasiones y consejos con que los animaba al rompimiento una vieja, llamada Apacuana, madre del Cacique Guasema, grande hechicera y arbolaria, que atropellando por los riesgos que prevenían su temor, quedó determinada entre todos la sublevación, a que habían de dar principio con la muerte de aquellos cuatro españoles; pero para conseguirla con más seguridad y menos susto, les pareció conveniente suspender la ejecución, disimulando su intento hasta que llegase el tiempo en que estuviesen de próximo para volverse a la ciudad.

Vivía Garci-González con los otros compañeros en una casa, que había hecho fabricar para el efecto en el alto de un repecho, que formaba la serranía a distancia moderada de los pueblos, y llegada la ocasión que deseaba la bárbara perfidia de los indios para lograr su maldad, la noche antecedente al día en que habían de hacer su viaje subieron a la casa hasta doscientos gandules, escogidos entre los que tenían por más valientes, dejando prontos a la mira otros dos mil, que habían convocado de toda la comarca, para que ocurriesen a la seña que les diese el alboroto; y ocultando la traición premeditada con los serviles rendimientos de una voluntad fingida, dijeron a Garci-González iban a dormir allá, para irle por la mañana acompañando hasta dejarlo en la ciudad: atención, que teniéndola su confianza por segura, la aceptó desde luego, sin recelo del daño que podía encubrir la anticipada prevención de aquel cortejo.

Iban los indios al parecer, sin armas, por que no las llevaban manifiestas, pero todos prevenidos de haces de paja y de leña para hacer camas, y fuego con que poder calentarse aquella noche, y entre ellos, con gran recato, llevaban escondidas las macanas, para valerse de ellas a su tiempo, sin que alguno de los cuatro españoles llegase a penetrar lo que tenía forjado la cautelosa malicia de sus huéspedes, antes con gran seguridad se echaron a dormir en sus hamacas; pero los indios, que con cuidado observaban los movimientos para aprovechar las ocasiones, luego que los sintieron dormidos se apoderaron de las espadas y demás armas que tenían en la casa, para quitar la esperanza a la defensa, y embistiendo con Francisco Infante y los otros dos soldados, que estaban más a la mano, les dieron crueles heridas, a tiempo que Garci-González, despertando con el ruido que formó la bár-

bara confusión de aquel gentío, corrió a buscar su espada, llevando al brazo revuelta una frazada, que le había servido de abrigo aquella noche para dormir en la hamaca; pero como no la hallase en parte alguna, apeló la necesidad al remedio más pronto que le permitió el aprieto, y echando mano de un leño de los que ardían en el fuego, encendido más en cólera de lo que estaba en llamas el madero, embistió con sus contrarios, asegurando la vida en la resolución de aquel arresto, pues convertida en furor su valentía, no daba golpe en que no fuese una muerte, ni hacía amenaza, que no causase una herida; de suerte, que no pudiendo los indios tolerar la repetida ejecución de tanta ofensa, tuvieron por mejor cogerlo a manos, pareciéndoles más fácil sujetarlo por medio de la multitud a una prisión, que quitarle la vida a fuerza de armas; pero engañóles la cobarde presunción de su confianza, porque si hasta allí había obrado en Garci-González el valor, al ver que se multiplicaba con mayores peligros el aprieto, pasó a ser desesperación, lo que había sido defensa, pues habiéndolo cogido en peso los indios y llevándolo cargado, acertó a alcanzar con la mano un acicate, que el día antecedente había él mismo colgado de un clavo en la pared, y cobrando nuevo brío con la ayuda de aquel instrumento débil, fueron tales los golpes y heridas con que maltrató a los indios, jugando el acicate a un lado y a otro, que se vieron obligados a soltarlo, saliéndose de la casa apresurados con atropellamiento tan violento, que no pudiendo caber todos por la puerta, derribaron con el tropel un lienzo del bajareque, que servía a la casa de pared.

Entonces Garci-González, no contento con haber hecho retirar a sus contrarios, acudió a desatar un perro de armas, que aquella noche, porque no hiciese daño a los indios (teniéndoles por amigos) lo había mandado amarrar con una cadena a un poste; y como si con aquella diligencia hubiese adquirido esfuerzo para sujetar un mundo, armado con la frazada, el acicate y el perro, salió a buscar a los indios, que a poca distancia de la casa se habían quedado parados y rompiendo por medio del escuadrón con más braveza que un toro, sin que le acobardasen los golpes de las macanas con que le tiraban todos, iba hiriendo con desesperación a unos, mientras el perro con coraje despedazaba a otros, atravesando de esta suerte ya por una parte y ya por otra, dejando en todas las señales de su rabia rubricadas

con sangre de sus contrarios en los destrozos que hacía, hasta que habiéndole dado un macanazo en las espaldas, que le obligó a hincar en tierra ambas rodillas, viéndose ya postrado y sin la ayuda del perro, porque ya se lo habían muerto, apeló a la pronta viveza de su ingenio, y como si tuviera algunos soldados prevenidos para que pudieran socorrerle en aquel lance, levantó el grito, diciendo: Ea, amigos y compañeros, ahora es tiempo de acometer a estos perros, para que no se queden sin castigo, a cuyas voces poseídos los indios de un pánico terror, sin saber de quién huían, dando confusos alaridos, con precipitada fuga se echaron por una ladera abajo.

Libre Garci-González de aquel empeño en que lo había metido su temeridad, volvió para la casa, a buscar a sus tres compañeros, a quienes hasta entonces no había visto, ni le había dado lugar la precisión del aprieto para saber si estaban muertos o vivos, y hallándolos tendidos en el suelo, aunque con vida, reconoció estaban mortales, por las muchas heridas que tenían, pues sólo Francisco Infante tenía doce, que siendo algunas de riesgo, causaban todas cuidado, por la abundancia de sangre que vertían; y aunque Garci-González, no menos lastimado que los otros, se hallaba también con cinco heridas, una mano hecha pedazos y el cuerpo todo acardenalado y molido de los muchos golpes que le habían dado los indios, sin embargo, no desmayando su aliento en medio de tantos riesgos, se quitó la camisa y los calzones blancos que traía puestos, y partiéndolos en tiras, fue ligando con ellas como pudo las heridas de Francisco Infante y los demás compañeros, para ver si contenida la sangre con aquella aplicación cobraban algún vigor para poder caminar, pues en aquel conjunto de peligros, de que se hallaban cercados, no había otra esperanza en que afianzar el remedio, que intentar la retirada, dejando a la contingencia del suceso la fortuna de lograrla; a cuya resolución determinados todos cuatro, salieron de la casa aquella misma noche, con ánimo de caminar cuanto pudiesen, fiados en la conveniencia que les ofrecía la oscuridad para hacerlo con recato; pero como Francisco Infante se hallaba tan desflaquecido con la falta de la sangre y postrado al vehemente dolor que le causaban las heridas, apenas habían caminado media legua, cuando conociendo era imposible el pasar más adelante, pues sentía que por instantes se le acababa la vida, les pidió a los compañeros procurasen asegurar las suyas, prosiguiendo en su camino

sin detenerse a esperarlo, pues habiendo él de morir en breve de una manera o de otra, no se remediaba nada con que pereciesen todos, sólo por acompañarlo, cuando valiéndose del vigor con que se hallaban, apresurando el paso podían conseguir la retirada antes que los indios los siguiesen.

CAPÍTULO XIII

Carga Garci-González sobre sus hombros a Francisco Infante; camina con él toda la noche hasta llegar a los Teques, donde amparados de los indios aseguran las vidas

ERA FRANCISCO Infante cuñado de Garci-González, por estar casados el uno con Beatriz y el otro con Francisca de Rojas, ambas hijas de Pedro Gómez de Ampuero y de Ana de Rojas (a quien por pasatiempo mandó ahorcar el tirano Aguirre en la Margarita), y así por este motivo, como por parecerle a Garci-González era descrédito de su valor y desaire de su punto el dejar desamparado el compañero en el rigor de aquel lance, se determinó a la más bizarra acción, que pudo caber en pecho noble, pues resuelto a perder la vida antes que dejarlo solo, viendo que era imposible el caminar por los repetidos desmayos que le daban, se lo echó sobre los hombros y atravesando con él por aquellas serranías, con ser el camino bien fragoso se portó con tan singular aliento, que habiendo muerto fatigados del cansancio y las heridas los otros dos compañeros, caminando él más de tres leguas con Francisco Infante a cuestas, llegó al ir amaneciendo a la quebrada de los Paracotos, último término de la nación Quiriquire y principio de la habitación de los Teques.

No bien habían desamparado la casa de Salamanca los cuatro afligidos españoles, cuando determinados los indios a acabarlos de matar, volvieron a buscarlos otra vez; pero encontrando acaso con el cuerpo del Cacique Guacicuana, a quien Garci-González había quitado la vida a golpes del acicate, concibieron tal asombro al ver de aquella suerte muerto a su caudillo, que suspensos, mientras el espanto permitió lugar para el consejo y el sentimiento daba tiempo al desahogo, lo tuvieron aquellos pobres heridos para llegar primero a Paracotos, pues aunque irritados después determi-

naron seguirlos para vengar la muerte del Cacique, aprovechó tanto la ventaja que habían ganado con el tiempo que les dieron para la retirada, que cuando los indios llegaron a asomar por lo alto de la loma, que cae sobre la quebrada, ya estaba Garci-González asegurado en la orilla de la otra banda; y como los indios Teques, acérrimos enemigos de los Quiriquires, alcanzaron a descubrir los numerosos escuadrones de sus contrarios, que venían bajando por la loma, discurriendo (porque ignoraban la causa) que era invasión contra ellos, originada de su enemistad antigua, se dispusieron con presteza a la defensa y juntos al estruendo con que tocaron a rebato sus fotutos, ocurrieron a la quebrada, para embarazarles el paso con las armas, donde encontrando heridos, desangrados y mortales aquellos dos españoles e informados de la traición que había dado motivo a sus desdichas, tuvo tal lugar la clemencia, aún en la agreste condición de aquellos bárbaros que movidos a piedad, e irritados del trato doble y aleve proceder de sus vecinos, tomaron por su cuenta el ampararlos, haciendo honroso empeño de favorecer con bizarría a los que habían maltratado sus contrarios con infamia; y después que con gallarda oposición y ventaja conocida obligaron a los Quiriquires que se retirasen corridos, aplicando sus arbolarios la virtud más activa de los simples que conocía su experiencia y los antídotos más eficaces que usaba su medicina a la curación de las heridas de Francisco Infante y Garci-González, que con la agitación, humedades de la noche y accidentes del camino, sobre haber sido siempre de peligro, se hallaban apostemadas, ulceradas y corruptas, consiguieron asegurarlos del riesgo, dando lugar la mejoría, para que pasados cuatro días, que fueron menester para el descanso y tomar algún aliento, los pudiesen en hamacas transportar a la ciudad, donde fueron recibidos con el asombro que requerían las circunstancias del caso; y este fue el suceso memorable del acicate, que hasta hoy dura, celebrado en la común admiración de esta provincia por una de las hazañas más gloriosas, que ejecutó Garci-González entre las muchas que eternizaron su memoria, para aplauso perpetuo de los triunfos, que consiguió en sus conquistas.

LIBRO SÉPTIMO

CAPÍTULO I

Sujeta Sancho García con el castigo los pueblos de Salamanca: sale Garci-González de Silva en busca de los Caribes, que amenazaban a Valencia; y viene Don Juan Pimentel a gobernar la provincia

AL PASO que fue celebrada en la ciudad la acción de Garci-González, así por las circunstancias que le acreditaron grande entre las resoluciones de su brío, como por haber sido motivo para asegurar las vidas de dos vecinos tan amados como fueron en su tiempo él y Francisco Infante; causó notable desconsuelo la inopinada sublevación de aquellos pueblos, pues cuando se consideraba vencido ya el trabajo y conseguido el descanso con la general pacificación de las naciones, manifestaba aquella novedad el desamor, que vivía oculto en los corazones de los indios, para brotar en rompimientos siempre que la ocasión les ofreciese a las manos su melena.

Gobernaban por aquel tiempo la ciudad Juan de Guevara y Francisco Maldonado, Alcaldes ordinarios de aquel año, por haber pasado a Coro el teniente Francisco Carrizo, y determinados a castigar con brevedad el atrevimiento de los indios, antes que con su ejemplar intentasen lo mismo otras naciones, aunque Garci-González de Silva, no bien sano de las heridas, pretendió se le cometiese, como ofendido, la expedición de aquella entrada, para tomar por su mano satisfacción de su agravio, no quisieron los

Alcaldes convenir en su demanda, por no poner en riesgo conocido su persona, que mal convalecida todavía de los trabajos pasados, aún se hallaba con mucha parte de la salud perdida; y nombrando a Sancho García, vecino principal y de experiencia, salió de la ciudad con cincuenta soldados españoles y algunos indios Teques, procurando ocultar su marcha con recato, para no ser sentidos de los indios; pero ellos prevenidos, teniendo por cierto que su delito había de provocar la cólera española a procurar el castigo, habían cerrado los caminos con gruesos maderos y desmontes para embarazar el paso; de suerte, que atajado por todas partes Sancho García, no intentaba buscar vereda para su entrada en que no hallase un estorbo, hasta que vencidas las dificultades con trabajo, hubo de llegar al mismo pueblo donde se fraguó la traición contra Garci-González, el cual halló desamparado, por haberse retirado los indios a lo más oculto de las montañas; para esperar asegurados los beneficios que les ofreciese el tiempo: causa, que movió a Sancho García a ejecutar el castigo en lo insensible, talando las sementeras y poniendo fuego a cuantas poblaciones encontraba, hasta que una mañana hubo de haber a las manos un indio, que los batidores de su campo hallaron escondido sembrando púas envenenadas en el camino, para que al pisar los nuestros quedasen heridos de la oculta traición de aquel engaño, el cual puesto a tormento declaró, cómo los indios, animados con la noticia de que era corto el número de españoles que andaban destruyendo aquel partido, se hallaban determinados a probar fortuna con las armas, buscando oportuna ocasión de acometerlos, para cuya resolución se habían de juntar aquella noche los caciques y cabos principales en una quebrada, que a cuatro leguas de distancia de aquel sitio ocultaba en su centro una montaña.

Alegre con esta resolución Sancho García, marchó con su gente luego que anocheció para el paraje donde se hacía la junta, llevando al indio por guía, con promesa de darle libertad y regalarlo como lo encaminase de suerte, que pudiese llegar sin ser sentido a la quebrada, para coger a los caciques descuidados: oferta, que obligó de calidad al corazón de aquel bárbaro, que dejando las veredas principales, lo guió con tanto acierto por algunos atajos y rodeos, que poco después de media noche, penetrando la montaña, llegaron a dar vista a la quebrada, donde juntos para la citada

conferencia se hallaban ya algunos caciques e indios particulares, que harían por todos el número de quinientas personas; y Sancho García aprovechando el tiempo y la ocasión, sin detenerse a más que apellidar a Santiago acometió por todas partes a los indios, que turbados con la confusión de avance tan repentino, no hallaron otro remedio, que poner en la fuga su esperanza, retirándose atropellados al abrigo, que por entonces pudo ofrecerles una ceja de montaña, que guarnecía la quebrada, donde recobrados del primer susto intentaron defenderse; pero perseguidos de las repetidas cargas de flechería con que los molestaban los Teques, nuestros amigos, desampararon el sitio, prosiguiendo con desorden precipitado en la fuga comenzada sin que fuesen bastantes a detenerlos las voces y amenazas con que el Cacique Acuareyapa procuraba animarlos a que muriesen peleando; quien viendo lo poco que aprovechaba su diligencia para confortar el desmayo de su gente, quiso dar a entender con arrogancia bastaba sólo su valor para oponerse a los nuestros, y haciendo cara con una macana en la mano a los soldados (que ya con la luz del día iban siguiendo el alcance), encontró con Antonio de Villegas, a quien acometió con furia infernal para matarlo; pero reparando el golpe de la macana en el escudo, tuvo lugar para corresponderle con la espada, dándole un tajo por la cabeza, de que cayó en el suelo atolondrado; mas volviendo a levantarse sin desmayar, buscó segunda vez a su contrario, trabándose entre los dos una porfiada batalla, hasta que otro soldado, llamado Figueredo, viendo apurado a Villegas, le dio por detrás al Cacique una estocada, que le quitó la vida, partiéndole el corazón.

Cansado Sancho García de seguir el alcance de los indios se volvió a recoger con su gente a la quebrada, donde entre algunos prisioneros que se habían cogido aquella noche, fue luego conocida de todos la india Apacuana, madre del Cacique Guacima, motora principal de aquel levantamiento, pues a la fuerza de sus consejos y a la eficaz persuasión de sus razones se resolvieron los indios a la alevosa traición que ejecutaron: delito, que no ignoraban los nuestros, y así, para su castigo la mandó luego ahorcar Sancho García, dejándola colgada donde la viesen todos, para que su cadáver moviese con el horror al escarmiento, ya que su voz persuadió a la maldad con la eficacia: acción en que consistió el sosiego total de aquella nación

rebelde, pues atemorizados los indios con el suplicio de Apacuana y quebrantados con la pérdida de más de doscientos gandules, que perecieron aquella noche en la quebrada, aunque a los principios con el temor se retiraron todos a las serranías que están de la otra parte del Tuy, volvieron poco después a solicitar con rendimiento la paz, que habían menospreciado con arrojo.

Al tiempo que sucedía en la ciudad de Santiago lo que llevamos referido, se hallaban los vecinos de la Valencia bastantemente apurados con las continuas invasiones que padecían sus contornos de la bárbara crueldad de los Caribes, que ansiosos por saciar el brutal apetito de comer carne humana, a que es naturalmente inclinada la fiereza de aquella nación estólida, habían salido de las orillas del Orinoco, donde tienen su habitación, y atravesando por los Llanos hasta los partidos inmediatos a Valencia, no quedó pueblo ni ranchería en su jurisdicción que no experimentase los lastimosos efectos de su furia, padeciendo la ciudad por instantes los sustos de entrar también a la parte en estos daños; y no teniendo fuerzas, por su poca vecindad, para oponerse al poder de tan crueles enemigos, ocurrió a dar cuenta de sus trabajos al Gobernador Mazariego, que a la sazón asistía en Coro, para que diese providencia a su remedio; quien considerando ser la ciudad de Santiago la que con más prontitud podía asistir al socorro, envió orden a Garci-González de Silva, para que con la brevedad que requería aquel aprieto tratase personalmente de aplicarlo.

Luego que Garci-González recibió el despacho del Gobernador, deseando desempeñar con el acierto la obligación en que lo tenía puesto la confianza que se hacía de su persona, levó treinta caballos y algunos indios amigos de los que le había dado a conocer por más valerosos la experiencia, y salió de la ciudad en busca de los Caribes, con la noticia que tuvo de que se hallaban rancheados a espaldas de la laguna, que llaman de Tacarigua; y llegando a las orillas del río Tiznaos (donde por las señales que dejaron se conocía haber estado poco antes alojados), se ofreció a la vista un espectáculo, que moviendo a compasión, irritó los ánimos españoles a solicitar con más empeño el castigo que merecía la bruta atrocidad de aquellos bárbaros, pues encontraron puestas sobre unas barbacoas con mucho orden cerca de doscientas cabezas, que habían dejado allí los Caribes, de

los indios que llevaban prisioneros y en sus borracherías y festines iban sacrificando, para saciar con sus cuerpos la bestial inclinación de hartarse de carne humana, cuyo lastimoso objeto encendió tanto la cólera de Garci-González, que sin querer detenerse marchó a largas jornadas en su alcance, siguiéndolos ocho días por el rastro, hasta que en las orillas del Guárico hubo de encontrar con ellos, a tiempo que acababan de destruir y convertir en cenizas una hermosa población que adornaba sus riberas, de cuyos vecinos infelices tenían unos divididos en cuartos, otros asados ya para comerlos y finalmente hecha de todos una carnicería formidable; pero por mucha prisa que se dio Garci-González a embestirlos, la tuvieron mayor ellos para acogerse a sus canoas, echándose por el río abajo a salir guiados de su corriente al Orinoco, dejando burlada con la prevención pronta de su fuga toda la diligencia anticipada de los nuestros; si bien para desahogo de la cólera y que no fuese en balde la jornada, todavía lograron la fortuna de poder aprisionar veinte y seis indios entre la confusión que tuvieron con la prisa de embarcarse, a los cuales mandó luego empalar Garci-González; y perdida la esperanza de conseguir por entonces otro fruto en aquella expedición, se retiró con su gente a la ciudad.

Había el Rey ya por este tiempo proveído por Gobernador y Capitán General de la provincia (para que sucediese a Diego de Mazariego) a Don Juan Pimentel, rama a quien el ilustre tronco de los condes de Benavente comunicó los esplendores de nobleza, que bermejeaban en la roja insignia de Santiago con que adornaba el pecho, y embarcándose en Cádiz en un navío que iba para Cartagena, tomó puerto en Caraballeda por fines del año de setenta y siete; fue este caballero el primer Gobernador que tomó posesión y tuvo su asistencia en la ciudad de Santiago, a cuya imitación todos sus sucesores, o llevados del benigno temperamento de su clima, o movidos de las conveniencias que ofrece la frecuencia de su trato, han residido en ella, adquiriendo por este medio las prerrogativas de cabeza de la provincia, con harto sentimiento de la ciudad de Coro, que despojada de este honor, que le dio su antigüedad, llora entre las cortedades que padece los ultrajes con que la ha tratado el tiempo y los desprecios con que se ha burlado de ella la fortuna.

CAPÍTULO II

Envía el Gobernador a Garci-González a la conquista de los Cumanagotos: pelea con ellos en Chacotapa, y Unare: rómpelos en ambas ocasiones, pero no quedan rendidos

TOMADA la posesión de su gobierno por Don Juan Pimentel, empezó desde luego a aplicar todo su cuidado a las disposiciones políticas y civiles de que necesitaba, como planta nueva, la ciudad de Santiago para su perfección, en que gastó todo el año de setenta y ocho[xcix], sin atender por entonces a otra cosa; y entrado el de setenta y nueve[c], para asegurar por todos lados la comunicación y afianzar la conveniencia común de los vecinos, trató de poblar una ciudad en parte que sujetase a los indios Quiriquires: diligencia, que encomendó a Garci-González y embarazaron su efecto los accidentes del tiempo, pues hallándose ya pronto para salir a ejecutarla con cien hombres españoles, más de cuatrocientos indios y las demás prevenciones necesarias, fue preciso aplicar este armamento a otra expedición más urgente, porque los indios Cumanagotos, altivos con la rota lamentable que dieron al General Don Diego Fernández de Cerpa en que pereció aquel caballero con lo más florido de la gente que trajo de España a su conquista, no contentos con defender su libertad y hacer con el valor su reducción impracticable (como lo experimentó Don García de Cerpa, que queriendo proseguir en las capitulaciones de su padre, conoció, bien a su costa, ser tan hijo de Don Diego en las desgracias, como lo fue en la sangre), dieron en salir al mar a infestar la navegación con sus piraguas, y encontrando algunos barcos que iban de Caraballeda a restacar perlas a la Margarita (en cuyo trato consistía por entonces el caudal de los vecinos de Santiago) los robaron, matando con inhumana crueldad toda la gente.

Pertenecía aquella provincia en aquel tiempo a esta gobernación de Venezuela, mediante a estar comprendida en el distrito que hay entre Maracapana y el Cabo de la Vela, que fueron los términos y lindes que le

xcix. Año de 1578.

c. Año de 1579.

señaló el Emperador Carlos V cuando la arrendó a los Belzares, y así por esta razón, como por asegurar el comercio con la Margarita, que tanto importaba a los intereses públicos, sabido por Don Juan Pimentel el desbarato de los barcos, tuvo por más conveniente acudir con tiempo al remedio de aquel daño, que divertir las fuerzas en operación menos precisa, y así mandó a Garci-González, que con la gente que tenía prevenida para poblar en los Quiriquires pasase luego a la conquista de los Cumanagotos.

Era la empresa arriesgada, por los desastres que la habían hecho temida; pero como aquel espíritu guerrero de Garci-González aspiraba siempre a lo más dificultoso, tuvo aquella ocasión por galanteo, en que le brindaba lucimientos su fortuna, y aceptándola gustoso, reclutados otros treinta soldados españoles, sobre los ciento que tenía prevenidos, dio principio a su jornada el día seis de abril del año de setenta y nueve, gobernando su derrota por caminos que discurrió más seguros aunque los consideró más dilatados, pues huyendo de que los Cumanagotos tuviesen noticia de su entrada, dejó la vereda de la costa, que era la más conocida, y formando un medio círculo para los valles de Aragua, atravesó por los Llanos a entrar por el camino que hoy trajinan los que van de San Sebastián a la Nueva Barcelona, por donde al cabo de veinte días salió a los pueblos del Cacique Querecrepe, a cuya vista acuarteló su campo a orillas de una laguna.

Había pocos días que era muerto aquel Cacique (en cuya amistad hallaron siempre gran favor los españoles) y teniendo noticia sus hijos (que eran tres) de la llegada de Garci-González, salieron el día siguiente a visitarlo, cargados de un abundante regalo de las cosas comestibles que producía su país: obsequio a que concurrieron también poco después el Cacique de los Palenques, el de Barutaima, los de la laguna de Cariamaná y Don Juan Caballo, Señor de los partidos de Píritu, antiguo amartelado de la nación española, y confirmada entre todos la amistad, para asegurar mejor con aquella alianza la conquista, prosiguió Garci-González en demanda de la costa, con ánimo de poblar en el mismo sitio que Don Diego de Cerpa tuvo fundada la ciudad de Santiago de los Caballeros, que era a orillas del río de Guatapanare, por otro nombre, el Salado; pero habiendo salido a las riberas del mar muy a sotavento, le fue preciso caminar algunas leguas por la costa en demanda del paraje que buscaba para hacer su población; y es-

tando alojado una tarde en el sitio que llaman las juntas de Chacotapa, llegaron a tomar puerto allí bien cerca de diez y ocho piraguas de los Cumanagotos, que en prosecución de sus insultos habían salido a piratear al mar, y aunque al verlas venir para tierra se creyó fuesen unas canoas del Cacique Don Juan Caballo, en que se conducía parte de nuestro bagaje, y se habían quedado atrás, reconocidas después con evidencia por embarcaciones enemigas, mandó Garci-González ocupar una salina y restinga de monte, que se formaba cerca de la playa de espesos tunales y guazábaras, para que los Cumanagotos no pudiesen escaparse, y con el resto de la gente acometió a las piraguas, de que se apoderó con brevedad, porque las desampararon los indios, determinados a sustentar en tierra la batalla, que trabada de una y otra parte con empeño, se ensangrentó con el rigor de Marte la campaña, durando el combate con tesón, hasta que postrados los indios, más con el cansancio, que con el desaliento, favorecidos de la noche tuvieron lugar de retirarse al amparo de los tunales y guazábaras, con pérdida de ochenta y tres gandules, que quedaron muertos en la playa.

Quemadas las piraguas de los Cumanagotos, pasó Garci-González adelante hasta llegar al Salado; pero no hallando en todo aquel distrito sitio que le pareciese acomodado para hacer su población, determinó, con parecer de los más principales de su campo, dar la vuelta a fundarla en Querecrepe, para asegurar allí su plaza de armas, y poder con más conveniencia proseguir en la conquista; pero los indios, que ofendidos de la rota antecedente buscaban ocasión para el despique, hallándolo acuartelado una mañana en las riberas de Unare, dispararon de repente sobre el real innumerable multitud de flechas, rompiendo el aire al mismo tiempo las voces, a tambores y bocinas, con que en estruendo confuso hacían ostentación del rompimiento, provocando a los nuestros a batalla.

Estaba a la sazón Garci-González oyendo misa en su tienda de campaña, y sin que lo alterase aquella novedad no prevenida, prosiguió sin movimiento en la asistencia de tan devoto ejercicio, hasta que acabando el sacerdote, montó a caballo y acompañado de Lázaro Vásquez, Martín Alfonso, Duarte Fernández y otros, ocurrió a las orillas del río donde sonaba el rumor, por estar los indios de la otra parte, quedando de por medio entre unos y otros todo el cuerpo de sus aguas, que bastantemente crecidas por

entonces, no daban vado para poderse esguazar, por cuyo inconveniente estuvieron un breve rato sin hacer otra cosa, que responder con los arcabuces al disparo que hacían los indios con las flechas, hasta que un lebrel de nuestro campo, embravecido con el militar estrépito, se arrojó al río para embestir con los indios: circunstancia, que advertida por Garci-González con reparo, le dio motivo para animar sus soldados y diciéndoles: Ea, amigos, este animal nos enseña lo que debemos hacer en este caso, hizo piernas al caballo, y con gallarda resolución se entregó a la corriente para pasarla a nado, a cuyo ejemplo hicieron lo mismo los demás, saliendo todos con felicidad a la ribera contraria, donde jugando las lanzas y los indios esgrimiendo las macanas, se encendió entre unos y otros la batalla, que duró por espacio de tres horas, sin que manifestase Marte a quién mostraba favorable su semblante.

Eran cuarenta y siete los hombres de a caballo que habían seguido a Garci-González en el esguazo del río, y los que mantenían el combate contra las tropas de más de tres mil Cumanagotos[ci], porque el resto de la infantería, detenido con el embarazo de la creciente del río, no había podido pasar a la otra banda; pero inflamados los soldados con la emulación de ver pelear a los otros y empeñado a su Capitán en aquel riesgo, dieron tantas vueltas a las orillas del río, que hubieron de hallar parte por donde explayándose sus aguas (aunque con algún trabajo) permitían comodidad para vadearlo; y llegando con deseo de restaurar el tiempo que habían perdido, ensangrentaron las espadas con desesperación en aquellos cuerpos desnudos, que no pudiendo tolerar el estrago que padecían empezaron a desmayar en el aliento que habían tenido hasta entonces, a tiempo que los de a caballo, animados con el socorro que les dio la infantería, vueltas las lanzas en rayos, acabaron de desordenar las escuadras enemigas, pues descompuestas del todo, confesaron su vencimiento con la fuga, dejando a los nuestros dueños de la victoria y del campo.

ci. Batalla de Unare.

CAPÍTULO III

Funda Garci-González la ciudad del Espíritu Santo en Querecrepe: vuelve en busca de los Cumanagotos: pelea con ellos diferentes veces, y sin conseguir su conquista se retira

SIN MÁS dilación que la que fue necesaria para curar algunos soldados, que quedaron heridos en la batalla, levantó Garci-González su campo de las riberas de Unare; y llegado a Querecrepe, en conformidad de lo que tenía determinado, pobló luego una ciudad, que intituló del Espíritu Santo, por haber hecho los autos para su fundación en la octava de Pentecostés; y como su ánimo sólo era, que le sirviese de plaza de armas aquella nueva población, aunque para la formalidad de su gobierno nombró en ella Alcaldes y Regidores, quedó más con las circunstancias de presidio, que con las apariencias de república, pues fabricado con brevedad un fuerte de maderos para defensa y abrigo de los vecinos, dejó en él treinta soldados, a cargo de Juan Fernández de León, a quien nombró por Cabo, y con todo el resto de la gente volvió a salir a campaña a solicitar el fin que deseaba su conquista.

No ignoraban los Cumanagotos el ansia con que los había de volver a buscar Garci-González; y como las dos rotas anteriores, que habían padecido de sus armas, más los habían dejado enfurecidos, que amedrentados, observaban sus movimientos con cuidado, esperándolo por todas partes prevenidos; de suerte, que habiendo vuelto los nuestros al río de Unare, por la parte que llaman los Palenques, al entrar en la montaña hallaron el camino abierto a mano, tan limpio y despejado, que se conocía haberlo hecho los indios de propósito, para dar a entender con aquella demostración el poco temor con que se hallaban: bien penetró Garci-González, como práctico, el fin de aquel artificio, y que prevención tan bien pensada no podía menos que ocultar algún engaño prevenido, y así, advirtiendo a sus soldados caminasen con cuidado, marcharon con las armas en la mano hasta salir a una sabana pequeña, que encerraba en su centro la montaña, y apenas ocuparon su terreno cuando por todas partes los indios, que al abrigo de los árboles esperaban la ocasión, empezaron a descargar nubes de

flechas, a que correspondieron los nuestros con repetidas cargas de arcabucería; y sin detenerse allí, por ser el sitio peligroso, prosiguieron la marcha por el monte, peleando siempre con los indios, aunque con algún trabajo, porque como el ánimo de los bárbaros sólo había sido encaminarlos al recinto de aquella corta sabana para cogerlos cercados, de allí para adelante tenían cerradas las veredas y tapados los caminos de suerte, que fue menester irlos abriendo al paso que iban peleando; pero vencida la penalidad con la constancia que les infundía el valor, hubieron de llegar ya sobre tarde al pueblo de Utuguane, que hallaron ardiendo en llamas, porque los indios le habían pegado fuego, para privar a los nuestros de la comodidad que podían tener en él para alojarse.

Era el sitio de aquella población muy desahogado, por estar plantada en un terreno limpio, y aunque falto de agua, por haberse apoderado los indios de un jagüey, que servía para el abasto del pueblo, sin embargo, determinó Garci-González acuartelarse en él aquella noche, por tener su gente fatigada con el calor y cansancio de aquel día: hallábanse los soldados impacientes con el tormento de la sed que padecían, y no pudiendo tolerar martirio tan insufrible, cuando estaba en sus manos el remedio, apelaron a las armas para buscar con ellas el alivio, y sin recelar los contratiempos que podía ocasionar la oscuridad, al primer tercio de la noche dieron sobre los indios que guardaban el jagüey, consiguiendo (aunque con bastante resistencia) hacerse dueños del agua, que adquirieron a costa de alguna sangre, y juntamente cogieron algunos prisioneros, de los cuales supieron cómo los Cumanagotos, fomentados de las armas auxiliares de los Chacotapas, Cores y Chaymas, naciones confinantes, que habían llamado en su ayuda, se hallaban a poca distancia de aquel pueblo con ejército compuesto de doce mil combatientes, determinados a mantener con las armas la libertad heredada y sustentar con su sangre la estimación adquirida.

Deseaba Garci-González reducir la suma de aquella guerra al lance de una batalla, donde quebrantado el orgullo de aquella nación soberbia, perdiese los bríos que le infundía su altivez; y viendo que se le venía a las manos la ocasión para conseguir el fin que había formado en su idea, marchó el día siguiente por la mañana, guiado de los prisioneros, en busca de los Cumanagotos, a quienes a poco más de legua y media de camino encontró

alojados en una hermosa llanada, que servía de asiento a la población del Cacique Cayaurima: eran (según se demostraban a la vista) bien numerosas las tropas enemigas, y resuelto Garci-González a embestirlas, dividió su gente en dos escuadras, la una, en que entraba Juan de Gámez, Jerónimo Baquedaño, Rodrigo de León, Alonso Camacho, Antonio de Lima, Juan García Carrasco y otros, reservó a la disposición de su gobierno ésta; y la otra, que se componía de Martín Alfonso, Tomás Díaz, Juan Sánchez, Hernando Marcelo, Hernando Gutiérrez y el resto de sus soldados, encomendó a Lázaro Vásquez, afianzando en el valor que experimentaba en sus compañeros el desempeño de aquella resolución, en que consistía el crédito de la conquista a que aspiraban todos.

Eran las diez del día cuando Garci-González, antes que los indios tuviesen tiempo de formar sus escuadrones, atacó la batalla por dos partes, cogiendo en medio el grueso del ejército contrario; pero ellos con la mejor forma que pudieron prevenir al uso de su milicia, formaron dos frente a su campo[cii], para recibir con igualdad el acometimiento de los nuestros, y poblando unos el aire de saetas, mientras otros con el restallar de las hondas al disparo de las piedras, llenaban de estruendo la campaña, hicieron rigurosa la defensa, sin que el tropel de los caballos, el golpe formidable de las lanzas, ni la continua descarga de los arcabuces, les obligase a descomponer la planta en que se habían formado, hasta que pasadas ya más de dos horas se fueron desfilando poco a poco, retirándose al abrigo de la población de Cayaurima: estratagema que con toda su experiencia militar no penetró Garci-González, pues empeñado en seguir el alcance, se metió sin reparo dentro del pueblo; mas como la retirada de los indios encubría una simulación muy prevenida, apenas lo vieron dentro pegaron fuego por todas partes a las casas, y saliéndose otra vez a la sabana, lo dejaron cercado entre la confusión y el incendio, donde se quemaron seis soldados y alguna gente de servicio, siendo necesaria toda la actividad de Garci-González, para que con miserable estrago no pereciesen todos.

Este contratiempo, nacido del poco reparo de los nuestros, empezó a engendrar alguna desconfianza del éxito favorable que se habían prometi-

cii. Batalla de Cayaurima.

do en la conquista; pero no obstante, resuelto Garci-González a proseguir en ella aunque contra la voluntad de sus soldados, siguió la marcha hasta llegar a las cabañas de Píritu, perseguido siempre de los Cumanagotos, que ufanos con el buen suceso antecedente, no perdían ocasión de molestarle, acometiéndole emboscadas en cuantos pasos podían tener comodidad para lograrlo; agregándose a esta molestia continuada la fatiga de la ardiente sed que abrasaba a los soldados, porque siendo el temperamento en extremo caluroso, el terreno árido y seco y por consecuente escaso de aguas, los indios con malicia anticipada habían cegado algunos pozos donde pudieran hallarlas.

Esto obligó a Garci-González a pasar sin detenerse a Chacotapa en busca de un jagüey, que llamaban de Arará o Macoran; y aunque tuvo la fortuna de hallar el agua descubierta para refrigerio de su gente, que perecía con la sed, fue a costa de una desgracia, pues al atravesar un matorral espeso de mayales, que había cerca de la playa, le mataron los indios de un flechazo a Juan Fernández Morillo, uno de los mejores soldados que llevaba a quien el corazón con presagios parece había anticipadamente prevenido su desdicha, pues al salir de Querecrepe dijo a todos sus amigos, que fijamente sabía no había de volver con vida de aquella entrada, porque diferentes veces se le había puesto en la imaginación, que lo habían de matar en Chacotapa; e instándole sus camaradas a que pidiese licencia al Capitán para quedarse, pues había de andar siempre contristado con la desconfianza del agüero, les respondió: No permita Dios que por temor de la muerte desampare yo a mis compañeros, ni falte a lo que es de mi obligación; y la supo cumplir tan bien que atropellando los anuncios de su muerte, sacrificó por víctima la vida en las aras del valor.

Puesto el campo español en Chacotapa, llamó Garci-González a consejo, sobre la determinación que debía tomar según el estado en que se hallaban sus armas; y aunque premeditadas las circunstancias de la falta de bastimentos que padecían, la esterilidad del terreno que pisaban y lo fatigado de aquel campo, con la molestia de marchas tan trabajosas, sobre el ser tan corto el número de gente de que se componía para querer contrastar las fuerzas de un enemigo poderoso, fueron todos de parecer, era lo más conveniente desistir de aquella conquista por entonces, retirándose a

Querecrepe, hasta que el tiempo ofreciese ocasión más oportuna para poder proseguirla; sin embargo, Garci-González, oponiéndose al dictamen de sus soldados, extrañó la proposición de retirarse, a que no estaba acostumbrado su valor, sin ver el fin de las esperanzas, en que empeñaba su opinión; y despreciando los reparos que alegaban para dar fundamento a la propuesta, se determinó a llevar adelante la conquista: resolución, que disgustó mucho a los que intervinieron en la junta, y no faltó quien con alguna alteración en la voz y en las acciones les dijese, que si se hallaba en ánimo de anteponer su gusto a lo que dictaba la razón, pudiera haber excusado el pedirles parecer y juntarlos a consejo; pero cuando más empeñado en su opinión procuraba persuadir a sus soldados las congruencias de seguirla, un nuevo accidente le obligó a desistir de ella y convenir desde luego en lo que más repugnaba, porque todos los indios que como amigos le asistían por auxiliares y los que le acompañaban para el servicio del campo, o cansados de las inexcusables molestias de la guerra, o llevados del temor que habían concebido de los Cumanagotos, se le huyeron una noche, dejándolo sin guías y tan imposibilitado para mantenerse en la conquista, que a impulsos de la necesidad se vio precisado a abandonarla y volverse a Querecrepe.

CAPÍTULO IV

Despuebla Garci-González la ciudad del Espíritu Santo: entra en los Quiriquires, donde, aunque la funda de nuevo, no permanece: retírase a Santiago, y padece la provincia una gran peste de viruelas

CUANDO Garci-González llegó de retirada a su nueva ciudad del Espíritu Santo, halló en ella un despacho del Gobernador Don Juan Pimentel, en que le prevenía, que si la pacificación de los Cumanagotos no estuviese en estado de poderse fenecer con brevedad, la desamparase luego y despoblando la ciudad que había fundado, pasase a conquistar los Quiriquires, aplicando aquel armamento al fin que se destinó primero, porque atendidas las resultas de una y otra expedición, eran más apreciables las que se prometía de la fácil sujeción de éstos que las que se podían esperar de la

dilatada conquista de los otros; y como en la observancia de este precepto venía inserto lo mismo que apetecían, por el desabrimiento con que miraban ya aquella jornada, a quien había hecho desagradable la constante resistencia de los Cumanagotos, ejecutaron sin repugnancia alguna el mandato del Gobernador y despoblando la ciudad (aunque debajo de aquellas protestas que suele usar el pundonor en estos casos para quedar con aire), atravesaron por los Tumusas y valle de Caucagua a salir a la provincia de los Quiriquires, en cuya docilidad halló tan buen recibimiento Garci-González, que sin necesitar valerse de las armas volvió a restablecer su desgraciada ciudad del Espíritu Santo, poblándola nuevamente en el asiento de una loma, que cae a las vertientes del río Itecuao; pero conociendo después los indios, que la intención de los españoles, según la población que habían trazado, era de permanecer en aquel sitio, quedándose a vivir entre ellos pareciéndoles mala su vecindad para perpetua y haciendo su operación la desconfianza, convirtieron toda la amistad en rebeldía, con odio tan implacable, que la buena correspondencia que habían tenido hasta allí, paró en una guerra declarada, pues a cara descubierta empezaron a practicar cuantas hostilidades pudieron discurrir por eficaces para librarse de la pesada carga de los huéspedes, sin perdonar asaltos, ni emboscadas, hasta asaltar sus sementeras ellos mismos, porque no se aprovechasen los españoles de sus frutos para el sustento.

Esta sublevación tan general obligó a Garci-González a sacar sus armas a campaña y correr todas las quebradas y retiros donde se acogían los indios, para darles a entender con el castigo la indignación a que le había provocado su perfidia y restaurar con el rigor, lo que había malogrado la blandura: diligencia, que practicó con tesón y consiguió con fortuna, pues consternados los Quiriquires a vista de los suplicios, que ejecutó en los más culpados, pasando a unos por los tormentos del dogal y a otros por la violencia del cuchillo, pidieron rendidos el perdón, ofreciendo para satisfacción de su culpa, perpetua sujeción al vasallaje y segura constancia en la obediencia; de cuya promesa satisfecho Garci-González, no teniendo por entonces más que hacer para el seguro de la ciudad recién fundada, electos Alcaldes y Regidores, que atendiesen a la conservación de su gobierno, nombró por su Teniente a su Alférez mayor Pedro González, y con más

celeridad de la que pedía la ocasión, acompañado sólo de sus criados, dio vuelta a la ciudad de Santiago, así por hacer relación al Gobernador Don Juan Pimentel de lo que había obrado en la conquista, como por pedirle facultad para repartir los indios entre los pobladores, pareciéndole más conforme a la razón ordenase la distribución de las encomiendas, quien había sido testigo de los servicios de todos, para que correspondiendo a los méritos el premio, ni tuviese lugar el agravio, ni cabimiento la queja.

Esta ausencia intempestiva de Garci-González fue la ruina total de la nueva ciudad del Espíritu Santo, porque faltando su asistencia al mejor tiempo; faltó con ella el respeto y veneración, que mantenía en paz y correspondencia los vecinos, pues no siendo bastante la autoridad de Pedro González para atajar en sus principios algunos movimientos de discordia, dio lugar, para que cobrando cuerpo los disgustos, se fuesen convirtiendo en disensiones; de suerte, que desavenidos y mal satisfechos unos de otros, llevados del ardor de sus pasiones, fueron desamparando la ciudad, mudándose unos a vivir a la Valencia y retirándose otros a Santiago; de calidad, que no atreviéndose los pocos que quedaban a sustentar la población por miedo de los indios, la abandonaron de una vez, dejándola desierta: contratiempo, que sintieron con extremo, así el Gobernador, como Garci-González, viendo malogrado en un instante el fruto de sus fatigas y desvanecida la planta, en que fundaban la gloria de sus aplausos; y aunque determinados a restaurar lo perdido, trataron de volver a dar forma para restablecer con más fundamento la fundación de su ciudad desgraciada, cuando más empeñados se hallaban en aplicar los medios para el logro eficaz de sus intentos un nuevo accidente, acaecido en la provincia por entonces, lo embarazó de suerte, que perdida la esperanza, les obligó a dejar de la mano la materia, suspendiendo la ejecución para ocasión más oportuna: y fue el caso, que llegó por este tiempo, que ya era el año de ochenta[ciii], al puerto de Caraballeda un navío portugués, que venía de arribada de las costas de Guinea; y no habiéndose hecho reparo a los principios de que venía infestado de viruelas, cuando se advirtió en el daño fue cuando no tuvo remedio, pues siendo achaque que nunca se había padecido en estas

ciii. Año de 1580.

partes, cundió con tal violencia, que encendido el contagio entre los indios, hizo tan general estrago, que despobló la provincia, consumiendo algunas naciones enteras, sin que de ellas quedase más que el nombre, que acordase después la memoria de su ruina: fatalidad de las mayores que ha padecido esta gobernación desde su descubrimiento, pues convertida toda en lástimas y horrores, hasta por los caminos y quebradas se encontraban los cuerpos muertos a docenas, sin que por todas partes se ofreciese a la vista otra cosa, que objetos para la compasión y motivos para el sentimiento; y porque este fuese más grande y llegase a su mayor aumento el desconsuelo, sucedió al mismo tiempo la desgracia de morir en Coro el Señor Obispo Don Fray Pedro de Ágreda, prelado a todas luces venerable y que en veinte años que gobernó esta diócesis supo con su integridad, su mansedumbre y prudencia conservar la general benevolencia de sus súbditos, siendo su natural agrado el imán con que atraía los corazones de todos: causa, para que fuese su falta más llorada, por ser en ocasión que más necesitaba la provincia de su vida para alivio del riguroso mal que la afligía, pues creciendo éste por instante, sin que la diligencia hallase en las medicinas humanas el remedio, era cada día con más violencia su aumento; hasta que entrado el año de ochenta y uno[civ], sin que cesase la mortandad, ni minorase el contagio, ocurrió la ciudad de Santiago a buscar recurso a su trabajo en los socorros divinos, y votando por su patrón y tutelar a San Pablo primer ermitaño, fue tan eficaz su protección, que milagrosamente desde luego se empezó a experimentar la sanidad; en cuyo agradecimiento, para recuerdo perpetuo del beneficio recibido, fabricó la ciudad un templo a su memoria, conservando hasta hoy la piadosa costumbre de asistir capitularmente todos los años el día quince de enero a celebrarle fiesta y rendirle las gracias en su iglesia.

civ. Año de 1581.

CAPÍTULO V

Amenazan los Caribes a la ciudad de Valencia: sale Garci-González en su busca, y hallándolos en el Guárico los derrota

SOSEGADA la tempestad en que se vio sumergida la provincia con el violento rigor de la epidemia, empezó a respirar de su fatiga; si bien quedó tan quebrantada y consumida con la falta de los indios, que sin poder volver en sí, hasta el día de hoy se conocen los efectos de aquel daño, a que procuraron ocurrir los vecinos por entonces, aplicando los remedios que tuvo por convenientes la providencia política, en cuyas disposiciones pasado el año de ochenta y dos[cv] y entrado el de ochenta y tres[cvi], los halló Don Luis de Rojas, caballero madrileño, que nombrado para suceder a Don Juan Pimentel en los cargos de Gobernador y Capitán General de la provincia, llegó por el mes de octubre al puerto de Caraballeda y en su compañía el Señor Don Fray Juan de Manzanillo, religioso dominico, a quien su Majestad desde el año antecedente había presentado por Obispo en lugar del Señor Don Fray Pedro de Ágreda[cvii], y fue el primer prelado que asentando su residencia en la ciudad de Santiago, dejó ejemplar a los demás para que hiciesen lo propio, empezándose a fraguar desde aquel tiempo la máquina que se ejecutó después y consiguió a los cincuenta y cinco años el Señor Don Juan Aburto de la Mata, trasladando la catedral de Coro a la ciudad de Santiago.

Puesto Don Luis de Rojas en la posesión de su gobierno, volvieron a reverdecer en Garci-González los deseos de restaurar con nueva planta su población perdida; pero aunque el Gobernador, enterado de la importancia de su pretensión, se hallaba determinado a fomentarla, las ocurrencias del tiempo mudaron las cosas de suerte, que hubieron de tomar

cv. Año de 1582.

cvi. Año de 1583.

cvii. Gil Gonz. The Ecclesiast[1].

1. Efectivamente, "Ivan de Maçanillo" viene como sustituto de fray Pedro de Ágreda (*op. cit.*, tomo I, p. 299).

otro temperamento muy distinto; porque habiendo los Caribes del Orinoco vuelto a salir a los Llanos a caza de hombres, como pudieran de fieras, destruidas algunas poblaciones de indios, que encontraron en los esteros y caños de los ríos llegaron con sus incendios y crueldades a infestar las cercanías de la ciudad de Valencia, que temerosa con la vecindad de tan inhumano enemigo, ocurrió a pedir socorro al Gobernador, representando su peligro; y como la precisión de esta urgencia requería pronto el remedio, se halló precisado Don Luis de Rojas a valerse de la experiencia y valor de Garci-González, para que tomase por su cuenta el aplicarlo: confianza, que apreciada con estimación de aquel corazón bizarro, le obligó a deponer sus intereses, sin tratar más de la población que pretendía reedificar en los Quiriquires, para asegurar en ella el premio de los afanes que padeció en su conquista.

Determinado, pues, Garci-González a la expedición contra los indios Caribes, en lo que había empeñado su misma reputación, salió de la ciudad con sesenta infantes, veinte caballos y cien indios Arbacos, que conducía a sus órdenes el Cacique Querepana, y encaminándose a los Llanos, tomó la marcha en busca del río Guárico, cuyas riberas servían de alojamiento a los Caribes, para formar de allí sus invasiones; pero como no sabía la parte fija donde podría encontrarlos, deseando tener alguna luz anticipada para poder gobernarse, cogió la delantera con diez y seis caballos y sesenta indios Arbacos, dejando orden a Pedro Álvarez Franco, para que con el resto de la gente le fuese siguiendo por el rastro; y habiendo caminado de esta suerte, llegó el día siguiente a media noche a las orillas del Guárico, en ocasión tan oportuna, que a la luz de una candelada, que ardía en la playa pudo descubrir cuatro Caribes, que dormían bien descuidados: accidente, que le franqueó sin trabajo la noticia que deseaba, pues aprisionados los indios declararon sin apremio, que a cuatro leguas de allí, amparados de las barrancas del río, tenían su principal alojamiento los Caribes, cuyo número llegaba a seiscientos hombres de armas.

No faltó entre los soldados quien con esta relación instase a que sin dar tiempo a que los Caribes los sintiesen pasasen aquella misma noche a acometerlos; pero Garci-González, que deseaba asegurar el lance, sin que lo malograse el arrojo de una resolución imprudente, despreciando la pro-

puesta, como dictada de una inconsideración temeraria, determinó hacer alto en aquel sitio hasta que llegase el resto de su campo, que había quedado atrás; y habiéndose incorporado al otro día, por la diligencia con que Pedro Álvarez Franco aceleró la marcha, luego que entró la noche, guiados de los indios prisioneros, partieron todos juntos en busca de los Caribes, que ignorantes de que pudiese haber españoles por allí, vivían tan descuidados, que el Cacique y principal caudillo que gobernaba sus tropas había salido aquella madrugada por las orillas del río a divertirse cazando; y encontrando de repente con los nuestros, aunque la novedad de aquel accidente no pensado lo dejó algo suspenso por un rato, echando después mano a las armas, disparó con gran presteza tres o cuatro flechas contra Garci-González, que caminaba delante, y pasándole con una el sayo de armas, le atravesó (aunque al soslayo) por un muslo, a cuyo golpe enfurecido, batió los acicates al caballo, y pasándole el pecho con la lanza, le derribó muerto en tierra.

Este principio favorable fue anuncio de la felicidad que coronó el suceso, porque llegando los nuestros a descubrir poco después la ranchería donde se alojaban los Caribes, al ver la cabeza del Cacique, que puesta en una lanza llevaba un soldado enarbolada por trofeo, faltándoles el ánimo, empezaron a defenderse con tibieza; y aunque las persuasiones con que procuraba alentarlos un hijo del difunto a que vengasen la muerte de su padre fueron estímulo, para que acordándose del valor se fuesen empeñando con más brío, sucedió para ruina total de sus escuadras, que corriendo Garci-González tras de un indio[cviii], que sobresalía entre todos, así en la robustez desmesurada de su cuerpo, como en la destreza con que jugaba las armas, metió el caballo las manos en un hoyo y con la violencia que llevaba, al tropezar despidió al jinete de la silla, quedando tan furioso con el espanto que recibió al caer Garci-González, que faltándole la sujeción del freno, no fue posible detenerlo y rompiendo por el escuadrón de los Caribes, con los relinchos y corcovos los desordenó de suerte, que tuvieron lugar Damián del Barrio, Alonso Camacho, Alonso Ruiz, Juan García Carrasco, Andrés González, Alonso Pérez de Valenzuela, Tomás González,

cviii. Batalla del Guárico.

Francisco de Nava, Flores Rondón y los demás soldados de a caballo de ejercitar bien las lanzas, causando estrago miserable en el descompuesto escuadrón de aquellos bárbaros, que divididos en piezas al corte de las espadas con que los infantes por su parte los perseguían, también encarnizados, dejaron sembrada la campaña de horrores y de cadáveres, pagando con la libertad o con la vida los insultos y crueldades que en las naciones vecinas tenía ejecutadas su impiedad, pues quitando algunos pocos que tuvieron la fortuna de acogerse a las canoas, que tenían ancoradas en el río, los demás, o pasaron por el amargo trance de la muerte, o experimentaron el trabajo de una triste esclavitud, a que quedaron condenados para siempre.

CAPÍTULO VI

Puebla Sebastián Díaz en los Quiriquires la ciudad de San Juan de la Paz: atraviesa después la serranía, y funda en los llanos la de San Sebastián de los Reyes

GLORIOSO Garci-González con la rota de los Caribes, dio la vuelta a la ciudad de Santiago a disfrutar en aplausos el premio que merecían sus fatigas; y aunque el Gobernador Don Luis de Rojas, deseando perfeccionar la conquista de los Quiriquires, le franqueó desde luego con generosidad el permiso, para que volviese a restaurar su población perdida, o cansado de tan repetidas jornadas, o porque a la verdad miraba ya con desconfianza aquella expedición en que tan mal le había corrido la fortuna, no quiso meterse en ella, pretextando algunos motivos razonables, que acreditasen por legítima su excusa; y como su respeto había sido el embarazo para que ninguno se atreviese a sacar la cara a pretenderla, viendo que él se desistía empezaron muchos a solicitarla con empeño, siendo el principal de todos Sebastián Díaz de Alfaro, natural de San Lúcar de Barrameda, a quien se la concedió el Gobernador, prefiriéndolo a los demás, por la conocida ventaja de sus méritos y haber sido de los capitanes que acompañaron al General Diego de Losada en su conquista.

Ya era el año de ochenta y cuatro[cix] cuando Sebastián Díaz acompañado de Mateo Díaz de Alfaro, su hijo, Melchor de Sanjuán, Juan Fernández Trujillo, Mateo de Laya, Melchor de León, Hernando Gómez, Alonso García Pineda, Diego de Ledesma, Juan Rodríguez Espejo, Bartolomé Sánchez, Frutos Díaz, Gaspar Hernández, Cristóbal Suárez, Vicente Galeas, Cristóbal Quintero y otras personas conocidas, hasta el número de ochenta, y llevando por capellán a un clérigo, natural de Badajoz, llamado Alonso López de San Martín, entró en los Quiriquires, cuya provincia halló tan sosegada, manteniendo la sujeción en que la dejó Garci-González, que sin experimentar operación que desdijese de una obediencia rendida, fue recibido de los caciques con demostraciones y agasajos, que manifestaban sin doblez la sinceridad de su buen ánimo; y como el fin principal de su jornada era sólo a poblar, no habiendo encontrado en los indios embarazo que pudiese retardar la ejecución, fundó en las orillas del río Tuy (cuatro leguas más abajo de donde junta sus aguas con el Guaire) la ciudad de San Juan de la Paz[cx], queriendo dejar vinculada en este nombre la memoria de haber logrado su intento sin desenvainar la espada.

Fue célebre esta ciudad en sus principios, prometiendo la prosperidad con que empezó a florecer muy distinto paradero del que experimentó después en los desvíos con que la trató inconstante su fortuna, pues habiéndose descubierto en su jurisdicción las minas de Apa y Carapa de tan opulenta riqueza, que en los dos meses primeros de su beneficio se sacaron cuarenta mil castellanos de oro de veinte y tres quilates, se tuvo por sin duda, que el cebo del interés fuese atractivo para que se aumentase su vecindad y creciese su grandeza; pero aquella felicidad fue un relámpago que se apagó cuando empezaba a lucir, porque reconociéndose después ser el temperamento muy enfermo, por las muchas humedades del terreno y embarazar las montañas que la rodeaban a que la bañase el aire, a que se añadía ser tan frecuentes las aguas, que solía pasarse un mes entero sin ver el sol, en un continuo llover, se fueron desabriendo los vecinos; y anteponiendo la salud (que ya lloraban perdida) a las conveniencias que pudieran

---

cix. Año de 1584.

cx. Ciudad de San Juan de la Paz.

adquirir en la labor de las minas, la fueron desamparando con tal prisa, que antes de los dos años quedó del todo despoblada, perdiéndose con el transcurso del tiempo hasta la memoria del paraje donde se sacaba el oro; porque aunque el Gobernador Sancho de Alquiza el año de mil seiscientos seis, teniendo noticia de aquella riqueza malograda, trató de su beneficio, experimentándose los mismos inconvenientes que antes, no se pudo lograr su permanencia y se dejó del todo abandonada; dando motivo a muchos, para que algunos años después consumiesen el tiempo y el dinero en procurar descubrirla, pero siempre sin provecho, porque nunca pudieron encontrarla, hasta que el año de mil seiscientos noventa y ocho, gobernando la provincia Don Francisco de Berrotarán (Marqués que fue después del valle de Santiago) se dedicó a buscarla con empeño y guiándose por el derrotero de algunos nombres y señales que se hallaron en instrumentos antiguos, hubo de dar con las casas y otros vestigios del tiempo en que se sacaba el oro; pero recreciéndosele a este caballero contradicciones y pleitos muy reñidos sobre la posesión de aquellas tierras donde intentaba poblarse, para entablar con toda formalidad el beneficio, quedó tan disgustado, que sin proseguir más adelante dejó suspensa la materia y malogrado el trabajo, privándose la provincia de la utilidad común a que había tirado su buen celo.

Poblada la ciudad de San Juan de la Paz con tanta felicidad como hemos dicho, dejó Sebastián Díaz para su manutención los vecinos que le parecieron necesarios y con el resto de su gente atravesó la serranía que cae a la parte del sur y salió al piélago inmenso de los Llanos (cuya longitud, corriendo por más de cuatrocientas leguas, llega a confinar con las opulentas provincias del Perú), tierras muy propias y adecuadas para criazones de ganados, por la substancia de sus pastos y cualidades de sus aguas, como lo ha mostrado la experiencia en los increíbles multiplicos que se logran: esta conveniencia, sobre las muchas que ofrecía la fertilidad y hermosura de aquel país, obligó a Sebastián Díaz a tratar de poblarse en él para gozarlas de asiento; y siendo la determinación no repugnante al gusto de los soldados, que aficionados al terreno solicitaban lo propio, con aprobación de todos fundó el año de ochenta y cuatro la ciudad de San Sebastián de los

Reyes[cxi], cuyos primeros Regidores fueron Bartolomé Sánchez, Frutos Díaz, Gaspar Fernández y Mateo de Laya; escribano de cabildo, Cristóbal Suárez; y sus primeros Alcaldes ordinarios Hernando Gámez y Diego de Ledesma.

Demora esta ciudad a la parte del Sur, distante cincuenta leguas de la ciudad de Santiago; y aunque asistida de muy corta vecindad, por no haberla dado lugar al crecimiento la facilidad con que sus habitadores la han mudado a diferentes partes, huyendo de algunas inconveniencias que embarazaban su aumento, sin embargo, mantiene su población, conservando en la expresión de su nombre el recuerdo de lo mucho que debió a su noble fundador: cógese en su distrito el cacao celebrado de Orituco, que tanto apetecen para su regalo los hombres de buen gusto, cuyo trato con el de algún tabaco que se siembra y las crías de ganado vacuno a que se han aplicado sus vecinos, son las fincas en que aseguran (aunque con escasez) los medios para su manutención.

CAPÍTULO VII

Entra Cristóbal Cobos a la conquista de los Cumanagotos: puebla la ciudad de San Cristóbal; y sentido de Don Luis de Rojas da la obediencia al Gobernador de Cumaná

SOBERBIOS los indios Cumanagotos de haber obligado a Garci-González a despoblar la ciudad del Espíritu Santo y retirarse de toda la jurisdicción de su provincia, fueron multiplicando los insultos a que los provocaba su altivez, fiados en que la continuada felicidad de sus victorias los había elevado ya (en la común estimación) al grado supremo de invencibles; y experimentándose cada día, con lamentables tragedias, los efectos de esta presunción desvanecida, fue preciso que el Gobernador Don Luis de Rojas aplicase todo el conato a su remedio.

Había la Audiencia de Santo Domingo condenado a Cristóbal Cobos en que sirviese a su costa en las conquistas que pudiesen ofrecerse en la provincia, para satisfacer con este mérito las resultas del delito que come-

cxi. Ciudad de San Sebastián de los Reyes.

tió su padre en la muerte tan injusta, como atroz, que dio a Francisco Fajardo; y siendo persona a quien la experiencia de sus hechos tenía acreditado por hombre de valor y buen soldado, halló el Gobernador cuanto había menester en este caso para conseguir su intento; y valiéndose del pretexto de lo determinado por la Audiencia, le mandó tomase por su cuenta la sujeción y castigo de los Cumanagotos, ofreciéndole ayudarlo con cuanto hubiese menester para los precisos gastos de su empeño.

Aceptó luego Cobos la propuesta y llevando ciento setenta hombres españoles y trescientos indios de la costa, entró por el mes de marzo del año de ochenta y cinco[cxii] a pisar los umbrales de aquella nación rebelde, y llegando al río Salado, cuyas márgenes tantas veces fueron teatro en que a costa de la sangre española, representó sus más lastimosos sucesos la desdicha, le salió al encuentro el Cacique Cayaurima con dos mil gandules de pelea, que militaban voluntarios a la sombra feliz de sus banderas, y rompiendo desde luego la batalla, sin dar tiempo a que los nuestros pudiesen aprovecharse de los puestos ventajosos del terreno, hubiera conseguido el derrotarlos, si Cobos, reconociendo el aprieto en que se hallaba, no hubiera obrado aquel día, disponiendo como capitán y peleando como soldado, pues de esta suerte, aunque a costa de la muerte de Juan Ortiz y otros cinco o seis infantes, logró el que se retirasen los indios después de más de tres horas de combate, dejándole el paso libre para poder proseguir sin embarazo hasta el jagüey de Macarón.

No desmayó Cayaurima con lo poco favorable del suceso; antes, teniendo a desaire de su valor la constancia con que pelearon los nuestros, llamó en su ayuda otros caciques y reclutando sus tropas con ocho mil combatientes que le llegaron de socorro, volvió otra vez a probar el semblante con que lo recibía la fortuna: halló a Cobos atrincherado en su alojamiento y prevenido con cuatro versos de bronce, que cargados de balas menudas tenía asestados para la parte por donde se temía le podría acometer el enemigo, y dándole fuego a tiempo que resueltos los indios avanzaron por allí con ánimo de apoderarse del cuartel, hicieron tal destrozo, que desordenada la muchedumbre, su misma confusión ofrecía blanco seguro para lo-

cxii. Año de 1585.

grar nuevos tiros, hasta que reconociendo Cayaurima el menoscabo que padecían sus escuadras, empezó a retirarse a parte donde la distancia malograse el alcance de los versos; y provocando desde allí a los españoles, los instaba a que dejados los reparos que le servían de defensa, saliesen a mostrar el valor en la campaña.

No rehusó Cobos aceptar el desafío y dividiendo su gente en dos escuadras[cxiii], echó la infantería por un lado y él con cuarenta caballos que tenía acometió por otro, para obligar a los indios a que acudiendo a dos partes diferentes, formasen dos frentes encontrados: iban los delanteros junto a Cobos, Cristóbal Mejía de Ávila y Hernando Tello; y como en la destreza con que jugaban las lanzas reconocieron los indios los más evidentes anuncios de su ruina, vueltos a una contra ellos, los marcaron por blanco fijo al tiro de sus saetas de suerte, que no pudiendo resistir los sayos de arma el agudo penetrar de tanta flecha como descargaron sobre los dos jinetes, a los primeros encuentros del combate cayeron muertos en tierra, acompañando los caballos en la desgracia la infeliz fortuna de sus dueños: acontecimiento, que reputado por los indios como premisa cierta de la victoria que esperaban, les dio aliento para empeñarse más en la pelea, renovando con mayor estruendo el militar rumor de la guazábara.

Cobos entonces, animando a los suyos más con el ejemplo, que con las palabras, rompió por el bárbaro escuadrón, atravesando con la lanza a cuantos procuraban estorbarlo; pero como la multitud que acaudillaba Cayaurima era tanta, que contrapesando el esfuerzo invencible de los nuestros, no daba lugar a que se conociese el menoscabo que padecían sus derrotadas escuadras, llegó a recelar Cobos del suceso, viendo el desprecio de la vida con que peleaban los bárbaros y la intrepidez con que ofrecían los desnudos cuerpos a los ardientes cortes del acero.

No con menos confusión se hallaban por su parte los infantes, pues oprimidos de la muchedumbre de los indios, aún no tenían desahogo para jugar las espadas; pero como el valor en los aprietos suele valerse de una temeridad para lograr un remedio, viéndose ya cuasi perdidos y que los indios aclamaban con repetidas voces la victoria, fiados Juan de Campos y

cxiii. Batalla de Macarón.

Alonso de Grados en las fuerzas corporales con que adornó su robustez naturaleza, atravesaron por medio del ejército enemigo en busca de Cayaurima, y encontrándolo en la frente que hacía oposición a los jinetes, se abrazaron con él, cargándolo entre los dos para llevarlo prisionero: acción, que advertida por Cobos, conoció luego consistía en el buen suceso de ella la felicidad de aquel empeño en que se hallaban todos, y para que no la malograse algún descuido, haciéndoles espaldas con parte de los caballos, los fue convoyando, hasta que amparado del abrigo del alojamiento quedó asegurado en él el prisionero.

Con esta novedad mudó su teatro de repente la fortuna, pues temerosos los indios del riesgo que corría la vida de su Cacique si proseguían con las armas, desampararon el campo apresurados, dejando con la fuga malograda la victoria que tenían entre las manos; y deseando aprovecharse de los auxilios del tiempo para lograr ocasión de poder poner en libertad a Cayaurima, vinieron al alojamiento el día siguiente ofreciendo la obediencia con aquellos rendimientos que suele afectar cauteloso un disimulo: bien conoció Cobos la intención que gobernaba aquel movimiento repentino y que la paz a que tiraban sólo miraba por fin la libertad del Cacique; pero dejándose llevar de la apariencia, sin dar a entender que penetraba el alma que llevaban sus intentos, quiso también fiar al beneficio del tiempo las mejoras de su partido y por medio de la amistad (aunque fingida) ver si podía domesticar con la comunicación y con el trato la indomable condición de aquel gentío, a cuyo efecto, poniendo más cuidado en la guardia y prisión de Cayaurima, asentó las paces desde luego, y mudando su alojamiento al río Salado, a poca distancia de la boca por donde desagua al mar, pobló la ciudad de San Cristóbal.

A este tiempo llegó a Cumaná por Gobernador y Capitán General de la provincia Rodrigo Núñez Lobo, y teniendo noticia de la población que había hecho Cobos y el buen estado en que se hallaban los progresos de su conquista, tomada la posesión de su ejercicio pasó a verse con él a San Cristóbal, y comunicándose los dos muy en secreto, resultó de esta diligencia, que Cobos, o movido de las promesas y ventajosos partidos que le ofreció Rodrigo Núñez, o porque en realidad (como él decía) quiso hallando la ocasión, despicarse de los sentimientos que conservaba de Don Luis de

Rojas, por haberle faltado con los socorros que le prometió al tiempo que lo empeñó en su conquista, negando la fidelidad que debía a su legítimo Gobernador, dio la obediencia a Rodrigo Núñez, sometiendo su nueva población y todo aquel partido a la jurisdicción de Cumaná: acción, que atendida con desprecio, por no haber hecho caso de ella Don Luis de Rojas, fue el único fundamento para que aquella provincia se quedase desde entonces desmembrada de esta gobernación y sujeta a Cumaná: por cuya causa, no perteneciendo desde aquí al asunto de nuestra historia los sucesos de su conquista, omitiremos referir los varios acontecimientos que sobrevinieron después.

CAPÍTULO VIII

Despuéblase la ciudad de Caraballeda: capitulan los vecinos de Santiago a Don Luis de Rojas; y viene Don Diego de Osorio a gobernar la provincia

ENTRAMOS ya en el año de ochenta y seis[cxiv], en que fenecidas todas las expediciones militares que fueron necesarias para la total conquista y pacificación de la provincia, cuando los vecinos debían gozar en las conveniencias del reposo los apetecibles frutos de la paz, que a costa de los desperdicios de su sangre había llegado a conseguir el infatigable tesón de su constancia, empezaron a experimentar por premio de sus fatigas, ultrajes y atropellamientos, hijos de la violencia que produjo una sinrazón apasionada, dando principio los enconos de un tema mal fundado a los disgustos y discordias, que duraron después por muchos años, con general perturbación de la república.

Gobernábase en aquel tiempo las ciudades de la provincia por la dirección de cuatro Regidores cadañeros, a quienes por costumbre o privilegio tocaba la elección de los Alcaldes para la administración de la justicia ordinaria, y llegando el año de ochenta y seis mandó el Gobernador Don Luis de Rojas a los de Caraballeda, que no hiciesen la elección como solían, porque quería él ponerlos de su mano. Los Regidores viéndose despojados sin

cxiv. Año de 1586.

razón de aquella preeminencia, que tocaba a sus oficios y en que los debía mantener la posesión en que se hallaban desde que se pobló aquella ciudad, suplicaron con palabras reverentes y modestas del mandato del Gobernador, y sin querer admitir al ejercicio los que mandó nominados, juntándose a cabildo el día primero de enero eligieron sus Alcaldes como acostumbraban siempre; y como en las Indias no hay acción, por justificada que sea, que no se califique por delito y gradúe por desacato, si se opone, aunque sea en sombras, a la más mínima insinuación de un superior, bastó lo ejecutado en este lance para que Don Luis de Rojas, sintiéndose agraviado, los declarase por incursos en las indignaciones de su enojo; y tratando de pasar luego al castigo, para desahogar con la venganza los ardimientos de su cólera, mandó llevar presos a Santiago a los cuatro Regidores que habían hecho oposición a su dictamen.

Sentidos de esta demostración los demás vecinos de Caraballeda, reputando por agravio común el desaire que se hacía a sus Regidores, desampararon la ciudad, mudándose los más a vivir a Valencia: transmigraciones, que con facilidad se hacían en aquel tiempo, porque siendo las casas de vivienda unos bujíos de paja, no reparaban los dueños en el poco costo de perderlas: esta resolución de los vecinos encendió más la cólera que ardía en el Gobernador, y dando nombre de motín declarado a la mudanza, procedió a la justificación de aquel delito, insertando como cómplices en él a algunos vecinos de Santiago, atribuyéndoles la culpa de que habían parte en el consejo: fue el principal a quien formó este cargo el Capitán Juan de Guevara, persona de autoridad y que por su nobleza, méritos y caudal era de los que hacían cabeza en la república; quien; viéndose calumniado injustamente, padeciendo los ultrajes de una prisión rigorosa en que lo tenía el Gobernador, trató de buscar recurso que aliviase su trabajo y despicase su ofensa: mas como para solicitarlo era preciso ocurrir a tribunal superior, valióse de un mestizo, llamado Juan de Urquijo, de quien tenía satisfacción, por ser de mucha actividad e inteligencia, a quien despachó con sus poderes a la Corte a representar su queja y que en su nombre capitulase al Gobernador Don Luis de Rojas, llevando afianzada la calumnia de los cargos que se obligaba a probarle.

Llegó Urquijo con felicidad a España; pero siendo en ocasión, que por

estar ya Don Luis de Rojas para cumplir el tiempo de su gobierno, tenía el Rey proveído en su lugar a Don Diego de Osorio, General de las galeras, que entonces se mantenían para guardar la costa de Santo Domingo, no pudo tener lugar la capitulación que pretendía; pero admitidos los cargos en el consejo, se remitió su averiguación al juicio de residencia, cometiendo ésta y el desagravio de los presos al mismo Don Diego de Osorio, que ignorante de su promoción se hallaba en la isla Española gobernando sus galeras, hasta que llegando en su busca a Santo Domingo el mismo Urquijo, le entregó los despachos de su mano, para que pasase luego a su gobierno, como lo ejecutó, tomando la posesión por fines del año de ochenta y siete[cxv], en que empezó Don Luis de Rojas a experimentar las mudanzas de su fortuna, pues cercado de los sobresaltos de reo, entre los desconsuelos de mal quisto, conoció aunque tarde, la diferencia que hay de recibir adoraciones como superior, o afectar rendimientos como súbdito, pues publicada la residencia, como los agraviados eran muchos y poderosos los émulos, fueron creciendo las demandas y tomando cuerpo los capítulos, de suerte, que embargados todos los bienes y puesto en una prisión, padeció aquel caballero las mortificaciones y desaires, que no merecía su sangre, pues pasó a tanto extremo su desdicha, que llegó a pedir limosna para poder sustentarse; de suerte, que movido de compasión el mismo Juan de Guevara, que lo había capitulado, tomó por su cuenta el defenderlo, asistiéndole con cuanto hubo menester para su manutención; y después de fenecido todo el pleito, con generosidad más que piadosa, le dio quinientos doblones, para que se fuese a España: acción por cierto propia de un corazón hidalgo, pues siendo el más agraviado no le embarazaron sus sentimientos para que obrase como noble y perdonase como cristiano.

Estas dependencias de Don Luis de Rojas dejaron en la vecindad aquellas resultas, que traen siempre consigo las pesquisas, porque siendo varios los juicios de los hombres, no es fácil hallar conformidad en los dictámenes; y como no hay operación, por mal fundada que sea, que no tenga algún padrino que le apoye, no fueron las de Don Luis de Rojas tan descaminadas, que no lograsen la fortuna de gozar la aprobación de muchos que

cxv. Año de 1587.

empeñados en defender su opinión, dieron motivo a que se dividiese en bandos la república, originándose parcialidades y discordias, que la perturbaron toda; a que se añadió después, para común disgusto y mayor daño, la venida del Licenciado Diego de Leguisamón, a quien la Audiencia de Santo Domingo envió el año de ochenta y ocho[cxvi] a diferentes comisiones, siendo la principal de todas, sobre el mal tratamiento de los indios y averiguar el modo con que se procedió en su conquista: materia en que hallándose comprendidos todos los más de los vecinos, fue consecuente pasar por la nota de culpados, entrando a la parte en el excesivo importe de condenaciones, costas y salarios con que procuró aquel juez aprovechar el tiempo, para que no saliese inútil el trabajo, extendiendo los términos de la comisión de suerte, que no hubiera llegado el plazo de acabarse, si la ciudad, temiendo su destrucción, no hubiera tomado el expediente de enviar a Santo Domingo a Juan Riveros, hombre de suposición y que había sido Teniente General de la provincia, a que representase los excesos de Leguisamón y los perjuicios que padecía la vecindad, consumiéndose los caudales en los crecidos salarios de comisión tan dilatada; a que atendiendo la Real Audiencia de Santo Domingo, en vista de los instrumentos que presentó Riveros para justificar las razones que motivaban su queja, lo mandó suspender del ejercicio y que tasados los salarios en la competente cantidad que correspondía a lo actuado, restituyese a las partes lo demás que había cobrado injustamente: beneficio, que estimó tanto la ciudad, por verse libre de las vejaciones con que se hallaba oprimida, que para manifestar su agradecimiento a la solicitud y diligencia de Riveros, le hizo donación en sus ejidos de las tierras que llaman del Rincón.

cxvi. Año de 1588.

CAPÍTULO IX

Envía la provincia a Simón de Bolívar por su Procurador a España: aplícase Don Diego Osorio a poner en forma las cosas del gobierno; y Juan Fernández de León puebla la ciudad de Guanare

DESEMBARAZADO Don Diego Osorio de la residencia de Don Luis de Rojas (entretenimiento que le dio bastante en qué entender, por las agrias consecuencias de su resulta), trató de renovar la despoblada ciudad de Caraballeda, por la conveniencia que se seguía a la provincia de tener aquel puerto asegurado en la marina para la carga y descarga de las naos y más fácil expediente en las negociaciones precisas del comercio; pero quedaron tan desabridos los vecinos con los disgustos anteriores, que no fueron bastantes todas las diligencias de Osorio para reducirlos a que volviesen a poblarse, dando por excusa la poca seguridad con que vivían expuestos a la continua hostilidad de los piratas, por no tener reparo alguno en aquel sitio para poder defenderse.

Pero siendo preciso mantener puerto en la costa para la conservación del trato ultramarino, en que consiste todo el ser de la provincia, abandonado el de Caraballeda escogió Don Diego de Osorio el de la Guaira[cxvii] (poco más de una legua a sotavento) por la conveniencia de estar más inmediato para el trajín y comunicación con la ciudad de Santiago, de quien dista cinco leguas; y aunque por entonces sólo se fabricaron en él unas bodegas, que sirviesen para asegurar la carga de las naos, después poco a poco se fueron levantando algunas casas y agregándose allí algunos vecinos; de suerte, que con el tiempo ha venido a ser un razonable lugar, que coronado de artillería y guarnecido de ciento treinta plazas de presidio, se gobierna por la dirección de un castellano, que siendo cabo militar de sus fuerzas, ejercita juntamente la jurisdicción ordinaria, como justicia mayor que es de aquel puerto, nombrado por el Gobernador y recibido por el cabildo de la ciudad de Santiago: aumentos, que debe aquel lugar a las primeras líneas que tiró para su formación Don Diego de Osorio, a cuyo gran talento y don

cxvii. Puerto de la Guaira.

particular de gobernar, se confiesa obligada esta provincia, pues atendiendo a su lustre, y a su mayor decoro, la perfeccionó por todos lados hasta dejarla entablada en aquella economía política que hoy goza, corrigiendo los abusos, y enmendando los defectos, que por descuido de sus pobladores adquirieron las ciudades con la mal formada planta que se les dio en sus principios.

Para esta reformación que ejecutó Don Diego de Osorio era preciso conseguir primero particulares órdenes del Rey, por lo que miraba a algunos puntos en que no podía arbitrar como Gobernador, por ser materias, que para proceder en ellas necesitaba de facultad especial y jurisdicción delegada; pero como el cabildo de Santiago se hallaba enterado de los buenos deseos de su Gobernador, fue fácil hallar salida para aquel inconveniente, pues deseando por su parte coadyuvar a lo que tanto importaba, nombró el año de ochenta y nueve[cxviii] a Simón de Bolívar, para que como Procurador General de la provincia pasase a España y representando al Rey las cosas que necesitaban de remedio, solicitase los despachos que pedía Don Diego de Osorio: en que anduvo tan diligente, o por mejor decir afortunado, que llegado a la Corte (ya por el año de noventa)[cxix] consiguió sin dificultad, no sólo los principales puntos de su encargo, pero otras muchas gracias y mercedes, que fueron de grande consecuencia a la provincia, entre las cuales debemos contar por las primeras el encabezamiento de alcabalas hecho a favor de las ciudades, por una corta cantidad que habían de contribuir al Rey por tiempo de diez años; la facultad de poder introducir cien toneladas de negros sin pagar derechos reales; la prorrogación de la merced concedida anteriormente a instancia de Sancho Briceño, para que la ciudad de Santiago nombrase todos los años persona que trajese de su cuenta un navío de registro para el puerto de la Guaira; y otras, que aunque no de tanta consideración para el provecho, fueron de igual estimación para el aprecio.

Habiendo consumido Simón de Bolívar en estas pretensiones todo el

cxviii. Año de 1589.

cxix. Año de 1590.

año de noventa y uno[cxx], volvió a la provincia mediado ya el año de noventa y dos[cxxi], y hallándose Don Diego de Osorio habilitado para poder obrar lo que deseaba, empezó a poner en planta los acertados dictámenes que tenía premeditados, pues aplicando su desvelo a poner forma en la provincia, repartió tierras, señaló ejidos, asignó propios, entabló archivos, formó ordenanzas, congregó los indios en pueblos y partidos, y finalmente podemos con verdad asegurar, que de un embrión informe en que se hallaba todo, lo redujo su actividad a las formalidades de un ser político; y porque no quedase materia en que no pusiese atención su providencia, considerando que desde las ciudades del Tocuyo y Barquisimeto, tirando para el Sur hasta los términos donde se divide la jurisdicción de esta provincia de la del Nuevo Reino, había mucha distancia sin población alguna que asegurase la posesión de aquel partido, dio orden a Juan Fernández de León, para que llevando la gente que le pareciese necesaria, entrase por los Llanos, y poblase una ciudad en la parte que tuviese por más acomodada; en cuya ejecución el año de noventa y tres[cxxii] pobló la del Espíritu Santo a orillas del río Guanare[cxxiii] (de quien ha tomado el nombre para ser comúnmente conocida); su temperamento es sano, aunque en extremo cálido; abunda de ganado vacuno, por la conveniencia que ofrecen para criarlo los dilatados llanos y sabanas en que está fundada; y de pescado por la facilidad con que lo cogen en los caudalosos ríos que la circundan: su vecindad es poca, pero feliz, pues goza la fortuna de tener en su iglesia colocada la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de Coromoto, portento de maravillas y prodigio de milagros, a cuya piedad ocurren en devotas romerías de todas las provincias circunvecinas, unos a buscar remedio necesitados y otros a cumplir promesas agradecidos: su milagrosa aparición referiremos con el favor de Dios en el segundo tomo, entre los sucesos del año de seiscientos cincuenta y dos, en que tuvo su principio, para gloria de aquella ciudad dichosa.

cxx. Año de 1591.

cxxi. Año de 1592.

cxxii. Año de 1593.

cxxiii. Ciudad de Guanare.

Restábale a Don Diego de Osorio para el cumplimiento de su planta suprimir en los cabildos los regimientos cadañeros y establecerlos perpetuos para lustre mayor de las ciudades, y obviar algunos inconvenientes, que traía consigo la elección: había ya dos de esta calidad en el cabildo de Santiago, por haber S.M. hecho merced a Garci-González de Silva del oficio de Depositario General por los días de su vida y haber traído Simón de Bolívar para sí el de Oficial real de la provincia, con preeminencias de Regidor y voz y voto en cabildo; a cuya imitación, conseguida cédula del Rey para que fuesen perpetuos y vendibles, sacó Don Diego de Osorio los demás oficios a pregones el año de noventa y cuatro[cxxiv] y hechas las posturas y corridos los términos, se remató el de Alférez mayor en Diego de los Ríos; la vara de Alguacil mayor en Don Juan Tostado de la Peña; y los Regimientos ordinarios en Nicolás de Peñalosa, Antonio Rodríguez, Martín de Gámez, Diego Díaz Becerril, Mateo Díaz de Alfaro, Bartolomé de Mazabel y Rodrigo de León, de que hemos querido hacer expresión por la memoria de haber sido los primeros que obtuvieron estos oficios en propiedad y perpetuos.

CAPÍTULO X

Saquea el Draque la ciudad de Santiago: y refiérese todo lo sucedido en la provincia hasta el año de mil seiscientos

GUSTOSA se hallaba la provincia disfrutando las felicidades en que la tenía puesta el justificado gobierno de Don Diego Osorio; pero como no hay prosperidad en esta vida a quien no siga como sombra un infortunio, cuando se consideraba más segura en las posesiones de su dicha empezó a padecer los contratiempos con que la persiguieron las desgracias, siendo la primera una cruel hambre, que se introdujo el año de noventa y cuatro, originada de una plaga de gusanos tan voraz, que asolando las sementeras, convirtió en cenizas los sembrados, sin que pudiese reservar la providencia, ni aun granos, que sirviesen de semilla para volver a sembrar: trabajo que molestó

cxxiv. Año de 1594.

mucho a la provincia, porque entrando todos a la parte en padecer, fue general el clamor y común el desconsuelo, creciendo más la aflicción al paso que se multiplicaba la plaga por instantes, sin hallar remedio humano para poder extinguirla, hasta que ocurriendo a la piedad divina, por intercesión del glorioso mártir San Jorge, a quien escogieron por patrón, se consiguió el consumirla, en cuyo agradecimiento se obligaron por voto los labradores de la ciudad de Santiago a fabricarle una capilla y contribuir todos los años cada uno con una fanega de cualquier semilla que sembrase, como llegase a cincuenta fanegas la cosecha, para que su importe se distribuyese en los precisos gastos de su adorno; pero entibiando el fervor después que cesó el trabajo, tuvo lugar el descuido para olvidar las circunstancias del voto, contentándose sólo con celebrarle su fiesta en la iglesia catedral el día veinte y tres de abril: devoción, que ha conservado la costumbre hasta los tiempos presentes.

Con estas penalidades y miserias corrió el año de noventa y cuatro, y para que todo tuviese los requisitos de aciago, cerró los días de su curso con la muerte del Señor Obispo Don Fray Juan de Manzanillo, prelado de gran piedad, a quien veneró esta provincia, más que como a Obispo, como a padre: en su lugar presentó S.M. para esta sede al Señor Don Fray Diego de Salinas[cxxv], religioso dominico, natural de Medina del Campo, hijo del convento de San Andrés de su patria y Procurador General, que era en la Corte para las dependencias de su Orden; y aunque su venida a este obispado no fue hasta el año de noventa y ocho, por haberlo detenido en España la conclusión de algunos negocios que estaban a su cuidado, hemos querido anticipar la noticia de su presentación por si acaso no hubiere oportunidad de referirla a su tiempo; y dejando esto anticipado para entonces, pasaremos a los acaecimientos del año de noventa y cinco[cxxvi] en que Don Diego de Osorio, con el deseo de visitar la provincia, para que en todas las ciudades, al respecto de su presencia, quedasen más bien estable-

cxxv. Gil Gonz. p. I. The Ecclesiast[1].

1. El dato es correcto. Fray Diego de Salinas tendrá como sucesor a fray Pedro Mártir Palomino (*ibidem*).

cxvvi. Año de 1595.

cidas y corrientes las providencias que había aplicado su celo, pasó a la ciudad de Maracaibo: determinación en que consistió en parte la calamidad que sobrevino poco después a la ciudad de Santiago, porque faltando de ella su vigilancia o su fortuna, quedó expuesta a la desdicha que le trazó su desgracia.

Recaló a principios del mes de junio sobre el puerto de Guaicamacuto (media legua a barlovento del de la Guaira) aquel célebre corsario Francisco Draque, a quien hicieron tan memorable en el orbe sus navegaciones, como temido en la América sus hostilidades, y echando en tierra quinientos hombres de su armada, ocupó sin resistencia la marina, porque los indios que pudieran haber hecho alguna opugnación para estorbarlo, desampararon su pueblo antes de tiempo y buscaron seguridad en la montaña; gobernaban la ciudad por la ausencia de Don Diego de Osorio, Garci-González de Silva y Francisco Rebolledo, como Alcaldes ordinarios de aquel año; y teniendo la noticia del desembarco del corsario, recogida toda la gente de armas que pudo juntar la prisa, salieron a encontrarlo en el camino que va del puerto a la ciudad, resueltos a embarazarle la entrada con la fuerza en caso que pretendiese pasar para Santiago: prevención bien discurrida, si no la hubiera malogrado la malicia de una intención dañada, pues ocupados con tiempo los pasos estrechos de la serranía y prevenidas emboscadas en las partes que permitía la montaña (como lo tenían dispuesto con gran orden) era imposible que al intentar el corsario su transporte, dejase de padecer lamentable derrota en sus escuadras: pero el ánimo traidor de un hombre infame fue bastante para frustrarlo todo, porque habiendo el Draque apoderádose de la población de los indios de Guaicamacuto, halló en ella a un español, llamado Villalpando, que por estar enfermo no pudo, o no quiso retirarse, como lo hicieron los indios, y procurando hacerse capaz del estado de la tierra por la información de este hombre, para que obligado del temor le dijese la verdad, le hizo poner una soga a la garganta amenazándole con la muerte, si no le daba razón de cuanto le preguntase: demostración, que conturbó de suerte a Villalpando, que, o sofocado del susto, o llevado de su mala inclinación, se ofreció a conducir al pirata por una senda tan secreta, que podría ocupar por interpresa la ciudad de Santiago antes que fuese sentido.

Esta era una vereda oculta, o por mejor decir, una trocha mal formada, que subía desde la misma población de Guaicamacuto hasta encumbrar la serranía y de allí bajaba por la montaña al valle de San Francisco, camino tan fragoso e intratable, que parecía imposible lo pudiese trajinar humana huella: por aquí, guiado de Villalpando y seguido de mil dificultades y embarazos, emprendió el Draque su marcha con tanto secreto y precaución, que antes que lo sospechasen, ni sintiesen salió con sus quinientos hombres a vista de la ciudad por el alto de una loma, donde irritado con la maldad que había cometido Villalpando de ser traidor a su patria, lo dejó ahorcado de un árbol, para que supiese el mundo, que aún han quedado saúcos en los montes para castigo digno del escariotismo.

Hallábase la ciudad desamparada, por haber ocurrido los más de los vecinos con los Alcaldes al camino real de la marina para defender la entrada, pensando que el enemigo intentase su marcha por allí; y viéndose acometidos de repente los pocos que habían quedado, no tuvieron más remedio, que asegurar las personas con la fuga, retirando al asilo de los montes el caudal que pudo permitir la turbación, dejando expuesto lo demás al arbitrio del corsario y hostilidades del saco.

Sólo Alonso Andrea de Ledesma, aunque de edad crecida, teniendo a menoscabo de su reputación el volver la espalda al enemigo sin hacer demostración de su valor, aconsejado, más de la temeridad, que del esfuerzo, montó a caballo y con su lanza y adarga salió a encontrar al corsario, que marchando con las banderas tendidas, iba avanzando la ciudad, y aunque aficionado el Draque a la bizarría de aquella acción tan honrosa dio orden expresa a sus soldados para que no lo matasen, sin embargo ellos, al ver que haciendo piernas al caballo procuraba con repetidos golpes de la lanza acreditar a costa de su vida, el aliento que lo metió en el empeño, le dispararon algunos arcabuces, de que cayó luego muerto, con lástima y sentimiento aun de los mismos corsarios, que por honrar el cadáver, lo llevaron consigo a la ciudad para darle sepultura, como lo hicieron, usando de todas aquellas ceremonias, que suele acostumbrar la milicia para engrandecer con la ostentación las exequias de sus cabos.

Bien ajenos de todo esto se hallaban Garci-González de Silva y Francisco Rebolledo esperando al enemigo en el camino real de la marina, cuan-

do tuvieron la noticia, de que burlada su prevención, estaba ya en la ciudad; y viendo desbaratada su planta con la no imaginada ejecución de la interpresa, echando el resto a la resolución volvieron la mira a otro remedio, que fue bajar al valle con la gente que tenían, determinados a aventurarlo todo al lance de una batalla y procurar a todo riesgo desalojar de la ciudad al enemigo; pero recelándose él de lo mismo que prevenían los Alcaldes, se había fortalecido de suerte en la iglesia parroquial y casas reales, que habiendo reconocido por espías la forma en que tenían su alojamiento, se discurrió temeridad el intentarlo, porque pareció imposible conseguirlo.

Pero ya que no pudieron lograr por este inconveniente el desalojo, dividieron la gente en emboscadas, para embarazar al enemigo que saliese de la ciudad a robar las estancias y cortijos del contorno: asegurando con esta diligencia las familias y caudales que estaban en el campo retirados, en que se portaron con disposición tan admirable, que acobardado el corsario con las muertes y daños que recibían sus soldados al más leve movimiento que pretendían hacer de la ciudad, se redujo a mantenerse como sitiado, sin atreverse a salir un paso fuera de la circunvalación de su recinto, hasta que al cabo de ocho días, dejando derribadas algunas casas, y puesto fuego a las demás, con el saco que pudo recoger en aquel tiempo, se volvió a buscar sus embarcaciones, que había dejado en la costa, sin que la buena disposición con que formó su retirada diese lugar para picarle en la marcha, ni poder embarazarle el embarque.

Estaba ya el Gobernador Don Diego de Osorio en la ciudad de Trujillo en prosecución de su visita, cuando tuvo la noticia de la invasión ejecutada por el Draque, y deseando acudir cuanto antes a lo que pudiese remediar con su presencia, dando el más breve expediente que pudo a los negocios más urgentes que tenía entre manos, volvió a principios del año de noventa y seis[cxxvii] a la ciudad de Santiago a tiempo que halló en ella, recién llegado de España, al Licenciado Pedro de Liaño, que con comisiones muy apretadas del Rey había venido a la averiguación de algunos fraudes, cometidos en rescates y arribadas de navíos sin registro; y como quiera que semejantes

cxxvii. Año de 1596.

diligencias y pesquisas traen siempre consigo la inquietud general de una república y los precisos costos de condenaciones y salarios, aunque los procedimientos de Liaño fueron tan arreglados, que no excedieron los límites de una moderación justificada, no dejó la ciudad de padecer bastantes vejaciones y molestias, que cogiendo a los vecinos lastimados con el trabajo tan reciente de la invasión del pirata, fueron por ocasión de aquel accidente más sensibles; para cuyo reparo, y que constándole al Rey las cortedades en que se hallaba la provincia, mandase suspender el curso de la pesquisa, enviaron a España por su Procurador General a Nicolás de Peñalosa: diligencia, que aprovechó poco al remedio, porque siendo el recurso dilatado, cuando vino la resolución del consejo ya Liaño, fenecida su comisión y llevando por delante las condenaciones y salarios, se había vuelto para España.

En este estado estaba la provincia cuando el año de noventa y siete[cxxviii], para desconsuelo general de sus habitadores, cesó Don Diego de Osorio en la administración de su gobierno, porque atendiendo el Rey al cúmulo de sus méritos y a dar alguna recompensa a sus servicios, lo promovió a la presidencia de Santo Domingo y nombró por Gobernador en su lugar a Gonzalo Piña Lidueña, que después de haber poblado la ciudad de Gibraltar a las orillas de la laguna de Maracaibo, vivía retirado en la ciudad de Mérida, donde teniendo noticia de su ascenso, pasó luego a tomar la posesión de su gobierno, que ejerció con mucha paz y aceptación de los vecinos hasta el día quince de abril del año de seiscientos[cxxix], en que acometido de una violenta apoplejía murió en la ciudad de Santiago: eran Alcaldes ordinarios aquel año Diego Vásquez de Escobedo y Juan Martínez de Videla, y en virtud de lo determinado por la real cédula que consiguió Sancho Briceño el año de setenta, se declararon el mismo día Alcaldes Gobernadores, haciendo después lo mismo los de las demás ciudades, cada cual en su distrito: ejercicio en que duraron muy poco, porque teniendo noticia la Real Audiencia de la muerte de Gonzalo Piña Lidueña, nombró por su Gobernador interino a Alonso Arias Baca, vecino de la ciudad de Coro, hijo del

cxxviii. Año de 1597.

cxxix. Año de 1600.

Licenciado Bernaldes, aquel célebre letrado, que por nombramiento de la misma Audiencia, tuvo dos veces en esta provincia el mismo empleo, como dejamos referido en el contexto de esta historia; con lo cual, añadiendo sólo la muerte del Señor Obispo Don Fray Pedro de Salinas, que sucedió el mismo año de seiscientos en la ciudad del Tocuyo, daremos fin a esta primera parte, dejando, con el favor de Dios, para materia del segundo tomo los acontecimientos y sucesos de todo el siglo subsecuente.

O. S. C. S. M. E. C.

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA
Vida y obra de José de Oviedo y Baños

1671 Un día impreciso de diciembre nace en Santa Fe de Bogotá, capital del Virreinato de la Nueva Granada.

Sus padres, Juan Antonio de Oviedo y Ribas y Josefa de Baños y Sotomayor, son de antiguo linaje español. Las raíces de ambas familias se remontan a los tiempos de Alfonso el Sabio. Don Juan Antonio, oriundo de Salamanca, era decimocéptimo fiscal en la Audiencia de Bogotá desde 1665.

[26 de diciembre] El menor de los cinco hijos del matrimonio es bautizado con los nombres de Joseph Agustín por su tío, Onofre Tomás de Baños y Sotomayor.

[Los abuelos y bisabuelos del autor, por la rama de Oviedo, eran] "originarios de la casa solariega de hijosdalgo del Portal de Oviedo, en el Principado de Asturias, de donde procedieron don Gonzalo Martínez de Oviedo, maestre de la Cavallería de Alcántara y capitán general de la frontera de Jaén y Andalucía por los años de 1330. Juan de Oviedo, secretario del rey don Enrique por los de 1474, y Alonso de Oviedo, comendador de Vívoras en la Orden de Calatrava en los años de 1480, y Pedro de Oviedo, cubiculario del Pontífice Julio II en los años de 1504. Son las armas deste linaje en escudo azul, cruz grande de oro, con faja azul; y las de Ribas, una cruz floreteada, con orla de flores de lis." Flores de Ocáriz. *Genealogías*, tomo I, p. 106.

1672 28 de enero. Muere el padre. La madre decide mudarse con sus cinco hijos a Lima, de donde es oriunda. Diego de Baños, el abuelo materno, los acompaña en la travesía.

[Don Diego condujo] "a los dos Hermanos pequeños, nuestro Juan, y D. Joseph en unas angarillas, y assí caminaron las seiscientas leguas de tierra que hai de distancia de Santa Fee a Lima." Lazcano. *Vida exemplar*, p. 7.

1675 [fecha aproximada] Muere su hermana Rosa, cuatro años mayor.

1678 A principios de la Cuaresma, su hermano Juan Antonio es enviado a Guatemala, donde uno de los tíos, el deán José de Baños y Sotomayor, cuidará de su educación. Catorce años más tarde, Juan Antonio profesará como sacerdote jesuita. En 1714 es rector del Colegio de Guatemala, y entre 1717 y 1720, por encargo de la Compañía de Jesús, emprende graves y al parecer secretas misiones a Madrid, Roma y Filipinas. Una década más tarde, cuando es nombrado rector del Colegio de México, tiene ya fama de sabio y de santo. Escribió unos veinticuatro folletos y opúsculos piadosos, vidas de santos, sermones, milagros y loores a la Virgen. Oviedo había previsto dedicarle la segunda parte de su *Historia.* Juan Antonio murió en abril de 1757.

1686 [fecha aproximada] Llega a Caracas para completar su educación bajo la tutela del obispo Diego de Baños y Sotomayor, su tío. Dos años antes, en agosto, el tío se había desplazado desde Santa Marta para ocupar la silla episcopal de Caracas.

Hay indicios de que en el viaje desde Lima, José fue acompañado por Diego Antonio, su hermano mayor, a quien dedicará la primera parte de la *Historia*: "¿A quien si no á V.S. pudiera yo consagrar esta obra, para dejar en su sombra afianzados los aciertos?".

Don Diego obtuvo el título de abogado en la Real Audiencia en la Universidad de Lima. En Caracas fue asesor de las *Constituciones sinodales* del obispo Baños. Por una cédula de febrero de 1690 se convirtió en oidor de la Audiencia de Santo Domingo; en 1700 pasó a desempeñar el mismo cargo en la de Guatemala, y dieciocho años más tarde en la de México. Un año antes de que la *Historia* fuera impresa en Madrid, Don Diego murió.

La vida del otro hermano, Pedro, es más oscura: sólo se sabe que, tras recibir las órdenes sagradas en Lima, se estableció allí junto a la madre.

1689 Se postula para vestir el hábito de la Orden de Santiago. Funda su solicitud en su propia calidad y en los servicios que sus antepasados han prestado a la Corona. Constituye apoderados en la Corte. Un decreto real del 25 de julio de 1690 parece conceder la merced. Por razones no explicadas, el decreto no llega a cumplirse nunca.

1696 Caracas es diezmada por la fiebre amarilla. Oviedo, que probablemente no

estuviera entonces en la ciudad, la describe como una “peste de vómitos negros”.

“La [iglesia] de Santa Rosalía de Palermo edificó el ilustrísimo Señor Obispo D. Diego de Baños y Sotomayor, señalando por patrona con día colendo, á esta peregrina hermitaña el año de seiscientos y noventa y seis, para que en las circunstancias de esta demostración quedase vinculada la gratitud de esta ciudad al favor que recibió de su amparo, librándose por su intersesión de una cruel peste de bómitos negros, que padeció diez y seis meses continuos.” Oviedo. *Historia*, p. 430.

1698 [19 de marzo] Casa con Francisca Manuela de Tovar y Solórzano, viuda del conde de San Javier, Juan Jacinto Pacheco, de quien había tenido un hijo, Antonio, heredero del título. Entre 1699 y 1713 el matrimonio tendrá diez hijos más: Diego José, Rosalía Melchora, Juan Antonio, Melchora Catalina, Melchora Rosalía, Josefa Rosalía, Rosa Rosalía, María Isabel, Francisco Javier y Francisca Ignacia. Los tres varones y tres de las niñas mueren entre la infancia y la adolescencia, con lo que se extingue el apellido.

1699 1º de enero. El Cabildo de Caracas lo nombra alcalde de segundo voto. El mismo día, Alejandro Blanco de Villegas asume como alcalde de primer voto. Llega el nuevo gobernador, Nicolás Eugenio de Ponte y Hoyo.

“...hidalgos y burgueses traían el amor a una institución, el Municipio, que alentada por los Reyes cuando éstos en su lucha contra el feudalismo hubieron de buscar aliados entre las corporaciones ciudadanas, debía de ser herida sin piedad por los mismos Reyes cuando vieron que como baluarte de las libertades populares podía también resistirse a ellos. Nobleza y Municipio se aliaron en América; y los hidalgos [...] encontraron su asamblea natural en el Ayuntamiento.” Mijares. *Sociología*, p. 94.

1700 [fecha aproximada] La dote de la esposa le proporciona el dinero necesario para comprar una casa situada en la actual esquina El Conde, cuyo propietario era el archidiácono de Caracas. Los bienes heredados por doña Francisca y su hijastro don Antonio le permiten especular con la compra y venta de tierras, solares, esclavos, muebles y objetos de arte. Se interesa por la agricultura y la ganadería. Acumula una mediana fortuna cosechando cacao en el valle del Tuy y maíz en el de la Pascua. Compra un hato de ganado vacuno en un paraje llamado Las Ánimas.

1703 18 de mayo. Comienza la lectura de documentos para su *Historia.* Compra

el cargo de regidor perpetuo en el Cabildo de Caracas pero advierte, a las pocas semanas, que las nuevas funciones son un estorbo más que un privilegio. Está obligado a concurrir a todas las Juntas y a compromisos sociales incesantes. El 26 de noviembre renuncia, tratando de ganar tiempo para sus investigaciones. Otra de las probables razones de su renuncia es el conflicto político desatado por la enajenación mental del gobernador Ponte y Hoyo, en el cual Oviedo prefiere no intervenir. El Cabildo declara a Ponte incapaz para el mando y, apoyándose en la Real Cédula del 18 de septiembre de 1676 que autoriza a los alcaldes a asumir el gobierno en caso de vacancia, ocupa el cargo. El gobernador militar se opone, y para zanjar la disputa se consulta a la Audiencia de Santo Domingo. El pleito tarda dos años en resolverse.

1705 Las tareas agrícolas y las investigaciones documentales en la Catedral lo aíslan de la vida pública. Es probable que en esta época escribiera los primeros borradores de la *Historia.*

1706 [15 de mayo] Diego de Baños y Sotomayor muere en el palacio arzobispal de Caracas. En una de las seis capillas que el obispo había mandado construir en la Catedral, la de Nuestra Señora del Popolo, son sepultados sus restos. Oviedo, en su carácter de heredero, afronta un pleito de las autoridades de la Catedral, que le disputan el patronato de la capilla. Seis o siete años después, cuando la justicia falla en su favor, manda colocar allí una escultura en madera del tío, que lo muestra orando de rodillas.

1710 Es elegido alcalde de primer voto. Como tal, atiende consultas administrativas y supervisa el cuidado de los caminos que van desde Caracas al interior de la provincia.

1712 [fecha aproximada] Incorpora obras contemporáneas a su ya caudalosa biblioteca de clásicos. En el Archivo del Registro Principal de Caracas/Testamentarias, letra O, consta que, además de obras piadosas e históricas, Oviedo poseía ediciones en latín de Homero, Virgilio, Ovidio, Cicerón, Séneca, clásicos castellanos como Nebrija, Cervantes, Lope de Vega, Mateo Alemán, Quevedo, y curiosos libros franceses como *Les plaisirs du gentilhomme champêtre* de Nicolás Rapin o las admirables *Memoirs* de Philippe de Commines. Entre 1712 y las vísperas de su muerte adquiere obras de Calderón, Góngora, Saavedra Fajardo, Gracián, Sor Juana y los primeros tomos del *Teatro crítico universal* de Feijoo.

"Llama la atención, y es índice de la cultura del señor de Oviedo y de los intelectuales de Caracas, la rica biblioteca que dejó al morir. Cultura general, a la manera del siglo, y particular en religión, derecho, filosofía, letra e historia." Caracciolo Parra, Prólogo de *Analectas*, p. XXXVI.

1715-
1720 [fechas aproximadas] Mientras completa la escritura de la primera parte de la *Historia*, reúne información sobre el siglo XVII, del que promete ocuparse en una segunda parte.

1722 Es reelecto alcalde de primer voto. Como tal, examina a un maestro que pide licencia para establecer una escuela en el puerto de La Guaira. Se enfrenta con el capitán general Diego Portales de Meneses quien, al viajar hacia el interior de la provincia, deja el gobierno político a cargo del obispo Juan José de Escalona y Calatayud. Oviedo invoca la Real Cédula de 1676 y reclama el derecho de los alcaldes a asumir el gobierno en caso de vacancia. El 17 de enero de 1723, otra Cédula desaprueba la conducta del capitán general y de hecho, le concede la razón.

1723 Es impresa por D. Gregorio Hermosilla, en Madrid, la primera parte de la *Historia*, con "Privilegio del Rey nuestro Señor, por tiempo de diez años [...] sin que otra persona alguna pueda passar a imprimirlo sin su permiso, so las penas contenidas en dicho Privilegio, como mas largamente consta de su original, refrendado de Don Balthasar de San Pedro, Escrivano de Camara. Fecho en Balsain à 24. de Septiembre de 1722. años".

1724 [fecha aproximada] Tiempos de actividad religiosa. Es mayordomo de la Archicofradía de Nuestra Señora del Rosario en la iglesia de San Jacinto y síndico general de los conventos franciscanos de Venezuela y de los Sagrados Lugares y Casa Santa de Jerusalén.
"La huella de su actividad privada queda además en atenciones sociales numerosas: tutorías, fianzas. [Caracciolo] Parra ha anotado incluso los nombres de los personajes con quienes mantenía cuenta corriente, y que son los grandes señores de la sociedad caraqueña de entonces: marqués de Mijares, conde de San Javier y otros." Morón, "Estudio Preliminar" de la *Historia*, p. XIII.

1725 [fecha probable] Comienza a escribir la segunda parte de la *Historia.* Hay una larga polémica, de resultados inciertos sobre si el manuscrito fue com-

pletado alguna vez u Oviedo redactó sólo unos pocos fragmentos. Cada vez que alude al tema, el autor emplea el futuro verbal: "como lo referiremos en la segunda parte". Morón supone en su "Estudio Preliminar" que Oviedo, si bien gozaba de los "privilegios necesarios para abrir las puertas de los archivos", la escritura debía esta vez resultarle difícil, ya que exigía "un tono bien distinto, en que el ánimo del autor no encontraría ya ocasión para sus descripciones militares, ni para gozar con la utilización de los conocimientos teóricos que poseía sobre ese arte: el de la guerra. Habría de aplicar más bien el ingenio a un fenómeno que suele escapar a los historiadores hasta bien entrado el siglo XIX: como se organiza una sociedad" (p. XXVII).

En sus *Leyendas históricas*, Arístides Rojas determina que, como ninguna persona de su tiempo tenía idea del plan o contenido del libro, lo más probable era que nunca se hubiera impreso, si bien no le cabe duda de que fue escrito. Rojas establece incluso la suerte corrida por el manuscrito, que, habría pasado de las manos del regidor Juan Luis de Escalona, casado con una nieta de Oviedo, a las del historiador Francisco Javier Yanes (pp. 223 y ss.).

Caracciolo Parra León, en el prólogo a las *Analectas,* conjetura que Oviedo nunca escribió la segunda parte y que quienes afirman haber visto el manuscrito pudieron confundirlo con el resumen de las actas del Cabildo caraqueño, compuesto por Oviedo con el título de *Tesoro General y Índice de Noticias.* El "carácter empeñoso" de Oviedo indujo a Julio Planchart a suponer que la segunda parte se escribió y que el manuscrito existe todavía, tal vez en España (*Temas críticos*, pp. 221 y ss.).

La razón que parece haber determinado a Oviedo a no publicar el manuscrito –si es que en efecto lo terminó– o a su familia a ocultarlo es la historia del obispo fray Mauro de Tovar, pariente de su esposa, quien durante su gobierno episcopal (1640-1650) fue responsable de excomuniones injustas, escándalos sociales e injurias a feligreses.

"Cuando ya el autor se disponía a enviar los originales a las prensas madrileñas –acaso las mismas de don Gregorio Hermosilla, en la calle de los Jardines, de Madrid, digo yo–, pensaron los parientes si no traería malas consecuencias la historia del obispo don Mauro de Tovar [...]; en prevención de ello, persuadieron al autor para que dejara de momento el gusto de ver impreso el segundo volumen, que ya el primero reposaba en su biblioteca y en la de los hombres distinguidos, es de imaginarse, de la capital criolla. Se quedó, pues, el manuscrito para ser leído apenas por unos cuantos íntimos [...]" Morón, "Estudio Preliminar" de la *Historia*, p. XXIX.

1728 [21 de junio] El gobernador Lope Carrillo de Andrade lo promueve de capitán a teniente general de armas y milicias. [25 de septiembre] Por disposición real se confiere a la Compañía Guipuzcoana el monopolio del comercio en la provincia de Venezuela.

"Desde 1728 [...] no se cultivaba en el valle sino poco trigo, que fue poco a poco abandonado a causa de la plaga; alguna caña, algodón, tabaco, productos que servían para el abasto de la población, y muchos frutos menores; desde entonces comenzó casi en toda Venezuela el movimiento agrícola, con el cultivo del añil y del cacao, que constituían los principales artículos de exportación. Mas, la riqueza de Venezuela no estaba cifrada en el cacao, que ha ido decayendo, ni en el añil, casi abandonado, ni el tabaco, que poco se exporta, ni en la caña, cuyos productos no pueden rivalizar con los de las Antillas, ni en el trigo cuyo cultivo está limitado a los pueblos de la Cordillera, ni en el algodón, que no puede competir con el de los Estados Unidos, sino en el café, que se cultiva en una gran parte de la República." Rojas. *Crónica de Caracas*, p. 51.

1730 El gobernador Andrade se trenza en un severo pleito con el obispo, y ordena que se persiga a los clérigos del Cabildo por usar quitasoles en las procesiones. Es depuesto violentamente. Lo reemplaza Sebastián García de la Torre.

[19 de septiembre] El nuevo gobernador confirma a Oviedo en sus funciones militares.

[23 de octubre] Semanas antes cunde la noticia de la rebelión del zambo Andresote, quien acaudilla vastas operaciones de contrabando que afectan los intereses de la Compañía Guipuzcoana. Obligado a reforzar el ejército, el gobernador retira a Oviedo del servicio efectivo, en atención a su edad.

1738 [20 de noviembre] Dicta un testamento por el cual designa a su esposa y a don Antonio, el hijastro, como administradores de sus cuantiosos bienes. Expresa el deseo de ser enterrado junto a su tío, en la capilla de Nuestra Señora del Populo de la Catedral de Caracas. Recibe la extremaunción. Hacia el final de la tarde, muere. Es enterrado el 22 de noviembre. Se ofician trescientas cuarenta y cuatro misas por la salvación de su alma.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

I. Ediciones de la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*

Príncipe. Censura de Antonio Dongo, aprobación de Manuel Isidoro de Mirones y Benavente, licencia del ordinario, fe de erratas, suma de la tasa, dedicatoria, congratulaciones en verso y prólogo del autor. Edición de catorce folios a dos columnas, cubierta de pergamino. Madrid: Imprenta de D. Gregorio Hermosilla, en la calle de los Jardines, año M.DCC.XXIII, 14 pp. s/n + 380 pp.

Segunda. Edición en cuarto menor. Caracas: Imprenta de Domingo Navas Spínola, 1824, 616 pp.

Tercera. En Biblioteca de los Americanistas, volúmenes III-IV. Ilustrada con notas y documentos por el capitán de navío Cesáreo Fernández Duro, de la Real Academia de la Historia. Dos tomos en octavo. Madrid: Luis Navarro editor, calle de la Colegiata, 6, 1886.

Cuarta. En *Analectas de Historia Patria.* Prólogo de Caracciolo Parra León. Caracas: edición de Parra León Hermanos en el XII aniversario de la fundación de la Editorial Suramérica, 1935, pp. 3-188.

Quinta. Reproducción facsimilar de la segunda edición. Introducción de Paul Adams, “como homenaje de la colonia americana a Venezuela” y en memoria de William Tecumseh Sherman Doyle. Con cuatro láminas, índice de personas, lugares y materias. Nueva York: 1940, 31 + 667 pp.

Sexta. En Biblioteca de Autores Españoles, tomo CVII, Historiadores de Indias III. Venezuela. Estudio preliminar y edición de Guillermo Morón. Madrid: Ediciones Atlas, 1965, pp. 1-242.

Séptima. Reproducción facsimilar de la segunda edición. En homenaje al cuatri-

centenario de la fundación de Caracas. “Ofrecimiento” de Pedro Grases. Barcelona: Ediciones Ariel, 1967, 668 págs.
Octava. Reproducción fragmentaria y facsimilar de la segunda edición, publicada con el título *Los Belzares. El Tirano Aguirre. Diego de Losada.* No incluye: Dedicatoria, Censura, Aprobación, Licencia, Privilegio, Congratulaciones, Fe de Erratas y los capítulos XIV del Libro Primero; IV, V, IX, X y XII del Libro Segundo; II, V, VI y VII del Libro Tercero; X, XI, XII y XIII del Libro Cuarto; XIII y XIV del Libro Quinto, los trece capítulos del Libro Sexto y los diez capítulos del Libro Séptimo. Caracas: Monte Ávila Editores, Biblioteca Popular.
Novena. Dos volúmenes. Caracas: Fundación Cadafe, Colección Caura, 1982.
En inglés. *The Conquest and Settlement of Venezuela.* Translation, Introduction and Annotations by Jeannette Johnson Varner. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press, 1987.

II. Obras relacionadas con el autor, su obra y su época

ACOSTA SAIGNES, Miguel. “Fernández de Oviedo y el caso de Francisco Martín”. *Revista de Historia.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, abril 1960, pp. 49-60.
AGUADO, fray Pedro de. *Población de Mérida y San Cristóbal.* En *Analectas de Historia Patria.* Edición de Parra León Hermanos. Caracas: Editorial Suramérica, 1935.
ARCILA FARÍAS, Eduardo. *El régimen de la encomienda en Venezuela.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Economía, 1966.
“Ubicación de Oviedo y Baños en la historiografía”, en *Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio.* Germán Carrera Damas ed. Caracas: Universidad Central de Venezuela, ediciones de la Biblioteca, 1961, pp. 45-48.
BERMEJO DE CAPDEVILA, María Teresa. *Análisis de documentos para el estudio de la fundación de Caracas.* Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de la Fundación de Caracas, 1967.
BOULTON, Alfredo y otros. *Materiales para la fundación de Caracas.* Caracas: Publicaciones de la Secretaría General, Cuatricentenario de Caracas, 1963.
CALCAÑO, Julio. *Reseña histórica de la literatura venezolana.* Caracas: Tipografía de El Cojo, 1888.
CASTELLANOS, Juan de. *Elegía de varones ilustres de Indias.* Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1962.

CAULÍN, fray Antonio. *Historia de la Nueva Andalucía.* Estudio preliminar de Guillermo Morón. En Biblioteca de Autores Españoles, tomo CVII. Historiadores de Indias III. Madrid: Ediciones Atlas, 1965, pp. 243-578.

CISNEROS, Joseph Luis. *Descripción exacta de la Provincia de Benezuela.* Caracas: Ávila Gráfica, 1950.

FEBRES CORDERO, Julio. *La fundación de Caracas.* Caracas: Publicaciones de la Secretaría General, Cuatricentenario de Caracas, 1965.

FELICE CARDOT, Carlos. *La rebelión de Andresote: valles del Yaracuy*, *1730-1733.* Caracas: Imprenta Nacional, 1952.

FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas. *Noticias historiales de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, dos volúmenes. Bogotá: Revista Ximénez de Quesada, 1973.

FLÓREZ DE OCÁRIZ, Juan. *Libro primero de las genealogías del Nuevo Reino de Granada*, dos volúmenes. Madrid: José Fernández de Buendía, 1674.

FRIEDE, Juan. *Los Welser en la conquista de Venezuela.* Caracas: Edime, 1961.

GABALDÓN MÁRQUEZ, Joaquín. *Descubrimiento y conquista de Venezuela (textos históricos contemporáneos y documentos fundamentales)*, dos volúmenes. Caracas: Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1962.

_________. *Muestrario de historiadores coloniales de Venezuela.* Caracas: Ministerio de Educación Nacional. Dirección de Cultura, 1948.

_________. *Introducción al estudio de las instituciones políticas de España durante la Colonia.* Caracas: Universitaria, 1948.

GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias Occidentales, vidas de sus arzobispos, obispos y cosas memorables de sus sedes.* Madrid: Diego Díaz de la Carrera, 1649.

HERRERA, Antonio de. *Historia general de los hechos de los castellanos, en las islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, diez volúmenes. Buenos Aires: Guarania, 1945.

JOS, Emiliano. *Ciencia y osadía sobre Lope de Aguirre el peregrino (con documentos inéditos).* Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1950.

_________. *La expedición de Ursúa al Dorado, la rebelión de Lope de Aguirre y el itinerario de los "Marañones" según los documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos.* Huesca, España: V. Campo, 1927.

LAZCANO, Francisco Xavier. *Vida exemplar y virtudes heroicas del venerable padre Juan Antonio de Oviedo, de la Compañía de Jesús.* México: Imprenta del Real y Más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1760.

LEAL, Ildefonso. *Libros y bibliotecas en Venezuela colonial* (*1633-1767*), dos volú-

menes. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 1978.

LEMMO, Angelina. *Historiografía colonial de Venezuela.* Caracas: Universidad Central de Venezuela. Escuela de Historia, serie Varia, vol. XVI, 1977.

MARTÍNEZ MENDOZA, Jerónimo. *Venezuela colonial. Investigaciones y noticias para el conocimiento de su historia.* Caracas: Arte, 1965.

MIERES, Antonio. *Tres autores en la Historia de Baralt.* Caracas: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación, 1966.

MIJARES, Augusto. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana.* Madrid: Afrodisio Aguado S.A., 1952.

MORÓN, Guillermo. *Los cronistas y la historia.* Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación. Biblioteca Popular Venezolana, Nº 64, 1957.

_________. *Los orígenes históricos de Venezuela.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1954.

NAVARRO, Nicolás E. *Anales eclesiásticos venezolanos.* Caracas: Tipografía Americana, 1951, pp. 147 y ss.

_________. “Elogio de Oviedo y Baños en conmemoración de los cronistas que historiaron cosas de Venezuela”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* Caracas: Tipografía Americana, tomo XXII, Nº 88, octubre-diciembre 1939, pp. 551-557.

OLAVARRIAGA, Pedro José de. *Instrucción general y particular del estado presente de la provincia de Venezuela en los años de 1720 y 1721.* Caracas: Fundación Cadafe, Colección Caura, 1981.

ORAMAS, Luis R. *Conquista y colonización de la provincia de Los Caracas. Esenciales rectificaciones a la historia de Venezuela.* Caracas: edición en offset, 1940.

OVIEDO Y BAÑOS, José de. *Tesoro de Noticias y Índice General de las cosas más particulares, que se contienen en los Libros Capitulares desta ciudad de Caracas.* “Orígenes nacionales. El Memorial de Oviedo y Baños”. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia.* Caracas: Nºs 22-25, 27, 29, 31, 32 [publicación inconclusa], diciembre 1923-1925.

PICÓN FEBRES, Gonzalo. “El historiador Oviedo y Baños fue un plagiario”. *Boletín del Archivo del Estado Mérida.* Mérida, Nº 1, 19 de diciembre de 1935.

PLANCHART, Julio. *Temas críticos.* Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación. Biblioteca Venezolana de la Cultura, Col. Andrés Bello, 1948.

PUERTA FLORES, Ismael. “Evocación de Oviedo y Baños”. *Revista Nacional de Cultura.* Caracas, Nº 10, agosto de 1939, pp. 127-131.

RAMOS PÉREZ, Demetrio. *La fundación de Venezuela: Ampíes y Coro, una singularidad histórica.* Valladolid-Coro: Universidad de Valladolid, 1978.

_________. *Estudios de historia venezolana.* Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1976.

_________. *El mito del Dorado. Su génesis y proceso.* Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1973.

ROMERO DE FEBRES, Susana. *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje.* Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1984.

ROJAS, Arístides. *Crónica de Caracas.* Caracas: Fundarte, 1982.

_________. *Leyendas históricas de Venezuela.* Lima. Primer Festival del Libro Popular Venezolano, 1958.

_________. *Capítulos de la historia colonial de Venezuela.* Madrid: América, 1919.

_________. "Resolución de un mito bibliográfico", en *Leyendas históricas*, tomo I. Caracas: 1890, pp. 223 y ss.

SALCEDO-BASTARDO, José Luis. *Historia fundamental de Venezuela.* Caracas: Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca, 1976.

SANABRIA, Edgar. "¿E1 historiador Oviedo y Baños fue un plagiario?". *Boletín de la Biblioteca Nacional.* Caracas: Nº 41, pp. 67-71.

SIMÓN, fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales.* Introducción y notas de Juan Friede. Seis volúmenes. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1982.

VÁZQUEZ, Francisco. *Relación verdadera de todo lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado.* Madrid: Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores de Indias, vol. II, 1909.

ZAMORA, fray Alonso de. *Historia de la provincia de San Antonio, del nuevo reino de Granada.* Prólogo de Caracciolo Parra. Caracas: Parra León Hermanos, 1930.

ÍNDICE

LIBRO TERCERO

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS
DE CRÓNICAS LATINOAMERICANAS

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

64
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia general de las Indias
y vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
Historia de la conquista de México
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

75-76
FELIPE GUAMÁN POMA DE AYALA
Nueva corónica y buen gobierno
Transcripción, prólogo, notas
y cronología: Franklin Pease

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN
El México antiguo
Edición, selección, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

99
AMADEO FREZIER
Relación del viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología:
Miguel A. Guérin

173-174
FRAY PEDRO SIMÓN
Noticias historiales de Venezuela
Prólogo: Guillermo Morón
Reconstrucción del texto y notas:
Demetrio Ramos Pérez
Cronología y bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

176
Historia real y fantástica del Nuevo Mundo
Presentación: José Ramón Medina
Selección, prólogo, notas y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

Este volumen, el CLXXV de la Biblioteca Ayacucho,
se terminó de imprimir el mes de diciembre de 2004,
en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela.
En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva
de la familia tipográfica Simoncini Garamond,
tamaños 9, 10, 11 y 12.
En su impresión se usó papel Hansamate 60 gm.
La edición consta de 2.000 ejemplares
(1.000 empastados y 1.000 en rústica).

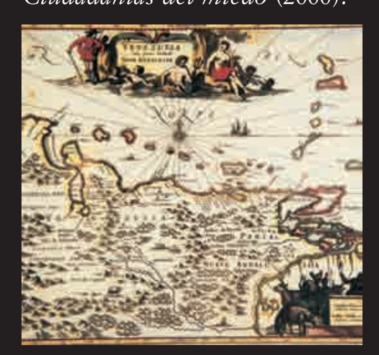


TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

(Tucumán, Argentina, 1934). Novelista, periodista, crítico y profesor universitario, director del Programa de Estudios Latinoamericanos de Rutgers University (New Jersey). Doctor Honoris Causa de universidades de Estados Unidos y América Latina. Ha escrito más de una docena de libros, traducidos a treinta lenguas, entre ellos: *Lugar común la muerte* (1979, 1998), *La novela de Perón* (1985), *Santa Evita* (1995), *El vuelo de la reina* (Premio Internacional Alfaguara de Novela, 2002) y el *Cantor de tangos* (2004).

SUSANA ROTKER

(Caracas, 1954 - New Jersey, 2000). Crítica, ensayista. Se doctoró en la Universidad de Maryland. Profesora en las universidades de Buenos Aires y Rutgers donde dirigió el Centro de Estudios Hemisféricos. Publicó: *Cautivas. Olvidos y memoria de la Argentina* (1999), *Los transgresores* (1991), *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí* (1992), libro con el que en 1991 obtuvo el Premio Casa de las Américas, *Ciudadanías del miedo* (2000).



Portada:
detalle del Mapa de Venezuela. John Ogilby (1600-1676), editado en Londres (1671).
Buril, iluminado a mano, 28,5 x 35,5 cm.

JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS

LA *HISTORIA* de Oviedo y Baños funda lo que habrá de ser Venezuela: describe los pillajes, el desamor y el olvido que seguirán estimulando la reflexión de los historiadores sociales contemporáneos, exalta la importancia de la escritura como ordenadora de la memoria por sobre el efímero peso de toda oralidad, y establece con tanto celo los límites físicos de la región, que hasta cuando narra la búsqueda de El Dorado (que en América fue como un mapa de nervaduras infinitas, sembrado de afluentes y falsos pasos), se detiene en los umbrales del "nuevo reino" del Mal-País o de las infranqueables serranías del sur: a las puertas mismas de lo que no será Venezuela.

Olvidar la historia es, para Oviedo, establecer o elegir la propia desdicha. Tal como R.G. Collingwood advertirá dos siglos más tarde en su Idea of History, Oviedo decide que lo que no se escribe no existe históricamente; que sólo la escritura puede salvar a la historia. Ya en la primera página del relato apunta que el olvido es una "fatalidad común en este hemisferio", y que no puede haber identidad allí donde no hay recuerdo. [...]

La historia y el mito operan de un mismo modo en estos textos: explican la naturaleza de la fundación nacional a través de un recuento de hechos que no necesitan ser probados. Los mitos presentan historias extraordinarias y no tratan de demostrarlas o justificarlas: su lenguaje está más orientado hacia lo autoritario que hacia el logos (porque la validez o verdad del logos está siempre sujeta a cuestionamientos). El mandato de Oviedo es construir un relato "creíble" y, por lo tanto, no le es posible mitificar abiertamente. Pero aún así, se vale de prejuicios y modos que no son sino construcciones culturales: lo hace de manera inconsciente, y acaso no podría soslayar esas construcciones, puesto que, como autor, participa inevitablemente del imaginario colectivo de su época.

Susana Rotker - Tomás Eloy Martínez



Colección Clásica


ISBN 980-276-377-2
9 789802 763771